

Hispania en el confín del mundo

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Nos hallamos ante el segundo volumen que aparece (el primero fue la edición de la *Ora Maritima* de Avieno) de esta magna obra, que quiere poner al día la inapreciable colección, ya antigua y superada, de las fuentes griegas y latinas de la Historia Antigua de nuestra Península, que redactó Adolfo Schulten con el título de *Fontes Hispaniae Antiquae*. El material ha crecido de tal manera que la obra es ya independiente y tiene un nuevo título. Ahora es un amplio número de estudiosos el que la confecciona, bajo la dirección de los profesores Mangas y Plácido. Este volumen II A contiene las referencias a nuestra Península en los autores griegos hasta el siglo IV a. C. inclusive: es la parte más considerable del mismo, obra de Elvira Gangutia. La completa una segunda parte mucho más breve que contiene las inscripciones griegas más antiguas de nuestra Península, hasta la misma fecha: esta parte es obra de Helena Rodríguez Somolinos. La verdad, me habría gustado ver los nombres de ambas autoras en la portada y no escondidos dentro del libro.

Ampliamente rebasada hoy día la colección de Schulten, conviene, sin embargo, dedicarle un recuerdo. Fue una labor hercúlea, realizada por un solo hombre. En ella, y en las diversas obras de Schulten sobre Numancia, Tartessos y la Hispania antigua en general, se ha basado toda la investigación histórica posterior. Y también es justo dedicar un recuerdo al hombre: aquel profesor alemán que trabajaba solo, incansablemente, en un hotel de Tarragona. Recuerdo haber paseado con él, siendo yo muy joven, bajo las arcadas de la Plaza Mayor de Salamanca, y haberle escuchado, con admiración (y era el año 1942, si no recuerdo mal), el elogio del liberalismo. ¡A un



STELLA WITTENBERG

profesor alemán en los años de Hitler y de la guerra!

Y otro párrafo es justo dedicarlo al tema. La Historia Antigua es importante para España: es cuando cobró su unidad y cuando se incorporó al mundo greco-romano. No es una sucesión de curiosidades. Los griegos, concretamente, y con ellos los fenicios, luego los romanos, pusieron las bases de nuestra nación. Sin ellos no habría habido ni escritura ni arte. Es frívolo despreciar la Historia Antigua y solo apreciar la contemporánea, como hacen ciertos profesores de ésta: es una actitud que sólo demuestra ignorancia.

Los griegos descubrieron Hispania, como los españoles América, y comenzaron a insertarla en su mundo. Es importante saber cómo la concebían y lo que trajeron. Y lo que conocieron de ella.

Una colección de fuentes, críticamente editadas y comentadas es, pues, indispensable. Las dos autoras lo han hecho para el período más antiguo: editan los textos literarios y las inscripciones con aparato crítico y de referencias, dan una traducción y añaden un amplísimo comentario en el que exponen y critican toda la bibliografía existente. Y el libro culmina con un índice de palabras griegas, otro de palabras latinas, un repertorio de autores y obras antiguas y un índice general de abreviaturas. En suma, los textos van acompañados de

un amplio aparato erudito que pone al lector al día sobre el estado de nuestros conocimientos.

Sin duda que todo es perfectible y que hay quien echará en falta tales o cuales datos u opiniones; yo haré alguna observación de este tipo. Pero creo que los lectores de «SABER/Leer» agradecerán más una información general sobre el estado de nuestros conocimientos tal como se trasluce en este libro, antes que discusiones sobre temas eruditos menores.

Una geografía mítica

Hispania era para los más antiguos griegos una geografía mítica en el contexto de los confines occidentales del mundo: el río Océano, el Tártaro (donde fueron desterrados Crono y los Titanes rebeldes), el Elisio (a donde iban los héroes tras la muerte), Eritia (que sólo secundariamente fue definida como una isla), el lugar donde Atlas sostenía la bóveda celeste, el Jardín de las Hespérides, las Islas Afortunadas, etc. Había en él lugares paradisíacos y un buen lote de monstruos: Egeón, Briareo, Medusa, las Gorgonas, la Harpía Podarge (que, embarazada del Céfito, parió veloces caballos), sobre todo Gerión, el gigante de tres cabezas. Nació de Crisaor, nacido a su vez de la sangre de Medusa, igual que Pegaso; y de Calírroe, hija de Océano.

¿Era lógico incluir todo esto en un libro referente a nuestra Historia? Es quizá lo más original de él. Personalmente, estimo que es un planteamiento correcto. Los griegos, antes de escribir nuestra historia factual, escribieron la mítica: es un desarrollo bien conocido de su pensamiento, conviene exponerlo en su totalidad, en su enfrentamiento dialéctico. Y, aunque los textos míticos no mencionen en un comienzo ni Iberia ni Hispania, muestran el contexto en que nuestras tierras comenzaron a presentarse al mundo civilizado de entonces. No excluimos de las primeras narraciones sobre

el descubrimiento de América los relatos fabulosos en torno a ella.

Nótese que el tema es hoy de actualidad en España: es muy copiosa la bibliografía sobre estos temas. Por aludir a alguna, quiero referirme a los libros de Marcos Martínez sobre los mitos de las Islas Afortunadas.

O sea: en los más antiguos textos griegos no se habla de Hispania, pero sí, desde Homero, del río Océano que rodea la tierra y de las regiones infernales y paradisíacas del confín occidental. Así en Homero, Hesíodo y otros textos más. Pero, aunque sea en forma indefinida, estos poetas aludían ya al Occidente remoto: allí vivía Calipso, antigua diosa infernal, luego tentación para Odisea; allí estaban Escila y Caribdis y los Cimerios envueltos en bruma y la boca del Hades. Y la *Iliada* cita Alibe o Alibante, lugar lejano y abundoso, creemos que en plata, ésta será una de las constantes luego. ¡Según la antigua *Vida de Homero* el poeta habría viajado a Iberia!

Es notable ver cómo la geografía mítica tendió a encontrar, con el tiempo, localizaciones precisas, así para las columnas de Hércules (antes, residencia de Atlas, antes de Briareo) y, luego, para Tartessos. Y hay también los etíopes, que son los negros de África.

Estas regiones occidentales, tenebrosas y prometedoras a la vez, eran el destino del viaje del Sol, del de Zeus persiguiendo a Némesis, del de Odiseo y, también, del de Hércules cuando vino a llevarse las vacas de Gerión, tras matar a su dueño monstruoso. Pienso (y es una laguna que encuentro en este libro, pero sin duda no entraba en su plan) que esos viajes a las regiones occidentales plagadas de monstruos y hasta esos paraísos deben mucho al mito y la leyenda mesopotámica que, con el viaje de Gilgamés, dio el modelo.

Seguirán luego viajes históricos, también recogidos en el libro, que atravesaron las Columnas de Hércules y circunvalaron África, en forma más o menos completa: el organizado por el faraón Necco con barcos fenicios, el del aqueménida Sataspes, el del cartaginés Hannón. Nuestra Península fue la llave de África, como más tarde había de serlo de América. Ya hacia el 400 a. C. Caronte de Lámpsaco escribió un periplo de los lugares más allá de las Columnas de Hércules.

Pero esto es ya historia o casi historia. Siguió a un largo proceso de historización que halla su hito más antiguo, nos cuenta Heródoto, en las exploraciones de los focenses (foceos dice el libro, yo prefiero la otra forma), que abrieron el Mediterráneo occidental, comerciaron con Tartessos (convirtieron en mítico a su rey Argantonio, prototipo de longevidad y riqueza para Anacreonte) y fundaron Massalia, de donde surgieron las colonias griegas de España. Pero esto tuvo un precursor en Coleo de Samos,



En este número

Artículos de

Francisco Rodríguez Adrados 1-2

Antoni M. Badia i Margarit 3

Eloy Benito Ruano 4-5

Manuel Alvar 6-7

Olegario G. de Cardedal 8-9

Miquel Siguan 10-11

Francisco García Olmedo 12

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Hispania en el confín del mundo

cuya nave, desviada por la tormenta, habría llegado a Tartessos el 631, creemos, abriendo ese rico comercio. Ni más ni menos que como, según la leyenda, descubrieron los vikingos Islandia.

Todo esto abrió en la historiografía una nueva edad, bien reflejada en los textos aquí recogidos y en los comentarios que les acompañan. Es el momento en que Heródoto critica o mira con escepticismo toda la geografía mítica del Occidente. Duda del Océano, el Eridano y las Casitérides, habla de Cádiz y de los Celtas. Es muy interesante el comentario a estos pasajes.

Pero este cambio, este gran giro, estaba ya, antes, a fines del siglo VI, en Hecateo de Mileto, también excelentemente comentado. Nada quiere saber de Gerión ni de sus vacas y abandona la geografía mítica para dar, por primera vez, nombres reales de pueblos y ciudades indígenas, a veces helenizados. Antes de él, hay que citar a Eutímenes de Massalia o Marsella, fuente quizá de Avieno. Otros muchos le siguieron por este camino; Euctemón de Atenas (el primero que hizo una descripción precisa del estrecho de Gibraltar) y Demócrito, por ejemplo. Es lamentable que sus obras se hayan perdido y que, casi siempre, tengamos que contentarnos con míseros fragmentos. Por eso son tan de agradecer trabajos como éste, que aplican un dominio exhaustivo de la literatura antigua y la bibliografía moderna a sacar el máximo jugo posible a las ruinas de la literatura antigua, que esto son nuestras fuentes.

Ya en esta fecha los griegos tenían contacto directo con España; y los hallazgos arqueológicos, de cerámica sobre todo, en Andalucía (entre otros, montones de cerámica griega del siglo VII en la ría de Huelva, yacimiento en trance, por cierto, de ser destruido) lo confirman. Es el comienzo de la exploración y de la helenización de los iberos (escritura, urbanismo, arte) a partir del siglo IV. Y el de la llegada de mercenarios iberos a los ejércitos de Sicilia, testimoniada igualmente en pasajes de Heródoto, Tucídides, Filisto y Jenofonte recogidos aquí.

Nuestra Península había entrado por entonces en el mundo conocido, se asimilaba a su cultura, que era fundamentalmente una cultura griega. Es a la pequeña ciudad de Focea (que en un momento, en el

355, hubo de trasladarse a Alalia, en Córcega, huyendo de los persas) a la que esto debemos. Pero nada habría quedado de este descubrimiento si no hubiera sido por la cultura racionalista de jonios y atenienses, que fue suplantando a la anterior cultura mítica, sólo conservada como ornamento poético. Los griegos fundaron la historia y la geografía tales como las conocemos. Pero, insisto, poco obtendríamos de los mínimos restos que nos han llegado, si no fuera por el esfuerzo de la moderna erudición, en este y otros campos de la literatura griega. Entre ella, este libro hace un excelente papel.

Querría llamar la atención, ahora, sobre un grupo de fragmentos notable: los del poeta Estesicoro, de Himera en Sicilia, que escribió una *Gerioneida* en el siglo VII. Es ampliamente comentada en nuestro libro; yo había escrito sobre ella también. En este poema convive el mito del gigante tricéfalo muerto por Hércules (con motivos homéricos y otros que vienen, pienso del *Gilgamesh*) con un conocimiento topográfico preciso del río Tartessos (el Guadalquivir) «de raíces de plata». Es el tema de la Iberia rica en plata y rica en ganado, que atraviesa el mito y la realidad. Sin duda en Sicilia, por estas fechas, Tartessos era conocido. ¿A través de los focenses? ¿O directamente, quizá? Creo que más bien esto. Ibico de Region, en la punta de la bota italiana, tocó también el tema. Nótese que Tucídides cuenta a los iberos entre los pobladores de Sicilia; y que a Sicilia eran traídos luego como mercenarios. No hay duda de una antigua relación entre los dos países.

Una entidad real

Nunca desaparecieron, en los poemas sobre todo, los rasgos míticos al hablar de Occidente: muchísimos pasajes de Esquilo, Sófocles, Eurípides, etc., aquí recogidos, lo testimonian. También otros de prosistas como Isócrates. Y bromas sobre estos temas en los cómicos. Un poeta conservador como Píndaro todavía ponía las columnas de Hércules como símbolo del límite de las ambiciones humanas: unas columnas hacía mucho tiempo rebasadas. Y Platón hizo culminar con el mito de la Atlántida todos esos antiguos mitos. Pero al lado de todo esto, Iberia era una entidad real y contemporá-

nea que era descrita como tal por los geógrafos y era visitada por navegantes y mercaderes, era incorporada al mundo civilizado.

Quizá esto se vea mejor con los testimonios directos que nos han llegado: las inscripciones griegas que edita en la segunda parte del libro Helena Rodríguez Somolinos. Esta edición era muy necesaria: la anterior de Martín Almagro había quedado muy atrasada.

Son escasas, pero sustanciosas: nos ofrecen, sobre todo, documentos comerciales (y uno quizá judicial) de la zona en torno a Emporion, Ampurias, proceden de allí salvo un plomo de Pech Maho, cerca de Narbona, que se refiere a operaciones con Emporion. Lo notable es que nos transmiten textos en el alfabeto y el dialecto jonios usados en Focea. Recuérdese, por lo demás, que existen inscripciones ibéricas (no recogidas aquí) en alfabeto griego.

La edición alcanza el rigor hoy exigible y el comentario ofrece toda la bibliografía (española en buena medida) y las posibilidades que se manejan. Intervienen gentes de Emporion y también indígenas. La inscripción 1, un plomo de Emporion, es una carta comercial dirigida a un agente o intermediario dándole instrucciones; se habla, por ejemplo, de vino comprado en Sagunto. La 4 es una carta sobre terracota y contiene instrucciones a unos alfareros seguramente atenienses. La 7 es el plomo de Pech Maho antes aludido, que parece contener un memorandum de alguien que toma nota de sus operaciones comerciales. Habla de una com-

pra de barcas en Emporion y de las condiciones; una vez más aparecen personajes indígenas.

Es notable que una colección de textos que comienza con temas míticos y una geografía indeterminada, concluya con documentos precisos de las transacciones entre griegos e indígenas en la costa oriental de la Península, dentro del círculo de ciudades dependientes de Marsella. Del mito hemos pasado, poco a poco, a la realidad. Ésta continuará presente, con rasgos cada vez más acusados, en las fuentes posteriores al siglo IV, que se editarán en el próximo volumen. Claro que habría que añadir los datos procedentes de la Arqueología y de la Epigrafía indígena y romana. La Historia antigua de nuestra Península se apoya cada vez más, gracias a obras como ésta, en un conocimiento exhaustivo de las fuentes que nos es dable utilizar.

En suma, nos hallamos ante un libro sumamente útil no sólo para los historiadores, también para los mitógrafos, también para todos los interesados en nuestra Historia Antigua, en general. Y para todos los estudiosos de la Antigüedad.

Si algo he de criticar, es la presentación, que está lejos de la de aquellas obras de otros tiempos tipográficamente perfectas. El entintado es flojo, la letra demasiado pequeña. De otra parte, pese a los índices, el libro es en ocasiones poco sinóptico: yo habría añadido otro índice con los temas tratados y otro con la bibliografía (el de abreviaturas es insuficiente). Y, quizá, cabeceras de página más ilustrativas. □

RESUMEN

La aparición de un nuevo volumen sobre las fuentes griegas y latinas de la Historia Antigua de Hispania, que pone al día el meritorio trabajo, ya superado, que realizó hace décadas el hispanista alemán Adolfo Schulten, le proporcióna a Rodríguez Adrados no sólo la oca-

sión de recordar a Schulten sino, sobre todo, la de insistir en la importancia que tuvo para España el hecho de que los griegos descubrieran Hispania y la insertaran en su mundo, al igual que, siglos después, haría España con América.

J. Mangas y D. Plácido (eds.)

Testimonia Hispaniae Antiqua. II A. La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón. Inscriptiones Graecae Antiquissimae Iberiae (Helena Rodríguez Somolinos)

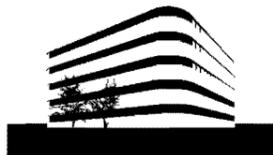
Ed. Fundación de Estudios Romanos y Universidad Complutense, Madrid, 1998. 413 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 1138-9419.

SUMARIO

	Págs.
«Hispania en el confín del mundo», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>Testimonia Hispaniae Antiqua. II A. La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón. Inscriptiones Graecae Antiquissimae Iberiae</i> , de J. Mangas y D. Plácido (eds).	1-2
«Cataluña, vista desde fuera», por Antoni M. Badia i Margarit, sobre <i>La Catalogne e Histoire de la Catalogne</i> , de Michel y Marie Claire Zimmermann	3
«Netanyahu, historiador de España», por Eloy Benito Ruano, sobre <i>Toward the Inquisition. Essays on Jewish and converso history in late medieval Spain</i> , de Benzion Netanyahu	4-5
«El linaje de la novela», por Manuel Alvar, sobre <i>El águila y la serpiente</i> , de Pío Caro Baroja	6-7
«Enrañeza y extrañeza del cristianismo», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>El problema de ser cristiano</i> , de Pedro Laín Entralgo	8-9
«El alemán y el lenguaje de la ciencia», por Miquel Siguan, sobre <i>Ist Deutsch noch internationale Wissenschaftssprache?</i> , de Ulrich Ammon	10-11
«La gallina de los huevos de oro», por Francisco García Olmedo, sobre <i>Agricultura sostenible</i> , de R. M. Jiménez Díaz y J. Lamo de Espinosa (coords.)	12

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Cataluña vista desde fuera

Por Antoni M. Badia i Margarit

Antoni M. Badia i Margarit (Barcelona, 1920) es catedrático emérito de Gramática histórica española y catalana en la Universidad de Barcelona. Miembro del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado libros de lingüística y de sociolingüística.

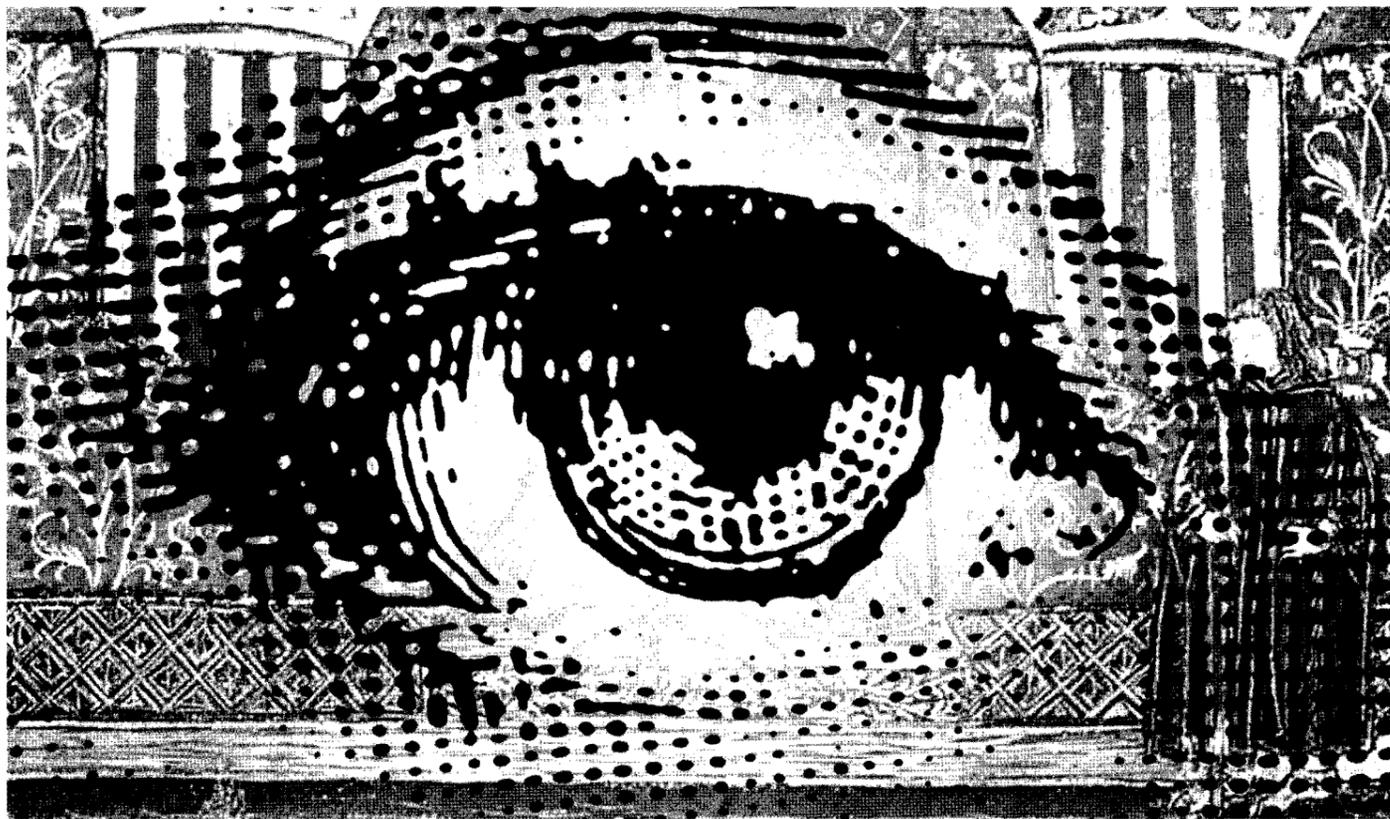
Mi propósito es dar cuenta de dos humildes tomitos —humildes por sus dimensiones— con los que sus osados autores —profesores universitarios— aspiran a presentar el complejo físico y humano de Cataluña. Y lo consiguen cumplidamente. Los buenos trabajos de síntesis son obra de especialistas duchos en recoger datos y hacerlos hablar, no los que resultan de recortar sin criterio trozos de lo que otros han escrito. Los esposos Zimmermann conocen como pocos el tema, porque han vivido en Cataluña y han estudiado su manera de ser y sus manifestaciones. Tres años en Barcelona como pensionados de la Casa de Velázquez lo acreditan. Los pasaron en el Archivo de la Corona de Aragón (él) y en la Biblioteca de Catalunya (ella). Así se justifican sendas tesis sobre la cultura en la época de la formación de Cataluña y sobre poesía e ideología de Ausiàs March, respectivamente.

Y ahora, abriendo un paréntesis entre serias tareas de investigación a que están lanzados, nos ofrecen la obra que comento. De alguna manera querían saldar la deuda que ellos creían tener con Cataluña. Y, a fe, que no sé cómo les han salido las cuentas. Sabido es el tormento de redactar un manual o un resumen destinado a personas que se inician en una materia: ¿qué seleccionar?, ¿cómo exponerlo?, ¿lo entenderá el lector? Y, por añadidura, que pase el mensaje. Michel y Marie Claire Zimmermann han debido sufrir mucho para, a la postre, escribir tan poco. Pero sin duda ellos están satisfechos. Han pagado con creces la deuda, y el saldo vuelve a ser a su favor. Lo menos que podía hacer yo era difundir los frutos de tan denodado esfuerzo.

Su obra se amolda al arquetipo de la prestigiosa colección en la que aparece: *Que sais-je?* Para dar una idea de lo que con ella aportan, diré que se estructura como una «enciclopedia». Así, en el primer tomo desfilan ante nuestros ojos la geografía («entre tierra y mar»), la demografía («los hombres»), la administración («la autonomía catalana»), la lengua catalana (o «base de una nación»), la economía («entre España y Europa») y la entidad catalana (con sus «signos, símbolos y paradojas»). El segundo tomo contiene resúmenes de historia de Cataluña (hasta 1975) y de literatura catalana (que termina con un «hoy: 1997») y se cierra con «un laboratorio de creación artística». Deseo destacar este capítulo por su originalidad: en él, las antiguas piezas (arquitectónicas y pictóricas) del románico catalán se enlazan, a través de una ininterrumpida serie de manifestaciones de toda clase, con la arquitectura, el urbanismo y la pintura de la actualidad, como obedeciendo a una constante obsesión por el hecho artístico. Éste sería un signo más de identidad de la manera de ser catalana. Su razón tendría Miguel de Unamuno, al reprochar a los catalanes que les ahogaba la estética...

Quiénes no desconocen la materia valorarán (y a veces discutirán) el criterio aplicado por los autores a casos concretos. Pero nadie les negará preparación, lógica ni independencia (no ocultan su pensamiento, ni que éste difiera del de sus amigos catalanes o del de sus compatriotas franceses).

Hasta aquí he dado unas informaciones que pueden ser útiles (así sabemos de un libro de reciente publicación), incluso curiosas (el sorprendente interés de unos extranjeros por



ALFONSO RUANO

el tema). Pero confieso que para mí con ellas no se justifican el espacio que ocupó en esta revista ni el tiempo que pido que le dediquen sus lectores. No. En realidad, yo tenía dos motivos profundos para hablar aquí del libro; ciertos aspectos de forma, por un lado, y la actitud de los autores, por el otro. Veámoslo.

Examinando el índice del libro, antes de empezar a leerlo, el lector tiene la impresión de que hacerse una idea cabal de lo que allí se anuncia es simplemente una quimera (o una ilusión), si ha de ser dicho en tan pocas páginas. Pero la verdad es que, después de leídas, constata que el resultado es mucho más rico de lo que él imaginaba, incluso le parece increíble lo que ha aprendido (o refrescado), en datos y en juicios, sobre Cataluña. Ello se explica porque él añade lo que los autores no dicen, pero sí sugieren, mediante enlaces mentales, alusiones implícitas, etc. El método expositivo adoptado le mantiene en vilo a lo largo de toda la lectura. ¿Y cómo se aguanta una tensión tan prolongada? Primero, por el «juego tipográfico» (letras de dos cuerpos, y en todo el texto: redondas, cursivas y negritas, frases entre comillas), no aplicado caprichosamente, sino de forma estudiada y jerarquizando los conceptos inherentes. Y, de modo muy especial, por la concisión, casi el laconismo, con que está escrito el libro. No para ahorrar espacio, sino por convicción y por método.

Ya que inevitablemente pienso en lectores hispanos, en su caso aparece un factor añadido: el contraste. No sabemos si por la índole de la educación recibida o por añejos influjos orientales (como diría Américo Castro), el clima cultural de los países meridionales es proclive a la verbosidad, que no deja de afectar a la propia prosa de especialistas. (Que el fenómeno pueda atribuirse a razones pedagógicas parecería probarlo la huella que dejó en la lengua catalana de los años veinte y treinta el afán de Pompeu Fabra por lograr un severo estilo científico. No lo afirmo por «chauvinisme» catalán, porque es cosa sabida, ni lo insinúo para polemizar, que no es el momento.) Por contraste, pues, muchos lectores del libro de los Zimmermann se sentirán subyugados por la sobriedad expresiva de éstos, cosa que les ayudará a mantener (y a acrecentar) el interés por el tema.

Decía que también quiero subrayar la actitud de los autores. Antes he aludido a la etapa barcelonesa de sus vidas. Como es obvio, ade-

más de investigar, se relacionaron, observaron, se formaron una opinión. En el texto que comento, Michel y Marie Claire Zimmermann, situados ante «una realidad política y humana que, nacida en la historia, ha sido tan maltratada por la historia que los propios historiadores la han olvidado, se proponen definirla al cumplirse dos décadas desde su reencuentro con la historia» (así se expresan, pág. 5). Ellos estudian (y por ello conocen) esa realidad catalana; al conocerla, se interesan por ella. Y acaban asimilándola, haciéndola parte de su ser, amándola. La lectura del libro me ha recordado un debate que sostuvieron los sociolingüistas hace algo más de veinte años y que venía a propósito del llamado «conflicto lingüístico». Todo giraba alrededor de una pregunta: ¿podemos permanecer neutrales ante una lengua oprimida que es objeto de nuestra investigación o inevitablemente habremos de sentirnos comprometidos respecto a su suerte? O, en dos palabras: ¿asepsia o humanidad? Ni hay que decir que la mayoría de ellos se inclinaban por la ciencia comprometida. Que no quiere decir que el afecto que se siente por la materia y por sus protagonistas tenga que interferirse en el método de trabajo ni en los resultados científicos de la tarea.

Todo el libro rezuma tanto esa posición comprometida de que hablo, como el afán de objetividad científica con que ha sido concebido y redactado. Así podemos augurar un mejor conocimiento y un mayor interés por Cataluña

entre franceses, objetivo fundamental de la empresa. Sus autores citan el descubrimiento del «hecho catalán» que hizo Pierre Vilar en 1927 y quisieran ahorrar dudas y malentendidos a los franceses de nuestros días. En este sentido, creo que el éxito está asegurado, porque las maneras del libro han de encajar bien en esos medios, por más que sus contenidos chirrien con la tradicional óptica centralizante del país vecino. Dado que, «mutatis mutandis», la misma óptica se repite al sur del Pirineo, el libro de Michel y Marie Claire Zimmermann puede ejercer una misión eficaz en Francia y en España (y también, ¿por qué no?, entre catalanes). Eficaz, y pronto indispensable en la inminente nueva Europa. «Los catalanes concilian sin dificultad nacionalismo y universalismo [...]. Cuando ambas tendencias se combinan, definen perfectamente la especificidad catalana, una nación sin Estado. Un vacío que no significa frustración ni postergación [...]. Por su dinamismo y su cohesión, la nación catalana supera la «pseudo-dialéctica» de las relaciones entre nación y Estado [...]. ¿Un modelo catalán? Lástima que no haya sido emulado» (pág. 125). Se comprende que, además de informaciones de toda especie (incluso para curiosos, turistas, etc.), el libro suministra elementos para un debate.

Es de esperar que los lectores del libro, franceses o españoles, al doblar la última página, se digan: ««Je sais déjà» unas cuantas cosas (más) sobre Cataluña». □

RESUMEN

Lo que, de antemano, podría resultar difícil: sintetizar la historia de Cataluña desde todos los aspectos en poco más de un centenar de páginas, es lo que han conseguido, en sendos libritos aparecidos en la prestigiosa colección francesa de divulgación universitaria

Que sais-je?, Michel y Marie Claire Zimmermann. El comentarista de los mismos, Antoni M. Badia, considera que esta síntesis de lo que ha sido y es Cataluña no sólo descubre cosas a los franceses, sino también a los españoles, incluidos los mismos catalanes.

Michel y Marie Claire Zimmermann

La Catalogne

Presses Universitaires de France, colección «Que sais-je?», París, 1998. 128 páginas. 1.500 pesetas. ISBN: 2-13-048382-8.

Histoire de la Catalogne

Presses Universitaires de France, colección «Que sais-je?», París, 1997. 128 páginas. 1.500 pesetas. ISBN: 2-13-048354-2.

Netanyahu, historiador de España

Por Eloy Benito Ruano

Eloy Benito Ruano (Madrid, 1921) es secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia y presidente de la Sociedad Española de Estudios Medievales. Ha dedicado diversos trabajos al fenómeno aquí estudiado, entre los que cabe citar el de Otros cristianos y su discurso de ingreso en la Academia citada, titulado De la alteridad en la Historia.

Pero no Benjamin, primer ministro del Estado de Israel, sino Ben Zion: Ben Zion Netanyahu, profesor emérito (1910) de la Cornell University (Ithaca, Nueva York, EE.UU.). Historiador de los judíos españoles, cuya traducción de su libro *The Marranos of Spain* (2ª ed., Nueva York, 1973; versión castellana, Valladolid, 1994) emparejó su nombre para nosotros junto al de Cecil Roth y cuya deseada traducción de su monumental *The Origins of Inquisition in Fifteenth Century Spain* (Nueva York, 1995) permitirá incorporarle junto a los de Baer, Baron, Graetz, Kayserling, Lea, Lindo y Neuman. Es decir, junto a los máximos especialistas de la Historia judeoespañola.

Los siete ensayos –más bien monografías– integrantes del presente volumen habrán constituido, sin duda, otros tantos escalones o andamios imprescindibles para la construcción de la que ya será ciertamente su «magnum opus», el libro antes citado. En ellos se contemplan y elaboran siete temas, unos analíticos o «puntuales», otros generales, interpretativos, acerca del trascendente fenómeno socio-religioso, privativo de nuestra Historia y conocido como «el problema converso».

¿Racismo?

Un inicial acceso a los complejos aspectos que dicha realidad entraña se acomete en el primer estudio con el esclarecimiento del principio de discriminación o «limpieza de sangre» que, por parte de los cristianos viejos (limpios o «lindos»), se aplicó en España, a finales de la Edad Media, a los judíos recién convertidos al cristianismo. Principio cuyo origen Américo Castro, en su conocida obra *La realidad histórica de España* (México, 1954, antes *España en su Historia*, Buenos Aires, 1948) atribuyó a ideas de formulación bíblica, profesadas por el pueblo hebreo a lo largo de la Edad Media.

Tras un detenido análisis de los textos escriturísticos, talmúdicos y jurídicos judeo-medievales, el autor concluye afirmando la inexistencia o, en su caso, la abolición de tales ideas que pudieran haber dado origen a dichos principios de evidente carácter racial, aunque manteniendo la existencia de los de naturaleza moral o religiosa. Son según él, por el contrario, «grupos étnicos» cristianos los responsables de la creación de la Inquisición; «movimiento «racista» el que la respalda; «estatuto «racial» el promulgado en Toledo en 1449 contra los conversos; y «racismo» sin más el espíritu a cuyo estudio se dedica el libro. Menciones todas, las citadas, expresadas en las solas tres páginas del prefacio, el cual nos conduce a un primer título no menos radical: «El ataque «racial» contra los conversos».

A la anterior erudita y meridiana demostración negativa por Netanyahu de la permanencia de prejuicios bíblicos raciales en las sociedades judías medievales –abolidos por la exégesis talmúdica– sólo nos cabe agregar, en cambio, por nuestra parte, la estimación del carácter religioso-moral, más que racial, del principio discriminador mantenido por los cristianos hispanos de la Edad Media.

Otra cosa es que la condición judaica fuese insoluble y caracterizadora de la raza hebrea conviviente con la cristiandad peninsular; circunstancia que, hasta en el lenguaje coloquial, incluso actual, hiciera y haga usualmente indiferenciados y confundibles los sentidos étnico y confesional de la palabra «judío» (recuérdese el trabajo de Ernesto Renán *Le judaïsme comme race et comme religion*). Pero, independientemente de todas las bajezas, impurezas orales y turbios móviles de todo movimiento «anti» (y en este caso del antijudío en la Historia de España) creemos que no puede negarse a éste, en último extremo, su naturaleza «esencialmente» religiosa. Lo que, por supuesto, no le exime de la culpabilidad de sus consecuencias.

Único, aunque radical disenso frente a tal tesis del autor, estimamos que, aunque de otra manera y en otra medida, puede precisamente aplicarse al sujeto histórico español el mismo concepto que a la comunidad histórica judía como «a conglomerate of all races». La convivencia medieval (coexistencia, cohabitación, vecindad) de las tres castas, creencias y culturas –sólo inicialmente razas– cristiana, judía y musulmana, fructificó en esa personalidad que sólo en virtud de su síntesis puede llamarse propiamente española.

Cuña y madera

Pero continuemos el examen de los ensayos preinquisitoriales.

Es el segundo una exhaustiva indagación acerca de la condición neo o viejocristiana de fray Alonso de Espina, en su tiempo acaso el más contundente delbelador de los conversos, tanto desde el punto de vista doctrinal como del de su tratamiento legal –vale decir de su persecución–. La cercanía del personaje a la Corona de Castilla como confesor de Enrique IV; el clímax entonces alcanzado por la situación social de los conversos; y, sobre todo, la dureza de los argumentos por aquél empleados en contra de éstos criminalizando, no ya la sospecha, sino la certeza de su universal criptojudaismo, hacen que su famosa obra *Fortalitium Fidei* sea tenida como el más violento instrumento esgrimido contra los de aquella clase.

Es precisamente esa dureza de alegatos e imputaciones la que sin duda ha inducido a no pocos investigadores del pasado y del presente siglo a sospechar el origen judaico del ardiente franciscano (!), intuyendo en su actitud («no hay peor cuña que la de la misma madera») la voluntad de ocultar o compensar pasadas fidelidades.

Siguiendo los pasos de tal suposición, Netanyahu ha exhumado las opiniones –mejor que testimonios– de los más autorizados tratadistas, tanto españoles como judíos, que mantuvieron tal hipótesis: Amador de los Ríos, Menéndez Pelayo, Lafuente, Américo Castro y Sánchez-Albornoz, por un lado; por otro, Baron, Jost, Lindo y Roth. Pero también las de aquéllos que disintieron de tal parecer, unos a su vez, por falta de pruebas como Lea y Williams, y otros por convicción automotivada: Baer, Dubnow, Graetz y Kayserling.

Pero nuestro autor ha investigado además por sí mismo sobre la cuestión. Y encontrado que los mantenedores de la sospecha no tienen otro punto de apoyo, sino cierta calificación como «olim Iudeo et ad Christum converso» de Alonso de Espina, consignada en la continuación de los *Annales Ecclesiastici* del Cardenal Baronio por Enrique Sponde en 1641; por cierto, sin señalar fuente alguna de su información. Afirmación que, sin embargo, es ignorada, o por lo menos no citada, por ninguno de aquéllos.

Por el contrario, la más antigua imputación de judaísmo a Espina dentro del ám-

bito de la erudición no aparece sino en la presentación del personaje como «el más sabio, o uno de los judíos más doctos de su tiempo» que le atribuye (¡pero en 1781!) el bibliógrafo español y hebraísta José Rodríguez de Castro en su *Biblioteca Española* (tomo 1, pág. 354). Tardía y no acreditada cualificación que induciría a Amador de los Ríos a tener a aquél por «uno de los más famosos rabinos de su tiempo» y a don Modesto Lafuente a incluirle entre «los más ilustres conversos españoles». «Et sic de caetera» hasta nuestros días.

El minuciosísimo examen al que Netanyahu somete el texto de la *Fortalitium Fidei* le permite comprobar que «absolutamente todas» sus citas hebraicas se hallan vertidas al latín, pero tomadas una a una de las respectivas traducciones a esta lengua efectuadas por otros tantos autores efectivamente conversos del judaísmo: Abner de Burgos (Alfonso de Valladolid), Nicolás de Lira, Salomón Leví (Pablo de Santamaría), Joshua ha-Lorqui (Jerónimo de Santa Fe); e incluso, de las escrituras hebreas presentadas a la Disputa de Tortosa. El cotejo a dos y a tres columnas de unos y otros párrafos y aun capítulos y grupos de capítulos así lo demuestra; y lo corrobora un completísimo «Addendum» de cerca de cincuenta colaciones de otros tantos textos paralelos o idénticos.

La conclusión obtenida de este análisis es la de que un tratadista judío, formado en la lengua y dominando la producción original rabínicas no habría necesitado ni preferido las interpretaciones mediatas, ajenas, de los argumentos a contradecir. Lo que induce al autor a concluir que «Alonso de Espina no fue converso ni hijo de conversos: fue un cristiano viejo lleno del odio y el prejuicio «raciales» (este entrecomillado es nuestro) que caracterizaron el pensamiento, el sentimiento y los actos de la sociedad anti-marrana de su tiempo» (pág. 75).

Precisión documental

Una importante aportación, seguramente no percibida por los lectores no iniciados específicamente en la cuestión, es el «descubrimiento» realizado por Netanyahu que le permitió responder a su propio interrogante formulado al frente de su siguiente estudio: *Did the Toledans in 1449 Rely on a Royal Privilege?*

El tema es si los ciudadanos de Toledo, en dicha fecha rebeldes a su rey Juan II de Castilla, pudieron o no basarse en determinada concesión por parte de un anterior rey Alfonso (cuya cifra ordinal no se expresa) para decretar que «ningún confeso del linaje de los judíos... pudiese haber o tener ningún oficio ni beneficio en la dicha ciudad de Toledo, ni en su término ni en su jurisdicción, por ser sospechosos en la fe de Nuestro Señor et Redemptor Jesucristo».

Tal decisión habría sido, en efecto, adoptada por los sublevados vecinos de la ciudad, acudidos por su Alcalde mayor Pero Sarmiento, en la famosa «Sentencia-Estatuto» conocida como de su nombre y que consagrara localmente tal exclusión, constituyendo de hecho el más firme precedente de los futuros «Estatutos de limpieza de sangre» que habrían de proliferar en la ulterior sociedad española.

Entre los justificantes de tal decisión, los sublevados invocaron el supuesto otorgamiento de dicha facultad a la ciudad, por parte de un «Don Alfonso, Rey de Castilla y de León», entre otras gracias, libertades y franquezas.

La imprecisión acerca de la identidad del monarca citado ha llevado a cuantos historiadores se han ocupado circunstancial o especialmente del tema, desde el siglo XVI al

presente (el P. Jerónimo Román de la Higuera, el P. Juan de Mariana, don José Amador de los Ríos, don Fermín Caballero... y, modestamente, quien firma estas líneas) a dar por imaginario el indicado documento, atribuyéndolo a la necesidad o conveniencia de los rebeldes de buscar apoyo legal a su causa: eso sí, previo análisis minucioso de las documentaciones de los reyes Alfonso XI, X (muy especialmente) y VIII.

Pero hete aquí que el profesor Netanyahu, retrocediendo aún más en su rebusca y siguiendo ciertas pistas suministradas por el jurista cuatrocentista Alonso Díaz de Montalvo, ha llegado a toparse –o más justamente dicho, a encontrar– un efectivo «privilegio» otorgado a Toledo por Alfonso VII el «Emperador» y fechado en 1118, en el que literalmente se dispone que «nullus judeus, nullus nuper renatus (=converso) habeat mandamentum super nullum christianum in Toledo, nec suo territorio». Prohibición que los cristianos viejos de la ciudad pudieron considerar vigente en 1449, al haber sido incluida en la sucesiva y usual confirmación general de privilegios locales repetida por cada nuevo monarca en su respectiva investidura.

Para mayor sorpresa del aquí firmante (e hipotéticamente de cuantos antes que él se ocuparon del tema), el documento se halla publicado en la *Colección de Fueros Municipales* (tomo 1, Madrid, 1847, págs. 363-367) de don Tomás Muñoz y Romero. Y conforme a las conclusiones de Netanyahu –prescindiendo de viejas legislaciones civiles y conciliares visigóticas– constituye el más remoto precedente del principio hispano de exclusión de cristianos nuevos en el desempeño de oficios públicos.

Conversiones

El estudio acerca de *The Conversion of Don Samuel Abravanel*, judío andaluz de fines del siglo XV y principios del XVI, constituye un agudo espécimen lleno de comprensión hacia el fenómeno autodefensivo de la conversión religiosa coaccionada. Ejemplo personificado –incluso con la sospecha de reconversión al judaísmo– en la figura de quien, considerado por algunos de sus correccionarios coetáneos como «el líder escogido por Dios para los judíos de España y Francia», se transformó en el cristiano Juan de Sevilla, sin perder en uno y otro momento su autenticidad. Ni, por cierto, antes ni después, el cargo de Contador mayor de los Reyes de Castilla que ostentara.

Polémica

El quinto estudio del libro versa sobre *Sánchez-Albornoz' View of Jewish History in Spain*.

Hemos de subrayar el profundo respeto y admiración que hacia la personalidad y la obra de nuestro gran medievalista declara profesar el autor, al comienzo y al final de este trabajo, con acentos de convincente sinceridad. Sentimientos no empañados –afirma– por el asombro y la frustración que, sin embargo, le causó la lectura de las páginas del maestro que a continuación se dispone a comentar.

«Los españoles –advirtió en el comienzo de este comentario el profesor judío– tienen la costumbre de buscar en su alma –en su alma colectiva, nacional–. Inquieran su esencia, hechura y características, y para determinarlas examinan entre otras cosas, sus rasgos, hábitos y reacciones ante fenómenos comunes o extraños. Quieren saber qué hace



Viene de la página anterior



español a un español y por qué difiere de los miembros de otras naciones. Tal empeño inabarcable por auto-definirse ha ocupado a muchos pensadores españoles de los siglos XIX y XX, y apenas hay un estudioso español de renombre que de uno u otro modo no se haya arrojado a este ejercicio intelectual» (pág. 129, traducción de Ángel Alcalá).

La constancia de esta apreciación no deja de suscitar acordes vibraciones (más acordes aún con la actitud de Julio Caro Baroja ante el tema en su ensayo sobre *El mito de los caracteres nacionales*) en quienes hemos vivido —y en parte «experimentado»— la ardua y duradera polémica Castro-Sánchez-Albornoz en torno a la interpretación de la Historia de España.

Como coordinador —ya que no innecesario «moderador»— de unas por ahora últimas *Reflexiones sobre el ser de España* emitidas por los actuales numerarios de la Real Academia de la Historia (Madrid, 1997, 3ª ed. 1998), nos abstenemos, para no incidir en la eterna disputa, de entrar en la enumeración de tesis y antítesis albornocianas y en esta ocasión netanyahunas (valga la palabra), las cuales nos limitamos a declarar naturalmente contradictorias entre sí.

No dudamos que, de estar vivo don Claudio, se hubiera dispuesto a desfundar la poblada panoplia de sus argumentos, complacido de reconocer en su adversario la alta condición de campeón que le hiciera digno de caballerisca contienda. (Conocida fue su displicente actitud de despreciar para «pláticas escuderiles» las escaramuzas dialécticas a que pretendieron provocarle contendientes menores.) Y hoy podríamos, sin duda, disponer de un nuevo «estudio polémico» que agregar a los no pocos agrupados en una de sus más tardías «raccoltas» de trabajos dispersos. Haciendo abstracción por nuestra parte del resultado de unos u otros encuentros.

Los marranos

Más que la discusión mantenida por nuestro autor con Albert Sicroff, Gerson D. Cohen y Vicente Cantarino acerca de la interpretación de determinadas fuentes relativas a los marranos, interesa al lector no demasiado afectado por la materia heurística el contenido de este nuevo apartado (*The Historic Significance of the Hebrew Sources concerning the Marranos*), por cuanto contribuye a la ratificación de la que estimamos tesis más trascendente —diríamos que esencial— mantenida por Netanyahu a lo largo de su producción investigadora. Diríamos que la que caracteriza el sentido de su entera obra: «La conclusión de que los marranos del tiempo en que la Inquisición fue fundada, salvo una pequeña minoría, no eran judíos secretos, tal como ha venido manteniéndose, sino cristianos en alto grado de asimilación».

Lo contrario pudo afirmarse para los comienzos del siglo XV, cuando el terror difundido por las masacres y persecuciones desatadas a partir de 1391 habían compelido a no pocos judíos a abrazar formalmente el cristianismo, aunque permaneciendo en lo profundo de su alma fieles a la convicción de su fe y practicando en la intimidad sus ritos y costumbres. Pero no es menos cierto que, andando el tiempo, las sucesivas generaciones de cristianos nuevos (marranos), nacidos y ambientados en un medio exclusivamente cristiano, fueron experimentando una progresiva identificación con esta segunda condición, reduciéndose, por consiguiente, el número de criptojudíos o falsos conversos.

Así lo han constatado historiadores españoles actuales que han profundizado en el estudio de este fenómeno (Domínguez Ortiz y Márquez Villanueva, consignados al

efecto por Netanyahu); y así hemos tenido ocasión de mantenerlo personalmente y en repetidas ocasiones (*Del problema judío al problema converso*; «Otros cristianos»: *Conversos en España, siglo XV*), reconociendo la inexorabilidad de tal proceso. Al tiempo, por cierto, que la dramática situación de los auténticamente convertidos, frente a la permanente e insidiosa sospecha de la Inquisición y aún de la propia sociedad de la que ya formaban parte.

La nueva argumentación que al respecto esgrime en esta ocasión el autor viene a ratificar y robustecer sólidamente su tesis, ya expuesta y justificada de modo básico en su libro mencionado al comienzo de estas líneas (*The Marranos of Spain*).

Conclusiones (y alguna disensión)

El último de los estudios contenidos en el libro comentado versa sobre *The Primary Cause of The Spanish Inquisition*. En él se exponen ordenadamente las opiniones que sobre el móvil originario del «Santo Oficio» han venido manteniendo los historiadores modernos —por cierto, con excepción de la de H. C. Lea—.

Sin excluir la existencia entre los conversos de «algunos» criptojudíos a los que perseguir, Juan Antonio Llorente, el primero y acaso el más encarnizado condenador de la institución entre los autores citados, mantuvo que la creación de aquella estuvo motivada por razones financieras y políticas, paralelamente afectantes a los intereses de Fernando el Católico y de Sixto IV. Para Leopoldo Ranke, su institución permitió al monarca castellano-aragonés disponer de un Tribunal que, por encima de grandes y obispos, constituyera esencial apoyo de su perseguido régimen político absoluto. Opinión en la que le siguió K. H. Hefele (el famoso historiador de los Concilios), quien introdujo además por su cuenta en la moderna historiografía del tema «la idea del «peligro» que los marranos constituían para el pueblo español y su religión», dado que sus secretos designios eran, nada menos, que los de «convertir a los cristianos viejos y a España entera al judaísmo».

La opinión de J. Amador de los Ríos abunda en señalar la mezcla de intereses políticos con los religiosos, orientados hacia la «totalitaria» (sic) unidad de España perseguida por la Corona. Unidad religiosa que apreciaría esencialmente Menéndez Pelayo, para quien la Inquisición se diseñó a tal efecto como eficaz instrumento; aunque señalando por su parte que el objetivo último de ésta no dejó de ser ante todo «la extirpación de la herejía judaica» —considerando como tal, no al judaísmo en sí mismo, sino a su mantenimiento oculto o a la recaída en él por parte de falsos o efectivos cristianos nuevos—.

Lamentablemente para el discurso de don Marcelino, entre los argumentos que esgrimió como prueba del popular respaldo —«universal suffrage», «democratic justice»— de la Inquisición, incluyó la presencia de «inmensas multitudes reunidas en los actos de fe». Lo que permite lícitamente a Netanyahu establecer un oportuno y destructor paralelo con los masivos espectáculos romanos en los que los cristianos eran arrojados a las fieras.

De nuevo vuelve a insistir el profesor de Cornell University en su convicción «expuesta tiempo ha», y que compartimos plenamente, de que «cuando la Inquisición fue fundada, la mayor parte de los conversos estaban plenamente cristianizados, mientras que los criptojudíos existentes entre ellos constituían un pequeño grupo que disminuía y declinaba en su judaísmo, tanto ritual como conceptualmente» (págs. 194-195).

Porque en la etapa de 1391-1412 aproximadamente —prosigue— los judíos que cruzaron las fronteras entre ambas creencias, lo hicieron, como ya se ha dicho, de manera formal, externa. «Pero al mismo tiempo cruzaron otros límites: los de la sociedad y la cultura, y este cruce fue muy auténtico. La conversión les sirvió como billete de entrada en la sociedad cristiana española y una vez dentro de ella no desearon salir; o, por decirlo más contundentemente, prefirieron permanecer en ella.»

Por parte de los cristianos viejos, sin embargo, se mantuvo largamente una actitud de distanciamiento diferenciador de los «ex illis» respecto a los «ex nobis»; entre ellos y nosotros: en definitiva, entre «los unos» y «los otros». (Y al llegar aquí permítansenos remitir a nuestro discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia —Madrid, 1988— en el que se trató precisamente el fenómeno: *De la alteridad en la Historia*.) Admitida incluso su cristiandad, los conversos fueron tenidos siempre como distintos, algo así como en cierto modo pudieran serlo los genoveses en la España de su tiempo: extraños, pero además «non gratos».

Protegidos inicialmente, no obstante, por la Iglesia y por la Corona, su incorporación hasta los más altos puestos de uno y otro poderes concitó en su contra la sospecha o la imputación de su falsedad, desatando además el odio derivado de las insidiosas acusaciones de sus crímenes y pecados, profanaciones de hostias consagradas, cotidianas blasfemias, asesinatos rituales como el del Niño de La Guardia, etc.

Éstas fueron, sin duda, concluye Netanyahu, las causas inmediatas, directas, del establecimiento de la Inquisición.

Pero los excesos de crueldad y el extremado espíritu persecutorio —añade seguidamente— que desde el primer momento caracterizaron el funcionamiento del instituto son responsabilidad máxima y exclusiva de los reyes que la crearon.

Según el párrafo quizá más duro que hayamos leído nunca para enjuiciar, o más bien, condenar históricamente el reinado y las personas de los Reyes Católicos, la conducta de éstos para con sus súbditos judíos y sus descendientes (muchos de ellos ya cristianos), no puede aparecer más culpable ni abyecta: mientras «sus vigilantes ojos estaban atentos a cualquier violación de sus órdenes hasta en los más remotos rincones de sus reinos; cuando su extremado celo por el pleno cumplimiento de sus leyes y el consiguiente castigo de sus infractores era incesante», ninguna de las denuncias y reconveniones emitidas por nobles, prelados y hasta Papas acerca de toda clase de excesos y extorsiones cometidas por el implacable Tribunal, movieron de su parte un solo acto de equidad o clemencia.

Diríase leyendo estas páginas que de cada ¡ay! exhalado por cada desgraciado sometido a tormento, de cada vuelta de torniquete inquisitorial eran directa, concreta y cínicamente conscientes y tolerantes los monarcas y, por consiguiente, cómplices y culpables. «Torquemada, Lucero y otros fun-

cionarios de la Inquisición —remacha el autor— atrajeron sobre sus nombres la infamia y el reproche demasiadas veces atribuidas a la Inquisición como un todo; pero ninguno de ellos pudo haber actuado sin la autorización y el respaldo de sus soberanos».

Y todo ello, ¿por qué? «Si hicieron oídos sordos a «casi» todas aquellas denuncias fue porque creían que ello redundaba en su interés —«el interés de los Reyes Católicos y de sus reinos»—» (el inciso es del autor).

Tras la ardua investigación agudamente crítica seguida en depuración de datos e interpretaciones, no deja de sorprendernos una demonización tan extremada, una encarnación tan absoluta del mal en las figuras de los Reyes Católicos. Y no deja de sorprendernos la conclusión prácticamente única, tan simple —elemental— como desproporcionada de singularizar, más que en el gobierno, en la catadura moral, específica, esgrimida por los monarcas para con sus vasallos judíos y conversos, la causa total de la institución inquisitorial y de su funcionamiento.

Creemos más justificado considerar otros muchos, «todos» los aspectos, que no los invocados separadamente, uno a uno a lo largo del tiempo, por la historiografía para explicar —no para justificar— la «solución final» que significó la expulsión de 1492. Solución de un problema para cuyo enfrentamiento fue empleada la Inquisición como instrumento antes y después de la dramática fecha.

«Razones» políticas, sociales, económicas, religiosas, culturales, de lugar, de tiempo ¡y hasta de «raza»! fueron las que determinaron su creación, si es que el conjunto de todas ellas constituyó «el interés de los Reyes Católicos y de sus reinos».

Coda

En diversos puntos de los estudios hasta aquí seguidos (págs. 141, 142, 149, 198) hemos constatado la contraposición entre los términos «judíos» y «españoles». Creemos más exacta la utilización histórica del par antagónico «judíos» y «cristianos», ya que unos y otros fueron hasta 1492 súbditos (vasallos) de unos mismos monarcas, reinos y coronas.

Independientemente del sentido (o de los sentidos) de la palabra «español» en la Edad Media (desvelado por Paul Aebischer y divulgado por Américo Castro), y de la pluralidad de «nacionalidades» castellana, leonesa, aragonesa, etc. de judíos y cristianos peninsulares, no deja de ser cierto que para los primeros también «Sefarad» fue sentida perdurablemente como una patria. Bástenos evocar las canciones sefardíes elegíacas en el exilio.

Desde la plataforma actual de la historiografía hispana, aquellos judíos de España son considerados más bien como judíos españoles o incluso como españoles judíos.

Ya que no sefardí —creemos— el profesor Netanyahu, y no sintiéndose por tanto historiador español, sí que podemos honrarlos en considerarle, en virtud de su copiosa y respetable obra, verdadero historiador de España. □

RESUMEN

Eloy Benito Ruano comenta un libro del historiador Ben Zion Netanyahu, padre del actual primer ministro de Israel, que reúne siete monografías sobre otros tantos puntos críticos del fenómeno de la conversión del judaísmo al cristianismo en la fase final de la convivencia

de ambas comunidades en la España medieval. La tesis fundamental es la definitiva autenticidad de dicho fenómeno, inicialmente coaccionado, pero cuya permanente sospecha dio origen a la instauración y perduración de la Inquisición.

Ben Zion Netanyahu

Toward the Inquisition. Essays on Jewish and converso history in late medieval Spain

Cornell University Press, Londres, 1997. 272 páginas. 25.95 libras. ISBN: 0-8014-3410-6.

El linaje de la novela

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático de universidad y director de la Real Academia Española, de la que sigue siendo miembro. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del Español.

Don Pío Baroja en una página tardía se preguntaba: «¿Cómo un escritor como yo que intentaba expresarse con el máximo de rapidez y con el mínimo de fórmulas viejas y desgastadas iba a tener estilo?». Éste es un lugar común que no me interesa demasiado. Pregunto simplemente: «¿Cómo está escrita la novela?». Quiero decir: ¿se lee con apasionamiento, los tipos —próximos o lejanos— tienen vida, los paisajes nos hacen caminar cualquiera que sea su condición, los pueblos son escenografías de cartón? Resulta que, como lector de novelas, es esto lo que busco. Después viene la pedantería del oficio: que si la estructura, que si el tiempo, que si la condición social o mil cuestiones semejantes. Pero lo cierto es que la novela, si interesa, se lee; y la crítica tengo mis dudas de que se lea nunca. ¿Y usted que hace?, me preguntarán. Y mi respuesta no será difícil: leo despacio, me intereso o no y luego cuento mis reacciones. Dudo que el crítico merezca la pena ni siquiera como dómine. Estudiaba en el instituto y el profesor nos decía a los chicos de diecisiete años: «Rubén Darío, nicaragüense, autor de reprensibles extravíos». Era todo. Y un año después: «Pío Baroja, novelista sin estilo; no sabía decir “bajar en zapatillas”, “con zapatillas” y “de zapatillas”». Así se formaba mi capacidad crítica. Pero un día, en un carro rodeado con los colores nacionales, compré las *Prosas profanas* (libro del que jamás me habían hablado) y mis diecisiete años pensaron qué cosa serían los reprensibles extravíos. Otro, mi hermano había hecho un retrato de Mary Beltza y me pasó las *Vidas sombrías*. Han transcurrido casi sesenta años y la emoción me dura todavía.

Todo esto viene muy a cuento. Pío Caro Baroja ha escrito una novela —espléndida novela— que se titula *El águila y la serpiente*. La he leído como suelo: en orden, desde la primera a la última página y me he ido enfascando en ellas. Conozco Méjico, quiero a sus gentes, a un hijo mío le dicen «El mejicanito», pero esto no hace al caso. Lo que sí viene a cuento es lo que he pensado de la novela de Pío Caro Baroja. ¿Estilo? Bueno, sí y no. ¿No-

vela? Sí. Lo digo claramente: la he leído con pasión y la he vivido. Porque leer es, sencillamente, leer. Un día, un prohombre actual, sorprendido, le hablaba a mi hijo Antón: he buscado todas las referencias que hace tu padre (era de una de estas reseñas) y todas son ciertas. Naturalmente, inventar hubiera sido fácil, pero una falta de respeto al lector y una falta de moral ante mis propios ojos. ¿Bueno, malo? Es la única manera que sé de proceder. Me viene a las mientes una historia de hace casi cuarenta años: no extrañaré que no recuerde nombres, títulos ni cosa parecida. Según creo, un periodista hizo la reseña de un libro, y lo puso por los cuernos de la luna. Un lector denunció la tropelía: el libro hablaba mal de Franco. Enjuiciaron al periodista, que se defendió con lógica: «Tenemos que trabajar tan deprisa, que no hay tiempo sino de hojear superficialmente». El juez fue sensato: «De ahora en adelante, lea los libros que reseñe». Sam Wofsy era el jefe de mi departamento y me pasó el recorte del *New York Times* con escándalo de su conciencia judaica del bien y el mal, de su moral puritana y de la sorpresa de su antifranquismo (según él, la España de entonces debiera haber mandado al periodista a la hoguera).

El estilo, próximo a la acción

Todo esto viene a cuento de *El águila y la serpiente*. Conforme leía la novela, pensaba en Pío Baroja. El estilo (¡ay!) próximo a la acción, la riqueza de tipos, las mil aventuras que nos cercan por todas partes, el ¿dónde acabará todo esto? No era posible abandonar



Pío y Julio Caro Baroja en Itzea, Vera de Bidasoa (Navarra).



Pío Baroja, con su hermana Carmeu, su madre Carmen Nessi y los sobrinos Ricardo y Julio Caro, en Itzea, 1920

la lectura. Además, con nombre y apellidos, pululaban por ella amigos míos de los que acaso sepa más cosas de las que a Pío le hacen falta. ¿Cómo abandonar el relato? En un momento el novelista habla de Baroja, aduce las novelas en las que el lector —yo— había pensado y nos da cuantas claves quisiéramos encontrar para que aquello tuviera cabal sentido. Al final, apresuradamente se ponen entre nuestros dedos los hilos que deshacen el cedejo, y sentimos una profunda tristeza: todo ha ido mal a aquellos tipos que nos han acompañado y a los amigos a los que admiramos, pero que nos han hecho vivir con desconsuelo. El caminar ha sido barojiano, la narración es barojiana, el desenlace, barojiano también. He dicho que ésta es una gran novela. ¿Amorada por posibles identificaciones? Para mí, no. Si tuviéramos que quitar lo que los relatos de hoy siguen debiendo a Cervantes, ¿perdurarían muchos de ellos? Cuando identificamos estamos extendiendo el documento con nuestras huellas dactilares para no ser engañados por arribistas y mestureros. Hace algunos años, algunos, Homero dijo que al hombre se le conoce por su estirpe. ¿Vamos a negársela al novelista? Para poder seguir hablando diré que *El águila y la serpiente* es una novela clásica, con su(s) argumento(s), con sus tipos, con sus paisajes, con su lengua (¡qué prodigio de lengua!), con la amargura que es el vivir y con la tragedia de los desenlaces. Galería de tipos como los que pululan por cualquier sociedad, aunque en la selva no abunden los santos sino los réprobos y los explotadores. También como en todos sitios. Y la vida que van teniendo aquellos seres de ficción que se entreveran con otros que fueron de carne y hueso y que prestan a los tipos literarios su carne y sus huesos, para que la realidad pueda llamarse verdad y no tablado de marionetas.

La novela abruma por la cantidad de recuerdos acumulados. Tal vez todos tengamos más recuerdos de los que creemos y nos juz-



Baroja paseando por el Retiro, 1950. Fotografía de Nicolás Müller.

guemos con incapacidad para la evocación. Por eso pido perdón por argüir con palabras de Pío Baroja: cualquiera que lea sus *Memoorias* o sus artículos o sus recuerdos quedará anodado de tantos acontecimientos de los que es archivo o de tantas (tantísimas) personas que estuvieron, acaso muy de pasada, en su vida. Esto que abruma al lector que yo soy, y que se cree sin memoria, tiene unas líneas que valen para la novela que estoy comentando: «A mí me han faltado, para tener condiciones completas de escritor, bastantes cosas. Una de ellas, muy importante, la memoria. He tenido poca memoria, sobre todo de lo leído. La memoria es cosa muy importante, aunque hay gente que quiera considerarla como una facultad independiente de la inteligencia. No creo que sea tal cosa».

El final de muchas historias

El águila y la serpiente es una novela en la que, bajo apariencia literaria, se enmarcan unos principios de historia trascendida. Símbolos aquellos hombres de un vivir colectivo en el que cada peripecia encarnaba sin decirlo un trasunto social en el que se vive y del que se vive. En cierta ocasión se habla de aquel mundo triple en el que se encarnan España, Méjico y Vasconia; en otras se habla de la conquista y en alguna más de lo que fue la realidad de cuatrocientos años con amor a la verdad. Insisto, sin «metafísica» de ninguna clase, sino como explicación de por qué son así aquellas gentes y por qué la novela tiene sentido en la vida de esos hombres.

Entonces todo está presidido por la biografía de Esteban Urtubi cuyo sentido trilingüe está en el entierro del compañero íntimo: «Aquí yace don Vidal, un amigo que Jangoikoa le perdona. Y después cantó a dúo con El Cacarizo unos sonos veracruzanos y el “Agur Jaunak” antes de enterrarlo». Aquel Esteban Urtubi es hombre con biografía de obligadas complejidades: estudiante de medicina, gudari, capitán del ejército de la República, exiliado, asesino sin voluntad y en propia defensa, fugitivo, chiclero, propietario y airón agitado por toda clase de vientos.

La biografía, con no pocos jirones del propio narrador, se va modelando lentamente en el interior del personaje, con aires de zozobra en el mundo que lo rodea. Se mantienen emocionadamente los libros de su identidad (novelas de Baroja y Unamuno, tratados de Barandiarán y Aranzadi) que sustentan su talante cuando el mundo le va obligando a cambiarlo. Es emocionante saber que la voluntad no es otra cosa que un lento proceso de captación lingüística: «Urtubi, en silencio, pensó que había dicho “ahorita” por primera vez en su vida, y que su voz bronca trataba de suavizarla y que le comenzaban a funcionar formas de mimetismo y acomodación. Luego se dijo, se ve que es un mecanismo de imitación y de defensa, y lo que hay que hacer es identificarse lo más que se pueda en todo. Sí, en todo, repitió varias veces, y desde entonces comenzó a hablar de manera suave e insinuante, suprimiendo la “z” y sustituyéndola por la “s”, usando los modismos populares que al oírse a sí mismo le hacían gracia, hasta que con el uso se acostumbró a ellos».

El prodigioso observador que es Pío Caro Baroja lo es, precisamente, por su capacidad lingüística. Sin el dominio y la adopción lingüística para bien poco serviría todo lo demás. En un caso, para dar envidia a Azorín, escribe, y abrevio mucho: «Sobre el albeante mantel de alemanisco, lleno de bordados en blanco se veía abundante plata labrada en bandejas, azafates, mancerinas, platos, bernegales, escudillas, limetas, tembladeras, etc., pero más que estas preciosidades de vajilla, tenían un

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

magnífico resalte los grandes pltones de áurea cocada con sus incomparables cabujones de almendras y pasas, etc.». O cambiando el registro del aristón: «¡Jijos de la chingada, se volaron el tesoro! ¡Mira nomás donde estaba, y yo de pendejo lo perseguí toda mi vida, pues doña Tencha me habló de él, que si en tiempo de la Revolución y otras largadas! ¡Jijos de la tiznada, si los agarro les doy chicharrón!».

Seres de carne y hueso

Pero la lengua es comunicación y estos hombres que pululan por la novela de Pío Caro son seres de carne y hueso, que alternan con otros de cuyas pisadas en el suelo tenemos buena información. No es el único autor que nos hace convivir con hombres que pesaron en la tierra. Alguna vez he pensado que no otra cosa encontramos en novelas de Ignacio Agustí, Sebastián Juan Arbó, Sánchez Mazas y no pocos nombres más. O en Antonio Prieto, cuando nos hace ser —a mí también— algo más que sombras en sus novelas. Así figuras espléndidas como María Candelaria, la increíble creación del Indio Fernández, o éste, en su persona y en su obra, o la evocación del capitán Chimista o del conspirador Aviraneta. Sí, los hermanos Blasco, amigos míos que nunca estuvieron en Méjico y a cuya tertulia de la plaza del Obispo llevé yo a Julio Caro Baroja y nos descubrían historias sorprendentes. Vivos ahora en esa maraña de tipos pues, el autor confiesa, «he te-

nido una especie de desfile de todos mis personajes, y he llegado al convencimiento de que bastantes de los nombres que figuran en el reparto tienen algo de reales, como el mío propio, y otros de conocidos y amigos, por desgracia muchos ya muertos, y que como fantasmas han ido apareciendo». Son parcelas de vida que un día nos asaltan desde su impenetrable realidad. Recuerdo el libro VI de la *Eneida*: Anquises ha bajado a los infiernos y se encuentra con Palinuro, su fiel piloto; se reconocen y hablan, pero las voces salen sin cuerpo porque las emiten sombras inanes.

Es lo que todos estos personajes son en la hermosa novela de Pío Caro Baroja: vacuos recuerdos, como él mismo, al encontrarse en un libro que, también es —está hecho— de añoranzas y recuerdos. Como aquel espléndido retrato del Marqués, que entre carraras, linajes y cortinones aparece recreando —y con cuánta belleza— unas páginas de don Joaquín García Izcabalceta. Este conjunto de cuadros de naturaleza, de ásperos estancieros, y de mujeres fuertes como soldaderas —con ambiente rubeniano y damas quebradizas— nos hace pensar en cuadros de pazos y vinculeros que hubieran hecho feliz al señor de Bradomín.

Más aun, en este mundo ¿podríamos silenciar al inolvidable fraile que aparece en el capítulo XXX?: «Un atardecer se presentó [...] un viejo mendigo con un largo cayado, vestía un hábito de monje raído y descolorido, atado a la cintura con cordón de esparto, su barba blanca le llegaba hasta el pecho y cubría parte de un gran crucifijo de rústica madera,

probablemente tallado por él mismo. Con voz suave y entonada comenzó a cantar el padre nuestro en idioma desconocido. La mujer de Lázaro al oírlo se santiguó y le sacó una jarra de agua fresca, unas tortillas y un cuenco con frijoles [...] El frailuco [...] le contestó con marcado acento español: «Mi nombre es Bartolomé de las Casas»».

Todo cuanto señalo (lengua, tipos) ahorman la unidad funcional que tienen en la novela. El conjunto se enriquece con realidades vividas o que se han podido vivir, porque los paisajes son los que mil veces hemos contemplado en las tierras calientes y los motivos ambientales, también. Son inolvidables los cuadros en los que las lluvias arrancan en una estación de lluvias a las gentes que huían de ellas, o el atardecer en una playa con los cayucos varados. Doy fe del inolvidable hotel de Mérida de Yucatán, porque más de una vez, y por larga demora, encontré cobijo y pu-

de saber de las precisiones de Pío Caro: alberca con plantas carnosas, brisa que aplaca las humedades ardientes y columnas de claustro colonial.

Al final el novelista nos da todas las claves. Los personajes perdidos son reencontrados, el destino de los sueños destruido, en un comercio de inversionistas y todo reducido a una nada desoladora. Las estampas emocionadas en entierros, plantas y solemnidades han quedado perdidos y en un vacío sin sentido, como las gentes que un día tuvieron vibrantes presencias o criaturas a las que poco a poco fuimos haciendo nuestras. Quedan los recuerdos. Como los que el autor puntea desde su casa de Vera o aquel Baroja que es, también, una figura encariñada en su biblioteca.

La novela es una delicia (lástima del impresor, tan descuidado) por lo que significa en sí (esto es lo más importante) y por «el don preclaro de evocar los sueños». □

RESUMEN

El comentario a esta novela le permite a Manuel Alvar introducir referencias personales o reflexiones acerca del hecho de la crítica o aludir a la estirpe del autor del libro en cuestión, Pío Caro Baroja, sobrino de don Pío. Pero todo

ello no es más que el paisaje en el que Alvar sitúa su verdadero comentario, el que dedica, resaltando sus logros y aciertos, a *El águila y la serpiente*, una novela de ambiente mexicano de Pío Caro, hecha de añoranzas y recuerdos.

Pío Caro Baroja

El águila y la serpiente

Pamiela/Gobierno de Navarra, Pamplona, 1997. 214 páginas. 2.000 pesetas. ISBN: 84-7681-259-0.

Entrañeza y extrañeza del cristianismo

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (*Lastra del Cano, Ávila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Múnich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *Jesús de Nazaret, Madre y muerte*, *Cuatro poetas desde la otra ladera* y *La extrañeza del cristianismo*.

Durante el año 1997 aparecieron en España cuatro libros, que tenían la palabra «cristianismo» en el título: X. Zubiri, *El problema teológico del hombre: cristianismo*; P. Laín Entralgo, *El problema de ser cristiano*; J. Marías, *Sobre el cristianismo*; y O. González, *La entrañeza del cristianismo*. La historia del cristianismo en Europa (desafío de la razón) y la situación actual (pluralismo, secularización, nuevas religiones) son el contexto donde hay que situar este libro de Pedro Laín.

El trayecto de tres siglos

Hasta ahora había prevalecido el entusiasmo del siglo XVIII, con la idea del progreso incesante y transformador de la realidad hasta ponerla toda ella en manos del hombre; euforia revolucionaria del siglo XIX, que pasó de la transformación de la naturaleza por la ciencia a la transformación de la sociedad por la acción política. Progreso científico y revolución social serían las claves de la realidad y de la humanidad, de la historia y del futuro.

A finales de siglo tenemos ya suficiente distancia para valorar los inmensos logros de ambos proyectos, el técnico-científico y el socio-revolucionario, pero a la vez para descubrir sus limitaciones constitutivas. La vida humana es naturaleza y es historia, es materia y es sociedad, pero desde dentro de esas determinaciones es pulsión de sentido, búsqueda de plenitud, necesidad de acogimiento, estremecimiento ante lo sagrado, inquietud y anhelo de un Absoluto personal, que no sólo funde como realidad nuestra finitud y acoja nuestra debilidad con su potencia sino que nos afirme en nuestra individualidad desde su plenitud personalizadora y desde su santidad divina. Las religiones no se han comprendido nunca como alternativa a nada sino como afirmativas de un orden de realidad, que vive desde su sentido propio, que abre a un universo específico de experiencia, que introduce una promesa y una esperanza en el mundo irreductibles a todo lo demás. La religión ha suscitado una metafísica, una ética, una cultura, pero nunca ha vivido objetivamente a merced o con permiso de la metafísica, la ética o la política.

¿Cristianismo o poscristianismo?

La pregunta por el cristianismo se hace inexorable hoy en Europa por múltiples razones y ante todo porque ella ha sido gestada desde principios cristianos, que la han configurado como comunidad histórica, como propuesta racional y como proyecto técnico. Pero estas realidades nacidas de la matriz cristiana han logrado autonomía, prescinden de la madre que las engendró y reclaman poder perdurar sin apoyaturas o asideros religiosos. ¿Estaríamos ante un «poscristianismo» o manera de acoger todo lo que el cristianismo ha ofrecido al mundo en el orden cultural, social y moral, pero sin asumir sus presupuestos fundacionales, la fe personal en el Dios revelado en Jesucristo, la conversión como giro de la vida que la enclava en su palabra y promesa, la inserción en la iglesia como necesaria comunidad de fe, la esperanza de una vida eterna que no

es fruto de la inmortalidad natural, ni de la creación cultural, ni de la gestación técnica sino del don de Dios creador y consumidor del hombre, su imagen, llamado a ser semejante a él y a participar de su vida que es eterna?

El reto de las otras religiones

A esa situación de metamorfosis de Europa como proyecto, a esa mutación cultural interna que lleva a la conciencia occidental a mantener todas las ramas del tronco cristiano sin estar entroncadas en el árbol del que nacieron, se une la reviviscencia de otras religiones cercanas, como el Islam, y lejanas, como el budismo, que elevan la pretensión de ofrecer un proyecto unificador de la existencia, que supere las simas abiertas en la conciencia cristiana occidental que tras la secularización no sólo habría desencantado el mundo, sino que habría esterilizado la unidad interior del hombre que ya vive escindido en sus relaciones, sin que vea qué relación tienen Dios y el hombre, patria y religión, esperanza eterna y esperanzas históricas. El Islam es la segunda fuerza religiosa de Europa y, más allá del integrismo y fundamentalismo de los grupos extremos, se presenta como una propuesta capaz de sustituir al cristianismo, tras presuponer que éste ha fracasado en la configuración religiosa de la cultura moderna. El que las soluciones que propone nos parezcan arcaicas en la convicción de que sólo tendrá una palabra valiosa cuando haga los cuatro siglos de modernización de la conciencia religiosa que el cristianismo ha llevado a cabo, no resta validez a su diagnóstico de la escisión la conciencia moderna de la conciencia cristiana, y a su reclamación de una conjugación de mundanidad y trascendencia. Si el monismo

unificador es falso, el dualismo, tanto antropológico como social y cultural, deja sin responder las aspiraciones últimas del único hombre, que es tiempo y trasciende al tiempo, es pensamiento y no se agota en el pensar, es trascendencia pero radica en el mundo y surge desde la carne.

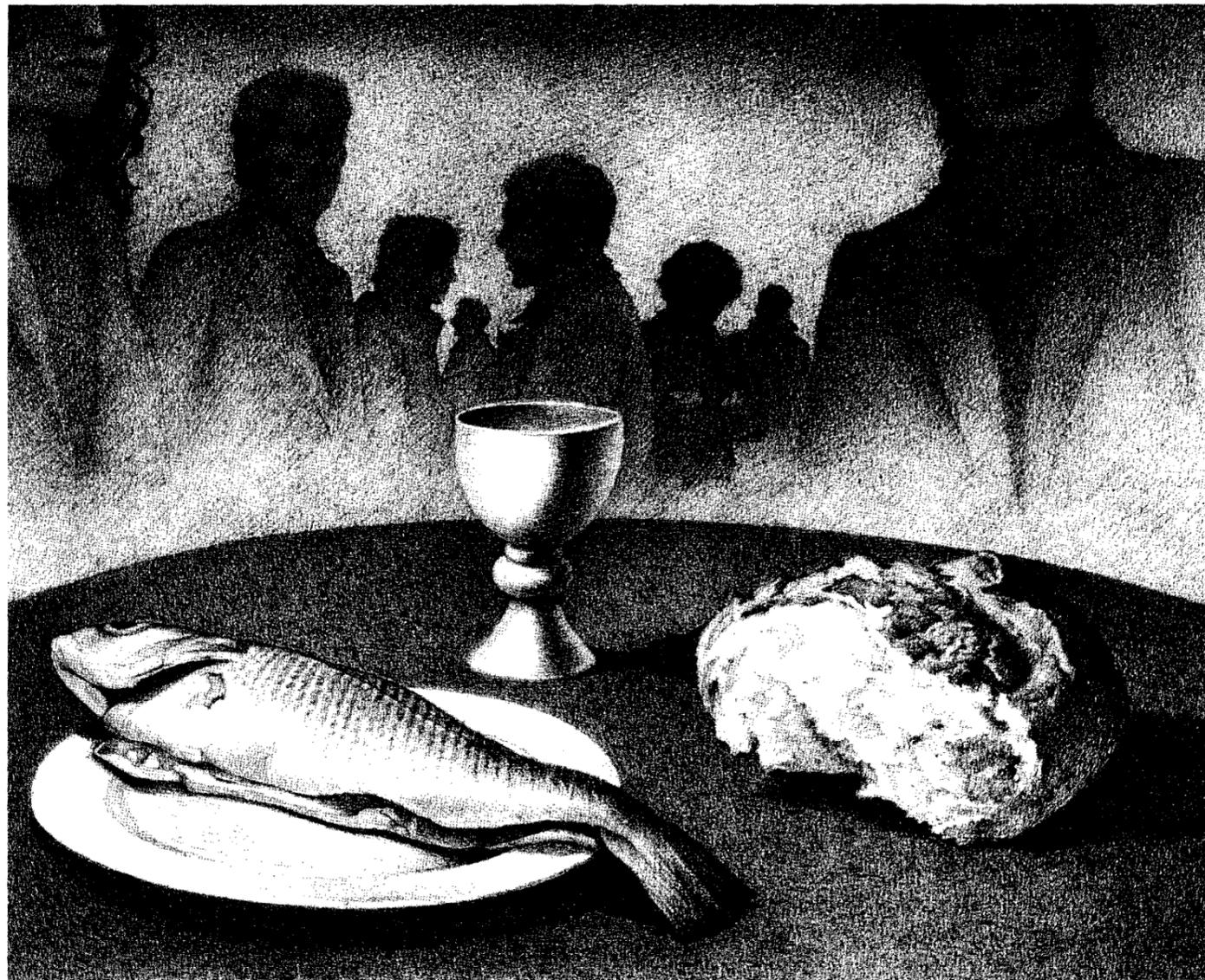
Junto a esta provocación del Islam en un sentido y del judaísmo en otro, encontramos la provocación de las religiones orientales, o si se prefiere de las «sabidurías de Oriente», que conjugan en una forma para nosotros difícilmente discernible saber de la vida, ordenación de la conducta, abertura a los niveles profundos de la conciencia, voluntad de acción social y esperanza de otra forma de vida. El eco del budismo en Occidente es revelador de esta mutación de las conciencias. Las generaciones últimas, conformadas por la técnica, la política, la informática, y que no han sido trabajadas en sus profundidades por el cristianismo, se verán inclinadas a encontrar en el budismo una respuesta a los problemas últimos. Quien, sin embargo, haya pasado por el cristianismo, descubriendo las categorías de creación, historia, libertad, persona, Dios vivo, promesa y esperanza, resurrección de la carne, Espíritu Santo, prójimo personal, difícilmente podrá ya habitar en ese mundo. Sería recaer en fases prepersonales de la existencia. El libro del filósofo francés J. F. Revel (*El monje y el filósofo*, Barcelona, 1990), escrito en diálogo con su hijo que, tras hacer un doctorado en 1972 en el Instituto Pasteur de París, con el Premio Nobel de Biología François Jacob, se hizo monje budista en el Tíbet, es profundamente revelador de esta conmoción e indigencias profundas de Occidente, a la vez que de las posibles salidas a esta crisis espiritual.

Sobre este fondo de historia espiritual hay que situar el libro de Pedro Laín, que no

en vano tiene la palabra «problema» en el mismo título. Es el fruto de un curso en el Colegio de Eméritos durante siete semanas. Con toda nitidez precisa él cuál fue su intención: «ofrecer un examen sincero y personal, creo que también objetivo, del modo como el hecho y el problema de ser cristiano se presentan hoy en la sociedad plural y secularizada de Occidente» (pág. 7). Su larga trayectoria vital le ha permitido hacer mucha historia y contarla, proyectarla hacia adelante y volver la mirada a lo pensado, vivido y realizado. Pocos como él han ofrecido cuenta y razón de su existencia, relectura de sus libros, análisis y autocrítica de las acciones, decisiones y empresas que como hombre y ciudadano, como universitario y creyente, ha llevado a cabo.

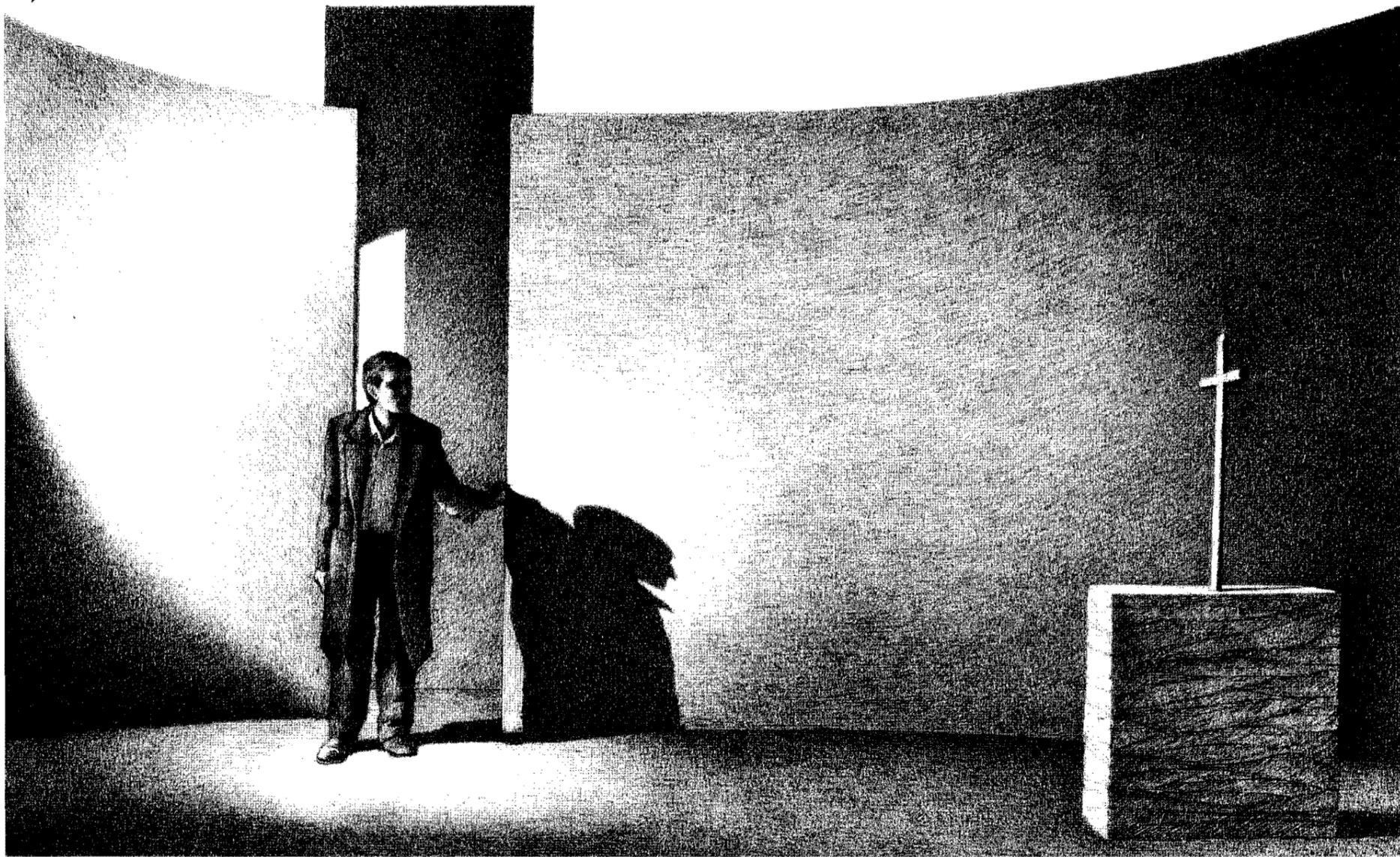
Examen de la propia vida en cuanto creyente son estas páginas; pero no en clave autobiográfica, ni en perspectiva apologética sino con voluntad de esclarecer lo que el cristianismo quiere ser por sí mismo, lo que ha sido y parecido en la historia anterior, la forma en que se presenta a la conciencia contemporánea, accediendo a él desde la altura del tiempo y desde los ojos que las múltiples ciencias (hermenéutica, filosofía y utopía...) nos han creado a los humanos. Más allá del mero testimonio y de la legítima apologética, aquí se quiere ofrecer exposición objetiva de cómo ve él lo esencial en el hecho de ser cristiano, los modos históricos y personales en que se ha vivido, ser cristiano ante la naturaleza cósmica, ante la historia, ante los demás hombres, ante sí mismo y ante el mundo actual.

El cristianismo puede ser expuesto en «clave genética» (cómo ha surgido, en qué confluencia, lucha o convergencia vive con los movimientos contemporáneos); en «clave



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

histórica» (cómo se ha realizado a lo largo de la historia desde sus proposiciones propias y desde el encuentro con otras formas de religión y de cultura); en «clave de contenidos intelectivos y teóricos» (qué dice sobre la realidad, el hombre, Dios, el futuro); en «clave de propuestas morales y sociales» (cómo regula la vida moral, cómo piensa la organización de la justicia, del derecho de la convivencia); en «clave de existencia estrictamente personal» (qué determinaciones de la libertad, del sentido, del amor, del fracaso, de la relación con Dios tal como de forma suprema la han realizado los místicos, de relación y ordenación al prójimo); en «clave de expectación ante el futuro» (promesa, esperanza, miedo o desesperanza).

Tras el primer capítulo en el que establece las «creencias» esenciales relativas a la realidad de Dios, Cristo, hombre, mundo, futuro, a la vez que las normas de conducta del cristiano, expone los modos históricos y personales del ser cristiano. Este segundo capítulo revela una preocupación del autor, legada por la propia biografía y la polémica historia de los católicos en España. No en vano el título: «Modos de ser cristiano» ya lo había utilizado en una publicación anterior. La historicidad afecta al hombre y al cristiano igualmente: vamos siendo hombres, descubriendo la humanidad, realizando unas perspectivas a la vez que ignoramos u olvidamos otras. Eso pasa también con el cristianismo: cada generación accede al misterio desde la visión y afectación que le proporciona una perspectiva. La vibración del cristiano no era la misma en la Alejandría de Orígenes que en la Venecia de San Ignacio o en la Cracovia del Cardenal Wojtyła.

Pero esa historicidad determinada por los lugares, las culturas, el tiempo sucesivo se expresa también en perspectiva sincrónica: dentro de cada tiempo y en los mismos ámbitos geográficos, culturales y eclesiales, cada cristiano es un universo. Su relación con Cristo es la misma de sus hermanos y, sin embargo, es distinta. La relación con Dios es absolutamente biográfica. Y si nuestra inserción en la comunidad de fe y la dominical recitación del «Credo de los apóstoles» nos arran-

can a las subcutáneas herejías que todos padecemos, sin embargo a la vez nos impulsan al personalísimo cultivo de la personalísima vocación. Cada cristiano, en este sentido, es todo el cristianismo; es responsable de la entera fe, tiene sobre sus espaldas toda la Iglesia. Ese cristiano no tiene una fe ni una iglesia distintas de su vecino, pero Cristo y su influencia le confieren a él una identidad y una misión irreductibles, indeponibles e intransferibles. Hay un modo personal de ser cristiano como hay un modo personal de ser hombre. La grandeza de Dios creador consiste en que no ha creado dos hombres iguales y la de Cristo, en que no ha forjado dos bautizados iguales.

Lo común humano y lo propio cristiano

El cristiano comparte con todos los hombres la responsabilidad ante la naturaleza y ante la historia de la humanidad (cap. III y IV); tiene que ser solidario de las empresas contemporáneas y asumir sobre sí los retos del futuro (cap. V). El cristiano comparte con las religiones monoteístas la fe en Dios como origen amoroso de la realidad, como fundamento de nuestra libertad y destino de nuestro futuro común. El cristiano lo piensa y vive todo eso desde su fe en Cristo, quien como un «microcosmos» ha sumado la realidad: mundo-Dios-hombre.

«Ser cristiano ante sí mismo» y «Ser cristiano en el mundo actual» son los dos últimos capítulos. El número fijo de lecciones del curso no le permitió, sin duda, abordar el problema primordial: «Ser cristiano ante Dios (coram Deo)». Con la coraneidad se inicia religiosamente la era moderna (Lutero, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Pascal, Kierkegaard...). Delante de Dios, tal como él se ha puesto delante de nosotros, en Cristo, y donde el ser cristiano se dilucida teóricamente y se realiza prácticamente.

No es posible resumir todo el saber científico, los conocimientos históricos y la sabiduría de vida que rezuman estas páginas, determinadas inevitablemente por el itinerario personal, las lecturas y la vida hispánica que

el autor ha tenido. Los nombres de Ortega, Unamuno y Zubiri presiden la dirección interna del libro, su apertura intelectual junto con la voluntad de concordia y cooperación que alientan detrás de estas páginas, que a veces se quieren críticas respecto de ciertas formas anteriores del cristianismo. Así, por ejemplo, su rechazo del moralismo, individualismo y reticencia ante los problemas teóricos, que sostienen el clásico libro, *La imitación de Cristo*, en el que se ha alimentado la conciencia de tantos cristianos —es el libro más editado después de la Biblia— llegando su influencia hasta Unamuno, Ortega y Juan Ramón Jiménez. La crítica es justa y no menor nuestra pena al comprobar que las generaciones inferiores a 35 años no saben que tal libro existe. ¡Valga la crítica aquí hecha a sus reales límites para invitar a los lectores a descubrir, leyéndolo, su valor y profundidad espiritual!

El autor ha extendido su información a muchos campos y a muchas lecturas, a situaciones y experiencias tanto de la sociedad como de la Iglesia, en búsqueda de las formas y expresiones auténticas que el ser cristiano tiene que tener en nuestros días. En ese sentido quiere corregir acentuaciones anteriores tanto de la moral como de la liturgia que le parecen falsas o excesivas. Por ejemplo, cuando escribe: «Siempre he considerado inadmisibles la fórmula con que el miércoles de Ceniza la imponen sobre la frente del creyente que la recibe: "Polvo eres y en polvo te has de convertir"». El lector ya sabe que esta frase

del Génesis ha sido sustituida en la nueva liturgia, por esta otra: «Convertíos y creed en el evangelio».

Tras leer estas páginas uno se abre a la compleja realidad de ese cristianismo como «hecho histórico» que hay que conocer; como «problema» que hay que dilucidar y resolver; como «misterio» divino con el que hay que encontrarse; como «proyecto» que en la acción y decisión del hombre nos manifiesta su luz y su verdad; como «promesa» de un futuro cuyos contenidos poseemos en la esperanza y en la fidelidad que aguarda, confiándose a la promesa del que es fiel y puede cumplir su palabra.

En el prólogo dice el autor: «Y ahora al toro. Porque toro difícil es, si se quiere ser actual, honesto y sincero, la reflexión en que voy a meterme». Y en el epílogo, consciente de la complejidad —no es posible ser completo— y ante la dificultad de tener una palabra verdadera y convincente en cuestiones donde no es posible la evidencia, como lo es en las ciencias, porque es necesaria la implicación del lector con su libertad y acción histórica, concluye con las palabras de Unamuno y Gide: «No me juzgues, Señor, por mis hechos sino por mis proyectos, no por lo que he sido sino por lo que he querido ser». Que Pedro Laín haya querido decirnos a sus 90 años cómo ve la realidad y el problema de ser cristiano a la altura intelectual, moral y social de nuestro siglo, es algo que merece la admiración del intelectual y el agradecimiento del creyente. □

RESUMEN

González de Cardedal, tras unas consideraciones previas sobre la relación entre cristianismo y la gestación de Europa desde esos principios cristianos, sobre cristianismo, post-cristianismo y el reto de otras religiones, se ocupa de un libro de Pedro Laín Entralgo so-

bre el problema de ser cristiano, y que, en palabras del propio Laín, es un examen sincero y personal del modo como el hecho y el problema de ser cristiano se presentan en una sociedad plural y secularizada como es la europea.

Pedro Laín Entralgo

El problema de ser cristiano

Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 1997. 142 páginas. 2.400 pesetas. ISBN: 84-8109-149-9.

El alemán y el lenguaje de la ciencia

Por Miquel Siguan

Miquel Siguan (Barcelona, 1918), psicólogo y psicolingüista, es catedrático emérito de la Universidad de Barcelona y miembro de la Academia Europæa. Autor de España plurilingüe, publicado también en inglés y de La Europa de las lenguas, publicado también en catalán, en francés, en portugués, en alemán y en italiano.

Durante la Edad Media todas las Universidades de Europa tenían el latín como lengua de enseñanza de manera que el latín era la lengua de la filosofía y del estudio de la naturaleza y así siguió ocurriendo en el Renacimiento, y en latín se escribieron las obras que abrieron la ciencia moderna; y durante mucho tiempo el latín siguió siendo la lengua de comunicación entre los científicos del continente que eran, por principio, bilingües. Progresivamente las lenguas vulgares ocuparon las funciones cultas antes atribuidas al latín y en el siglo XVIII el francés se convirtió en la lengua de los intelectuales europeos, el vehículo del progreso y la racionalidad, la lengua de las relaciones internacionales y de la diplomacia.

Más adelante, en el siglo XIX, el francés compartió su papel con otras lenguas, el inglés era la lengua de los mares y del comercio internacional y de las comunicaciones a distancia. Y en cuanto al alemán su prestigio lo recibía de ser la lengua del pensamiento, de las llamadas ciencias del espíritu, en primer lugar la filosofía, de Kant a Hegel y a Marx, y la filología, y la sociología... y también de las ciencias de la naturaleza, de la física a la medicina, y la lengua también de la ciencia aplicada, la lengua de la química, por ejemplo. Quien quería destacar en cualquier rama del saber en cualquier parte del mundo aspiraba a pasar una temporada en Alemania. No es que Alemania tuviese el monopolio del saber, la ciencia francesa rayaba a gran altura y lo mismo podía decirse de la inglesa, a la que había que añadir la rápida acumulación de recursos y de científicos en las Universidades de los Estados Unidos. De manera que en la primera mitad del siglo XX las tres lenguas se repartían la mayor parte de la producción científica mundial. Y en los Congresos científicos era normal que las tres lenguas se considerasen lenguas oficiales y que se organizaran conferencias y se admitiesen comunicaciones en las tres, a las que se añadía eventualmente la lengua del país anfitrión. En la segunda mitad del siglo la situación en este sentido dio un cambio radical. El inglés se convirtió en la primera lengua en muchos campos y en primer lugar en la producción y en la comunicación científica.

El libro que comento, original del profesor Ammon, catedrático en Duisburg y director de una revista de sociolingüística, examina y comenta este ascenso y sus consecuencias. En la primera parte del libro se presenta la situación a finales de siglo pasado y comienzos de éste y resulta sorprendente ver reproducciones de páginas de revistas científicas norteamericanas de la época en las que se citan y se comentan libros en alemán, en francés y en ruso, lo que significa que los científicos de entonces, entre los que abundaban los recién inmigrados, estaban abiertos a una convivencia plurilingüe. A partir de los años 20 la situación empieza a cambiar en beneficio del inglés y sigue continuamente cambiando en la misma dirección hasta que el final de la última guerra mundial consagra la supremacía absoluta del inglés. Entre los muchos datos que Ammon presenta me limito a recoger uno: ha seleccionado doce revistas científicas de renombre, en seis países distintos, y desde 1920 a 1990 anota, año por año, las citas de libros o de revistas en distintas lenguas. Los resultados son de una claridad meridiana. El *Journal of the American Chemical Society*



VICTORIA MARTOS

(EE.UU.) en 1920 incluía un 46% de citaciones de textos alemanes y 43% de textos ingleses. En 1950 las proporciones se habían invertido: 17% de textos alemanes y 83% de ingleses. Y desde 1970 hasta la actualidad la proporción parece estabilizada: 3% de citas de textos alemanes frente a 95% en inglés. Más significativo es todavía el cambio ocurrido en las publicaciones de países de lengua no inglesa. En Francia el *Bulletin de la Société Chimique* en 1920 incluía un 54% de citas de textos alemanes y 13% de citas inglesas, proporciones que pasaron a ser en 1920 de 22% y de 40% y en 1990 de 9% y 61%.

Para el último medio siglo el análisis de la documentación es todavía más fácil por la abundancia de bancos de datos de información científica que actualmente están a disposición del público: Current Context, Abstracts...

Los análisis muestran algunas diferencias en los distintos campos del saber. El declive del alemán es sobre todo aparatoso en aquellas disciplinas, como la química, donde su papel era más importante. En ciencias sociales, un tiempo llamadas ciencias del espíritu, el declive es menos pronunciado y presenta algunos islotes de resistencia: la teología, la filosofía, la pedagogía, la historia, y, por supuesto, la germanística.

En este mismo campo el libro recuerda que en 1990 *Art & Humanities Citation Index* publicó la relación de los 50 libros más citados entre 1976-1983, en las publicaciones inventariadas en el Índice. De los 50 libros, 25 habían sido escritos en inglés, 13 en francés, 10 en alemán y 2 en ruso. Los 10 libros alemanes eran, por orden de publicación: 1900, Freud, *La interpretación de los sueños*; 1922, Wittgenstein, *Tractatus Logico-philosophicus*; 1927, Heidegger, *Ser y Tiempo*; 1935, Popper, *Lógica de la Investigación*; 1946, Auerbach, *Realidad en la literatura occidental*; 1948, Curtius, *Literaturas europeas y Edad Media latina*; 1953, Wittgenstein, *Investigaciones Filosóficas*; 1960, Gadamer, *Verdad y Método*; 1968, Habermas, *Conocimiento e interés*; Iser, *El arte de leer*. Comparando las fechas de publicación de las obras citadas en las distintas lenguas, Ammon concluye que las escritas en alemán son las más antiguas y las escritas en inglés las más modernas, lo que parece confirmar, por otro camino, la pérdida de peso de las creaciones en lengua alemana también en el campo de las ciencias del espíritu.

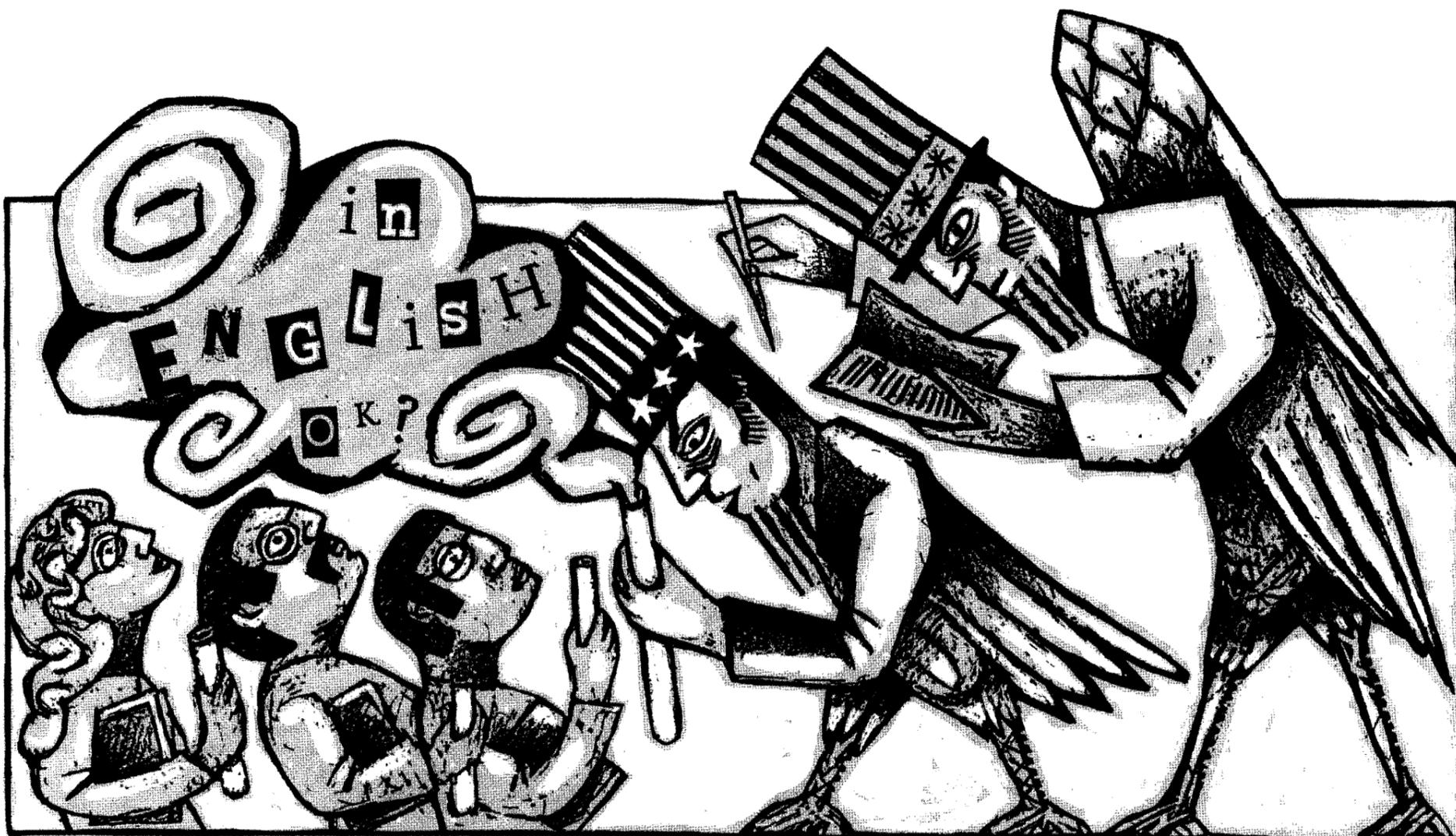
Las causas y las consecuencias

A la hora de intentar una explicación de la preponderancia del inglés hay una razón con la que es fácil estar de acuerdo: la potencia económica de los países de habla inglesa. Su producto interior bruto representa bastante más de la mitad del total mundial. A ello puede añadirse, para la investigación científica, la concentración de recursos humanos y materiales en las universidades americanas. Y en contra del alemán los efectos negativos de la última guerra. Sean las que sean las causas los resultados están a la vista.

La consigna nacida en las universidades americanas, publica o perece, se transforma en el continente europeo en «publica -en inglés- o perece». Incluso en la propia Alemania hay revistas científicas que se publican íntegramente en inglés, otras que admiten artículos en inglés además de en alemán y todas incluyen extractos en inglés. Y hay editoriales científicas que publican libros en inglés. Y la tendencia parece que va a seguir. De manera que la conclusión de todos estos hechos es fácil de formular: el inglés se ha convertido en la lengua de la ciencia.



Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

El conocimiento del inglés se convierte así en herramienta indispensable para intervenir en el trabajo científico. Y para responder a la pregunta de hasta qué punto los investigadores alemanes disponen de esta herramienta, Ammon ha dirigido una encuesta amplia a universitarios de todo el mundo en la que, a partir de un cuestionario, intenta evaluar sus conocimientos de lenguas extranjeras y que ha enviado a unos 1.500 profesores universitarios, de los que le han respondido algo más de la mitad.

Sus resultados muestran que la mayoría de los universitarios conocen varias lenguas, pero que las lenguas extranjeras que conocen se concentran claramente en tres: inglés en primer lugar, seguido a buena distancia por el alemán y luego por el francés; las proporciones de los que dicen conocer otras son insignificantes. Y en cuanto al tema principal de la encuesta, el 90% de los encuestados declara tener un conocimiento, que consideran satisfactorio, del inglés. Sin embargo cuando se les pregunta qué hacen cuando han de preparar un texto escrito en inglés para un artículo científico, o para una comunicación en un Congreso, sólo la cuarta parte afirman no tener dificultad en hacerlo, una tercera parte dicen que una vez escrito piden a un experto que se lo corrija y una cuarta parte admiten que se lo hacen traducir. La situación es similar para los universitarios alemanes y para los de otros países, que no tienen el inglés como primera lengua. Y aunque la encuesta no insista en el lenguaje hablado es evidente que la mayoría tampoco puede intervenir en una discusión científica con la misma facilidad con que lo hacen los que tienen el inglés como primera lengua. De hecho el autor recoge anécdotas y testimonios de esta dificultad que pone a veces en situaciones incómodas y produce impresiones de inferioridad a los científicos alemanes.

Ante esta situación la opinión del autor del libro que comento es clara: si el inglés se ha convertido en la lengua de la ciencia, tarde o temprano, en todas partes y también en Alemania, el inglés será la lengua de la investigación y de la información científica, y por tanto también de la enseñanza universitaria en la medida en que es enseñanza científica.

Y que es mejor aceptar lo inevitable y procurar prepararse para ello.

Indicios de una evolución

Por supuesto, el autor sabe que esta afirmación provoca automáticamente rechazo, pero sostiene que hay muchos signos que muestran que se está produciendo una evolución en este sentido. No sólo existe entre los estudiantes, como entre los profesores, la preocupación por aumentar sus conocimientos de inglés, ya que buena parte de la bibliografía está en esta lengua, sino que en muchas facultades se ofrece, como parte de la carrera, inglés especializado: inglés para medicina o inglés para química. Paralelamente en las carreras de economía, y no digamos en las cada vez más populares Escuelas de Management, no sólo el dominio del inglés se considera imprescindible, sino que algunas asignaturas se profesan en inglés como una manera de reforzar la familiaridad con esta lengua, que se considera necesaria para el ejercicio profesional posterior.

Pero existen también iniciativas de otro tipo. No sólo hay proyectos de universidades privadas bilingües, sino que recientemente y con la ayuda del Gobierno Federal, dieciséis universidades alemanas han establecido otros tantos programas en inglés, unos de nivel graduado y otros de postgrado, con el objetivo declarado de atraer estudiantes extranjeros. Éste es un tema al que los alemanes son especialmente sensibles ya que, como antes recordaba, no hace tanto tiempo a las universidades germanas acudían estudiantes y postgraduados de todo el mundo, atraídos por el prestigio de la ciencia alemana. Hoy esta atracción ha disminuido sensiblemente. Incluso las célebres becas Humboldt tienen menos aspirantes. Y los estudiantes Erasmus son reacios a tener que aprender alemán para poder elegir Alemania. Y lo que sobre todo afecta a los rectores de la política universitaria de la República Federal es que el flujo de estudiantes y posgraduados procedentes del Lejano Oriente ha disminuido drásticamente. Pero a estos programas pueden acceder también estudiantes alemanes y al margen de

ellos empieza a ser frecuente que en los programas de las licenciaturas científicas esporádicamente se ofrezca alguna vez seminarios o asignaturas complementarias en inglés, sea porque se ha invitado a un profesor extranjero, sea porque la naturaleza del tema parece justificarlo.

El autor sabe que si esta tendencia se extiende se producirán reacciones nacionalistas. Y se refiere a lo que está ocurriendo actualmente en Noruega y en Holanda, donde las universidades, para atraer a estudiantes extranjeros, y también para poder contratar profesores extranjeros, y dando por supuesto que la perspectiva de familiarizarse con el noruego o con el holandés es escasamente atractiva, han aumentado el número de asignaturas enseñadas en inglés, lo que ha provocado protestas en los respectivos Parlamentos y ha producido intentos de regulación en el sentido de que sólo se pueden enseñar en inglés cursos de postgrado o asignaturas optativas en el interior de la licenciatura.

Lógicamente las reacciones nacionalistas en Alemania serían más fuertes. Ammon se justifica respecto a ellas haciendo notar que la idea, surgida precisamente en tierra alemana, de que la lengua es el nervio de la nacionalidad, hoy día está perdiendo terreno en la propia Alemania. Es un hecho que Alemania y Austria comparten la misma lengua y son, en cambio, dos naciones distintas. Pero también recordando que empieza a haber hijos de inmigrantes, nacidos en Alemania y con nacionalidad alemana, que no tienen el ale-

mán como primera lengua. Considera por tanto que la evolución será lenta, incluso muy lenta, pero que acabará produciéndose sin que de ello resulte ningún conflicto político ni social. El inglés, lengua de la ciencia, será algo así como lo que era el latín en la Edad Media.

Hasta aquí el libro de Ammon. El interés de los datos es innegable y parece difícil negar la tendencia que muestran. Efectivamente el inglés se ha convertido en la lengua de la comunicación científica, lo que prima a la investigación realizada en esta lengua en una tendencia que se autoalimenta. Pero ¿significa esto que vaya a convertirse en la lengua de la enseñanza universitaria en sus niveles más estrictamente científicos? ¿Tiene sentido hablar del inglés como del latín del siglo XXI? Basta un momento de reflexión para advertir que pensar que la generalización del uso del inglés puede limitarse a unas actividades determinadas es ilusorio, la presencia generalizada del inglés en un país determinado acabaría por convertirlo en la segunda lengua del país y con el tiempo, para algunos al menos, en la primera. Y frente a esta posibilidad las reacciones son evidentemente muy fuertes. Porque, a diferencia del latín en la Edad Media, hoy el inglés no es sólo la lengua de la ciencia, sino que es la primera lengua de los habitantes del pueblo más poderoso de la tierra. Quiérase o no, basta esto para dar al predominio del inglés un significado político y para convertirlo en fuente potencial de conflictos. De manera que la evolución no será tan simple. □

RESUMEN

Hasta el siglo XVIII el latín era la lengua de la enseñanza y de la ciencia; después —nos recuerda el sociolingüista Miquel Siguan— sería el francés la lengua de los intelectuales y la diplomacia; el inglés, la del comercio y las comunicaciones; y el alemán, la de las ciencias del espíritu y de la naturaleza (desde la filo-

sofía a la química). Pero, como es sabido, en la segunda mitad del siglo XX, el inglés ha arrasado con todo, arrinconando al alemán y sacándolo prácticamente del campo científico. De las causas y consecuencias de este hecho específico trata el libro que comenta Siguan.

Ulrich Ammon

Ist Deutsch noch internationale Wissenschaftssprache?

Walter de Gruyter, Berlín, 1998. 340 páginas. ISBN: 311016148-6

La gallina de los huevos de oro

Por Francisco García Olmedo

Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es licenciado en Ciencias Químicas y doctor ingeniero agrónomo; es catedrático en la E.T.S. de Ingenieros Agrónomos de Madrid, donde dirige un grupo de investigación sobre biología molecular de plantas. Es autor del libro *La tercera revolución verde y miembro de la Academia Europæa*.

Lo que no se ha dicho de la famosa gallina es que, de todas formas, estaba destinada al sacrificio por falta de alimentos alternativos. ¿Es inevitable que los panes de ahora tengan que representar las hambres del futuro? ¿Puede la agricultura llegar a ser sostenible? Estas preguntas, que no admiten respuestas sencillas, tienen que ver con la supervivencia de nuestra especie. De aquí el interés con que se lee el libro que aquí les reseño.

El concepto de agricultura sostenible (sustentable) se incluye dentro de la idea más general de desarrollo sostenible, entendido éste como la mejora necesaria de nuestras condiciones de vida de un modo en el que el consumo de los recursos naturales sea compatible con la conservación de éstos para nuestros descendientes y con la supervivencia de las restantes especies de seres vivos.

Hablar de conservación requiere el establecimiento previo de qué es lo que se desea conservar. En nuestro caso se trata de la biosfera. Según la teoría de Gaia, tan en boga desde que la enunció Lovelock hace pocos años, la biosfera es mucho más estable de lo que cabría esperar a la vista de los rápidos flujos de sus componentes, gracias al carácter cíclico de muchos de estos flujos (ciclos del carbono, del nitrógeno, del agua, etc.). A pesar de que a los períodos glaciales han seguido épocas cálidas, de que los desiertos han ido cambiando de lugar y de tamaño, de que el nivel de los mares ha bajado y ha subido, los mecanismos estabilizadores han mantenido la superficie del planeta en condiciones de habitabilidad durante un período de tiempo suficientemente largo como para que haya surgido la vida inteligente.

Sin embargo, este fruto excelso del frágil equilibrio, la vida inteligente, se presenta en la actualidad como un factor capaz de provocar en la biosfera un desequilibrio irreversible, como un patógeno letal. En efecto, el dominio de la naturaleza por la especie humana ha permitido un crecimiento demográfico y un aumento del consumo per cápita que están alterando los ciclos geoquímicos y el medio ambiente, incluido el clima, más allá de un punto de retorno imposible.

Hay optimistas que confían en que futuros avances tecnológicos no especificados, así como la magia económica, acabarán sacando del atolladero a nuestra especie, sin merma de la calidad de vida. Los realistas, en cambio, se limitan a constatar que la humanidad parece carecer de los resortes necesarios para evitar que el planeta acabe bajo el imperio de las bacterias. Para éstos, la expresión «desarrollo sostenible» es una

contradicción en sí misma, y lo que trata de expresar es algo tan imposible como, según los principios de la termodinámica, lo es el móvil perpetuo.

La agricultura es una de las actividades humanas que mayor impacto tienen sobre el medio global. Su práctica implica el consumo de recursos no renovables y afecta negativamente a la integridad del propio suelo cultivable y a la diversidad biológica, contamina los acuíferos, produce la eutrofización de ríos y lagos, y altera la composición de la atmósfera, contribuyendo al cambio climático. El estado del arte de cultivar no permite conciliar la eliminación completa de estos efectos adversos con la necesidad de alimentar a una población creciente.

Una tercera vía

Por la razón expuesta, la etiqueta de «agricultura sostenible» representa de hecho una idea de lo sostenible más modesta que la enunciada al principio. En realidad se trata de una fórmula políticamente correcta para referirse a una práctica agrícola tendente a obtener el máximo rendimiento compatible con la conservación del sistema de producción —en especial, de la integridad y la fertilidad del suelo— y a usar los recursos no renovables de forma óptima en función de este fin, así como a llevar un sistema de gestión que amortigüe las consecuencias ambientales. Ya que no podemos conservar el planeta, al menos conservemos el campo de cultivo, parece admitirse.

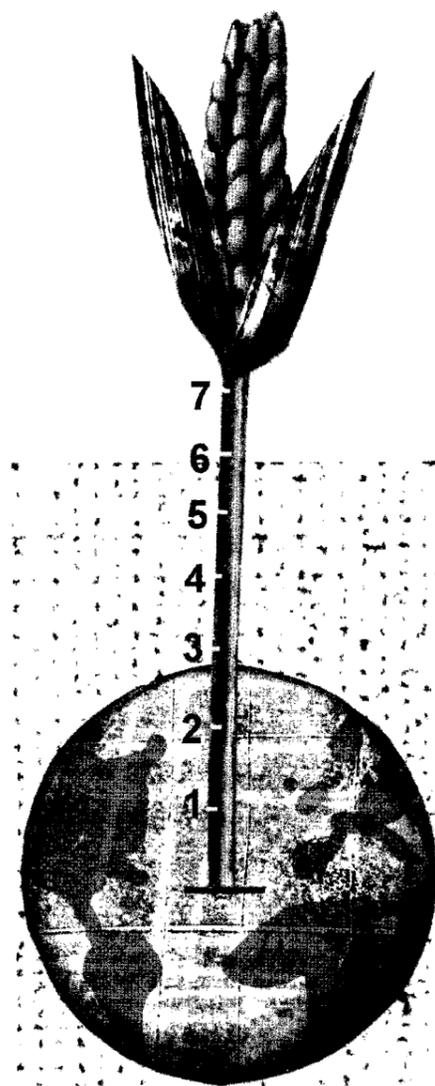
En los capítulos primero y último de la obra, cuyos autores son respectivamente R. Jiménez Díaz y J. Lamo de Espinosa, coordinadores de ésta, se desarrolla la concepción más laxa de agricultura sostenible —sinónimo de «agricultura más sostenible» o, si se quiere, «menos insostenible»— como una práctica integrada, precisa, relevante en lo económico y lo más respetuosa posible con el medio ambiente. En suma, una tercera vía entre la idílica agricultura orgánica-biológica, inviable a gran escala, y el sistema productivista actual, catastrófico a corto y medio plazo.

Bajo la bandera de AGROFUTURO, una asociación independiente y no lucrativa para el fomento de la gestión agraria integrada, los coordinadores han convocado a una treintena de autores, entre los que se encuentra buena parte de la élite agronómica nacional. En el libro se consideran primero los aspectos fundamentales relativos al suelo, el agua, la planta y la protección de los cultivos. Luego se analizan los principales modelos agrícolas y silvopastorales —de regadío y de secano, hortícolas y frutícolas— y se dedican capítulos específicos a sistemas tan relevantes para nosotros como el viñedo, el olivar o la dehesa.

Suelo, agua, planta

Como bien señala Lamo de Espinosa, si quisiéramos prescindir de los productos

a usar los recursos no renovables de forma óptima en función de este fin, así como a llevar un sistema de gestión que amortigüe las consecuencias ambientales, dado que la agricultura es una de las actividades humanas que mayor impacto tiene sobre el medio global.



G. MERINO

agroquímicos y producir la misma cantidad de alimentos, la extensión de tierra laborable debería multiplicarse por tres, y perderíamos 3.000 millones de hectáreas de bosque, reduciendo este pulmón del planeta en un 80%. En contraste con lo ocurrido en los tiempos precedentes y con la creencia popular, en las últimas décadas se ha aumentado la producción de alimentos sin aumentar la superficie de terreno laborable: hace 40 años disponíamos de más de media hectárea de tierra cultivada por persona y en la actualidad sólo disponemos de la mitad de dicha extensión. No sólo no se puede aumentar la superficie cultivada, sino que está resultando muy difícil mantener la existente. Esto se debe a procesos tales como la erosión, la salinización y la contaminación, entre otros. Todos estos procesos que destruyen el suelo laborable son especialmente dañinos en suelos subóptimos y marginales, puestos en cultivo por las necesidades del mundo menos favorecido, y en determinadas modalidades de cultivo intensivo.

Limitaciones

Otro factor fundamental para la producción de alimentos es el agua. La humanidad ya consume para distintos fines casi el 60% del agua dulce renovable que le es geográfica y temporalmente accesible. Las demandas primarias de agua de una población humana creciente —y las del resto de las especies de seres vivos— excluyen la posibilidad de incrementar de forma significativa la producción de alimentos mediante la creación de nuevos regadíos.

Las limitaciones de suelo y de agua han hecho —y seguirán haciendo— depender

los incrementos en la producción de alimentos de la intensificación del cultivo, de la obtención de mayores rendimientos por hectárea. Este incremento en los rendimientos se ha basado hasta ahora en la obtención de nuevas variedades de plantas más productivas, a las que se han aplicado mayores dosis de fertilizantes químicos para su nutrición y de productos fitosanitarios para su protección frente a plagas y enfermedades.

Intensificación razonable

Sin el aumento de la población y del consumo per cápita que se ha producido en las últimas décadas, el avance tecnológico hubiera permitido reducir la superficie cultivada y restringir lo más posible la actividad agrícola a suelos óptimos, con una disminución de la erosión, la contaminación y la pérdida de biodiversidad. De hecho, una tonelada de maíz producida en Estados Unidos requiere en la actualidad la mitad del suelo laborable y el 80% del nitrógeno que requería hace 25 años. Sin embargo, el incremento de la demanda ha hecho imposible obtener estos beneficios potenciales del avance tecnológico.

En las próximas décadas no hay más opción que proseguir con la tendencia a la intensificación, ya que el incremento progresivo de la demanda va a continuar, pero será preciso adquirir un mejor conocimiento de las propiedades de los ecosistemas, obtener plantas que requieran menores cantidades de productos agroquímicos para su rendimiento óptimo y mejorar las técnicas intensivas de gestión y cultivo. La obra aquí comentada aborda distintos aspectos de la buena práctica agrícola orientada precisamente en los términos esbozados. Conseguir una agricultura sostenible en sentido estricto va a requerir nuevos avances; mientras tanto, en este libro se delinean lo que se puede hacer con lo que sabemos, que no es poco.

El problema de la sostenibilidad tiene unas características muy diferentes en Europa y en América del Norte con respecto a la escala global, ya que en estas regiones se dan condiciones de estabilidad demográfica y de producción de excedentes agrarios. Esta situación, cuya proyección futura es difícil de predecir, concede un mayor grado de libertad para proponer posibles soluciones. En este sentido, merece señalarse que —dada la perspectiva mediterránea y europea de los autores— los problemas de nuestro continente y de nuestro entorno más inmediato reciben la atención que merecen en la obra.

Los libros científicos y técnicos en este final de siglo tienen que ser a menudo de autoría múltiple, lo que resulta en una cierta «babelización» del discurso y hace inevitables los altibajos, las redundancias y las omisiones. Aunque el libro reseñado no escapa del todo a estos defectos, puede decirse que está razonablemente exento de ellos. Se trata, en suma, de un libro que me hubiera gustado tener cuando estudiaba y que ahora no dudo en recomendar a los interesados en la agricultura y en sus problemas. □

En el próximo número

Artículos de *Francisco López Estrada, Vicente Verdú, Guillermo Carnero, Alfredo Aracil, Ignacio Sotelo, Enrique Cerdá Olmedo y Juan Antonio Bardem*

RESUMEN

García Olmedo se refiere a un libro colectivo sobre la «agricultura sostenible»: una fórmula políticamente correcta, estima, para referirse a la práctica agrícola tendente a obtener el máximo rendimiento compatible con la conservación del sistema de producción y

R. M. Jiménez Díaz y J. Lamo de Espinosa (coords.)

Agricultura sostenible

Ediciones Mundi-Prensa, Madrid, 1998. 616 páginas. 8.000 pesetas. ISBN: 84-7114-718-1.

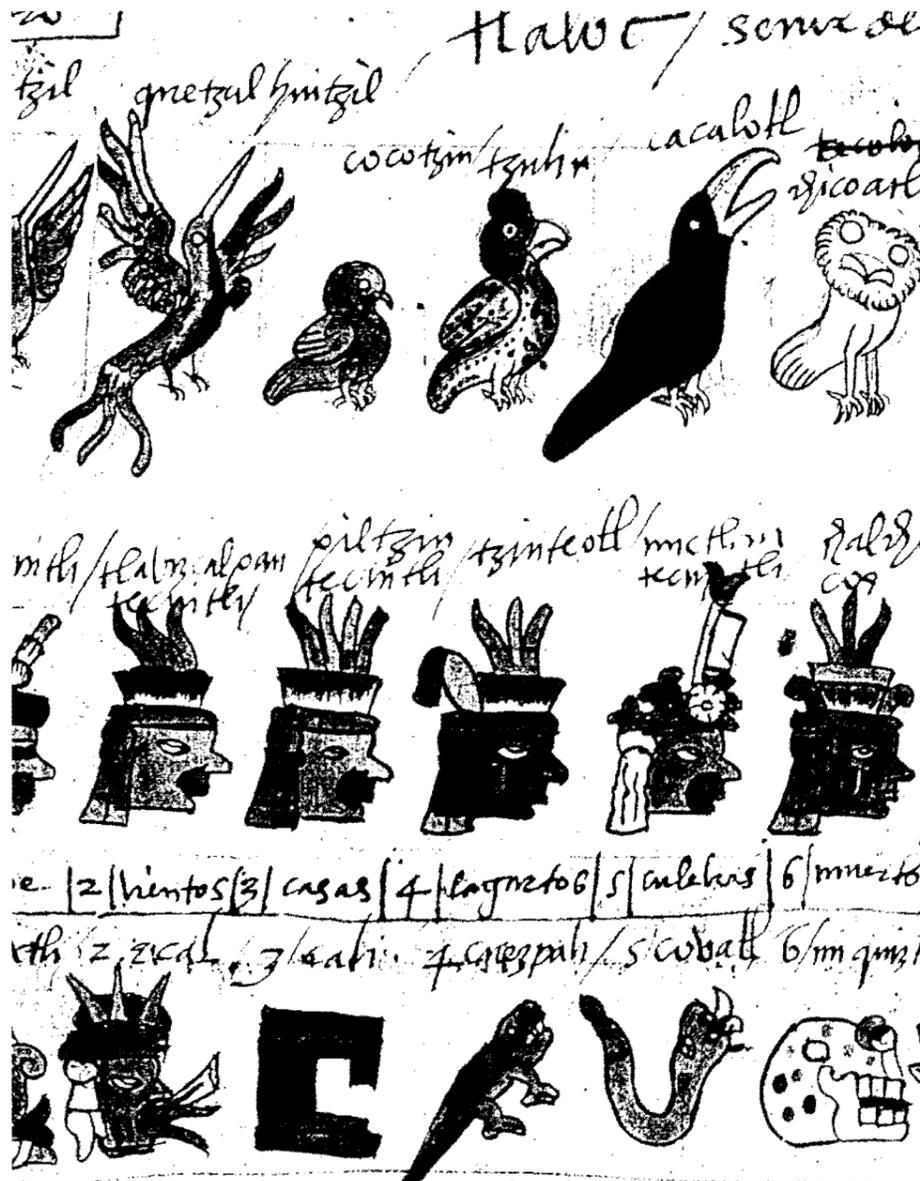
La aventura americana de la lengua española

Por Francisco López Estrada

Francisco López Estrada (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid; enseñó también en las universidades de La Laguna y Sevilla, y en otras varias americanas. Es autor de estudios sobre la literatura medieval y de los Siglos de Oro, en especial sobre la utopía en España, sobre la literatura morisca y sobre la narración pastoril. Ha editado la *Diana de Montemayor* y *La Galatea de Cervantes*. En la literatura moderna se ha ocupado de Rubén Darío, los Machado y la generación del 27.

Humberto López Morales ha escrito un libro cuya lectura nos levanta una bandada de recuerdos a los que hemos visitado América y que quisiera que fuese un estímulo para que otros, los que aún no estuvieron allí, vivan esta experiencia. O si no pueden hacerlo, el libro sirve para que sientan lo que vale esto que, habitualmente y sin darnos cuenta, usamos como medio para entendernos con los demás y con nosotros mismos: la lengua española. En este libro se nos cuenta la más grande aventura que emprendió este medio de expresión humana: su difusión y arraigo por el mundo americano.

De esta bandada de recuerdos evocaré algunos que creo que son la mejor presentación para esta noticia del libro. Allá en Bahía Blanca, donde estuve hace unos años para asistir a un Congreso en la Universidad Nacional del Sur, tuve que ir en varias ocasiones en el autobús desde el hotel hasta el lugar en donde se celebraban los actos. El vehículo, viejo y traqueteante, tenía el parabrisas adornado con la estampa de una Virgen y alrededor, flores. Los pasajeros eran vecinos de las afueras y gentes del campo cercano; hablaban todos en alta voz, a gritos a veces, riendo y bromeando sobre los sucesos cotidianos. Lo hacían en el dialecto local y para mí era un gozo oírles usar su lengua y con ella testimoniaba la lección auténtica de un común entendimiento lingüístico entre ellos y yo, que me aseguraba de la variedad del español. Percibía allí su viva y alegre humanidad a través de palabras que eran suyas y también mías, muy lejos yo de mi rincón de España, hallándome allá en las tierras australes de la Argentina.



Detalle de la portada del ensayo de H. López Morales.

Y otro recuerdo lo radico en Puerto Rico; iba con mi mujer y tomamos un taxi. El conductor se dirigió a nosotros en inglés, pues le pareceríamos por nuestro aspecto turistas, y le contesté en la misma lengua. Cuando entramos en el taxi y comenzó el viaje, mi mujer me habló de algo, en español naturalmente.

Y entonces el taxista nos dijo muy contento en su español puertorriqueño: «Perdonen, ¿la señora es andaluza?». Era cierto, le dije. «¿Y de Málaga?», siguió. Certísimo. ¡Y qué alegría la de aquel hombre contándonos que en su juventud había tenido una novia andaluza, de Málaga, y que no se casó con ella no recuerdo por qué, y poco importa! Y nos decía lo bien que se entendía con ella, hablando ella en andaluz, y él, en el habla puertorriqueña. Y así, con sólo oír unas palabras, había identificado el dialecto de mi mujer por intuición lingüística, sin saber nada de la Filología hispánica.

Y hay otros recuerdos volando como pájaros: las niñas que cantaban en una calle de Mendoza, bordeada por hilillos de agua, lírica popular y que había oído también a mi hija, que no sé de dónde la habría aprendido, como las niñas argentinas.

H. López Morales es un profesor de lengua y literatura españolas, formado en La Habana y en Madrid, y hoy lo es de la Univer-

sidad de Puerto Rico y también actúa como secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española con sede en la Real Academia Española, en donde realiza una gran labor para un mejor conocimiento de la gran variedad de nuestra lengua. Ha escrito libros sobre el teatro medieval castellano y sobre las últimas corrientes lingüísticas aplicadas al español de nuestro tiempo. Dispone, pues, de medios para tratar con un criterio de orden filológico la suerte de la lengua española que, como nos cuenta en la obra, se aventuró por América. Pero en esta ocasión, para escribir el libro, se atuvo a un criterio de alta divulgación, situándose de manera inteligente en una altura idónea y adecuada como para que cualquier lector que sienta interés sobre el asunto, entienda lo que el autor resume y explica en esta obra; y lo hace con enorme esfuerzo de concisión y claridad. El libro corre continuo, como río de fluyentes aguas, en una lengua clara y transparente, con sólo las necesarias menciones de la historia y de la filología, y convenientes cifras de apoyo, si lo necesita el caso que expone, sin notas que interrumpen su continuidad. Y sólo en las páginas finales (239-242) trae unas «Recomendaciones bibliográficas» con la noticia de unos pocos volúmenes de libros y actas sobre este aspecto de la lengua española en América, todo ello convenientemente comentado para guía del lector que quiera saber más sobre la materia expuesta.

Amplitud geográfica

El libro, con el texto así establecido, supone un gran esfuerzo para su autor, pues la materia no es en manera alguna uniforme ni unánime en cuanto a las apreciaciones lingüísticas propias de su tratamiento histórico y descriptivo en la amplitud geográfica de la América que habla el español. H. López Morales recoge lo que, entre los estudiosos, logró una cierta conformidad y también expone sus juicios en aspectos en los que él tiene opinión propia, sobre todo en cuestiones controvertidas. Con las limitaciones que él mismo se impuso en beneficio del lector culto pero no especialista en el asunto, el libro mantiene la disciplina científica que guía a su autor y pone de manifiesto de qué manera un profesor americano se sitúa ante la narración de la gran aventura de la lengua española en el proceso de su extensión y arraigo por América.

Existe una realidad radical: el habla española que cubre parte de América con su evidente diversidad es el resultado de una historia de siglos y hoy constituye la lengua de varias naciones diferentes. La «aventura» ha consistido en mantenerse como una lengua que es al mismo tiempo de estas naciones y las complejas sociedades que comportan, y que mantiene su relación con la que aquí, en la España de Europa, fue origen de esta pluralidad por motivos de orden histórico. Entiéndase que el «español» es un sistema lin-

En este número			
Artículos de			
Francisco López Estrada	1-2	Ignacio Sotelo	8-9
Vicente Verdú	3	Enrique Cerdá Olmedo	10-11
Guillermo Carnero	4-5	Juan Antonio Bardem	12
Alfredo Aracil	6-7		
SUMARIO en página 2			



Viene de la página anterior



La aventura americana de la lengua española

güístico que funciona sobre una morfosintaxis común y un léxico que puede o no ser el mismo, matizado en los hechos del habla, o diferente, sin que por ello se rompa la unidad constitutiva; y esto ocurre contando con la presión de un bilingüismo que ejerció su influjo en una o en otra parte. Esto ocurrió en América, con las lenguas indígenas autóctonas y con las que aportaron los que vinieron de otras partes, como África, y también con el caso paralelo de la otra lengua europea, el inglés, en las regiones en las que se ha establecido contacto con ella; y también ocurrió en España, con la variedad dialectal interna que le es propia y con la relación con las otras lenguas peninsulares.

La exposición de cómo haya ocurrido esto y cuál sea la situación actual del español americano es el objeto del libro. Se desarrolla en doce capítulos —mejor, lecciones— que recorren este conjunto en diversos sentidos. Los siete primeros son de orden histórico: la aventura comienza con Colón y su gente y se continúa en las Antillas, antesala de América para

los españoles, y sigue con la extensión de su lengua por las tierras continentales; luego el libro trata de la América lingüística indígena; después de la presencia de África en América; continúa con el período de la Independencia y la iniciación de la labor de las Academias que se constituyen en varias de las nuevas naciones americanas; dedica otro capítulo al lenguaje político-revolucionario del 98; plantea luego la cuestión de las zonas dialectales de América y también trata de los americanismos, cuestión que H. López Morales conoce muy bien porque hoy coordina la elaboración de un *Diccionario de Americanismos* que tanta falta nos hace a todos, los españoles y los hispanoamericanos. Los tres capítulos finales se refieren a cuestiones sociolingüísticas, de las que el autor sabe mucho: el encuentro entre el español y el inglés en Puerto Rico y pone de manifiesto de qué manera con la palabra se vive y se hace política; también trata de los movimientos migratorios, cada vez más importantes por cuestiones económicas, sobre todo de los que ocurren hacia las ciudades; y acaba con la cuestión de la expansión actual del español por América, en relación con los hispanoamericanos que emigran desde México, Puerto Rico y Cuba a los Estados Unidos, con curiosas observaciones que nos son poco conocidas por ser resultado de fenómenos políticos y económicos recientes, que hoy están en ebullición.

Contar todo esto y coordinarlo en una exposición asequible a los ajenos a la ciencia filológica y hacerlo con fundamento científico ha sido la otra gran aventura, en este caso del autor. Fue arriesgada, pero necesaria para que se sepa que esta lengua que es la propia de los españoles de la España europea y que nos parece tan nuestra, es también de otras gentes y naciones, de otros que son en número muchos más que nosotros, y que la usan con la misma eficacia y rigor con que lo hacemos aquí, y que les vale como a nosotros para pensar, sentir y vivir en una plenitud existencial, matizada de muy diversas maneras. Y esto, como di a entender antes, sólo puede percibirse visitando los países de habla española en América y conviviendo con las gentes de tan distintas naciones.

Los que gustamos de la literatura (y algunos de los pocos que la estudiamos como materia profesional y la enseñamos y comentamos en las universidades, institutos y colegios) hemos de recordar que, desde el punto en que comenzó la difusión de la lengua es-

pañola por la tierra americana, la acompañó siempre la canción folklórica, los cuentos y los refranes que enseguida se enraizaron, continuaron y renovaron en el espacio americano. Y no sólo la literatura oral, sino también la escrita, de manera que en el período virreinal existió una literatura paralela a la de la península de origen, con autores tan importantes como los de nuestro Siglo de Oro y emparejables a ellos (los cronistas de Indias, los de la épica americana, Juan Ruiz de Alarcón en el teatro, Sor Juana Inés de la Cruz y tantos más). Y desde la literatura de la Independencia, llegamos a los escritores del siglo actual, cuya valía ha sido reconocida por todos y son leídos en España con el mismo afán que en América. Si puede estudiarse una literatura hispanoamericana de estas dimensiones, es porque se apoya en esta lengua cuya aventura nos cuenta H. López Morales. Por esto acabo esta noticia con unas palabras que sirven también al autor para cerrar su libro: toma como apoyo una observación de Bernardo José de Aldrete (1560-1641), un gramático del que se dice que con él comenzó a plantearse la filología románica; y en ella dice que ya, a comienzos del siglo



De la unión de blancos e indias nacieron los «mestizos». Real Academia Española (Madrid).

XVII, este gramático aprecia la unidad de la lengua española en América, Asia y África. Y H. López Morales escribe este comentario: «Y hoy, muchos años después, podemos seguir afirmando lo mismo, porque el español, es cierto, adquirió en el Nuevo Continente una fisonomía y personalidad propias, pero nunca dejó de ser eso: español». □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

López Estrada da cuenta de la aparición de un libro que ha escrito Humberto López Morales sobre la fortuna de la lengua española en su difusión por América, desde los orígenes hasta la situación actual. La obra, de contenido filológico, va dirigida a un pú-

blico amplio que quiera documentarse sobre este hecho de naturaleza lingüística dentro de la variedad propia de la evolución de las lenguas. De la obra destaca el rigor de su exposición dentro del propósito para el que fue concebida y escrita.

Humberto López Morales

La aventura del español en América

Espasa-Calpe, Madrid, 1998. 242 páginas. 2.950 pesetas. ISBN: 84-239-9738-3.

SUMARIO

	Págs.
«La aventura americana de la lengua española», por Francisco López Estrada, sobre <i>La aventura del español en América</i> , de Humberto López Morales	1-2
«La devastación de la anorexia», por Vicente Verdú, sobre <i>Wasted</i> , de Marya Hornbacher	3
«Entre dos generaciones luminosas», por Guillermo Carnero, sobre <i>Poesías completas</i> , de José Moreno Villa	4-5
«Laberintos: mitos y símbolos», por Alfredo Aracil, sobre <i>El libro de los laberintos</i> , de Paolo Santarcangeli	6-7
«La memoria y la esperanza», por Ignacio Sotelo, sobre <i>Memoria de Occidente. Actualidad de pensadores judíos olvidados</i> , de Reyes Mate	8-9
«Todavía hay una revolución en marcha», por Enrique Cerdá Olmedo, sobre <i>La tercera revolución verde. Plantas con luz propia</i> , de Francisco García Olmedo	10-11
«800 películas con imaginación», por Juan Antonio Bardem, sobre <i>Video Hound's. Independent Film Guide</i> , de Monica Sullivan	12

La devastación de la anorexia

Por Vicente Verdú

Vicente Verdú (Elche, 1942) es escritor y periodista. Ha sido redactor jefe de Cuadernos para el Diálogo y jefe de Opinión y de Cultura del diario El País. Es autor de El fútbol: mitos, ritos y símbolos, Días sin fumar y El éxito y el fracaso, entre otros libros. Con El planeta americano obtuvo el Premio Anagrama de ensayo y, recientemente, con Señoras y señores, el Premio Espasa de ensayo.

«En los últimos trece años (desde los 10 a los 23), mi peso ha oscilado entre los sesenta y uno y los veintitrés kilos y medio», dice la autora. Cuando Marya Hornbacher se encontraba en vísperas de cumplir 19 años los médicos la encontraron tan devastada (de ahí el título *Wasted*) que le pronosticaron tan sólo una semana de vida. Marya Hornbacher ha sobrevivido, no obstante, para escribir estas páginas sobre el horror de la anorexia y de la bulimia, en cuyo balanceo diabólico ha vivido atrapada desde la pubertad, de modo parecido al de millones de adolescentes en el mundo desarrollado actual.

Cuando la hoy señora Hornbacher entregó el libro a la imprenta pesaba algo más de cuarenta y cinco kilos y su altura era entonces de 1,57 metros; exactamente siete centímetros y medio más que en los peores momentos, cuando su organismo, falto de sustancias primordiales, había devorado incluso un trozo de su columna vertebral. Los anoréxicos llegan a perder por efecto de su abstinencia hasta el 40% de la masa ósea y entre ella el tamaño mismo de las vértebras.

Este libro ha nacido desde el interior de la sociedad norteamericana donde los trastornos de alimentación constituyen un gravísimo problema nacional y el número de anoréxicos supera el millón, en su gran mayoría adolescentes y en un 90% mujeres, pero podría empezar a escribirse en cualquier otro lugar de Europa. Hace apenas treinta años la anorexia se tenía casi por una curiosidad científica y no despertaba ningún interés social. En los últimos veinte años, sin embargo, los enfermos se han multiplicado por diez hasta afectar, en el caso de España, a más de uno de cada cien adolescentes. De ahí que Mondadori vaya a publicar el libro en nuestro país con el título de *Días perdidos* a comienzos de esta misma primavera.

Las calorías del pomelo

Como un sarcasmo del vigente modelo de progreso, a mayor desarrollo económico, mayor cantidad de personas que renuncian a comer y se exponen a morir de hambre. Cuando la protagonista de este libro descubre, por ejemplo, que un pomelo no tiene ocho calorías, tal como le habían asegurado sino muchas más, decide castigarse corriendo 15 kilómetros para desembarazarse de peso. En adelante, previniendo otra equivocación semejante, cubrirá carreras de hasta 40 kilómetros diarios. Por muchos kilos que pierda, no obstante, el anoréxico no deja de pugnar por reducirlos más y cuanto más se preocupa por el peso más predispuesto se considera para seguir ayunando. Su mayor autoestima se centra en esta renuncia que le colma de un supuesto poder. Los demás necesitan comer pero yo no, se dice; los demás son dependientes del exterior mientras que yo me basto con nada. De hecho no es la anorexia sólo, como suele decirse, el rechazo de las adolescentes a adquirir una morfología más rotundamente femenina. También se busca poder y autonomía. La ingestión de comida igual que la ingestión del amante equivale a admitir debilidad y ne-



JUAN RAMÓN ALONSO

cesidad, deseo de experimentar placer físico, de sucumbir a los «bajos instintos». Ella dice: «La anorexia fue mi gran idea, mi esfuerzo por hallar independencia, una identidad, una libertad, la salvación, etc...». Esta locura llega al punto de que, como la misma Marya confiesa, la impulsó a vivir, durante semanas, con apenas las calorías de cuatro manzanas diarias pero aun así no estaba segura de comer poco.

Uno de los deleites de la anorexia consiste precisamente en comprobar cómo se dibujan los huesos, cómo los muslos dejan entre sí un espacio vacío y amplio. En esta historia, Marya recuerda que en la revista *Seventeen* se advertía a los adolescentes que una buena figura exigía que los muslos no se tocaran entre sí. Marya se observa y ve que los suyos se tocan: «¡Qué mierda de cuerpo! ¿Cómo podré ocultarlo?», se dice. ¿Cómo abolirlo?, en fin, ¿cómo negarse físicamente hasta el límite máximo?

Unas dos terceras partes de las adolescentes, norteamericanas o españolas, se de-

claran hoy insatisfechas con su cuerpo y para corregirlo comienzan a tantear con las dietas, los ejercicios físicos, los laxantes, los diuréticos y pronto con drogas de la calle, ansiolíticos, somníferos para poder conciliar el sueño que les niegan las anfetaminas, la cocaína o la sobreexcitación del ayuno. En su deseo de adelgazar se presentan dos caminos. Uno es el de recurrir a vomitar cuan-

to se ingiere cualquier cosa, lo que constituye la bulimia, el otro es ayunar exacerbadamente, lo que define a la anorexia. En la bulimia se come desafortadamente y apenas sin límite. Un bulímico es capaz de acabar con una nevera repleta, hojar en los cubos de basura, vomitar y seguir comiendo durante horas. Hornbacher cuenta en *Wasted* que en su fase bulímica acostumbraba a comer «Doritos» antes que otras provisiones para conocer por el color anaranjado cuando había llegado a devolverlo todo. El bulímico, no obstante, pese a sus vómitos gana peso respecto a la época en que eventualmente padeciera anorexia. Gana peso y al cabo puede renegar de seguir provocándose náuseas y regresar, eventualmente, a la anorexia. El círculo se completa así en un bucle fatal del que sólo un tercio logra librarse. En otra tercera parte del mal se hace crónico. En otro tercio se vive en el filo de las recaídas. En un porcentaje que oscila en torno al 10% el resultado es, además, la muerte.

Pero ¿por qué ha estallado la anorexia ahora? La explicación más común asocia esta epidemia a los modelos de belleza que promueven las pasarelas. Pero también hay razones de índole distinta. En una investigación reciente, los científicos ingleses relacionaban la enfermedad con una deficiencia de riego sanguíneo en el cerebro. Otros estudios norteamericanos lo consideran un problema genético y los psicólogos han elaborado tesis sobre la influencia de las relaciones entre madre e hija. En su experiencia clínica, han consignado la repetición de un modelo de madre muy solícita que no atiende, sin embargo, los deseos reales de la niña e impone, particularmente, su preocupación por alimentarla bien.

Que la incidencia de la enfermedad sea más frecuente entre las chicas se atribuye por unanimidad, por el momento, a su mayor sensibilidad al modelo estético dominante y la emulación entre amigas. «Pasar hambre —dice Marya— es lo femenino de la actualidad.» Su generación y la anterior fingirían no sentir interés alguno por la comida como la manera de presentarse «demasiado ocupadas», «demasiado estresadas». En algunos sentidos no comer —comenta— significa interpretar una vida tan plena y unas actividades tan importantes que la comida constituiría una lamentable pérdida de tiempo.

De hecho, en nuestra cultura la delgadez se asocia a la eficacia, el autocontrol, la disciplina, mientras la gordura evoca debilidad, pereza y pobreza. La anorexia empieza, dicen los especialistas, jugando con el deseo de pesar menos, pero en una tendencia que envuelve sobre todo a adolescentes, puede desenlazarse en casos de muerte o lesiones irreversibles. Contra estas amenazas crecientes está escrito *Wasted*. Un documento, entre el ensayo y la narración, redactado por una periodista, víctima múltiple de las paradójicas atracciones del ayuno que no hace heroísmo de su incipiente curación. Más bien ella misma se declara en la temblorosa frontera de la recaída lo que acentúa, aún más, el peculiar carácter testimonial del libro. □

RESUMEN

Desde el interior de la sociedad norteamericana, donde los trastornos de la alimentación constituyen un gravísimo problema, surge esta obra que comenta Vicente Verdú. Se trata de un libro escrito en primera persona y desde dentro también: desde el horror y la

devastación de la anorexia y de la bulimia, en cuyo balanceo ha vivido desde la pubertad la autora, Marya Hornbacher; un balanceo diabólico, en palabras de Verdú, que tiene atrapadas a millones de adolescentes en el mundo desarrollado actual.

Marya Hornbacher

Wasted

Harper Collins, Nueva York, 1998. 268 páginas. 12,99 dólares. ISBN: 0-00-255880-7.

Entre dos generaciones luminosas

Por Guillermo Carnero

Guillermo Carnero (Valencia, 1947) es doctor en Filosofía y Letras y catedrático numerario de la Universidad de Alicante. Dirige la revista *Anales de Literatura española*. Ha publicado, entre otros trabajos, *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español*, *Las armas abisinias*, *La cara oscura del Siglo de las Luces*, así como ediciones críticas.

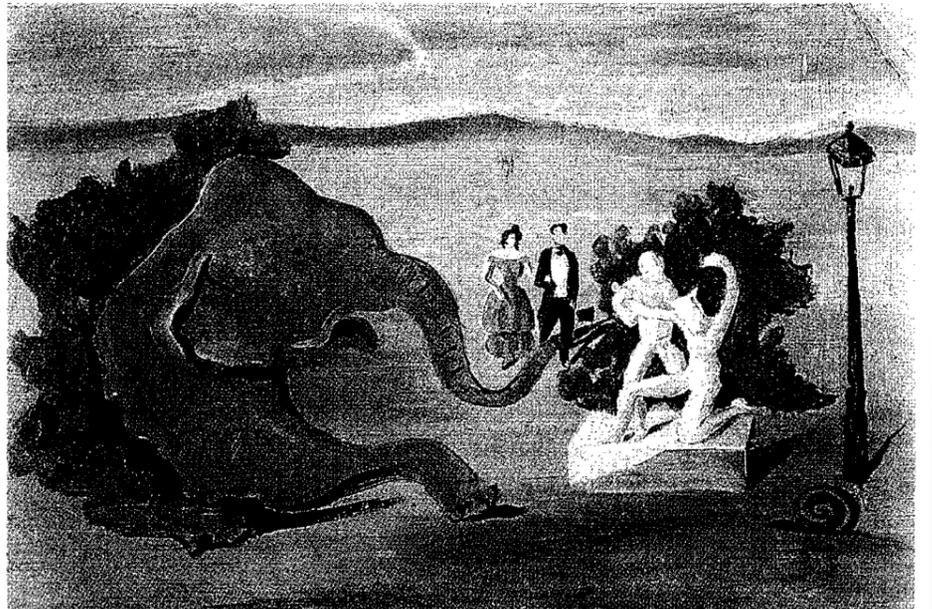
José Moreno Villa nació en Málaga en 1887 y se trasladó a Madrid a los veinticuatro años, para realizar estudios de Arte. Allí conoció a Juan Ramón, Gerardo Diego y Ramón Pérez de Ayala, y en la Residencia de Estudiantes—donde fue tutor de actividades culturales de 1917 a 1921— a Buñuel, Dalí, García Lorca y Pepín Bello. Colaboró en las revistas del 27 y mostró su pintura por primera vez en la Exposición de Artistas Ibéricos de 1925. Fue nombrado archivero del Palacio Real en 1931, y, trasladado a Valencia a fines de 1936, con otros intelectuales y artistas, residió en la Casa de la Cultura y colaboró en *Hora de España*. Un viaje a Estados Unidos, como delegado cultural, a comienzos de 1937, lo llevó a México, su segunda patria; allí murió en 1955.

Siempre ha sido considerado un escritor secundario, desde criterios valorativos que no siempre desmienten su obra, mal conocida en términos generales salvo el mejor de sus libros de poesía, *Jacinta la pelirroja*. Para el historiador su valor documental es indiscutible, en la medida en que quiera entender orgánicamente la trayectoria literaria española de los decenios segundo y tercero de este siglo. Fue poeta, dramaturgo, narrador y ensayista; demostró capacidad de investigador erudito en sus indagaciones sobre Velázquez, y no desdeñó el cultivo de la literatura infantil. Fue consciente de hallarse desfavorablemente situado en una zona poco definida, en términos de cronología literaria: «El instinto me decía claramente—escribió en su autobiografía *Vida en claro*— que iba quedando oscurecido entre dos generaciones luminosas, la de los poetas del 98 y la de los García Lorca, Alberti, Salinas...». Su asimilación a la generación del 27 es indiscutible, dejando a un lado sus primeros libros. Participó con brillantez en la definición de la estética purista; elaboró la tradición literaria del popularismo andaluz anticipando en parte la fórmula de Alberti y Lorca; intervino en la conmemoración del centenario de Góngora en 1927 con los muñecos representativos de los enemigos del poeta, quemados en los actos de Madrid que relató Gerardo Diego en *Lola*, y con la reunión del álbum de dibujos que se publicó en el extraordinario gongorino de *Litoral*; se sintió atraído por el Superrealismo y asumió la «rehumanización» y el compromiso distintivos de los años treinta. Ortega y Gasset le prologó *El pasajero* (1914), y su *Colección* (1924) inspiró las extensas «Reflexiones sobre la lírica» publicadas por Antonio Machado, al año siguiente, en *Revista de Occidente*.

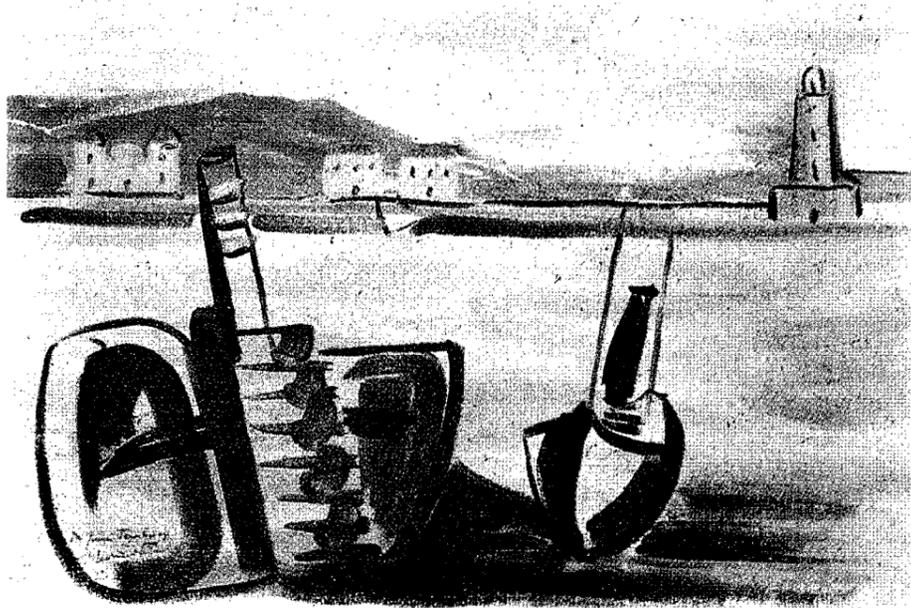
El rescate de Moreno Villa comenzó a los tres años de su muerte, con un extraordinario de la revista *Caracola*. Siguió los estudios en volumen de José Francisco Cirre (1963) y Eugenio Carmona (1985), y la importante llamada de atención que supuso el congreso organizado por Cristóbal Cuevas en 1987, cuyas actas aparecieron en 1989. Paralelamente, Moreno Villa había sido tenido en cuenta en *Las peras del olmo* de Octavio Paz, *Estudios sobre poesía española contemporánea* de Luis Cernuda (ambos de 1957) y *A generation of Spanish poets* de Brian Morris (1971), y había aparecido en antologías colectivas relevantes: la del Superrealismo español de Vittorio Bodini (1971), la de la



José Moreno Villa, Autoretrato, 1927.



El encuentro, 1929.



Puerto de Málaga, 1932.

vanguardia española de Germán Gullón (1981). *Jacinta la pelirroja* fue reeditada por José Luis Cano en 1977, y dos selecciones individuales dieron a conocer la obra del autor en los años ochenta: la de Luis Izquierdo (1982) y la de Alfonso Canales y Enrique Baena (1987). Esta edición de Juan Pérez de Ayala viene a ser la culminación de todas esas aportaciones, y es de suponer que la sigan otros volúmenes dedicados a la restante producción de Moreno Villa, o al menos uno que contenga *Vida en claro*.

Del modernismo a la vanguardia

El primer libro de Moreno Villa, *Garba*, se publica en 1913. Va dedicado a Rubén Darío, Juan Ramón y Antonio Machado. A esa terna se podrían haber sumado Manuel Machado y Bécquer, salvo que el resabio becqueriano venga de los «borradores silvestres» de Juan Ramón. La abundancia y el deleite verbal del Modernismo son muy evidentes en esta primera entrega de quien se distinguirá posteriormente por la sencillez y el voluntario desaliño; junto a ellos destaca el componente andalucista, en el intento de recreación de la copla popular y en alguna hisopada del ambiente y el drama a los que dará su mejor expresión el *Romancero gitano* de Lorca. La deuda modernista se atenúa notablemente en *El pasajero* (1914), donde predominan los poemas dedicados a ciudades

y lugares españoles de aura castiza, junto al extenso poema filosófico titulado «En la selva fervorosa».

Luchas de «Pena» y «Alegría»... (1915) entronca con el tradicionalismo folclórico de *Garba*, pero con una importante novedad: la poesía popular no es ya el modelo que reproducir, sino aquel del que extraer un espíritu de sencillez emocional, de economía verbal y de irracionalismo ingenuo e instintivo; es decir, las razones más profundas del neopopularismo—tanto de referente propiamente popular como popularista culto cancioneril—del 27. No es que lo haya alcanzado Moreno Villa en este su tercer libro, que, con todo, debió de ser una sugerencia nada desdeñable para García Lorca o Alberti.

Evoluciones (1918) es un libro heterogéneo y poco relevante, en su mezcla de poemas y cuentos y estampas en prosa. No así *Colección* (1924), donde se produce la sintonía de Moreno Villa con el Ultraísmo, Creacionismo y Purismo. El intimismo sentimental resulta decisivamente podado, se prescinde del cuidado métrico y rítmico, se ensaya la concisión del haikú; y se mantiene el popularismo decantado y no mimético que el autor elaboró en la década anterior. Todo ello sitúa a Moreno Villa en el espíritu que, desde comienzos de siglo, forma el sustrato de la vanguardia y exige al poema concisión, erradicación de la ilación discursiva, contención del lirismo confesional. Así se hallaba Moreno Villa entre quienes se reunieron, en 1923, en el Jardín Botánico de Madrid en ho-

menaje a Mallarmé, el antecedente y maestro de las negaciones puristas. Ya en 1920 había dado Moreno Villa prueba de hallarse en su proximidad. Ese año publica un estudio sobre Velázquez, en el que analiza los «Jardines de Villa Médicis» en términos que coinciden con la poética a la que me refiero:

«No hay en ellos nada vibrátil, polícromo, rico en color. No tienen vivas flores ni cielos brillantes. Son paisajes arquitectónicos por lo que atañe al dibujo, y unitonos en cuanto al color. Una fusión íntima de verdes apagados y grises argénteos basta. Y en cuanto a la sobriedad de elementos lineales, no hay más que fijarse en el paisaje de la terraza y los grandes cipreses: dos líneas horizontales—la cornisa y el pasamanos de la balaustrada—y todas las demás verticales—los altos y erectos árboles, las pilastras y columnitas del balaustrado. No hay más línea curva que la del medio punto. Es indudable que por la simplicidad, por la eliminación de accidentes y por cierta vaguedad poética con dejos de aria, late una pulsación moderna en estos estudios».

Resulta que esa «pulsación moderna», acorde con el espíritu de la época, consiste en la poca variedad cromática, el dibujo sobrio y la supresión de detalles, es decir, la poética del Purismo. La definió muy acertadamente Jaime Torres Bodet al reseñar *Cántico* de Jorge Guillén en *Excelsior* (México) de 20 de enero de 1929:

«Al lirismo de hoy la realidad demasiado presente le repugna. Por eso le hierde la forma de los objetos que enriquecieron la utillería teatral de la retórica modernista, y siguiendo la fuga de Juan Ramón Jiménez hacia el dominio de la fantasía interior, busca su verdad en la desnudez de los conceptos puros y juega con abstracciones, en una delicia de perfumes y ecos que hace del poeta un matemático impar, susceptible de contener un mundo de realidades cuantiosas en la fórmula de una sola ecuación feliz o en el círculo de una sola metáfora perfecta».

Purismo y Superrealismo

La aproximación de Moreno Villa al purismo, ya visible en *Colección*, dará su mejor fruto en *Jacinta la pelirroja* (1929). El libro es resultado de una historia de amor frustrado, y el personaje femenino que traza ha captado la modernidad en una de sus manifestaciones más llamativas: el abandono parcial de la mentalidad, la imagen y el rol tradicionales de la mujer. Detrás de *Jacinta* hay toda



Viene de la página anterior



una generación de jóvenes con el pelo corto y la ropa suelta, aficionadas al deporte, al cine y al «dancing», y poco inclinadas a respetar los códigos de la moral y el decoro. Todo ello la dota de una atractiva aureola de vitalidad anticonvencional, no carente de rasgos oscuros (falta de calor afectivo, excesiva independencia, esnobismo basado en la riqueza) que pueden ser tanto reserva masculina ante un feminismo demasiado ostentoso, como rechazo del materialismo de la plutocracia norteamericana.

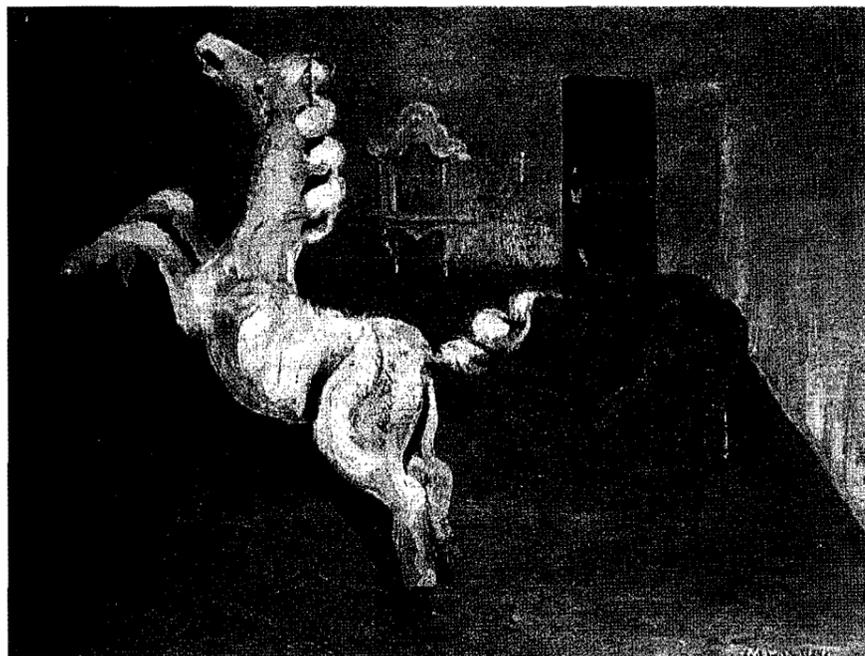
Al margen de la biografía y la sociología, lo distintivo de la obra es que, siendo el amor su tema, esté tratado de acuerdo con la negación por el purismo de la confidencialidad sentimental, de la exaltación pasional y de la lamentación patética. La mirada de Moreno Villa, con su distanciamiento, su contención y sus toques humorísticos, responde a la consigna del poema «El alma en acción»: «El alma que fue romántica / tiró su romántica peineta»; el lenguaje, el tono y el voluntario olvido del verso regular aportan un estilo conversacional ostensiblemente antipodético. Al reseñar el libro en *ABC* de 11 de diciembre de 1929, Azorín lo identificó con la poética colectiva del 27 anterior al momento surrealista:

«Una alquitara donde entra, por una parte, el mundo sensible, y sale por otra ya perfectamente depurado de sensibilidad. José Moreno Villa, en su poema en poemas *Jacinta la pelirroja*, nos ofrece una muestra del nuevo arte».

En 1928 apareció *La flor de California* de José M.^a Hinojosa, con un prólogo de Moreno Villa relativo a la epistemología del Surrealismo en literatura y en pintura. En algunos versos de *Jacinta* se puede señalar un toque de irracionalismo coherente con esa nueva orientación del autor a fines de la década. Poco después, en 1931, aparecieron tres folletos de pequeño formato titulados *Carambas*. Su entidad como textos surrealistas es desigual y dudosa, al menos en las dos primeras entregas. La enumeración aleatoria, el disparate y el humor no llegan a alcanzar las cotas de sugerencia y hondura emocional que el autor se propuso. Algunas (73 y 243 de la segunda serie, 2 y 5 de la tercera) esbozan una visión expresionista de la realidad española que es imposible no relacionar con los vientos de compromiso político que olean las Letras españolas del momento.

El prólogo a Hinojosa había declarado el acercamiento de Moreno Villa al Surrealismo, tanto literario como pictórico. Hacia 1927 su pintura, tras haberse iniciado en el Cubismo, comienza a mostrar formas blandas y carnosas, objetos punzantes y elementos primitivistas, al mismo tiempo que compone dibujos con aspecto de cadáver exquisito —el juego surrealista consistente en realizar colectivamente, sobre los distintos dobles de un papel, dibujos automáticos luego yuxtapuestos. En el catálogo de Moreno Villa lo más logrado son algunos óleos —como *El encuentro* o *El caballo blanco en el salón*— que parecen aludir a la soledad, la incomunicación, la frustración sexual y la represión, todo ello coherente con la reivindicación surrealista de una nueva moral basada en la obediencia a los instintos y en el repudio de su desconocimiento y censura.

El purismo hubo de afrontar la crítica de quienes —como Unamuno o Antonio Machado— exigían a la Literatura verdad e inmediatez existencial. A esa primera dimensión de la impureza se añade otra en los años treinta: la sintonía con los problemas sociales y políticos. La imbricación de ambas fue establecida por José Díaz Fernández en *El nuevo romanticismo* (1930), y por Pablo Neruda en el manifiesto inaugural de su revista *Caballo verde para la poesía* (1935). Paralela-



El caballo blanco en el salón, 1935.

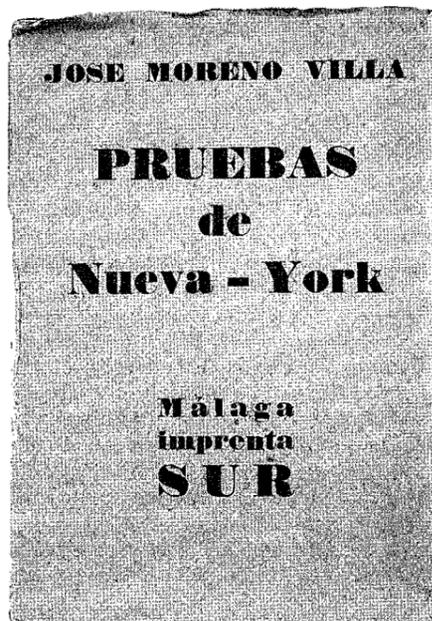
mente, el Surrealismo francés se implica en la militancia política desde 1927, y la exige en el *Segundo Manifiesto* (1929). Esa doble impureza, apuntada ya en las *Carambas*, es asumida más ostensiblemente en *Puentes que no acaban* (1933), en cuyo noveno «carambucos» escribe Moreno Villa que «el odio surrealista / se amasa con migas de Freud y migas comunistas». El libro ostenta así una confesionalidad y una preocupación por la coyuntura histórica que, si no renuncian a la irracionalidad de 1931, la atemperan en buena parte. Hay en él un deseo de definición personal basado en el anhelo de paz y serenidad, y en la reivindicación de un vitalismo no problemático fundado en la más elemental solidaridad humana: «Una mano que se posa en la espalda desnuda / basta para que canten los círculos del cielo». Consecuentemente, el recuerdo de la relación con *Jacinta* se ennoblece, filtrado a través de la añoranza y el perdón, y adquiere una gravedad incompatible con la intrascendencia de 1929.

Por otra parte, el diagnóstico del momento político español e internacional se expresa en la ironía, el escepticismo y la falta de esperanza de los «carambucos»: «¿Para qué destrenzar y catalogar las ideas / si luego viene el huracán y te arrodillas?» El primer poema del libro, «¿Por qué no es el mundo mi patria?» exponía una exaltación del cosmopolitismo contra las ideologías y los nacionalismos y partidos que enfrentan y dividen a una humanidad atormentada, a la que —hemos de suponer— no cabe más regeneración que el amor fundado en la cordialidad, en la sencillez y en el altruismo, tal como Moreno Villa se complace en imaginar que pudiera y debiera haber sido el suyo con aquella indómita y pelirroja norteamericana que sólo fue la mujer perfecta «a la hora de merendar».

Salón sin muros (1936) es una breve colección en la que Moreno Villa se plantea el balance de su propia vida, en el momento crítico que separa la madurez del inicio de la vejez; con serenidad y algún toque de humor negro recapitula su soledad y su escepticismo ante la posibilidad de volver a amar, y se duele de la experiencia frustrada. El desencanto ante el presente y el previsible futuro de la situación política española se mantiene, y da lugar a algún desahogo en lenguaje abrupto, resultado de la crispación y la amargura. Un puñado de poemas de circunstancias, dedicados a la guerra civil, corona la preocupación de Moreno Villa por el destino político de sus compatriotas. *Puerta severa* y *La noche del verbo*, publicados en México en 1941 y



Pareja, 1929.



Portada de «Pruebas de Nueva York», 1927.

1942, se ocupan del paso del tiempo, la vejez, el exilio y la paternidad, con una interrogación final acerca del sentido de la existencia y de la creación poética, y de la trascendencia más allá de la muerte. *Voz en vuelo a su cuna* apareció póstumamente en 1961, en dos ediciones simultáneas, impresa la más breve en Málaga, y la extensa en México.

Crterios y novedades de esta edición

Evoluciones no se publica íntegro; se incluyen —nos dice el editor— las secciones en que predomina el verso. No es posible aplau-

dir esta decisión, ya que, a pesar de su desacierto, el libro fue entendido como una unidad, en verso y prosa, por su autor. Los apartados de poemas de guerra y de poemas escritos en América proceden de la antología *La música que llevaba* (1949); se añade a los primeros uno publicado en *Hora de España*. *Voz en vuelo a su cuna* se constituye añadiendo a la edición malagueña tres poemas aparecidos en 1955 en la revista *Caracola*. Dos apartados finales misceláneos agrupan textos inéditos y no coleccionados.

De mucho mayor interés me parece la cincuenta de páginas en las que se recogen los textos de Moreno Villa dedicados a exponer reflexiones sobre su formación literaria y su poética. La «Autocrítica» publicada en *Revista de Occidente* en su número de diciembre de 1924 traza un aprendizaje basado en Bécquer, los románticos alemanes, Leopardi, San Juan y la copla andaluza, y un ideal que acoge el simbolismo, la sencillez expresiva y la claridad, y repudia el legado modernista y parnasiano. La «Poética» incluida en la antología de Gerardo Diego (1932) matiza las afirmaciones de ocho años atrás, añadiendo a Baudelaire, Unamuno, los Machado, Juan Ramón, los elegíacos latinos y el Rubén más intimista. Una nueva «Autocrítica» de 1933, aparecida en *La Nación*, reivindica lo que cualquier lector de Moreno Villa le asignaría como característica distintiva: «el prosaísmo elevado a una gran tensión lírica». La serie «Algo sobre poesía», publicada por entregas en *El Nacional* de México, es un autoanálisis a modo de testamento literario, en el que el autor reivindica, entre otras cosas menos relevantes, su papel —ya mencionado más arriba— en la acuñación del neopopularismo lorquiano. □

RESUMEN

José Moreno Villa siempre ha sido considerado como un escritor secundario, si se le compara con las primeras figuras de la generación del 27 y desde criterios valorativos sobre una obra poética mal conocida. La aparición de las poesías completas de Moreno Villa, le

permite a Guillermo Carnero trazar un retrato de quien no sólo fue poeta, sino también dramaturgo, narrador, ensayista y no desdeñó ni la pintura ni la literatura infantil. Para Carnero, su valor documental es indiscutible para entender la trayectoria del período de entreguerras.

José Moreno Villa

Poesías completas

Ed. de Juan Pérez de Ayala, El Colegio de México / Residencia de Estudiantes, Madrid, 1998. 869 páginas. 4.000 pesetas. ISBN: 968-12-0728-9.

Laberintos: mitos y símbolos

Por Alfredo Aracil

Alfredo Aracil (Madrid, 1954) alterna la creación musical con tareas de gestión cultural y trabajos de investigación. En la actualidad es el director del Festival Internacional de Música y Danza de Granada. Entre sus composiciones destacan las óperas *Francesca* o *El infierno de los enamorados*, con libreto de Luis Martínez de Merlo, Próspero: escena, con libreto de José Sanchis Sinisterra, y numerosas obras corales, sinfónicas y de cámara. Es autor de *El siglo XX*, entre la muerte del arte y el arte moderno, con Delfín Rodríguez, y, recientemente, *Juego y artificio*. Autómatas y otras ficciones en la cultura del Renacimiento a la Ilustración.

Con un inmenso laberinto poético llegó a comparar el mundo, en el siglo XVII, el jesuita madrileño Juan Eusebio Nieremberg: «Plotino llamó al mundo Poesía de Dios. Yo añado —escribe Nieremberg en su *Curiosa y oculta filosofía* [Madrid, 1634]— que este Poema es como un laberinto, que por todas partes se lee, y haze sentido, y dicta su Autor»... y, tras citar de pasada otros ejemplos de la Antigüedad, se detiene en el panegírico que en el siglo IV hizo Publio Optaciano Porfirio al Emperador Constantino, «por el qual mereció le alçassen su destierro, y ser llamado hermano muy querido del mismo Emperador». Estaba formado por diecisiete artificiosos laberintos poéticos, «juntando y esclavando un verso con otro de diversas maneras». Y concluye Nieremberg: «Así imagino yo al mundo ser un Panegyrico de Dios con mil laberintos de sus excelencias, trabándose unas naturalezas con otras, publicando por todas partes sus grandezas» y proclamando su armonía en cada una de sus conjunciones. Es uno de los pocos ejemplos desde nuestra Edad Media en los que no se recurre a metáforas musicales o mecánicas para ilustrar y explicar el orden del Universo, la armonía de todo lo creado.

Como fenómeno y como arquetipo, tanto o más que como objeto o estructura, hemos de entender los laberintos. En cualquier época y en cualquier continente, casi en cualquier cultura, encontramos trazos de esta figuración mental y plástica, a medio camino entre el juego, la especulación y la tragedia. Paolo Santarcangeli subtítulo *Historia de un mito y de un símbolo* su estudio sobre los laberintos, un trabajo clásico [1ª ed. Florencia, 1965], ahora

publicado en España en cuidada traducción de César Palma.

Aunque los laberintos, en unas u otras formas, están presentes en casi todas las edades y culturas de la humanidad, podemos hablar de «épocas de florecimiento», en las que se unen «un vivo sentido de la abstracción y la voluntad de traducir lo abstracto en una representación concreta», como apunta en su libro Santarcangeli. «Hace falta —añade— que en esta situación, aparentemente contradictoria o paradójica, se una el amor a la alegoría, una fuerte inclinación por los emblemas, una propensión a las representaciones figurativas, un cierto amor por los juegos, así como una disponibilidad de tiempo y humor para la actuación de todas estas tendencias, y finalmente la existencia de un impulso colectivo, casi de una moda», que traduzca en actos concretos estas motivaciones. La Antigüedad greco-latina, los comienzos de la Baja Edad Media —los siglos XII y XIII, más concretamente— y el período que abarca desde el final del Renacimiento clásico hasta el siglo XVIII, se nos muestran como las tres épocas doradas de los laberintos en Occidente.

Lo esencial del laberinto en las viejas culturas era, para Hocke, el ser «una metáfora unificadora de lo previsible y de lo imprevisible del mundo»... y lo resumía, en su conocido estudio, *El mundo como laberinto* [Hamburgo, 1959], con una simple y significativa frase: «El rodeo lleva al centro». Para Santarcangeli «nos hallamos ante un secreto y un misterio» cuando nos encontramos ante un laberinto; en períodos señalados por un vivo sentimiento místico-religioso, como la civilización minoica o el medioevo cristiano, esta característica será predominante, mientras que en aquellos más materialistas —o con vocación menos trascendente, por decirlo con otras palabras—, como la Roma imperial o el Barroco tardío, las imágenes de laberintos y sus aplicaciones se verán casi por completo desacralizadas», pero sólo en apariencia, porque «en el fondo, aun cuando sólo sea en las formas de un puro juego, perdurará, si no la consciencia, al menos la sospecha de algo más profundo, irresuelto», nos advierte.

A partir del siglo XV el laberinto pierde, no obstante, casi todas sus cualidades meta-

físicas. Además de Nieremberg, con cuya imagen de la creación comenzábamos, contados autores, como Calderón o Leibniz, recurrieron al laberinto para hacerle jugar el papel de metáfora teológica. Ambos lo utilizaron, por ejemplo, para explicar lógicamente la presencia real, no figurada, del cuerpo y la sangre de Cristo en la eucaristía. Lo señala Antonio Regalado en su estudio sobre el primero [Barcelona, 1995]; Calderón, en la loa para *La nave del mercader*, por medio de un laberinto de espejos, y Leibniz, en carta a Les Bosses, utilizando como referencia el «labyrinthum continui». En *El laberinto del mundo*, representa además Calderón por medio del mito de Teseo y Ariadna el sacrificio de Cristo —Theos en el auto, Theseos en el modelo—, que entra voluntariamente en el laberinto del mundo a perder la vida para la salvación del hombre.

En la mayor parte de los casos, sin embargo, se convertirá el laberinto en puro juego, dejando sus aspectos sagrados —cuando los había— normalmente en el plano de la retórica. De la escritura caligráfica a la música, de la pintura a la arquitectura, de la heráldica a la alquimia, las artes menores, la iconografía popular o incluso algunos juegos, también en los jardines, las escenografías..., en todos los campos «se crean intencionadamente aspectos, recorridos, necesidades laberínticas», apunta Santarcangeli, y entran en funcionamiento o se desarrollan multitud de sistemas combinatorios, alfabéticos y numéricos, en los que no se distingue muy bien la diversión de la reflexión o el discurso especulativo.

A Johannes Stabius [en *De Labyrintho*, Berlín, 1510], Sebastiano Serlio [*Regole generali di architettura...*, Venecia, 1537] o Jan V. de Vries [*Hortorum viridariumque elegantes et multiplicis formae...*, Amberes 1583], entre otros, debemos la instauración en el siglo XVI, con sus tratados, de un nuevo enfoque teórico sobre este asunto y nuevos repertorios y diseños, que más tarde desembocarían en preciosistas divagaciones formales como las de Pedro Díaz Morante o, mucho después, casi cerrando este período de florecimiento, propuestas tan desoladoras —o degradadas— como las de Stephen Switzer. Del primero, pensamos en *Del arte nueva de es-*

crevir [Madrid, 1623-1629], más que un simple tratado de caligrafía, un punto de encuentro entre la escritura, el laberinto y, con frecuencia, el emblema, la frase moral o el jeroglífico; del segundo, en su *Iconographia rustica* [Londres, 1742], con seis ilustraciones de laberintos, en cinco de los cuales no existe comunicación posible con el centro.

Laberintos trazados a poca altura —como filigrana decorativa— o con altos setos —como invitación al juego, a dejarse extraviar en lugar seguro— poblarán la mayoría de los jardines de la época, desde la «Maison de Dédale» en los jardines de Saint-Paul en París hasta el enorme laberinto de la villa de Valsanzibio presso Padova, pasando por el del parque de Enghien —descrito por Voltaire, junto a una «isla mecánica»—, o los «Turf-Mazes» ingleses, además de otros notables ejemplos, menos explícitos, como el célebre «Sacro bosco» de Bomarzo, cuyo diseño ha sido entendido como una especie de «peregrinatio» laberíntica por algunos estudiosos.

Mentalidad burocrática

Pero, tanto o más que la existencia de laberintos, interesa señalar también la mentalidad laberíntica de la época: la propia idea de la vida como viaje o peregrinación; un viaje por un mundo donde el azar de la fortuna y el albedrío de las propias decisiones —la ocasión— están equilibrados, y siempre con final aparentemente incierto, como el centro o la salida de un laberinto. A mediados del siglo XVII, Comenio publica una narración en verso titulada *Laberinto del mundo y Paraíso del corazón* [Amsterdam, 1663]; es la aventura de un hombre con dos acompañantes, alegorías de lo previsible y lo imprevisible, de viaje por el mundo, representado aquí como un complicado laberinto. Fue concebida en realidad como tratado de educación religiosa, en el que el protagonista llega hasta el castillo de la felicidad y termina al final de rodillas ante la presencia de Dios, pero hasta ese momento ha sido espectador y parte de un mundo insólito donde nada parece tener sentido. En un determinado momento de su peregrinaje, los protagonistas llegan a una encrucijada con seis direcciones diferentes... y las seis conducen a la misma enigmática y laberíntica ciudad —el castillo del conocimiento último—, donde están representadas, como en las utopías de Campanella o Bacon, todas las ciencias, artes y oficios; pero todo es aquí vano o ficticio y sus calles no conducen a ninguna parte.

En *El Criticón*, una muestra más conocida por nosotros del clima de desorientación que respiraba la sociedad europea desde finales del siglo XVI, Gracián había descrito [en la 1ª parte, Zaragoza, 1651] en pocas líneas otra ciudad en parecidos términos: «Tenía estremada apariencia, y mejor cuanto más de lejos. (...) Cuando llegaron a ella, hallaron que lo que parecía clara por fuera, era confusa por dentro; ninguna calle había derecha ni despejada: modelo de laberintos y centro de minotauros. (...) Baxóse a tierra [Andrenio] y, escarbando en ella, descubrió laços y más laços y más laços de mil maneras, hasta hilos de oro y de rubios cabellos; de suerte que todo el suelo estaba sembrado de trampas encubiertas». En definitiva, una ciudad representada como trampa y laberinto. El estupor y la desorientación ante una realidad inaprehensible se había extendido a toda la sociedad y convertido en imagen urbana, en escenario ficticio.

Muchos otros ejemplos literarios podrían añadirse a los ya citados. En *Hypnerotomachia Polyphili* [Venecia, 1499], Colonna describe en el palacio de la reina Eleuterílida —el



Teseo sacando del laberinto al Minotauro muerto. British Museum, Londres.



«Retrato de hombre con laberinto», de Bartolomeo Veneto, ca. 1510. Fitzwilliam Museum, Cambridge.

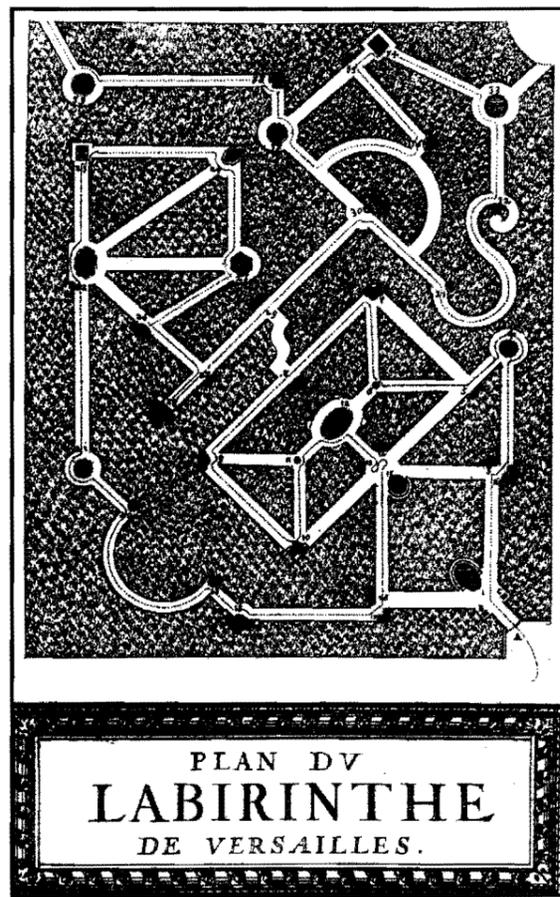
CORTESÍA EDITORIAL



Viene de la página anterior



Empresa de Galeazzo Beccaria, en la que figura el mundo como laberinto.



Plano para el gran jardín del castillo de Luis XIV en Versailles, diseñado por André Le Nôtre.

libre albedrío—un laberinto acuático en el que «quien entra no puede retroceder»; representa las vicisitudes de la vida humana, con sus peligros y bondades desde el nacimiento hasta la muerte: «un intrincado laberinto redondo, cuyos caminos circulares no se podían pisar, sino que eran navegables». En un juego titulado *El laberinto de Ariosto*, el más refinado, según François Menestrier, que pudiera imaginarse, creado por el príncipe Tomás de Saboya, encontramos otra excelente ilustración: alrededor de una mesa con una trama de 335 «maisons», correspondientes a otras tantas situaciones del *Orlando furioso* de Ariosto, doce participantes adoptan nombres de los personajes de la obra y juegan a salir del laberinto. Esta mezcla de cultura —los jugadores debían necesariamente conocer bien la obra—, enredo, complejidad, ficción, juego y fortuna, es buen resumen de cuanto venimos diciendo.

El juego es el sistema más conveniente de enfrentarse a un mundo-ruleta o un mundo-laberinto, y fue en cierto modo también estilo, rasgo contaminante al menos, de una cultura extravagante y, al tiempo, formalista, donde prodigios y maravillas coexistieron con aspectos más o menos desarrollados de cientifismo racional. Esto dejó su huella en todas las artes: vemos desarrollarse ahora como nunca técnicas de ocultación, simulación y ficción espacial, o propuestas de abigarrada combinatoria en la pintura, arquitectura, jardinería... También en el teatro —ahora nacen el teatro moderno y la ópera— van a desarrollarse rasgos y procedimientos de equívoco con lo real sin parangón hasta el siglo XX, y en música y literatura veremos crecer —en unos casos— o nacer —en otros— géneros y técnicas insólitos por su artificiosidad.

«Laberinto —escribe Díaz Rengifo en su *Arte poética española* [Salamanca, 1592; revis. Barcelona, 1759]— es nombre griego, que significa una casa, o cárcel, con tantas calles y bueltas que entrando uno en él se pierde y no acierta con la puerta (...). Llámase también laberinto —continúa— cierto género de coplas o de dicciones que se pueden leer de muchas maneras, y por cualquiera parte que uno eche, siempre halla passo para la copla (...). Unos

laberintos se hacen en figura redonda, otros en cuadrada, otros pintando un ave, o un árbol, o una fuente, o una cruz, o una estrella, o otras figuras de esta manera o semejanza de cualquier variedad de poesías acrósticas o pentacrósticas...». En música, quizá por su naturaleza más especulativa y abstracta, se venían empleando con asiduidad, desde la consolidación en el siglo XIV de la polifonía —el «ars nova»—, estructuras repetidas, espejos, retrogradaciones, acrósticos —«soggetto cavato» se llamó más tarde, en el siglo XVI, a aquellos temas o células musicales dentro de una obra, formados por las notas correspondientes a las letras de un nombre o una frase determinada— y otros procedimientos comparables a los de la literatura; incluso enigmas —los «cánones enigmáticos», por ejemplo, cuya forma de ejecutarse ha de ser deducida por el intérprete descifrando un lema o un acertijo—, laberintos, caligramas con figuras de todo tipo o estructuras y combinaciones cabalísticas de notas o intervalos con un fuerte significado simbólico.

Por proximidad, por la cantidad de documentos y ejemplos que han llegado hasta nosotros, conocemos mejor esta última edad de oro de los laberintos. El libro de Santarcangeli, ahora traducido, tuvo la virtud de mostrarnos la riqueza y complejidad de los períodos precedentes, y de estudiar el fenómeno en su conjunto, primando sobre planteamientos historicistas la reflexión global y el análisis del arquetipo en toda su complejidad. «Para hablar del laberinto con pleno conocimiento de todos los aspectos que el mismo puede adoptar —escribe—, el estudioso que se aventure en la materia necesitaría ser etnólogo, arqueólogo e historiador de las religiones, estar versado en los estudios de Prehistoria y también en todas las etapas de la evolución de las costumbres europeas, familiarizado con la «psicología de lo profundo» y con la psicotécnica, ser arquitecto y jardinero, y muchas cosas más; y, sobre todo, poeta».

Un poco de todo esto tiene y ofrece *El libro de los laberintos*. La primera parte del libro, tras una introducción sobre el mito, se

centra en la definición de laberinto, formas y tipos, sistemas de cifrado y descifrado de los recorridos, etimología de la palabra y en los nombres que se han dado en distintas culturas y lenguas a los trazados laberínticos; nos acerca a Egipto, Creta y Grecia, luego a la Prehistoria (rocas grabadas y grabados rupestres, con especial detenimiento en Val Canonica) y a algunos ejemplos populares recientes, para terminar repasando desde un punto de vista etnológico diversas tradiciones, mitos y obsesiones, con ejemplos repartidos por todo el planeta. Después de todo esto, ¿qué es exactamente y qué no es un laberinto?, se preguntará el lector..., y el propio Santarcangeli reconoce no tener una respuesta clara, no saber cómo resolver la aparente contradicción entre esa forma de laberinto «que no es más que un recorrido muy largo, sin posibilidad de pérdida» y esa otra, casi opuesta, «con un recorrido lleno de ambages en los que la pérdida es irremediable si no se cuenta con el auxilio de un dios o de una doncella solar».

En la segunda parte, vuelve sobre el mito del laberinto o, mejor, sobre el «compuesto mítico» que lo circunda, repasa los significados posibles de sus partes y se detiene en la relación entre laberinto y danza, a la que da importancia, pero sin llegar al extremo de pensar, como en su día propuso Kerényi [*Labyrinth-Studien*, Zürich, 1950], que toda investigación relativa al laberinto debiera em-

pezar por ella. Las relaciones entre construcción laberíntica, danza laberíntica y culto laberíntico de la muerte y la fertilidad, cierran esta segunda parte, para dar paso a una tercera más histórica, con numerosos ejemplos de las tres grandes épocas de florecimiento —la Antigüedad greco-latina, la Baja Edad Media, del Manierismo al Rococó—, y al final, un repaso a cómo ha sido sentido, interpretado, aplicado y reelaborado el laberinto en los siglos XIX y XX: en iglesias y jardines, en juegos de niños, experimentos y tests psicológicos, circuitos eléctricos, en la pintura y, menos frecuentemente, en la arquitectura.

«En el símbolo del laberinto se manifiesta la manera en que, en las distintas épocas históricas, el hombre se ha representado a sí mismo su propio destino», anota Santarcangeli en la conclusión. En el prólogo a la segunda edición italiana [Florence, 1984], Umberto Eco llamaba la atención sobre el hecho de que este libro es además, por su estructura narrativa y argumental, una ilustración de aquello que trata, con sus «senderos mitológicos, pasadizos filológicos, galerías antropológicas y pendientes poéticas». Su estructura es errática, en efecto, como un recorrido laberíntico: frecuentemente, tras adentrarse en un aspecto concreto, vuelve Santarcangeli al punto de partida para tomar otra ruta, pero poco a poco, de esta forma, explora y nos ayuda a entrever toda la topografía que un tema tan complejo encierra. []

RESUMEN

Metáfora de lo imprevisible del mundo, para algunos; secreto y misterio, para otros, la idea del laberinto está presente en casi todas las edades y culturas de la humanidad, pero podemos hablar de un especial florecimiento en momentos determinados. La Europa de los siglos XVI al XVIII es la que nos ha de-

jado más testimonios, y más complejos, hasta el punto de que un tratadista del siglo XVII, Nieremberg, llegó a comparar el mundo con un inmenso laberinto poético. Así lo recoge Alfredo Aracil, quien comenta un ensayo de Paolo Santarcangeli sobre el laberinto como mito y símbolo.

Paolo Santarcangeli

El libro de los laberintos

Siruela, Madrid, 1997. 350 páginas. 5.600 pesetas. ISBN: 84-7844-370-3.

La memoria y la esperanza

Por Ignacio Sotelo

Ignacio Sotelo (Madrid, 1936) es licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Filosofía por la de Colonia. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran *Sociología de América latina*, *Del leninismo al estalinismo* y *El socialismo democrático*.

El 30 de mayo de 1954 Pedro Laín Entralgo leía un hermoso discurso de ingreso en la Real Academia Española que lleva por título el que he dado a este comentario al libro de Reyes Mate, *Memoria de Occidente*. «Cierta añeja lectura de San Juan de la Cruz me había hecho advertir, con intelectual sorpresa, la esencial conexión entre la memoria y la esperanza dentro del pensamiento y de la experiencia espiritual del místico castellano»⁽¹⁾. La «esencial conexión entre la memoria y la esperanza», no sólo es una constante definitoria del pensamiento español, como Laín pone de manifiesto, sino que cuadra también a la perfección en el pensamiento judío, al moverse dentro de estas coordenadas, la memoria del pasado, la «razón anamnética» —para utilizar con Mate el concepto que ha introducido su maestro J. B. Metz— y la esperanza mesiánica. El empeño central del libro que comentamos es señalar las perspectivas que abre el pensamiento judío, al poner en conexión la memoria con la esperanza, como punto de arranque para una posible superación de la actual crisis de la razón ilustrada.

Lástima que el autor deje de lado la llamativa relación existente entre el pensamiento español y el judío, que se percibe, precisamente, en la conexión en ambos de la memoria con la esperanza, pero también en una misma primacía de la razón práctica, de los problemas ético-jurídicos, sobre la razón teórica, especulativa o científica. En todo caso, esta coincidencia muestra que el interés de Reyes Mate por el pensamiento judío, lejos de expulsarlo al desván en el que se encierra a los que se ocupan de temas raros o eruditos, le incorpora de lleno a la corriente dominante de la tradición hispánica.

Punto de arranque es la crisis de la razón ilustrada. Reyes Mate, siguiendo las pautas que ha marcado Max Weber, con concisión y precisión admirables, expone en tres tiempos —muerte de la razón universal, fin de la historia y ocaso de la filosofía— los elementos de esta crisis.

Reconstruye así el arreglo de cuentas que hizo Weber con Hegel. Justamente, la sociología, como ciencia autónoma que se centra en explicar la modernidad, surge cuando logra romper con la filosofía de la historia. Pero, a Mate, no le interesa el Weber sociólogo que ha propuesto una de las teorías más fértiles de la modernización, sino el Weber filósofo —el más grande de su tiempo, de creer a Karl Jaspers⁽²⁾— y es, desde este punto de vista filosófico, desde el que no parece satisfactoria la superación del hegelianismo que ha llevado a cabo Weber. No en vano, al reducir la razón a una mera relación de medio a fin y suprimir el amparo racional al mundo de los fines, termina por tirar al niño con el agua de la bañera. Porque de lo que se trata, piensa el filósofo por boca de Reyes Mate, es de superar el hegelianismo, sin por ello acabar con la filosofía. Con todo, hay que reconocer a Weber el que, al negar la racionalidad de los fines, de modo que ya no cabe reducirlos a uno solo, deje sin sustento un monoteísmo opresor. Y como, además, los concibe apoyados exclusivamente en lo más íntimo de cada persona, sin fundamentación objetiva posible, da paso a un politeísmo que supone, por lo pronto, abrir un espacio para la libertad. La negación de la razón universal, por una



ALVARO SÁNCHEZ

parte, y la subjetivización de los valores, por otra, configuran ya los rasgos generales de lo que luego acabará siendo el pensamiento postmoderno.

Al hacerse cargo de la crisis de la razón ilustrada que habría alcanzado su cenit en Hegel, Reyes Mate es muy consciente de la gravedad de la situación, pero de ningún modo está dispuesto a asumirla como insuperable, lanzándose en brazos de un pensamiento postmoderno que al final se diluye en el mito, en la multiplicación de los mitos, en el «polimitismo», para emplear el neologismo horrible que acoge Mate. El autor está convencido de que la tarea de la filosofía en el momento actual consiste en el enorme esfuerzo que es preciso hacer para abandonar el refugio hegeliano, en sus últimas formas marxistas o marxizantes que hasta ayer fueron dominantes en la izquierda, sin por ello conformarse con disolver la filosofía, una vez convertida en narración mítica, en el pensamiento postmoderno.

Ahora bien, superar la crisis en que ha desembocado el idealismo en su última forma hegeliana es, por así decir, el programa de la filosofía desde que en el siglo pasado empezaron a hacer agua las filosofías posthegelianas de adhesión o de condena, de izquierda o de derecha, desde el último Schelling a Schopenhauer, de Kierkegaard a Nietzsche. Entre las muchas y muy diferentes pistas que pudieran seguirse en esta larga peregrinación por salvar a la filosofía del naufragio de la razón ilustrada, Reyes Mate se ocupa de una que, no siendo la más conocida, no es, sin embargo, la menos significativa: el pensamiento judío que resulta de enfrentarse a la «cuestión judía».

La «cuestión judía» tiene muy distintas formulaciones, según los aspectos, religiosos, políticos o sociales, que pongamos en un primer plano, pero Reyes Mate la refiere a la surgida en la Ilustración al reprochar al judaísmo que no encajase en la nueva razón ilustrada. El judío tendría así que renunciar a ser judío para llegar a ser moderno; lo que en términos sociales significa que para poder ser aceptado sería preciso la asimilación plena, incluyendo el bautismo. Tener que elegir entre la razón ilustrada y el judaísmo comportaba un dilema obviamente inaceptable para los judíos, por asimilados que estuvieran. Reyes Mate analiza una primera fase de la «cuestión judía» en la controversia entre dos amigos, un cristiano ilustrado, Gotthold Lessing, que niega que se pueda ser ilustrado y judío a la vez, y un ilustrado judío, Moses Mendelssohn, que cree compatible la autonomía de la razón y su pertenencia al judaísmo. Y ello porque distingue aquellas verdades «recomendadas al conocimiento racional, de forma adecuada a la naturaleza y evidencia de la verdad eterna»,⁽³⁾ de las meras verdades históricas que nos informan sobre las tradiciones y usos de los antepasados, y dentro de estas segundas, habría que colocar a la religión. La revelación judía, argumenta Mendelssohn, no alberga contenidos dogmáticos que puedan estar en contradicción con la razón ilustrada, sino que consiste tan sólo en normas y usos, es decir, en las leyes que Dios ha dado a su pueblo. De ahí que el judío, en cuanto esté dispuesto a soportar esas dos cargas —someterse a los usos y leyes del país en el que viva y perseverar en la fidelidad a las leyes de su pueblo— no tenga problema alguno con la razón ilustrada. Este desprenderse de la historia, por la radical afir-

mación de la propia, únicamente podría interpretarse como automarginación, si no se cae en la cuenta de que la llamada historia universal, desde la perspectiva judía, no es más que la de los otros. Sólo desde esta desmesura cristiana, hay que entender el que a los judíos «se les brinde un lugar en la historia al precio de olvidar su pasado» (pág. 107). En realidad, el que la historia judía quede al margen atestigua tan sólo la falsa universalidad de la historia que se ha inventado el cristianismo. En consecuencia, lo que a Mate le importa poner de relieve es «que la marginación moderna del judío no es un asunto marginal a la Modernidad sino una clave interpretativa que pone sobre la mesa los límites de la universalidad ilustrada» (pág. 112). Pero, de ello serán conscientes algunos pensadores judíos después de la catástrofe que para la universalidad de la razón cristiana y europea significó la primera guerra mundial.

Permitaseme una glosa al margen. Las dificultades que soportó el judaísmo con la razón ilustrada fueron de mucho menor envergadura —acabamos de ver la astuta concordia que ofrece Mendelssohn entre razón ilustrada y judaísmo— que las que tuvo que vencer la religión cristiana. Y ello, pese a que la filosofía del idealismo alemán, sobre todo en sus dos figuras cimeras, Kant y Hegel, a diferencia de la ilustración británica y francesa, hubiesen colocado como objetivo principal reconciliar, cada uno a su modo, religión y razón. El hecho es que el catolicismo, enemigo declarado de la razón ilustrada, no ha logrado la paz con la modernidad ilustrada hasta el Concilio Vaticano Segundo⁽⁴⁾ y, aunque las iglesias evangélicas supieron convivir mejor con la modernidad —no en balde surgen como su primera manifestación—, Karl Barth considera el gran fracaso histórico del cristianismo el haber tardado tanto en asumir la modernidad que comporta la razón ilustrada.⁽⁵⁾

La primera guerra mundial supone el fin de la era histórica que caracteriza el predominio de la razón ilustrada, la concepción lineal de la historia, entendida como progreso indefinido, y el culto al Estado nacional. Efectivamente, 1914-1918 ha supuesto una ruptura de enormes consecuencias en todos los ámbitos, desde los culturales —en la filosofía y la ciencia, en el arte y la literatura— a los económicos y políticos, al haberse producido el fin de la supremacía europea. Pues bien, el libro de Reyes Mate se centra en exponer algunos aspectos de esta revolución filosófica en el pensamiento judío-alemán de la primera posguerra.

El tratamiento más extenso y elaborado lo dedica a Franz Rosenzweig (1886-1929), el pensador judío, al decir de Gershom Scholem, más importante del siglo XX que, como Mate pone de manifiesto en el libro que comentamos, aporta una buena cantidad de elementos innovadores que facilitarían la tarea todavía por cumplir de superar la crisis de la razón ilustrada. El libro incluye a manera de apéndices, unas páginas que se ocupan de Walter Benjamin (1892-1940), al que Reyes Mate ya había dedicado considerable atención en un libro anterior.⁽⁶⁾ A diferencia de Rosenzweig, que se repliega a la religión de sus antepasados, abandonando la filosofía por la teología —es muy significativa su renuncia a hacer la habilitación con Meinecke en Berlín, eliminando con ello la posibilidad de realizar una carrera académica— Benjamin, que proviene también de la alta burguesía judía y que tampoco logra una posición profesional segura, a partir de 1926 desde un marxismo «sui generis» engarza la esperanza mesiánica con la revolucionaria. El segundo apéndice, retrocediendo dos generaciones, se consagra a Hermann Cohen (1848-1918) que, por per-



Viene de la página anterior



tenecer por completo a la época del Imperio, no vivió la catarsis que en la juventud europea supuso la guerra del 14, el neokantiano de la escuela de Marburg, maestro académico de Rosenzweig y de Ortega, a los que curiosamente aporta el mismo convencimiento de que «el tema de nuestro tiempo» es superar el idealismo, hegeliano, en el primero y, kantiano, en el segundo. Mate acude al final de su libro a Cohen para ejemplificar en su ética de la compasión la dimensión ético-jurídica del pensamiento judío.

En Franz Rosenzweig el autor centra un libro que embarga la alegría de haberse topado con un pensador original que le ofrece propuestas útiles a la hora de replantear la superación del idealismo racionalista que habría constituido la filosofía «desde Jonia hasta Jena»,⁽⁷⁾ para emplear la expresión tan citada del mismo Rosenzweig. Se trata de un ex hegeliano, autor de un espléndido libro, *Hegel y el Estado*, que fue su tesis doctoral en 1912, pero que cuando la publica muy reelaborada en 1920, ya había roto con el genio que tanto había admirado en su juventud, hasta el punto de que después de una dramática discusión el 7 de julio 1913 con su amigo Eugen Rosenstock,⁽⁸⁾ llevado por su fervor hegeliano, casi se convierte al cristianismo convencido de que era la religión vencedora. Precisamente su única gran obra, *La estrella de la redención*—Rosenzweig muere a los 42 años de una esclerosis lateral amiotrófica que convirtió sus últimos años, víctima de una parálisis progresiva, en una lucha titánica por la expresión—contiene la crítica más acerada y concluyente del idealismo hegeliano. Mate resalta el que haya puesto de manifiesto en esta obra que la racionalidad occidental responde a una concepción idealista de filosofía que deja fuera todo lo que no cabe en el concepto, es decir, lo contingente, lo concreto, lo diferente, es decir, lo realmente existente. El gran mérito de Rosenzweig consistiría en haber logrado superar el idealismo de la totalidad, y retrotraernos a la pluralidad de lo real, y tamaño hazaña se debe a haber tomado en serio la experiencia de la muerte que, como no se anula en el concepto, nos devuelve al hombre concreto que la teme, sin dejarse embaucar por las falsas filosofías que la niegan.

«El idealismo, en efecto, está en la base del monismo de la querencia a ver el mundo, no como Pluralidad, sino como Totalidad» (pág. 130). Querencia monista que Rosenzweig hace patente en el afán de la filosofía occidental de acercarse a la realidad «sub specie cognitionis», desde la cognoscibilidad del mundo («die Denkbarkeit der Welt»). Las leyes del pensar se imponen sobre las leyes de la realidad, desfigurándola, ocultándola y, al final, falsificándola. Con Rosenzweig surge un nuevo pensamiento que no se agota en el concepto, sino que trata de barruntar aquello que está más allá del pensar, es decir, lo contingente. La revolución que Rosenzweig hace de la metafísica tradicional se expresa en una idea de Dios más allá—en griego se dice con la proposición «metá»—de su naturaleza, metafísica; del mundo, más allá de la lógica, meta-lógico; del hombre, más allá de su «ethos», meta-ético. Lo decisivo, una vez que se ha superado la identidad idealista del ser y pensar, subraya Mate es que «el pensar remite a una patria, a un origen que no siempre puede justificarse, pero del que tiene «memoria». La mejor contribución del pensar al ser reside en la fidelidad a ese origen, en el recuerdo de la patria» (pág. 135). El error de la modernidad ha consistido «en centrar el debate en torno a la secularización del pensamiento, cuando lo que está en juego es la realidad del pensamiento» (pág. 141) que está, aguantándole, más allá del pensamiento. A esas realidades arcaicas que están más allá en el fondo del recuerdo, las llama Rosenzweig «paganas», de manera bastante arbitraria, ya que esta de-



ALVARO SÁNCHEZ

nominación no hace referencia a una realidad histórica, sino ontológica. En el paganismo, es decir antes de que interfiera el idealismo racionalista, Dios es un ser «mítico», el hombre uno «trágico» y el mundo uno «plástico». Y a partir de estas realidades originarias, el idealismo racionalista ha convertido a Dios en el «Dios de los filósofos», al hombre en un «místico solitario» y al mundo en el «mundo de la ciencia». Como se ve, la superación del idealismo posibilita a Rosenzweig volver a plantear las tres cuestiones tradicionales de la vieja metafísica, Dios, el hombre y el mundo, pero en un marco y con contenidos muy distintos. Esta metafísica nueva, que apenas hemos esbozado en sus rasgos más generales siguiendo a Mate, importa por las consecuencias que conlleva para replantear la cuestión del tiempo: una nueva concepción de la temporalidad que, no sólo se anticipa a Heidegger, sino que posibilita una nueva comprensión de la historia, al poner de manifiesto lo que puede tener de creador aquello que se presenta como su reverso—la historia de los perdedores, en vez de la de los vencedores—que culmina en una crítica del nacionalismo cristiano.

Lo que menos me satisface del libro es el subtítulo: *Actualidad de pensadores judíos olvidados*. En primer lugar, ninguno de los autores estudiados, Mendelssohn, Rosenzweig, Benjamin, Cohen, pueden considerarse olvidados, en el sentido de haber sido conocidos en su tiempo y luego ignorados, sino que, al contrario, todos gozan hoy de mucha más fama de la que tuvieron en vida, sobre todo en el caso de la figura principal del libro, Franz Rosenzweig, cuya obra mientras vivió no había trascendido al estrecho círculo de amigos judíos interesados en la reflexión religiosa, pero que no ha hecho más que crecer después del holocausto, sobre todo a partir de 1976, año en que comienzan a publicarse las obras completas. Ciertamente en Alemania poco ha penetrado hasta ahora en el mundo académico de la filosofía, pero en Estados Unidos ejerce una enorme influencia en los círculos teológicos no sólo judíos, aunque su repercusión en el campo de la filosofía siga siendo escasa, con la excepción de un pensador tan próximo, como el francés E. Lévinas, que comparte una misma preocupación por la religiosidad judía. La influencia de Walter Benjamin, impulsado por la ascensión de un

marxismo crítico, fue creciente en los seminarios de filosofía durante los sesenta, hasta el punto que uno pensaría que, lejos de estar olvidado, se ha exagerado no poco el valor filosófico de su obra.

Pero no menos impreciso es el concepto de «pensadores judíos». Por un lado, no está nada claro lo que se ha de entender en este contexto por judío: si es haber nacido de una familia judía más o menos asimilada, el pensamiento contemporáneo, Marx, Freud, Einstein, sería judío. Y no es escasa la literatura que ha tratado de evidenciar muchos de los elementos constitutivos del pensamiento contemporáneo en el judaísmo. El que la perspectiva revolucionaria que abre Marx tenga su origen en el mesianismo judío, como tantas veces se ha señalado, muestra tan sólo que la religión judía, madre de la cristiana, es un componente básico de la cultura occidental, hasta tal punto que en muchos casos resulta imposible

distinguir nítidamente entre lo judío y lo europeo y occidental. Si, en cambio, en sentido restringido, por pensamiento judío ha de entenderse aquel que surge de la fe judía, como hablamos de pensadores católicos de aquellos que profesan el catolicismo, entonces uno no sabe lo que hace Benjamin entre los «pensadores judíos olvidados», y no Adorno, Horkheimer, Bloch, Marcuse, y la lista podría prolongarse a voluntad.

Tampoco queda demasiado claro en qué se diferencian, si es que se diferencian, los pensadores de los filósofos. La impresión es que la primera denominación, más genérica, incluye a teólogos como Rosenzweig, o a los críticos de la literatura, como Benjamin. Sólo Cohen es filósofo en sentido estricto, aunque en sus últimos años, que es cuando influye en Rosenzweig, muy preocupado por el judaísmo. Llama la atención que Reyes Mate no sólo no alude al contenido religioso-teológico en el pensamiento de Rosenzweig—los seis términos que organizan su libro, tres elementos básicos, «Dios», «hombre» y «mundo», con los que levanta las tres categorías de «creación», «revelación» y «redención», no dejan espacio para la duda—, sino que hasta parece que lo oculta. Ello podría interpretarse como que las fronteras entre filosofía y teología hubieran perdido toda significación y ya sólo importase la calidad del pensamiento y el fruto que pudiera sacarse de él, o bien que revelar el fondo religioso y teológico del pensamiento judío que maneja lo haría harto sospechoso en el mundo filosófico, sobre todo en el español. Porque una de las cosas que más sorprende en el panorama cultural español es el «ghetto» en el que se mantiene encerrada a la teología—pese a que desde hace

siglos no había vuelto a alcanzar en España un nivel tan digno—sin que, fuera del ámbito estrictamente teológico, se la tome lo más mínimo en consideración, a no ser que sirva para arremeter contra la jerarquía eclesiástica, pero, como ésta cuenta cada vez con menos poder, también despierta menos interés el criticarla. Pienso, en todo caso, que hacerse cargo del aporte filosófico de Rosenzweig hubiera debido haber estado precedido de una reflexión sobre las relaciones actuales entre teología y filosofía.

Memoria de Occidente continúa la temática de la obra anterior de Reyes Mate: el sentido del reverso de la historia desde la perspectiva de las víctimas. El mensaje principal de Rosenzweig, pensar desde la experiencia, con tiempo, desde el otro, sin desprenderse de la memoria, por pesada que sea—lo fácil y peligroso es olvidar—es el que Reyes Mate pretende dar a conocer en el ámbito filosófico del español. «Para la ciencia, el pasado de los vencidos es asunto cerrado. Pero no para la memoria: ésta puede reconocer derechos pendientes, por más que el deudor no pueda pagar» (pág. 283). Al finalizar el libro, en una nota a pie de página, Reyes Mate hace una brevísima alusión a la memoria de los vencidos en nuestra guerra civil. Pues bien, recuperar esta memoria me parece la tarea más urgente del pensamiento español. La obra filosófica de Mate recoge y elabora los materiales indispensables para llevarla a cabo. □

- (1) Pedro Laín Entralgo, *La memoria y la esperanza*. San Agustín, San Juan de la Cruz, Antonio Machado, Miguel de Unamuno, Real Academia Española, Madrid 1954, pág. 20.
- (2) K. Jaspers, *Max Weber. Eine Gedenkrede*, Tübingen, 1921. También en: *Aneignung und Polemik. Gesammelte Reden und Aufsätze zur Geschichte der Philosophie*, München, 1968, págs. 409 y siguientes.
- (3) M. Mendelssohn, *Jerusalén*, Anthropos, Barcelona, 1991, pág. 245. Cita en Reyes Mate, pág. 94.
- (4) José Antonio Gimbernat recuerda las dificultades enormes que ha tenido que superar la Iglesia Católica para aceptar los derechos humanos de la Revolución francesa, uno de los núcleos centrales de la racionalidad ilustrada y base hoy comúnmente aceptada de convivencia. José Antonio Gimbernat, *Los Derechos Humanos. A los cincuenta años de la Declaración de 1948*, Cuadernos FyS, Sal Terrae, Santander, 1998, págs. 13-18.
- (5) Para estas dificultades véase el libro de Hermann Lübbe, *Religion nach der Aufklärung*, Darmstadt, 1986.
- (6) Reyes Mate, *La razón de los vencidos*, Anthropos, Barcelona, 1991. El último capítulo de este libro, «La historia de los vencidos», es el antecedente inmediato del que comentamos. Para el tratamiento de Walter Benjamin en *La memoria de Occidente* es imprescindible cotejarlo con lo escrito en el libro anterior, págs. 204 y siguientes.
- (7) Franz Rosenzweig, *Der Mensch und sein Werk*, Gesammelten Schriften, vol. 2, *Der Stern der Erlösung*, La Haya, 1976, pág. 13.
- (8) Se trata del conocido filósofo Eugen Rosenstock-Huessy, como firmó al unir el nombre de su mujer al suyo después de su emigración en 1933 a Estados Unidos. Stéphane Mosès considera la correspondencia que mantuvieron Franz Rosenzweig y Eugen Rosenstock, judío convertido al cristianismo, entre mayo y diciembre de 1916, encontrándose ambos en el frente, uno de los momentos culminantes del diálogo judeo-cristiano del siglo XX. Stéphane Mosès, *L'ange de l'histoire*, Seuil, París, 1992, pág. 35. Véase, Franz Rosenzweig und Eugen Rosenstock. Ein jüdisch-christlicher Dialog—und die Folgen von Auschwitz. En: Woldietrich Schmied-Kowarzik, *Franz Rosenzweig, existentielles Denken und gelebte Bewährung*, Friburgo—München, 1991, págs. 121-173.

RESUMEN

A juicio de Ignacio Sotelo, entre las muchas y diferentes pistas que pudieran seguirse en la larga peregrinación para salvar la filosofía del naufragio de la razón ilustrada Reyes Mate se ocupa en el libro comentado de una de esas pistas que, no siendo la más conocida,

no es, sin embargo, la menos significativa: el pensamiento judío que resulta de enfrentarse a la «cuestión judía». Para Sotelo, la conexión entre memoria y esperanza es una constante definitoria de dicho pensamiento judío, curiosamente, del español también.

Reyes Mate

Memoria de Occidente. Actualidad de pensadores judíos olvidados

Anthropos Ed., Barcelona, 1997. 287 páginas. 2.970 pesetas. ISBN: 84-7658-516-0.

Todavía hay una revolución en marcha

Por Enrique Cerdá Olmedo

Enrique Cerdá Olmedo (Guadix, Granada, 1942) es catedrático de Genética de la Universidad de Sevilla. Se formó como doctor ingeniero agrónomo y biólogo en Madrid, se doctoró en Stanford (California) y ha sido investigador en Pasadena (California), Göttinga (Alemania) y otros lugares. Iniciador de la enseñanza y la investigación genética en Sevilla, se ha ocupado principalmente de la reparación y la mutación de la información genética, de la conducta y del desarrollo de los microorganismos y de la producción microbiana de terpenoides de interés industrial. Recibió el Premio de Investigación Rey Jaime I 1995. Ha sido el principal autor del libro *Phycomyces y de numerosas monografías especializadas. Para un público más amplio ha escrito Nuestros genes.*

No creo que las plantas sean absolutamente indispensables para la supervivencia de la humanidad. En un mundo en el que hubiera desaparecido la vegetación terrestre nuestra especie podría vivir, como ya lo han hecho algunos pueblos árticos, de peces alimentados por el plancton marino. A veces parece que esta sea la utopía deseada por quienes ven en un bosque un estímulo para talar y en un prado un estímulo para asfaltar. Mucho más fácil es vivir exclusivamente de las plantas, como demuestran a diario los vegetarianos más estrictos, ante el asombro de muchos especialistas en nutrición. La gran mayoría no hacemos ni una cosa ni otra, pero los alimentos vegetales aportan directamente el 80% de nuestra energía y el 90% de nuestras proteínas, sin contar las plantas que dedicamos a alimentar ganado. La explosión de la población humana es también la de las plantas que nos alimentan, porque el número de seres humanos es aproximadamente proporcional a los alimentos vegetales disponibles.

El aumento del suministro de alimentos se debe en buena parte a innovaciones culturales, como el desarrollo de técnicas agrícolas e industriales y las modificaciones de

la estructura social, pero se debe mucho más a los cambios introducidos por el hombre en la información genética de las plantas. Éste es el tema de un libro del profesor García Olmedo escrito desde dentro hacia fuera. Desde dentro, porque el autor es uno de los mejores especialistas europeos en la mejora genética de las plantas y muy especialmente de los cereales. Hacia fuera, porque sabe llevar a lectores no especializados un tema esencialmente científico rodeado de un complejo mosaico cultural que abarca desde la etnología a la historia y a la literatura.

El título se queda corto, porque el libro no se limita a una revolución verde, sino a las tres que el mismo título implica. Abarca, por tanto, desde la introducción de la agricultura en el neolítico hasta la más reciente ingeniería genética. El subtítulo y la foto de la portada aluden a una técnica que permite hacer luminosas las partes de una planta, o de cualquier ser vivo, donde se lean y se expresen las informaciones genéticas que nos interesa estudiar. Se señala así que los protagonistas del libro son las plantas modificadas genéticamente.

La agricultura

La primera revolución verde, la introducción de la agricultura, es atribuida por casi todas las culturas a un regalo de los dioses que nos liberó de los azarces de la vida silvestre y nos aseguró el suministro de alimentos. Por el contrario, para la tradición judeocristiana los recolectores (sólo dos y por poco tiempo) vivían en el paraíso terrenal y la agricultura fue un castigo: «comerás el pan con el sudor de tu frente». El autor se inclina por una visión idílica de las sociedades preagrícolas. A juzgar por las que han durado hasta nuestros días en África, América y Australia, vivían cada una de los productos de cientos de especies vegetales distintas, complementados, minoritariamente en la mayoría de los casos, por la caza o la pesca. Deberíamos envidiar su «jornada laboral» de sólo unas quince horas semanales, su relativa igualdad social, su carencia de obesidad, caries y exceso de co-

lesterol, y su dominio de numerosas técnicas, desde el fuego al riego por inundación y a varias artesanías.

Somos ahora fundamentalmente una especie granívora. Las cosechas de los cuatro principales cereales (trigo, maíz, arroz y cebada) bastarían para cubrir todas las necesidades humanas de energía, proteínas, fibra y varias vitaminas; aportan, por ejemplo, unas tres mil kilocalorías por persona y día. La mayoría acaban directamente en nuestros estómagos, pero perdemos la mayor parte de las que dedicamos a criar ganado o a fabricar sake o cerveza. Las demás cosechas son relativamente poco importantes; así las veinticinco cosechas principales, una vez excluidos los cereales ya citados, aportan poco más de mil calorías por persona y día al conjunto de la humanidad. La agricultura ha significado una fuerte concentración en el uso de unas pocas especies vegetales.

Hay buenas razones para pensar que el trigo fue domesticado en lo que ahora es el Kurdistán turco hace más de diez mil años. Un hecho crucial en su domesticación, como en la de otros cereales, fue la selección de plantas que habían sufrido un sólo cambio genético, una mutación que ocurre raramente en la naturaleza. El eje de las espigas de las gramíneas naturales es quebradizo, lo que facilita la dispersión de las semillas conforme van madurando. El de las cultivadas es resistente, lo que permite cosechar de una vez, pero hace sudar a los trilladores para separar el grano de la paja. En la misma región se seleccionaron sucesivamente otros cambios genéticos raros, por ejemplo, los anfiploides que reúnen en una misma planta genes del trigo y de otras gramíneas.

Desde el Oriente medio la agricultura inundó Europa avanzando a una velocidad media de alrededor de un kilómetro cada año. Se discute si ocurrió por aprendizaje o por emigración. Las poblaciones locales pudieron aprender de sus vecinos la agricultura y los idiomas indogermánicos asociados a ella y los agricultores pudieron enviar sus excedentes de población a nuevas tierras cultivables, sobre todo a lo largo de las costas mediterrá-

neas. El análisis de las frecuencias génicas en las poblaciones europeas indica que la emigración jugó un papel importante en la difusión de la agricultura.

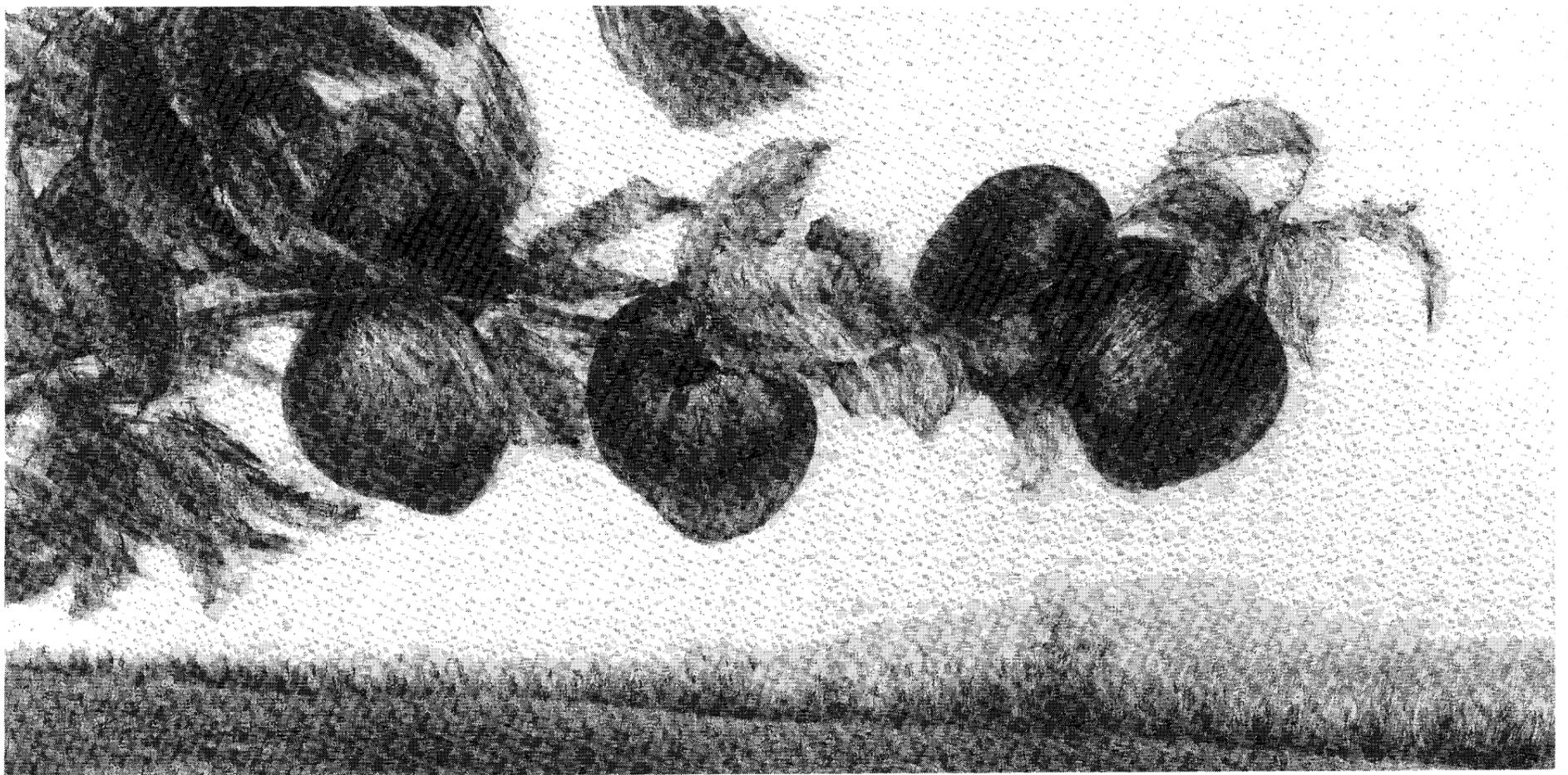
La agricultura se inventó independientemente en varios lugares del mundo y fue domesticando sucesivamente distintas especies. La obtención de nuevas variedades de plantas por selección de variantes naturales poco frecuentes continúa en nuestros días. Por ejemplo, un agricultor brasileño observó a primeros de este siglo que los frutos de una rama de uno de sus naranjos no tenían semillas. Ahora hay en el mundo muchos millones de naranjos obtenidos por multiplicación vegetativa de aquella rama.

La agricultura permitió aumentar la densidad de población, en muchos lugares de menos de un habitante por kilómetro cuadrado a más de cien, y trajo consigo la civilización, en el sentido primigenio de esta palabra, la construcción de ciudades, y sus consecuencias, como la diferenciación social, la expansión del comercio y el desarrollo de la cultura. La primera revolución verde resultó imparable e irreversible.

La genética

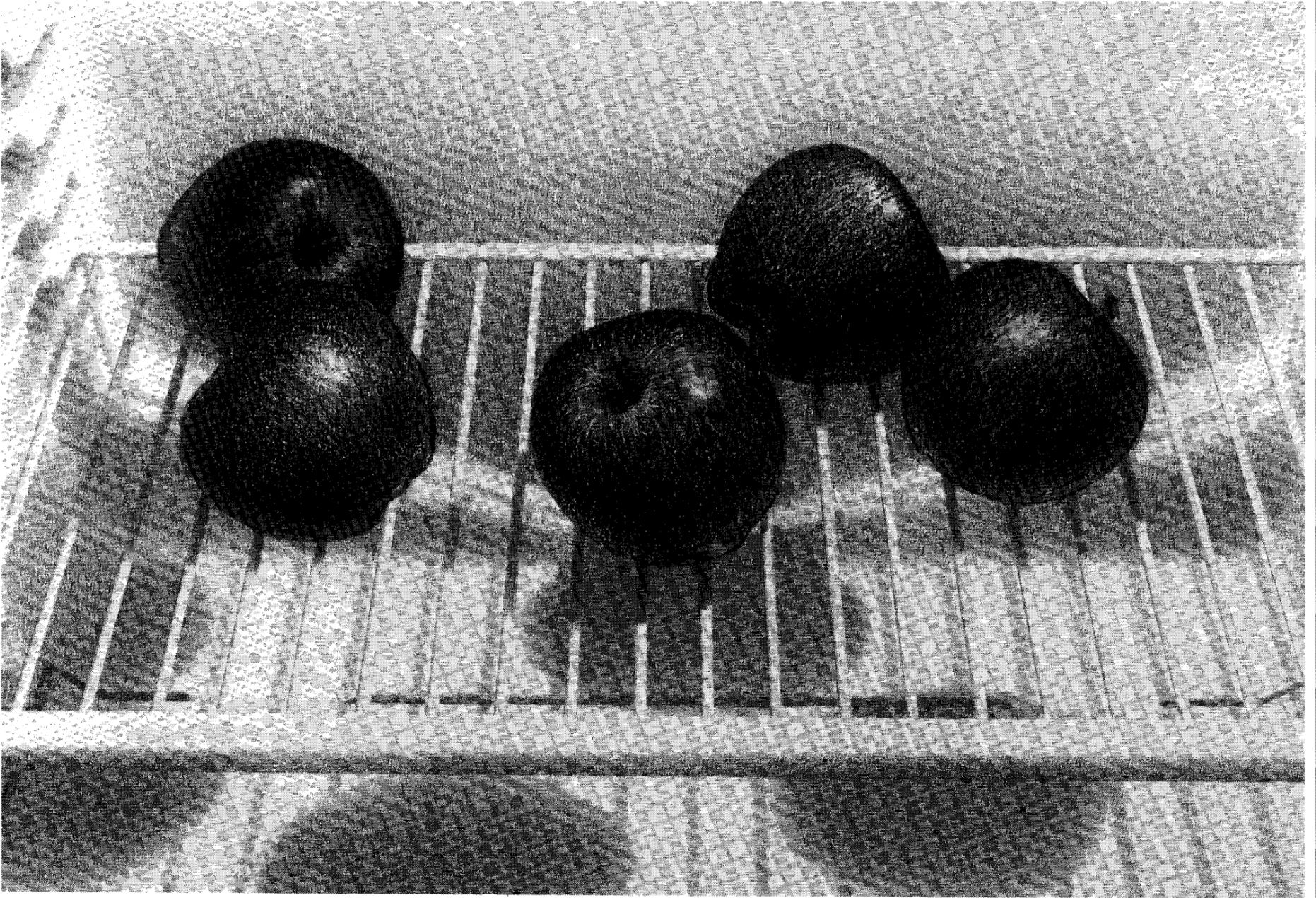
La genética, la parte de la biología que se ocupa de la variación y de la herencia, creció de la mano de los mejoradores de plantas y nos ha dado métodos potentes para buscar nuevas variantes y para crear nuevas combinaciones de genes. Por ejemplo, tenemos métodos para obtener anfiploides que nos permiten reproducir la historia milenaria del trigo en unos pocos años. La aplicación sistemática de los nuevos conocimientos ha dado lugar a una segunda revolución verde en el siglo XX.

El desarrollo de la genética no ha carecido de sobresaltos, como la decisión de Stalin de que la genética no era una ciencia, sino un engaño burgués. Esta decisión costó la vida a los mejores genéticos rusos, como Giorgyi



RODRIGO

Viene de la página anterior



RODRIGO

Dmitrievich Karpechenko, el primero que hizo aneuploides sabiendo lo que hacía. Los revolucionarios rojos se perdieron la revolución verde y ésta es probablemente una de las causas del hundimiento de la Unión Soviética.

La segunda revolución verde ha hecho posible que la producción de alimentos crezca más deprisa que la población en todo el mundo, y sobre todo en India y China, aunque queda la triste excepción del África subsahariana. España ha pasado de insuficiencia alimentaria cuando tenía veinte millones de habitantes a excedentes, reales o potenciales, cuando tiene cuarenta. El principal motor de este progreso es el aumento del rendimiento de las principales cosechas, que en pocos años se ha multiplicado por dos o tres, o incluso más.

Trasiego de genes

La tercera revolución verde se basa en avances alcanzados por la Biología Molecular en el último cuarto de siglo. Las nuevas técnicas permiten cortar, pegar y modificar en el tubo de ensayo moléculas de ADN portadoras de la información genética de cualquier organismo e incluso producir tales moléculas enteramente por síntesis química. Las moléculas obtenidas se pueden introducir y hacer funcionar en casi cualquier organismo, que puede adquirir así nuevas propiedades hereditarias.

Hasta ahora para obtener nuevas combinaciones teníamos que limitarnos a mezclar genes de organismos de la misma especie o, todo lo más, de especies próximas. Además había que usarlos tal y como existen en la naturaleza o con modificaciones aleatorias. Las nuevas técnicas amplían enormemente las perspectivas de la mejora genética de las plantas y de muchos otros organismos. La tercera revolución verde puede utilizar genes de cual-

quier ser vivo, naturales o modificados al gusto, o incluso completamente artificiales.

Estas posibilidades no pueden sino suscitar reservas y miedos difusos, sin duda muy anclados en nuestro bagaje cultural. Leyes como las «miscegenation laws», diseñadas para impedir la combinación de genes de seres humanos de distintas razas o grupos culturales, se justificaron suponiendo que los genes de unos no funcionarían bien con los genes de otros y formarían individuos defectuosos. Esta justificación ha sido rebatida completamente y desde antiguo por los hechos, pero tales leyes se han mantenido hasta hace pocos años en muchos países y se conservan en algunos. Manuel Mújica Lainez en *Bomarzo* toma a un protagonista física y moralmente monstruoso como ejemplo de «los linajes cuyo engruimiento faraónico los hace sentirse un poco divinos y que rondan, con una ilusoria inquietud olímpica, entre religiosa y fatua, alrededor de los sucedáneos del incesto que en realidad consideran como la única forma capaz de perpetuarlos dignamente».

A los fantasmas difusos sólo los espanta el conocimiento racional. Para averiguar si unos genes funcionan bien con otros, cualquiera que sean sus orígenes, se pueden hacer experimentos cuya conveniencia y seguridad sólo se pueden comprender si se consideran los detalles. El autor lo hace con claridad y brillantez. La tercera revolución verde no parece peligrosa. Lo peligroso fue domesticar animales salvajes, como el caballo, o plantas venenosas, como la patata.

Mucho por hacer

El crecimiento de la población y el envenenamiento del ambiente constituyen amenazas globales a corto plazo para las generaciones actuales. Para aumentar la producción vegetal, como exigen el crecimiento de

la población y la mejora de la calidad de vida de la mayoría depauperada de la humanidad, no basta con extender las técnicas actuales, porque quedan pocas reservas explotables de agua y de suelo agrícola. Además la agricultura, como todas las actividades humanas, tiene que disminuir su consumo de energía y de productos químicos, frecuentemente nocivos. El plazo para utilizar energía fósil es un poco mayor, pero cuando se acabe es difícil que pueda obtenerse suficiente energía renovable sin recurrir a los vegetales. Tendremos que reducir drásticamente la población humana, por las buenas o por las malas, a menos que consigamos mejorar la productividad vegetal. El rendimiento medio actual es sólo la quinta parte del máximo observado. La ingeniería genética puede aprovechar ese potencial, disminuyendo las pérdidas por enfermedad y clima adverso, y aun puede desbordarlo, aumentando las partes comestibles de las plantas a expensas de las no comestibles.

El libro presenta en detalle algunas plantas transgénicas, en las que se han implantado genes por las nuevas técnicas. La resistencia a plagas aumenta la producción neta final y evita esparcir por el ambiente compuestos químicos peligrosos. La mejora de la conser-

vación de los productos vegetales disminuye su coste y hace más flexible su distribución. En cuanto al espectro de la uniformidad, señalado tantas veces como una consecuencia ineludible del progreso técnico, no es, en el peor de los casos, más que un efecto pasajero. Hace unos pocos años se clasificaba a los españoles en peatones y seatones, en alusión al «600»; hoy es imposible encontrar dos coches iguales en un estacionamiento. En las películas futuristas de hace unos años todos los personajes llevaban la misma camisa; busquen dos camisas iguales en la próxima aglomeración humana que vean. De la misma manera, la ingeniería genética es una fuente de diversidad. Ya lo fue cuando convirtió a los lobos en perros.

Uno de los resultados esperables de la tercera revolución verde es la limpieza de los desastres que causamos nosotros mismos. Por ejemplo, las plantas que lleven ciertos genes microbianos podrían destoxificar el suelo destruyendo compuestos químicos peligrosos o absorbiendo y concentrando metales pesados. ¡Qué lástima no disponer ya de plantas así para resolver catástrofes como la de Aznalcóllar, que tan en peligro de envenenamiento nos pone a todos!

RESUMEN

La primera revolución verde, recuerda García Olmedo, autor del libro que comenta Enrique Cerdá, domesticó algunas plantas silvestres y creó la agricultura. La segunda, aplicó racionalmente los conocimientos de la genética a la mejora vegetal y ha conseguido que la producción de alimentos crezca más

deprisa que la población. La tercera aprovecha las nuevas posibilidades de la genética molecular. De esta tercera revolución verde, sin olvidar las anteriores, trata este libro que es oportuno y esclarecedor, dada la controversia pública sobre las nuevas plantas transgénicas.

Francisco García Olmedo

La tercera revolución verde. Plantas con luz propia

Debate, Madrid, 1998. 209 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-8306-083-3.

800 películas con imaginación

Por Juan Antonio Bardem

Juan Antonio Bardem (Madrid, 1922) es ingeniero agrónomo, aunque su vida está dedicada al cine; su filmografía contempla una veintena de filmes realizados como guionista y director, entre ellos Muerte de un ciclista, Calle Mayor, El joven Picasso (serie para las televisiones autonómicas españolas) y Resultado final.

Sí, 800 películas con imaginación, realizadas fuera del sistema de Hollywood. Son las películas independientes.

Cae la tarde y hay más que tiempo suficiente para ver una película (o quizá, dos). ¿Echamos un vistazo a los títulos que se anuncian en la publicidad del periódico o a las listas de vídeos buscando un «índice»? Ni hablar. Buscamos un «buen» film (o, al menos, uno entretenido). Un gran reparto, un director inquietante y, claro, hasta el bombo publicitario puede servir para calmar el miedo a lo desconocido que acompaña a cada nueva experiencia cinematográfica. Lo que no debemos hacer es acudir en tropel a una película porque ha sido producida por cualquiera.

Antes de que el «Studio System» se colapsara, los films producidos por MGM, Warner Bros., Fox, RKO, Columbia, Paramount y Universal tenían identidades muy típicas además de una galaxia de «estrellas» bajo contrato con dichos Estudios. Hoy en día las «estrellas» van donde sus contratos particulares las llevan y cada film tiene su propio «look» y no la huella, el marchamo de un Gran Estudio.

Para el objetivo de *Video Hound's Independent Film Guide*, un «independiente» («indie» en la jerga usual anglosajona para designar estos films) viene definido como un film financiado y desarrollado «fuera» del «Studio System», es decir, fuera del conjunto de films producidos por los Grandes Estudios.

Un «indie» una vez terminado por completo, puede alzarse con la distribución de un Gran Estudio: así es como un cuento de hadas puede convertirse en realidad para directores como Robert Rodríguez que hizo en 1993 *El Mariachi* con sólo un presupuesto de 7.000 dólares.

Muchos autores «indie» gastan varios años organizando la financiación de un film que luego rodarán en unas pocas semanas. No buscan obligatoriamente el camino «independiente» porque siempre esperan la llamada de Hollywood. Y, sin embargo, algunos grandes realizadores actuales vienen haciendo films memorables sin tener que pasar por el aro de los Grandes Estudios que, indefectiblemente, convertirían su proyecto en una pulpa banal de «cosas» y acción trepidante.

El muy admirado John Sayles ha estado haciendo joyas «indie» desde 1982 sin ninguna intención de lanzarse al ruedo, a ese ruedo, donde sus cuidados y meditados proyectos entrarían en la devastadora vorágine de muñecas, juguetes, juegos y acción demencial. (Hasta en ese ruedo, los cineastas parecen ilusionados en estimular la percepción de que un «taquillazo» como *Independence Day*, 1996, fue una verdadera ganga producirlo.)

RESUMEN

Juan Antonio Bardem, desde su orilla cinéfila hispana, no sólo envidia la guía norteamericana que comenta: más de 800 películas hechas con imaginación e independencia, sino que, además, reflexiona sobre lo que supone el

Monica Sullivan

Video Hound's Independent Film Guide

Visible Ink Press, Detroit, 1998. 558 páginas. ISBN: 1-57859-018-3.



Andie MacDowell y Hugh Grant en «Cuatro bodas y un funeral».

En el mundo de los «indies» no entraremos a discutir ese tipo de grandes producciones que encandilan a los periodistas del cine y les hacen volar al oeste de las Montañas Rocosas para pasar un fin de semana entre «estrellas» (y OVNIS). Por el contrario, sí vamos a ocuparnos de esas películas financiadas con los ahorros de toda una vida y un par de tarjetas de crédito; guiones estupendos que van a poder filmarse con un equipo técnico formado por la hermana y el cuñado del director.

Como dice en su introducción a esta Guía, Mare Winningham, «bienvenida» sea esta Guía, donde la imaginación y el tesón de los que en ella aparecen censados, es mayor que los 1001 «almuerzos de negocios» que un productor «indie» no hubiese podido pagar jamás para poder realizar su sueño.

Encontrar su propio camino

Las 800 reseñas de films que componen la *Independent Film Guide* de *Video Hound* representan sólo una fracción de las muchísimas películas independientes que existen. Y existen, sobre todo, porque sus autores rechazaron rendirse a los Grandes Estudios de Hollywood; escarbaron por doquier buscando el dinero para poder hacerlas y las hicieron donde buenamente pudieron: en Brasil o en Kansas o en New Jersey. En un determinado momento de la historia del cine, cuando los Grandes Estudios eran responsables de la gran mayoría de los «productos» que oíamos y veíamos en las pantallas de todo el mundo,

cine independiente, «indie» en la jerga anglosajona, realizado al margen de los grandes estudios de Hollywood y en el que el ingenio y el entusiasmo le ganan la partida al dinero y a los fabulosos medios que manejan las superproducciones.

el hacer películas «independientes» fue una decisión desesperada; si la película merecía la pena, ¿por qué no la producía la Metro Goldwyn Mayer o Warner Bros. o la Fox o la RKO o Columbia o la Paramount o la Universal? Cuando el cine «independiente» buscó y encontró su propio camino, pudo fácilmente comprenderse por qué los Grandes Estudios no hubiesen podido hacer jamás una película como *Shadows* de John Cassavetes (1960), por ejemplo, o *A cold wind in August* (1991) de Alexander Singer o *Menace II Society* (1993) de Allen y Albert Hughes. Y tenemos que estar agradecidos a sus creadores por haber sabido mostrarnos una manera más valerosa y elocuente de encararse a la vida real.

La película *Box of Moonlight* de Tom DiCillo, por ejemplo, es la historia muy bellamente observada de cómo un ingeniero eléctrico de ideas fijas y sólidas creencias aprende a apreciar la vida después de un encuentro casual con un espíritu libre al que conocemos sólo como *The Kid*. Es justamente el tipo de película que hubiera naufragado troteada por múltiples intereses conflictivos y excesivas conferencias de trabajo en el Departamento de Guiones del Gran Estudio. Puede uno fácilmente «ver» los compromisos artísticos que hubiese sido necesario aceptar con el guión, con el reparto, hasta con el título. Quizá esos compromisos hubiesen hecho el proyecto «más comercial», pero *Box of Moonlight* (1997) es, en algún sentido, la continuación de *Living in Oblivion* que Tom DiCillo realizó en 1995, regalándonos un film plenamente realizado y lleno de «magia», producido en sus genuinos términos: la quintaesencia de un «indie».

Cinéfila apasionada

Este libro ha sido escrito por Monica Sullivan con toda cordialidad para todos y cada uno de sus posibles lectores. Una cinéfila apasionada desde los tres años de edad cuando con suma facilidad podía pasarse un día entero viendo *Los caballeros las prefieren rubias* con Marilyn Monroe (que enseguida entraría en la producción independiente con *El príncipe y la corista*, *Con faldas y a lo loco* y *Los*

indomables). Entre los 12 y los 28 años de edad su nombre aparece en el diario *Democrat* de Woodland-Davies, donde firmaba reseñas de los plenos municipales y conferencias sobre análisis de sistemas (según contrato) y sobre películas y obras de teatro (según su gusto). Después, se dio un respiro escribiendo y produciendo telefilms, novelas y libros infantiles. También produjo un documental (*La lista negra de Hollywood*). Pero nunca perdió su obsesión por el cine. Desde 1987 hizo crítica de cine, primero en la radio; después, lanzando la revista *Movie Magazine International*.

Esa obsesión por el cine antes mencionada tiene su origen en el hecho de que la TV estaba en la habitación de sus padres y muchas veces perdía los últimos cinco minutos de las películas porque papá o mamá apagaban el televisor. Lo peor de todo ocurrió cuando sus hermanos pequeños se peleaban por su colección de 22 revistas de cine, en el asiento trasero de la «ranchera» familiar y una de las figuras autoritarias que iban delante ordenó tirarlas en un vertedero sin siquiera echar una mirada atrás. Cuando alguien quiere controlar el fanatismo infantil de una cinéfila obsesiva ocurre que la tal crece, se hace mayor y llega a alquilar ¡seis vídeos diarios!

Dependencia cultural

Para un espectador de cine en España, aunque sea un verdadero aficionado, esta Guía del cine independiente americano y sus 800 fichas de producción, establecidas con toda precisión y rigor, más la visión crítica en cada una de ellas de Mónica Sullivan, puede parecerle el lenguaje de un mundo exterior lejano y desconocido.

Porque ¿qué puede ver un espectador español hoy? ¿Dónde puede elegir los títulos que le apetezcan? Si consulta las carteleras de los periódicos o las listas de vídeos de alquiler, tendrá forzosamente que darse cuenta que este país tiene una dependencia cultural absoluta —en lo que a cine se refiere— del gran Imperio Americano. Vemos lo que ellos sienten que estos indígenas que habitan este territorio «colonial», vean. Es decir, las producciones de los Grandes Estudios suministradas por las grandes multinacionales de la distribución cinematográfica, es decir, por esos mismos Grandes Estudios.

Creo que aunque sea para un círculo muy reducido de cinéfilos curiosos que entiendan suficientemente el inglés, esta *Independent Film Guide* de *Video Hound*, va a darles puntual noticia de cómo se puede llegar a hacer un cine independiente, aun en el mismo corazón del imperio. □

- (1) Esta formidable Guía incluye —además de índices de actrices, actores y directores— otros muy interesantes como el de categoría o género hecho con un criterio muy amplio e imaginativo, una lista de Distribuidores codificada y sobre todo una utilísima Guía de Distribuidores —nombre, dirección, teléfono, fax y e-mail— a los que el aficionado puede dirigirse para obtener el vídeo de esa película que necesita ver.
- (2) También oímos la música que «ellos» quieren que oigamos; comemos —sobre todo los «jóvenes» de las nuevas generaciones— lo que «ellos» quieren que comamos (palomitas, hamburguesas, cola); los chicos y chicas se visten como «ellos» quieren que se vistan. Etcétera.

En el próximo número

Artículos de Emilio Lorenzo, Me-dardo Fraile, Antonio Domínguez Ortiz, José Luis Pinillos, José M. López Piñero, Carlos Martínez-A. y Juan Velarde Fuertes.

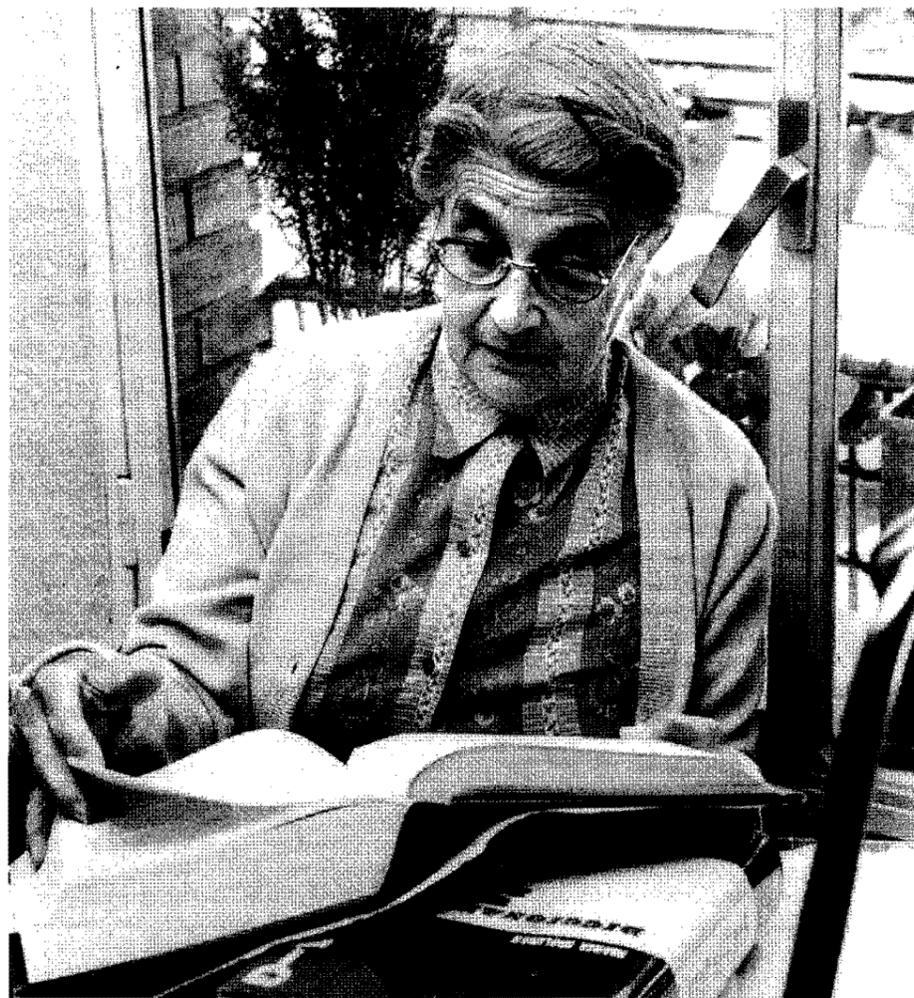
El nuevo *Moliner*

Por Emilio Lorenzo

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística Inglesa y Alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre idiomas de su especialización, de *El español de hoy, lengua en ebullición*, *El español y otras lenguas* y de una edición de *Obras Selectas de Jonathan Swift*.

No hay unanimidad sobre lo que debe contener un diccionario de uso de una lengua. Parece ser que desde el punto de vista de la economía editorial, un buen diccionario de uso es el que satisfaga al mayor número de presuntos compradores y ello exige prestar atención a los deseos de éstos. Pero también debe tenerse en cuenta, creo, la opinión —éste es mi caso— de quienes, consultores empedernidos de las definiciones de las palabras, esperan cada vez mayor precisión e ilustración de los usos explicados.

Tuve hace más de treinta años la suerte de admirar y comentar lo que para aquellas fechas era un acontecimiento lexicográfico y editorial, la aparición de los dos volúmenes del *Moliner I*. Mi reseña destacaba los méritos sobresalientes de la publicación e incluso aventuraba, sin tener autoridad para ello, que merecería un sillón en la Real Academia. Doña María, en amable carta que estuve a punto de perder, pues acaso por no tener a mano papel timbrado había usado el de su marido, catedrático recién repuesto en Salamanca, agradeció mis palabras. Parece que ni la editorial ni la autora pudieron tener en cuenta, pese al éxito universal del diccionario, mis leves observaciones escritas, ni las que, de palabra, instaban a los responsables a corregir en sucesivas ediciones la carencia más llamativa —parecía un descuido— de que adolecía la obra: la falta de género gramatical en los sustantivos. Esta segunda edición, en ese punto, constituye una reparación que justificaría el aplauso con que los fieles adeptos al *Moliner* han de saludar el nuevo diccionario. Porque, a pesar de las muchas críticas que han de suscitar algunas inno-



María Moliner ojeando el *María Moliner*.

vaciones y omisiones de un instrumento al que se acudía con familiaridad durante más de 30 años (el vol. 1º es de 1966; el 2º de 1967), esta «edición», frente al degradado uso que del término hacen algunas editoras de «superventas», no es una reimpresión sino «una auténtica nueva edición», tanto es así que una nieta, uno de los «Herederos de María Moliner», que ostentan el «copyright», voz incluida en ésta, pide a los «nuevos autores un poco de respeto» y que prescindan de llamar a la obra el *María Moliner*. Ignoro las condiciones contractuales en que se ha procedido a la revisión

de obra tan acreditada. Me consta, por experiencia, que la editorial, sólida y solvente, no es una empresa benéfica al estilo de las lujosas publicaciones difundidas, no vendidas, por las imprentas institucionalizadas. Creo que si los herederos —tres hijos vivos de doña María— no fueron debidamente consultados ni informados, cabe el acuerdo amistoso para que una empresa bien concebida y realizada siga siendo motivo de orgullo para los familiares y la editorial, así como de provecho para los usuarios.

Puestos en una balanza los pros y los contras de la nueva edición, creo que hay que felicitar a la editorial por acometer, aunque tarde, la revisión propuesta, tanto tiempo esperada, de un diccionario que, como acertadamente apunta Manuel Seco, en su elogiosa y competente presentación, «se había quedado varado en su edición primera». Las novedades son muchas, algunas claramente sustanciales; otras, sólo aparentes, como la restitución al orden alfabético primitivo de los dígrafos «ll» y «ch», que valientemente adoptó la autora ya en la 1ª edición y que compensan sobradamente ciertos recortes de la «Presentación» de 1966, entre ellos —ya lo destaca algún reseñador de la 2ª— la reducción en los «Des-

arrollos gramaticales» de las 43 páginas dedicadas al verbo, ahora en apéndice del II volumen. No está claro por qué un diccionario deba incluir o excluir cuestiones puramente gramaticales en sus páginas, ni en qué grado. La misma Academia incorpora en las últimas ediciones del DRAE y en el diccionario escolar algunas indicaciones de tipo gramatical que el lector ha de agradecer. Por ello, y en lo que toca al verbo, y sin entrar en cuáles son los límites exigibles a un diccionario, si echamos de menos una de las que siempre habíamos considerado valiosas aportaciones léxicas, que no morfológicas, de un diccionario moderno, a saber, la inclusión de formas verbales irregulares que el usuario, sobre todo extranjero, no tiene por qué saber a qué infinitivo corresponden.

Registraba en 1966 doña María «fui», «fuiste», como pretéritos de «ir» y de «ser» o «era», «eras», de «ser». Ahora han desaparecido. Se puede argüir que nadie ignora el verbo a que pertenecen; pero esa sabiduría infusa, aceptada sin reservas en casos al parecer obvios como «haré», de «hacer»; «querré», de «querer»; «tendré», de «tener», no resulta tan convincente en otros como «voy», «yendo», de «ir»; «quepo», «cupe», de «caber»; «supe», «sepa», «quise», «puse», de «saber», «querer», «poner»; y no digamos de «coherencias» ortográficas como las que producen «yergo», de «erguir»; «huelo», de «oler»; sin olvidar la reliquia «plugo», de «placer». No todas estas formas las registraba la 1ª edición (faltaban, p. ejem. «huelo» y «yendo»), mas es evidente que el usuario normal las agradecía. Si se dan por sabidas y las omitimos puede ocurrir que el consultor bisoño del diccionario busque «yendo» como «llendo» y «huelo» en «güelo», o bien, escarmentado, renuncie a toda búsqueda, lo que haría un tanto superflua la consulta léxica. Los lexicógrafos ingleses y alemanes, más conscientes de las eventuales carencias de los lectores, incluyen en el orden alfabético muchas de las irregularidades verbales de sus lenguas respectivas: «brachte», de «bringen»; «brought» de «to bring»; «went», de «to go»; «ging» de «gehen»; «am», «is», «was», «were», «are», de «to be»; «bin», «ist», «gewesen», «war», de «sein», etc. Esta omisión de formas verbales irregulares es, a mi juicio, uno de los retrocesos más graves de la nueva edición, que no choca, por supuesto, con lo que es rutina en la lexicografía hispánica y, en general, románica, pues también en francés e italiano se conforman los diccionarios con incluir, como máxima concesión al usuario, los paradigmas de ciertos verbos con anomalías de conjugación.

Sin embargo, aunque este retroceso lo lamento personalmente, estimo que obedece a la costumbre general que da por obvio el conocimiento de las formas irregulares antes de adentrarse en los entresijos

En este número

Artículos de			
Emilio Lorenzo	1-2	José María López Piñero	6-7
Medardo Fraile	3	Carlos Martínez-A.	8-9
Antonio Domínguez Ortiz	4	Juan Velarde Fuertes	10-11-12
José Luis Pinillos	5		

SUMARIO en página 2





El nuevo Moliner

del vocabulario. En lo demás, considero que las ventajas de la nueva edición superan con creces a los inconvenientes apuntados. Se lamenta algún crítico de no haber visto respetada la intención de la autora de hacer una especie de diccionario ideológico o un diccionario de sinónimos «para que cualquiera que sea la palabra que al lector le sugiera su conocimiento del idioma como más próxima a la que busca... esa palabra le conduzca al descubrimiento de todos los recursos que [el diccionario] encierra y puedan serle útiles...». Esta concepción del diccionario «desde la idea a la palabra», brillantemente desarrollada por don Julio Casares, sigue mereciendo aplauso y los revisores de la nueva edición la respetan. El hecho de que figuren encabezados por el epígrafe CATÁLOGO, y en versalitas, lo que antes se ofrecía en redonda, no desvirtúa la intención ni el resultado de lo innovado en 1966-7.

Voces «malsonantes»

Otras alteraciones criticadas se refieren a la admisión de las llamadas voces «malsonantes». Doña María nunca alardeó de tolerante en el uso de ciertas palabras. En general, respetaba el dictado, más o menos explícito, de la Academia; así, de las voces excluidas por ella la mayoría tampoco tenía el visto bueno del DRAE. En los más de treinta años transcurridos entre la primera y segunda edición del *Moliner* la Academia ha publicado tres que reflejan la permisividad —valga el anglicismo— alcanzada en voces vitandas o soeces. Casi todo lo que en este terreno se advierte en el *Moliner II*, tiene su respaldo en las tres ediciones mencionadas o ha sido aprobado en las listas de «enmiendas y adiciones al DRAE» publicadas en el *Boletín* de la corporación. Mas, aparte de las expresiones malsonantes hoy tan prodigadas en lo hablado y lo escrito, han tenido entrada en la nueva edición un sinnúmero de neologismos y extranjerismos de toda laya capaces de satisfacer a cuantos miden los méritos de un diccionario —ésa era para muchos la mayor virtud

del *Moliner I*— por la abundancia y el grado de receptividad de voces no inventariadas en otros. Entre las «novedades» de esta 2ª edición valga citar algunas tan recientes como «autopistas de la información», «ciberespacio», «disca» (R. Plata) «marcar núm. de telef.», «metrobus», «motero» «motorista», y cultismos del tipo de «dorsalgia» «dolor de espalda», «climatoterapia», «clinograma», «declinógrafo», «esciomaquia» «lucha con un ser imaginario», etc. No es neologismo, pero se echaba de menos y fue motivo de protestas en un examen nacional de selectividad universitaria el gentilicio «puצלano» «de Valladolid». Los extranjerismos son ya numerosos, en estado crudo o calcados, con predominio absoluto del inglés, pero manga ancha en los procedentes de otras lenguas. Ignoro si la escasa difusión de algunos justifica su presencia y si la pronunciación indicada responde a la realidad. He aquí un muestrario: «burger», «cache(t)» «cotización de un artista», «disc jockey», «flipper» (es extranjerismo, pero no inglés, que usa «pin ball machine»), «floppy» «disquete», «glasnost», «hamster», «heavy (metal)», «happy hour», «jet lag», «jogging», «jeans» /«yins»/«pant. vaqueros», «joystick», «kindergarten», «kitsch», «muyahidin» «combatiente islámico», «perestroika», «sotto voce», «spaghetti (western)», «soufflé», «soutien», «sovjos», «spanglish», «tailleur». Calcos hay que considerar «concreto» «hormigón»; «ciclomotor» < fr. «cyclomoteur»; «hipertexto» < ing. «hypertext»; «hiperesesia» < fr. «hyperesthésie»; «minimalismo» < ing. «minimal art»; «elevador» < ing. «elevator» «ascensor».

Creo que será precisamente en la aportación de voces y expresiones nuevas donde los fieles de doña María, pese a las críticas de algunos, van a encontrar satisfacción a sus deseos de ver admitido como válido todo lo desusado y ausente en el DRAE, ausente no sólo por la renuencia tradicional a incluir por pudibundez lo malsonante, sino porque, con buen criterio, la Academia se resiste a las modas pasajeras —dignas de su diccionario histórico— hasta verlas sedimentadas y avaladas por el uso general. Aun con estas limitaciones, María Moliner

ya incluía voces en que se anticipaba al DRAE; ella enumeraba «cibernética», «junga», «entropía», «transistor», etc., pero pudo añadir otras que yo anoté en mi reseña de 1969, como «hincha» (deportes), «canasta» (juego de naipes), «mieditis», «astronauta», «microsurco», «suspense», «minifalda», «teleférico», «suéter», hoy admitidas por la Academia. En cuanto a lo malsonante, aparte de la omisión de palabras y expresiones no respaldadas por el DRAE, doña María registraba y definía delicadamente lo que una buena educación abierta y liberal le permitía. Basta ver en las dos ediciones su postura ante el uso transatlántico del verbo «coito» o «cópula». Resulta difícil concebir a la autora admitiendo, incluso en la 2ª edición de 1998, la expresión «de puta madre» «muy bien, muy bueno», usada al parecer por toda clase de españoles malhablados. No nos extrañaría que, levantada la veda de usos vitandos, apareciera un día en todos los diccionarios de uso. Mas para compilaciones de este tipo ya existen los diccionarios secretos, los diccionarios de argot y otros de títulos que delatan el contenido claramente marginal.

Bienvenida sea, pues, la entrada de voces que necesitan explicación para mentes alejadas del uso vulgar que las ven escritas. Entre ellas hemos anotado algunas que con el indicativo de «informal» han tenido cabida en esta edición, pero eran inadmisibles

en compilaciones léxicas hace medio siglo, como «puticlub», «chaperero», «follar», «meapilas», «reinona» «travestido homosexual»; construcciones con «paja», «polvo», etc. y otras que, sin ser malsonantes, se hubieran resistido a ingresar como aceptables en la 1ª edición, así «cachondo mental», «macarra», «papcla», «mentirijillas», «llorica», etc. Ahora bien, puestos en el trance de «actualizar» el contenido uno se pregunta qué hacen en un «diccionario de uso» reliquias del estilo de «esleir» «elegir», «eslcer», «esleador», «eslección», y derivados, etc.; o «adegaño» «aledaño»; «avergoñar» «avergonzar»; «duecho» «ducho»; «meatad» «mitad»; «superbo» «soberbio»; «supitaño» «subitáneo»; «parcir» «perdonar»; y «pescudar» «preguntar», etc.

Cabe ahora preguntar, en resumen, si la aportación de la editorial, en medios físicos y en selección de colaboradores —siguen algunos veteranos de la 1ª edición—, ha sido positiva. Creemos que sí, y que las carencias apuntadas en nada empañan el excelente resultado, del que han de beneficiarse cuantos acudan a sus páginas en busca de información, no sólo léxica, sino también fraseológica en la explicación de modismos («comer el coco»), formas de expresión (de DESPEDIDA: «adiós», «hasta luego», «suyo afmo»), sin olvidar las abundantes «notas de uso» y los «sinónimos explicados» con que desde 1966 se les abrían las puertas a los amantes de la lengua. □

RESUMEN

El filólogo Emilio Lorenzo que ya se ocupó, hace treinta años, de saludar la primera edición del *María Moliner, el célebre y popular diccionario de uso del español, vuelve ahora, con el mismo interés, atención y exigencia, a detenerse en esta nueva edición, casi un nuevo *María Moliner*, que presenta, frente al anterior, grandes cambios, y algunos sustanciales.*

lo que no le parece mal al comentarista, que coincide con Manuel Seco, presentador de la obra en esta nueva salida, en que el diccionario de uso «se había quedado varado en su edición primera». Algunas carencias de esta nueva edición, que señala, no empañan, asegura, el excelente resultado obtenido en esta puesta al día.

María Moliner

Diccionario de uso del español

Gredos, Madrid, 1998. Dos volúmenes, 1.994 páginas. 17.700 pesetas. ISBN: 84-249-1973-4

SUMARIO

	Págs.
«El nuevo Moliner», por Emilio Lorenzo, sobre <i>Diccionario de uso del español</i> , de María Moliner	1-2
«Historia a la carta», por Medardo Fraile, sobre <i>Rivers of blood, rivers of gold</i> , de Mark Cocker	3
«Sevilla en los inicios de la modernidad», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>Sevilla y sus mercaderes a fines de la Edad Media</i> , de Enrique Otte	4
«Al trasluz de la utopía», por José Luis Pinillos, sobre <i>Renaissance Utopias and the Problem of History</i> , de Marina Leslie	5
«Medicina e historia en Laín Entralgo», por José María López Piñero, sobre <i>La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico</i> , de Pedro Laín Entralgo	6-7
«Frustraciones y salud ante el tercer milenio», por Carlos Martínez-A., sobre <i>21st-Century Miracle Medicine: RoboSurgery, Wonder Cures and the Quest for Immortality</i> , de Alexandra Wycke, y <i>The Limits of Medicine: How Science Shapes our Hope for the Cure</i> , de Edward S. Golub	8-9
«Libros para la nueva Europa», por Juan Velarde Fuertes, sobre <i>Una reflexión sobre Europa para los españoles de la última generación</i> , de Gonzalo Anes, <i>El Tratado de Amsterdam de la Unión Europea. Análisis y comentarios</i> , de Marcelino Oreja (dir.), <i>Unión monetaria y euro: la recta final</i> , de Ramón Tamames, y <i>La guía del euro. Todas las respuestas sobre la moneda única y sus últimas novedades</i> , de Emilio Ontiveros y Francisco J. Valero (dirs.)	10-11-12



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Historia a la carta

Por Medardo Fraile

Medardo Fraile (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo) y, por sus relatos, ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor de obras como *Cuentos Completos*, *Autobiografía* y *Contrasombras*; y editor de *Cuento español de Posguerra*.

Como hay ingenuos de lo que venga, hay ingenuos de lo que ya vino, pero yo no quisiera ser uno de ellos tildando al autor de este libro de ingenuidad solamente. El título de su obra deriva de la declaración de un general prusiano, Lothar von Trotha, que, antes de la guerra del 14, cuando era gobernador militar de la colonia alemana en África que hoy es Namibia, dijo –y casi lo cumplió– que aniquilaría a las tribus rebeldes «con ríos de sangre y ríos de oro». Mark Cocker se ocupa en su libro de esos dos «ríos» a propósito de la conquista de México por los españoles en el siglo XVI, el genocidio de los trasmanos por los británicos en la primera mitad del XIX, la reducción de los indios apaches por los blancos norteamericanos (con la ayuda de México) en la segunda mitad del mismo siglo y la destrucción de los pueblos africanos «herero» y «nama» por los alemanes en los primeros años del siglo XX.

Mark Cocker no es historiador; es un ecologista que trabaja en *The Guardian*, el diario nacional inglés creado en Manchester, y el libro voluminoso y bien escrito que comentamos parece ser, hasta ahora, su empeño más ambicioso. Para realizarlo, en lo que respecta a la conquista de México, no va a las fuentes, salvo en muy contadas excepciones y en traducciones al inglés (las *Cartas de Hernán Cortés*, la *Crónica del Perú*, de Cieza de León, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo y, por supuesto, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* del P. Las Casas). Citas de Aristóteles, Colón, Bernardino de Sahagún o Cervantes, entre otros muchos, se ofrecen al lector sacadas de los libros de otros autores (J. Hemming, R. Wright, J. Soustelle, H. Wiedemann, F. Braudel, etc.). Su conocimiento del español se reduce a tres vocablos, «conquistador», «caudillo» y «encomendero», los dos primeros archirrepetidos con un tonillo de burla que acaba revirtiendo en el autor. Entre los libros que Cocker ha leído sobre la conquista de México, los hay de historiadores que han pretendido servir a la verdad, como William Prescott, Hugh Thomas, Hammond Innes o L. B. Simpson, pero Mark Cocker sólo repara en las páginas de información –por verdadera que sea– negativa.

Estamos ante un libro curioso por múltiples razones. Al autor ecologista, pese a sus buenas intenciones (la vindicación de pueblos primitivos), no se le ha ocurrido que un historiador que no haya perdido la cabeza sabe que, por mucho que describa una batalla, él no «está» en el campo de batalla y, por mucho que se meta en testimonios vivientes a imaginarla, jamás podrá sentir los miedos o el coraje que bullían en el corazón y bajo la camisa del que en aquel momento se jugaba la vida en el combate. El autor de este libro está convencido, por el contrario, de que el miedo que podía sentir el español en el ambiente salvaje, remoto y desconocido del México pre-colonial, era quizá la proyección de su propia intención de violencia, y que las «descripciones» de sacrificios humanos y canibalismo servían de tropos (sinécdoques serían), por los cuales se expresaba un complejo más amplio de ansiedades y urgencias del



STELLA WITTENBERG

subconsciente. O sea, la «chaise longue» del psicoanalista en los campos de Otumba o Tlaxcala. Más aún, en la conquista del imperio azteca ni siquiera hubo lucha por parte española digna de llamarse así; fueron los pueblos indígenas aliados de Cortés los que hicieron, prácticamente, todo, y así «andaría muy cerca de la verdad el que dijera que el imperio azteca se conquistó a sí mismo en nombre de los representantes de Europa» (los españoles, claro), porque «luchar con los mesoamericanos carecía de riesgo relativamente» y, por lo tanto, «los métodos de Cortés eran cualquier cosa menos diplomáticos». Lástima que la sagacidad del autor no capte que Hernán Cortés practicó, con más provecho que nadie, «the British time-honoured policy of divide and rule». Y lástima también que sólo tenga noticias de los aztecas, los mayas y los incas y no haya oído hablar de unos «americanos» implacables llamados mapuches o araucanos, con sus legendarios caudillos Lautaro, Caupolicán y Colocolo, y de la sangrienta y prolongada lucha de los españoles en el territorio que ocupaban, «donde no había oro». Porque ésta es otra de las imputaciones que podíamos esperar de este libro: la desmedida codicia de los hispanos por acumular oro. Mark Cocker pertenece, por supuesto, a una prestigiosa raza de mercaderes –el vocabulario de la economía es, casi todo, inglés–, y está más preocupado por el oro que reluce –o que aún no reluce–, y por lo que le cuestan las guerras a los contribuyentes que por los muertos y las desgracias que éstas acarrearán o el valor humano de la gran aventura. Hoy ya no se puede creer en tanta hipocresía. El oro es el arbotante de infinidad de nombres que lo disfrazan: dólar, franco, libra, marco, marketing, multinacional, etc., y demuestra un gusto estético muy superior el que prefiere el oro en metal y, a ser posible, de 24 quilates, opinión que avalarían, sin dudarle un instante, el «liberal» inglés buscador de oro en la Guayana que se llamó Walter Raleigh (y elogió a los españoles), y los cresos norteamericanos de ayer y de hoy. «Al finalizar el siglo XIX los capitalistas de los Estados Unidos y del norte de

Europa habían extraído (en México) más metales preciosos que durante todo el largo período de la colonización española. En 1904, las tres cuartas partes de la minería de México y la mitad de sus campos de petróleo estaban en manos de no más que siete compañías norteamericanas», nos cuenta complacido el autor ecologista del libro. Es obvio que el oro de ayer y el de hoy cayó en manos de los que, «realmente», lo codiciaban y codician; antes, en los bancos de Génova y Amberes y siempre en manos que no eran nubes, tal vez de los «del norte de Europa» (?).

Cuando uno termina la primera parte del libro, *The Conquest of Mexico*, y ha digerido ya que los aztecas no paraban de refregarse una y otra vez con jabón vegetal mientras que los españoles eran «dirty and unwashed» y sólo se dedicaban a matar, esclavizar, acumular oro y plata y destruir culturas, uno cree que ha llegado el momento de ver, humildemente, lo que han hecho otros, pero, capítulo tras capítulo, nos topamos con la sorpresa increíble de que el autor equipara lo ocurrido en el siglo XVI con lo que ha pasado en el XIX y el XX. La conquista de México, a lo largo del libro, sirve de mal ejemplo y punto de referencia lamentable para todo lo malo que hicieron otros después, aunque en la parte dedicada a la reducción de los apaches, más equilibrada, el autor, excepcionalmente, no acierta a reprimir su entusiasmo juvenil por el gran «western» que nos des-

cribe, en el que le parecen «admirables», por rara casualidad, los dos bandos de la contienda. Resumiendo: la crueldad del mundo nació en México por culpa de Cortés y «su panda». Y uno recuerda los versos que dedicó Borges al juego del ajedrez (piezas blancas y negras enfrentadas): «En el Oriente se encendió esta guerra / cuyo anfiteatro es hoy toda la tierra. / Como el otro, este juego es infinito».

Con malicia o no (a veces, acusa a otros de imparcialidad), el autor se engaña y trata de engañar al lector que, por lego que sea, si es sensato, verá que la tesis de su libro es insostenible. La fobia española de Mark Cocker salpica, incluso, a los mexicanos independientes del siglo XIX, que juegan un papel muy estimable en la guerra contra las tribus apaches, y uno duda si el propósito del libro será dar escape a un aborrecimiento o vindicar a unas razas prácticamente extintas o sometidas.

Como lo que él compara es incomparable, no vamos a emprender nosotros al revés el mismo recorrido. Su libro podía haber empezado en la Península Ibérica bajo el dominio de Roma, cuando ésta esquilaba las minas de nuestro suelo hasta extraer más de ocho toneladas de oro como promedio anual. «La cifra enviada a Roma es igual a la media de llegadas de oro americano en el siglo XVI y superior a muchos de los años malos o a uno normal de la época de declive. El dato se comenta solo y con aplicar a la Hispania romana toda la retórica sobre la extracción de metales preciosos de América y sus efectos económicos, resulta suficientemente gloriado», escribe Pedro Voltes, nada sospechoso de tópicos o fantasías históricas. Otro comienzo posible y aleccionador habría sido ocuparse del holocausto de Irlanda, bajo los ingleses, conocido como «Potato Famine» (750.000 muertos); de la masacre de Amritsar (India) por el general inglés Dyer (379 muertos); de la innecesaria destrucción de Dresde por aviones británicos en 1945 (40.000 muertos); del bombardeo de Pearl Harbor por los japoneses (2.000 muertos); de las incontables matanzas de Stalin y de los judíos en Rusia y en Alemania; de las bombas atómicas en Hiroshima (130.000 muertos) y en Nagasaki (40.000 muertos); de la Guerra del Vietnam... Pero, entonces, ¿dónde quedaría la crueldad española? Lo que Mark Cocker cuestiona sobre México preocupaba a los reyes y teólogos españoles desde 1511 por lo menos (aunque no se le ocurre poner en duda el derecho de Inglaterra a exportar 160.000 delincuentes en sólo 80 años a un continente que no le pertenecía). Lo que emprendió el protector de los tasmanos, George Augustus Robinson –el estudio de las costumbres de los aborígenes–, no era, en modo alguno, «exceptional for his time», sino que ya lo hacían los religiosos españoles en América y, más de dieciséis siglos antes, Estrabón. Y es extraño pensar que Darwin se tuviera en cuenta en Australia, salvo para nombrar una ciudad.

Pero, en fin, en el último capítulo el autor recobra, en parte, la sensatez y uno no entiendo por qué en ese estado –sólo tal vez transitorio–, no volvió a escribir el libro. □

RESUMEN

Sin ser historiador, sino periodista «ecológico» (vindicador de pueblos primitivos), el inglés Mark Cocker ha escrito un voluminoso libro sobre distintos genocidios cometidos por la civilización occidental entre diferentes pueblos indígenas. Pero, según Medardo Fraile, la tesis defendida por Cocker, que desde su fo-

bia antiespañola ha cargado las tintas sobre la conquista española de México, es realmente insostenible, hasta tal punto que el comentarista se pregunta si la finalidad de una obra así es dar escape libre a ese aborrecimiento hispano o vindicar unas razas extintas o sometidas.

Mark Cocker

Rivers of blood, rivers of gold

Jonathan Cape, Londres, 1998. 416 páginas. 20 libras. ISBN: 0-224-03884-2.

Sevilla en los inicios de la modernidad

Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

La imagen de Sevilla en la Edad Moderna se asocia inevitablemente con la del Descubrimiento y las ventajosas repercusiones que le acarreó el haber sido elegida como centro del tráfico de Indias. Pero en la época de los Reyes Católicos la empresa americana tenía todavía más de esperanza que de realidad tangible. Hasta que llegaron al muelle del Guadalquivir los tesoros derivados de la conquista de México y Perú no se calibraron sus exactas dimensiones. Sin embargo, Sevilla era ya una metrópoli comercial y financiera de alto rango, muy relacionada con Europa, el norte de África y el espacio atlántico, con una avanzada importante en las islas Canarias. Con un diseño urbano todavía muy orientalizante (cascrio apiñado, recogido en sí mismo, celoso de su intimidad) y un volumen poblacional que apenas rozaba los cincuenta mil habitantes, aquella Sevilla era, sin embargo, ya conocida como «la capital del oro y de la plata», pues en su Casa de la Moneda se acuñaban más monedas áureas que en el resto de Europa. El oro provenía del Níger y del Sudán, y llegaba atravesando el Sáhara o costeando África. Con su especial olfato, los genoveses se habían instalado hacía ya tiempo para participar en aquellos fructuosos negocios, pero también flamencos, vascos, burgaleses y otros representantes de un temprano pero avanzado capitalismo.

No es la primera vez que se bosqueja la imagen de Sevilla en los decenios finales del XV y comienzos del XVI, en esa zona compartida por el final del Medioevo y los comienzos de la Modernidad; la que entreveamos a través del libro de Otte no es la acostumbrada, no refleja una urbe agitada por un hervidero de pasiones, dividida entre los partidarios del marqués de Cádiz y el duque de Medina Sidonia, ni su esfuerzo bélico contra el reino granadino, ni las hogueras de la Inquisición. Lo que nos pinta Otte en *Sevilla y sus mercaderes a fines de la Edad Media* es el frío mundo de los números, de las letras de cambio, de los negocios. No es un mundo distinto del antes indicado, sino complementario. La mejor fuente para reconstruirlo la constituyen las escrituras notariales, que en aquellos tiempos se prodigaban. Hasta para contratar a unos cogedores de aceitunas se hacía una escritura, quizás porque las escrituras eran baratas, o porque aquellos hombres eran meticulosos y precavidos. Lo cierto es que los dieciocho «escribanos de número» de Sevilla tenían abundante trabajo y que los miles de legajos generados por esa labor de siglos constituyen una rica cantera para el estudio del pasado sevillano en todos sus aspectos.

Eso sí, la explotación de esa cantera requiere dotes excepcionales de vocación y paciencia para descubrir un poco al azar, a través de miles de documentos de letra enrevesada, las piezas que se consideran de interés. Por eso, los frequentadores de dicho archivo siempre han sido escasos; son casi una secta. Miembros de una falange reducida que hojearan horas y horas los legajos en un silencio tal vez interrumpido por una exclamación gozosa. ¡Pieza cobrada! Enrique Otte dedicó muchos años de su vida y muchas horas de cada uno de esos años a esa tarea: nacido en Madrid, su infancia transcurrió en Alemania, a la que ha vuelto después de muchas peri-



JOSÉ MARÍA CLEMEN

pecias vitales. Entre ambos extremos, largas estancias en España, donde fue discípulo de don Ramón Carande; investigaciones en el Archivo General de Indias y el archivo de Protocolos de Sevilla. Fruto destacado de las primeras, un precioso libro sobre *Cartas privadas de emigrantes*. De las segundas, una serie de artículos muy especializados, y muchas fichas que hasta ahora no habían sido utilizadas. Este es el material básico del libro que comentamos. Libro que no sólo interesa dar a conocer por su contenido, sino porque, editado como libro de regalo por una entidad financiera, apenas ha tenido difusión comercial y será difícil de adquirir. De ahí la utilidad de dar una idea de su contenido.

Centro de poder y económico

Sevilla, como organismo económico, era una entidad compleja, que desempeñaba múltiples funciones: como centro de poder y núcleo residencial percibía impuestos y rentas; centro de una rica comarca agrícola, no sólo estaba bien abastecida sino que podía exportar sobrantes; el sector secundario flaqueaba más (siempre ha sido su punto débil). Tenía una industria claramente capitalista, la jabonería, acaparada, por merced real, por los Enríquez de Ribera hasta fines del Antiguo Régimen; visos precapitalistas había en las industrias textiles, la de la seda; algo también en la del cuero. Pero el rasgo predominante era una muy amplia y variada artesanía, que producía objetos de notable perfección pero con escaso espíritu innovador por las trabas que imponía la reglamentación gremial, uno de cuyos fines era facilitar el igualitarismo y evitar la competencia entre los maestros. El sector predominante era el comercial, y más concretamente el comercio internacional, facilitado por la presencia de un río navegable, con antepuertos (Sanlúcar, El Puerto de Santa María, Cádiz), múltiples rutas terrestres y un espacio atlántico que ya antes del Descubrimiento era vasto y dinámico.

La documentación notarial utilizada por Otte refleja estas realidades; mientras las tiendecitas de las dos alcaicerías (de la Seda y de la Loza) así como la «regatonería» (comercio al por menor) estaba en manos de los naturales, el comercio a gran distancia, que requería capitales, conexiones y técnicas especiales era patrimonio casi exclusivo de foráneos. Durante el reinado de los Reyes Católicos aparecen documentados en sus listas, referidas no sólo a la ciudad de Sevilla sino a todo su Reino, 437 genoveses, 72 burgaleses, 69 vascos, 57 ingleses, 20 florentinos, 15 valencianos y sólo 10 venecianos. Estos hombres trafican, fundamentalmente exportando productos del agro andaluz: ante todo aceite, pero también vino, cereales, pieles, frutos se-

cos y plantas tintóreas. Los destinatarios, España, resto de Europa y el Magreb. El predominio de los genoveses en estas actividades era muy marcado; desde el siglo XIII se dieron cuenta de las posibilidades que ofrecían Sevilla y sus antepuertos como punto de etapa para la conquista de los mercados atlánticos. Ya en el siglo XV estaban sólidamente implantadas en Sevilla familias de larga y destacada presencia en nuestra historia: Doria, Espinola, Centurión, Pinelo... Echaron aquí raíces, adquirieron fincas, compraron cargos municipales, enlazaron también con la Iglesia y enriquecieron con figuras notables la historia de la ciudad y, en algunos casos, de España entera.

Además de comerciantes de altos vuelos los genoveses eran banqueros avisados; en ellos encontró ayuda Colón para reunir la suma que aportó a los gastos del viaje descubridor. Enrique Otte nos dice que el gremio comprendía dos ramas: de una parte los meros «cambiadores» que en plena calle colocaban sobre una tabla los montoncitos de monedas con las que se operaba; pero también había banqueros de depósitos que hacían operaciones de más envergadura, gracias a los cuales Sevilla se insertaba en la red financiera de la que también formaban parte Florencia, Brujas, Aviñón, Londres y otras ciudades europeas. Entre estos banqueros sevillanos aparecen nombres de estirpe claramente semítica: Abenxuxen, Abenadeva, Cansino, Alemán... Pero estos hombres no tenían la relevancia de los genoveses; eran cambiadores, arrendadores de rentas, algunos se infiltraron incluso en ambos cabildos... Algunas de estas familias fueron destruidas por la Inquisición, pero la mayoría sobrevivieron apelando a mil estratagemas, como hizo Mateo Alemán, que afirmaba el origen germánico de su prosapia. En todo caso, hay que rechazar las truculencias de los que como B. Netanyahu aseguraban que la instauración del tribunal de la Inquisición en Sevilla significó miles de muertes en la hoguera y la ruina económica de la ciudad. Que hubo muchos dramas personales es indudable, pero la persecución afectó sólo a una parte de

aquella minoría y las repercusiones en la economía de la ciudad fueron negativas sin llegar a catastróficas.

La abundante información que el libro de Otte nos ofrece sobre Sevilla en el tránsito entre las dos edades aclara mucho los posteriores avatares que sufrió cuando, ya en plena maduración la empresa americana, la convirtió en la primera plaza europea de negocios; esta situación tan brillante puso, sin embargo, de manifiesto sus limitaciones: la más evidente, la insuficiencia de su río para acoger un tráfico marítimo intenso. Los galeones no llegaron nunca a Sevilla, en cuyo muelle a lo sumo podían anclar saetias y gabarras de 200 toneladas. No es extraño que los antepuertos, sobre todo el de Cádiz, acabaran suplantándola y que esta situación ambigua favoreciera un fraude generalizado. También por razones geográficas (insuficiente calidad de las maderas andaluzas) la construcción naval, que tuvo un modesto despliegue en la Edad Media, se hundió cuando la travesía regular del Atlántico exigió buques más grandes y resistentes.

La absorción de lo más granado del comercio americano por los extranjeros queda claro que no era un fenómeno nuevo; el Descubrimiento lo intensificó, manteniendo la presencia de los genoveses y reforzando la de los flamencos y otros extranjeros. Dentro de España hubo un declive de los burgaleses mientras la presencia de los vascos se reforzaba no sólo como expertos pilotos, sino como suministradores casi exclusivos de ferretería y armas. En cuanto al aspecto financiero las cosas se complicaron enormemente con el desarrollo de la Carrera de Indias y la intervención nada afortunada de la Corona, que vino a ser para mercaderes y banqueros un riesgo más, no menos temible que los huracanes y los piratas a causa de la exigencia de donativos y empréstitos y las incautaciones de la plata americana. La banca sevillana, cuyos fundamentos nunca fueron muy sólidos, acabó desapareciendo arrastrada por los torbellinos del siglo XVI. El presente libro es una excelente introducción para analizar la prehistoria de dichos fenómenos. □

RESUMEN

El estudioso Enrique Otte analiza en este libro, que comenta Antonio Domínguez Ortiz y que se basa principalmente en documentos notariales, la vida económica de Sevilla en la época de transición entre la

Edad Media y la Moderna, poniendo de relieve la riqueza de su agro, la importancia de su función comercial y la presencia de mercaderes extranjeros, especialmente los genoveses.

Enrique Otte

Sevilla y sus mercaderes a fines de la Edad Media

Ed. de Antonio Miguel Bernal y Antonio Collantes de Terán, Universidad de Sevilla/Fundación El Monte, Sevilla, 1996. 340 páginas. 6.000 pesetas. ISBN: 84-87062-95-4.

Al trasluz de la utopía

Por José Luis Pinillos

José Luis Pinillos (Bilbao, 1919) ha sido catedrático de Psicología en las Universidades de Valencia y Complutense de Madrid. Es miembro de la Real Academia Española, de la de Ciencias Morales y Políticas y Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales. Es autor entre otros libros, de Principios de Psicología, La mente humana y El corazón del laberinto.

Como era de esperar, a medida que se aproxima el milenio arrecian las profecías, sueñan las trompetas del Apocalipsis y vuelven a la carga los visionarios del fin de los tiempos. Hay también relojes que marcan minuto a minuto la cuenta atrás del evento, calendarios proféticos y hasta creo haber visto anunciado un curso de teología para comunicar con el Dios del 2001. De vez en cuando aparece algún trabajo serio —el *Millennium* de Stephen Jay Gould es uno de ellos—, pero lo que abunda son baratijas y ocultismos de ocasión. En todo caso, por más que se quiera jalear el tema, nadie espera que se descuelguen las estrellas y empiecen a hervir los mares. A la gente no le van ya terrores como los del año 1000. Tendremos milenio, pero será un milenio «light».

Hay un problema y es que el milenio no es sólo una cuestión de calendario, un tema astronómico. El tercer milenio llega en plena crisis de la modernidad, viene de par con el fin de la historia y se le mezclan reminiscencias bíblicas (Libro de Daniel, Apocalipsis de San Juan), historias que, lo queramos o no, hablan a los estratos más profundos del atavismo humano. Así que, por mucho que Fukuyama se esfuerce en demostrar que el final de la historia será un final feliz, la procesión va por dentro. Se ha corrido la voz de que el planeta está en peligro y el variopinto espectáculo que se está formando oculta un trasfondo de inquietud. Cunde la sospecha de que el mundo navega por aguas desconocidas, y quien más y quien menos pretende saber adónde se dirige. La situación, en suma, es propicia a la utopía.

El término utopía (del griego «ou-topos», 'no lugar') fue un neologismo que Tomás Moro creó por analogía con la voz «eu-topos», 'buen lugar', para poner nombre a la famosa isla en que «situó» su narración. En el pensamiento sociológico de Karl Mannheim la utopía tenía este sentido eutópico, meliorativo, que la enfrentaba con el no tan claro de la ideología. La utopía, afirmaba Mannheim, pretende transformar la sociedad, mejorarla librándola de sus defectos, mientras que la ideología trata de ocultarlos, para preservar el orden establecido. Al final, ya se sabe, pudo más la ideología. Sólo que ahora, justo cuando un sistema global está a punto de cubrir definitivamente el mundo con sus redes, al hilo del milenio retorna la utopía.

Este «revival» plantea, qué duda cabe, intrincadas cuestiones políticas, escatológicas e históricas a las que el libro de Marina Leslie, *Utopías del Renacimiento y el problema de la historia*, hace frente con rigor y buen conocimiento del problema. El título de la obra dice con claridad que no se trata de un «best-seller» diseñado ex profeso para la ocasión. Su autora, que enseña filología inglesa en la «Northeastern University», ha escrito una monografía en la más estricta y sobria de las tradiciones académicas. No es un libro fácil, pero el tema y la forma en que lo presenta incitan desde el primer momento a la lectura. Sus páginas se abren con un sugerente pasaje de Oscar Wilde, en el que la utopía surge como una exigencia radical de la condición humana:

«Un mapa del mundo que no incluya Utopía no merece siquiera una mirada, porque deja fuera el país que la Humanidad está

buscando siempre; pero cuando lo encuentra mira alrededor y se hace de nuevo a la mar en busca de otro mejor».

En este ensayo sobre *El alma humana bajo el socialismo*, un Oscar Wilde alejado de la frivolidad da a entender que, a través de ese 'no lugar' que es la utopía, la humanidad abre camino a lo que merece tenerlo, a lo que debe ocupar un lugar sobre la tierra. Bajo esta advocación del poder creador del pensamiento coloca Leslie su discurso sobre la utopía.

La cuestión es que los imperativos de la profesión la obligan a preguntarse infinidad de cosas. Por ejemplo, si las utopías reflejan o más bien difractan lo que ocurre, si se inspiran en la historia o la generan, de qué forma logran incidir en ella, si es que lo hacen, y mil otras cuestiones de interés. La autora ha de decidir si la utopía es una práctica mimética o, por el contrario, es una práctica profética; pero, sobre todo, si es inmune o no a la ideología. O lo que viene a ser igual, Leslie está obligada a calibrar la validez de la representación utópica. Y éste es, en definitiva, el punto en torno al cual gira básicamente su investigación.

La autora tiene presente que la lectura «in recto» de la utopía, no su lectura metafórica, constituye una clave para abordar estas cuestiones, es decir, para juzgar las utopías a la luz de la historia. Lo cual, sin embargo, equivale a dar por bueno un supuesto no menos utópico que el de las utopías, esto es, la creencia de que en el seno de la historia luce la verdad. Se da por sentado que el peso de la prueba debe recaer sobre la narración utópica, porque es mera literatura, y no sobre la historia, que es una disciplina crítica, capaz de relatar los hechos como realmente sucedieron, «wie es eigentlich gewesen».

Ahora bien, aparte de que esta frase no la escribió Von Ranke para que se tomara al pie de la letra, sino para poner coto a las fantasías de la historia romántica, ocurre que la historia es un saber sometido a la servidumbre de la historicidad. Su visión de los hechos varía al compás de los tiempos y de las situaciones: más que sacarlos a la luz, diríase que va iluminando su superficie de soslayo, al trasluz. Lo cual significa que el cotejo de la utopía con la historia no puede hacerse en una sola dirección. La historia habrá de leerse al trasluz de la historia, pero también la historia podrá leerse al trasluz de la utopía. Esta segunda lectura la lleva a cabo Marina Leslie en su investigación.

La autora discute el problema en el marco de dos escuelas que, a su juicio, han investigado a fondo el papel de la utopía en la lectura y la hechura de la historia: el pensamiento neomarxista anglosajón y el nuevo historicismo. Historicistas y marxistas aceptan a la postre que no tienen acceso a ningún centro o punto fijo sobre el cual pueda fundarse el juicio, o apoyar la palanca para mover el mundo. Un modo de paliar este relativismo consiste, por supuesto, en acercarse a Foucault, hacer del poder el centro del saber. Excepto que como al cabo los modos del poder también varían, es necesario evaluar las operaciones y prácticas discursivas con que construye sus representaciones la utopía. Este método es el que utiliza Leslie en el análisis de las tres utopías renacentistas, que elige para localizar la relación de su artificio literario a con el poder.

A decir verdad, de las tres narraciones sólo la de Tomás Moro cumple bien los requisitos. La *Utopía* de Moro se publica en 1516, mientras su autor, un humanista, se halla en el ejercicio del poder. *La nueva Atlántida* la redacta Francis Bacon un siglo después, entre 1623 y 1624, cuando ya no es Canciller y la nueva ciencia ha desplazado al humanismo. De Bacon y su utopía es difícil decir que pertenezcan al Renacimiento. Por último, Margaret Cavendish escribe *El mundo en llamas*

en el contexto del Gran Fuego de 1666, ya en los albores de la Ilustración y nunca tuvo en sus manos el poder. Cavendish no sólo arremete por libre contra las barreras que se oponen al desarrollo cultural de la mujer, sino que en su inenarrable indisciplina intelectual práctica «avant la lettre» la transgresión de los géneros, no sólo literarios, que se ha producido en la cultura postmoderna.

De todos modos, los tres estudios de Marina Leslie desvelan cuidadosamente las sutiles formas con que la retórica de la utopía efectúa, o suspende, según convenga, la «transformatio orationis» que hace parecer a la ficción más real y atractiva que la realidad en que vive el lector. Además de esto, que no es poco, el estudio de cada utopía es toda una investigación del sentido de la trama y del carácter de sus personajes. La forma en que, por ejemplo, interpreta Leslie la figura de Hythlodæus, en la *Utopía* de Moro, es sumamente original, y lo mismo acontece con el resto de su labor hermenéutica. Es más, estas observaciones de Leslie enlazan con problemas ideológicos actuales, como el de la desarticulación de normas y caída de fronteras acontecido en este siglo. Lo curioso del caso es que aunque la autora esté al tanto del asunto, y a veces incluso muestre cierta laxitud postmodernista en sus demarcaciones, se resista luego de tal forma a contemplar el postmodernismo como una de las tendencias capaces de proponer una interpretación alternativa de las relaciones entre la ideología y la utopía. A Lyotard lo despacha con una breve crítica de segunda mano, por Derrida pasa como sobre ascuas, y prácticamente el resto del postmodernismo es como si no existiera.

Ciertamente, existen motivos más que sobrados para hablar de frivolidades postmodernas, e incluso de cinismo. Pero no es menos cierto que hay razones para hallar en el postmodernismo las bases de un programa político en defensa del individuo, de las minorías marginadas y de las culturas oprimidas, frente al avance de la globalización. Autores como Christopher Lash o Bryan Turner han señalado cómo el humanismo renacentista defendió ideas similares a las usadas precisamente por los postmodernos en sus críticas al antihumanismo de la modernidad. Aparte de que fenómenos como el feminismo, la descolonización, el análisis del discurso, el deconstruccionismo, el postestructuralismo, los «mass media», la globalización, el pluralismo y las nuevas tecnologías han generado una cultura que desborda las categorías típicas de la modernidad. No quiero decir con ello que el marxismo, el historicismo o el pensamiento liberal vayan a desaparecer del mapa intelectual; no lo creo. Pero es sumamente dudoso que estas alternativas sean capaces, por sí solas, de habérselas con la complejidad de lo que viene.

Hasta principios del siglo XX, las utopías soñaban con mejorar la sociedad; su optimismo reformista estaba respaldado por la idea de progreso. Pero ese espejismo ha dado paso al temor o, al menos, al recelo. Los optimismos del pasado han cedido el paso a esas utopías vueltas del revés que son las distopías. *La guerra de los mundos*, *El mundo feliz*,



El mapa de Utopía (1516), de Tomás Moro.

1984, *Fahrenheit 451*, *Walden II*, *La Fundación*, 2001 describen mundos, cada vez menos imaginarios, donde es posible hacer realidad del simulacro, disociar la felicidad de la virtud y, en definitiva, privar de identidad a la persona. Hegel pensó que, con el despliegue de la Idea, la causalidad perdería su efecto, dejaría de ahorrarse el espíritu del hombre. No ha sido así. Una razón instrumental al servicio del poder aparta día tras día a la razón moral de su posición rectora y determina cada vez más el comportamiento humano.

A última hora, de esto es de lo que hablan las antiutopías actuales. Frente a semejante panorama, se alzan voces recordando que la naturaleza es diversidad, voces que hacen de la diferencia la raíz de la cultura. Pero el desarrollo humano parece haber tomado otro camino. Cuesta trabajo creer que discursos como el postmoderno vayan a impedir a la tecnocracia convertir la vida en geometría. Más bien es de temer que la razón pierda su Eros y regrese a su primitiva condición matemática de «ratio», esto es, se reduzca definitivamente a cálculo, a pura utilidad.

En fin, lo que vaya a pasar nadie lo sabe. Jean Daniel escribía hace poco que, tal como van las cosas, prefería confiar en la utopía a fiarse de las previsiones de la ciencia. Es cierto que las utopías no se realizan jamás tal cual; pero tampoco son caminos sin salida, rumbos que no puedan seguirse, como piensa al parecer Isaiah Berlin: lo que sueñan unos hombres suelen realizarlo otros. Aunque fueran muchos sus errores, Tomás Moro, Francis Bacon y Margaret Cavendish anticiparon en sus utopías parte de la mejor historia de la modernidad: justicia social, ciencia, emancipación de la mujer.

En cualquier caso, el libro de Marina Leslie ha aparecido en el momento justo, cuando el mundo que nos lleva navega a toda máquina por un mar cerrado en niebla, donde la luz deslumbra más que alumbra. Y como las utopías carecen de lugar, pudiera ser que al trasluz de las de hoy se vislumbre lo que va a tener lugar mañana. □

RESUMEN

El tercer milenio, afirma José Luis Pinillos, llega en plena crisis de la modernidad; se duda de que la historia no vaya a tener un final feliz y cunde la sospecha de que el mundo navega por aguas desconocidas. Todo esto crea un trasfondo de inquietud, lo que propicia el regresar a la utopía, en el sentido sociológico

de transformación de la sociedad, de mejorarla librándola de sus defectos, frente a la ideología que procura ocultarlos para estabilizar el orden establecido. Sobre este «renacimiento» de la utopía, que plantea intrincadas cuestiones políticas, escatológicas e históricas, trata el ensayo de Marina Leslie, que comenta Pinillos.

Marina Leslie

Renaissance Utopias and the Problem of History

Cornell University Press, 1998. 304 páginas. [7.500 pesetas]. ISBN: 0-8014-3400-9.

Medicina e historia en Laín Entralgo

Por José María López Piñero

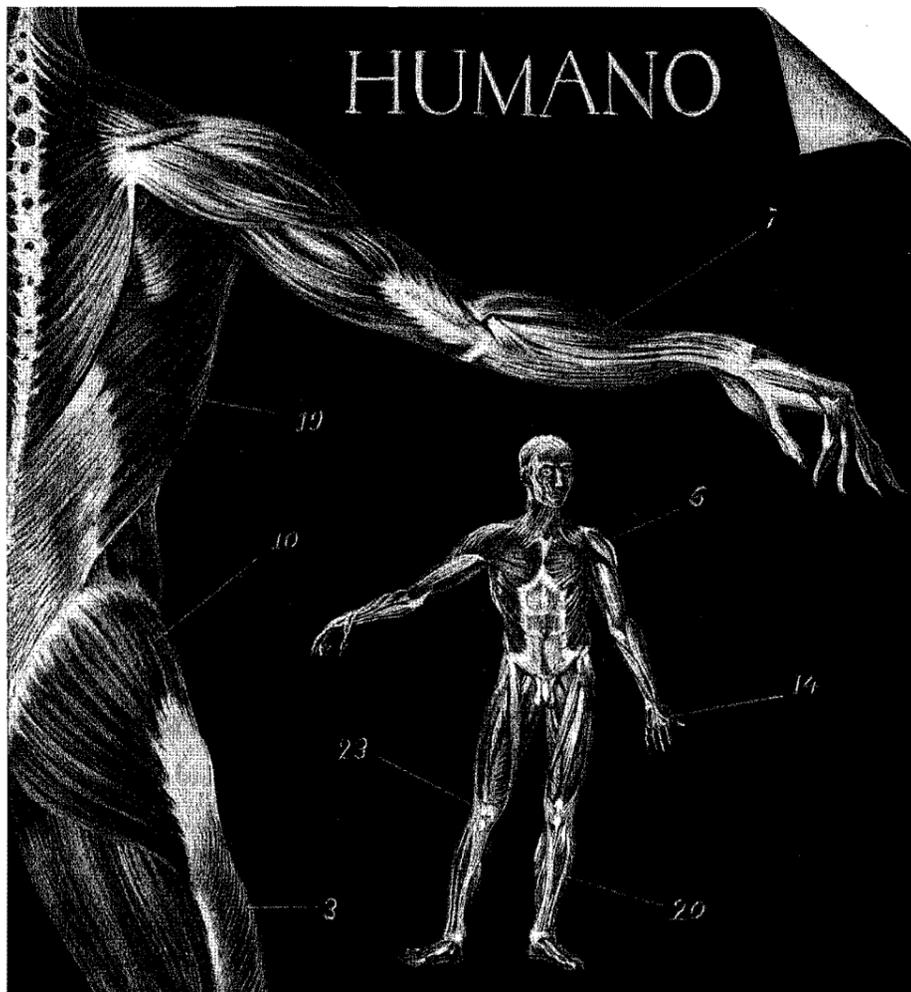
José María López Piñero (Mula, Murcia, 1933) ha sido catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Valencia. Ha publicado, solo o en colaboración, más de un centenar de libros sobre temas de su disciplina. Entre los más recientes figuran: La actividad científica valenciana en la Ilustración y Antología de clásicos médicos.

Las contribuciones pertenecientes a disciplinas especializadas, sobre todo las de carácter científico, tienen una difusión social limitada. Por lo tanto, no es extraño que las publicaciones de Laín en el terreno de la antropología filosófica o en torno al «problema de España» sean generalmente conocidas, mientras que a menudo se ignora su condición de profesional de la historiografía médica. Sin embargo, ello no debe impedir situar en primer plano un acontecimiento como la reedición de su libro *La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico*, uno de los grandes títulos «clásicos» de la disciplina.

El punto de partida de la obra de Laín fue el libro *Medicina e historia*, publicado en Madrid el año 1941. Está dedicado a la detallada exposición de los fundamentos de una nueva historiografía médica, radicalmente enfrentada con la basada en los supuestos positivistas y con todas las formas de acercamiento «ahistórico» al pasado de la medicina. Integrado plenamente en las corrientes del mundo intelectual centroeuropeo de finales del período de entreguerras, sus principales presupuestos son el debate en torno al historicismo procedente de Dilthey y la nueva sociología del conocimiento, sobre todo la versión «fuerte» formulada por Scheler, aunque también ocupan un lugar destacado las aportaciones de Weber y Simmel y, en menor medida, las de Mannheim. Asimismo es notable la presencia de los métodos y el lenguaje de la fenomenología, de la filosofía existencialista de Heidegger y de la perspectiva de la «Gestaltpsychologie» y otras tendencias «holistas». El libro no solamente fue el desarrollo de mayor altura de los elementos vigentes en el citado mundo intelectual desde el punto de vista de la historiografía médica. Su condición de hito de primer rango en la trayectoria de esta última reside principalmente en que contiene un programa de investigación que su autor, con una infatigable dedicación a lo largo de más de medio siglo, ha realizado de hecho. Enriquecida continuamente con nuevos horizontes, la obra histórico-médica de Laín, todavía felizmente en curso, tiene una importancia inigualable en el panorama mundial de la disciplina.

La ciencia médica

Hasta mediados de los años sesenta, la producción de Laín ha estado casi exclusivamente dedicada a la ciencia médica. Como consecuencia de sus nuevos fundamentos historiográficos, ha abandonado por completo el continuismo de la «progresión ascendente» positivista, sustituyéndolo por un modelo discontinuista del cambio histórico, integrado por «modos» o «estilos del saber médico» condicionados socioculturalmente en «situaciones históricas» concretas. Cada uno de dichos «modos» o «estilos» constituye una estructura global, desarrollada a partir de unas determinadas condiciones sociales, económicas, políticas y culturales, sobre unos «supuestos básicos» relativos principalmente a la visión e intelección de la naturaleza, a la idea del hombre y la concepción y el método del conocimiento. Por lo tanto, son autónomos como construcciones teóricas, es decir, no pueden reducirse ni ser analizados desde otros



FRANCISCO SOLÉ

«modos» o «estilos», incluidos los vigentes en la actualidad.

Los primeros saberes médicos estudiados por Laín fueron las ciencias básicas anatómicas y fisiológicas. Tras impartir varios cursos monográficos sobre la historia de los conocimientos morfológicos, cuyos materiales fueron recogidos parcialmente en varios trabajos impresos, publicó sus bases metodológicas en el artículo titulado *Conceptos fundamentales para una historia de la anatomía* (1949). En él introdujo la distinción entre el «contenido» del saber morfológico —único aspecto habitualmente considerado por los autores anteriores— y su «estilo». Para analizar este último recurrió a tres «conceptos fundamentales»: la «idea descriptiva» o imagen general que el anatomista tiene del cuerpo humano; el «método de descripción particular», que se revela principalmente por la «figura paradigmática» que emplea; y la «conceptuación de parte», reducible a los criterios (funcionales, topográficos o morfológicos puros) con los que formula partes anatómicas como órgano, aparato, región y sistema. El «estilo anatómico» lo aplicó en primer término a la delimitación entre los «modos de saber morfológico» propios del galenismo y del movimiento vesaliano del siglo XVI, poniendo de relieve, por ejemplo, que en la *Fabrica* de Vesalio aparece una «idea descriptiva» estática o arquitectural, condicionada por la visión renacentista del mundo y del hombre, cualitativamente distinta a la del galenismo bajomedieval y a la del propio Galeno. Posteriormente le ha servido para caracterizar otros dos «modos», correspondientes a la visión del cuerpo humano desde la morfología evolucionista, y a la «anatomía funcional» del presente siglo, que en fechas recientes ha estudiado en detalle con una reformulación de los «conceptos fundamentales».

Una renovación metodológica semejante significó el artículo *Fisiología antigua y fisiología moderna* (1947). Apoyándose explícitamente en los planteamientos de Xavier Zu-

biri en torno a la «episteme» clásica griega y la ciencia de la primera modernidad, Laín caracterizó dos «modos de pensamiento fisiológico» irreductibles entre sí: el «antiguo», que culminó en la obra de Galeno, y el «moderno», que tuvo su punto de partida en la de Harvey. Su divergente condicionamiento sociocultural se manifiesta, aparte de la distinta condición del propio conocimiento, en diferencias específicas de sus «supuestos básicos» relativos a la visión del movimiento o cambio, de la naturaleza y de la causalidad. Frente a las cuatro formas aristotélicas del movimiento, como paso del ser de la potencia al acto (sustancial, cuantitativo, cualitativo y local), la «fisiología moderna» reduce el movimiento a la traslación local; la visión clásica de la naturaleza («physis»), como principio metafísico de los cambios de cada cosa en particular y del conjunto universal de todas ellas, es sustituida en la moderna por la serie de regularidades que presentan los fenómenos naturales; la concepción griega de las causas ontológicas (material, formal, eficiente y final), por el impulso externo productor del movimiento. En 1948 aparecieron dos libros de Laín sobre Harvey, en los que utilizó este acercamiento para estudiar el origen de la «fisiología moderna», y un año antes su volumen dedicado a Claude Bernard, análisis en la misma línea de la obra paradigmática de la fisiología experimental positivista.

Resulta lógico que la patología, como ciencia de la enfermedad, fuera el tema principalmente estudiado por Laín en la primera etapa de su obra. Inició la tarea en 1943 con el trabajo *La peripecia nosológica de la medicina contemporánea*, al que siguieron varios libros y numerosos artículos monográficos. Culminó precisamente con *La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico* (1950), monumental trabajo generalmente considerado, como hemos adelantado, un título clásico de la historiografía médica mundial. En él hizo efectivas las propuestas sobre la historia clínica esbozadas en su programa de

1941, con una nueva reflexión sobre «Los saberes del médico y su historia».

En dicha reflexión, Laín pasó a primer plano las nociones de «problema» y de «mentalidad», que a partir de entonces desempeñaron una importante función en sus construcciones históricas. El vocablo «mentalidad» no necesita de mayores precisiones, a pesar de su carácter polisémico, ya que, lo mismo que «estilo de pensar», fue una expresión habitual en la sociología del conocimiento, siendo para algunos autores un concepto central. Por el contrario, el de «problema» merece, al menos, una rápida puntualización. Con la única excepción importante de Nicolai Hartmann, cuya versión del análisis fenomenológico se desarrolla a partir del descubrimiento de «problemas» o «aporías», «problema» no es un concepto filosófico en sentido estricto. Corresponde más bien a las tendencias historiográficas que utilizan entre sus métodos el análisis de los variables planteamientos y formulaciones que cuestiones de carácter básico («problemas») tienen en distintas situaciones socioculturales y en diversas orientaciones ideológicas. Entre los autores que lo utilizan de este modo figuran Windelband, Cassirer y otros neokantianos, así como parte de los cultivadores de la sociología del conocimiento. Laín lo emplea también en dicha línea, partiendo del «problema fundamental del médico», es decir, «la tarea de ayudar a la curación del hombre enfermo». Cada «situación típica» o «unidad histórica» queda definida tanto «por el punto de vista en que el médico se sitúa frente a su problema, como por las acciones teóricas y técnicas que cumple para resolverlo». La función del historiador consiste, por un lado, en trazar sus «conexiones» sociales, políticas, económicas, religiosas, etc. y, por otro, en establecer las relaciones con las «unidades históricas» anteriores y posteriores. A continuación, Laín considera la estructura del «acto médico» y detalla la serie de «problemas» que la integran, desde el conocimiento del hombre en estado de salud hasta la medicina como profesión.

Con esta perspectiva realizó un detenido estudio de historias clínicas hipocráticas, «consilia» bajomedievales, «observaciones» renacentistas, relatos patográficos de Sydenham e historias clínicas desde la Ilustración hasta el siglo XX. Los resultados pesaron decisivamente en la elaboración de dos elementos centrales de la obra de Laín: los «modos» de saber patológico y de práctica clínica condicionados socioculturalmente en cada «situación histórica» y las diversas «mentalidades» de la patología y la clínica de los siglos XIX y XX. Desarrollo en cierto modo de la parte final de este libro, dedicada a la «patografía y vida personal», fue la *Introducción histórica al estudio de la patología psicosomática*, también publicada en 1950 y una de sus obras más difundidas en varios idiomas. En ella llevó a término la propuesta de su programa de 1941 sobre la relación entre la medicina y la condición personal del hombre. Comparó, en primer término, los condicionamientos y supuestos básicos divergentes del personalismo médico de las culturas arcaicas semíticas y del naturalismo clásico griego; analizó a continuación los de la visión cristiana del enfermo y su posterior helenización y algunos ejemplos de la mentalidad naturalista de la patología moderna europea; por último, situó la aportación de Freud en esta trayectoria y esbozó las dos formas, comprensiva y conductista de «la edificación de una medicina psicosomática».

Cuatro años más tarde, Laín ofreció una exposición sistemática en su *Medicina moderna y contemporánea* (1954). En ella integró los resultados de las investigaciones que había



Viene de la página anterior



efectuado hasta entonces en torno a la ciencia médica en una formulación explícita de su enfoque historiográfico. Distinguió seis «situaciones históricas del mundo moderno»: Renacimiento, Barroco, Ilustración, Romanticismo, Positivismo naturalista y situación actual, cuyo inicio situó en los años 1914-18. Cada una la definió por unos condicionamientos socioculturales, descritos en epígrafes introductorios sobre la «visión e intelección de la naturaleza» y el «hombre y su vida». Con la finalidad de entender los «estilos» o «modos» del saber médico desde su «conexión con la vida histórica que los envuelve y condiciona», puso de relieve sus «supuestos básicos» relativos al conocimiento del cuerpo humano y a la patología y sus aplicaciones. En el polo opuesto a la «progresión ascendente» de la historiografía positivista, se ocupó en todas las «situaciones históricas» de la vigencia de los tres tipos de actitud médica que antes anotamos: la «racionalista», la «empirista» y la «creencial» o irracionalista. Destacó también la diversidad de «estilos» y «modos» existente en cada una de ellas. Por esta razón, en el Renacimiento, por ejemplo, concedió una atención equilibrada a los condicionados por una cosmovisión mecánica y a los consecutivos a una organicista, como el paracelsismo; y en el Romanticismo, a los resultantes del sensualismo prepositivista y a la vertiente médica de la «Naturphilosophie» idealista. En esta misma línea, delimitó, en buena parte con materiales procedentes de *La historia clínica*, tres «mentalidades» vigentes en el Positivismo naturalista con supuestos básicos diferenciados (anatomoclínica, fisiopatológica y etiopatológica) y otras dos en la primera mitad del presente siglo («biopatológica» y «antropopatológica»).

La terapéutica

La transición entre la etapa que acabamos de considerar y la siguiente fase de la obra de Laín, centrada en el estudio de la asistencia médica y la relación médico-enfermo, la ocupan una serie de trabajos acerca de la historia de la terapéutica. El libro *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica* (1958), otra de sus más importantes y difundidas monografías, puede considerarse como divisoria entre ambas. Su planteamiento participa del ángulo cognoscitivo al considerar el proceso de «racionalización» de la psicoterapia verbal, de modo paralelo a las indagaciones acerca de la trayectoria de la patología psicosomática y la posición de la condición personal del enfermo en los distintos «estilos» o «modos del saber médico». No obstante, al mismo tiempo, pasa a un primer plano el aspecto operativo del acto médico y los «problemas» que implica. La dimensión técnica de este último fue el tema de otros trabajos publicados poco más tarde, entre los que destaca el artículo *Das Christentum und die medizinische Technik* («El cristianismo y la técnica médica», 1960), análisis de los orígenes de una técnica terapéutica superadora del principio de la «vis curatrix naturae», condicionados por el voluntarismo bajomedieval y la imagen teológica del hombre como un ser «cuasi-creador». De forma paralela a lo que había hecho en sus estudios sobre los saberes anatómicos, fisiológicos y patológicos, Laín examinó los supuestos básicos de la «terapéutica antigua» y la «moderna», en especial sus respectivas visiones de «naturaleza» y de «técnica». Por otro lado, consideró la indicación terapéutica desde la variable perspectiva de las «mentalidades» de la patología antes citadas. Todo ello le permitió trazar un programa para la investigación histórica de la terapéutica tan renovador como el que había llevado a efecto en lo que respecta a la deuda médica. Sus principales aportaciones al mismo han sido el estudio de la terapéutica hipocrática (1970)



FRANCISCO SOLÉ

y el referente a la farmacología del Positivismo naturalista (1974), pero no le ha dedicado una investigación sistemática semejante a las que ha publicado sobre otros «problemas», ni tampoco sus discípulos hemos sabido aprovechar sus fecundas posibilidades.

La asistencia médica y la relación médico-enfermo

En 1962 apareció el artículo de Laín *Das ärztliche Hilfe im Werk Platons* («La asistencia médica en la obra de Platón»), que abrió un capítulo nuevo en la historiografía en torno a la cuestión. Motivó un notable debate entre los estudiosos de la Grecia clásica y fue su primer trabajo acerca de la diversificación socioeconómica de la asistencia médica. Éste fue precisamente uno de los hilos conductores del libro *La relación médico-enfermo. Historia y teoría* (1964), resumido en el titulado *El médico y el enfermo*, que apareció simultáneamente en seis idiomas el año 1969. También en este caso, Laín comenzó con la propuesta de unos «conceptos fundamentales» para el estudio del problema. En primer término, hay que analizar el «fundamento» de la relación, que depende de los motivos que conducen a la misma a enfermos y médicos desde variables posiciones sociales; en segundo, los «momentos» cognoscitivo o diagnóstico, operativo o terapéutico, afectivo y ético-religioso, en los que ésta se realiza, no como elementos mutuamente excluyentes, sino como aspectos integrados y globalmente condicionados por factores socioculturales. De acuerdo con esta pauta, examinó los «modos» de la relación médico-enfermo en varias situaciones históricas: la Grecia clásica, el cristianismo primitivo, el mundo cristiano medieval, la Europa de los primeros siglos modernos y la sociedad occidental contemporánea. Además de considerar desde esta perspectiva los saberes y técnicas, estudió la asistencia médica como una relación interpersonal y como una relación «constitutivamente social». Para el primer enfoque aprovechó su obra sobre antropología filosófica, muy especialmente el libro *Teoría y realidad del otro* (1961). En el segundo, desarrolló, entre otras cuestiones, las distintas configuraciones históricas de la diversificación socioeconómica de la asistencia médica y las vertientes social y clínica de la «rebelión del sujeto» enfermo ante la medicina establecida.

El *Corpus Hippocraticum* había ocupado siempre un lugar destacado en la producción de Laín, lo que se había reflejado tanto en sus estudios generales como en varios trabajos

de carácter monográfico. Esa predilección culminó en *La medicina hipocrática* (1970), otra de sus obras más importantes. En ella ofreció una visión de conjunto que fue acogida con admiración por la comunidad internacional de especialistas en la Grecia clásica, sobre todo por la rigurosidad con la que incorporó los resultados de las numerosísimas investigaciones filológicas sobre el tema. Conviene anotar, sin embargo, que acertó a superar, por un lado, las deficiencias filológicas habituales en los acercamientos médicos a los textos hipocráticos y, en el otro extremo, la incapacidad de muchos análisis filológicos precisos para llegar a una construcción histórica. Constituye quizá el análisis de mayor altura que su autor ha dedicado a los «supuestos básicos» y a los «modos» de enfrentarse con la totalidad de los «problemas» de la medicina —científicos, prácticos y sociales— en una «situación histórica» determinada.

Tras su jubilación como profesor en 1978, Laín ha continuado, con dedicación infatigable, la ejecución de su programa juvenil de estudio histórico de los «problemas» de la medicina, aunque enriquecido desde numerosos puntos de vista y continuamente actualizado. Su excepcional capacidad de asumir las más recientes novedades intelectuales, científicas, técnicas y sociales es, precisamente, una de las características centrales de su obra en curso. Como prosecución de las investigaciones acerca de la historia clínica y la relación médico-enfermo, publicó en 1982 *El diagnóstico médico*. Desde este nuevo «problema» ha profundizado varias de sus formulaciones anteriores, en especial las correspondientes a las «mentalidades» anatomoclínica, fisiopatológica y etiopatológica y a los «modos» de consideración de las condiciones individual y social del enfermo. Sin embargo, ha abordado también otras cuestiones propias de un horizonte al día, entre ellas, la crítica de la noción tradicional de especie morbosa, la mo-

lecularización de la patología y la aplicación de la informática al diagnóstico. La misma orientación, pero todavía mayor amplitud y ambición, tiene la investigación que en la actualidad está realizando en torno al «problema» del cuerpo humano, sobre el que ha publicado tres volúmenes desde 1987 hasta el momento presente.

Una de las concepciones nucleares de Laín a lo largo de toda su obra consiste en afirmar que la historia, según la fórmula de Ortega, es el instrumento que permite edificar con rigor una teoría de la medicina: «El conocimiento histórico puede y debe ser preámbulo y fundamento del conocimiento sistemático ... la historia de un problema —la aprehensión según arte de las sucesivas actitudes del hombre ante una parcela de la realidad— es un momento rigurosamente necesario para el conocimiento de una realidad». La expresión «historia y teoría» figura en el subtítulo de sus obras generales dedicadas a los problemas de la medicina. De acuerdo con los supuestos básicos de su pensamiento, Laín aspira a elaborar una teoría del ser humano desde la medicina, es decir, una «antropología médica». Con este término designa «una disciplina temática e intelectualmente comprendida entre la patología general y la antropología filosófica y, respecto del saber médico, correlato de las restantes disciplinas antropológicas particulares: las antropologías cultural sociológica, física, etc.». Aunque su producción histórico-médica incluye desde sus comienzos numerosas aportaciones monográficas a la misma, hasta 1984 no ha publicado una exposición sistemática, con el título *Antropología médica para clínicos*. Junto a formulaciones procedentes de sus investigaciones histórico-médicas, integra en ella otras elaboradas en sus trabajos de antropología filosófica, que asumen un complejo panorama intelectual en el que sobresale la obra de Zubiri. □

RESUMEN

Con motivo de la reedición de este libro, uno de los grandes títulos «clásicos» de la historiografía médica, López Piñero, en su comentario al mismo, considera la contribución a la disciplina de Pedro Laín Entralgo, autor de *La historia clínica*. Su punto de partida fue, a comienzos de los años cuaren-

ta, la formulación de un programa renovador que ha desarrollado con una infatigable dedicación a lo largo de más de medio siglo. Enriquecida continuamente con nuevos horizontes, tiene una importancia inigualable en el panorama mundial de los estudios histórico-médicos.

Pedro Laín Entralgo

La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico

Ed. Triacastela, Madrid, 1998. 775 páginas. 5.000 pesetas. ISBN: 84-921418-3-2.

Frustraciones y salud ante el tercer milenio

Por Carlos Martínez-A.

Carlos Martínez-A. (León, 1950) estudió Bioquímica en la Universidad Complutense y ha impartido la docencia en distintas universidades extranjeras. Actualmente es profesor del CSIC, director del Departamento de Inmunología y Oncología del Centro Nacional de Biotecnología, de la Universidad Autónoma de Madrid. Es miembro de la Organización Europea de Biología Molecular y Presidente de la Conferencia Europea de Biología Molecular.

La medicina no es ajena al extraordinario avance ocurrido en las ciencias en la última centuria. La expectativa de vida media a principios de siglo apenas sobrepasaba los 40 años. Hoy nos acercamos a los ochenta. Este extraordinario adelanto es fundamentalmente debido a tres logros de nuestra sociedad: los antibióticos, las vacunas y la mejora de los sistemas de salud pública. Las infecciones como mayor causa de mortalidad en el pasado han cedido esta posición de honor en los países occidentales a la presencia de enfermedades crónicas para las cuales, en claro contraste con las enfermedades infecciosas, no existe curación, sino sólo tratamientos paliativos.

De un pasado deplorable a un futuro esperanzador

El siglo XX es ya el pasado y, como diría Thomas Bernhard, «apasionante sólo es lo que va a venir, no lo que fue». Conviene ahora mirar adelante para analizar las expectativas de la contribución de la ingeniería genética a la emergente medicina molecular, y ése es el objeto de los volúmenes presentados por A. Wycke, prestigiosa reportera en temas de salud en *The Economist*, y E. Golub, reconocido inmunólogo y experto en bioética y salud. Wycke centra su análisis en el avance científico y tecnológico reciente, y en las consecuencias de su aplicación a la salud en el siglo XXI. Golub, de manera complementaria, trata de entender la posición actual de la medicina analizando el concepto de enfermedad a través de la historia. Para Golub, es imposible entender hacia dónde camina la medicina si no conocemos en profundidad su pasado. Golub describe las aportaciones a la medicina realizadas por Hipócrates, Koch, Bernard, Pasteur y muchos otros. En su análisis, nos recuerda cuán ingrato fue el pasado: «Las ciudades eran auténticas cloacas dominadas por olores fétidos y fuentes de enfermedad y muerte, que como arquetipos dominaban constantemente la sociedad». A manera de ejemplo, «en 1885 la mortalidad infantil en Nueva York era de 273 muertes por cada 1.000 nacimientos. Hoy nos escandaliza tener tasas de mortalidad de 10 por cada 1.000 nacimientos». Sólo a finales del siglo XIX se pone de manifiesto la existencia de los agentes infecciosos como causantes de enfermedad y empiezan a desarrollarse métodos para combatirlos, los antibióticos y las vacunas, iniciándose con ellos el fundamento de la medicina científica. Para Golub, el gran avance social de la medicina no fue debido a la aplicación de estos conocimientos científicos, sino, como escribe en palabras de Edward H. Kass, «a la mejora de la salud pública introducida por las mejores condiciones de vida que conllevó la industrialización». Para Wycke, sin embargo, la medicina del siglo XX ha fracasado, dado que a pesar del extraordinario nivel de gasto producido en salud durante este tiempo, continuamos padeciendo las mismas enfermedades que en los últimos treinta años.

Ambos autores coinciden, sin embargo, en sus predicciones para el futuro. Es hora

de demandar y aplicar soluciones científicas y tecnológicas para mejorar la medicina del presente y consecuentemente la calidad del futuro. La mejora de la calidad de vida, el aumento de la esperanza de vida y las posibilidades que la ingeniería genética y celular ofrecen generan enormes expectativas en la medicina del tercer milenio, expectativas que hacen creernos a veces con capacidad para conquistar la eternidad. Tentativa, por cierto, casi tan eterna como la propia humanidad y que se analiza de manera bien distinta por los dos autores. Ambos coinciden en que el espectro de las enfermedades en el siglo XXI será distinto del actual, y en que será así debido a las nuevas tecnologías. Las enfermedades del futuro serán presumiblemente enfermedades crónicas como consecuencia del envejecimiento de la población, y ante este nuevo espectro de patologías han de aplicarse todos los recursos que el nuevo avance científico y tecnológico ofrece. Wycke mantiene aquí una respuesta contundente, afirmativa y optimista defendiendo que el desarrollo científico y tecnológico del siglo XXI aumentará la expectativa de vida al menos en diez años.

La gran promesa de la medicina del siglo XXI la ve Wycke en el avance derivado de la utilización masiva de la informática y en las consecuencias del proyecto genoma humano. La utilización global de la informática permitirá acceder en tiempo real a toda la información médica de cada uno de los pacientes afectos de una patología común para integrar y objetivar de manera más precisa el diagnóstico. La información derivada del proyecto genoma humano será fundamental para eliminar, mediante la terapia génica, las causas de las patologías que descansan en los genes. Wycke escribe: «El examen y la reprogramación genética permitirá a los biólogos identificar y eliminar una gran parte de las enfermedades que afectan a la especie humana, in-

cluso aquellas que no son conocidas hoy día. El conocimiento de la estructura del ADN y la secuencia de todos los genes configura el libro de la vida en el que se reflejan los seres humanos, y abre las puertas para identificar las causas de la enfermedad y la muerte».

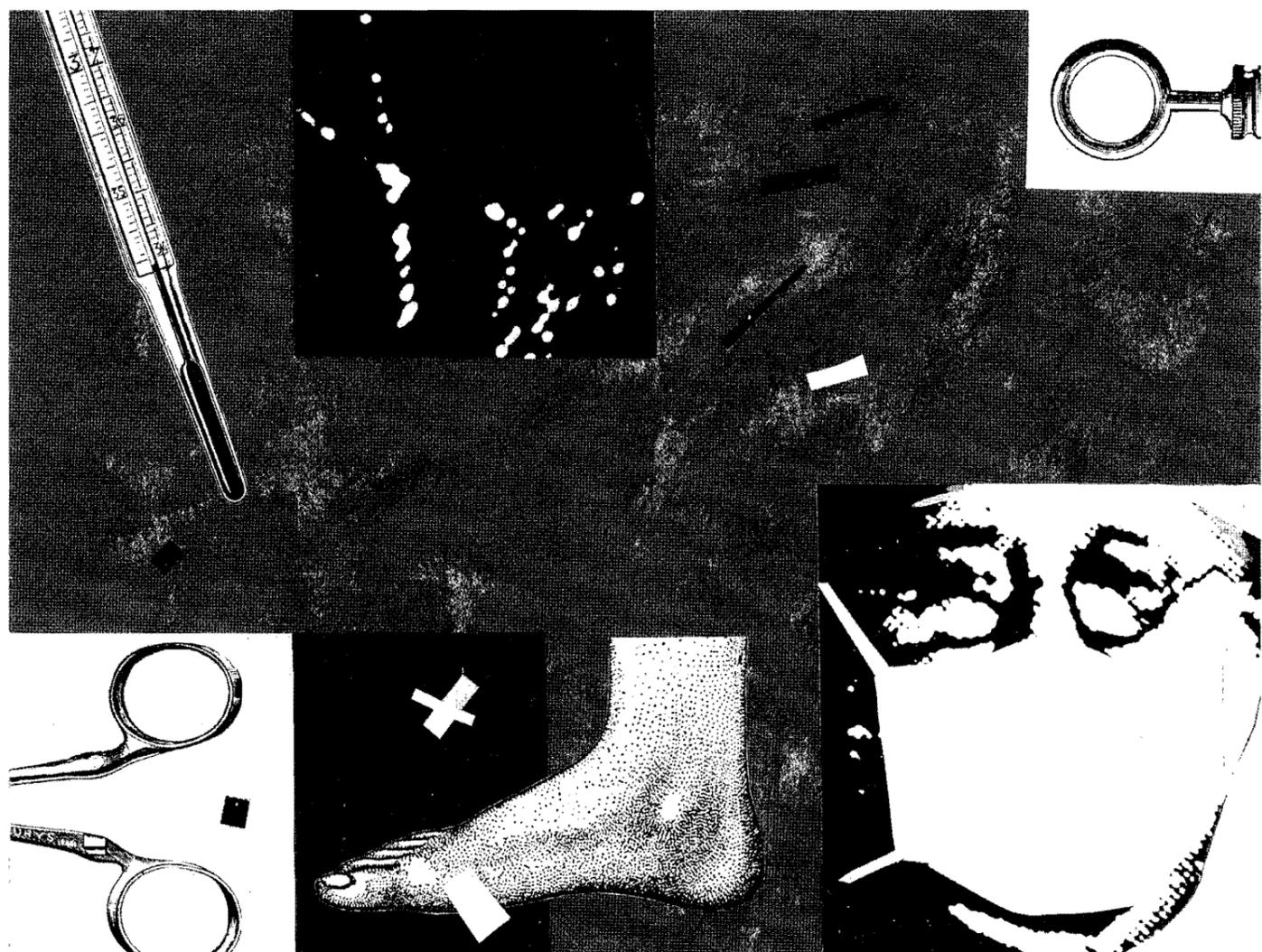
Como ejemplo del poder terapéutico de la nueva medicina molecular, la autora cita a E. Lander, uno de los líderes del proyecto genoma humano, que predice que en el año 2005 se conocerá la secuencia completa de todos los genes de nuestra especie, conocimiento que permitirá en el año 2050 identificar los mecanismos a través de los cuales están implicados en las distintas patologías. Mientras existen pocas dudas de que la informática, la telemática y la robótica, que permitirá utilizar de manera generalizada la cirugía asistida por ordenador, aportarán cambios sustanciales al desarrollo de la medicina, las aportaciones que derivarán del proyecto genoma humano no son tan compartidas. No en vano Wycke menciona en este punto extensas relaciones de expertos en informática y robótica que apoyan la posición relevante de esta ciencia en la medicina del siglo XXI. Esta posición no es suscrita en general por los ingenieros moleculares (excepción hecha de Lander) y ciertamente ignora el creciente número de científicos que defienden que el fenotipo (la patología) no es un producto lineal de los genes y sus productos, sino que en el mismo también participan propiedades complejas, emergentes, que necesitan ser estudiadas a través de teorías dinámicas no lineales, y de las que hoy día nuestro conocimiento es muy limitado. A menudo se tiene la impresión de que Wycke adolece de un claro determinismo genético, muchas veces puesto en boca de biólogos, pero no siempre justificado.

La fe casi ciega en este futuro tecnológico lleva a Alexandra Wycke a describir en el año 2050 un mundo donde casi todas las posibles aplicaciones médicas de los conocimientos

generados en los últimos 20 o 30 años se han hecho ya realidad. El médico tradicional es en ese mundo sustituido por el CompuDoc, que analizará a los pacientes en búsqueda de patologías y ejecutará rápidos análisis bioquímicos y genéticos que serán procesados y remitidos a través de grandes ordenadores a los centros de decisión médica. Las intervenciones quirúrgicas serán dirigidas a distancia y ejecutadas por robots (RoboDoc) mediante la RoboCirugía. La aplicación de estas tecnologías permite a Wycke comparar las causas y tasa de mortalidad en los años noventa con la que presumiblemente existirá en el 2050. Las diferencias serán, según sus fuentes de información, extraordinarias. En el año 2050, solo el 25% de las muertes tendrán como origen patologías asociadas a cáncer, enfermedades cardiovasculares o diabetes, mientras que estas causas constituyen el 85% de la mortalidad en la actualidad. La parte sin duda más negativa de este presunto mundo feliz descrito por Wycke reside al analizar las causas de muerte en ese no tan lejano año. El 25% se relacionará con la eutanasia y el suicidio, y otro 20% con el homicidio, una perspectiva desoladora si no se arbitran mecanismos que lo eviten.

Miedo, incertidumbre y frustración

Esta situación plantea no pocos problemas al futuro ofrecido por Wycke. De una parte, la ciencia aportará soluciones a algunos de los males que actualmente acosan a la población, soluciones que, en cambio, evidencian la perversión de nuestra sociedad al poner más claramente de manifiesto las desigualdades y la inestabilidad social. Por otra parte, las alternativas que ofrece la me-



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

dicina del futuro no parecen tan atractivas y consecuentemente es dudoso que los nagenarios del siglo XXI se sientan atraídos por tales expectativas. Estos temores son hoy día aun más acuciantes dada la respuesta social a Dolly, la oveja clónica, y a la clonación de las células madre en humanos. ¿Quiere y está preparada la sociedad para asimilar este avance tecnológico? La clonación de Dolly introdujo en la sociedad una fractura que quebró el débil equilibrio entre la esperanza que la biomedicina ofrece para curar las enfermedades y el poder de la ingeniería genética, que se muestra con capacidad para alterar nuestro entorno con posibilidades ni siquiera consideradas anteriormente. Ahora, para una buena parte de la sociedad, de la clonación de una oveja a la manipulación de lo que se creía inmanipulable existe un trecho muy corto, y consecuentemente es importante considerar argumentos extracientíficos en toda la posible aplicación de la biomedicina. La desconfianza de gran parte de la sociedad estriba ahora no tanto en lo que los científicos dicen que pueden realizar, sino en lo que no dicen acerca de las implicaciones éticas de lo realizable.

Si las promesas que la tecnomedicina ofrece se cumplen, cada uno de nosotros llevará en la tarjeta de identidad su constitución genética, en la que constarán nuestros genes malos y nuestros genes buenos. Es fácil imaginar la dificultad que el individuo tendrá al confrontarse con el horror de su predeterminación a partir del conocimiento de sus genes. Es necesario por tanto mayor información para explicar a la sociedad la diferencia entre el determinismo genético absoluto y la mera susceptibilidad o predisposición, más o menos evitable. Las informaciones en los medios de comunicación sobre la identificación de genes, generalmente infrecuentes, asociados a procesos patológicos, ha conducido a la sensación de que la mayoría de las enfermedades son consecuencia de la presencia o ausencia de un determinado gen y, consecuentemente, de

que nuestro destino está únicamente en nuestros genes. Otro aspecto que resulta sorprendente en el libro de Wycke estriba en el papel que la autora atribuye al mercado (oferta-demanda) como presión selectiva para la futura aplicación de la tecnomedicina. La medicina, escribe Wycke, «está llamada a caminar por la misma senda que cualquier otra industria relacionada con los consumidores. Sus valedores, los médicos, se convierten en puros intermediarios para distribuir las soluciones a las necesidades de los ciudadanos». Wycke interpreta que la mano invisible del mercado dirigirá estos milagros que la medicina aportará a la sociedad. Es difícil visualizar cómo los consumidores serán capaces de influir sobre las decisiones de los propietarios de los sistemas de acumulación de la información, información que abarca a la genética, la psicología, la economía, etc. Quizás esta falta de seguridad en el futuro explica las previsiones de un 45 % de la población que morirá por suicidio, homicidio o eutanasia.

La posición de E. Golub es bien distinta. Golub sugiere que las nuevas herramientas que la biología molecular y la ingeniería genética aportarán para la solución de las enfermedades crónicas serán más del tipo de la solución aportada por la administración de insulina en los enfermos diabéticos, que la administración de la penicilina para eliminar las infecciones. En otras palabras, las nuevas medicinas contribuirán más al desarrollo de pautas terapéuticas paliativas, haciendo la vida del individuo más confortable, que a resolver la causa intrínseca de la enfermedad. «La comunidad científica mira con interés las posibilidades que ofrece la utilización de la terapia génica como alternativa terapéutica para el futuro». Sin embargo, el presente no es tan halagüeño. Golub plantea serias dudas acerca de las posibilidades reales de las aportaciones de la ingeniería genética a la nueva medicina para contribuir a mejorar el bienestar social en el siglo XXI, cuando a veces soluciones más sencillas no se aplican adecuadamente.

Por ejemplo, Golub señala cómo el sida se ha extendido masivamente cuando hubiera sido posible controlarlo mediante la práctica del sexo seguro y evitando compartir jeringuillas entre los drogadictos.

Golub, partiendo de la aceptación de los grandes logros de la investigación biomédica, preconiza la necesidad del consenso social para su administración adecuada. No sería razonable, señala, utilizar todos los recursos que la medicina tecnificada ha puesto a nuestro alcance, para aplicársela a alguien que ya ha vivido suficientes años. Es la sociedad la que debe determinar el grado de control que los ciudadanos desean sobre sus vidas, de forma que la tecnología creada sirva para liberar a la especie humana más que para esclavizarla. Uno de los aspectos más aterradores que la tecnomedicina ofrece lo constituye la falta de privacidad y humanidad en la práctica médica del futuro, asociada a la pérdida de contacto médico-enfermo que la medicina tradicional implica. La visión de un mundo informatizado y robotizado puede

asimismo ayudar a comprender algunas de las prácticas médicas que están ganando más y más adeptos en nuestra sociedad hacia la medicina alternativa. Como miembros de una sociedad, debemos preguntarnos si queremos construir una medicina científica capaz de lograr la inmortalidad y de prevenir el sufrimiento.

La cultura occidental ha aportado indudables avances a la civilización. Quiero resaltar dos de ellos para terminar: la democracia, esa condición mediante la cual es posible la libertad moral y la honradez intelectual; y la tecnología, esa capacidad de esfuerzo que la humanidad ha desplegado para limpiar el caos generado por la humanidad y para identificar caminos hacia la satisfacción. Ésta, sin embargo, lleva a menudo a la deshumanización, la mayor enfermedad de nuestra cultura, en palabras de Norman Mailer. Nuestro organismo ha sido ya invadido por este virus frente al cual debemos diseñar mecanismos de lucha. Esperemos que la tecnomedicina sea capaz de erradicarlo. □

RESUMEN

Si comparamos el comienzo de este siglo con su final, ciertamente cabe hablar de espectacular avance en la medicina, debido a tres logros: los antibióticos, las vacunas y la mejora de los sistemas de salud pública. Pero, como señala el científico Carlos Martínez-A., el siglo XX ya es pasado y de lo que se trata —de lo que tratan los dos libros que comenta— es de

mirar hacia adelante, hacia ese tercer milenio que se acerca, para analizar las expectativas de la contribución de la ingeniería genética a la emergente medicina molecular; sin olvidar, desde luego, que los indudables avances no han impedido que siga habiendo, en países occidentales, enfermedades crónicas todavía sin curación.

Alexandra Wycke

21st-Century Miracle Medicine: RoboSurgery, Wonder Cures and the Quest for Immortality

Plenum Trade, Nueva York, 1997. 352 páginas. 26,95 dólares. ISBN: 0-306-45565-X.

Edward S. Golub

The Limits of Medicine: How Science Shapes our Hope for the Cure

Times Books/University of Chicago Press, 1997. 272 páginas. 11,95 libras. ISBN: 0-226-30207-5.

Libros para la nueva Europa

Por Juan Velarde Fuertes

Juan Velarde Fuertes (Salas, Asturias, 1927) es profesor emérito de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1992), Premio Jaime I de Economía (1996) y Premio de Economía de Castilla y León «Infanta Cristina» (1997). Es autor, entre otros libros, de Política económica de la Dictadura, Economía española contemporánea. Primeros maestros, Los años en que no se escuchó a Casandra y Hacia otra economía española.

A partir del final de la II Guerra Mundial en 1945 Europa ha emprendido una transformación, al par, profunda y original. Profunda, porque se hace como señaló Hallstein en tres direcciones que se solapan unas y otras continuamente, pero donde existe un hilo director que indica que lo primero que necesitó culminarse era la unión arancelaria —lo que tuvo lugar en 1993—, que debe ser seguida por otra culminación: la de la unión monetaria y económica en general, que ahora mismo está en plena acción, y que se coronará por una unión política cuyos preludios —desde el Acta Única Europea al Parlamento y al Alto Tribunal— ya son puntos de apoyo para otras realidades. Transformación original, porque todo esto se consigue tras mil diálogos, consensos, debates —a veces tan duros como los planteados por Francia en la «cuestión de la silla vacía», desde el 30 de junio de 1965 al Compromiso de Luxemburgo de 28-30 de enero de 1966 sobre los poderes y significación tanto del Consejo de Ministros como de la Comisión—, pero, una vez alcanzado el acuerdo, cimenta casi habría que decir que de modo firmísimo y, desde esa roca como trampolín, continuarán haciéndose excursiones hacia nuevos territorios, y con el norte clarísimo de alcanzar, al final, una unión política.

España comprendió inmediatamente que tenía que participar en esta construcción. Hubo una primera etapa, que podría llamarse «académica y de impulso hacia Europa». Va desde 1946 a 1962 y, sobre todo, son profesores, estudiosos y algunos políticos, a través de seminarios, círculos, publicaciones, asociaciones, los protagonistas. La segunda, que podría denominarse «los preludios», transcurre de 1962 —«Carta de Castiella»— a la culminación del Tratado Preferencial Ullastres de 1970 que tuvo lugar, al extenderlo a los nuevos miembros comunitarios, en 1977. La tercera, que tiene por epígrafe «la negociación», transcurre desde 1977 a 1985, con el apéndice de nuestra aceptación, en 1986, del Acta Única Europea, sin, al contrario que los portugueses, formular reserva de ninguna clase. La cuarta, que se extiende de 1986 a 1998, merece llamarse «la adaptación comunitaria de España», e incluye capítulos tan importantes como la entrada de la peseta en el Sistema Monetario Europeo en 1989. La quinta podría, probablemente, recibir el nombre de «Bajo la bandera del euro».

España, de este modo, cambió profundamente, porque también lo hacía la Europa a la que se adhería. Todas estas transformaciones de nuestro continente parecieron culminar con la liquidación de la Guerra Fría, al caer el Muro de Berlín y producirse los cambios políticos y de fronteras en la parte oriental europea que han alterado, desde 1989, la realidad de nuestro continente. «Todo es nuevo en Europa», como escribió Jovellanos en 1790. Entonces era verdad y, dos siglos después, también lo es.

Desde 1989 para acá, en ese núcleo es-

pecialmente significativo de Europa que es la Unión Europea, han sucedido acontecimientos verdaderamente espectaculares. Alemania amplió su territorio absorbiendo a la llamada Alemania oriental, con lo que, de paso, acabaría por crear una muy seria complicación en el funcionamiento del Sistema Monetario Europeo, que se saldó con una serie de abandonos del mismo, alguno tan importante como el de la libra esterlina, y de diversos realineamientos de las cotizaciones de las monedas respecto al marco alemán, desde 1992 a 1995. En 1991 la Comunidad Económica Europea se transformó, convirtiéndose, gracias al Tratado de Maastricht en Unión Europea (UE). En 1992, prácticamente se fagocitó lo que quedaba de la Asociación Europea de Libre Comercio, la vieja EFTA, tanto por el Tratado de Oporto de 2 de mayo de ese año, que creó el Espacio Económico Europeo (EEE), al que renunció Suiza, como porque Austria, Finlandia y Suecia iniciaron la aproximación definitiva a la UE, que culminaría en 1994. El 1 de enero de 1993 se esfumaron las fronteras aduaneras externas. En 1997 se aprobó el Tratado de Amsterdam, que cambia aspectos importantes de la UE, en el que se ve clara su trascendencia hacia una progresiva unión política, y el 2 de mayo de 1998 se designan los once países, que caminan, en la denominada Zona del Euro, o Eurozona, a partir del 1 de enero de 1999, hacia la unificación monetaria con todas sus consecuencias. La aparición del Banco Central Europeo (BCE) tiene una importancia extraordinaria.

Mientras tanto, comienzan a llamar a las puertas de la UE nuevos países. En cabeza, y casi habría que decir, que en debate, están los de la región mediterránea. La progresiva influencia alemana, que se ha convertido poco a poco en liderazgo, no por discutido menos efectivo, ha hecho que en la práctica se mantenga en condiciones de «statu quo» al área mediterránea, lo que, evidentemente, perjudica a los intereses españoles. El mundo de los Chipre —éste, como consecuencia del contencioso grecoturco—, Malta o, el más próximo, del Magreb, parece congelado para mucho tiempo. La atención de la UE se traslada a la integración de los PECO, o países de Europa Central y Oriental, ese rosario que se inicia en Estonia, concluye en Bulgaria e incluye a los herederos de la pulverizada Yugoslavia. Es evidente que no todos ingresarán al mismo tiempo. En vanguardia van a ir Estonia, Polonia, Hungría, República Checa y Eslovenia. Todo el que conozca algo de la historia diplomática alemana a partir de Bismarck, reconocerá que ese ámbito es, precisamente, el interesante para el mundo germano que ya emplea con desenfado el punto de apoyo fraterno del otro país de ese ámbito, Austria.

La UE no considera que así ha concluido su despliegue. El 1 de abril de 1976 había entrado en vigor la Convención de Lomé, que agrupaba entonces a 46 estados de África, Caribe y Pacífico (ACP), que habían sido, de un modo u otro, salvo Liberia, dependencias coloniales de países comunitarios. Los ACP se ampliaron en 1979, 1984 y 1989, y en el año 2.000 habrá de reconsiderarse su realidad.

Estos países ACP preanunciaban, desde el Caribe, en el que arraigaron gracias a la presencia del viejo conjunto de colonias británicas, incluyendo Guayana en el continente sudamericano, un cierto interés por Hispanoamérica, al integrar a la República Dominicana e, incluso, en calidad de observador, a Cuba. Esta cabeza de puente en una región tenazmente mantenida por Norteamérica en todo lo que ha podido, al margen de las influencias europeas desde hace más de un siglo, es importante, pero últimamente, la constitución y posibilidades de Mercosur —Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay en su núcleo esencial, aunque con voluntad y punto de apoyo para su ampliación hacia Chile, Bolivia y otros países sudamericanos—, ha llevado a establecer lazos especiales entre este área y Bruselas.

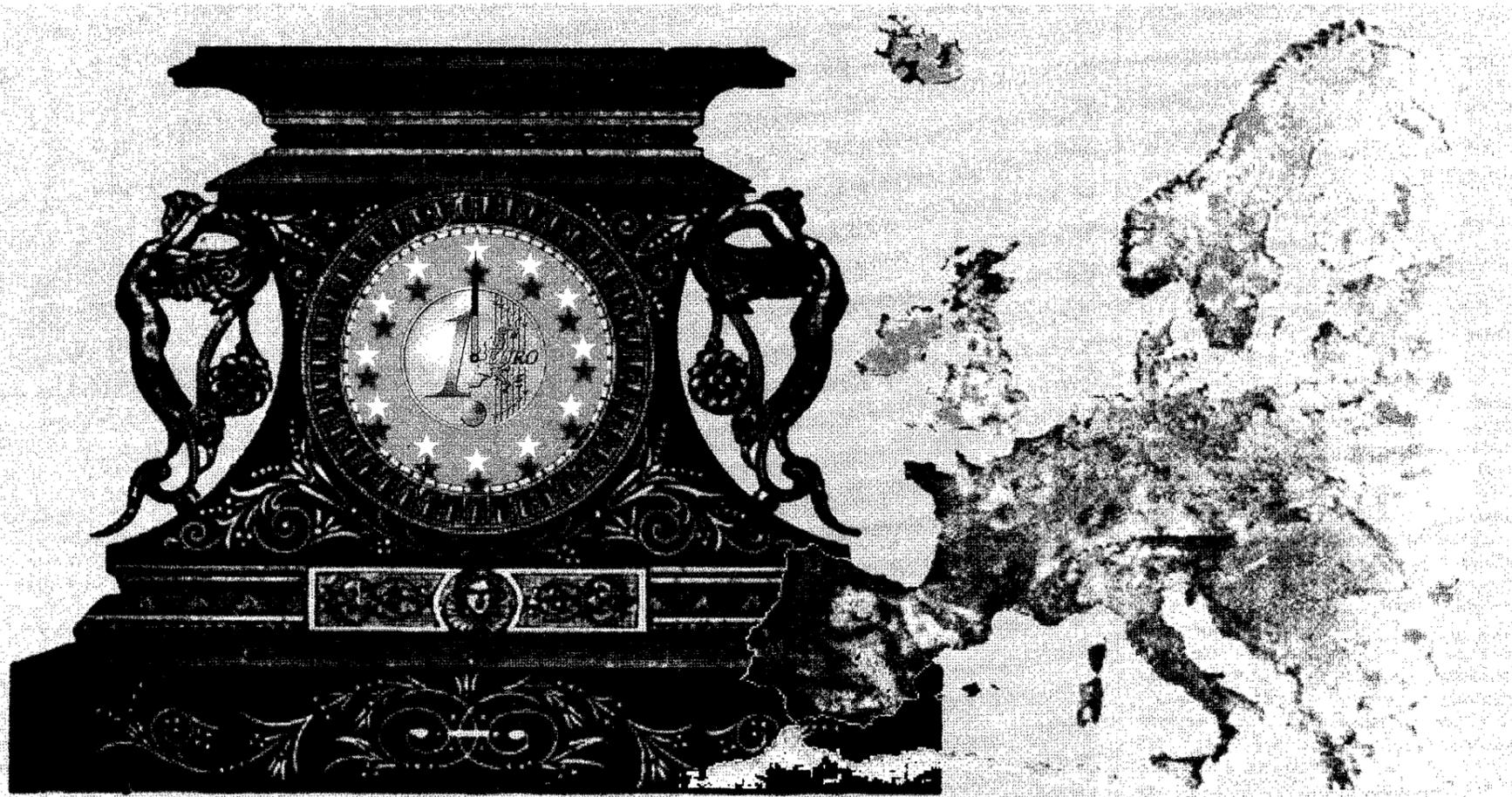
Finalmente, una serie de fuerzas externas —en cabeza los Estados Unidos y tras Norteamérica, multitud de países exportadores de bienes agrícolas de países en vías de desarrollo, que emplean, para su presión, adicionalmente, a la Organización Mundial de Comercio— sumadas a planteamientos internos, y muy en especial, a la delicada situación del empleo en Alemania y a su cansancio fiscal, pueden plantear la necesidad de reestructurar la realidad presupuestaria de la UE.

Todas esas nuevas rutas se intentan aclarar, si es posible, con la llamada «Agenda 2.000», en torno a la cual se diseña una nueva idea de cómo organizar Europa. Asusta pen-



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHIO

sar si, para nuestra sorpresa, tal idea está directamente emparentada con la tesis de Carl Schmitt, publicada en 1939 bajo el título de *La Teoría de los Grandes Espacios con Estado Director* que, como subraya Rogelio Pérez Bustamante en su libro *Historia de la Unión Europea* (Dykinson, 1997, pág. 51) «propugnaba la asociación de los países de Europa en torno a un "Estado Director" —Alemania— para luchar contra el peligro bolchevique». Ahora, terminada la Guerra Fría, la lucha —o si se prefiere, la tarca— tendría otro sentido, pero, en el fondo, podría ser la misma cosa.

Bibliografía española

Más de medio siglo de esfuerzos nos han proyectado, pues, en 1999, a ser en España testigos directos de la metamorfosis que se deriva de haber transferido la soberanía monetaria a una anficiónía de once países, en la que participamos, concretada en un Banco Central Europeo. Además tiene lugar en un momento en el que se observan crisis económicas muy graves en el Pacífico asiático y en Rusia; tensiones muy preocupantes, que pueden degenerar en crisis, en Iberoamérica; dudas crecientes sobre la capacidad norteamericana de mantener incólume su prosperidad actual; finalmente, perturbaciones serias en otras regiones, como son los países productores de hidrocarburos, no sólo iberoamericanos, sino de Oriente Medio y de África; finalmente, crisis sin paliativos en África del Sur y una más que preocupante realidad económica en Gran Bretaña.

Todo esto, al mismo tiempo que se toma nota, casi con asombro, de cómo la economía española parece beneficiada por esas transformaciones, ha provocado un alud de publicaciones en 1998. He seleccionado la crítica de cuatro de estos libros. El primero, proporciona un panorama general de este fenómeno europeo; es el de Gonzalo Anes, *Una reflexión sobre Europa para los españoles de la última generación*. En segundo lugar, hay que situar los dos volúmenes de

El Tratado de Amsterdam. Análisis y comentarios, obra dirigida por Marcelino Oreja Aguirre y coordinada por Francisco Fonseca Morillo. En tercer y cuarto término deben situarse las dos obras más interesantes escritas, a mi juicio, sobre el euro. Son, por su prontitud en aparecer en el mercado y su rigor, la de Ramón Tamames, *Unión Monetaria y euro: la recta final*, y, por su claridad expositiva, *La guía del euro. Todas las respuestas sobre la moneda única y sus últimas novedades*, dirigida por Emilio Ontiveros y Francisco J. Valero, en su segunda edición ampliada. No quiere esto decir que se cierre aquí el apartado de las obras importantes que, si se quiere profundizar en relación con estas cuestiones, debieran manejarse. En cabeza sitúo tres: muy en primer lugar, la de Jaime Requeijo, *El euro y la economía española. Esperanzas e inquietudes* (Marcial Pons, 1998); clarísima y brillante es la de Guillermo de la Dehesa, *El reto de la unión económica y monetaria* (Instituto de Estudios Económicos de Galicia Pedro Barrié de la Maza, 1998) y, asimismo, fundamental y muy rigurosa es la dirigida por Álvaro Anchuelo Crego, *Consecuencias económicas del euro* (Civitas, 1998). Se trata de toda una riada de buena literatura económica, de la que fue adelantada Carmela Martín con su *España en la Nueva Europa* (Alianza, 1997), y a la que casi me atrevería a añadir una obra colectiva, y que no juzgo por ser uno de los autores, *La economía española ante una nueva moneda: el euro* (Civitas, 1998).

Son, en total, los que he seleccionado, cuatro análisis muy importantes, sin cuya consulta podemos encontrarnos, en más de un sentido, perdidos ante los actuales acontecimientos.

Reflexión sobre la nueva Europa

La obra de Gonzalo Anes, *Reflexión sobre Europa para los españoles de la última generación* debe situarse en la embocadura de

estas cuatro noticias bibliográficas. España, por todo un conjunto de motivos bien conocidos de los historiadores, fue cerrando sus valvas a lo largo del siglo XIX —en expresión de Unamuno—, y tras la I Guerra Mundial la apertura de ellas fue mínima hasta, por lo menos, 1959, en que tornó, más que a abrirlas, a entornarlas con cautela. Alguien tenía que explicar a los así absurdamente protegidos qué era lo que sucedía en el conjunto del arceife europeo, qué era de verdad eso que se denominaba Europa. Para ello se necesitaba, echar mano de un gran maestro que reuniese cuatro cualidades. La primera, saber mucha economía, porque, de otro modo, el proceso de la significación actual de nuestra integración con Europa iba a resultar tremendamente confuso; la segunda, conocer mucha historia, porque sin eso, la exposición de lo que significa Europa quedaría en tinieblas; la tercera, tener mucha cultura, para poder situar con tino datos a veces dispersos; la cuarta, escribir muy bien, porque sin eso, sin efectuar brillantes síntesis, el mensaje no sería muy leído y, por ello, no existiría un impacto rápido y al mismo tiempo, amplio. Afortunadamente, cuando se concluye de leer este libro, queda claro que ese maestro existía entre nosotros y que era Gonzalo Anes.

El volumen tiene dos partes, muy desiguales de longitud, pero no de interés. Los ocho primeros capítulos son obra de Gonzalo Anes, quien presenta un gran friso que se inicia con un estudio acerca de lo que se debe entender como «espacio europeo», identificado por «sus costas recortadas, su clima templado, su variedad botánica y paisajística» (págs. 17-20). En él se asentaron los primeros homínidos, con el «Homo erectus» «hace, quizá, algo más de un millón de años» (pág. 21). El relato concluye con una síntesis de aquellos momentos en los que, con frase feliz, José María García Escudero señaló que «el siglo XX se volvió loco», esto es, los que transcurren desde la I Guerra Mundial a los preludios de la II (pág. 231). La segunda parte, que se titula *La Europa de nuestros días*, que en el texto (pág. 233) aparece como

«Epílogo» y en el «Índice» (pág. 10), como «Capítulo IX», constituye el relevo de la pluma de Anes por la de una de nuestros mejores expertos en política internacional, Darío Valcárcel, quien ofrece una lúcida síntesis de la marcha hacia la Unión Europea. Llega en su texto hasta la situación actual de «los once» que emprenden la tarea de culminar la Unión Económica y Monetaria y su posible expansión hacia acuerdos ulteriores sobre la defensa europea y, naturalmente, hacia una política exterior común (pág. 259).

De ahí que, casi de modo obligado, convenga tener a mano los dos gruesos volúmenes, dirigidos por Marcelino Oreja Aguirre, y coordinados por Francisco Fonseca Morillo, titulados *El Tratado de Amsterdam. Análisis y comentarios*. Lo que impresiona en esta obra son dos cosas. La primera, la oportunidad de su aparición. El tratado de Maastricht, como inmediatamente anunció el Premio Nobel de Economía, Maurice Allais, se había convertido en una pesadilla. Alemania, Francia y Dinamarca, de modos diversos, tomaron sus distancias del texto. Pero superarlo, y en cuestiones muy complejas, además, no era tarea fácil. Una vez suscrito su sucesor, el Tratado de Amsterdam, enjuiciarlo con profundidad y rapidez era una tarea difícilísima. Basta tener en cuenta que su firma tuvo lugar el 2 de octubre de 1997. Por eso debe destacarse, en segundo lugar, el esfuerzo conjunto de análisis del documento desde enfoques múltiples que presenta este libro.

Como se destaca en la página XXI del volumen I, esta tarea se aborda con una metodología multidisciplinar, aunque basada en ponencias a cargo (pág. XXVII) de «los colegas titulares de las Cátedras Jean Monnet y Directores de los Centros de Documentación Europea de la Comunidad de Madrid», en las universidades: Nacional de Educación a Distancia, San Pablo-CEU, de Alcalá de Henares, Autónoma de Madrid, Complutense de Madrid, Carlos III y Rey



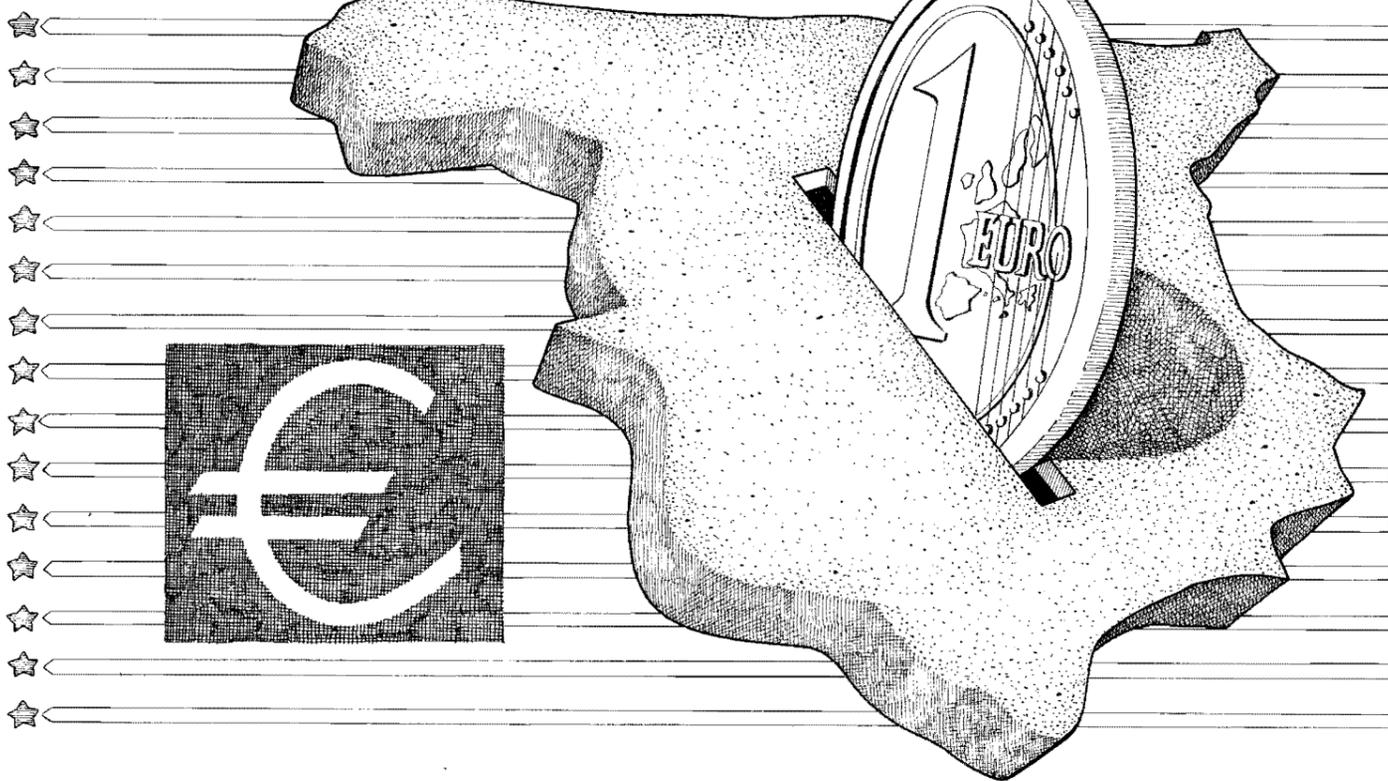
Viene de la página anterior



Libros para la nueva Europa

Juan Carlos I. Aparte de ello, el coordinador pertenece a la Universidad de Valladolid y la obra ofrece un preámbulo de alta calidad, titulado *Europa como idea y como proceso*, del que es autor el gran internacionalista Antonio Truyol Serra. Al observar éste lo sucedido entre el 9 de noviembre de 1989 –caída del muro de Berlín– y el 2 de octubre de 1997, firma del Tratado de Amsterdam, se siente obligado a advertir (págs. 14-15) que «la Unión Europea está confrontada, una vez más, con dos grandes problemas: el de su ampliación a nuevos miembros y el de los cambios requeridos en sus instituciones que, pensadas para regir una Comunidad de seis miembros, han alcanzado el límite de su aplicabilidad. Se trata de decisiones políticas de gran alcance, que no pudieron ser resueltas por el nuevo Tratado». En su culminación adecuada «están en juego –concluye el profesor Truyol– la tensión entre la unidad y la diversidad, inherente al ser de Europa, la adecuada ponderación de la representación y los votos de sus órganos –recuérdese el problema ya indicado de “la silla vacía”– entre el buen camino de la Unión y el de sus miembros, finalmente inseparables, y en definitiva, la esencia misma de la conciencia de una Europa que no tiene otra posibilidad de asumir su papel en la historia fuera de una unión que, tantas veces puesta a prueba en un camino lleno de obstáculos, ha conseguido hasta el presente sortearlos».

El volumen I se divide en cuatro partes y un «Post-Scriptum». La primera de ellas es el relato del camino que va de Maastricht a Amsterdam, con un jugoso análisis –debido, como ponente al profesor Martínez Cuadrado– sobre el poder constituyente de la Unión en las págs. 49-71; la segunda se dedica a analizar sistemáticamente el nuevo tratado de la Unión Europea; la tercera pretende establecer la congruencia entre el Tratado de Amsterdam y los desafíos de la construcción europea, que son recogidos exhaustivamente; en fin, la cuarta se plantea qué modelos son los adecuados para el espacio europeo, y prácticamente concluye, en el capítulo 2, del que es ponente Íñigo Cavero Lataillade, con esta sugerencia aparecida en la pág. 751 tomada de Quermonne sobre las bases del modelo político común, que estaría fundado en «el dualismo del ejecutivo, con una distinción neta entre el papel del Jefe del Estado y el



PÉREZ D'ELÍAS

de Gobierno; la colegialidad del Gobierno, fruto del sistema de partidos políticos representado en el Parlamento, y el partenariado entre el Estado y sus colectividades territoriales, basado en un sistema de cooperación que prime las competencias compartidas sobre las exclusivas». Marcelino Oreja Aguirre cierra prácticamente esta obra (pág. 822) con estos párrafos que me atrevo a calificar de perfectos: «Europa no es ni una opción entre otras (¿se ha parado alguien a pensar en las alternativas posibles?) ni un puro ideal, ni tampoco un modelo más o menos perfeccionado de integración económica. Hay que ser conscientes de que Europa es una componente esencial y necesaria de la política de todos y cada uno de sus Estados. La construcción europea es un factor necesario que conviene explotar en todo su potencial, sin refugiarse en una concepción decimonónica de la soberanía que no se corresponde con la realidad». El volumen II contiene los textos,

debidamente puntualizados, y aclarados, con las nuevas y viejas numeraciones y demás alteraciones experimentadas, del Tratado de Amsterdam y del Tratado de la Unión Europea, o Tratado de Roma.

Se necesitaba un libro que, de algún modo, fuese exhaustivo en relación con la cuestión del euro. Con prontitud ejemplar nos lo facilitó Ramón Tamames con su obra *Unión Monetaria y euro: la recta final*. No en balde el profesor Tamames fue el autor del mejor estudio sobre el Mercado Común europeo, procedente de su tesis doctoral, que albergaba la raíz de la obra fundamental para conocer sus consecuencias, *La Unión Europea* (Alianza, 3ª edición, 1995). El estilo de su nuevo libro es claro y el tono es de una brillantez desenfadada que lo convierte en especialmente atractivo. El método que emplea es, al principio, el histórico a partir de la aportación del injustamente olvidado profesor belga, con amplias residencias en Norteamérica, Robert Triffin, en su obra *El caos monetario*, cuya primera edición se remonta a 1958. Vemos así evolucionar al Sistema Monetario Europeo, conocemos los precedentes y las consecuencias de la Unión de Maastricht y entendemos con claridad el paso del Instituto Monetario Europeo al Banco Central Europeo. Después ya se ofrece un excelente panorama de lo que significa el euro en acción, hasta sus menores detalles, desde el TARGET al que denomina con gracia «NASDAQ europeensis» –apuntando, pág. 236, nota 1, la posibilidad de que se convierta en una filial del NASDAQ norteamericano o mercado de valores rival de Wall Street–, y un capítulo en el que confirma el saldo muy favorable de la operación, pero sobre todo liquida una crítica que se ha hecho de modo casi machacón a nuestro ingreso en la Unión Monetaria: que se perdía libertad en la fijación del tipo de cambio de la peseta. El profesor Tamames, de modo incontestable replica (págs. 296-297): «En la hipótesis de no entrada no cabría ni siquiera la posibilidad de recurrir a los mecanismos –tan valorados por los “detractores” de la Unión Monetaria (UM)– de la pretendida libertad de cambio exterior. Porque no siendo socio de pleno derecho de la UM, lo más lógico sería situarse dentro del Sistema Monetario Europeo (SME-bis o Nuevo Mecanismo de Tipos de Cambio), en el cual únicamente el Banco Central Europeo tendrá la capacidad para

determinar los realineamientos de valor de las monedas residuales. Lo cual irremisiblemente pondrá fin a las tan scorridas devaluaciones competitivas que... acarrearán más problemas que soluciones».

Me atrevo a recomendar, por la originalidad de su planteamiento, un libro más, porque la claridad expositiva, a través de un sistema de preguntas y respuestas, de gráficos clarísimos y de cuadros estadísticos oportunos, es la característica más importante de *La guía del euro. Todas las respuestas sobre la moneda única y sus últimas novedades*, dirigida por Emilio Ontiveros y Francisco J. Valero. En general es expositivo, pero también se pronuncia en relación con lo que podría llamarse el «círculo virtuoso de la Unión Monetaria» –la reducción de los déficit públicos provoca una bajada de los tipos de interés, lo que origina un impulso a la inversión y al empleo, con lo que aumenta el consumo, lo que motiva un incremento de los ingresos fiscales y de las cotizaciones sociales, causándose así una reducción de los déficit públicos, y todo vuelta a empezar (pág. 46)–, por lo que se asegura en la pág. 45 que «debemos pensar que el proceso iniciado con el Tratado de la Unión Europea es, en principio, irrevocable, y que los costes de no integrarse en la Unión Monetaria en la primera ocasión hubiesen sido más elevados, al menos a corto plazo. España hubiera estado obligada a aplicar una política monetaria igualmente restrictiva bajo una cierta supervisión del Banco Central Europeo y del mercado, sin contar con los beneficios que proporciona la fortaleza y estabilidad del área del euro».

Unamuno, en *En torno al casticismo*, escribió que el porvenir de nuestra sociedad «no surgirá potente hasta que lo despierten vientos y ventarrones del ambiente europeo». Por lo escrito en todos estos libros, ya ha despertado. □

RESUMEN

Para Juan Velarde Fuertes, el cambio de nuestro continente es sencillamente espectacular, a causa del proceso de la unión europea. Ahora, con la aparición de la Eurozona, todo esto incluso asombra. A lo largo de 1998 se publicó, en España, una gran cantidad de excelentes investigaciones sobre la cuestión.

Velarde selecciona cuatro, de las que son autores, coordinadores o directores Gonzalo Anes, Marcelino Oreja con Francisco Fonseca Morillo, Ramón Tamames y, finalmente, Emilio Ontiveros con Francisco J. Valero. Sin su consulta, sabremos poco de lo que realmente sucede.

Gonzalo Anes

Una reflexión sobre Europa para los españoles de la última generación

Biblioteca Nueva, Madrid, 1998. 261 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-7030-522-0

Marcelino Oreja (dir.) y Francisco Fonseca Morillo (coord.)

El Tratado de Amsterdam de la Unión Europea. Análisis y comentarios

McGraw Hill, Madrid, 1998. Vol. I: L+839 páginas.; vol. II: XX+344 páginas. 12.270 pesetas. ISBN: 84-481-1411-6.

Ramón Tamames

Unión monetaria y euro: la recta final

Espasa, Madrid, 1998. 318 páginas. 2.400 pesetas. ISBN: 84-239-7767-6.

Emilio Ontiveros y Francisco J. Valero (dirs.)

La guía del euro. Todas las respuestas sobre la moneda única y sus últimas novedades

Escuela de Finanzas Aplicadas, Madrid, 1998, 2ª ed. ampliada. 413 páginas. 3.500 pesetas. ISBN: 84-893-7806-1.

En el próximo número

Artículos de José-Carlos Mainer, Vicente Palacio Atard, Darío Villanueva, Alonso Zamora Vicente, Ramón Barce, Francisco Vilardell y Román Gubern.

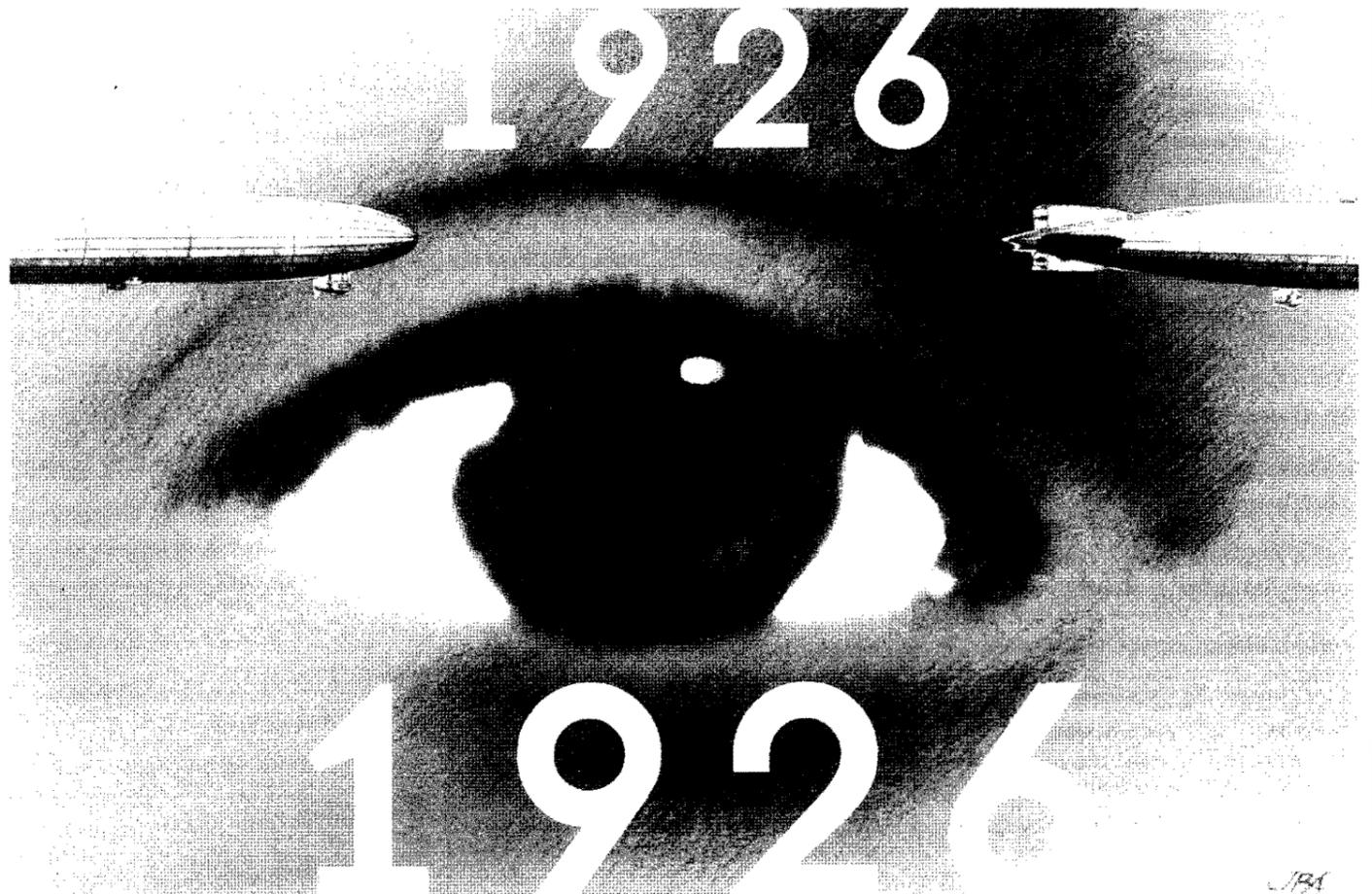
Otro modo de contar la historia

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata (1902-1939)*, *La doma de la Quimera*, *De postguerra y el ensayo de teoría* Historia, literatura, sociedad.

Ya no aprendemos de la historia, confirma—sin demasiada melancolía— el autor de este sugerente libro sobre 1926. Seguramente tiene algo de razón, pero eso no nos exime de recomponer con solvencia y rigor la trama del ayer: puede que para algunos la «ilusión de la experiencia directa del pasado» lo sea todo, como lo es para quienes asisten a las minuciosas reconstrucciones que nos brinda el cinematógrafo o para quienes frecuentan los lujosos locales retro donde toda exquisitez tiene su asiento; otros, sin embargo, siguen interrogando a las sombras del pasado para saber qué hubo tras la superficie de las cosas e incluso creen percibir que un misterioso hilo une las experiencias de entonces y las de ahora. No quizá el de la amonestación y el aprendizaje, sino el de la causalidad y la reiteración.

El de 1926 fue un año bastante vulgar en lo que concierne a la vida política de entreguerras: la Alemania de Weimar ingresó en la Sociedad de Naciones (una liga supranacional casi absolutamente inútil pero que afianzó como ideologías usaderas el internacionalismo y el pacifismo) y varios países ingresaron en el turbio elenco de las dictaduras (Portugal, con el general Carmona, y Polonia, con el mariscal Pilsudski); hubo una sonada huelga general en Inglaterra e Hiro-Hito ascendió al rango de emperador del Japón. En lo que concierne a las letras y a la cultura fue, sin embargo, un momento de excepcional valor, tanto que casi nos induce a pensar que la coincidencia cronológica no pudo ser un azar: Max Brod publicó *El castillo* de Franz Kafka y Bertolt Brecht, *Un hombre es un hombre*; Walter Benjamin—a la sazón perdidamente enamorado— escribió *Dirección única* y puso a su frente las



JUAN RAMÓN ALONSO

palabras: «Esta calle se llama Asja Lacis, nombre de aquella que como ingeniero la abrió en el autor» (la peculiar disposición abierta de los proyectos y libros del escritor recuerda no poco a la del volumen que ahora comento); André Malraux dio a conocer *La tentación de Occidente*, Henri de Montherlant entregó a la imprenta *Los bestiaros*, Jean Cocteau estrenó *Orfeo* y Georges Bernanos y Paul Morand terminaron *Bajo el sol de Satán* y *Nada más que la tierra*, respectivamente; William Butler Yeats editó *Una visión* y el coronel Lawrence, *Los siete pilares del Islam*, a la vez que su homónimo el novelista publicaba *La serpiente emplumada*; Luigi Pirandello inquietó a sus contemporáneos con *Uno, ninguno y cien mil*,

mientras un desconocido narrador argentino, Roberto Arlt, inquietaría a muchos lectores futuros con *El juguete rabioso* (una de las mejores novelas americanas del siglo), Ramón del Valle-Inclán publicaba *Tirano Banderas* y el joven Federico García Lorca leía, recién impresa en las páginas de *Revista de Occidente*, la «Oda a Salvador Dalí». Agatha Christie obtuvo uno de sus mayores éxitos con *El asesinato de Rogelio Ackroyd* (aquella novela de Poirot en la que el narrador es... el asesino) y Alfred Hitchcock realizó su primera obra personal, *The lodger* (compruebo que en España se tituló *El enemigo de las rubias*; fue la primera reflexión del autor sobre su dilecto tema de la falsa culpabilidad del protagonista y también la primera vez en que su propia imagen asomó fugazmente en un momento del filme). Fritz Lang rodó *Metrópolis* cuyo guión—políticamente tan ambiguo— era de su esposa, la escritora nazi Thea von Harbou, mientras el propio inventor del nacionalsocialismo, Adolf Hitler, publicaba *Mein Kampf*, uno de los libros clave de nuestro siglo (lo decidió así un jurado internacional en la reciente exposición universal de Lisboa y, en verdad, no hay demasiados motivos para que lo neguemos).

Todos estos libros y filmes se citan en algún lugar de las páginas de *In 1926. Living in the Edge of Time*. El lector español

podría añadir alguno, pero no muchos, porque su autor, Hans Ulrich Gumbrecht, es un romanista avezado, trabajó bastantes años en la Universidad de Salamanca, casó con española e incluso a él debemos acá el descubrimiento de la «estética de la recepción» cuando, en el lejano 1971, compiló y publicó el volumen *La actual ciencia literaria alemana*, editado por Anaya e instado por la curiosidad siempre despierta de Fernando Lázaro Carreter. Quizá hubiera valido la pena citar *El profesor inútil*, de Benjamín Jarnés, porque esa novela arranca con una de esas reflexiones que son casi un lema (Julio, el dómine titular, dice: «Pienso, luego existo. Existo, luego soy feliz») y porque después habla de la incitante posibilidad de escribir un «Tratado sobre la vaguedad e indecisión» y un «Manual de correspondencia entre la naturaleza y el arte», que imaginamos claramente postbaudeleriano. Julio es un transeúnte despistado y algo poeta, un Charlot de vergonzante clase media que ha sido seminarista, que es asediado por la realidad más seria y siempre busca salir por la imaginación más gratuita: le ofrecen *El Sol* desde un quiosco de prensa y piensa con horror («¡Maeztu! ¡Grandmontagne!») y se compra un tebeo de *Pinocho* (los dibujaba con suma gracia Salvador Bartolozzi y se



En este número

Artículos de			
José-Carlos Mainer	1-2	Ramón Barce	8-9
Vicente Palacio Atard	3	Francisco Vilardell	10-11
Darío Villanueva	4-5	Román Gubern	12
Alonso Zamora Vicente	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Otro modo de contar la historia

inspiraban, claro, en el célebre personaje de Carlo Collodi).

Gumbrecht piensa seguramente –con Walter Benjamin– que la mayor satisfacción intelectual proviene de lograr ensartar una cita ajena en su lugar. Él ha preferido usar un término heideggeriano («*stimmung*») para designar el particular impulso de comprensión que le ha llevado a escribir al hilo de un repertorio de lecturas. Pero sabe también que si el mundo está escrito en los «textos», se halla también en los «artefactos» que lo componen. A ese modo de trabajo intelectual –la mezcla de literatura y vida, la paciencia del jugador de rompecabezas y el atrevimiento del tirador de espada– corresponden las tres primeras partes de su libro: «Ordenaciones» («arrays»), «Códigos», «Códigos colapsados». Esas «ordenaciones» o «encuadramientos», ilustrados con fulgurantes citas de los libros ya citados, corresponden a una percepción nada superficial de los «roary twenties»: por orden alfabético (en lengua inglesa, cla-

ro) figuran, entre otros elementos analizados, los aviones, los americanos en París, las cadenas de montaje, los automóviles, los bares, el boxeo, los toros, los ascensores, los ingenieros, la gomina, los gramófonos, el jazz, el alpinismo, los palacios del cine, los transatlánticos, los ferrocarriles, las terrazas-jardín, las estrellas de cine, las huelgas, los teléfonos, los cronómetros y la telegrafía sin hilos... ¿Cómo olvidar que en 1926 Jack Dempsey perdió el campeonato mundial de los pesos pesados frente a Gene Tunney, o que éstos fueron los días de popularidad de Paulino Uzcudun? ¿Cómo no recordar que en 1926 murió de septicemia Rodolfo Valentino, que acababa de rodar *El hijo del Caid*? ¿Y que Roald Amundsen se embarcaba en el dirigible «Norge», construido por la Italia de Mussolini, con el propósito de sobrevolar el Polo Norte (hay un apartado especial dedicado a las expediciones árticas y antárticas)? ¿O que en 1925 se había descubierto el sarcófago intacto de la tumba de Tutankamon, tema que sería pasto de los periódicos sensacionalistas a lo largo de 1926 (hay también una sección de «Momias»; y es lástima que *La momia*, el filme de Boris Karloff, que rodó Karl Freund sea de 1932: sobre todo porque, además, Freund fue el director de fotografía de *Metrópolis*)?

Los «Códigos» que componen la segunda parte de *In 1926* explicitan las líneas de tensión de la época en forma de una dialéctica que no siempre se resuelve en una síntesis nueva: la «autenticidad» como aspiración se enfrenta a la complacencia en la «artificialidad»; el centro –en sus sentidos geográfico y cultural– compite con el atractivo de la «periferia»; la «inmanencia» pugna con la «trascendencia»; la exigencia de «individualidad» con la tentación de la «colectividad»; las pautas de lo «masculino» con las de lo «femenino», como las del «silencio» con las del «ruido»; el «presente» se enfrenta al «pasado», la «sobriedad» a la «exuberancia» y la «incertidumbre» a la «realidad». Los «Códigos colapsados» de la tercera parte del libro son aquellos de los precedentes que han alumbrado alguna forma de «tertium datur»: entre la acción y la impotencia ha surgido una nueva forma de «tragedia», como de la mezcla de autenticidad y artificialidad, un nuevo «vitalismo»; de la pugna entre el individualismo y el colectivismo

ha sobrevenido el culto al «líder», y de la confrontación de lo «masculino» y lo «femenino» progresivamente subrayados por la moda, ha llegado la incertidumbre de lo «transexual».

Como previene Gumbrecht en el «Manual de usuarios» que encabeza su libro, las dos últimas partes («Después de aprender de la historia» y «Existiendo en los mundos de 1926») están escritas en la lengua habitual de un ensayo científico. Sólo hasta cierto punto es así. En el primer trabajo hay mucho de autobiografía intelectual (tal lo son las sabrosas seis reglas sobre la manipulación para escribir historia... después de haber renunciado a aprender de ella) y de personalísima reflexión sobre la opción entre «interpretar» o «reproducir» como dilema específico del historiador de hoy. Y la quinta y última parte regresa, en más de un sentido, a la estrategia inicial –una suerte de holografía de citas– pero ahora sin pretender inocencia alguna: los tres últimos libros-síntesis de 1926 son *Sein und Zeit* de Heidegger (que se publicó en 1927 pero se concluyó en 1926), una novela simbólica y racista de un futuro jerarca cultural nazi (*La batalla de las estrellas* de Hans Friedrich Blunk) y el singular testimonio de un holandés, Carl van Vechten, sobre el mundo del Harlem neoyorquino (*El cielo de los negros*). De las desventuras del «dasein» y la inquietud de la «sorge» que lo impulsa, pasamos a la tosquísima fe del racismo crudo y, por último, a la mezcla de mala conciencia y buena fe de un racismo al revés, del exotismo. Angustias, en fin, de 1926...

Gumbrecht reconoce en el prólogo escribir al final del ciclo de la historiografía

marxista –tan celosa de su última intención moral– y del declive de la prestidigitación deconstruccionista y del atractivo de la «nouvelle histoire». Apocaliptismos, por supuesto, de 1998 que ya se han leído en las palabras preliminares de algún que otro libro, incluso de uno mío. Lo que no quita nada de verdad a la cuestión de fondo: es una «*captatio benevolentiae*» –dirigida a la indulgencia de la posteridad más que a nuestros contemporáneos, sin duda– que se ha convertido en obligatoria. Seguramente, como ha escrito el autor, «la batalla por preservar lo moderno (esto es, lo no-postmoderno) es ya una causa perdida». Pero, en tanto, hemos ganado otra manera de contar las cosas. Es posible que Gumbrecht haya recordado una hermosa reflexión del libro *Dirección única* (¡1926, claro!) de Benjamin, que yo he llegado a saberme de memoria: «El trabajo en una buena prosa tiene tres peldaños; uno musical, donde es compuesta; otro arquitectónico, donde es construida, y, por último, uno donde es tejida». La prosa y hasta la concepción de este libro tienen indicios suficientes de haber pasado por las tres fases. Al fin y a la postre, la historia no deja de ser una forma de narración y, en tal sentido, *In 1926* es un estupendo relato, un bonito «ensayo de simultaneidad histórica» (tal debió ser su primer subtítulo, según cuenta el autor). Y seguramente es también algo más: a despecho de los postmodernos de este mundo, en 1926 anidaban ya las pesadillas de 1939, el naufragio de 1929 y si se me apura algo también de las esperanzas de 1945 (algún día habrá que escribir otro libro como éste sobre esa fecha: pero eso será asunto de otra reseña). □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas de la *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Otro modo de contar la historia», por José-Carlos Mainer, sobre <i>In 1926. Living in the Edge of Time</i> , de Hans Ulrich Gumbrecht	1-2
«La diplomacia española del siglo XVIII», por Vicente Palacio Atard, sobre <i>Les diplomates espagnols du XVIII^e siècle. Introduction et répertoire biographique (1700-1808)</i> , de Didier Ozanam	3
«Humanidades y Sociedad», por Darío Villanueva, sobre <i>Las Humanidades en la era tecnológica</i> , de Ciriaco Morón Arroyo	4-5
«Ernesto Bark vuelve a la brega», por Alonso Zamora Vicente, sobre <i>Ernesto Bark. Un propagandista de la modernidad (1858-1924)</i> , de Dolores Soriano Mollá	6-7
«Reflexiones tardías sobre Hanns Eisler», por Ramón Barce, sobre <i>Eisler. Eine Biographie in Texten, Bildern und Dokumenten</i> , de Jürgen Schebera	8-9
«Práctica diaria de la medicina», por Francisco Vilardell, sobre <i>Evidence-based Medicine. A Framework for Clinical Practice</i> , de Daniel J. Friedland (ed.)	10-11
«Franco, sujeto y objeto de cine», por Román Gubern, sobre <i>Le franquisme et son image. Cinéma et propagande</i> , de Nancy Berthier	12

RESUMEN

Aunque H. U. Gumbrecht, el autor del ensayo de simultaneidad histórica que comenta Mainer, piensa que ya no se aprende de la historia, ésta está ahí invitándonos a recomponer con solvencia y rigor la trama del ayer. Gumbrecht se detiene en un año cualquiera de este

siglo, 1926: cuando la República de Weimar ingresó en la Sociedad de Naciones, se publicó *El castillo*, de Kafka, Fritz Lang rodó *Metrópolis* y aparecieron, entre otros libros, *El asesinato de Rogelio Ackroyd*, de Agatha Christie, y *Mein Kampf*, de Hitler.

Hans Ulrich Gumbrecht

In 1926. Living in the Edge of Time

Harvard University Press, Cambridge (Mass., EE.UU.), 1997. 518 páginas. 29,50 dólares. ISBN: 0-674-00056-00.

La diplomacia española del siglo XVIII

Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de Historia. Es autor, entre otras obras, de Los españoles de la Ilustración, La España del siglo XIX, Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939 y Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia.

Didier Ozanam es uno de los hispanistas franceses actuales que más atención ha dedicado a la historia de la diplomacia y de la política internacional del siglo XVIII. Desde hace cincuenta años ha investigado en el Archivo Histórico Nacional, en el Archivo General de Simancas, en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia y en la Biblioteca Nacional de Madrid. Su colaboración en el tomo XXIX de la *Historia de España de Menéndez Pidal* refleja los resultados de muchos años de trabajo. También ha publicado algunas importantes colecciones documentales, como la correspondencia entre Carvajal y el duque de Huéscar. Más recientemente y en colaboración con F. Abbad, ha publicado un repertorio biográfico de los intendentes españoles del siglo XVIII, que constituye una de las más importantes contribuciones al conocimiento del personal de la alta administración de aquella época.

En el libro que ahora comentamos culmina una obra de muchos años, realizada con paciencia y rigor. El repertorio biográfico está precedido de una extensa introducción, en la que expone consideraciones de carácter general, acompañadas de numerosas tablas que sintetizan los datos.

La primera Secretaría de Estado y los asuntos exteriores

Los miembros del servicio diplomático dependían de la primera Secretaría de Estado, cuyos titulares durante el reinado de Felipe V se limitaron a secundar las directrices de la política internacional impuestas por Isabel de Farnesio. Los Secretarios de Estado de las diferentes ramas de la administración despachaban separadamente con el Rey y no formaron un cuerpo colegiado, es decir, un consejo deliberante a manera de gobierno. Sólo en 1783 Floridablanca trató de reunir a los Secretarios de Estado en una especie de consejo de ministros con el nombre de Junta de Estado, que daba al primer Secretario el papel efectivo de jefe de gobierno.

Ozanam delimita las funciones de la primera Secretaría de Estado y subraya que durante la primera mitad del siglo sus titulares no viajaron nunca fuera de España, si prescindimos del aventurero Ripperdá, y con la excepción de Patiño, nacido en Milán. Por cierto que el autor no toma en consideración el papel de Patiño tal como lo perfiló hace tiempo Antonio Bethencourt en una obra que acaba de ser publicada por la Universidad de La Laguna después de haber permanecido inédita durante cuarenta años. Verdaderamente choca esta falta de conocimiento directo del mundo por los gestores de los asuntos exteriores. Tampoco veinticuatro de los veintiséis «oficiales» o funcionarios que durante el reinado de Felipe V despacharon las «mesas» (secciones) de la Secretaría tuvieron nunca destino fuera de España.

Fue en tiempo de Fernando VI cuando, bajo iniciativa de don José Carvajal, empezó a establecerse la conexión entre la Secretaría de Estado y los diplomáticos del servicio exterior, y también se intentó idear una política internacional propia, que sólo con Flo-



MARISOL CALÉS

ridablanca llegó a consolidarse. La política de los Pactos de Familia supuso una servidumbre a la política francesa, si bien Carlos III quiso dar al tercero de esos Pactos un nuevo carácter inspirado en la defensa del Imperio ultramarino español amenazado por Inglaterra. En mi opinión fue Floridablanca quien acabó con la subordinación a la política exterior francesa. Luego, tras el breve paso del conde de Aranda, la dirección de la política recayó en un advenedizo, Godoy, sin ciencia ni experiencia de los negocios, que se vio zarandeado por las convulsiones de la Revolución francesa y del Imperio napoleónico.

La profesionalización de la diplomacia

A lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII la diplomacia española entra en un proceso de profesionalización, paralelo a la extensión del área geográfica de sus actuaciones. Durante el reinado de Felipe V la representación diplomática española se limitaba a las cuatro embajadas principales (Roma, París, Viena y Londres) y otra decena de embajadas o legaciones menores. Bajo Carlos III se amplió definitivamente la geografía diplomática al establecer relaciones permanentes en Varsovia, Dresde, Malta, San Petersburgo, Berlín, Constantinopla y los Estados Unidos de América. También desde 1767 se acabó con la enemistad tradicional de Marruecos, estableciéndose relaciones permanentes aunque encomendadas a un cónsul general que tenía rango de encargado de negocios, situación análoga a la que tuvieron posteriormente los cónsules en Túnez, Trípoli y Argel, que solapan una función política además de la estrictamente comercial y consular. El marco europeo anterior quedaba desbordado en Asia, África y América.

¿Cómo se cubrieron las necesidades de personal para poder atender este horizonte diplomático más complejo? El autor precisa los datos de todos los ciento sesenta y siete

embajadores y diplomáticos de cualquier clase que ha podido identificar y que desempeñaron puestos en el extranjero entre los años 1700 y 1808. Claramente hay que distinguir entre antes y después de 1749, pues a partir del ministerio de Carvajal se inicia tímidamente la profesionalización de la diplomacia, que Luis XIV había formalizado en Francia y que también se produjo en Rusia, Austria e Inglaterra, durante aquel período que Rohden bautizó como el de la «diplomacia clásica».

Sin embargo, Ozanam no cree que pueda decirse del servicio diplomático español anterior a 1808 que constituya una «carrera», aunque este nombre empieza a usarse hacia 1760 para empleos subalternos. El «cuerpo» diplomático comprendía los jefes de misión y los secretarios de embajada. El reclutamiento no se basaba en una competencia probada, sino en las condiciones sociales (rango aristocrático, eclesiástico, procedencia de la Marina o el Ejército, que tenían la mejor preparación de su tiempo). Los secretarios de embajada procedían de la nobleza hidalga, tenían estudios secundarios y algunas veces superiores. Los secretarios de embajada eran nombrados y pagados por la Secretaría de Estado; no así los secretarios «privados» nombrados por los embajadores y pagados a su costa. Las numerosas tablas que acompañan a la «introducción» de Ozanam sintetizan los datos

RESUMEN

La atención investigadora que a la diplomacia y a la política internacional del siglo XVIII ha dedicado durante décadas el hispanista francés Didier Ozanam culmina con esta obra que comenta Palacio Atard y que incluye un amplio repertorio biográfico

personales en cuanto al origen (regional o social), formación, tiempo y servicios desempeñados, salarios, etc.

La decisión en tiempo de Carlos III de reservar las secretarías de las cuatro principales embajadas para los oficiales de la Secretaría de Estado significaba la interpenetración por vez primera de los servicios centrales y del servicio exterior. Era también un paso adelante en la profesionalización del servicio. Lo mismo puede decirse de la tardía aparición de los «agregados» o «jóvenes de lenguas», con lo que se tendía a procurar un aprendizaje práctico o teórico-práctico. Ozanam afirma con razón que a nivel de los jefes de misión no se puede hablar de «carrera»: muy pocos desempeñaron varias embajadas y su tiempo total de servicio rara vez excedió de los diez años. Pero la tendencia a la profesionalización se acentuó en los albores del siglo XIX: algunos servidores de la «carrera» en los niveles inferiores alcanzaron los puestos superiores de las embajadas. Tal el caso de Bernardo del Campo, Sebastián de Llano, Simón de las Casas y Domingo Iriarte. A mi modo de ver la actuación de nuestros diplomáticos en aquel siglo revela un déficit de preparación, pero sobre todo un déficit de información que perjudicaba sus tareas.

El repertorio biográfico y los anejos

El repertorio biográfico reúne 550 personajes (embajadores ordinarios y secretarios, encargados de misiones extraordinarias, plenipotenciarios en Congresos y sus secretarios, ministros en Bolonia y Bruselas, agentes de preces en Roma, cónsules generales y cónsules ordinarios). No cabe duda de que es un elenco amplísimo, aunque tal vez pueda incrementarse con nuevos nombres, sobre todo de cónsules. El repertorio está ordenado alfabéticamente por apellidos, ya que no es posible distinguirlos por categorías, pues el mismo sujeto puede pertenecer a varias. El modelo de ficha biográfica contiene informaciones familiares, los puestos por orden cronológico desempeñados en la diplomacia o fuera de ella, títulos, honores, fechas y lugares de nacimiento y defunción, fechas de nombramientos y ceses, etc. Cada ficha está acompañada de las referencias de archivo o bibliográficas que avalan los datos.

Cuatro anejos completan todavía este libro: la lista por lugar o puesto de los jefes de misión y los secretarios; la lista de los consulados y sus titulares, por regiones y puestos; la lista alfabética de los consulados que tenían una asignación financiera; y la lista de los enlaces matrimoniales de los diplomáticos, por orden alfabético de las esposas.

La obra de Didier Ozanam viene a llenar un vacío existente en nuestra bibliografía y constituirá un instrumento de trabajo para avanzar en el estudio de la diplomacia y la política internacional del siglo XVIII, así como del alcance y perspectivas del mundo de los ilustrados, al que pertenecían la mayor parte de quienes en este repertorio figuran. □

Didier Ozanam

Les diplomates espagnols du XVIII^e siècle. Introduction et répertoire biographique (1700-1808).

Casa de Velázquez/Maison des Pays Ibériques, Madrid/Burdeos, 1998. 579 páginas. 6.000 pesetas/240 francos. ISBN: 84-86839-86-6.

Humanidades y Sociedad

Por Darío Villanueva

Darío Villanueva (Villalba, Lugo, 1950) es catedrático de Teoría de la Literatura y rector de la Universidad de Santiago de Compostela. Es miembro de la directiva de la «International Association of Comparative Literature». Entre sus últimos libros se cuentan *La poética de la lectura en Quevedo* y *Theories of literary realism*.

Las Humanidades se han convertido, de un tiempo a esta parte, en un asunto de renovado protagonismo en el ámbito de nuestra vida social e institucional. Así, el Ministerio de Educación y Cultura procedió a elaborar en 1997 un Plan de Mejora de la Enseñanza de las Humanidades en el Sistema Educativo Español para lo que constituyó cuatro comisiones de expertos, formadas por profesores de instituto y universidad, académicos e intelectuales, con el fin de estudiar posibles reformas en la enseñanza secundaria. El 2 de diciembre de 1997, el Pleno del Senado aprobó una moción que instaba al Gobierno a impulsar aquel plan de mejora para que los estudiantes de secundaria lograsen un mejor conocimiento de los elementos básicos de la cultura y ello contribuyese a su madurez intelectual y humana. Se proponía, asimismo, que estas mejoras fuesen objeto de un amplio debate público, con participación destacada de la comunidad científica y de las Comunidades Autónomas en el seno de la Conferencia de Educación compuesta por la Ministra de Educación y Cultura y los correspondientes Consejeros autonómicos.

Poco más tarde, el 16 de diciembre del mismo año 1997, el Congreso de los Diputados instaba también al Gobierno a retirar el proyecto de decreto sobre la enseñanza de las Humanidades, para que, luego de un dictamen riguroso sobre nuestra situación actual, contrastada entre las distintas comunidades autónomas y con otros países de nuestro entorno, se pudiese alcanzar un documento consensuado, concorde con el marco educativo de la LOGSE, susceptible de transformarse en un nuevo proyecto de ley.

Con estos antecedentes, la Conferencia de Educación decidió crear, en enero de 1998, un grupo de trabajo de treinta y una personas que, presidido por el ex-ministro de Educación y Ciencia Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona, elaborase en el plazo de cinco meses un dictamen que, finalmente, fue publicado en junio de 1998. Mas cuando se vislumbraba ya, no sin controversia, la aplicación de sus conclusiones a la reforma de la Enseñanza Secundaria Obligatoria, el cambio ministerial de enero de 1999 abrió un nuevo paréntesis a este respecto.

Las conclusiones del *Dictamen*, no por más documentadas y elaboradas dejaban de parecerse menos convencionales y previsibles: que era preciso reforzar en secundaria el estudio de las Humanidades dada su importancia para la formación integral de las personas; que el estudio de la lengua debía centrarse en la capacidad de comprensión y expresión oral y escrita, mientras que la literatura debía ser concebida como manifestación histórica y creativa, todo ello en un marco que permitiese, opcionalmente, el aprendizaje de las diferentes lenguas oficiales que conviven en España. Que, igualmente, el currículum debía incrementar el espacio dedicado a la Historia, superando las perspectivas más localistas en aras de visiones más universales. Que la Geografía debería proveer conocimientos igualmente pluralistas, referidos a todos los niveles que desde la realidad regional alcancen la propia Geografía general. Que sería imprescindible facilitar el acercamiento de los alumnos a

la cultura clásica, tanto en la Educación Secundaria Obligatoria como en el Bachillerato, donde el Latín y el Griego deberían consolidar su presencia efectiva en la modalidad de Humanidades y Ciencias Sociales. Simultáneamente se recomendaba una reestructuración de los contenidos sobre la vida moral y la reflexión ética en una materia específica, enseñada y evaluada independientemente por profesorado «ad hoc»; y que se intensificase la presencia de la Filosofía, tanto en su dimensión histórica como temática, así como también la de la historia del arte y de la música.

Junto a esta expresión institucional del interés hacia semejante problema, son numerosos los índices de lo mismo desde múltiples instancias. El pasado mes de septiembre de 1998 tuvo lugar en Bergen una conferencia internacional, patrocinada por la Comisión Europea, sobre «The Future of the Humanities in the Digital Age», que desde su misma convocatoria sitúa el debate en un contexto inexcusable, el de la nueva sociedad de la información y la comunicación digital en la que ya nos estamos introduciendo. Por otra parte, en la Universidad de Santiago de Compostela funciona ya una «International School of Theory in the Humanities» que fue precedida por un simposio realizado en julio de 1997 bajo un título poco original, «The Future of Humanities»,⁽¹⁾ y para el verano de 1999 prepara su segunda sesión sobre su relación con las ciencias puras y experimentales.

En esa línea de preocupación por el futuro de la enseñanza humanística, sería injusto que pasara desapercibido entre nosotros un libro reciente, *Las Humanidades en la era tecnológica*, de Ciriaco Morón Arroyo, catedrático español de la Universidad de Cornell, bien conocido por sus estudios sobre Cervantes y Calderón, autor de un libro de 1968 sobre *El sistema de Ortega y Gasset* y persona de sólida formación humanística adquirida en las Universidades Pontificia de Salamanca y de Múnich. Todo ello —su filiación académica, su impronta orteguiana, su ejercicio profesoral en los Estados Unidos e, incluso, sus investigacio-

nes calderonianas— contribuye a la relevancia que, en mi opinión, este libro tiene en el debate español sobre las Humanidades.

A este respecto, no resulta aceptable, tanto desde un punto de vista retrospectivo como de futuro, postular una concepción restrictiva de las Humanidades que las reduzca a la historia, la filosofía, la lengua y la literatura, la ética o, incluso, la teología. El propio Ciriaco Morón las define como «un conjunto de disciplinas que estudian al hombre en su carácter específico y diferencial, con el tipo de discurso impuesto por ese carácter» (página 11), pero él mismo recuerda el sentido que Cicerón daba al término «humanitas», como el ideal al que tendía la educación o el estudio. En este contexto, las «Artes quae ad humanitatem pertinent» comprendían tanto la esfera del cosmos como la del microcosmos humano, concepción luego consolidada por la noción medieval de las llamadas «artes liberales», el trívium —gramática, retórica y dialéctica— y el cuádrivio —aritmética, geometría, astronomía y música—. Si las primeras atendían el modo de pensar y expresarse de las personas, los saberes del cuádrivio constituyen la prehistoria de la ciencia moderna.

Una de las conclusiones a las que debemos llegar con Morón Arroyo es la de que, precisamente ahora, el futuro de las Humanidades pasa por la superación de aquel reduccionismo que Lord Snow, físico y novelista, denunciara en su famoso libro *Las dos culturas y un segundo enfoque*,⁽²⁾ pues ni el desprecio de las ciencias hacia las letras, consideradas como un ejercicio intelectual fundamentalmente verboso, falto de rigor y carente de utilidad, ni el desinterés de los valedores de las humanidades hacia disciplinas que, sin tratar directamente del ser humano, contribuyen a configurar su hábitat y su cultura, son intelectualmente sostenibles hoy.

Admitamos que el desarrollo actual de todas las ciencias, tanto las humanísticas como las sociales o las experimentales, hace ya inviabil el proyecto de un «uomo» o una «donna» universales; que un Leone Battista Alberti, un Leonardo da Vinci o un Pico de-

lla Mirandola contemporáneos resultan difíciles de encontrar. Lo es, ciertamente, pero no imposible, y otra cosa por completo distinta es contribuir con la reivindicación de las Humanidades a una escisión todavía más grave que la existente entre las dos culturas. Ésa es una de las reservas que mantengo personalmente en todo este asunto, junto a un cierto escepticismo acerca del poder casi taumatúrgico que un más extenso currículum en Humanidades tenga por sí mismo como para ser capaz de humanizarnos más porque la deshumanización es lo que, en definitiva, me parece la gran quiebra de nuestra sociedad, contra la que cumple luchar con todos los medios a nuestro alcance.

Cometeríamos, a la vez, dos errores de bulto si creyésemos que una excelente formación humanística consigue por sí sola mejorar a la Humanidad, al margen de otras circunstancias de naturaleza compleja, y si pensásemos, asimismo, que ámbitos privilegiados en lo que se refiere a los estudios de las Humanidades facilitan una existencia feliz, acorde con los principios humanistas. Desde el recuerdo del Holocausto, ésta es una idea obsesiva para el último George Steiner de *Errata*.

Así por ejemplo el fenómeno de la «corrección política» tuvo su origen y ha alcanzado gran desarrollo precisamente en los campus universitarios de los Estados Unidos, donde para nuestra consideración de profesores europeos de Humanidades se daban tradicionalmente unos medios extraordinarios para la enseñanza y el estudio de nuestras disciplinas. Hoy, por el contrario, no es difícil percibir allí una opresión intelectual asfixiante que llega a fundarse en «códigos de expresión» elaborados por responsables de la administración universitaria.

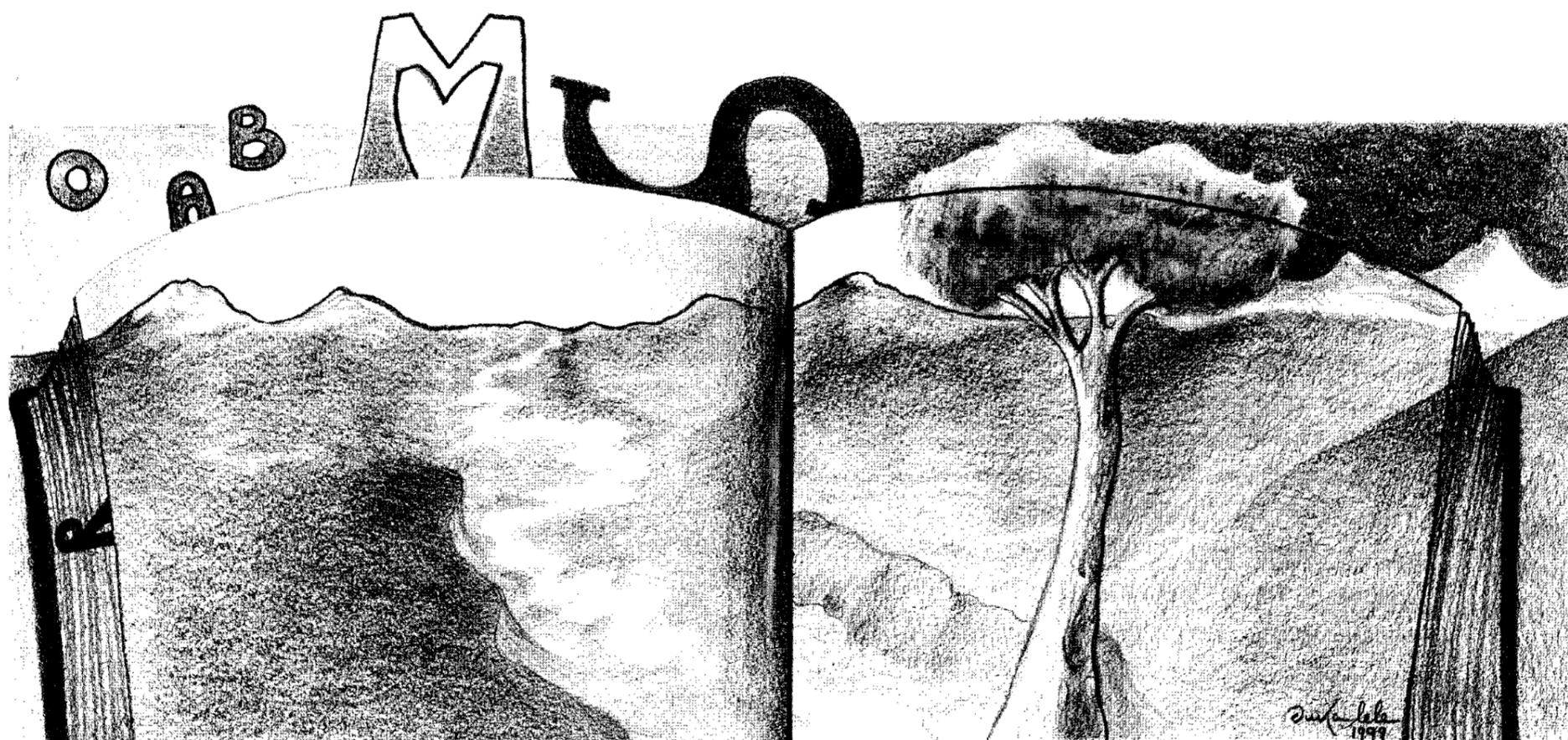
Tengo para mí que la «political correctness» representa una peligrosa versión posmoderna de la censura, ejercida en este caso no desde órganos de poder gubernamental, sino desde fuentes autónomas de institucionalización pertenecientes a una sociedad



Ortega y Gasset
1999

OUKA LELE

Viene de la página anterior



OUKA LELE

civil dotada de envidiable fortaleza. Las Humanidades no han sido aquí, tampoco, antídoto contra esta otra forma de dictadura, como no lo fueron contra el nazismo.

Una de las conexiones o derivaciones de la «political correctness» puede ser el multiculturalismo, cuya complejidad como objeto de estudio y discusión reclamaría otro libro de Ciriaco Morón y aconseja dejarlo fuera de este trabajo mío, pese a que está desarticulando las enseñanzas humanísticas y asestandoles un duro golpe en cuanto se las considera viciadas de eurocentrismo.

Tampoco hay lugar para extenderse en otra segunda implicación que no es tampoco ajena al tema de *Las Humanidades en la era tecnológica* en la medida en que la Ética se considere parte componente de las Humanidades. Se trata del «omnipresente recurso al victimismo» que hoy domina en la sociedad americana, fundamentado en lo que, metafóricamente, el intelectual australiano Robert Hughes define como «el culto al Niño Interior maltratado». En virtud de este principio, «la queja te da poder, aunque ese poder no vaya más allá del soborno emocional o de la creación de inéditos niveles de culpabilidad social» (página 19). Estamos hablando, por supuesto, de actitudes que se dan en el seno de una sociedad opulenta, aunque con importantes bolsas de marginalidad, no de la legítima expresión de los agravios e injusticias que en muchos otros países del mundo padecen amplias capas de la ciudadanía.

De este modo, la antaño sólida y resistente sociedad civil norteamericana se contamina de una «infantilizada cultura de la queja», en la que, concluye Hughes, «papá siempre tiene la culpa y en la que la expansión de los derechos se realiza sin la contrapartida de la otra mitad de lo que constituye la condición de ciudadano: la aceptación de los deberes y obligaciones» (página 21).

Y ya que la Ética debe formar parte de la formación humanística, como Ciriaco Morón postula abiertamente, me gustaría apuntar que la actitud denunciada por Hughes contrasta con uno de los principios vertebradores de la «Declaración de una Ética mundial», realizada por el Consejo del Parlamento de las Religiones del Mundo en su reunión de Chicago hace ahora cinco años, y difundida por Hans Küng y Karl-Josef

Kuschel⁽⁴⁾. Allí no se propuso esta «Ética mundial» como una nueva ideología, ni tampoco como una religión universal unitaria, sino como «un consenso básico sobre una serie de valores vinculantes, criterios inamovibles y actitudes básicas personales» (página 23).

Significativamente, frente a la frívola postura de irresponsabilidad propiciada por el fenómeno de la «political correctness», la «Declaración de una Ética mundial» proclama como uno de sus principios básicos que «autodeterminación y autorrealización sólo son plenamente legítimas cuando no aparecen desligadas de la responsabilidad individual frente a uno mismo y frente al mundo, cuando se vinculan a la responsabilidad para con el prójimo y con el planeta Tierra» (página 26). Hay en ello, ciertamente, un programa de actuación coincidente en lo fundamental con los objetivos de una sociedad civil madura y activa para lo que —y quizás esta conexión entre Humanidades y sociedad civil pueda resultar en principio insólita— los saberes humanísticos me parecen de una vital importancia.

Acaso haya quien pueda acusar a este libro de Ciriaco Morón Arroyo de un exceso de «filologismo», fácil de explicar, por otra parte, dadas sus circunstancias personales de profesor de literatura. El hecho, en todo caso, es que en cualquier curriculum humanístico, desde el propio trivium medieval y renacentista, las disciplinas ligadas a la expresión lingüística, por oral o por escrito, ocupan un lugar preeminente, como no podría ser de otro modo. A lo que hay que añadir el aspecto de la comprensión, pues los otros contenidos humanísticos —históricos, filosóficos, éticos, geográficos, etc.— están ante todo plasmados en textos que cumple saber interpretar.

El proceso de la formación humanística se funde, pues, en medida considerable con el de la adquisición de competencia hermenéutica por parte del individuo, competencia que además es perfectamente válida para defenderse ante la avalancha de los mensajes mediáticos propios de nuestra sociedad de la información, y para comprender y hacer valer sus derechos ciudadanos en el marco de una democracia cada vez más abierta, pero también más compleja, y en ciertos aspectos decididamente deshumanizadora.

En ésta, si se me permite la frase, «filologización de las Humanidades», hay un ge-

neralizado consenso, así como en el diagnóstico de que, por ejemplo, el problema de la «corrección política» es ante todo un asunto de expresión lingüística sobre el que se construye el germen de una dictadura política que —insisto— ya no es de Estado ni de Partido, sino de la propia sociedad civil. (Repárese, de paso, en que la institución más granada de la sociedad civil es precisamente la lengua, configuración social libérrima a partir de una capacidad humana genérica a la que conocemos como lenguaje.) Bien lo destaca el dictamen español de 1998: «Sin un dominio de la lengua no puede haber estudio de ninguna otra materia, porque el 'logos', la palabra, es sinónimo de la razón humana» (página 32). Y para alcanzar cabalmente semejante dominio es insustituible el estudio de la literatura, que proporciona de consuno todos los beneficios de la formación humanística. Ese estudio se fundamenta en la lectura, que no es otra cosa que una actividad ejercida por un sujeto individual, en el marco de una de las manifestaciones de la tecnología de la palabra, para experimentar emociones estéticas, adquirir conocimientos sobre el ser humano y su mundo, y dotarse de estrategias hermenéuticas que le permitirán seguir interpretando así como hacer explícitas sus propias interpretaciones en situaciones de intersubjetividad. El Dictamen de 1998 explicita la axialidad de la lectura en la cuarta de sus conclusiones, al tiempo que recomienda (conclusión quinta) la lectura con fines documentales —no estrictamente literarios— y la formación de los estudiantes como usuarios de bibliotecas y otros centros de documentación, los cuales, obligadamente, estarán cada vez más tecnologizados.

En todo caso, lo que resulta difícilmente rebatible es la valerosa denuncia por Ciriaco Morón Arroyo formulada contra la clara co-

nexión existente entre, por una parte, la desmesura crítica de algunas escuelas teóricas contemporáneas, que parecen haber renunciado a su función mediadora entre el texto y los lectores, a asumir que su tarea principal no es sino una variante de la lectura; y por otra, el creciente deterioro de la comunidad literaria constituida por los autores, las obras, la crítica y los lectores en general, por mor del empobrecimiento intelectual de estos últimos, de la pérdida en medida considerable de su competencia en cuanto tales. A Morón Arroyo no le cabe duda: el aparente éxito de las logomaquias deconstructivistas se explica mejor desde un panorama de desmovilización generalizada de los lectores en el doble sentido: por la disminución de su número y por el raleamiento de su competencia como tales, basada en el propio ejercicio, en extensión y en intensidad de esa actividad intelectualmente exigente a que llamamos lectura. Y como alcañón de todo este proceso, la dejación de la más indeclinable obligación de la enseñanza humanística —la búsqueda del sentido—, sustituida por un mensaje nihilista que Morón Arroyo describe así: «La deconstrucción o la posmodernidad han convencido a muchos profesores y estudiantes de que no hay nada que esperar, no sólo en el plano religioso después de la muerte, sino en la lectura de los textos» (página 142). □

(1) Véase la primera publicación de la Escuela, a cargo de Fernando Cabo, Mihai Spariosu y Jenaro Talens, *El futuro de las Humanidades*, Eutopías/Documentos de trabajo, Valencia, 1998, 50 páginas.

(2) *Las dos culturas y un segundo enfoque*, Alianza Editorial, Madrid, 1977.

(3) Robert Hughes, *La cultura de la queja*, Anagrama, Barcelona, 1994.

(4) *Hacia una Ética mundial*, Editorial Trotta, Madrid, 1994.

RESUMEN

En pleno debate, político y de concepto, ante el desafío de las nuevas tecnologías, sobre el futuro de las Humanidades en el ámbito de la educación (un debate que se establece a escala mundial, no sólo en los planes educativos de la España de las autonomías),

el rector de la Universidad de Santiago de Compostela, Darío Villanueva, llama la atención sobre un libro del profesor Ciriaco Morón, que es una buena muestra de esa línea existente de preocupación por el futuro de la enseñanza humanística.

Ciriaco Morón Arroyo

Las Humanidades en la era tecnológica

Nobel, Oviedo, 1998. 305 páginas. 2.100 pesetas. ISBN: 84-89770-16-6.

Ernesto Bark vuelve a la brega

Por Alonso Zamora Vicente

Alonso Zamora Vicente (Madrid, 1916) ha sido catedrático de Filología Románica de la Universidad Complutense y secretario de la Real Academia Española. Su bibliografía recoge temas filológicos y literarios tanto clásicos como contemporáneos: desde *Lope de Vega a Cela, pasando por Valle-Inclán*. Es autor, además, de varios libros de narrativa.

Hace algunos años, el ilustre hispanista Allen Phillips dedicó un breve y enjundioso artículo a un olvidado nombre de nuestras letras, Ernesto Bark, hombre del que todos conocíamos algún dato o noticia, pero hombre que, al intentar darle corporeidad e imagen definida, se nos deshacía en polvo casi fantasmal. («Un personaje de Valle-Inclán en tres tiempos», en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, Castalia, Madrid, IV, 1994, 309-327). Recuerdos deslumbradores: por aquí y por allá, apariciones silenciosas y fugaces, alguna vez ruidosas, y, sobre todo, una máscara envolvente de activista político: tales eran las características que retrataban a este refugiado eslavo, que intervino abundantemente en la vida intelectual española y del que sobrenadaba una imagen casi burlesca, extraña mezcla de escritor, ensayista, novelista, propagandista de un socialismo puro y hombre de ocurrencias mantenidas en el equilibrio congajoso de la máxima inutilidad. En el fondo, no sabíamos sobre él nada concreto, vestido de incontestable certeza: los datos que aparecían en tenaz fragmentación contribuían a engrosar una figura mítica, extraordinaria a ratos, a ratos ridícula, del que, en su ambiente de bohemio, interesaban más sus «cosas» que su real actitud.

Preocupación por España

La certera mirada de Allen Phillips (escultada por la de otros estudiosos del período, como Pérez de la Dehesa en su análisis de *Germinal*, o de Iris Zavala, en su edición de *Iluminaciones en la sombra*, la obra postera de Alejandro Sawa, gran amigo de Bark, entre otros), deslindó la copiosa tarea política de Bark, marcando sus fronteras con la no menos copiosa y coetánea de ensayista y, en especial, con la abundantísima producción periodística. La labor literaria, a pesar de ser raras las opiniones discrepantes, creo que es hoy, y para nuestra visión del período, la más interesante y atractiva. Las palabras finales de Phillips han constituido una seria llamada al orden: «Creo en la absoluta sinceridad con que Bark defendía los ideales socialistas en *Germinal* y en su voluminosa obra posterior. Una profunda preocupación por España y un noble programa reformista no eran en él una retórica vacía, que correspondían a una conciencia moral basada en la premisa de la libertad humana y la justicia social para todos». Con tal aseveración, y teniendo en cuenta que Ernesto Bark vive la circunstancia española entre 1880 y su muerte hacia 1924, su figura nos despierta una viva simpatía agradecida, que nos lleva a contemplar con mirada generosa y cómplice sus aparentes desvaríos y quejas y, por qué no, sus actitudes al borde del disparate. De los testimonios que de él nos hablan, aparte de lo que se desprende de su personal peregrinación y copiosos escritos doctrinales, sobresalen aquellos vividos desde la literatura, con sus frecuentes matices de bohemia. Ernesto Bark fue personaje de la escena social española y personaje que debió de ser muy tenido en cuenta por la minoría literaria. Así lo prueban, en primer lugar, sus asomadas en la obra de Ramón del Valle-Inclán: es el



TINO GATAGÁN

Basilio Soulinake que, en la estremecedora escena del entierro o velatorio de Max Estrella, en *Luces de bohemia*, hace una entrada casi triunfal, para mantener una viva y pintoresca discusión con la «señora portera», discusión sobre una cuestión médico-fisiológico-funeral: la afirmación de que, en su opinión, Max no está muerto, sino cataleptico. De algo han de servirle sus años alemanes de Universidad: «La democracia no excluye las categorías técnicas, señora portera».

Con anterioridad, la voz de Bark suena en *La lámpara maravillosa* y en la posible novela de la serie de *La guerra carlista, La corte de Estella* (Jacques Fressard, «Un episodio olvidado de *La guerra carlista*», en *Cuadernos hispanoamericanos*, núms. 199-200, 1966, 350-359). Volvemos a encontrarlos con Bark en las *Memorias* de Pío Baroja (*Desde la última vuelta del camino*, edición de 1978, pág. 762), y asistimos a sus clases de idiomas en las *Memorias* de Alberto Insúa (Madrid, 1952). Reaparece en las *Memorias* de Pedro Vallina (Caracas, 1968) y, como era de esperar, en *Iluminaciones en la sombra*, de Alejandro Sawa (Madrid, 1910). Incluso la escena del entierro de Sawa ha sido narrada, con otros rasgos, por Pío Baroja, en *El árbol de la ciencia* y en *Un hombre que se va*, de Eduardo Zamacois (Buenos Aires, 1969). Aún hay más datos al pasar (detalladamente expuestos) que dan fe de vida del refugiado eslavo, datos a caballo entre la relación literaria y la actividad política.

Ahora, Ernesto Bark ha sido objeto de una demorada, sopesada meditación por parte de Dolores Soriano Mollá, profesora de la Universidad de Nantes. Ha dedicado

minuciosa revisión a las actividades del exiliado germano-eslavo (recupera su árbol genealógico hasta donde le ha sido posible) y recorre con parsimonia sus tareas socio-políticas.

Le persigue por diversas ciudades españolas y por sus tierras bálticas, y le acompaña en sus excursiones europeas. Se ha familiarizado con las redacciones de los periódicos y revistas que iban jalonando su aventura. Así, nos encontramos a nuestro héroe transitando un ascendente camino, conocemos sus precedentes familiares, diversos también, geográfica y étnicamente; nos encontramos luego con unos años de estudiante en Ginebra y en Universidades de Estonia. Una rama de su familia es alemana. También esta rama es rica en desvíos y tropiezos. Al darse numerosos vástagos, aumentan las complicaciones. Francisco Maceñ, el primer biógrafo de Bark (*Ernesto Bark*, Biblioteca Germinal, Madrid, 1904) nos ilumina en muchos aspectos de nuestro personaje, pero no me atrevo a concederle total confianza: está demasiado cerca el tono obligado por la comilitancia política y aún es más notorio el tufillo casi hagiográfico de la amistad personal.

Siguiendo con Bark, nos lo tropezamos en diversos centros educativos de Riga, y no sin dificultades. Y ya, muy jovencillo, le vemos preocupado por cuestiones político-sociales. Pasa por Alemania (Leipzig, Munich y Berlín, 1878-79), experiencia de la que saca un claro pangermanismo y definida actitud antifrancesa, probables consecuencias de la política de Bismark, personaje por el que sentía cierta veneración. Las nuevas ideas sociales le conducen a Suiza, lugar donde convergían los exiliados ru-

sos antizaristas. Desde Ginebra realizó escapadas a diferentes países (Bélgica, Holanda, Italia, con una aproximación a Bakunin; Inglaterra, Francia). Finalmente recae en España. En 1881 aparece en San Sebastián. Aprovecha para visitar Lisboa, lugar de refugio de exiliados republicanos españoles: trató a Pi i Margall. 1882 es la fecha de aparición, en Berlín, de su *Wanderungen Spanien und Portugal*, fruto de sus observaciones de viajero. Los últimos avatares de su corretear por Europa le llevan a extremar su actividad en pro de la independencia de los países bálticos. Si hemos de creer el testimonio de un hermano, esta tarea le acarreó el destierro a Siberia, de donde logró evadirse. Tras un fugaz paso por Austria e Italia, anida definitivamente en España, donde en 1884 contrae matrimonio. Aviva profundamente la simpatía hacia el contradictorio luchador eslavo-germano este recalar, con todo su regusto romántico a cuestras, en la vida española, llena de tipismos literarios y de condiciones relativamente sosegadas y arcaizantes, para terminar con la afanosa peregrinación a través de países en búsqueda de nuevas estructuras y revoluciones inacabables.

Retrato del luchador

Para redondear el retrato del luchador, hemos de recordar su faceta artística: tenía discreta educación musical, era capaz de escribir algunas novelas y hasta expuso un óleo en la Exposición de 1899. Manifestó su estima por diversos escritores, con fogosidad juvenil: elogios a Bécquer, Campoamor, junto a desdenes y censuras para otros. También en este aspecto de las lecturas y críticas se le adivina contradictorio y apasionado. Destaca de sus opiniones su honda admiración por Castelar. Por todas partes vemos manar los hilos complejos, encontrados, que van construyendo el mito, engrosando la visión conflictiva, a ratos irreal, revestida de leyenda y en inminente amenaza de desbordar los límites de la normalidad. Así acabó por ocurrir, empujado por los testimonios de sus colegas literatos.

Con la mejor voluntad y gran empeño, Dolores Soriano intenta ponernos en pie, sobre el tablero de España, la personalidad de Ernesto Bark. Siempre nos lo tropezamos en empresas que podemos llamar intelectuales, pero sin abandonar la vertiente política. Hace traducciones, hoy de difícil cuando no imposible hallazgo. Edita periódicos, es corresponsal de otros extranjeros, engaña en alguna ocasión a sus propios amigos y colaboradores (¡el fantasma de la bohemia!), interviene en complejos asuntos para subsistir. Y siempre ha de estar alerta para tener preparada la escapada, ya que sufre el constante entredicho policial. Su primer biógrafo nos lo presenta, en una ocasión, como el causante de la forzada dimisión de Montero Ríos en el Tribunal Supremo, al haber dado publicidad al trato sufrido en la cárcel. Todo se rodea, Bark en el centro, de solemnidad y desmesura, penetrando rápidamente en el reino de la hipérbole. ¿Dónde trazar la frontera entre ese cúmulo de noticias con flecos de disparatada fantasía y la oscura, a veces penosa, realidad? Prefiero verle como discreto y eficaz profesor de idiomas, poseedor de una cultura muy superior a la media del periodista español y a la de los medios en que se movía, postrados por un siglo de guerras civiles (aún alcanzó los ecos de la tercera) y la notoria ausencia de pragmatismo político: un contexto humano al que Bark podía hablar, en cierta forma, con mayúsculas.



Viene de la página anterior



Sus ideas sobre la educación, la enseñanza, etc., están muy próximas a las que puso en circulación Giner de los Ríos. Nos parece, al escuchar sus aseveraciones políticas, estar oyendo a los liberales españoles contemporáneos, con sus flecos de desgarro, su insistencia en la separación escrupulosa entre los hechos violentos de algunos militantes y la realidad casi angelical del proyecto en que se creía o militaba, es decir, sin sobresaltos de impaciencia. Organizó, y también sería necesario comprobar rigurosamente esta afirmación, una manifestación el 1º de Mayo de 1890, ajena a la oficial socialista, detenida por Pablo Iglesias por razones momentáneas. Maceín, aparte de aplaudir la idea, intenta convencernos del clamoroso éxito de la convocatoria. Bark, si todo es verdad, fue a parar a la cárcel (el «abanico», según la nueva nomenclatura madrileña, la novísima cárcel Modelo, en la plaza de la Moncloa, donde hoy se levanta el Ministerio del Aire). Compensó su prisión con unos meses de París. De esta estancia, aureolada por la persecución y el destierro, procede su trato con Ricardo Fuente, Luis Bonafoux, Ruiz Zorrilla y otros socialistas de renombre. En ese mismo círculo nació su amistad, cordial y estrecha, con Alejandro Sawa, el escritor bohemio que, al mostrarnos en su entierro la altanera y discrepante imagen de Bark, le ha conducido, con paso firme y sin regreso, a las regiones del mito.

Perfiles autobiográficos

Vuelto Bark a España, vive en varios lugares (1890-1895) probablemente empujado por su «camaradería» con la policía gubernativa. Publica en las páginas de Nicolás Salmerón (*La justicia*) y es verosímil que, bajo diversos seudónimos, exista más obra publicada, que quizá se nos escape del todo. Vive en Alicante (1890-93), período en que aparece su libro *Los vencidos, novela política contemporánea*. Dolores Soriano estudia minuciosamente el contenido y destaca sus perfiles autobiográficos. La novela ya había sido juiciosa y atinadamente analizada por Ríos Carratalá (Juan A. Ríos Carratalá, «La novela de un radical. Ernesto Bark», en *Homenaje a Antonio Vilanova*, Universidad de Barcelona, 1989, páginas 557-566). Aun existen más títulos en su bibliografía: *Alborada*, *La invisible* y *Aurora boreal*. (Hay diversos tipos de reedición incluso con algún título más, a partir de 1893.) Soriano nos lleva de la mano a través de las interioridades, con frecuencia poco claras, de *El Crisol*, también estudiado con anterioridad por Ana Gutiérrez (*Republicanos y liberales: la revolución de 1868 y la Primera República en Alicante*, Ayuntamiento de Alicante, 1989). Sin embargo, y a pesar de su copiosa labor periodística, Bark vive de sus clases de idiomas y, cómo no, de algún negocio cuyos límites no acabamos de ver: una oficina de registro de marcas y patentes, por ejemplo. De todos modos, entre el abundante ejemplario de escritores y poetas, aficionados a vivir de las letras en el mundo bohemio, se ve con claridad que la figura de Bark destaca muy por encima de sus coetáneos y cada vez es más aguda la necesidad de clarificar su presencia y proyección intelectual en ese medio marginado.

Abundan los testimonios que hablan del natural combativo y nada silencioso de nuestro Ernesto Bark. Una nueva y cuidada relectura de todos ellos ha servido para destacar con nítidos perfiles un temperamento impulsivo, propenso al ataque y a la polémica, infatigable proselitista de sus «verdades» político-sociales. También sobre-



Alejandro Sawa.

nada su falta de escrúpulos o reparos morales en su conducta, saturada de diatribas y peleas. Incluso no faltan ataques a personalidades que, como Pablo Iglesias, disfrutaban de una estima colectiva respetuosa y que, de propina, estaban, sin duda, próximos a los afanes que Bark representaba. (Sólo que los tenían más claros y organizados.) Quizás el período de mayor afianzamiento de su personalidad coincide con la vida de *Germinal* (1897-1903), revista en la que continuó incluso después de la emigración a *El País* de la mayor parte de los colaboradores. Incluso intentó reagruparlos después de algunos silencios. Este forcejeo duró hasta 1900 (Pérez de la Dehesa, *El grupo Germinal, una clave del 98*, Taurus, Madrid, 1970). No es de extrañar que en tertulias y redacciones flotase la visión fácil, un tanto deslenguada y bromista, sobre nuestro personaje. Ernesto Bark debió de morir en Madrid, ya en la década de los veinte (1920-1924). Probablemente, entre las dos apariciones de *Luces de bohemia*.

No olvidemos que, al parecer, aún le queda a Dolores Soriano material por publicar. De la relación literaria de Bark hay mucho, pero ya lo conocíamos. Tropezó con personalidades de mucho bulto para que tales datos se hubiesen quedado traspaapelados. Tanto acopio de testimonios, con frecuencia no rigurosamente analizados, repetidos una y otra vez, ya desde el corazón de la leyenda muchas veces, requieren nueva y pulcra lectura. Sólo así se les borrarán los flecos de duda, de tradición oral que vienen escoltándolos. Pensando en que este trabajo de Dolores Soriano será libro muy manejado, la autora deberá sopesar sus numerosos datos, sobre todo las fuentes, y depurarlos, y corregir, en lo posible, la redacción apresurada, fruto de la impaciencia juvenil por publicar; lo que le ha hecho caer, en alguna ocasión, en deslices lingüísticos, y deberá enmendar algunos errores, consecuencia, igualmente, de la velocidad excesiva en la redacción. Por ejemplo: se afirma (¡y está a punto de tomar partido en la discusión, que tuvo orillas nacionales...!) que Menéndez Pelayo (violentamente atacado por Bark: le molestaría el aire de creyente del sabio historiador y crítico) fue «designado» presidente de la Real Academia Española. Aparte de la vaguedad temporal, imponderable cuando se trata de cargos a plazo fijo, vigentes entre dos fechas, queda la desnuda verdad: Menéndez Pelayo no fue nunca director (no presidente) de la Real Academia Española, a pesar del auténtico clamor nacional que lo pidió. Fue elegido otro, nombre que habría despertado enormes alaridos a Bark, don Alejandro Pidal y Mon, conservador a ultranza. Y no lo fue por «designación», sino por «elección». De la campaña antimenezpelayista de Bark conviene resaltar su intransigencia an-

te ciertos hechos y la violencia inusitada de algunas afirmaciones, es decir, exactamente lo que, con reiteración, achacaba como gran defecto a sus enemigos políticos. Bark habla alguna vez del feo ejercicio de esas posturas. Todo esto ha sido ya destacado por los críticos que se han acercado a nuestro hombre, especialmente en los ricos ensayos de Allen Phillips, certeros y dotados de exquisita voluntad de entendimiento (ver *Anales de Literatura de la Universidad de Alicante*, 1986-87-88); y Ríos Carratalá, ya citado atrás. Ríos observa, en la copiosa producción doctrinal de Bark, su incapacidad de objetivar su radicalismo, al superar su egolatría tan frecuente en su generación. Phillips, con agudeza y generosidad, afirma: «Creo en la absoluta sinceridad con que Bark defiende los ideales socialistas en *Germinal* y en su voluminosa obra posterior», y exalta, y es la vertiente más atrayente para nosotros, la inclinación que sostiene viva la imprecisa, soterrada simpatía que Bark ha despertado en cuantos nos hemos acercado a él: «Una honda preocupación por España y un viable programa reformista que no eran vasta retórica, sino que correspondían a una conciencia moral basada en la premisa de la libertad humana y la justicia social para todos». Son conceptos que habrán de ser tenidos muy en cuenta en la abundante mirada que se dirige en estos días al mundo de los bohemios.

Condición de mito

Así vemos cómo la personalidad extravagante, protestona y discursiva de Bark se ganó a pulso su condición de mito. Era inevitable. Son muchas las apariciones de Bark en textos literarios: pero no todos son ventolera ruidosa o cháchara inútil. En algún caso sale transformado en «personaje» literario de agudos perfiles: tal es el discutido visitante en el velatorio de Max Estrella. (Digamos de paso que en la escueta lista de asistentes al sepelio figura Otelio Bark, hijo de nuestro Ernesto.) Valle nos ha legado un admirable retrato lingüístico del emigrado, el extranjero que recurre frecuentemente a las frases hechas, a los rictus, para disimular errores, carencias o balbuceos, tras una discreta suficiencia. Y a la vez poner en evidencia la desmesura o la inoportunidad de la conversación. Así le encontramos en Pío Baroja, en Zamacois, en Sawa, en Lapuya... Algunos críticos han encontrado rasgos suyos en otros personajes literarios. Por ejemplo, se ha pensado en él como el Dr. Lugán, en *Tirano Bandejas*. El tiempo ha corrido ya una larga andadura y va borrando pistas y coincidencias. Mi intento por localizar a sus descendientes se frustró. Aun alcancé a la menor de sus hijas, Blanca, en el Madrid de las postrimerías del régimen franquista. En aquella casa, de la que hoy ha desaparecido todo rastro, vi un retrato de Ernesto, óleo de no



Caricatura de Valle-Inclán.

mala traza. Se le veía tal y como nos lo han descrito sus amigos: gesto duro, enérgico, bajo la pelambrea azafranada. Encontrar esa tela sería el mejor desenlace a tanta y tanta palabrería como le ha rodeado. Detrás de la serenidad impuesta por la pintura inmóvil, se escondía un tumulto de pasiones, de ideas confusas, atrabiliarias y generosas y, sobre todo, el cotidiano y fervoroso afán de luchador, con sus limitaciones, sus entusiasmos y sus excesos. Un hombre que, sin ser español nativo, ya expuso su preocupación total por el país que le acogió, quizá con pruebas evidentes de ese patriotismo intelectual que, años más tarde, fue seña de identidad de los escritores que hemos llamado noventayochistas. Todo ese período ha quedado enclaustrado con el corsé «generación del 98». Es de abrumadora ingenuidad pensar que la desaparición total de la formidable máquina sociopolítica del viejo imperio español pueda liquidarse con un puñado exiguo de mentes egregias que, además, eran incapaces de la actividad política. No: hay muchos más nombres importantes en ese período. Toda la circunstancia del cruce de los dos siglos ha de revisarse con criterios amplios y desde todos los ángulos. Libros como el de Dolores Soriano Mollá ayudarán a levantar la nueva construcción. □

RESUMEN

El bohemio de origen eslavo Ernesto Bark, uno de los miembros de esa turbamulta finisecular que alborotó la España política y literaria que atravesaba la esquina de un siglo y otro, era mito y leyenda que aparecía no sólo en memorias de escritores de la época sino también, incluso, en obras de ficción,

siendo las más destacadas las de Baroja y Valle-Inclán. Personaje pintoresco y bohemio, pues, de complicada y azarosa vida personal, política y literaria, a Ernesto Bark le ha seguido la pista, con la mejor voluntad y gran empeño, la profesora Dolores Soriano, y de este libro se hace eco Zamora Vicente.

Dolores Soriano Mollá

Ernesto Bark. Un propagandista de la modernidad (1858-1924)

Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Diputación Provincial de Alicante, Alicante, 1998. 346 páginas. 2.200 pesetas. ISBN: 84-7754-313-9.

Reflexiones tardías sobre Hanns Eisler

Por Ramón Barce

Ramón Barce (Madrid, 1928) es compositor, autor de 130 obras, entre ellas 6 Sinfonías, 11 Cuartetos y 48 Preludios para piano; y de dos libros: *Fronteras de la música y Tiempo de tinieblas y algunas sonrisas. Creador del «sistema de niveles», es Premio de la Comunidad de Madrid 1991 y Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes 1996.*

El centenario del nacimiento de Hanns Eisler ha sido ocasión para que aparecieran en Alemania varios trabajos de importancia sobre el gran compositor que completan los de Eberhardt Klemm, Manfred Grabs y Albrecht Betz con los que contábamos hasta ahora. Debemos recordar que el excelente libro de Betz *Hanns Eisler. Música de un tiempo que está haciéndose ahora mismo* apareció no hace mucho en español (traducido por A.-F. Mayo, Ed. Tecnos, Madrid, 1994). De las publicaciones recientes en alemán sobresale la minuciosa biografía escrita por Jürgen Schebera que incluye además abundante información gráfica y una amplia bibliografía (en la que echamos en falta, no obstante, la mención de la versión española del libro de Betz, cuando se citan las versiones francesa, inglesa y húngara). Al mismo tiempo, varias grandes empresas discográficas han lanzado extensas colecciones de discos de Eisler, especialmente canciones, en las voces ilustres de Ernst Busch, Irmgard Arnold o Gisela May, o en la más próxima de Fischer-Dieskau.

Es satisfactorio que el gran público pueda así recuperar la música de un compositor tan atractivo como Eisler. Pero, desde otro punto de vista, pensamos que la problemática ética y estética que plantea su obra permanece en gran parte ajena al pensamiento de nuestro tiempo. En parte, sin duda, porque se trata de oscuros y enmarañados dilemas; en parte también, porque las consideraciones políticas no han dejado posibilidad para un examen neutral y equilibrado. Pero el hecho es que en las nuevas aportaciones biográficas no parece haber lugar todavía para examinar de cerca los grandes y profundos problemas con los que se enfrentó una mente tan lúcida y una pasión tan fuerte como las de Hanns Eisler.

Mínima biográfica

Eisler había nacido en 1898 en Leipzig; su padre, austríaco, fue profesor de filosofía pero nunca tuvo un puesto oficial, de manera que la familia vivió siempre estrechamente; de niño no pudo tener un piano propio en la casa. Pasó la infancia y la adolescencia en Viena; fue como soldado a la guerra (1916), y a su vuelta estudió en el Conservatorio vienés y en seguida particularmente con Schönberg (1919-1923), que le consideró siempre su alumno más inteligente, le ayudó a ganar algún dinero como corrector de pruebas y a menudo no le cobraba las clases. Las primeras obras de Eisler —entre las cuales su Sonata para piano n.º 1, de 1924, estrenada por Steuermann y dedicada a Schönberg ganará el Premio del Ayuntamiento de Viena— son seriales, pero siempre con un uso muy personal de la idea schönbergiana. Son sobre todo canciones —con textos decadentes, exóticos y fantasiosos de Morgenstern, Rilke, Trakl, Li-Tai-Po, Klabund o suyos—, y también piezas corales.

Pronto discrepa de su maestro Schönberg a causa del apoliticismo de éste, postura que a Eisler le parecía inconcebible: piensa que no es normal vivir rodeado de injusticia y violencia sin darse por enterado. Entre 1929 y 1930 conoce a Ernst Busch y a Bertolt Brecht, amigos y colaboradores ya para toda la vida. Sus canciones y coros se alejan del modernismo decadente y buscan una comunicación más

directa con el oyente y con el intérprete; los textos son ahora de Heine, Bálcáz, Mehring, Brecht o Tucholsky. Gracias a su enorme capacidad de trabajo como director y compositor, se acerca con éxito al cine y al teatro, viaja muchísimo y entra en contacto con la intelectualidad progresista de toda Europa. Durante la guerra española estuvo en Madrid y en Murcia, visitando a las Brigadas Internacionales, y escribió algunas canciones para las tropas republicanas: *No pasarán* y la popular *Marcha del Quinto Regimiento*.

En 1938 comienza su exilio en Estados Unidos huyendo de la persecución nazi. Trabaja en el cine con Joseph Losey y Joris Ivens, más adelante colabora con Th. Adorno en un trabajo teórico sobre la música cinematográfica. Compone también mucha música, entre otras obras las famosas *Catorce maneras de describir la lluvia* y las *Canciones de Hollywood*. Reencuentro cordial con Schönberg, también con Brecht. En 1948 es acusado por el Comité de Actividades Antinorteamericanas y obligado a marcharse de los Estados Unidos. De nada sirvieron las protestas de Charles Chaplin y de Thomas Mann (ellos mismos serían, poco tiempo después, objeto de persecución).

En Europa, pasa por Viena y Praga y regresa a Berlín, capital de la República Democrática Alemana. Brecht está allí y ambos reanudan su colaboración. Compone sin descanso. Como siempre, una parte importante de su música va dedicada a la actividad funcional de grupos juveniles, de coros de fábricas, de conmemoraciones políticas y culturales, de congresos y otros acontecimientos de la vida social; pero otra parte —no tan conocida ni tan difundida, pero sí muy estimada por los conocedores— es música instrumental de mucho mayor riesgo estético. El compositor mantuvo así hasta el último momento la fidelidad a su concepción ética de la música al mismo tiempo que la fidelidad a una concepción estética derivada sobre todo de su maestro Schönberg.

Hanns Eisler falleció en Berlín el 6 de septiembre de 1962, y está enterrado en el Dorotheenstädtischen Friedhof, a pocos pasos de su amigo Bertolt Brecht.

De Eisler se ha creado una imagen falsa, promovida en primer lugar por el rencor de la República Federal Alemana (BRD) contra todos los intelectuales y artistas que eligieron regresar a la República Democrática Alemana

(DDR) instalándose allí. Este rencor era tan ciego y tan inamovible que todavía hoy dista mucho de haberse apagado. En el caso de Eisler, una circunstancia casi anecdótica agravó la situación hasta el punto de convertir al compositor en una especie de enemigo maligno de la República Federal. En 1949 Johannes R. Becher pide a Eisler que ponga música a algunas de sus canciones recientes; una de ellas, *Auferstanden aus Ruinen*, ya con la música de Eisler, es declarada poco después Himno Nacional de la DDR. Desde ese momento, los poderosos medios de comunicación de la BRD se esmeran en ignorar a Eisler salvo para señalar de vez en cuando, despectivamente, que se trata de un compositor «proletario» sin ningún interés. Los libros de historia, diccionarios, enciclopedias, estudios sobre la música actual, todos a una, tratan de borrar el nombre de Eisler de la música alemana. El argumento más utilizado —aparte del silencio— es la idea historicista, adorniana y de moda según la cual la historia de la música sigue un proceso que podría llamarse ascendente en cuanto que va obteniendo unos logros técnicos y estéticos que llevan a «tierras fértiles»; el camino es sólo uno: la Escuela de Viena, el «arte por el arte», incluso el arte esotérico y comprensible sólo por los iniciados. Cualquier música que trate, por el contrario, de alcanzar capas más extensas de oyentes es anatematizada por vulgar, retrógrada y, en cierta manera, inmoral. El argumento se aplica a Eisler olvidando intencionadamente la parte más compleja y conflictiva de su obra (elogiada en su momento por Schönberg, Adorno, Webern o Stuckenschmidt).

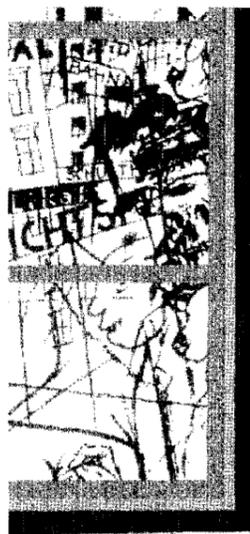
Como ejemplo paradigmático de este intento de aniquilar un nombre (¡muy semejante a maniobras del mismo estilo perpetradas por los hitlerianos para hacer desaparecer de la historia de la música a Mendelssohn y a Mahler!) puede señalarse la entrada EISLER en el mayor diccionario musical del mundo, el MGG (*Die Musik in Geschichte und Gegenwart*) dirigido por Fr. Blume (DTV y Bärenreiter Verlag, Múnich-Kassel). La edición de 1954 dedica al compositor unas líneas plagadas de inexactitudes, errores y graves omisiones; frente a las entradas normales, se omite toda bibliografía (como si no existieran trabajos sobre Eisler); el elenco de obras, ridículamente incompleto, alcanza además sólo hasta 1936, porque «no se han podido obtener detalles de

sus últimas composiciones» (!); el breve comentario que sigue, firmado por un tal Herbert Hübner, es casi una caricatura. Durante años se ha mantenido este mismo texto en las reediciones: la última es ya de 1989 nada menos, y así sigue vendiéndose, aunque pareciera increíble. Por cierto, en el mismo volumen (el III) buscaríamos inútilmente a otro gran compositor de la DDR, al autor de la hermosa ópera *Einstein*, a Paul Dessau, que ha sido simple y sencillamente eliminado. Y para llegar al límite de lo escandaloso (siempre en la misma dirección) podemos constatar la ausencia de Bertolt Brecht: uno de los poetas de toda la historia de la literatura con mayor influencia sobre la creación musical no aparece en esas páginas.

Es necesario recordar estos hechos porque no puede olvidarse la existencia de un «mercado» musical que depende no sólo de los editores, productores de discos y organizadores de conciertos y óperas, sino de la publicidad pretendidamente seria de los medios informativos intelectuales. Esos medios irradian su información (y a menudo su desinformación) sobre todas las zonas cultas, y crean, a su vez, como un eco, nuevas ondas informativas a diversos niveles, que terminan siendo «palabras sagradas» porque no hay otros medios suficientemente poderosos que puedan desmentirlos. Que ahora, sobre todo con motivo del centenario de Eisler, vayan lentamente moviéndose las cosas, no es para consolarse: el daño, el grave daño se hizo en su momento (cuando era realmente decisivo), y aún perdura; y, lo que es peor, una vez más se ha impedido en su momento que una discusión a cielo abierto intentara aproximarse a la verdad, a una verdad humana y civilizada que, a fin de cuentas, es lo que más debe importarnos.

Ética, estética, funcionalidad

Lo que llama Dahlhaus «metafísica romántica de la música instrumental», es decir, una concepción que valora sobre todo el carácter autónomo de la música, su independencia absoluta de toda función y de todo contenido narrativo, descriptivo o definidamente sentimental o característico, se ha ido abriendo paso en la cultura artística, desde Tieck, Hoff-



G. MERINO

Viene de la página anterior



G. MERINO

mann y Wackenroder hasta Hanslick y Schopenhauer, y ha arrumbado como materia de menor valor todo lo que de contenido explícito o de funcionalidad persiste en la música. Este proceso, ya de doscientos años de antigüedad, no es, por supuesto, ni lineal ni homogéneo. Meandros y derivaciones de todo tipo lo han complicado y enriquecido; incluso, naturalmente, las definiciones mismas de lo «programático» y de lo «absoluto» han cambiado de estructura y de contenido. También la propia producción musical y sus logros concretos han obligado a una tolerancia cada vez mayor para los contenidos extramusicales en general. Y en cuanto a la «funcionalidad», ha perdido su carácter primario y básico (fundamentalmente el religioso), y se ha deslizado a diversos y amplios territorios (muchos de ellos, ciertamente, comerciales) armada de un imponente bagaje de tecnologías colaterales.

Sin embargo, algunas «funcionalidades», aunque hayan perdido el carácter sacro y profundo que en su unión material con la tribu les atribuía Hegel, han conservado el calor elemental humano del arte primigenio. Es el caso de algunas canciones, himnos, marchas, que parecen capaces de seguir cumpliendo sus objetivos de solidaridad, arrastre, emoción colectiva e intercomunicación inmediata (naturalmente, en el lugar y momento oportunos). En este punto, la estética deviene ética: una doble pregunta va a reorientar la actividad creadora de un compositor como Eisler. 1) ¿Puede la música (una música sencilla, asequible, de fácil ejecución, básicamente vocal y muy determinada por el texto) cumplir una tarea funcional de tipo revolucionario, a la que sería ético sumarse? (Y por el contrario: el eludir esa responsabilidad, ¿no sería una falta de ética, una actitud egoísta de «torre de marfil»?). Y 2) ¿Existe una entidad metafísica, algo así como «la música», o como «el hecho musical», o quizá «la historia de la música», con valor propio, que debe absorber todo el esfuerzo del compositor, en cuyo caso la ética justa sería el sacrificio de las demás consideraciones a esa entidad autónoma (aún sin adornarla con la mística rimbombante de Schönberg, que llega a llamarla «el Jefe Supremo»)?

Afortunadamente, podemos seguir el pensamiento de Eisler a través de sus ensayos, conferencias y declaraciones. Sin duda, en la práctica, durante muchos años predomina cuantitativamente la opción ética funcional en su música (a lo que no es ajena una constante demanda). Pero la segunda opción no desaparece nunca. Esto se traduce en un constante arbitrio estético en el que ambas fuerzas se influyen mutuamente, en una convivencia que, bien observada, no es tan extraña como pudiera parecer. Recordemos que muchos compositores folkloristas han mantenido esa doble estética: por un lado han escrito músicas basadas en la canción popular, de fácil entendimiento y ejecución, y de cierta funcionalidad; por otro, han producido obras complejas, vanguardistas, alejadas de esa posible difusión masiva. Un ejemplo clásico sería Bartók, que si bien escribe numerosas canciones campesinas directamente tomadas del folklore, elabora igualmente páginas de otra estética casi diametralmente opuesta (los Cuartetos, por ejemplo); y no olvidemos que incluso se da en Bartók una funcionalidad política no lejana de la de Eisler, aunque básicamente orientada hacia la independencia húngara. En el fondo, esa doble opción alienta en la mayor parte de los compositores, y podría reducirse básicamente a esto: hay una tentación muy natural que aflora a veces, de conectar con el sentir popular, con cierta adhesión masiva y sencilla con la que no puede contarse cuando se trabaja modificando conflictivamente la materia formal misma de la música. No siempre esa tentación cuaja en una obra independiente y distinta; a menudo cobra la forma insidiosa de un pasaje especialmente cálido y quizá fugaz. Y, arriesgando un poco más la teoría, podríamos añadir que esa tentación puede representar no ya sólo un deseo social de comunicación y de éxito, sino el contacto con un depósito vital, con un acervo tradicional que, a veces de manera inconsciente, coopera a fecundar lo que sin ello podría quedar en mero esfuerzo formal.

Toda esa recurrencia opera constantemente sobre el compositor, y bajo los aspectos más diversos e inesperados. Por ejemplo, puede presentarse como «despedida» graciosa de una estética supuestamente superada por el

autor; o bien, en casos extremos, como cita descontextualizada que sirve al mismo tiempo de descanso y de guiño de ojo hiperconsciente. Pero de los millares de casos imaginables y ciertos, vamos a recordar sólo uno, muy próximo a Eisler y sorprendentemente poco citado: el de *Un superviviente de Varsovia* de Schönberg. El autor, pese a sus protestas de absoluto apoliticismo, decide (y no fue la última vez, ni la primera) escribir una obra propagandística, en favor de los judíos, con la intención de que llegase a un público mucho más amplio que el de sus obras habituales. La obra, en efecto, consigue emoción y dramatismo. Pero a costa de aplicar unos medios simbólicos mostreros y obvios, de ceder casi todos los valores expresivos a un «contenido» ajeno a la música y de olvidar el espíritu creador formal que fue el orgullo del autor. Se utiliza la voz para un relato directo y toscamente narrativo; se emplean los idiomas para una «reconstrucción evocadora» maniquea de bajo nivel; el tambor y la trompeta recuperan su viejo ethos descriptivo castrense... ¿Qué decir? El resultado, desde el punto de vista del «espíritu de la música» schopenhaueriano, no pasa de modesto; pero, a cambio, contacta con emociones primarias que le confieren cierto valor sentimental directo: algo parecido a lo que podríamos aplicar a una pieza nacionalista, a un himno o a una canción tradicional.

Es sorprendente cómo se cruzan, en dirección contraria, los sentimientos éticos y estéticos de Schönberg y Eisler al final de sus

vidas. En uno de sus breves postreros artículos, *On revient toujours*, Schönberg trata de justificarse por escribir música tonal. Lo achaca a la natural tendencia de los compositores a volver hacia atrás, a mirar al pasado, a imitar a sus grandes predecesores, de la misma manera que a veces deseamos vivir «en las antiguas y más primitivas circunstancias de nuestros antepasados». El «estilo» no es importante, tonal o serial, eso carece de interés. (¿Quién hubiera esperado de Schönberg una declaración así veinte años antes!) La llamada del «depósito vital común» se hace ahora acuciante, irresistible, tras de una vida dedicada a la creación formal absoluta.

También en sus últimos años Eisler parece deslizarse hacia una concepción estética opuesta. Una solemne conferencia en la Academia de Artes de Berlín le sirve para hacer un encendido elogio de Schönberg. Y un año antes, en 1953, en su carta al Comité Central del Partido Socialista Unificado, dice textualmente: «Han de comprender que la producción completa de un artista es diversa, y que cada músico, junto a obras que en seguida son inteligibles, ha de producir también algo más complicado, para llevar el arte hacia adelante». Reaparece aquí la nunca del todo abandonada por Eisler fantasmagoría del «ente metafísico de la música», ese «arte» que hay que «llevar hacia adelante». Ambas éticas, ambas estéticas reclaman imperiosamente su predominio; aunque quizá, en el fondo, las dos sean corrientes de un mismo río. □

RESUMEN

Ramón Barce repasa la trayectoria humana, musical y política del compositor alemán Hanns Eisler, del que el año pasado se celebró el centenario de su nacimiento; y lo hace al hilo de una completa biografía que ha escrito Jürgen Schebera, y en la que se destacan sus primeros pasos musicales, de la mano

de Schönberg, su amistad con Bertolt Brecht, su adscripción política antifascista (estuvo en la guerra de España y es autor, entre otras, de la célebre canción *No pasarán*), su exilio en Norteamérica, donde trabajará para el cine, y su regreso a Europa al comienzo de la «guerra fría».

Jürgen Schebera

Eisler. Eine Biographie in Texten, Bildern und Dokumenten

Schott, Mainz, 1998. 336 páginas. ISBN: 3-7957-2383-3.

Práctica diaria de la medicina

Por Francisco Vilardell

Francisco Vilardell (Barcelona, 1926), doctor en Medicina y en Ciencias Médicas (Gastroenterología) por la Universidad de Pennsylvania, es director emérito de la Escuela de Patología Digestiva de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido presidente de la Organización Mundial de Gastroenterología (OMGE) y del Consejo de Organizaciones Internacionales de Ciencias Médicas (CIOMS), del que es en la actualidad asesor permanente. Es miembro del Consejo Asesor de Sanidad.

Hasta la primera mitad del siglo veinte, la práctica de la medicina se había basado exclusivamente en una relación paternalista entre médico y paciente fundada en el prestigio de la profesión. La gran mayoría de facultativos en todo el mundo trabajaban por su cuenta, empleaban métodos relativamente sencillos de diagnóstico, prescribían un número limitado de fármacos y cobraban por acto médico realizado. A partir de la Segunda Guerra Mundial comenzaron a aparecer cambios irreversibles en esta relación; la tecnología se fue desarrollando imparablemente fomentando en la sociedad unas esperanzas de vida y unas exigencias de bienestar que parecen no tener límites. La salud se ha convertido en un derecho que ha tenido como consecuencia la creación de sistemas nacionales de asistencia médica y la proliferación de seguros médicos, estatales o privados, muchas veces obligatorios. Los costos de la medicina, cada vez más elevados, no guardan proporción con los de otros parámetros de riqueza o de productividad y fomentan el declive de la medicina privada. La expansión de los conocimientos científicos y los avances tecnológicos obligan al médico a trabajar en equipo; el pago directo por acto médico ha ido desapareciendo y los clínicos han ido perdiendo su autonomía decisoria, convirtiéndose paulatinamente en empleados del Estado o de otras entidades gestoras de la sanidad.

Esta honda transformación de la práctica médica ha tenido como consecuencia la aparición de intermediarios en la relación médico-enfermo, el apartamiento progresivo de los facultativos de los niveles de decisión y el paso de la dirección y del control de la asistencia médica a los gerentes, a los economistas y en último término, a los políticos. Los efectos

de este cambio en la orientación de la práctica profesional son considerables ya que presuponen un control externo de la actuación médica mediante la aplicación de criterios de eficacia basados en análisis de costo/beneficio y en la implantación de directrices y protocolos de actuación que intentan estandarizar pautas diagnósticas y terapéuticas. Estas orientaciones en aras de la eficacia, no suelen tener demasiado en cuenta la tradicional libertad de acción del médico ni las preferencias y necesidades individuales de los pacientes.

El concepto de eficacia en medicina

La búsqueda en pos de la eficacia en las prestaciones médicas ha tenido su mayor protagonista en el Dr. Archibald Cochrane, un distinguido epidemiólogo escocés que publicó en 1972 un libro cuya influencia ha sido considerable. El título de la obra era *Effectiveness and Efficiency: Random Reflections on Health Services* y en ella analizaba los resultados de una serie de estudios clínicos que Cochrane había dirigido para el Servicio Nacional de Salud de Gran Bretaña en un intento de racionalizar sus servicios.

Cochrane propugnaba el uso de estudios diseñados de modo que permitieran comparar diferentes modalidades asistenciales como única manera de «medir» la eficacia de la medicina en sus aspectos tanto científicos como económicos y sociales.

Los primeros estudios epidemiológicos y clínicos controlados, es decir, basados en pacientes debidamente seleccionados que pudieran ser sometidos a análisis estadísticos comparativos, se realizaron en Inglaterra a partir de los años cincuenta. Muchos ensayos terapéuticos se diseñaron ya en forma aleatoria y en doble a ciegas, es decir, manteniendo al médico y al enfermo en la ignorancia del fármaco que se está administrando. Influieron decisivamente en la puesta en marcha de estas investigaciones, personalidades como Bradford Hill, padre de la moderna bioestadística, Richard Doll, el epidemiólogo que primero relacionó el consumo de tabaco con el cáncer de pulmón, y Leslie Witts, profesor de medicina en Oxford, que publicó en 1959 el primer libro sobre estudios clínicos controlados. Hoy día los ensayos controlados son

reconocidos en todo el mundo como procedimientos necesarios e insustituibles para decidir la adopción de cualquier nueva técnica diagnóstica o terapéutica. Constituyen la base de esta «Medicina basada en la evidencia» que nos ocupa. Sin embargo, en los años cincuenta, estos criterios científicos eran prácticamente ignorados por la mayoría de médicos acostumbrados a tratar enfermos siguiendo criterios empíricos en los que jugaba un papel preponderante su propia experiencia y las enseñanzas tradicionales que habían recibido.

Hubo que esperar la publicación en 1954 del célebre estudio norteamericano que comprobó definitivamente la eficacia de la vacuna Salk contra la poliomielitis comparando niños vacunados y testigos para que los ensayos controlados recibieran el espaldarazo definitivo.

No faltan ejemplos en la historia de observaciones que de alguna manera comprobaban la eficacia de una terapéutica: de hecho el primer «ensayo clínico» del que podemos hacer mención procede de la Biblia en donde se relata cómo Daniel y sus compañeros israelitas, cautivos de Nabucodonosor, se niegan a comer carne ni beber vino como hacían los demás miembros de la corte caldea; Daniel propone entonces al jefe de los eunucos del palacio: «Haz la prueba con tus servidores durante diez días: que nos den a nosotros legumbres para comer y agua para beber. Tu verás nuestro aspecto y el de los servidores del rey que comen sus mismas comidas y decidirás». Consintió el jefe en lo que le pedían y a los diez días tenían mejor aspecto y tenían mejor salud los israelitas que todos los demás que comían los manjares del rey» (Daniel 1: 12-17). Ya más cerca de nosotros, en el siglo XVIII se comprobó que los marineros que en sus largos viajes llevaban consigo naranjas y limones (ricos en vitamina C) no sufrían de escorbuto como los demás, y en el siglo XIX se observó que las tripulaciones que se alimentaban con verduras y frutas frescas y especialmente con arroz integral, con su elevado contenido de vitamina B1, evitaban las temibles parálisis del beriberi que azotaba a los habitantes del Extremo Oriente.

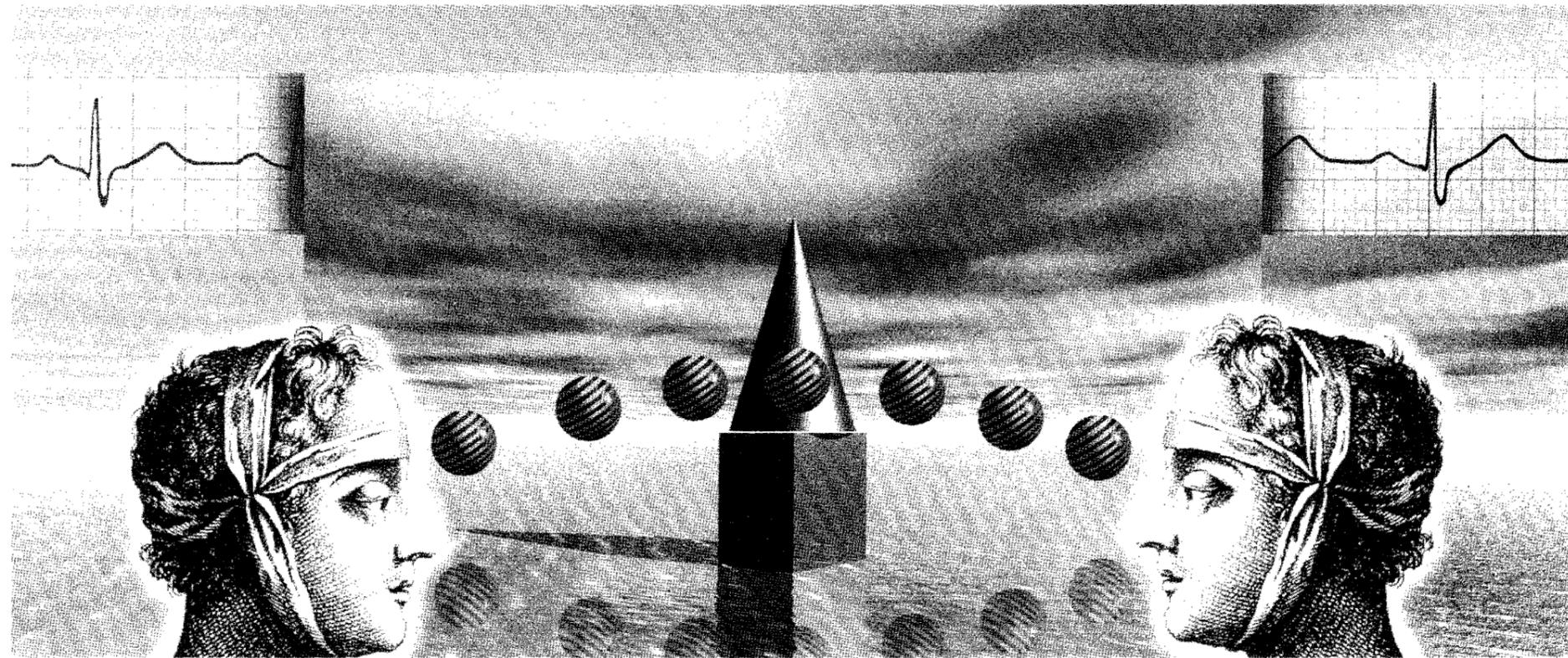
Posiblemente estas observaciones no serían aceptadas como válidas por los seguidores de Cochrane por no tener, entre otras cosas, carácter aleatorio, pero no hay duda que una gran cantidad de procedimientos diag-

nósticos y terapéuticos que se siguen usando hoy día no tienen una base científica objetiva mucho más sólida que las que acabamos de describir.

La Colaboración Cochrane

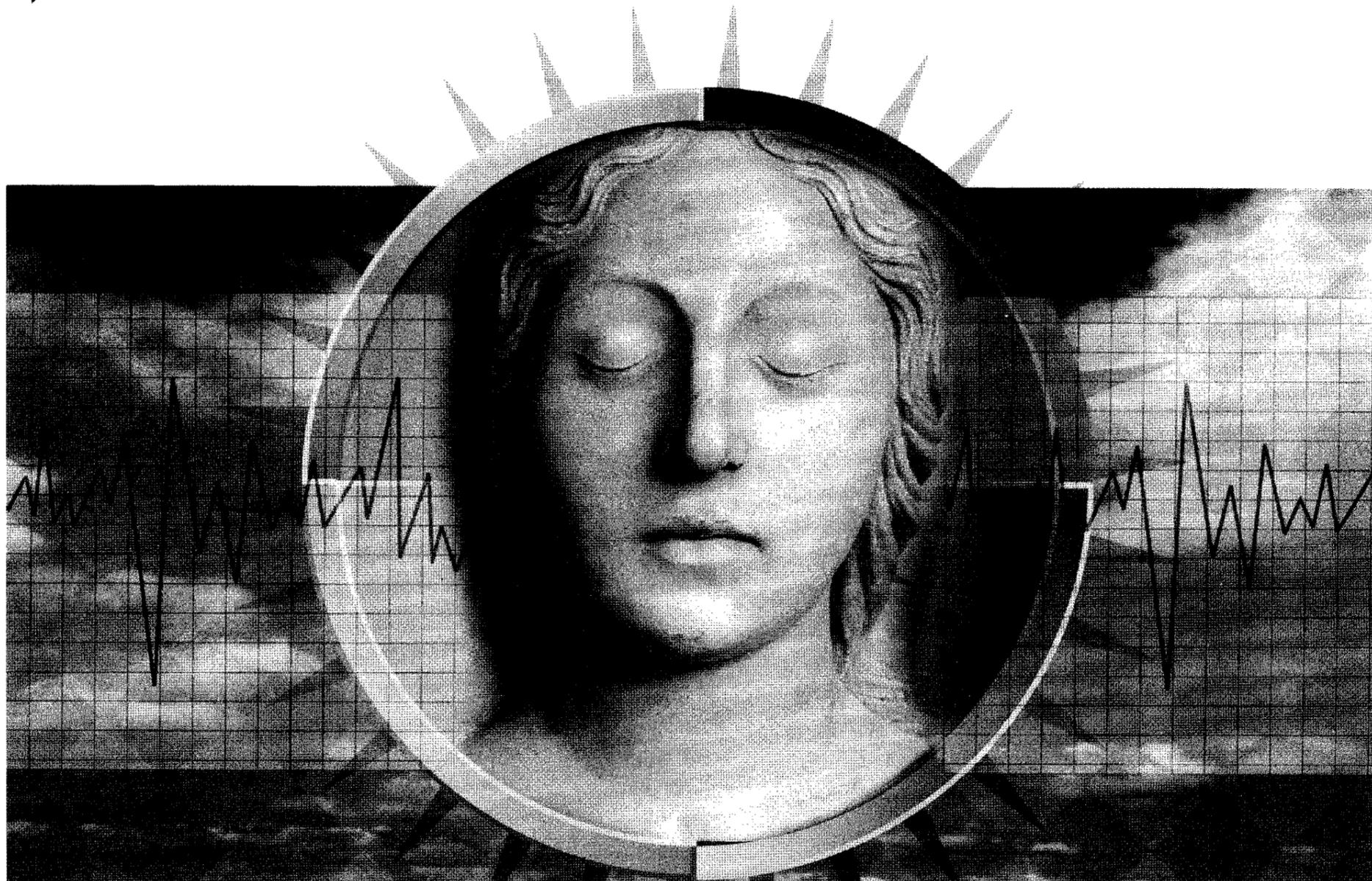
Los discípulos del ya fallecido Cochrane han establecido una organización internacional que lleva su nombre, la «Colaboración Cochrane» («Cochrane Collaboration») que comenzó sus actividades en Gran Bretaña pero que incluye centros en otros países (entre ellos España), cuya tarea es desarrollar y mantener al día registros de ensayos clínicos controlados y de revisiones sistematizadas sobre temas seleccionados de diagnóstico y terapéutica cuya eficacia ha sido previamente comprobada por comités de expertos. Los datos de estos registros son fáciles de consultar a través de distintos medios electrónicos, en especial de Internet. La primera biblioteca electrónica de bases de datos informatizados según estas características se estableció en la Universidad de Oxford. El Dr. David Sackett, profesor de dicha Universidad, es uno de los más destacados sucesores de Cochrane en esta tarea de divulgación. Sackett ha publicado en 1997 una obra de gran impacto con el mismo título que la que nos ocupa, *Medicina basada en la evidencia*, traducida ya al castellano. El libro define en qué consiste este nuevo enfoque de la práctica médica: conseguir que el médico identifique y valore por sí mismo los diagnósticos y tratamientos que pueden ser más útiles en sus pacientes siguiendo los criterios y las pruebas de eficacia que le proporcionará la información recogida en estas bases de datos. De este modo el médico contribuye además a su propia formación continuada. En el fondo podríamos decir que se trata de propagar un movimiento cultural que propone la aplicación de los adelantos informáticos a la práctica diaria individual de la medicina. La expresión «Medicina basada en la evidencia» (M. B. E.) ha hecho fortuna y está siendo adoptada con un entusiasmo, quizás excesivo, en nuestro país.

El auge actual de los ensayos clínicos que comenzaron a difundirse en su forma actual a partir de las vacunaciones masivas contra la poliomielitis, ha permitido colocar a muchas



ÁLVARO SÁNCHEZ

Viene de la página anterior



ÁLVARO SÁNCHEZ

intervenciones médicas en un plano de mayor certeza y seguridad especialmente en el campo de la farmacología. Para el registro de un nuevo medicamento se exigen en la actualidad unas pruebas de eficacia y unas garantías de seguridad que hacen que transcurran muchos años entre el descubrimiento del fármaco y su empleo clínico. Sin embargo, se siguen utilizando tradicionalmente una gran cantidad de métodos de cuya eficacia no hay pruebas satisfactorias por no haber estado nunca sometidos a una evaluación objetiva. La puesta en marcha de un nuevo procedimiento técnico, al igual que en el caso de los fármacos, debiera ser avalada previamente por una serie de estudios comparativos que permitan decidir objetivamente sobre su inclusión en la práctica y su aceptación por las administraciones sanitarias. De aquí la necesidad de los estudios controlados sobre los que tanto insistía Cochrane y que comienzan a exigir las agencias de evaluación sanitaria de muchos países.

La obra de Friedland

El libro de Friedland, profesor de la Universidad de California en San Francisco, viene a ser un manual sobre cómo practicar esta medicina basada en pruebas. Está dividido en tres secciones: la primera trata de técnicas de toma de decisiones clínicas e incluye un capítulo sobre el uso racional de las pruebas diagnósticas, otro sobre análisis de decisiones, su metodología y sus límites; un tercer capítulo ofrece orientaciones sobre las indicaciones de tratamiento según las probabilidades que un individuo tenga o no una determinada enfermedad. Le sigue otro capítulo sobre análisis costo/eficacia de los métodos diagnósticos y terapéuticos.

La sección segunda trata de cómo obtener la necesaria información para la toma de decisiones y contiene capítulos sobre búsqueda de datos a través de la literatura médica (MEDLINE) y cómo utilizar el Internet, con ejemplos prácticos de cómo manejar el orde-

nador con la ayuda de numerosas figuras que reproducen pantallas informáticas.

La tercera sección del libro, quizás la más importante, trata de la evaluación de la información médica: contiene directrices para apreciar la validez de un estudio clínico, de una prueba diagnóstica, de un tratamiento o de un pronóstico. Se utilizan como ejemplos tres artículos reproducidos de revistas que tratan de temas de diagnóstico, terapéutica y pronóstico, que se analizan exhaustivamente desde el punto de vista de la fiabilidad de la información, de su novedad y de su relevancia en el caso de un paciente concreto. El último capítulo trata de cómo proceder a la evaluación objetiva de los distintos elementos de la literatura médica: revisiones, metaanálisis, protocolos, análisis costo/beneficio y costo/eficacia, etc. Cada capítulo contiene numerosas citas bibliográficas y listas de lecturas recomendadas. Si comparamos este libro con el de Sackett, ya citado, nos encontramos con que este último está escrito en un estilo más ameno, directo y coloquial, mientras que el de Friedland es menos literario, más denso y más «científico». Contiene más datos matemáticos, más tablas estadísticas y más árboles de decisiones que ayudan a seguir paso a paso la evaluación de una serie de ejemplos bien escogidos. Ambos libros se complementan; para una introducción al tema, la obra de Sackett cumple perfectamente su cometido, mientras que la de Friedland amplía esta información en profundidad y proporciona excelentes directrices prácticas.

La práctica de la medicina utilizando la tecnología más correcta y mejor comprobada, justifica ampliamente los esfuerzos de los que abogan por una medicina basada «en la evidencia». Tanto los médicos como los administradores sanitarios están interesados en ello, aunque posiblemente por motivos distintos: por una parte el médico consciente de su obligación, debe intentar en todo momento practicar una medicina lo más válida posible en bien de sus pacientes; la consulta de estos bancos de datos fiables puede serle

de gran ayuda. Por otra parte los administradores desean eliminar prácticas de eficacia dudosa, especialmente si son costosas, buscar opciones científicamente válidas que representen el máximo beneficio para la comunidad y establecer guías y directrices para su ejercicio. Estas dos visiones de la medicina asistencial es probable que coincidan en unos casos y en otros no es de extrañar que médicos y administradores se enfrenten porque el procedimiento ideal que recomienda el facultativo desde el punto de vista científico, puede que no sea aceptable para los gerentes sanitarios que quizás prefieran otras alternativas con un costo/beneficio mayor para la comunidad aunque menos para un individuo aislado. Por ejemplo, una terapéutica que puede prolongar mucho la vida pero que es muy costosa, es fácil que sea desechada por un administrador que considerará más ventajosa una alternativa más barata que no proporcione una supervivencia tan alta pero que beneficie a muchas más personas. El médico se encuentra entonces en una situación éticamente incómoda ya que su obligación de prescribir lo mejor para su paciente que le indica la evidencia que ha buscado puede chocar con los criterios economicistas de las administraciones, con el considerable costo moral que ello pueda representar. Hay quien teme que la prevalencia de esta ética comunitaria y populista, provoque un deterioro

progresivo tanto de la práctica ideal de la medicina como de la relación del médico con su enfermo que confía en sus decisiones y al que tiene obligación de informar sobre el curso a seguir que más le conviene. Por otra parte muchos piensan que esta asistencia sanitaria «dirigida» deja poco lugar para el arte de la medicina, que intenta salvaguardar la personalidad del paciente adaptando en cada momento la conducta a seguir a su idiosincrasia y a sus deseos. Vemos también difícil que el médico no hospitalario, que tiene menos facilidades para conseguir información y, por lo general, menos posibilidades de hacer una inversión más o menos costosa en informática, pueda utilizar por sí mismo estas bases de datos que por otra parte requieren un esfuerzo de aprendizaje y horas de tiempo. Es indudable que la actitud crítica de la M. B. E. que busca una certeza que no siempre existe, pero que cuestiona dogmas inoperantes que siempre habían parecido válidos, puede contribuir a mejorar la calidad de la asistencia. Pero mientras sus efectos favorables no se hayan podido demostrar con claridad, sólo el paso del tiempo nos dirá si este nuevo enfoque de la medicina se extenderá a amplios sectores de la profesión que la convertirán en una práctica habitual o permanecerá limitada a grupos de iniciados más o menos influyentes dentro del ambiente académico. □

RESUMEN

La «Medicina basada en la evidencia» constituye un movimiento cada vez más influyente, cuya finalidad es conseguir que el médico utilice en su práctica diaria los métodos más eficaces y la información lo más cierta posible, obtenida a partir de registros infor-

matizados de estudios clínicos controlados y de revisiones sistematizadas previamente seleccionadas por grupos de expertos. Este libro de Friedland, que comenta Vilarde, es un manual muy útil para la búsqueda, el análisis y la valoración de esta información.

Daniel J. Friedland (ed.)

Evidence-based Medicine. A Framework for Clinical Practice

Appleton & Lange, Stamford (Connecticut, EE.UU.), 1998. 263 páginas. ISBN: 0-8385-2476-1.

Franco, sujeto y objeto de cine

Por Román Gubern

Román Gubern (Barcelona, 1934) ha sido profesor de Cinematografía en la Universidad de California del Sur (Los Angeles) y en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena), así como director del Instituto Cervantes en Roma. Actualmente es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona, de cuya Facultad de Ciencias de la Comunicación ha sido decano. Ha sido presidente de la Asociación Española de Historiadores del Cine y miembro de diversas academias españolas y extranjeras. Autor de una veintena de guiones para cine y televisión y de una treintena de libros.

Curiosamente, el análisis de los vectores propagandísticos del imaginario cinematográfico erigido durante el régimen franquista (1939-1975) ha sido escasamente cultivado. A diferencia de lo ocurrido con los imaginarios del cine de la República de Weimar (diseccionado por Sigfried Krauer en *From Caligari to Hitler. A Psychological History of the German Film*, 1947), del cine del Tercer Reich (analizado en *Histoire du cinéma nazi*, de Francis Courtade y Pierre Cadars, 1972, y en *La vision nazi de l'histoire à travers le cinéma documentaire du Troisième Reich*, de Christian Delage, 1989), o del cine del fascismo mussoliniano (estudiado en *Cinema italiano sotto il fascismo* de Ricardo Reddi, ed., 1979, y en *Risate di regime. La commedia italiana 1930-1944*, de Mino Argentieri, ed., 1991), el cine producido durante la dilatada etapa de la dictadura franquista —más extensa que los regímenes políticos antes citados— apenas ha sido objeto de análisis ideológicos similares, desmenuzando sus estereotipos, sus argumentos y sus directrices políticas explícitas o implícitas. Es una tarea que puede emprenderse echando mano de disciplinas tan diversas como el psicoanálisis, la narratología, la iconografía o la retórica, cuya productividad científica ha quedado ampliamente demostrada en otros contextos culturales.

Por eso resulta especialmente gratificadora la aparición de *Le franquisme et son image. Cinéma et propagande*, tesis doctoral de la hispanista francesa Nancy Berthier, quien, tras trazar la historia de los primeros esfuerzos (y fracasos) para crear un cine de propaganda política al acabar la guerra civil, se concentra en dos películas y en un proyecto cinematográfico que tienen la categoría de paradigmáticos y ejemplares. Se trata de *Raza* (1941) y *Franco, ese hombre* (1964), ambos de José Luis Sáenz de Heredia, y de su proyecto *El último caído* (1975), del mismo realizador y activado por la muerte de Franco, que pese a sus esfuerzos no llegó a culminar.

Como es sabido, *Raza* nació de un texto literario escrito por Franco con el seudónimo Jaime de Andrade, en forma de una acción dialogada, que cumplía dos funcio-



Ana Mariscal y Alfredo Mayo, en «Raza», de Sáenz de Heredia y guión de Franco.



José Luis Sáenz de Heredia en 1964, año en que dirigió «Franco, ese hombre».

nes. Por una parte, aspiraba a fundar un modelo de cine de propaganda política que legitimara la sublevación militar de 1936, a la vez que su saga familiar servía de vehículo para exorcizar o sublimar, según los casos, los fantasmas personales del autor, quien se proyectó como sujeto en su protagonista masculino, en el valeroso oficial de infantería José Churrucá. Que *Raza* no es hoy una pieza arqueológica lo demuestra la reedición que apareció en el mercado el pasado año, precedida de un prólogo panegirista del historiador Ricardo de la Cierva, reivindicando todavía su vigencia. Por eso, el libro de Nancy Berthier llega oportunamente para establecer, con su mirada distante, desde otro país y otra cultura, un balance sereno del significado del libro y del filme que generó inmediatamente, producción estatal realizada por José Luis Sáenz de Heredia, primo hermano de José Antonio Primo de Rivera.

De film modelo a ejemplar único

Nancy Berthier focaliza su análisis en el contenido ideológico del filme, dando por ya sabidas las implicaciones autobiográficas de su texto. Define a la «raza», en el imaginario franquista, como un concepto matricial que otorga unidad y coherencia a la acción colectiva que se despliega en las páginas del libro y en las imágenes del filme, si bien la autora desmarca este concepto de las connotaciones que poseía este término en las culturas nazi y mussoliniana. De este concepto matricial deriva el modelo familiar ejemplar que constituye el eje del filme, desde el antepasado Cosme Damián Churrucá, muerto en la batalla de Trafalgar, hasta el progenitor Pedro Churrucá, fallecido en la guerra de Cuba, tejiendo con su sacrificio el tapiz de las frustraciones navales e internacionales que alimentaron la voluntad de desquite nacional en las fantasías del general Franco. Y, para hacer más didáctica su lección, el autor contrapuso al héroe militar protagonista su mal hermano, un «politicastro» republicano, quien no obstante se redimía con su conversión ideológica y su fusilamiento al final del filme, para mantener así impoluta la estirpe familiar.

Y en el contexto bélico brilla, pese a su pasividad, el modelo materno, muy bien observado por la autora, al que Franco atribuye «un lugar providencial; es parte integrante de un modelo familiar más vasto que remite, en última instancia, a un modelo de sociedad» (pág. 64).

Pero, aunque *Raza* intentó ser un modelo cinematográfico para la vacilante producción nacional, las circunstancias acabarían por convertirle en un ejemplar único, un prototipo singular e irrepetible, para un género imposible, pues la anunciada derrota militar del Eje aconsejó archivar en 1943 aquel cine militante y ofensivo para los aliados victoriosos. Su recuento en 1950, rebautizado *Espíritu de una raza*, y con los pasajes más estridentemente fascistas de la versión original (brazos en alto, eslóganes falangistas) amputados, confirmó su atípica singularidad.

El dictador con rostro humano

El documental de largo metraje *Franco, ese hombre* se puso en pie para conmemorar

los «25 años de paz», en plena expansión económica desarrollista, combinando material de archivo y rodajes actuales, entre ellos una entrevista final con el dictador. Sáenz de Heredia aspiró a ofrecer en su producción el «rostro humano» del general, desarrollando una síntesis biográfica suya, desde el aguerrido cadete al abuelo en civil y con veleidades pictóricas. Se trató de un caso insólito, pues los estadistas acostumbraban a entrar en el panteón de los protagonistas cinematográficos —salvo la notable excepción de Stalin— después de su muerte. Stalin primero y Franco después rompieron esta norma.

No hará falta decir que la estructura biográfica del filme no impidió el desarrollo de un muy explícito discurso ideológico y político, destinado a legitimar y ensalzar el caudillaje de su protagonista. Como escribe Nancy Berthier, «el discurso de legitimación, polimorfo, se despliega así de punta a punta, por medio de una gran variedad de procedimientos, para presentar a España y al mundo entero una imagen del régimen de acuerdo con los nuevos parámetros de su situación nacional e internacional» (pág. 133).

Pero es de justicia añadir que *Franco, ese hombre* fue un filme realizado con mucha competencia técnica y con la aportación de testimonios tan valiosos como el del médico que atendió a Franco, dado por muerto, tras ser herido en la batalla de Biutz (Marruecos). Tuvo buena acogida comercial, pues fue visto con convicción por los espectadores franquistas y con curiosidad o morbo masoquista por los antifranquistas, pero ahora, gracias a Nancy Berthier, podemos leer los impagables informes secretos acerca de su acogida pública emitidos en su día por las autoridades gubernativas o por la guardia civil de los pueblos.

El fracaso de *El último caído*

La muerte de Franco incitó a Sáenz de Heredia a emprender sobre la marcha la producción de un «poema-documental» de loa al general, que debería titularse *El último caído*, y del que nada se sabía hasta la fecha. El realizador buscó apoyos oficiales que si, en las postrimerías de 1975, le fueron prometidos con vehemencia, a medida que transcurrieron las semanas se fueron enfriando y diluyendo. Fue significativo que, entre las personalidades a las que el director se dirigió por carta recabando su colaboración, figurase el rey Juan Carlos I, pero más significativo resultó todavía que su carta nunca obtuviese respuesta. *El último caído* fue, en definitiva, un proyecto ingenuo, ilusorio y utópico por parte del último realizador franquista, que ya no vivía en la realidad política del momento, sino en la nebulosa de sus deseos.

Cierra el volumen de Nancy Berthier una colección de entrevistas con personas implicadas en los temas analizados en su libro, destacando entre todas ellas una muy extensa con el propio Sáenz de Heredia, en la que se revelan no pocos pormenores inéditos sobre su actividad en relación con la propaganda cinematográfica franquista. □

En el próximo número

Artículos de Manuel Fernández Álvarez, Joaquín Vaquero Turcios, Alfonso de la Serna, Rafael López Pintor, Manuel Perucho y Miguel de Guzmán.

RESUMEN

Dentro de la necesidad que aún hoy existe, a juicio de Román Gubern, de revisar y analizar el considerado cine de propaganda franquista, tiene gran importancia el libro que comenta Román Gubern y que es la tesis doctoral de la hispanista francesa Nancy

Berthier y en la que, tras trazar la historia de los primeros esfuerzos por crear un cine de propaganda política, se estudian dos películas emblemáticas de José Luis Sáenz de Heredia: *Raza* (1941), con guión del propio Franco, y *Franco, ese hombre* (1964).

Nancy Berthier

Le franquisme et son image. Cinéma et propagande

Presses Universitaires du Mirail, Université de Toulouse-Le Mirail, 1998. 296 páginas. 150 francos franceses. ISBN: 2-85816-364-2.

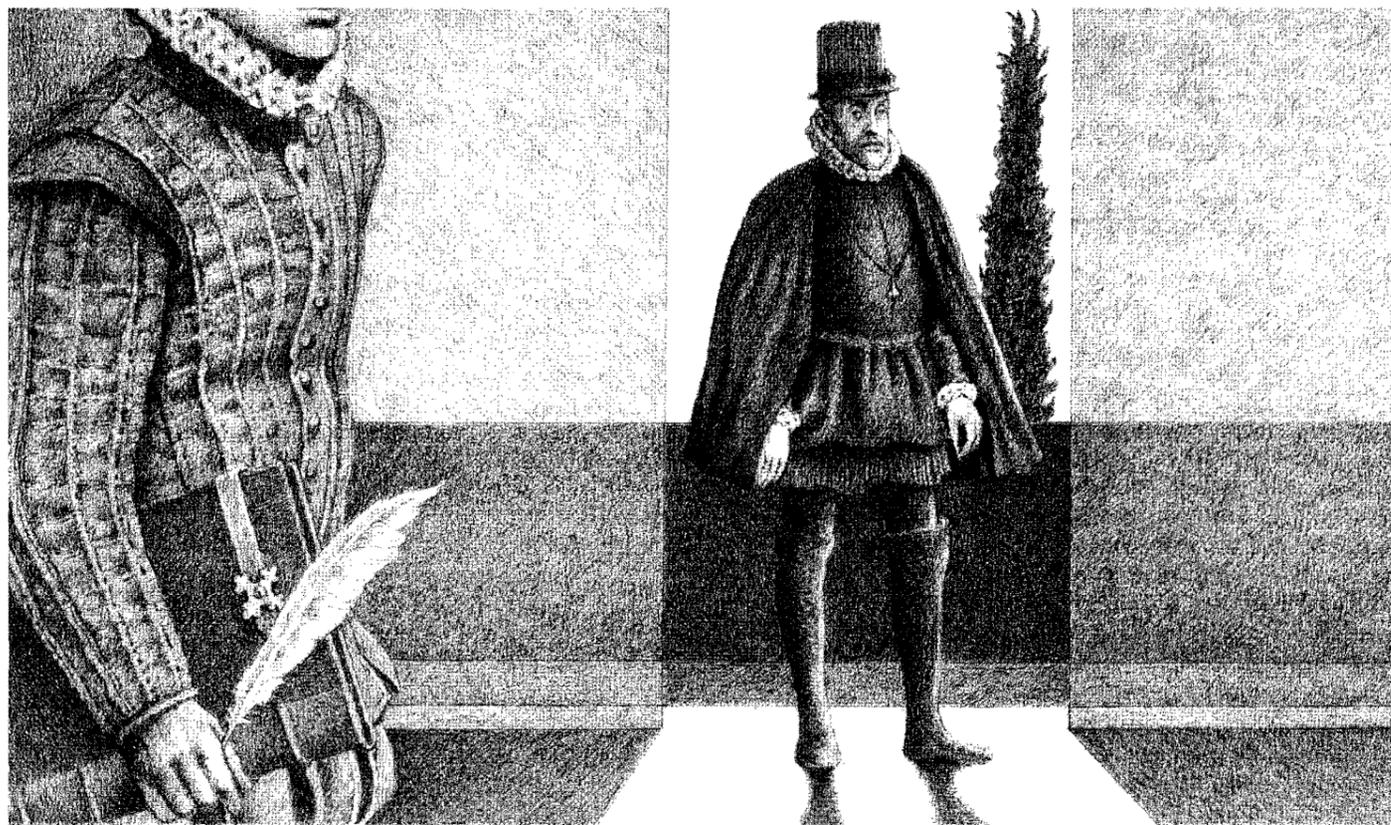
Singularidades en la monarquía de Felipe II

Por Manuel Fernández Álvarez

Manuel Fernández Álvarez (Madrid, 1921) es historiador y en 1965 obtuvo la cátedra de Historia Moderna de la Universidad de Salamanca, de la que es, en la actualidad, profesor emérito. Es académico de la de Historia y ha escrito 35 libros y más de cien artículos en torno a la Edad Moderna; entre otros títulos: La sociedad española en el Siglo de Oro (Premio Nacional de Historia de España), La España de Carlos V y Felipe II y su tiempo, además de biografías de Juana la Loca y Jovellanos.

Los estudiosos de la época de Felipe II estamos de enhorabuena. Gracias al esfuerzo de los profesores Martínez Millán y De Carlos Morales podemos manejar ahora esta importante crónica del reinado del Rey Prudente en una pulcra edición, que sale a la luz merced al patrocinio de la Junta de Castilla y León, con el decidido apoyo que hace ya algunos años prestó al proyecto la consejera de Cultura, Josefa Eugenia de Fernández Arufe. Precisamente cuando se planteó en la Real Academia de la Historia, hace ya también algunos años y de cara a la conmemoración del IV Centenario de la muerte de Felipe II, qué cosas podían hacerse, yo propuse, como una de las más adecuadas, la reedición de la Crónica de Cabrera. Entonces se nos informó que esa tarea ya estaba en marcha. Y he de confesar que al saber que en ello andaba metido el profesor Martínez Millán, sentí un alivio. En primer lugar, porque conocía algunos de sus trabajos y, por ellos, de su valía; y, en segundo lugar, porque se trataba de una tarea nada fácil, de la cual quedaba liberado.

La Crónica de Cabrera reúne un impresionante caudal informativo sobre los sucesos del reinado de Felipe II, tanto en política exterior como en los principales sucesos internos de la monarquía. Es cierto que su prosa resulta, con frecuencia, de difícil lectura. A este respecto, hacemos nuestras las palabras que García Simón le dedica en la nota editorial: «Y si bien su estilo nos hace difícil y complicada su lectura, no es menos cierto que, a veces, como en los claros del bosque espeso, unos párrafos suyos bastan para iluminar meridianamente aspectos complicados del rey o de la corte, a veces la claridad sobre años enteros, tan intrincados y densos como la propia vida del monarca».



FUENCISLA DEL AMO

Pues, en efecto, aunque son muchas las páginas de la Crónica de Cabrera en las que el menudeo del detalle fatiga al lector, lo cierto es que cuando se quiere una respuesta a una cuestión concreta de aquel reinado, las referencias que se encuentran son, frecuentemente, de un valor extremo. Pongamos, por caso, cuando se trata de poner la Corte en Madrid, con las reflexiones del cronista que tan gran monarquía precisaba de una cabeza, como tenían entonces las principales monarquías del mundo, tanto la francesa como la inglesa, e incluso la otomana. Por otra parte, resulta evidente que Cabrera de Córdoba maneja documentación de primera mano y verdaderamente valiosa, que además inserta textualmente, como cuando nos habla de la consulta pedida por el Rey al doctor Martín de Azpilcueta sobre el grave problema del príncipe don Carlos, y que Cabrera nos dice «vino a mis manos». También inserta otros documentos tan importantes como la carta que el Rey escribió a su hermana la empe-

ratriz María, precisamente para informarla sobre la prisión de su hijo.

Serían innumerables las referencias que así podríamos ir señalando. Yo sólo voy a comentar dos, por lo significativas, y porque se trata de sucesos ocurridos en la Corte, cuando ya Cabrera está viviendo en ella y, por lo tanto, como testigo de excepción: la última actuación judicial contra Antonio Pérez, a partir de 1589, y los sucesos de Ávila y su represión de dos años después.

En el caso de la reanudación del proceso de Antonio Pérez, decidida por el Rey en 1589, que era el gran tema de la Corte, seguido con el interés que cabe suponer por el cronista, éste nos dice algo bien revelador: cómo los jueces de la causa, Rodrigo Vázquez de Arce y Juan Gómez, escribieron a Felipe II «que mirase había corrido mucho» que la muerte de Escobedo había sido ordenada por él, insertando además Cabrera el conocido billete del Rey: «Decid a Antonio Pérez que ya sabe cómo yo le mandé que matase a Escobedo por las causas que él sabe; que a mi servicio conviene que las declare». Igualmente es notable el pasaje, relativo al malestar de Ávila por la ejecución de don Diego de Bracamonte, a raíz de los pasquines en los que se protestaba por el servicio de los millones. Es entonces cuando vemos dialogar al Rey con el cronista, defendiendo el porqué de aquella extrema severidad, para castigar a una ciudad que en el pasado había tenido una actitud soliviantada.

Son sólo unas pequeñas muestras que nos indican el gran valor de la Crónica de Cabrera

de Córdoba. Se trata de una avalancha de información valiosísima, tanto para conocer mejor los principales acontecimientos de aquel reinado como para el perfil de sus personajes, empezando por el propio Rey. De ahí, volvemos a insistir en ello, la importancia de esta reedición que de forma tan notable ha llevado a cabo la Junta de Castilla y León, confiando en el buen hacer de profesores como Martínez Millán y De Carlos Morales. Una reedición que se enriquece, además, con un estudio sobre la figura y la obra de Cabrera de Córdoba y con un útil índice onomástico. Quizás se podría pedir que el texto fuera acompañado de un cuerpo de notas más nutrido, notas en las que se destacaran al lector los pasajes más relevantes, o los más dudosos, cotejándolos con otros documentos; pero eso hubiera sido una tarea acaso de años, con la agravante de que en vez de encontrarnos con tres impresionantes volúmenes se hubiera llegado a los cuatro o a los cinco. Y bien sabido es que lo mejor es enemigo de lo bueno. Tanto más cuanto que esta reedición sí va acompañada de un cuarto volumen, en el que, bajo la dirección de los profesores citados, Martínez Millán y De Carlos Morales, se hace un interesante estudio, que bien merecería un comentario aparte. Su título: *Felipe II (1527-1598). La configuración de la Monarquía hispana*. No se trata de un complemento a la Crónica de Cabrera, sino que es un trabajo notabilísimo centrado, conforme a su titulación, en la estructuración de la monarquía fi-

En este número

Artículos de

Manuel Fernández Álvarez	1-2	Rafael López Pintor	8-9
Joaquín Vaquero Turcios	3-4-5	Manuel Perucho	10-11
Alfonso de la Serna	6-7	Miguel de Guzmán	12

SUMARIO en página 2





Singularidades en la monarquía de Felipe II

lipina, y en particular, sobre los grupos o familias políticas que se disputan el poder en la Corte.

En suma, diríamos que gracias a tareas como la que hemos reseñado, este IV Centenario de la muerte de Felipe II no ha pasado en vano.

Por eso merece la pena que destaquemos ahora ese estudio sobre la configuración de la monarquía hispana bajo Felipe II. Se trata de una obra en la que se siguen, con el mayor detalle, las luchas por el poder de las distintas familias políticas que se van formando ya desde la época en la que Felipe es todavía el Príncipe de las Españas, incluso con una ojeada a la etapa de los Reyes Católicos y a los principios del reinado de Carlos V. Los autores dividen su trabajo en 12 capítulos, integrados en cuatro partes: la primera («Bajo el signo de la contradicción») abarca las dos primeras décadas de la vida del Rey; la segunda («De Príncipe a Rey») plantea la formación de la monarquía hispana entre 1547 y 1565; la tercera es a la que se atribuye

la afirmación del aspecto confesional («El proceso de confesionalización»), a lo largo de los dieciocho años centrales del reinado, entre 1565 y 1583. Por último, la cuarta parte lleva por título «La culminación de las estructuras de la monarquía hispana», y se refiere a los quince años postreros. Todo ello se completa con dos apéndices dedicados a los consejeros de Felipe II, constituyendo una de las partes más valiosas del libro, y en el que colaboran, aparte de los dos directores del trabajo, Ignacio J. Ezquerro Revilla, Santiago Fernández Conti, Henar Pizarro Llorente y Manuel Rivero Rodríguez.

Evidentemente, la monarquía filipina tiene rasgos que la singularizan respecto a sus precedentes, tanto de la monarquía de los Reyes Católicos como de la de Carlos V; de la de los Reyes Católicos, sin embargo, podría decirse que es más la semejanza, con esa política unificadora de las Españas, que se cierra con la incorporación de Portugal, y con una vuelta al rigor inquisitorial. En cambio, de la época carolina se mantiene el penoso legado de la vinculación con los Países Bajos, de los que Felipe II no sabrá desprenderse más que a medias y al final de su reinado.

¿Cuáles son las singularidades de la monarquía hispana filipina? Está claro: la vuelta a la cerrazón inquisitorial, en lo ideológico, y el gobierno por Juntas, en particular la de Presidentes, a partir de 1573, la Junta de noche, en torno a 1587 (a raíz de la muerte del cardenal Granvela y de Juan de Zúñiga), y finalmente la de Gobierno, de los últimos años del Rey.

Queda bien claro que esa reorganización en la cumbre viene forzada por una doble situación: la disminución de la capacidad física del Rey para afrontar el gobierno tal como hasta entonces lo había hecho, a raíz de la postración que sufre tras su viaje a la Corona de Aragón, y la notoria apatía del príncipe Felipe para incorporarse a las tareas de Estado; con lo cual, se marca la diferencia con el reinado anterior, como tantas veces he señalado yo en mis estudios: a diferencia con Carlos V, Felipe II jamás tuvo un «alter ego» en el que poder apoyarse, como lo hizo el Emperador en 1551.

A mi entender, la monarquía filipina, en su estructuración y en sus fines, viene a heredar, por un lado, aspectos ya fijados por los Reyes Católicos — así, la configuración nacio-

nal, en lo que Felipe II completaría aquella tarea de sus abuelos con la incorporación de Portugal, pero también la estricta confesionalidad bajo el rigor inquisitorial—, mientras que la nota disgregadora vendría dada por el legado de los Países Bajos, de los que Felipe II no querría desprenderse, como marcaría en sus instrucciones al entonces conde de Feria, sobre la negociación de su boda con Isabel de Inglaterra: que, en todo caso, el hijo que tuvieren no habría de heredar los Países Bajos.

Ahora bien, la nueva etapa del Príncipe no arranca de 1547 sino de 1551, como parecen probar las más amplias instrucciones que Felipe recibe entonces de su padre. Sobre todo ello, como sobre los acuerdos familiares de Augsburgo negociados entre 1548 y 1551, pienso que los autores de este estudio habrían podido manejar con provecho no pocos trabajos míos, aunque sólo fuera para seguir el consejo que Juan Gelabert me da tan generosamente, en cuanto a que la Historia es cosa de todos. ¿No convendría igualmente manejar el Memorial de Luis de Ortiz, para plantear el problema de la necesidad de una gran reforma de la monarquía a mediados del siglo XVI?

Algún otro reparo podría señalarse, como el indicar que el predominio español sobre Italia arrancara de la paz entre Paulo IV y Felipe II, orillando todo lo que supuso, a este respecto, la paz de Cateau-Cambrésis (pág. 79). Pero eso son ligeras matizaciones, a un libro bien construido, notablemente documentado y lleno de aciertos. Los autores no dudan, por ejemplo, en manejar alguno de los documentos publicados por Antonio Pérez,

dándolos con razón como válidos; aunque es cierto que en este caso hubiera sido conveniente que manejaran la edición de 1598, por las importantes anotaciones marginales que allí se encuentran. También está bien planteado el conflicto entre los dos Arzobispos, Carranza y Valdés, en torno a 1558, con todo lo que supuso que el confesor del Rey, fray Bernardo de Fresneda, se aliara con el Inquisidor, atrayendo a su postura radical al Rey. Y ése sí que sería un giro importante en la dirección de la monarquía. En cuanto a otros sucesos internos, como el asesinato de Escobedo (aquí tratado como «eliminación física»), queda bien clara la participación regia, que es lo que se desprende de todos los documentos de la época, incluida la propia Crónica de Cabrera, como hemos señalado al principio de esta reseña.

Es cierto que la obra se limita a los aspectos internos de la monarquía; pero eso es lo que ya nos indican sus autores con el mismo título que le asignan. Y, desde luego, para ese capítulo de las luchas constantes de los partidos políticos por hacerse con el poder, a lo largo de todo el reinado, puede afirmarse que es una obra de uso imprescindible.

Y así volveríamos a repetir nuestro juicio anterior: estamos ante un trabajo muy serio, que nos regala además una reedición de la notabilísima Crónica de Cabrera de Córdoba.

Un trabajo que con toda justicia ha merecido el apoyo de la Junta de Castilla y León y que nos permite volver a afirmar que de ese modo el IV Centenario de la muerte de Felipe II no ha pasado en vano. □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Singularidades en la monarquía de Felipe II», por Manuel Fernández Álvarez, sobre <i>Historia de Felipe II, rey de España</i> , de Luis Cabrera de Córdoba	1-2
«Salir del infierno», por Joaquín Vaquero Turcios, sobre <i>L'art et la folie</i> , de Sophie de Sivry y Philippe de Meyer	3-4-5
«Suecia, lejana y próxima», por Alfonso de la Serna, sobre <i>España y Suecia en la época del Barroco (1600-1660)</i> , de Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis Pi Corrales (dirs.)	6-7
«Puentes para el desarrollo democrático global», por Rafael López Pintor, sobre <i>Administration and Cost of Elections. ACE Project</i> y <i>Voter Turnout from 1945 to 1997: a Global Report on Political Participation</i> , de autores varios, y <i>The International IDEA Handbook of Electoral System Design</i> , de Andrew Reynolds y Ben Reilly	8-9
«La poesía de la ciencia», por Manuel Perucho, sobre <i>Unweaving the Rainbow: Science, Delusion and the Appetite for Wonder</i> , de Richard Dawkins	10-11
«Una atalaya de observación», por Miguel de Guzmán, sobre <i>Mathematics without borders. A History of the International Mathematical Union</i> , de Olli Lehto	12

RESUMEN

Coincidiendo con la reciente conmemoración de la muerte de Felipe II, se ha publicado, en edición de los profesores Martínez Millán y De Carlos Morales, la *Crónica de Cabrera de Córdoba que reúne, en opinión de Fernández Álvarez, un impresionante caudal informativo sobre los sucesos del reinado de Felipe II, tanto en política exterior como en*

los principales sucesos internos de la monarquía del Rey Prudente. Texto, el de Cabrera, prolijo y en ocasiones farragoso, su importancia, para un mejor conocimiento de esa época (dada la información de primera mano que maneja el cronista, y su testimonio directo), es capital; de ahí la oportunidad de esta reedición.

Luis Cabrera de Córdoba

Historia de Felipe II, rey de España

Ed. de José Martínez Millán y Carlos Javier de Carlos Morales, Junta de Castilla y León, Salamanca, 1999. 3 volúmenes, 531 + 1.711 páginas. 30.000 pesetas. ISBN: 84-7846-790-4.

Salir del infierno

Por Joaquín Vaquero Turcios

Joaquín Vaquero Turcios (Madrid, 1933) es pintor y escultor. Ha desarrollado una amplia actividad en el campo de la pintura mural y la escultura integrada en la arquitectura.

«Los buenos poetas líricos o épicos no componen sus bellos poemas por arte, sino porque están inspirados y poseídos. Del mismo modo que los coribantes no están en su sano juicio cuando bailan, así les sucede a los poetas, que tampoco lo están cuando componen.» Esto afirmaba Platón, que llamaba a ese estado en que hablan los profetas y escriben los poetas «furor sacro». Naturalmente, en ello no entraban los pintores o escultores que, ya se llamasen Fidias o Polignoto, eran para él, como para Sócrates, solamente artesanos, copistas de la realidad.

Aristóteles, por su parte, en la repartición de los tipos humanos por humores, concluía que los hombres extraordinarios, filósofos, poetas, artistas, son siempre melancólicos, y como tales, capaces de alcanzar las mayores alturas del espíritu o las simas más profundas de la locura.

«Nullum magnum ingenium sine mixtura dementiae fuit», murmuraba Séneca en voz baja, quizás mientras oía cantar al César.

Más tarde, Plotino elevó a los artistas a la categoría de místicos, creadores inspirados, miembros de un club muy exclusivo, del cual serán pronto expulsados para volver como aplicados artesanos al barrio de los gremios medievales.

Pero Marsilio Ficino, el gran manipulador

de la Florencia renacentista volverá a rescatarlos del razonable anonimato de los talleres para lanzarlos, un poco atónitos, literalmente a las nubes: «El alma intenta alcanzar la belleza y la armonía y es llevada al éxtasis por el frenesí Divino. El ver un cuerpo hermoso excita el deseo ardiente de la belleza Divina y los inspirados son arrebatados a una verdadera locura de Dios».

Luego Ficino relee a Aristóteles y a Platón y, ligando sus palabras, comprende que sólo los melancólicos pueden acceder al «furor sacro». Como por otra parte, sólo los nacidos bajo el signo de Saturno son melancólicos, resulta que todos los poetas, profetas, filósofos y artistas son necesariamente saturninos y es sabido que éstos, según la conjunción astral de cada uno, pueden ser locos o hacer grandes obras. La «pose» saturnina, extravagante, «snob» y teñida de «Weltschmerz» acompañará ya desde entonces a muchos artistas y a quienes les gusta parecerlo. Miguel Ángel decía de sí mismo, con cierta aparente complacencia, que era un «pazzo», rebelde y neurótico, y que «no hay otro método mejor para seguir sano y libre de aflicciones que estar loco». Alguno de sus escalofriantes sonetos nos confirma el afligido estado mental en que se encontraba, no precisamente sano ni libre de angustias.

Pasó el tiempo y siguieron goteando los mismos conceptos. «El genio está más cerca de la locura que de la inteligencia media» declaró Schopenhauer, y Lamartine habla de «cette maladie qu'on appelle génie».

Más tarde, Lombroso, Moreau, Moebius relacionan psicosis y actividad artística y se llega con los psicoanalistas dogmáticos a pre-

ocupantes clasificaciones de los artistas como los más expuestos a los complejos de Edipo y de culpa, al narcisismo, a la bisexualidad; víctimas fáciles del super-ego y de traumas psíquicos. Debajo de ese montón de escombros mentales, se oye débilmente la voz de Proust replicando: «Todo lo grande que hay en el mundo es obra de neuróticos. Ellos son los fundadores de las religiones y los creadores de las obras maestras»...

Charles Lamb llega a principios de este siglo para echar un poco de agua a ese fuego cruzado: «Ningún genio padecía una enfermedad mental y, si fuera así, ello habría disminuido sensiblemente sus facultades creativas».

Valgan estas pocas citas como apunte de la teoría. Pero, ¿cual es la práctica?

Aun ateniéndose solamente a las artes plásticas, hay casos muy conocidos de grandes creadores que padecieron enfermedades mentales. Tratándose de artistas antiguos no siempre es fácil deducirlo con certeza a través de las biografías que nos han llegado y del análisis de sus propias obras, pero parece indudable que sufrieron esas patologías grandes pintores, como Van der Goes, lleno de complejos de culpa y gritando que quería salvar al mundo; el solitario y melancólico Mathias Grünewald; Annibale Carracci, que siguió pintando con gran elegancia durante su enfermedad; Francesco Bassano, que se suicidó arrojándose por la ventana; Piero di Cosimo, que comía cincuenta huevos al día y vivía obsesionado por las toses de los demás; Guido Reni, siempre temeroso de ser envenenado, de sortilegios y contagios; Parmigianino, salvaje, enloquecido por la alquimia; el gran ar-

quitecto Francesco Borromini, que hacía sus bellísimas obras delicadamente onduladas en medio de terribles crisis de irascibilidad y terminó sus días ensartándose furiosamente en su propia espada.

Más cerca de nosotros, Caspar David Friedrich, aislado, obsesionado toda su vida por la muerte de su hermano al que vio morir ahogado; Richard Dadd, que, dominado por la idea de asesinar al Papa y salvar al mundo, terminó matando a su propio padre; Turner, solitario, misógino, hipocondriaco; Delvaux, casto absoluto por el temor a su madre y a las mujeres; Van Gogh y su pintura incendiada; o Rothko y sus místicas manchas levitantes, suicidas...

Sentido y reflexión

A esta lista se podrían agregar otros muchos, verdaderos o falsos, conocidos y desconocidos, permanentes o transitorios. Hay también, naturalmente, muchos artistas de una aparente cordura a toda prueba, tanto en su vida como en sus obras en las que domina el equilibrio, la medida, la armonía. Pero ni aun ahí estaríamos tranquilos. William Blake, el formidable visionario inglés, nos advierte: «Si veis un cuadro pintado con sentido y reflexión podéis apostar algo a que lo pintó un loco».

Junto a estos artistas profesionales, más o menos famosos, cuya mente enfermó, hay otros tantos desconocidos, con frecuencia geniales, que han permanecido ignorados, ocultos o simplemente imposibilitados de expresar su talento. Son enfermos mentales, a veces profundos, con frecuencia recluidos de por vida en instituciones desde que éstas existen, que, poseyendo un evidente talento artístico, no tuvieron apenas ocasión de ejercerlo, siendo las pobres y escasas obras que lograban realizar sin medios materiales idóneos, inmediatamente destruidas o ignoradas.

Esto fue así hasta que en la primera mitad de este siglo, una serie de psiquiatras se dieron cuenta del inestimable valor clínico de las pocas obras pictóricas o escultóricas de sus pacientes y, además, de su interés estético, de su originalidad.

Doctores como Morselli, Volmat, Vinchon, Delgado, Heyet, Ladame, Minkowska, Ferdiere y otros comenzaron a estudiar y conservar aquellos trabajos. En 1922, el Dr. Prinzhorn, que abandonó su vocación de cantante lírico para estudiar psiquiatría y que tenía una especial sensibilidad artística, comenzó en su clínica de Heidelberg una extraordinaria colección, que todavía se conserva, y escribió un libro fundamental en este campo, su *Bildneri des Geisteskranken*. La atención de otros psiquiatras a determinados pacientes a su cuidado dio lugar al descubrimiento y puesta en valor de verdaderos artistas llenos de talento. Así Carlo Zinelli, protegido y estimulado por el veronés Vittorino Andreoli; Aloise, por Jacqueline Porret Forel; Wölfli, por el Dr. Morgenthaler, etc.

El asesoramiento de artistas profesionales a los psiquiatras para dar medios adecuados de expresión a los internos, dio enseguida frutos espectaculares que multiplicaron la calidad y la cantidad de las obras.

La producción de estos artistas espontáneos era a veces de tal fuerza y expresividad, que al ser conocidas en medios artísticos despertaron un inusitado interés y pronto se hicieron exposiciones y se publicaron monografías. Su eco fue inmediato. Dadaístas, surrealistas, expresionistas alemanes, Dalí, Breton, Buzzati, Moravia, Tapié, asimilaron y analizaron con avidez aquel nuevo manantial de emociones artísticas puras. La libertad formal llevada a términos inéditos, el uso imprevisto de las escalas, la insistencia incansable en la



«Ashes» (1894), de E. Munch (Nasjonalgalleriet, Oslo).

CORTESÍA EDITORIAL

Viene de la página anterior



Salir del infierno

repetición de elementos gráficos y pictóricos, la mezcla en una misma obra de espacios discordantes y contradictorios plásticamente entre otras características, fueron aprendidos e incorporados conscientemente a las técnicas y los estilos de numerosos artistas de la época. Es muy curioso rastrear esas enriquecedoras y liberadoras influencias que siguen a las exposiciones y las publicaciones que dan a conocer las obras de «l'Art Brut».

Sólo por ello, la historia del arte contemporáneo tiene una deuda enorme con Jean Dubuffet quien se había convertido en el apóstol y abanderado de aquellos colegas inermes.

En un viaje a Suiza en 1945, empezó a reunir una gran colección que llevó a París donde fundó la que llamó «La Compagnie de l'Art Brut», término acuñado por él para definir este arte «en bruto», puro y sin contaminaciones, salido directamente de sus creadores sin influencias culturales ni propósitos prácticos. A la Compañía se sumaron una infinidad de artistas e intelectuales que patrocinaron su difusión. La colección permaneció años en París y después de pasar un período en los Estados Unidos bajo la custodia del pintor Alfonso Ossorio, quedó definitivamente establecida en una sede propia, en la ciudad de Lausanne.

Los escritos entusiastas e inflamados de Dubuffet sobre este tema siguen siendo emocionantes: «El Arte no se acuesta en las camas que le preparan. Se escapa en cuanto pronuncian su nombre. Sus mejores momentos son aquellos en los que la gente olvida cómo se llama». «¿Hay que admitir que la contestación a las normas sociales y la búsqueda de soluciones innovadoras en el arte son —al menos desde que se traspasa cierto límite— una enfermedad o un crimen?».

Ciertamente, esto ya no es así, gracias entre otras cosas a su obra y a su lucha. Es más, las obras del llamado, mal llamado, «arte psicopatológico», resultan de un equilibrio clásico comparadas a algunas «locuras» de artistas cuerdos y contemporáneos. Torri y Allori, pintores del siglo XVI, fueron tenidos por locos porque guardaban en sus casas toda clase de despojos humanos putrefactos para di-



«Self-portrait» (1971), de F. Bacon (MNAM Centre G. Pompidou, París).



«Self-portrait» (1912), de E. Schiele (R. Leopold collection, Viena).

bujar anatomías. Hoy asistimos impertérritos a una exposición de cabezas humanas construidas a base de casquería de animales —ojos, dientes, bocas, orejas y pelo— y cosidas y metidas en frascos de formol; o a exposiciones «defecatorias» —yo vi una en Madison Avenue en cuyo catálogo el autor aparecía fotografiado en plena creación: excesos saturninos—. Quizás no toda esa libertad de expresión tenga resultados positivos, pero, ciertamente, ya no parece enfermedad o crimen traspasar ciertos límites en arte.

El tema del «arte en bruto» ha ido tomando una importancia cada vez mayor. Hay numerosas colecciones en muy diversos países. Entre ellas, la colección Prinzhorn de Heidelberg, se conserva y será trasladada a Berlín en una nueva e importante sede; la colección formada por el Dr. Volmat y continuada después permanece en el Hospital de Sainte Anne de París y en Lille; la del Saint John's Hospital está en Londres, y en Dublín la «Outsider Collection and Archive». En 1972 se abrió al público la colección formada por Dubuffet en

Lausanne. En 1995 el «American Visionary Art Museum» en Baltimore, Maryland, en los Estados Unidos, etc.

Se han publicado importantísimas obras sobre el tema en general, sobre las colecciones y sobre artistas individuales. De entre ellas hay sin duda que destacar los libros de Michel Thevoz, actual director de la colección de «Art Brut» de Lausanne, que penetra en profundidad y sin prejuicios en el corazón del arte de los enfermos mentales y en la ambigua problemática de los tratamientos psiquiátricos modernos. *Art Brut*, publicado por Skira, en 1975; *Art Brut, Psychose et médiumité* de 1990; y *Requiem pour la Folie* de 1995, publicados por «La Différence» en París, son algunos de sus títulos, indispensables; *L'Art Brut* editado por Flammarion en París en 1997 y escrito por Lucienne Peiry, y John Maizels con su *Raw Creation, Outsider Art and Beyond*, Phaidon, Londres, 1996, hacen las últimas revisiones generales, entre muchas monografías sobre autores individuales.

La vigencia del tema se comprueba también por las importantes exposiciones que se han sucedido en estos últimos años. Entre ellas la titulada *Visiones Paralelas, Artistas Modernos y Arte Marginal*, que se inició en el Los Angeles County Museum para pasar luego a la Kunsthalle de Basilea, al Setagaya Art Museum de Tokio y al Reina Sofía en Madrid, en 1993. En Nueva York, *Portraits from the Outside: Figurative Expression and Outsider Art*, expuesta en la Parsons School of Design Gallery en 1990; *Visionäre Schweiz*, que estuvo también en Madrid tras haber pasado por el Kunstmuseum de Zúrich y por Düsseldorf en 1992; *La Beauté Insensée*, en el Palais de Beaux Arts de Charleroi en 1996. La última, y más completa de todas ellas se titulaba *Kunst und Wahn* y tuvo lugar en Viena el año pasado. Una extraordinaria exposición. Para este año se anuncia una en Hamburgo, y para el próximo, otras, en París y en España también.

Los catálogos de todas estas muestras, con textos de numerosos autores, han venido



«Christ carrying the cross» (1515-1516), de El Bosco (Museum voor Schone Kunsten, Gante).



«Self-portrait with masks» (1899), de J. Ensor (colección privada).



Viene de la página anterior



«Der rote Blick» (1910), de A. Schönberg (Städtische Galerie, Múnich).

«Silence» (c. 1800), de J. H. Fuseli (Kunsthhaus, Zúrich).

a engrosar considerablemente la ya rica bibliografía.

El volumen que comentamos tiene un sentido distinto que la mayoría de ellos, que son en general ensayos críticos, históricos o biográficos. *L'art et la folie* es un libro del que son autores Sophie de Sivry y Philippe de Meyer, con un interesante prólogo de Robert Misrahi.

La primera es escritora y autora, entre otras obras, de un libro análogo, *El arte del sueño*. Meyer, Premio Medec 1982, es profesor de Filosofía e Historia de la Medicina en la Universidad René Descartes de París y autor de numerosos libros.

Estancias del laberinto

Esta publicación, muy cuidada —con un elegante diseño gráfico de Riccardo Tromerinos— hace entrar en cuatro estancias del laberíntico edificio que constituye su tema. Son cuatro ensayos sobre la locura y el amor, la locura y el genio, la locura y el poder y la locura del más allá, temas vistos y oídos a través de una retina y un tímpano de artista, y acompañados por espléndidas ilustraciones de pinturas de todas las épocas, escogidas con particular inteligencia.

Con precisión y finura, el texto hilvana hechos y casos paradigmáticos, citas y reflexiones llenas de sentido, con un recorrido revelador por las enfermedades mentales y la historia y desarrollo de sus tratamientos.

La locura como amenaza y refugio, sus asaltos desde fuera y desde dentro, aparecen

como fondo de un desfile abigarrado de figuras entre las que vemos y oímos a Eloísa y Abelardo, al poeta sufí Somnún, a Sprenger y Kramer empuñando su martillo, a Kokoschka con su muñeca de trapo bajo el brazo, a Carlyle y Gerard de Nerval y hasta a Simeón el estilita y al ermitaño Morón junto a los hermanos Claudel.

Más adelante —en la locura y el genio—, es don Quijote, que la autora ve frágil y alargado como una figura de Giacometti e interpreta como la encarnación del artista; o Van Gogh, Schopenhauer, Strindberg, Emily Dickinson, Rimbaud, Coleridge quienes desgranar el tema con sus vidas o sus palabras. Aparecen también Collins, Smart, Fergusson, Cowper, Bampfild y Clare, los seis grandes poetas locos en la Inglaterra del XVIII, todos ellos internados de por vida en manicomios, donde alguno escribió todavía extraordinarios poemas.

Se revisan también las caligrafías de los exaltados seguidores de Zhuang Xu, que en la tormentosa época de las Seis Dinastías chinas, entre los siglos III y VI, crearon una manera de escribir subjetiva y libre, automática, realizada casi en trance o bajo posesión medium, una «loca escritura» que se rebelaba contra el racionalismo de la época y a cuyos signos apretados, alargados o deformados por un fuego interior nos recuerdan los crepitantes grafismos mescolánicos de Henry Michaux. También resuena, escalofriante, la voz de Rimbaud, su tenaz esfuerzo por llegar al estado visionario, a la locura, a través de «una larga, inmensa y razonada alteración de los sentidos».

Aloise y Wölflí, dos enfermos mentales profundos, internados en sanatorios suizos, realizan una obra pictórica de extraordinario interés. Refugiados en su locura, en un mundo que los protege y aísla de la realidad, gozan durante años del clima ideal para la creación artística más pura. En 35 años, Wölflí crea más de 13.000 obras gráficas y pictóricas y llena innumerables cuadernos de escritos de gran interés literario, en los que inserta, adelantándose a muchos poetas libres, frases en idiomas extranjeros o inventados, onomatopéyas y neologismos. Aloise, mientras tanto, atacaba grandes composiciones de colores claros y líneas fluidas, pobladas de delirios, mientras, con toda calma, aseguraba a sus médicos que pintaba lo que veía cuando miraba a través de la ventana de la visión.

Locura, iluminación, transgresión de las fronteras, delirio y revelación de mundos

RESUMEN

Pensaba Platón que los poetas no están en su sano juicio cuando componen, y se refería al «furor sacro» de la creación; de los pintores o escultores no dijo nada pues eran considerados, entonces, meros artesanos, copistas de la realidad. Joaquín Vaquero Turcios se adentra, en su comentario, en el laberinto de

invisibles, visiones interiores: términos todos ellos válidos para la locura y para el arte, y también para muchas otras cosas. «No está todavía claro si mucho de lo que es glorioso y profundo no surge de una enfermedad del pensamiento». Lo decía Poe.

Si las citas y los textos nos hacen reflexionar, la selección de las obras pictóricas del libro, a veces de detalles muy puntuales de cuadros, nos estremecen también. Trozos de Massaccio, de Gauguin, de Giotto que se nos habían olvidado o en los que nunca reparamos, unos ojos rojos de Memling, Brueghel, Ernst, pintura hindú del Taller Guler o iluminaciones de la Escuela Cashmere. La casa ensangrentada de Munch y su grito resonando, las manos de Schiele; Nolde, Soutine y Goya; otros ojos rojos, éstos de Schönberg, Picasso, la mirada de la Salomé de Botticelli, Courbet y, claro, Van Gogh y El Bosco, Bacon, Blake... La imagen de la locura y, a veces, la locura de la imagen.

Un tema para meditar, que nos amenaza y nos tienta desde fuera y desde dentro.

Dos frases para terminar:

«Un artista es una criatura arrastrada por demonios. No sabe por qué lo eligieron y está normalmente demasiado atareado para preguntárselo» (William Faulkner).

«Nunca nadie ha escrito, pintado, esculpido, construido o inventado si no es, literalmente, para salir del infierno» (Antonin Artaud). □

Sophie de Sivry y Philippe de Meyer

L'art et la folie

Institut Synthélabo pour le progrès de la connaissance, París, 1998. 128 páginas. [6.500 pesetas.] ISBN: 2-84324-040-9.

Suecia, lejana y próxima

Por Alfonso de la Serna

Alfonso de la Serna (Santander, 1922) ha sido Embajador de España en Túnez, Suecia, Marruecos y las Naciones Unidas (Ginebra). Fue director general de Relaciones Culturales (Ministerio de Asuntos Exteriores) en 1963-68 y 1976. En 1962 obtuvo el Premio Mariano de Cavia. Es autor de Imágenes de Túnez y Embajadas de España y su historia.

«(...) Este país nuestro de nueve millones de habitantes, desperdigados por una superficie de cuatrocientos cincuenta mil kilómetros cuadrados; este país periférico, escondido entre sus bosques, reflejado en sus noventa y seis mil lagos, cubierto por la nieve de cuatro a seis meses al año (...)». Así describía a su patria el profesor Stig Strömholm, de la Universidad de Uppsala, en la apertura del Congreso Internacional sobre «España y Suecia en la época del Barroco (1600-1660)», celebrado en Madrid en otoño de 1997. Tuvo lugar esa reunión dentro del marco de los «Encuentros Históricos Suecia-España», promovidos por la Fundación Berndt Wistedt y patrocinados por la Comunidad Autónoma de Madrid. El libro de actas de dicho congreso, un grueso e interesantísimo volumen, de reciente aparición, da cuenta literal del contenido —con transcripción de todas las comunicaciones y conferencias— de aquella reunión científica de la que fueron directores los profesores Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis Pi Corrales, de la Universidad Complutense de Madrid, y en la que, junto a numerosos historiadores españoles y extranjeros, participó una docena larga de distinguidos colegas suyos de Suecia.

El profesor Strömholm, catedrático en la famosa y aparentemente lejana universidad uppsaliense, quería, probablemente, hacernos ver a los españoles asistentes al congreso cómo él era consciente de lo distante que sentiríamos aquí el remoto país de las nieves. Pero a lo largo de su conferencia, que versó sobre «Los orígenes y estructura de la monarquía sueca en el siglo XVII», íbamos a comprobar, al igual que durante todo el congreso, en qué medida el destino había hecho cruzarse los caminos de Suecia y España, e incluso cuánto había quedado, en la conciencia histórica de nuestros propios antepasados españoles, de recuerdos de un remoto parentesco con los antepasados de los suecos de hoy.

El libro que aquí comento es, a mi juicio, algo más que un testimonio «notarial» de la reunión científica. Es un verdadero «referencia-book», una imprescindible obra de consulta para quien, desde ahora, quiera adentrarse en la historia de los destinos históricos de los dos países y de las relaciones entre ellos. Puede que mi ignorancia de simple espectador me prive de mayores conocimientos, pero yo no sé de una reunión científica —y de libro que la testimonie— tan importante y con tanta participación de historiadores de ambos países, que se haya dedicado con la misma intensidad a describir una época que fue trascendental para España y Suecia. A mí me parece éste un trabajo único hasta ahora, y aunque no ignoro tanto como para no saber lo que debe la historiografía a la aportación de los hispanistas suecos actuales y antiguos, y al esfuerzo de historiadores españoles, que también se han inclinado a estudiar el pasado de aquel país sobre todo en relación con el nuestro, creo que el libro que recomiendo al lector marca un hito que no podrá ser eludido en el futuro.

No está Suecia tan lejana. Con frecuencia recuerdo la fría mañana del 27 de febrero de 1973 cuando yo subía las escaleras del Palacio Real de Estocolmo, camino de la sala en donde me aguardaba Su Majestad el Rey



STELLA WITTENBERG

Gustavo Adolfo VI para que le entregase las Cartas que me acreditaban como embajador de España. Yo venía de cumplir misión análoga en un soleado país del sur del Mediterráneo y la luz gris, nórdica, que envolvía al palacio me hacía sentir agudamente la impresión de lejanía de aquel Estocolmo que aún no se desperezaba de la quietud invernal. Pero tuve tiempo de pensar que el monarca ante quien me iba a presentar llevaba todavía, en aquel año de 1973, el viejo título de la monarquía sueca —anacrónico, sí, pero significativo, y hoy modificado— de «Rey de Sveas, Vándalos y Godos», palabras que, aun siendo arcaicas, sonaban relativamente familiares a los oídos del antiguo escolar que fui, aprendiz de nociones elementales de la historia medieval de España. Y aun pensé también que, trescientos veintidós años antes, había subido, si no aquellas mismas escaleras, otras parecidas, un lejano predecesor mío, don Antonio Pimentel de Prado, de la orden de Santiago, embajador del Rey Felipe IV de España ante la Reina Cristina de Suecia. ¡Pimentel!: personaje de la historia y la leyenda, objeto de informes diplomáticos y de relatos literarios, poéticos, teatrales y, en nuestro siglo, hasta cinematográficos.

Pero ya no pude pensar más. La puerta de la sala real se abrió y ante mí apareció un anciano y gentil caballero que me acogía con un gesto afable y cortés: el Rey de los Sveas, Vándalos y Godos...

Mas este artículo no es una colección de recuerdos y anécdotas personales. Creo que podrían ser útil al lector como una serie de notas al margen del libro que presento; como identificación de hechos que nos sugieran alguna cosa esclarecedora; como recordatorio de algunos sencillos datos de la historia que nos ayuden a entender mejor aquel encuentro que en el gran «siglo del barroco» se produjo entre Suecia y España. La alusión a los godos y el lejano recuerdo de Pimentel podrían ser, a mi entender, dos «nudos» que nos ataban a viejas raíces y a encuentros históricos.

Lo primero que habría que decir es que los suecos son godos. No sólo el viejo título

real nos lo recuerda. En Suecia hay una provincia que se llama «Öster-Götland», o tierra oriental de los godos; y otra que es «Väster-Götland», o tierra occidental de los godos; y una isla, Gotland, que nos sugiere algo misterioso, como si en ella estuviera hundida una raíz nuestra, lejana y profunda, la de la antigua España que fue la última tierra occidental de los godos. De ahí que nosotros tengamos algo que ver con nuestros amigos suecos. Es teoría histórica bastante consolidada que los godos de Suecia atravesaron en tiempos lejanos el Báltico y, remontando el curso de los ríos Vístula y Oder, marcharon hacia el sur de Europa, tal vez en busca de tierras más soleadas y fértiles. Alcanzaron el Danubio ya cerca de su desembocadura y allí se establecieron un largo tiempo, pero después continuaron su marcha hacia el oeste europeo, entrando en el sur de Francia y después en España, en donde crearon el reino visigodo, que duró más de dos siglos y que tuvo su capital en Toledo hasta que fue destruido por la invasión musulmana.

Como es bien sabido, a partir de aquella que fue llamada «pérdida de España», el «goticismo» o referencia a lo gótico o godo, se convirtió en una constante ideológica en la historia de nuestra Edad Media, e incluso se extendió a tiempos posteriores, considerando a lo «gótico» como un factor que entraba en la formación de la identidad «española». La pretensión, en los cristianos medievales, de descender de los godos era una característica de aquellos siglos en los que germinaba la España que andaba disputando el territorio peninsular a la que podríamos llamar «la otra España», la musulmana, que, por cierto, se designaba entonces, frecuente, y paradójicamente, con el nombre de «Spania». Así, los reyes de los primitivos y pequeños reinos cristianos de Asturias, luego León, se decían descendientes de los godos, y esa afirmación constituía para ellos no sólo un título de nobleza sino un título de legitimidad política, pues significaba que no había habido solución de continuidad entre el reino visigótico de Toledo y las monarquías que estaban surgiendo en el norte de España; que

ellos, los cristianos, desde el «godo» don Pelayo y los reyes asturianos de la dinastía cántabra que le sucedieron, no hacían otra cosa que recuperar la «España perdida» de las manos del invasor y «continuar» así su historia interrumpida.

Este «goticismo» de la Edad Media se advierte ya en la más temprana historiografía de la Reconquista, y así lo vemos, como ha señalado Menéndez Pidal, en el *Epítome universal ovetense* (833), en la *Crónica de Alfonso III* o *Chronica Visigothorum*, o en la *Crónica Albeldense*, uno de cuyos capítulos se refiere al «Ordo gothorum Obetensium Regum». La idea gótica trasciende a la literatura y ya en el *Poema del Conde Fernán González* (s. XIII) se expresaba, como echando la vista atrás, con el mayor aplomo y orgullo, diciendo que el conde castellano «venía de los godos, pueblo muy escogido»; aparece de nuevo en los versos de un noble de la villa de Paredes de Nava —situada en plena comarca de la «Tierra de Campos», cuyo nombre entero es, precisamente, «Tierra de los Campos Góticos»—, versos de las *Coplas sobre la muerte de su padre*, del gran poeta Jorge Manrique (s. XV), quien exclama: «Pues la sangre de los godos, y el linaje y la nobleza/tan crecida, ¡por cuántas vías y modos/se sume su grande alteza/ en esta vida!»; y llega, al fin, hasta el Renacimiento. Como bien ha estudiado el profesor Carlos Clavería (1904-1974), un eminente catedrático español que vivió en Suecia, fue lector en Uppsala y autor de unos *Estudios hispano-suecos*, aquel goticismo impregnó extensamente los escritos históricos de la época renacentista y puso en contacto epistolar a sabios suecos con sabios españoles. Había entonces una conciencia, común a España y Suecia, de la excelencia del linaje gótico. Nos cuenta otro profesor de nuestro tiempo, el catedrático Francisco Elías de Tejada, también buen conocedor de Suecia y autor del libro *Doce nudos culturales hispano-suecos* (Salamanca, 1950), que López de Gomara, el historiador español y cronista de Indias, fue amigo de Olaf Magnus arzobispo de Uppsala, a quien él llamaba «Olaf el godo» y de quien aprendió muchas cosas de Escandinavia, sobre todo de las navegaciones nórdicas en el Atlántico, que a López de Gomara, historiador de América, interesaban mucho, naturalmente. Olaf, a su vez, sabía mucho de España y era un admirador de Castilla. Por su parte, Johannes Magnus, hermano de Olaf y también, después, arzobispo de Uppsala, considera en su *Historia de la Iglesia*, como «godos suecos» a los reyes godos de España y les llama libertadores de nuestro país frente a otras tribus bárbaras. A San Isidoro de Sevilla le llama «godo fuera de su patria», y en su goticismo, quizás desmesurado, llega a decir que los reyes godos españoles no son reyes «de» España sino reyes «en» España. Y el famoso historiador Olaf Petri, en su *Svenska Cröneka*, se refiere a nuestro Carlos V —pese a ser un rival católico del luteranismo sueco— como si fuera «un godo».

Linajes y ancestros

En fin, para terminar este apartado del «goticismo», que volveremos a encontrar más adelante en nuestro recordatorio sobre los «antepasados» de los españoles, no olvidemos la verdadera manía de genealogistas, reyes de armas, autores de «nobiliarios», etc., que tanto han proliferado en la España tan preocupada por ascendencias «limpias» e hidalguías «inmemoriales», por encontrar ancestros «godos» a los linajes cuya historia exaltaban. Las alusiones «goticistas» que



Viene de la página anterior



arrancan, como vimos, de los primeros reinos cristianos de la Alta Edad Media, han llegado en el lenguaje popular hasta nuestros días, como residuo de aquellos «certificados» de antigüedad y nobleza que proceden de tan lejos. Y así, lo mismo que se dice, irónicamente, «éste se cree que viene de la Pata del Cid», podemos oír todavía, con la misma broma, «éste se cree que viene de los godos»: toda una confirmación de aquellos sentimientos de alcurnia que animaron el espíritu de los españoles o «proto-españoles» que en las montañas del norte, se vieron, estupefactos, ante el descomunal y traumático hecho de la fulminante invasión musulmana del siglo VIII, a la que, mil años después, el sueco Ericus Berg, en su disertación *Arabum in Hispania Regno* (1720) aún llamaba, sin ambages, una «calamitas».

Pues bien: estos parientes lejanos que, entre historias verdaderas o mitos y leyendas se habían considerado a sí mismos los suecos y los españoles, volvieron a encontrarse en una encrucijada de la historia europea bien trascendental para ambos.

Era el siglo XVII y reinaba en Suecia la dinastía de Vasa, fundada por el primer rey de aquél apellido, Gustavo I. Gustavo Vasa era el abuelo del gran Gustavo Adolfo II, que ocupa con su gran figura la parte central de aquél siglo XVII, la «época del barroco» a que se refiere el libro que hemos traído a estas páginas. A los Vasa les rodeaba ya el halo de la leyenda y de la predestinación. El fundador había impuesto el carácter hereditario a su monarquía, había roto con la Iglesia católica romana y había declarado independiente a la Iglesia de Suecia.

Gustavo Adolfo, su nieto, había de ser quien protagonizara el encuentro nada amistoso, sino duramente bélico, entre los que, siglos antes, se consideraban descendientes de los godos primigenios y comunes.

Era la Guerra de los Treinta Años. Como este artículo no es un estudio histórico hago gracia al lector de explicaciones que, naturalmente, doy por bien conocidas acerca de la tristemente famosa guerra. Sólo me atrevo a recordar que ésta fue, quizás, la última gran guerra de religión que abrumó a Europa, y que a partir de ella los conflictos internacionales que siguieron aquejando al continente se transformaron en conflictos seculares, como seculares iban siendo los Estados en que se fragmentaba la «universitas christiana» medieval.

Relativo aislamiento

Los Vasa eran reyes de una dinastía joven en un país entonces pobre y escasamente poblado —un millón de habitantes, aproximadamente—. Mientras en Europa y entre el siglo XI y el XIII habían surgido ya, por ejemplo, las universidades de Polonia, París, Oxford, Salamanca y Coimbra, en Suecia habría que esperar al último tercio del siglo XV para que se fundase la Universidad de Uppsala (1477). Suecia era, todavía, un país no solo lejano del centro de Europa sino alejado también en su desarrollo político, cultural y económico.

Pero a los Vasa, y sobre todo al gran Gustavo Adolfo, les iba a corresponder transformar, en un corto período de tiempo, aquella rotoma nación escandinava en una de las mayores potencias militares de Europa. Gustavo Adolfo impuso su autoridad sobre nobleza e Iglesia, creó un Estado moderno, le dotó de un ejército permanente, con un cuerpo de oficiales bien entrenados, de una élite de funcionarios civiles profesionales al servicio de un Estado centralizado, y de un Parlamento o «Riksdag». Sacó a Suecia de su relativo aislamiento para implicarla en la gran política europea y tuvo a su lado, co-



STELLA WITTENBERG

mo consejero, a un gran personaje de la política y la diplomacia, el canciller Axel Oxenstierna, un hombre que ocupó la escena política de Europa, de manera eminente, en aquel siglo XVII.

Pero ello condujo a Suecia a la guerra. El rey consideró que ésta era una necesidad defensiva ante el peligro de los enemigos posibles que veía en la vecindad geográfica, y esto le sirvió para mezclarse en aquella guerra mortífera de treinta años que, bajo el triste pretexto de la religión, liquidó, en una constante sangría, buena parte de la población sueca. Pero el mar Báltico, dominado por la formidable máquina guerrera, terrestre y marítima de Gustavo Adolfo, llegó a ser un «lago sueco»; Suecia ganó numerosos territorios en esa zona y se abrieron a la acción exterior sueca, al desarrollo y al comercio, nuevas perspectivas.

Gustavo Adolfo, heredero del pensamiento de su abuelo, empeñado en la defensa de la fe luterana, se veía, en cierto modo, como instrumento de un plan divino y a su nación como elegida de Dios. Un cierto mesianismo impregnaba la Corona sueca. Y ocurría que en tierras europeas un ejército sueco, luterano, se enfrentaba, precisamente, a los soldados españoles católicos a los que tampoco había sido ajena en el pasado la idea de estar al servicio de la fe cristiana.

Como todo el mundo sabe, en la batalla de Lützen (1632), victoriosa para Gustavo Adolfo, el rey murió al frente de sus soldados, y un capitán español, Diego Duque de Estrada, fue testigo inmediato de la caída mortal del gran guerrero sueco, fatalmente herido ante sus ojos. Más tarde, en Nördlinger las tropas imperiales que mandaba el español Cardenal-Infante, don Fernando, entre ellas los famosos «viejos tercios» de España, vencieron a los protestantes, pero el duelo entre suecos y españoles había sido el de dos potencias de muy diferente destino. España caminaba hacia el ocaso de su poderío; Suecia era una potencia emergente, joven. La fulminante aparición de Gustavo Adolfo, «el león del Norte», en la escena europea, había

impresionado vivamente a los españoles de su tiempo que acaso verían en él a la vez, algo de la vieja filiación «goda» y la sombra de un poder temible. Quevedo dedicó a su muerte un soneto funerario en cuyo primer verso le llamó «rayo ardiente del mar helado y frío».

La guerra y la negociación de la paz en los Tratados de Westfalia (1644-1648) tuvieron un testigo español excepcional, un diplomático y escritor brillante, don Diego de Saavedra Fajardo, en quien el contraste entre los legendarios parentescos y el choque sangriento de las batallas tuvo un reflejo, lleno del simbolismo de la amistad-rivalidad que estaba marcando el destino de los dos países. Saavedra Fajardo, en sus propios escritos, encarnó esa tensión histórica y así como en su opúsculo *Locuras de Europa* mostraba la amargura que le producía la guerra fratricida de los europeos, en su obra *Corona gótica* apelaba al antiguo «goticismo» tradicional para recomendar la amistad con Suecia.

Todo este mundo de atracciones y rechazos tuvo su broche final sorprendente cuando al rey guerrero y luterano sucedió su hija, la reina Cristina de Suecia, la reina amazona y virgen, tan vinculada a España en un momento de su vida: tan heredera de su padre en el afán de dominio, de sueño con grandes destinos, de deseo de jugar enérgicamente

en el tablero de la mudable Europa de su tiempo. Pero también Cristina intelectual, ávida de saber, buscadora de «la verdad», que leía incansablemente a los clásicos y a los modernos y que hizo venir de Francia a René Descartes, el gran filósofo francés, para hablar con él de filosofía. Cristina, llena de inquietud religiosa y de dudas metafísicas, que secretamente va preparando ¡su conversión al catolicismo!, de la mano de algún sacerdote español. Cristina, que concede el privilegio de su amistad y confianza al embajador español, don Antonio Pimentel, y a través del cual se liga de amistad a distancia con el rey Felipe IV de España, a cuya protección se acoge cuando decide su abdicación, en el Palacio de Uppsala y emprende la peregrinación a Roma, acompañada de Pimentel, previo descanso en Flandes como invitada de su amigo Felipe IV. Cristina, que, cuando aún quemaba a los españoles el fuego que había encendido en Europa su padre, el «rayo ardiente del mar helado y frío», se viene a Roma desde el lejano «Septentrión», peregrina de vuelta a la Iglesia que los españoles defienden, y apaga el fuego de la guerra entre unos y otros.

Luego se alejaría de la amistad con España, pero la paz estaba hecha. Y en el recuerdo de los españoles quedaba el episodio insólito; y Calderón de la Barca, Bances Candamo y el embajador en Dinamarca, Bernardino de Rebolledo, escriben obras de teatro, versos, prosas en los que se mezclan los hechos históricos y las fantasías alegóricas; la fascinación, en fin, por aquella sueca extraordinaria que, de pronto, de lejos, se fue acercando hacia nosotros y diciéndonos palabras de amistad, palabras cálidas, inesperadas. Esto no es fantasía: está escrito y guardado en los archivos.

Fue un momento casi mágico en el que, en plena crisis y quiebra europeas, cuando luchan Reforma y Contrarreforma, luteranos y católicos, gentes del norte y gentes del sur, cuando Europa se reajusta y seculariza, y nuevos Estados surgen, modernos, una mujer inquieta, movida por un impulso espiritual, deja el trono, dice adiós a su reino y se va para vivir hasta el fin de sus días en Roma. En el camino de su aventura, nos ha hecho un gesto amigo y ha transformado el recuerdo de la guerra, en cuyos campos de batalla nos habíamos encontrado suecos y españoles, en una huella de paz.

Muchas, diferentes y, sin duda, más atinadas reflexiones cabrían al margen del libro que ha sugerido las mías. Yo me quedo con éstas, sin embargo, porque me acercan con mayor proximidad al bello país en donde viví.

De vez en cuando, «visito» a la enigmática reina Cristina que nos mira a los españoles desde el retrato que se guarda en el Museo del Prado y que la reina sueca envió, como gesto de amistad y presentación de sí misma al rey de España. Monta un caballo que parece velazqueño y hace un ademán de saludo. Yo se lo devuelvo al proponer al lector que abra el gran libro que le recomiendo. □

RESUMEN

Aunque la voluminosa obra que comenta Alfonso de la Serna sea, en principio, un testimonio «notarial», la cuidadosa transcripción de un Congreso Internacional sobre las relaciones hispano-suecas en la época del Barroco, lo cierto es que para el que fuera embajador de España en Suecia, y asistente él mismo a

dicho Congreso, que se celebró en Madrid en 1997, se trata de una obra de inexcusable referencia para adentrarse en la historia de los destinos históricos de dos países tan alejados uno del otro geográficamente y culturalmente y en una época, la del siglo XVII, tan trascendental para ambas naciones.

Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis Pi Corrales (dirs.)

España y Suecia en la época del Barroco (1600-1660)

Fundación Berndt Wistedt y Comunidad de Madrid, Madrid, 1998. 1.040 páginas. 2.067 pesetas. Depósito Legal: M-36.971-1998

Puentes para el desarrollo democrático global

Por Rafael López Pintor

Rafael López Pintor (Fernán-Núñez, Córdoba, 1942) es catedrático del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido director general del Centro de Investigaciones Sociológicas, CIS, entre 1979 y 1983; y consultor electoral de la Secretaría General de las Naciones Unidas en numerosos países. Es asesor de investigación del Instituto Internacional IDEA y autor, entre otras obras, de *Los españoles de los años 70: una versión sociológica* y *La opinión pública española del franquismo a la democracia*.

Nuevos productos para tiempos nuevos es lo que nos ofrece el Instituto Internacional IDEA para la Democracia y la Asistencia Electoral con su peculiar línea de publicaciones orientadas a la aplicación de conocimientos políticos adquiridos con el método científico. Este Instituto, de reciente creación y sede en Estocolmo, es un organismo internacional del que forman parte diecisiete Estados, entre ellos España, así como un cierto número de organizaciones internacionales no gubernamentales.⁽¹⁾

El estudio de la democracia empieza a rebasar los círculos académicos en apoyo y refuerzo directo de los procesos de democratización que están teniendo lugar en todas las regiones del mundo. Tradicionalmente, las cuestiones relativas al gobierno y práctica democráticos han sido objeto de estudio por disciplinas diversas desde la historia, la ciencia política y el derecho hasta la antropología y la economía; y cada año se publican decenas de libros y centenares de artículos científicos relativos a la democracia. Sin embargo, las conexiones entre el mundo académico y la práctica profesional y política no son tan abundantes ni tan sólidas como pudiera esperarse.

Es en esta dimensión aplicada y divulgadora del conocimiento científico donde se sitúan la producción editorial del instituto IDEA y la obra objeto de este comentario, expresada en tres libros sobre comportamiento y práctica electoral en el mundo. La trilogía, aunque formalmente no tenga dicho carácter, abarca cuestiones centrales de legislación electoral, movilización ciudadana y

administración y gestión de procesos electorales. Confluyendo en una misma temática y con el objetivo común de una fácil aplicación, estos libros fueron pensados a modo de puentes entre la producción académica y los actores sociales de la democratización: políticos, funcionarios de las administraciones electorales, personal internacional de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, periodistas, etc. Suministran información a un público culto, en general, y facilitan la práctica de cuantos se ocupan en procesos de democratización.

Se trata de dos manuales, sobre participación política y sistemas electorales respectivamente, con varias ediciones cada uno en 1997, y un tercero de 1998 sobre administración y coste de las elecciones. Este último ofrece la peculiaridad de ser un libro electrónico en CD-ROM, al que puede accederse también directamente y gratis por Internet. Bajo la dirección técnica de IDEA, han colaborado en la preparación de estas obras algunos de los más insignes especialistas mundiales en las respectivas materias: Arend Lijphart sobre sistemas electorales, Richard Rose sobre participación, Horacio Boneo y Ron Gould sobre administración de elecciones, entre otros. La aportación de estas obras a la práctica democrática ha sido ya reconocida tanto en los círculos de la acción pública internacional como en altas instancias académicas (véase, por ejemplo, el apéndice sobre sistemas electorales del último libro de Robert Dahl *On Democracy*, Yale, 1998).

Resulta difícil excederse al enfatizar el alcance del proceso de democratización sin precedentes por el que atraviesa el mundo en el último cuarto de siglo, especialmente sus lústrros finales. Al acabar la segunda guerra mundial, el número de democracias en el mundo apenas sobrepasaba la veintena entre un total de más de setenta Estados naciones (33%). En los primeros años de la década de 1990 el número de democracias se había doblado, pero así también el de Estados naciones, que excedía 190 (34%). Sin embargo, el siglo termina con una inmensa mayoría de países bajo gobiernos elegidos libremente por el pueblo o democracia con distinto grado de solidez: unos 145 de los casi 200 países (75%).

Cualesquiera que sean las limitaciones y cautelas con que el cambio pueda ser en-

juiciado, éste no deja de ser único y apabullante. Y ello no sólo por las dimensiones de constitucionalismo, movilización y madurez ciudadana involucradas en dicho fenómeno, sino también por la función económica protectora de los más débiles que la democracia ha demostrado ejercer históricamente. Desde una perspectiva histórica, el crecimiento democrático de la ciudadanía no parece que tenga lugar sin que se vean positivamente afectados los estándares de paz de los pueblos y sus condiciones básicas de vida: la democracia también como instrumento de pacificación y como alivio de la pobreza. En este contexto amplio de la democracia en cuanto valor universal protector del ser humano, el Nobel de economía Amartya Sen opinaba recientemente que cuando en un futuro lejano la gente mire hacia atrás a lo que sucedió en este siglo, les parecerá difícil no reconocer la primacía de la emergencia de la democracia como la forma más aceptable de gobierno (discurso inaugural de la Conferencia Mundial sobre la Democracia, Nueva Delhi, febrero 1999).

La naturaleza hoy global del fenómeno democrático queda nítidamente reflejada en el análisis, los cuadros y gráficos de los manuales de IDEA. En esta dirección se mueve el hilo conductor de sus reflexiones y abunda la información estadística, que es exhaustiva sobre todos los países del mundo, e incluso ha sido vertida en mapamundis a color, anejos a los volúmenes sobre participación política y sistemas electorales.

Sobre participación electoral, la recopilación de datos es probablemente la más completa jamás publicada, con una cobertura sobre más de 1.400 elecciones parlamentarias y presidenciales entre 1945 y 1997 en más de 170 países. Como originalidad debe destacarse, junto al uso del indicador clásico del porcentaje de votantes sobre censo electoral, el menos frecuente porcentaje de votantes sobre población en edad de votar, esté o no censada. Los hallazgos del análisis poseen la riqueza de la comparación entre viejas y nuevas democracias, así como entre elecciones de primera y segunda generación. En el conjunto del mundo se aprecia un cierto descenso de la participación entre los años ochenta y los noventa, siendo la baja más acusada en las democracias de África y América Latina que en las de Europa y Norteamérica. En la me-

didada en que se maneja información demográfica, se ha constatado que el declive de la participación electoral es más pronunciado en las generaciones jóvenes. Entre otros hallazgos de interés, se identifica una tendencia a la mayor participación en los sistemas electorales de representación proporcional que en los de representación mayoritaria o mixta; así como en aquellos pocos países donde votar es obligatorio (los más conocidos: Australia, Bélgica, Costa Rica, Grecia, Italia, Luxemburgo, Uruguay). También se han buscado correlaciones entre alcance de la participación e indicadores socioeconómicos como niveles de analfabetismo y riqueza de los países.

El manual de IDEA sobre sistemas electorales del mundo, por su parte, queda recomendado, sobre todo, a quienes deseen iniciarse en la materia o encontrar primeras respuestas a problemas prácticos sin tener que debatirse o entrenarse en el lenguaje abstracto de la literatura académica, si bien un cierto nivel de abstracción resulta inevitable en un área especialmente técnica, incluso ingenieril. El contenido del libro abarca lo siguiente: una explicación precisa de los sistemas electorales en uso en más de 200 Estados y territorios; consideraciones sobre ventajas y desventajas de los diferentes sistemas; estudios de casos en 14 países (entre ellos Alemania, Chile, la India, Rusia y Sudáfrica) sobre cómo y por qué se adoptó o modificó un determinado sistema electoral; y el análisis sobre qué sistemas electorales facilitan la representación de la mujer y las minorías.

La producción científica en este campo es considerable, pero una guía práctica se echaba en falta desde hace tiempo. IDEA la ha puesto a disposición de quienes se interesan por la preparación y reforma de leyes electorales. La preocupación central de los autores ha sido dilucidar qué tipo de sistema puede funcionar mejor en un determinado país, dadas sus particulares características políticas, sociales y económicas. Se trata de ofrecer herramientas que faciliten una decisión bien fundada a legisladores y asesores técnicos con el fin de evitar los efectos perversos de fórmulas electorales inadecuadas. De forma clara y con un lenguaje sencillo el libro describe sucintamente las características de los



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

diferentes sistemas electorales vigentes y sus consecuencias prácticas sobre las instituciones y mecanismos de representación política.

Una gestión electoral limpia nunca fue dada por supuesta

El libro electrónico sobre *Administración y Coste de las Elecciones* (su sigla en inglés ACE) recopila por primera vez y de manera sumaria la información disponible sobre organización de elecciones libres en las diversas regiones del mundo: sus modalidades, problemas específicos y costes. Se trata de un proyecto conjunto del Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral en Estocolmo (IDEA), el Departamento para Asuntos Económicos y Sociales de Naciones Unidas en Nueva York (UNDESA), y la Fundación Internacional para los Sistemas Electorales en Washington (IFES). Vio la luz el pasado mes de octubre, puede adquirirse en CD-ROM y también está accesible en Internet por «www.aceproject.org» con sus 3.000 páginas de texto y 2.000 páginas de estudios de caso y materiales diversos sobre más de 100 países. Como esfuerzo compilatorio de alcance general, el trabajo no tiene precedentes y puede considerarse parte importante de la cimentación de la nueva disciplina de estudio y práctica que es la organización y gestión de elecciones libres. Existían importantes contribuciones de alcance regional, sobre las áreas del mundo de su respectiva influencia, sobre todo las impulsadas por la Commonwealth, el Instituto de Derechos Humanos con sede en Costa Rica o el Gobierno de España.

La obra tiene un carácter abierto, a modo de enciclopedia actualizable, que en la actualidad se cierra con nueve «volúmenes»: sistemas electorales, marco legal, gestión electoral, delimitación de distritos, educación del votante, registro electoral, realización de las votaciones, partidos y candidatos, escrutinio. Tres nuevas secciones se agregarán en un futuro próximo: observación electoral, elecciones y medios de comunicación, elecciones y tecnología.

Merece aquí la pena destacar un fenómeno en plena ebullición, que en años sucesivos seguirá enriqueciendo el contenido de la comentada enciclopedia. Se trata de las asociaciones de autoridades electorales en las distintas regiones del mundo como mecanismo de intercambio de experiencias y tecnologías, definición y consolidación de estándares de

actuación y, en suma, de protección de la buena práctica en la organización y gestión de las elecciones. El fenómeno asociativo comenzó hace unos años en la región latinoamericana, cuyas asociaciones subregionales acaban de confederarse con la inclusión de América del Norte. Más recientemente se han constituido asociaciones de autoridades electorales en Europa Central y del Este, el área del Pacífico y África. Dicho movimiento se ve favorecido, en su génesis e institucionalización, con el apoyo de países con influencia regional y capacidad de asistencia técnica así como de importantes organizaciones internacionales. Entre los primeros cabe destacar a Estados Unidos, España y Australia; y entre las organizaciones internacionales a Naciones Unidas y la Commonwealth.

En el contexto de estas asociaciones tienen lugar numerosos intercambios para la asistencia técnica electoral y también seminarios y talleres de formación y capacitación de funcionarios. Importantes trabajos de recopilación, síntesis y orientaciones prácticas se han llevado a cabo con el patrocinio de ciertos organismos y gobiernos. Destacan en este sentido ciertas publicaciones del Secretariado de la Commonwealth o la extraordinaria recopilación de legislación y prácticas electorales en América Latina auspiciada por el Ministerio del Interior de España en 1992 con motivo de la conferencia internacional de autoridades electorales celebrada en Madrid. Por su alcance y utilidad, esta obra (una pequeña enciclopedia regional hace tiempo agotada) debería ser actualizada y reeditada en un futuro próximo.

Como campo de estudio y reforma, éste de las administraciones electorales es novedoso y peculiar de las nuevas democracias por cuanto en las democracias más antiguas siglo y medio de lucha por el sufragio ha dejado la gestión de las elecciones en manos de los gobiernos centrales y locales, sin que exista hoy la sospecha de que el poder ejecutivo manipule las votaciones o el escrutinio de los votos. Tal situación de las democracias occidentales constituye, sin embargo, un fenómeno histórico residual. En la mayoría de los países del mundo, que se inician en la práctica del sufragio universal y el sistema representativo de gobierno, el escenario político y administrativo es muy diferente: ni existe la confianza y transparencia política suficientes como para dejar la gestión de las elecciones en manos del gobierno ni el aparato administrativo del Estado suele estar preparado para hacer fren-

te con eficacia a la práctica del sufragio universal. Nace así y se expande como el aceite el modelo de las Comisiones Electorales Independientes, separadas del poder ejecutivo e integradas por representantes de los partidos políticos, por jueces o una mezcla de los dos; y dotadas de su propio aparato administrativo; generalmente con el apoyo financiero y técnico internacional. En este sentido, el esfuerzo que en los últimos diez años está haciendo la comunidad internacional también puede considerarse sin precedentes.

Tal es la dirección del cambio en el ámbito de la democracia: un movimiento de reformas encaminadas hacia el establecimiento de comisiones electorales con plenos poderes o, como mínimo, supervisoras de una administración electoral en manos del poder ejecutivo (el Ministerio del Interior bajo vigilancia de un poder independiente). En términos comparativos históricos, podría decirse que estas comisiones están realizando en un plazo de muy pocos años la función de salvaguarda del sufragio que costó décadas conseguir a los partidos políticos, sindicatos y fuerzas afines en las democracias más antiguas. Por su dimensión espacial, estratégica y política, la importancia del problema ha llevado al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) a convocar una con-

ferencia internacional sobre el mismo (México, mayo 1999) en torno a un documento de trabajo bajo el título *Electoral Management Bodies as Institutions of Governance*, que este autor recibió el encargo de preparar el año pasado, y que, tras las consiguientes modificaciones, se publicará como orientación internacional de las políticas a este respecto.

Toda esta producción bibliográfica espera ser traducida al castellano y se le augura una buena aceptación entre los ciudadanos de viejas y nuevas democracias en nuestra universal cultura hispánica. En todo caso, lo que IDEA nos ofrece es una panoplia de guías para el entendimiento y la acción entre tanta gente hoy involucrada en los procesos de democratización a lo largo y ancho del planeta. □

(1) Son Estados miembros Australia, Barbados, Bélgica, Botswana, Canadá, Chile, Costa Rica, Dinamarca, España, Finlandia, Holanda, India, Namibia, Noruega, Portugal, Sudáfrica y Suecia. También son miembros la Federación Internacional de Periodistas, el Instituto Internacional de la Prensa, el Instituto Interamericano de Derechos Humanos, Parlamentarios para una Acción Global y Transparencia Internacional. Colaboran con el Instituto la Unión Interparlamentaria, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y la Comisión Internacional de Juristas. Más información sobre el Instituto puede obtenerse a través de su página web en <http://www.idea.int> o por E-mail en info@idea.int.

RESUMEN

Tradicionalmente las cuestiones relativas al gobierno y práctica democráticas han sido objeto de estudios académicos, pero las conexiones entre el mundo científico y la práctica profesional y política no han sido, a juicio de Rafael López Pintor, ni tan abundantes ni tan sólidas como se podría pensar. Un Instituto Internacional para la Democracia y la Asis-

tencia Electoral, de reciente creación en Estocolmo, está tendiendo puentes entre el análisis académico y la práctica política. Tres libros (uno de ellos en CD-ROM) sobre comportamiento y práctica electoral en el mundo, que ha editado este Instituto Internacional, y que comenta en su artículo López Pintor, son el primer fruto de este positivo acercamiento.

Autores varios

Administration and Cost of Elections. ACE Project

IDEA, UN, IFES, 1998. CD ROM. 5.000 páginas. Acceso gratis por Internet.

Autores varios

Voter Turnout from 1945 to 1997: a Global Report on Political Participation

IDEA, Estocolmo, 1997. 112 páginas. 16 dólares. ISBN: 91-89098-04-8.

Andrew Reynolds y Ben Reilly

The International IDEA Handbook of Electoral System Design

IDEA, Estocolmo, 1997. 167 páginas. 16 dólares. ISBN: 91-89098-00-5.

La poesía de la ciencia

Por Manuel Perucho

Manuel Perucho (La Roda, Albacete, 1948) es doctor en Ciencias Biológicas. Ha trabajado en Alemania y Estados Unidos, en donde ha sido profesor de Bioquímica en la Universidad del Estado de Nueva York. Actualmente es profesor y director de Investigación en el Burnham Institute, La Jolla, California.

«La vida es el resultado de la supervivencia no aleatoria de replicadores que varían aleatoriamente». En síntesis, ésta es la explicación que para Dawkins es obvia y resuelve por una vez y para siempre el misterio de la vida. Todo lo que se necesita para la comprensión del significado del origen y la evolución de la vida es aceptar las implicaciones de esta breve sentencia. Ni más ni menos.

El proceso se inició a partir de la célula primigenia y la información codificada por el «replicador», la molécula maestra de ADN de doble hélice a la que Dawkins se refirió con la metáfora poderosa del «gen egoísta» en su libro *The Selfish Gene*. Aunque ni Dawkins ni nadie tiene certeza de cómo se originó este «replicador», lo que no se puede dudar es que apareció. Una vez el «replicador» tuvo una célula u organismo a los que «dirigir», dadas las condiciones externas que se dieron en nuestro planeta, el proceso condujo de manera lenta y tortuosa pero al tiempo irremediable, hasta las especies más complejas, incluyendo la humana. Para ello sólo se necesita invocar la selección natural, que actúa favoreciendo el gen(oma) contenido en individuos más aptos (supervivencia no aleatoria de replicadores) mediante cambios graduales, imprevisibles y sutiles (mutaciones) del gen(oma) (variación aleatoria de los replicadores).

El punto crucial de este concepto que propuso Dawkins en 1976 con una prosa provocativa en *The Selfish Gene* es que la unidad evolutiva no es el individuo de la especie (ni su conjunto), sino el «replicador» contenido y repetido en cada una de las células de estos individuos. La implicación radical del argumento es que los organismos sólo son vehículos o máquinas de supervivencia de los genes. Este salto intelectual cualitativo, típico de los cambios de paradigma, con implicaciones tan vastas como el mismo concepto de evolución por selección natural de Wallace y Darwin, fue en cierta manera inevitable después del descubrimiento de la estructura y la función del ADN por Watson y Crick en 1953. De hecho, esta idea no fue de Dawkins, sino que ya la habían postulado otros expertos en evolución, como George C. Williams, diez años antes. Pero para la posteridad, el concepto de «gen egoísta» está unido indisolublemente a Dawkins. El tema de la creatividad y originalidad es central en este comentario y volveremos a él de nuevo. El otro tema principal es la enorme oposición que este concepto revolucionario ha tenido y sigue teniendo. Como típico ejemplo de la turbulencia que acompaña a los períodos de cambio de paradigma.

Para Dawkins, el concepto del «gen egoísta» fue una revelación que le produjo una reacción de asombro que aún perdura. «Somos máquinas de supervivencia, vehículos robots ciegame programados para preservar las moléculas egoístas conocidas como genes. Ésta es una verdad que todavía me llena de estupefacción.»

El concepto es tan sencillo y tan claro que a Dawkins le resulta increíble que no sea ni comprendido ni aceptado por una inmensa mayoría. Su perplejidad se transforma en una actitud defensiva y a la vez un tanto agresiva, cuando esta incompreensión y rechazo se acompaña de un ataque, a veces vicioso, por

parte de los disconformes. La reacción es perfectamente natural y comprensible. Es similar a la incredulidad, frustración e irritación (por este orden) que cualquiera sentiría si después de intentar con confianza, perseverancia y buena intención, hacer ver a alguien no ciego que la nieve es blanca o a alguien no idiota que dos y dos son cuatro, nos manifestara no sólo que no está de acuerdo con nosotros (puesto que según él la nieve es a todas luces negra y dos más dos son cinco), sino que además reaccionase atacándonos con saña por lo perverso de nuestras enseñanzas. Sin embargo, esta reacción natural de Dawkins ante sus detractores, que se puede encontrar profusamente en sus escritos, a partir de la publicación de *The Selfish Gene* se ha catalogado de arrogante y dogmática.

Alguien ha dicho que los argumentos de Dawkins están impregnados del fervor de un hombre perseguido por sus creencias. Es natural.

Contra unos y otros

Los ataques a Dawkins proceden tanto de la derecha como de la izquierda. De la derecha, como una reacción iracunda de los que creen que la vida en general y el hombre en particular son algo que no se puede explicar de esa manera tan sencilla, y que ven así minados y zarandeados alarmantemente los cimientos de su fe. En estos creacionistas hay gradaciones, desde los fundamentalistas hasta los más sofisticados. Ante estos ataques, Dawkins prefiere los primeros a los segundos. Y con razón: «... si hubiese que elegir entre el fundamentalismo más honesto por un lado y el oscurantismo solapado e hipócrita de la Iglesia Católica Romana por otro, yo sé cuál de los dos prefiero.»

Y de la izquierda, como reacción no menos irascible y exasperada de ciertos intelectuales autodenominados progresistas que no pueden admitir que alguien tenga el coraje de declarar que el emperador no lleva traje y por tanto ven amenazadas sus prerrogativas en el mundo intelectual. Aquí también hay por supuesto gradaciones, desde los más drásticos hasta los más insidiosos. El ejemplo más claro del primer grupo son los «postmodernistas». Como ejemplo más representativo de los últimos, está Stephen Jay Gould, al que volveremos más adelante.

La tarea de Dawkins se ha visto así forzada y distorsionada al verse obligado a responder a esos ataques. Se ha dicho que Dawkins no debería molestarse en defender lo que no necesita defensa, o en aclarar lo que es obvio. Ciertamente, ésta debe ser una tentación irresistible, pero hasta la fecha, Dawkins la ha podido resistir.

En este contexto, la lectura del último libro de Richard Dawkins *Unweaving the Rainbow: Science, Delusion and the Appetite for Wonder*, que traduciremos como *Desenredando* (o *Desentrañando* o *Desmadejando* o *Deshilachando*) el *Arco Iris* es a la vez deprimente y vigorizador. Es deprimente, porque el lector acaba con la sensación de que desde la publicación del *Origen de las Especies* el tiempo no ha pasado y no se ha avanzado, o incluso se ha retrocedido. La resistencia de hace un siglo a aceptar que tenemos antecesores comunes a los primates, no se ve aminorada, sino en cierta manera incrementada en los últimos movimientos creacionistas tan en auge en Estados Unidos. Además, en otros círculos intelectuales de mayor «evolución», esto no es ni mucho menos suficiente si el avance se reduce a esa aceptación. El concepto lo podemos sintetizar de nuevo en otra cita típica de Dawkins: «podemos admitir que somos "como" los primates, pero lo que raramente hacemos es

darnos cuenta que realmente "somos" primates».

Pero al tiempo, la lectura de *Desenredando el Arco Iris* es vigorizante por varias razones. En primer lugar, porque a pesar del matiz desanimado que algunas veces adquiere, *Desentrañando el Arco Iris* en el fondo representa un mensaje de optimismo. En las propias palabras de Dawkins, «mi último libro es enteramente optimista, un himno de exaltación de la alegría de la vida en el mundo real». Quizás esta contradicción aparente se resume de manera más directa y elocuente en la primera sentencia del libro: «Todos vamos a morir, y eso nos hace afortunados». Simplemente porque la inmensa mayoría de los que potencialmente podrían haber sido o podrían llegar a ser, que sobrepasa los granos de arena de los desiertos de Arabia, nunca morirán, porque nunca tendrán la suerte de llegar a nacer.

En segundo lugar, sólo hay que pensar por un momento que sin la labor y las publicaciones de Dawkins la aceptación de la teoría de la evolución por selección natural sería con grandes probabilidades, significativamente menor de lo que es actualmente.

Alguien puede pensar que esto es una exageración, y que hoy en día el concepto de evolución por selección natural está aceptado universalmente, y que el creacionismo ha sido superado. Desafortunadamente éste no es el caso. Como ejemplo, relataré una anécdota que creo reveladora. En un número reciente de *Current Biology*, Sidney Brenner comenta en uno de sus artículos satíricos «False starts» sobre su antigua idea de creación de una nueva disciplina de investigación, la «Teoquímica».

Según Brenner, en la Teoquímica se trataría adecuadamente el problema de cómo las almas entran en los cigotos recién creados (es decir, la minúscula minoría de afortunados que podrían morir al llegar a nacer). El motivo del artículo de Brenner es el reciente interés en el «clonaje» o «cloning», de profunda difusión en los medios de comunicación. El problema que se plantea, al menos potencialmente, es el de si individuos producidos por «cloning» tendrían alma o no, o si clones de un individuo tendrían idéntica alma o diferente.

Brenner argumenta que es altamente improbable que las almas entren en el cigoto por difusión, al estar necesariamente demasiado diluidas. Y que, por tanto, es necesario invocar la existencia de receptores específicos, e incluso de un mecanismo de transporte activo a través de la membrana celular. El argumento lleva a la conclusión inevitable de que estos receptores anímicos deben estar codificados por genes, y que mutaciones en tales genes producirían un fenotipo «sin alma» (cosa que según Brenner parece evidente, como testifica la interacción cotidiana con ciertos individuos «desalmados»). Además, una simple modificación de la hipótesis, postulando un receptor específico humano, resolvería de un plumazo las dudas sobre el conocido postulado teológico de que la inmensa mayoría de las especies animales carecen de alma. El artículo también contiene otras divertidas alusiones como la mala noticia que sería para las hembras partenogenéticas producidas por «cloning», si la expresión del gen «anímico» se produce solamente después de la fertilización, ya que estarían desprovistas de alma y la terapia genética sería necesaria; o la posibilidad (si según Roger Penrose, el alma es un fenómeno mecánico-cuántico), de la existencia de «almatones».

Creí que el artículo no sólo era divertido sino también interesante, y lo mencioné para que lo incluyera en su página Web John Catalano, un científico amateur de Nueva York que mantiene una página evolucionista en el Internet sobre Richard Dawkins ([\[celab.net/~catalj\]\(http://celab.net/~catalj\)\). Pero no me esperaba su contestación: «No sé si atreverme, ¡no vaya a ser que los lectores se lo tomen en serio! Y no se atrevió.»](http://www.spa-</p>
</div>
<div data-bbox=)

El asunto de los ataques a Dawkins no está exagerado. La mejor prueba es que aun habiendo comentarios muy positivos (como todos los líderes revolucionarios, Dawkins tiene fervientes partidarios), la mayoría de las críticas al libro *Desenredando el Arco Iris* son claramente negativas, algunas realmente vitriólicas. Hasta la fecha he podido recolectar 18 comentarios sobre el libro, y parece que la fuente no se agota, especialmente de las críticas negativas. La última, en el número de marzo de 1999 en *Scientific American*. Como ejemplo sirve perfectamente, al ser un ataque a Dawkins con una animosidad que es difícil de explicar a no ser como sintomática del resentimiento del mediocre hacia el genio. Lo que quedó tan gráficamente plasmado en la película *Amadeus*, al revelar la mezcla de admiración, envidia y rencor de Salieri hacia Mozart por su capacidad de creación original sin esfuerzo aparente.

El tema de la originalidad es pertinente, diríamos que crucial, para entender el libro de Dawkins, y su motivación para escribirlo. Si se hiciera un resumen telegráfico de las ideas originales contenidas en él, probablemente ocuparían más del 10%, es decir, alrededor de 30 páginas. Si se hiciera lo mismo con la mayoría de libros recientes sobre temas similares, el rango de originalidad oscilaría, con honrosas excepciones, entre cero y una página. Claro que la originalidad es algo difícil de definir y más de demostrar. Como anécdota ilustrativa diré que el invento de la «Teoquímica» también se lo atribuye Francis Crick en su libro *What mad pursuit*, que comenté en «SABER/Leer» hace unos años. Otro ejemplo: aunque la frase inicial del libro de Dawkins es probablemente original (ésta es la ventaja del lenguaje literario, por las casi infinitas combinaciones que ofrece) no lo es así su contenido. El concepto ya está desarrollado por Ernesto DiMauro en *Il Dio Genetico* y el mismo Dawkins ya lo apuntó anteriormente en *El relojero ciego*: «Por muchas maneras que haya de estar vivo, es indudable que hay muchas más de estar muerto, o mejor dicho, no vivo».

Grado de originalidad

Pero a pesar de estas notas de cautela, es indudable que Dawkins es un autor con un grado de originalidad que es difícil de superar. Sin embargo, una crítica reiterativa ha sido que todos sus libros desde *The Selfish Gene* representan una continuación monótona del mismo tema. Esta crítica es infundada y doblemente errónea. En primer lugar, la publicación de varios libros tratando un mismo tema es inevitable y perfectamente justificada si el tema es importante e interesante, y el tema tratado por Dawkins sólo es superado en importancia por su interés. Y en segundo lugar, en cada uno de los libros publicados desde el revolucionario *The Selfish Gene*, Dawkins ha ido exponiendo con clarividencia y elegancia inimitables conceptos e ideas nuevas, que sin duda fueron, están siendo y serán de gran impacto en la modelación de la evolución de nuestra cultura.

El mejor ejemplo demostrativo lo ofrece el concepto de «meme», que Richard Dawkins también propuso en *The Selfish Gene*, y que es cien por cien original. El «meme» es el replicador cultural. El concepto es también de largo alcance, y consiste en que los «memes» (por ejemplo, un refrán, una costumbre, una melodía, una canción, y por supuesto cualquier idea) se puede considerar



Viene de la página anterior



que adquieren vida propia como replicadores que se perpetúan en los cerebros de los miembros de la especie. Igual que existe una pugna por la supervivencia entre «genes egoístas» dentro de la especie, así hay también una pugna continua entre «memes» por su supervivencia en mentes individuales primero y su difusión entre mentes colectivas después. Y lo mismo que las especies evolucionan por la supervivencia de los genes por el proceso ciego y sin propósito de selección natural, así los «memes» también evolucionan y sobreviven sin que los mismos sean conscientes de ello, sin ningún propósito o finalidad, por el mismo mecanismo de selección natural. El concepto del «meme» tiene por tanto gran importancia para comprender los mecanismos que rigen la evolución cultural humana.

Desenredado el Arco Iris no es excepción en el contenido de originalidad, aunque sí lo es en el enfoque dado. Ésta es la primera vez que Dawkins se desvía del tema común de todos sus libros anteriores, pudiendo ser en el fondo una respuesta a las críticas por falta de diversidad. Además, en este su último libro, Dawkins salta a la palestra con afán de defenderse arduamente de las críticas que se le han dedicado por falta de sensibilidad.

Se ha dicho que el fondo que subyace a la reacción en contra al mensaje de Dawkins es simplemente que muchos no pueden comprender o aceptar la realidad de la falta de propósito de la vida. No hay mejor manera de explicar la idea que citando a Dawkins en uno de sus últimos libros, *River out of Eden*: «En un universo de fuerzas físicas ciegas y replicación genética, algunos van a sufrir, otros van a tener suerte, y no vamos a encontrar ninguna poesía ni razón en ello, ni ninguna justicia. El universo que podemos observar tiene precisamente las propiedades que esperaríamos tuviera si, en el fondo, no hubiese designio, ni propósito, ni mal, ni bien, sino solamente una indiferencia ciega y despiadada».

Frases como ésta no pueden dejar de producir reacciones de rechazo e incluso horror en un sector de la población por motivos que como aducíamos al principio del comentario son de origen fascinante y comprensión difícil. Porque es fascinante y difícil de comprender el origen de la diferencia de opinión entre los que no están de acuerdo con esa tesis y los que sí, es decir, entre los detractores y los seguidores de Dawkins, entre los que no ven que la nieve es blanca y los que se asombran de esta ceguera.

Quizás el propósito oculto o subconsciente de Dawkins al escribir *Unweaving the Rainbow* es demostrar cómo alguien que produce esas frases tan despiadadamente analíticas y desoladoras es capaz de manifestar como el que más una sensibilidad para los aspectos más sublimes de las actividades humanas, incluyendo la poesía. Porque no es incompatible la capacidad para percatarse de los aspectos desagradables de la realidad, y de la contribución a la misma del «homo sapiens», tan gráficamente tangibles en cualquier diario reciente (como las amputaciones y otras atrocidades en el África ecuatorial, o los bombardeos «high tech» de Irak y Yugoslavia), con la capacidad de emoción y de placer estético ante esos otros atributos más agradables de la misma realidad, como la reacción horripilante o lacrimógena que puede producir oír un aria de Bach cantada por Norma Procter, una canción de Mikis Teodorakis por María Farandouri, o una seguidilla por El Camarón, o leer un poema de Keats. Citando de nuevo a Dawkins: «La pregunta ¿cuál es el propósito de la vida? tiene una respuesta clara darwinista, que es totalmente diferente a la pregunta ¿cuál es el propósito meritario que yo adopto en mi propia vida?,

y de hecho, mi propia filosofía de la vida empieza con un rechazo explícito del darwinismo como una norma de vivir, aun cuando lo ensalce como el principio explicativo de la vida».

El propósito «oficial» de *Desentrañando el Arco Iris* es defender la poesía de la ciencia, en contra de la visión, precisamente de Keats, de la naturaleza antipoética de la misma. Keats opinó en el poema *Lamia*, que sirve de título al libro de Dawkins, que la ciencia destruyó la poesía del arco iris cuando Newton deshizo el mismo con un prisma de cristal. O mejor dicho, con dos prismas invertidos. Porque la creación de un arco iris artificial por medio de un prisma no debería destruir la poesía para Keats ni para nadie, sino la reducción del arco multicolor a un haz de luz blanca anodina por medio del segundo prisma invertido.

Dawkins dedica gran parte del libro a defender la tesis de que la ciencia no sólo no destruye la poesía de los fenómenos naturales, sino que, por el contrario, el conocimiento de los mecanismos que los rigen ensalza su poesía. El esfuerzo es admirable y las descripciones del conocimiento actual sobre el universo a partir de la óptica newtoniana, de la espectrografía derivada del prisma newtoniano, que ha permitido comprender el estado de expansión del universo, es un ejemplo notable más de ciencia de divulgación de primera categoría. Dawkins se ayuda en esta tarea de varias citas poéticas. Sin embargo, esta parte del libro ha sido blanco de muchos ataques, que llegan a criticar a Dawkins por haber seleccionado poetas mediocres o no haber leído los poetas más modernos y a la moda, etc. El problema no tiene solución. No importa lo que diga, ni cómo lo diga, Dawkins siempre tendrá detractores. Hay quien ha llegado incluso a tachar *Desentrañando el Arco Iris* de «diatriba mono-dimensional anti-religiosa». Como John Catalano dice en su página Web, «si Dawkins quisiera escribir una diatriba anti-religiosa, seguro que lo podría hacer, pero *Desentrañando el Arco Iris* no es ese libro». Precisamente, el ardor anti-religioso de Dawkins está esencialmente ausente aquí, en contraste con sus profusos ataques a astrólogos, cartomantes, magos y demás charlatanes que no sólo sobreviven, sino que medran, explotando la increíble credulidad humana.

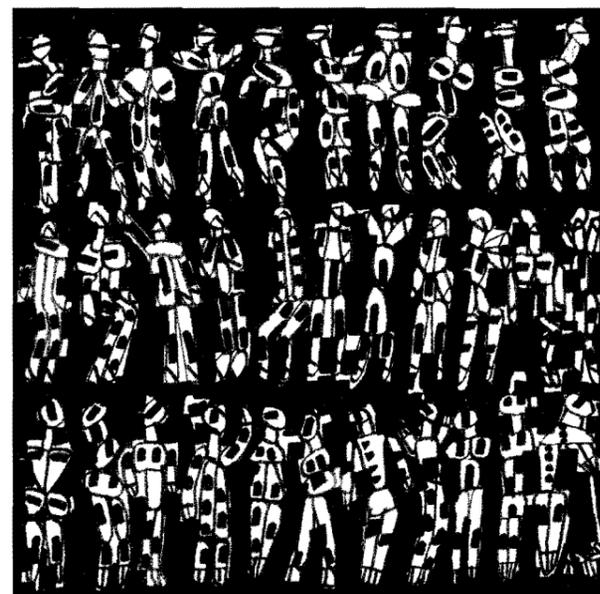
Sutileza y polémicas

Esto conduce al siguiente tópico del libro, la polémica entre Dawkins y sus detractores, especialmente Stephen Jay Gould. Aun cuando también objeto de otra crítica, la de ser «demasiado polemista», esta faceta de Dawkins es por contra positiva. Porque le ha impulsado a profundizar en las sutilezas y mejorar la precisión de los argumentos, de lo que han salido claros avances y nuevos conceptos en cada uno de sus libros posteriores a *The Selfish Gene*. La polémica con Gould es típica del enfrentamiento intelectual entre el original y la copia, entre el investigador creador y el investigador modificador, que sin ser original tiene una gran habilidad para hacer parecer lo obvio sorprendente. Gould es brillante por haber sido capaz de construir un sistema de gran influencia en el campo basado en sutilezas que no se distinguen en nada fundamental de las contribuciones previas de otros investigadores, que no tienen su poder de persuasión ni elocuencia. La polémica por el modelo del «equilibrio puntuado» de Gould para explicar la evolución, que se ha presentado como un gran avance del darwinismo clásico, en contraposición al modelo «gradualista», se puede ilustrar con la parábola que usa Dawkins en *El relojero ciego*:

Según el *Éxodo*, los israelitas tardaron 40 años en cruzar el desierto de Sinaí en su marcha hacia la tierra prometida. Como la distancia es de unos 300 kilómetros, la velocidad media fue por tanto de alrededor de 20 metros al día, o tres metros por hora si se permiten descansos nocturnos. El gran «avance» de Gould, en su modelo del «equilibrio puntuado», se asimilaría al hipotético modelo «puntualista» que postulase que los israelitas en realidad no avanzaron a esa velocidad monótona sino a base de saltos entre períodos de «éxtasis» (es decir, entre oasis y oasis). Esta «profunda» deducción es la base de la fama e influencia de Gould como líder de los estudiosos de la evolución.

A pesar de la sutil ironía de esta parábola, si tuviéramos que buscar algún punto débil a Dawkins sería su menguada capacidad para tomarse ciertas cosas con más sentido del humor. Aquí es donde Dawkins desafortunadamente no alcanza la excelencia de las otras facetas de *Desentrañando el Arco Iris*, a pesar de intentarlo. Detengámonos en la siguiente frase del capítulo dedicado al «fingerprinting» y sus aplicaciones forenses de gran impacto en el sistema judicial. «El crimen es un problema serio que disminuye la calidad de vida de todos excepto la de los criminales —[hasta aquí muy bien, pero el problema viene a continuación en la explicación que da Dawkins en paréntesis]— (quizás incluso ellos: presumiblemente no hay nada que impida que la casa del ladrón sea robada)». Esto es una pena, porque un sentido del humor más a lo Brenner le sería a Dawkins de gran ayuda para alcanzar un grado de sosiego que haría todavía más fértil su obra creadora. Pero quizás esta crítica sea injusta y simplemente haya que esperar a que Dawkins alcance la etapa menos juvenil y ardorosa que ya parece haber sobrepasado Brenner.

Por supuesto, hay otro nivel de disidentes de Dawkins, cuyas opiniones son aceptadas y bienvenidas, como parte natural del proceso de investigación. Mientras que el concepto central de la selección natural que produce una supervivencia no aleatoria de los replicadores aleatorios mencionado al comienzo está suficiente y sólidamente documentado por la evidencia acumulada desde las contribuciones seminales de Wallace, Darwin, Mendel, Watson, Crick, Williams y Dawkins, es también obvio que la cantidad de detalles que quedan por elucidar es a su vez increíblemente (y afortunadamente) elevada. Por ejemplo, el porqué de la evolución acelerada del cerebro humano en compara-



JUSTO BARBOZA

ción con el cerebro de otros primates. Éste es un tema de estudio fascinante para el que no hay soluciones obvias, y al que Dawkins dedica el último capítulo («El Globo de la Mente»). Algunas ideas originales se encuentran allí esperando al lector.

Y con esto acabamos el comentario a *Desentrañando el Arco Iris* trayendo por última vez a colación el tema de la originalidad. Cuando empecé a escribirlo lo hice con la certeza de que sería difícil si no imposible poder decir nada original, habida cuenta de los numerosos comentarios sobre el mismo. Que el comentario no sea tanto sobre *Desentrañando el Arco Iris*, sino más bien sobre las críticas negativas del libro y los detractores de su autor es parcialmente el resultado de un esfuerzo consciente para evadir la odiosa falta de originalidad.

Estoy seguro que alguien argumentará la inutilidad de molestarse en responder a esos detractores, pues ya se sabe que no van a cambiar de opinión y seguirá habiendo tanto creacionistas y antidawkinistas, como charlatanes postmodernistas o puntuacionistas más o menos equilibrados que se aprovechen de éstos. Y que es esperanza vana que la crítica de los críticos vaya a cambiar para nada el panorama. La contestación a esas críticas bienintencionadas podría hacerse a base de postular la existencia de algunos «genes egoístas» de fenotipo curioso y frecuencia alélica baja. Diríamos que serían genes cuyo fenotipo se manifiesta, citando a Daniel Dennet en su libro *La peligrosa idea de Darwin*, en la receptividad y propagación del «meme» de la convicción de que el amor por la verdad es un elemento central en el significado que encontramos a nuestras vidas, y que el concepto contrario, de engañarse a uno mismo para poder creer lo increíble, solamente es menos intolerable que el engañar conscientemente a los demás a admitir lo inadmisibles. □

RESUMEN

Para desmentir al poeta Keats que en un poema acusó a Newton de destruir con un prisma de cristal la poesía del arco iris, Richard Dawkins, autor de textos y teorías que suelen ser criticadas por la comunidad científica, pero que son siempre originales y recurrentes, ha escrito un ensayo, que comenta Manuel Peruchó, en el que defiende la tesis de que la ciencia

no sólo no destruye la poesía de los fenómenos naturales, sino que, por el contrario, el conocimiento de los mecanismos que los rigen ensalza su poesía. El resultado es un ejemplo notable de divulgación científica, apoyada en citas poéticas y que ha suscitado no pocas discrepancias, como es habitual en los escritos de Dawkins.

Richard Dawkins

Unweaving the Rainbow: Science, Delusion and the Appetite for Wonder

Penguin Press, EE.UU., 1998. 352 páginas. [5.825 pesetas.] ISBN: 0-7139-9214-X.

Una atalaya de observación

Por Miguel de Guzmán

Miguel de Guzmán (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia de Ciencias. Ha sido presidente de la Comisión Internacional de Educación Matemática desde 1991 hasta 1999. Su campo de trabajo es el análisis matemático y la educación matemática, temas sobre los que ha publicado diversas obras.

El quehacer matemático es, por naturaleza, eminentemente comunicativo. Es arte, productor de belleza de la que hacemos a otros partícipes; es ciencia, que explora la realidad en colaboración con otros; es herramienta, con la que se pueden dominar algunos aspectos interesantes de este nuestro mundo que compartimos; es juego, del que se disfruta en compañía...

Por otra parte, las peculiaridades de la matemática, su carácter abstracto, su idiosincrasia acumulativa (hasta cierto punto la matemática se va acumulando, no es necesario deshacerse de teorías antiguas para incorporar los conocimientos nuevos), su relativa independencia de aspectos culturales, individuales... le prestan una especial facilidad para ser compartida sin trabas a través del tiempo y de los espacios políticos, geográficos, etc. Por ello no es de extrañar que esta comunicabilidad se haya puesto de manifiesto desde el comienzo mismo de la existencia de la matemática.

Parce que Pitágoras, a quien se puede considerar con toda justicia el fundador de la matemática tal como hoy la conocemos, fue capaz de fabricarse su original síntesis de pensamiento después de aprender por un largo período de tiempo entre los matemáticos de Egipto y de Mesopotamia. De los antiguos matemáticos babilónicos heredó sus ideas de que los movimientos de los astros eran regidos por los números. De ellos y de los sacerdotes egipcios aprendió probablemente cómo las figuras geométricas estaban estrechamente ligadas a los números. Basado esencialmente en estas ideas y en sus propios experimentos musicales con el monocordio, una especie de guitarra de una sola cuerda, llegó a una de las más profundas y audaces extrapolaciones hechas por una mente científica, a saber, que «la esencia de las cosas es el número» y que gracias a él se nos abre la puerta para llegar a las «raíces y fuentes de la naturaleza».

Secreto para la posteridad

Arquímedes, el gran genio matemático de la Antigüedad, se inició en Alejandría, en la boca del Nilo, bien lejos de su patria, Siracusa de Sicilia, y, una vez vuelto a su tierra, se mantuvo en un fecundo contacto epistolar con los matemáticos de Alejandría, entre ellos con Eratóstenes, gracias a lo cual conservamos hoy día algunas de sus grandes

obras. El sorprendente tratado *Sobre el Método*, obra perdida hasta 1906 y encontrada en un palimpsesto por Heiberg, no es sino una carta a Eratóstenes a través de la cual Arquímedes pretendió dejar a la posteridad el secreto de su forma de creación intelectual.

A lo largo de la historia de la matemática, se podría señalar una multitud de avances importantes que han sido estimulados muy decisivamente por contactos entre individuos o entre escuelas de diferente tradición. Bizancio, Bagdad, Córdoba, Toledo, París... son nombres que evocan distintos momentos de la historia de la matemática en los que tiene lugar una especial corriente de comunicación matemática en el mundo occidental. Toledo, con su escuela de traductores y el saber fecundo que originó el relativamente largo período de convivencia pacífica de las tres culturas, árabe, judía y cristiana, fue especialmente durante los siglos X y XI lugar de peregrinación para muchos intelectuales de Europa.

Esta comunicación comienza a tomar una forma más organizada, primero con el establecimiento de las universidades, luego a través de intercambios individuales entre los protagonistas mismos del desarrollo de la matemática. El intercambio de saberes y cuestiones entre Fermat y Pascal, por ejemplo, dio lugar en el siglo XVII a la iniciación de la teoría de la probabilidad. En otras ocasiones estos intercambios entre los matemáticos de este siglo se daba de forma indirecta a través de la diseminación de resultados por el P. Marin Mersenne, que actuaba como una especie de buzón central de teoremas. Más tarde este servicio se plasmaría de una forma más abierta en las primeras revistas matemáticas como *Acta Eruditorum*, fundada por Leibniz en 1682, y de una manera organizada con el establecimiento de las Academias oficiales establecidas a nivel regional o nacional.

Sociedades locales

En el siglo XIX ya existen sociedades matemáticas locales o nacionales bien organizadas que cumplen su cometido de servir de conexión a los diferentes profesionales de la matemática en una misma región o país. Pero aún no existe ninguna organización de la actividad matemática a nivel internacional. Y ello tal vez por dos motivos, primero porque no se percibe una necesidad urgente de hacerlo y también porque aún eran lejanas las facilidades para la comunicación que los diferentes desarrollos tecnológicos del siglo XX han ido proporcionando. En el último tercio del siglo XIX ya empiezan a brotar diferentes intentos de cooperación internacional organizada, especialmente en lo que se refiere a la bibliografía matemática, de los que surgirá más adelante una colaboración más amplia y profunda. Bien se puede decir que en matemáticas el salto cualitativo importante se dio con el primer Congreso Internacional de Matemáticos, que tuvo lugar en Zúrich en 1897.

Y ahora, conmemorando su centenario, un matemático finlandés Olli Lehto, que la conoce a fondo pues ha sido su Secretario General durante varios años, ha escrito su historia, una historia, que repasa Miguel de Guzmán en su comentario, llena de avatares y peripecias, ligados a las circunstancias políticas y bélicas del siglo XX.

En nuestro actual mundo fuertemente interconectado parece obvio que el quehacer científico, como cualquier otra actividad de la sociedad, ya sea comercial, deportiva..., tiene que tener necesariamente una dimensión internacional más o menos armónicamente organizada, como la que hoy día existe en prácticamente todos los campos. Pero es claro que esta situación representa un importante logro que es relativamente reciente. Las organizaciones científicas estables de carácter internacional han surgido todas ellas en el siglo XX. La Unión Matemática Internacional, cuyos orígenes se pueden remontar a la celebración del primer Congreso Internacional de Matemáticos en 1897 en Zúrich, tan sólo un año después de los primeros Juegos Olímpicos de la época moderna, el mismo año en que se establecieron los verdaderamente internacionales Premios Nobel, fue una de las primeras en establecerse. Pero el nacimiento y la vida de este prestigioso organismo, que actualmente enmarca la actividad coordinada de más de 60 países, no ha estado exenta de peripecias de muchos tipos diferentes.

Cien años de IMU (Unión Matemática Internacional)

La obra que comentamos es precisamente un interesante relato de los avatares que han marcado a lo largo del siglo la trabajosa puesta en marcha de la Unión, su difícil pervivencia por unos cuantos años a través de la primera guerra mundial, su posterior suspensión, en buena parte por la actitud política personal y cerrada de unas cuantas personas influyentes con cierta cortadad de miras, su posterior reconstrucción en la década de los 50 y su constante expansión desde entonces, a pesar de las dificultades causadas en las relaciones científicas en la época de la guerra fría...

El autor, Olli Lehto, es un excepcional matemático finlandés, por mucho tiempo rector de la Universidad de Helsinki, que tiene muy buenas razones para conocer a fondo la Unión Matemática Internacional. Él ha sido miembro de su Comité Ejecutivo durante 16 cruciales años, desde 1975 a 1990, y durante los últimos ocho de este largo período ha sido su Secretario General. Lehto conoce a fondo la historia antigua y reciente de la Unión y la cuenta con orden y con precisión, y también con una viveza, basada en su conocimiento personal de la organización, que hace que su relato, muy rico y bien documentado, mantenga una fuerte tensión e interés en el lector. Y es que las vicisitudes externas e internas de una organización tan compleja como la Unión a lo largo de un siglo presentan aspectos tal vez no sospechados por los que puedan pensar que las tensiones dentro de una organización internacional de matemáticos se pueden dominar de forma fácil.

La obra está muy bien estructurada en doce capítulos que corresponden a diferentes etapas de la vida de la Unión, llegando hasta los comienzos de la década de los 90. Detalles que pudieran recargar innecesariamente el hilo de la historia están relegados a los trece Apéndices. Una larga colección de notas, algunas de ellas muy jugosas e interesantes, se agrupan al final del texto, agilizando así el hilo fundamental de la narración. Un buen número (55) de fotografías de los principales lugares y de los protagonistas de esta historia, diseminados a lo largo del texto, proporcionan rostro a esta historia en la que han jugado un papel tan importante muchos de los matemáticos más eminentes del siglo. No se trata en absoluto de una historia de las matemáticas del siglo XX, sino de un relato vivo del trabajo de colaboración organizativa de

muchos de los más importantes matemáticos del siglo, cada uno con su visión personal de lo que la actividad científica internacional debería significar.

En el relato de Lehto se encuentra, por supuesto, una verdadera historia de la Unión Matemática Internacional, pero también se puede encontrar amplia información para comenzar a formarse una idea adecuada sobre muchas de las cuestiones, algunas un tanto anecdóticas, otras más profundas e importantes, que han pasado por la cabeza de todos los profesionales de la matemática. ¿Por qué no existe un Premio Nobel en Matemáticas? ¿Cuál es el origen de los Premios Fields? ¿Cómo han ido variando los centros de influencia en el mundo matemático de nuestro siglo? ¿Cómo ha tenido lugar la incorporación, primero de Estados Unidos, luego de los países del Este, más tarde de China y de algunos de los países africanos en ese mundo que en el siglo XIX estuvo dominado fundamentalmente por la actividad matemática que se desarrollaba en Alemania, Francia, Inglaterra e Italia? ¿Cuál ha sido la postura institucional de nuestro país en todos estos movimientos?... La historia de Lehto no discute a fondo todas estas cuestiones, pero proporciona un marco para ellas y una gran cantidad de alusiones, referencias a lecturas posibles, muchas de ellas en las notas, que nos permiten explorarlas más de cerca.

Sobre la extraña ausencia de las matemáticas en los premios que Nobel instituyó en 1896, por ejemplo, ha serpenteado en nuestro siglo por los corros matemáticos de todos los países del mundo multitud de rumores relacionados con una supuesta enemistad personal entre Alfred Nobel y el matemático, también sueco, Gustaf Mittag-Leffler. Quien esté especialmente motivado por encontrar cuánto puede haber de mera habladería y cuánto de realidad en lo que estos rumores han difundido puede encontrar entre las notas de Lehto toda una serie de referencias bibliográficas escritas por diferentes personas de reconocida solvencia. En opinión de Lehto bien pudo suceder que Nobel pensó que las matemáticas no contribuyen al bien de la sociedad de modo suficiente como para hacerse merecedoras de un premio. Lo cual no habla tampoco muy en favor de la sagacidad de Nobel.

Los premios Fields

En todo caso resulta interesante conocer la historia de algo que, en matemáticas, ocupa en cierto modo, aunque no exactamente, el lugar que los premios Nobel tienen en otras ciencias. La historia de los Premios Fields y su estrecha vinculación con la Unión Matemática Internacional está narrada por extenso en el capítulo 3. Desde su institución en 1932, los Premios Fields, que se otorgan cada cuatro años con ocasión de los Congresos Internacionales de Matemáticos, tradicionalmente a personas que no han cumplido los cuarenta años, se han convertido en el galardón más importante en el mundo matemático. La Unión es actualmente el organismo que decide, a través de una comisión especial, las personas a las que se premia.

La obra reseñada constituye una magnífica atalaya de observación no solamente de la actividad matemática internacional a lo largo de cien años, sino también del peculiar entrelazamiento que la historia de la matemática ha tenido durante este tiempo con las catástrofes bélicas que han protagonizado la primera parte del siglo y con las tensiones que se han dado entre los países durante su segunda mitad. La historia que Lehto cuenta es una buena fuente de meditación sobre la pretendida objetividad de la ciencia, y muy en particular de la matemática. □

RESUMEN

Casi desde Pitágoras, fundador de la matemática tal como hoy se la conoce, el quehacer matemático ha sido, entre otras cosas, comunicación y ésta ha existido a lo largo de la historia entre los matemáticos, fuera cual fuese su situación geográfica. Pero la Unión Matemática Internacional, que agrupa a científicos de sesenta países, se creó en Zúrich en 1897.

Olli Lehto

Mathematics without borders. A History of the International Mathematical Union

Springer Verlag, Nueva York, 1998. XVI+399 páginas. 35 dólares. ISBN: 0-387-98358-9.

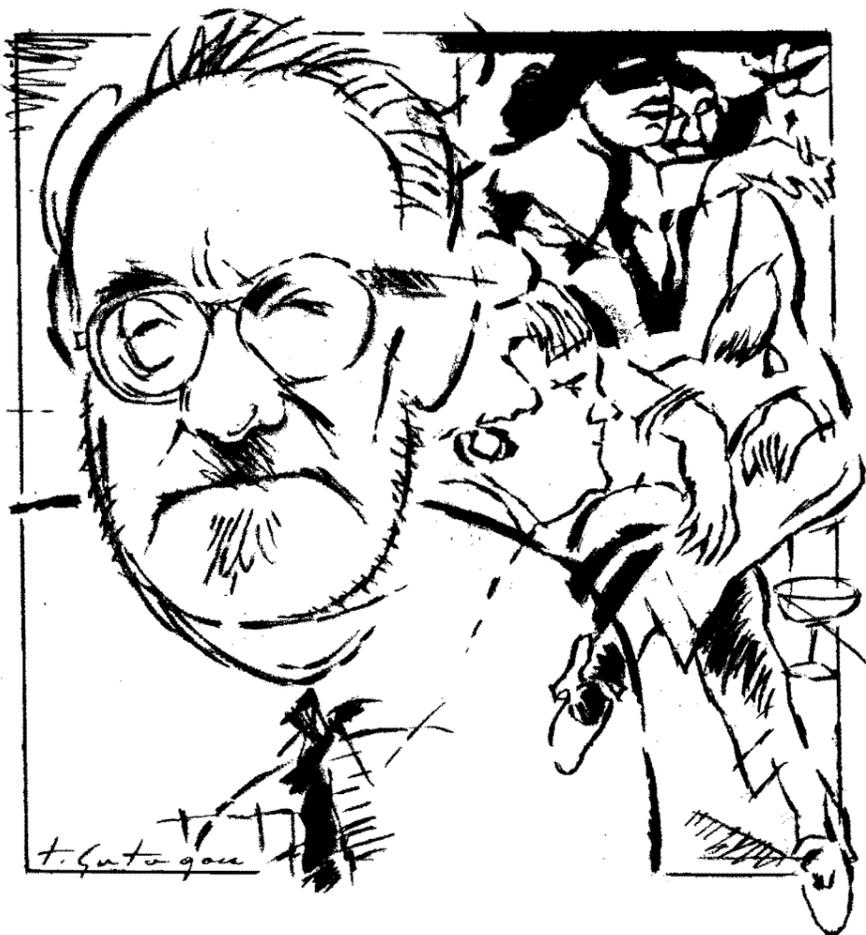
Antonio Pereira o el placer de contar

Por José María Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) ha sido catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y, desde 1989, es emérito de la misma. Académico correspondiente en Asturias de la Real Academia Española y profesor visitante en las universidades americanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor, entre otros títulos, de La novela española entre 1936 y el fin de siglo.

La entrada de Antonio Pereira en nuestra república literaria se produjo por el camino de la poesía, género que cultivó exclusivamente durante algún tiempo con brillantez y éxito, nunca abandonado pero sí alternado después con la narración, tanto extensa —ahí están las novelas *Un sitio para Soledad* (1969), *La costa de los fuegos tardíos* (1973) y *País de los Losadas* (1978)— como en forma de relatos breves, modalidad iniciada públicamente en 1966, cuando obtuvo el premio «Leopoldo Alas» con *Una ventana a la carretera*, y proseguida hasta hoy con el libro que va a ocuparnos, *Me gusta contar*. Su obra como cuentista quizá sea al presente la cara más conocida y reconocida del escritor Antonio Pereira y así lo atestiguan prestigiosos galardones: el «Fastenrath» 1988 (por el volumen *El síndrome de Estocolmo*) y el «Torrente Ballester» 1993 (por *Las ciudades de Poniente*). Nacido en 1923, Pereira pertenece a una generación literaria —la del medio siglo— cuyos miembros narradores —novelistas y cuentistas, por lo general, pero alguno de ellos autor sólo de relatos breves— dieron con su trabajo mantenido en las décadas de los 50 y los 60 inusitado esplendor al género cuento; unos cuantos nombres, inamovibles ya de cualquier censo antológico, y, con ellos, buen número de títulos sirven de fundamento para semejante afirmación, y Pereira figura destacadamente en ese conjunto. Diríase que ocurre así en justa correspondencia a su gusto por contar, declarado explícitamente ya en el mismo título y, también, a su cuidadoso cultivo de «una modalidad literaria que me apasiona».

A lo largo de los años su experiencia cuentística le ha valido para conformar algo



TINO GATAGÁN

así como una poética del género en la que se atiende lo mismo a cuestiones formales que del contenido; entre tales apreciaciones está la relativa a los finales de algunos cuentos donde un guiño cómplice al lector, revestido por la sonrisa, constituye remate oportuno (caso del titulado *El síndrome de Estocolmo*). También importa mucho en su opinión el insistir en la capacidad de sugerencia que poseen determinadas palabras, acaso insustituibles para ciertas situaciones, evitándose con su empleo una larga explicación. Pereira declara haber dedicado tiempo y esfuerzo a la elección del vocablo o expresión precisos de entre varios posibles: «En alguna ocasión he podido tardar dos o tres días en escribir un cuento, pero después he necesitado mucho

más tiempo para decidir entre una u otra palabra. Recuerdo que, en un determinado caso, estuve dudando entre terminar un relato con la frase «gracias, es usted muy amable trayéndome flores» o «gracias, es usted muy galante trayéndome flores». Esa diferencia, que en una novela no tiene importancia, en un cuento la tiene, y mucha» (de la entrevista que firma Trinidad de León-Sotelo en *ABC* del 22 de febrero de 1989). En el breve prólogo que abre *Me gusta contar* hay al respecto un decálogo cuyos preceptos van desde la importancia concedida a la historia base del relato, desechando así la posibilidad de que éste carezca de argumento —«lo primero es tener una historia que contar. Sin esto, nada»— hasta otras cuestiones menos principales y acaso más personales.

Llegado nuestro escritor a una envidiable madurez, manifiesta así en la excelencia como en la abundancia de su labor narrativa, no es de extrañar que más de una vez —tengo noticia de hasta tres sin incluir la presente, una de ellas con los textos vertidos al francés y otra más, *Antología de la seda y el hierro* (1986), florilegio de sus poemarios— haya caído en la tentación de antologizarse a sí mismo; lo cual permite, por una parte, conocer sus preferencias y, por otra, aislar dentro del nutrido conjunto seleccionable, aumentado periódicamente con nuevas aportaciones, unas cuantas piezas cuya repetición, antología

tras antología, supone el señalamiento de lo más señero entre sus integrantes: tal es el caso, por ejemplo, de *Palabras, palabras para una rusa* u *Obdulia, un cuento cruel*.

Sostiene Pereira que en *Me gusta...* «cumpló el deseo de un agrupamiento escogido de cuentos ya publicados —muchos, inencontrables—, más algunos inéditos o no publicados en libro. Emplazados bajo epígrafes más o menos orientadores, el orden que respetan no es el cronológico de su creación sino el muy personal, y escasamente explicable, de la intuición del autor», y claro está que el lector ha de aceptar tales requisitos aunque frente a ciertas piezas del conjunto presentado no comparta sus personales motivaciones —es lo que me sucede con la narración titulada *Una fobia de don Jorge* [Guillén]—. Un total de 67 narraciones integra el volumen, repartidas en cuatro secciones con los siguientes epígrafes: «Mundo ni ancho ni ajeno» (21), que aprovecha, modificándolo sustancialmente, el título de una famosa novela del peruano Ciro Alegría; «Historias del Noroeste» (26), que, geográficamente, complementa o sirve de contrapunto a los lugares que aparecían en la sección anterior como escenarios de la acción; «Cuentos de Madrid» (8); y «Antes que el tiempo muera en nuestros brazos», tomando en préstamo el verso último de la *Epístola moral a Fabio*, sección integrada por una docena de relatos de vario contenido a los cuales no resulta fácil encontrar un común denominador, si bien tres de ellos —*El hombre de la casa*, *Don Eloy, deje salir a Dorita o me mato* y *La escalera*—, dada su localización —«un casar en la sierra de Ancares», las nieblas invocadas por el secretario del juzgado (pág. 276), una estación de ferrocarril en el noroeste de España, respectivamente—, creo irían mejor en la sección segunda. Y es que el noroeste español (destaquemoslo con inicial mayúscula), tal como se nos advierte en la pág. 128, es un país grande, por encima de las convenciones geográfico-administrativas, que comprende «la Galicia de los líricos antiguos y de los fabuladores de hoy, pero también la Asturias de *La Regenta* y la Sanabria de *San Manuel Bueno*, y, por supuesto, el Bierzo y los de Astorga, digamos que hasta el Torío para que quede dentro la catedral de León» y, apurando las inclusiones en su territorio, «hasta el castillo de Grajal» (ya en Tierra de Campos). De semejante territorio es señor literario Antonio Pereira, nacido en Villafraña del Bierzo, quien ha sacado del mismo elementos como gentes, lugares, sucedidos o maneras peculiares de vida, pero esta evidéntisima presencia —«especialización berceana» de Pereira, ha podido decirse— no supone encerramiento en la patria chica, localismo exacerbado que se niega a horizontes más amplios. Prueba de ello la ofrece el repaso a los escenarios en que ocurre la acción de los cuentos de *Me gusta...*, pues buena parte de los mismos muestra una universalización que nos lleva hasta países tan dis-



En este número

Artículos de

J. M. Martínez Cachero	1-2	Elías Díaz	8-9
Álvaro del Amo	3	Miguel Beato	10-11
Gabriel Tortella	4-5	Luis G. Berlanga	12
Miguel Herrero R. de Miñón	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Antonio Pereira o el placer de contar

tintos y distantes como Estados Unidos, Rusia, Nepal, Puerto Rico, República Dominicana o Italia en los que, al igual que en sus compañeros españoles —lugares como Madrid, Oviedo, Astorga o León—, preferentemente urbanos o ciudadanos, apenas objeto de descripción, importa sobre todo un ambiente y unas gentes protagonistas de la historia sustentadora o núcleo argumental pues el cuento, sus contadas páginas, no permite extraviarse en otras cosas.

Tales prohibiciones o evitaciones diríase que son normas de obligado cumplimiento en la estrategia del cuento y a ellas suele mantenerse fiel Antonio Pereira, lo que no es obstáculo —en el capítulo de las descripciones, por ejemplo— para que, más bien como excepción, encontremos pasajes tan minuciosamente cargados y diestramente conseguidos como el referente a un desfile de modelos (las chicas, los vestidos) en las págs. 69-70, cuento *Poeta en el Sheraton*. Aun se intensifica más el proceso eliminador cuando (como sucede en diez casos) el relato se

abreva sumamente y cabe en menos de una página, mera apuntación, divertida por lo general, de un caso o de un personaje con posibilidades de mayor extensión. ¿Podría hablarse de metacuento (o cuento en el cuento) ante relatos como *Truman Capote cuenta un cuento* o *Cuento en la Escuela de Letras*, una variante más en el conjunto que nos ocupa?

Sin entrar en pormenorizados recuentos me parece que resulta más numeroso el censo de personajes masculinos, varones algunos un tanto extraños por causas muy diversas, solos (*El caso Tiroleone*) o en grupo (*La pirámide*), pero también hay ejemplos de relevante protagonismo femenino (*La barbera alemana*, *Obdulia, un cuento cruel*), junto a otros que (como *El ingeniero Démencour* o *El síndrome de Estocolmo*) presentan en primer plano a la pareja hombre-mujer. Ellas y ellos son mayoritariamente habitantes de la ciudad pues escasean los pertenecientes a medios rurales y esto parece arrastrar consigo determinadas características que atañen a clase social —burguesía acomodada—, posibilidades económicas —más bien desahogadas—, preparación cultural —no muy descolante (aunque existan licenciadas como Silvia)—, relevancia social, circunstancias todas ellas que admiten, para que el panorama humano resulte rico y variado, excepciones. Personas jóvenes, maduras y ancianas en cuanto a la edad pueblan un mundo del que los niños están ausentes; son personas, además, bien avenidas entre sí o, en otro caso, un ambiente de vida más bien grato donde las violencias y catástrofes parecen no admisibles aunque alguna vez la muerte, el dolor o la injusticia estén presentes para perturbarlo.

El tiempo al que las historias se refieren y en el que transcurre la existencia de las criaturas protagonistas es un espacio histórico español de cierta extensión, señalado por alusiones al paso que hacen de mojoneros orientadores y así salen a plaza: la proclamación de la segunda República (*El ingeniero Balboa*), la revolución de octubre de 1934 (*Aquella revolución*), el estallido de la guerra civil (*Don Eloy, deje salir a Dorita o me mato*), los primeros años 50 (*El asturiano de Delfina*), la era de Franco (*El gobernador*), momentos todos ellos de una grande y general historia que no siempre toca efectivamente al destino de los personajes, cuyo tiempo privativo es otro menos notoriamente mar-

cado. Se trata, en suma, de una época conocida por Antonio Pereira quien, escritor fundamentalmente realista, la utiliza como telón de fondo situacional; realismo, siempre o casi siempre —a Pereira, si atendemos a lo consignado en las últimas líneas de la pág. 203, parece disgustarle el empleo de elementos oníricos en la narración—, autobiografismo si identificáramos al narrador-protagonista que vivió y refiere, revelado merced a un «yo» explícito, con la persona del autor; añádase el propósito de comportarse en todo momento como «cronista veraz», lo que no es óbice para que llegado el caso fantasee, imagine o elucubre más allá de la anécdota narrada.

Temas y técnica

A la apuntada abundancia y variedad de gentes y lugares corresponde una apreciable variedad de registros temáticos entre los cuales destacan por su frecuencia las relaciones amorosas con una insistente carga erótica, cuya placentera culminación es ofrecida con insinuante delicadeza expresiva —después de un párrafo preparatorio, con significativas alusiones a la noche, al ambiente festero y a la cama de la habitación del hotel leemos en la línea siguiente (cuento *El ingeniero Démencour*): «Bueno. En fin. Sucedió lo que tenía que suceder»—; *La espalda de Elisa* —de insospechado final luego de la despaciosa situación previa— y *Dalmira y los monjes* —de título un sí es no es engañoso— quizá sean de las piezas más notables dentro de este registro. La naturaleza extranjera de la geografía de «Mundo ni ancho ni ajeno», cuyos personajes residen

habitual o transitoriamente en países y lugares diversos, marcados en ocasiones por un cierto exotismo, podría servir para establecer otro registro con pormenores distintivos si no fuera porque Pereira no se complace en descripciones paisajísticas ni tampoco en singularidades costumbristas. Sí constituyen apartado temático exento varios cuentos localizados en Madrid, capital también de la española república literaria —caso de *Cuento en la Escuela de Letras* y *La huete*—, y en los cuales mandan la sátira y la ironía, nunca extremadas, a propósito de los entrebastidores de un mundillo profesional que el autor conoce bien de cerca y en el cual no es oro todo lo que reluce. No solamente la sátira y la ironía, sino asimismo otras especies de humor, combinadas a veces con la ternura que es comprensión y afecto hacia sus criaturas, aparecen en *Me gusta...* ya en la presentación de los personajes —rasgos físicos, manías, etc.—, ya en el transcurso de la acción; humor y ternura hábil y prudentemente dosificados, sirviéndose Pereira de la insinuación, que apenas parece tocar la realidad tratada.

Antonio Pereira narra sencilla y limpiamente sus historias, sin apelación a recursos que a menudo confunden o resultan disuasorios para el lector ingenuo —que lo son la mayoría de los lectores—, historias siempre atractivas, rematadas con alguna frecuencia y con buen arte por unos finales sorpresivos o imprevistos que a veces —caso de *El asturiano de Delfina*— vienen advertidos desde bien pronto por el protagonista-narrador —«Quién me iba a decir a mí que aquella nevada significaría tanto en mi vida»— y otras, la indecisión —en *El carisma*— o la misteriosidad —en *Los ojos luminosos*—, que no son la sorpresa, la sustituyen. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Antonio Pereira o el placer de contar», por José María Martínez Cachero, sobre <i>Me gusta contar</i> , de Antonio Pereira	1-2
«El mal ejemplo del ruiseñor», por Álvaro del Amo, sobre <i>Not About Nightingales</i> , de Tennessee Williams	3
«Historia-Ficción: alternativas e hipótesis», por Gabriel Tortella, sobre <i>Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?</i> , de Niall Ferguson (dir.)	4-5
«Lección de política», por Miguel Herrero R. de Miñón, sobre <i>Cuatro épocas. Recuerdos de un siglo de historia alemana</i> , de Richard von Weizsäcker	6-7
«Fernando de los Ríos: socialismo y humanismo», por Elías Díaz, sobre <i>Obras Completas</i> , de Fernando de los Ríos	8-9
«La problemática relación con los animales», por Miguel Beato, sobre <i>¡Vivan los animales!</i> , de Jesús Mosterín	10-11
«Un buen libro sobre el cine español», por Luis G. Berlanga, sobre <i>Antología crítica del cine español (1906-1995)</i> , de Julio Pérez Perucha (ed.)	12

RESUMEN

Como recuerda Martínez Cachero, el leonés Antonio Pereira se inició en la literatura por la vía habitual de la poesía y, aunque se ha dejado tentar ocasionalmente por la novela, es en el relato en el que parece encontrarse más cómodo. De entre su amplia relación de

cuentos, el propio Pereira ha seleccionado 67 narraciones, que ha titulado significativamente *Me gusta contar*. El comentarista ha leído con atención esta selección personal de quien es un pertinaz cultivador de un género tan preciso como el cuento.

Antonio Pereira

Me gusta contar

Taller de Mario Muchnik, Madrid, 1999. 313 páginas. 2.300 pesetas. ISBN: 84-923869-5-9.

El mal ejemplo del ruiseñor

Por Álvaro del Amo

Álvaro del Amo (Madrid, 1942) ha estudiado Derecho y Cine. Entre otras cosas, ha dirigido la película *Dos*, ha estrenado las obras de teatro *La emoción y Geografía* y ha escrito las novelas *El horror* (finalista del premio Herralde 1993), *Libreto* y *En casa*. Recientemente publicó el libro de cuentos *Incandescencia*.

Thomas Lanier pronto firmaría sus obras como Tennessee, Tennessee Williams, quizá el dramaturgo americano más conocido del presente siglo y uno de los más influyentes. Su época de esplendor va desde 1947, fecha del estreno de *The Glass Menagerie* (llamada aquí *El zoo de cristal*), hasta *La noche de la iguana*, de 1961. En estos gloriosos catorce años aparecerían, entre otras, *Un tranvía llamado deseo*, *La gata sobre el tejado de zinc* y *Dulce pájaro de juventud*, estrenadas y reestrenadas en el mundo entero, siempre presentes gracias a unas notables versiones cinematográficas, repuestas una y otra vez por televisión.

El autor, nacido en 1911, conocería la gloria al final de su treintena y durante una espléndida cuarentena. Después, hasta su muerte en 1983, transcurrirían dos décadas más sin dejar de escribir, persiguiendo un acierto y un éxito que no volverían a repetirse. Desde *The Milk Train Doesn't Stop Here Anymore*, en 1964, hasta *Clothes for a Summer Hotel*, de 1980, donde recrea la relación entre Scott y Zelda Fitzgerald, no cejaría de probar fórmulas nuevas, tratando de quebrar su estilo hacia otros ámbitos, sin conseguirlo del todo. Algo parecido le sucedería al otro gran dramaturgo americano de su generación, Arthur Miller. Nacido en 1915, sus títulos principales se remontan también a una primera etapa; este año celebra el medio siglo del estreno de su obra maestra, *Muerte de un viajante*.

Tennessee Williams deriva de Eugene O'Neill, el padre del teatro norteamericano, creador de un muy variado fresco dramático sobre los Estados Unidos de la primera mitad del siglo, expresado en formas diferentes. Del maestro tomó el discípulo su inclinación por los personajes peculiares, situados en circunstancias extremas. Extremas por su distancia frente a las imposiciones de la normalidad, a la que, sin embargo, las criaturas marginadas aspiran desesperadamente.

Williams se especializó en el retrato de hombres y, quizá sobre todo, de mujeres hipersensibles, que se debaten en una doble turbulencia. Por un lado, sufren los embates de su propio interior, arrasado por apetencias no siempre bien definidas, que se incrustan en un carácter normalmente débil y confuso. Por otro lado, son personas depositadas en un medio social de cierta dureza, que para ellas resulta decididamente hostil. El dramaturgo ha sabido bucear como nadie en el universo de la fragilidad, oscilando entre la intensidad de los sueños y los embates de la realidad, señalando, como logro supremo de su sabiduría teatral, lo que de raro, extremo, inexplicable y oscuro hay en cada uno de nosotros. Aunque el espectador o espectadora no se vieran reflejados literalmente en la niña delicada, la cuñada neurótica, la solterona exigente, el marido inseguro o la pareja inverosímil del predicador moribundo y la virgen que lo acompaña por la selva, tipos todos alejados de las exigencias de la reconocibilidad, el talento del dramaturgo sabía implicar al público en unas historias extremadas y extremosas, a menudo delirantes, arañando en la falacia de la normalidad para descubrir sus grietas.

A través de una aguda penetración psicológica, afilada por un lirismo turbador, las muy exageradas figuras escénicas se convertían en nuestro espejo. Su anhelo era el de to-



FRANCISCO SOLÉ

dos. Como lo eran sus fracasos, sus reproches, lo efímero de su alegría o la lógica de su locura. El escenario, al albergar tanto poético desequilibrio, se convertía en el hogar inquietante de cada cual. ¿Qué es el teatro sino el eco de la respiración del ciudadano que busca, arduamente, el sosiego en una atmósfera viciada?

Vanessa Redgrave acaba de propiciar la resurrección de una obra inédita de Tennessee Williams. Cuando la actriz inglesa se disponía a representar uno de sus títulos emblemáticos, *La caída de Orfeo*, el autor le habló de un drama de juventud, nunca estrenado ni publicado. Tras la muerte de Williams, el celo y la curiosidad de la actriz, las facilidades de los administradores del legado del escritor, la propia calidad de la obra y el interés del sólido y prestigioso National Theatre de Londres, han sido los impulsos combinados que han llevado a cabo la recuperación de *Not About Nightingales*, recibida como un acontecimiento.

Thomas Lanier Williams, un joven de 27 años ya atraído por el teatro, fue golpeado por un terrible suceso. En agosto de 1938, en la «prisión de alta seguridad» de Holmesburg, Pennsylvania, los presos iniciaron una huelga de hambre, como llamativa protesta contra la muy deficiente alimentación de la cárcel. Las autoridades, en contundente respuesta, encerraron a 25 reclusos en una dependencia contigua a las instalaciones de calefacción, que alcanzaba temperaturas de horno. Cuatro de los encerrados murieron allí, prácticamente asados. La estridencia del hecho, que conmovió a la opinión pública de la época, empujó al incipiente escritor a convertirlo en una pieza teatral, que firmaría, por primera vez, con el nombre de Tennessee Williams.

Not About Nightingales (literalmente *No sobre los ruiseñores*) toma su título de la famosa *Oda al ruiseñor* de Keats. Canary Jim, el protagonista, explica a Eva que cuando él escriba no lo hará sobre los ruiseñores, sino sobre las muy crudas realidades de la vida. Es encantador que los poetas se fijen en pajarillos cantores y en otras maravillas de la naturaleza, pero la labor del poeta es, también y sobre todo, dar cuenta de las barbaries de una sociedad inhumana. Tal cosa pretende la recuperada pieza, descubriendo una faceta inédita de su autor. El buceador en atormentadas psicologías actúa aquí como un vigoroso crítico social, sin perder por ello la atención por lo que atraviesa el interior de sus personajes, que no son meros arquetipos para apoyar una denuncia, sino individuos particulares hábilmente caracterizados en sus miedos, sus esperanzas, sus secretos y su mutua incompreensión.

Williams organiza su relato ejemplar acudiendo a unas convenciones alejadas, en prin-

cipio, de sus propósitos. No sigue el modelo de Clifford Odets, que tres años antes, en 1935, había sentado las bases del teatro de denuncia con la famosa *Waiting for Lefty*, donde trataba una huelga de taxistas con un realismo depuradamente costumbrista. El audaz Tennessee seguía el modelo de la película carcelaria, un género o subgénero cinematográfico que se ha mantenido hasta hoy y que en su época empezaba a cristalizar en títulos inaugurales, como *The Big House* (llamada aquí *El presidio*), protagonizada por Wallace Berry en 1930.

Eficaces ingredientes

El ambiente carcelario, la amistad y rencillas entre los reclusos, las penalidades del encierro, la figura del «Warden», o alcaide de la prisión, cabeza visible de la autoridad represiva, las incitaciones visuales o sonoras que llegan del exterior, la tierra de la libertad, son los eficaces ingredientes que el dramaturgo utiliza para su historia. Jim es el ambiguo protagonista, vilipendiado por los compañeros de cautiverio por su servilismo al alcaide y sumido en un desencanto que le paraliza. Acabaré reaccionando, sacudiéndose a la vez la moral del esclavo y el desánimo que justifica su conformismo. El proceso que sufre Jim tiene la categoría de una verdadera «toma de conciencia», a la que contribuye el amor de Eva, la secretaria que también debe sacudirse una pusilanimidad de sierva. Después de la muerte de los presos confinados en el horno, explota el motín, perece el alcaide malvado y los dos jóvenes se escapan, aprovechando la confusión para atravesar la franja de agua que aislaba la cárcel, camino de una probable y problemática libertad.

Not About Nightingales no ha irrumpido con la fuerza de un descubrimiento por ser

una obra perfecta (en el mismo vigor de las convenciones se deslizan también sus carencias), sino por alzarse como sonoro recordatorio de una capacidad que el teatro de hoy ha desatendido en exceso, abrumado por la ligereza posmoderna. El inédito de Tennessee Williams señala una prometedora tendencia que no conoció continuación; los estudiosos de la literatura dramática pueden elucubrar sobre cómo hubiera evolucionado el autor si esta obra de juventud se hubiera estrenado con éxito. El interés de la recuperación no se explica sólo como un caso curioso de arqueología literaria. El estreno y la publicación del texto olvidado, sesenta años después, alertan sobre una evidencia que parecía dormitar: el teatro continúa siendo un terreno ideal para la denuncia, la crítica social, el diagnóstico de las preocupaciones de cada momento. Nadie le ha arrebatado aún su habilidad para constituirse en conciencia, en reflexión, en diversión pensante. Hoy, cuando el horror apenas produce algo más que indiferencia y cuando las protestas y denuncias se pierden en un hueco parloteo, el teatro debe recuperar la voz perdida.

Títulos rotundos del teatro norteamericano de hoy vuelven a hacer transitable la senda oculta que Tennessee Williams no llegó a recorrer. Allí está *Oleanna* de David Mamet, como ejemplo de tratamiento adulto de un asunto incómodo, la doble cara del acoso sexual, intolerable en la prepotencia del agresor, angustioso cuando se utiliza sin motivo por la supuesta víctima. Allí está también la muy reciente *Valparaíso* del novelista Don DeLillo, un feroz repaso a la obsesión actual por la anécdota curiosa, por la noticia insólita, que lleva a despiadados reporteros a invadir la intimidad, convirtiendo en espectáculo una dolorosa crisis conyugal o aireando, durante el programa de mayor audiencia, un secreto inconfesable. □

RESUMEN

El dramaturgo que supo bucear como nadie en el universo de la fragilidad, oscilando entre la intensidad de los sueños y los embates de la realidad, como define Álvaro del Amo a Thomas Lanier Williams, horrorizado por un hecho real ocurrido en 1938, escribió una obra de teatro, *Not About Nightingales*, con un seu-

dónimo que le ha hecho universal en el teatro contemporáneo: Tennessee Williams. Pero aquella obra, un vigoroso alegato social, ha permanecido inédita hasta que la actriz Vanessa Redgrave la ha rescatado recientemente. La publicación de este texto en Estados Unidos es buena ocasión para recordarle.

Tennessee Williams

Not About Nightingales

A New Directions Paper Book Original, Nueva York, 1998. 163 páginas. 12,95 dólares. ISBN: 0-8112-1380-3.

Historia-Ficción: alternativas e hipótesis

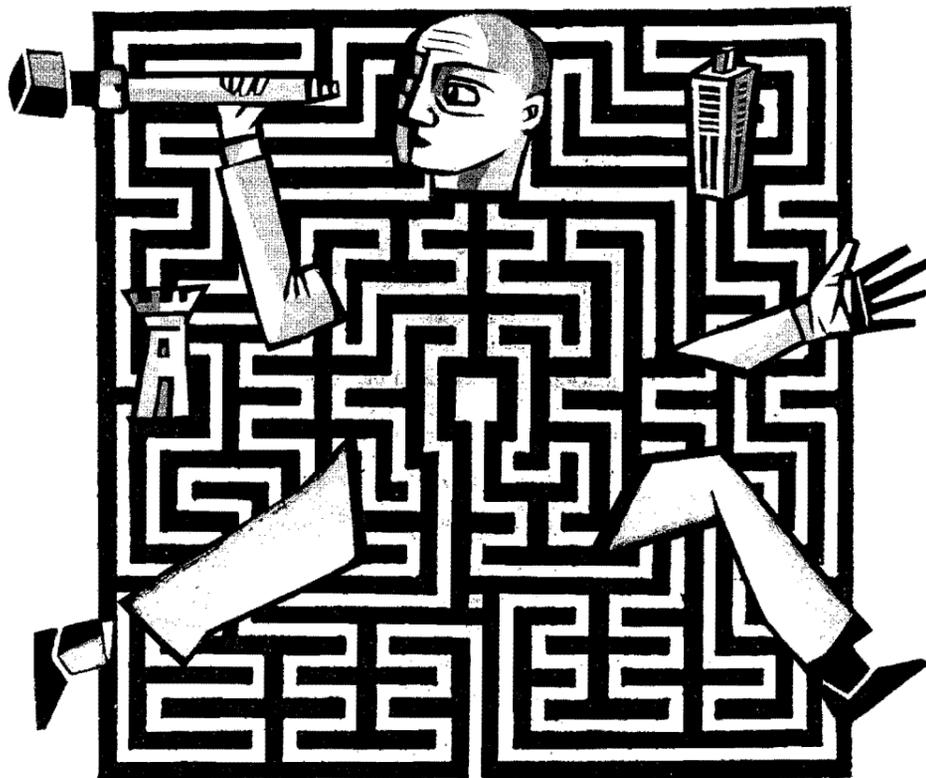
Por Gabriel Tortella

Gabriel Tortella (Barcelona, 1936) es catedrático de la Universidad de Alcalá, presidente honorario de la Asociación Internacional de Historia Económica y del Consejo Académico de la Asociación Europea de Historia Bancaria. Es premio Rey Juan Carlos de Economía 1984 y ha sido profesor visitante en varias universidades extranjeras. Entre sus libros se cuentan *Los orígenes del capitalismo en España* e *Introducción a la economía para historiadores*. Su última obra es *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*.

¿Cuántos jóvenes historiadores se han encontrado con la prohibición por parte de sus maestros y sus mayores de «estudiar lo que no ocurrió» porque «eso no es historia»? Yo diría que muchísimos, si no todos. ¿Y cuántas veces se ha invocado a Leopold von Ranke, con su famosa consigna de historiar «lo que realmente ocurrió», en contra de cualquier desviación hipotética? Muchas veces también. A primera vista puede pensarse que tales admoniciones están plenamente justificadas: un historiador que se adentra en el proceloso terreno de «lo que pudo haber sido y no fue» (como rezaba el bolero de Antonio Machín) estará haciendo literatura o lírica, pero no ciencia. La cosa parece clara. A poco que reflexionemos, sin embargo, resulta que no es tan clara.

En primer lugar, el historiador no puede contar «lo que realmente ocurrió», porque el pasado es una masa infinita de hechos, de donde el historiador entresaca los que le parecen, haciendo violencia a la realidad. El historiador de la transición española, por ejemplo, nos contará las vicisitudes de unos cuantos personajes, pero no podrá contarnos la biografía de los 37 millones de españoles que transitaron hacia la democracia juntamente con el Rey, Adolfo Suárez, Santiago Carrillo y tantas otras celebridades. ¿Es esta historia selectiva de unos cuantos individuos «lo que realmente ocurrió»? Evidentemente, no. Como ya pusiera de relieve E. H. Carr, en su justamente celebrado *¿Qué es la historia?*, el historiador distorsiona la realidad, seleccionando lo que a él le parece importante de entre una infinita cantidad de datos. ¿Y por qué le parecen importantes unos personajes sí y otros no? Pues, evidentemente, porque si los personajes importantes no hubieran existido, las cosas hubieran sido distintas de como fueron. Si en vez de Adolfo Suárez, el presidente hubiera sido otro, la transición hubiera sido diferente. Esto es lo que implica decir que Suárez fue importante. En cambio, sin los no importantes, como el que esto escribe, la transición hubiera sido exactamente igual. Si en lugar de estar en España, Gabriel Tortella hubiera estado en Estados Unidos (o muerto), la transición hubiera sido igual que la que fue. ¿De acuerdo? Pues ya tenemos servido el contrafactual. Ya estamos haciendo afirmaciones sobre «lo que no ocurrió». Según los sabios tradicionales, ya estamos no haciendo historia. Aquí es donde se hacen un lío los sabios tradicionales: la historia que ellos proponen no se puede hacer, porque el pasado ya es pasado y no se puede revivir sin deformarlo, sin procesarlo, y sin hacer juicios acerca de «lo que pudo haber sido y no fue».

La diferencia está en que los historiadores honestos o sensatos se dan cuenta de ello y reconocen que no puede hacerse historia sin considerar las posibles alternativas, sin hacer, en alguna medida, historia hipotética. Los que no lo entienden se encuentran en la frecuente —pero no por eso excusable— situación que se sitúa nada menos que Eric Hobsbawm, que en su reciente *Historia del siglo XX*, tras afirmar, como buen sabio tradicional



VICTORIA MARTOS

que es, que «el ámbito del historiador es lo sucedido y no lo que habría podido suceder si las cosas hubieran sido distintas», empalma una serie asombrosa de contrafactuales: si la Unión Soviética no hubiera existido, Hitler hubiera triunfado y «el mundo occidental [...] no consistiría en diversas modalidades del régimen parlamentario, sino en diversas variantes de régimen autoritario y fascista»; sin el triunfo de Hitler en Alemania «el fascismo no hubiera sido un movimiento general»; «si todos los países deudores socialistas y del tercer mundo se hubiesen unido en 1981 para declarar la suspensión de pagos de sus deudas a Occidente», el capitalismo se hubiera hundido. Y así sucesivamente; no se trata de cansar al lector. Los historiadores como Hobsbawm (y son los más) que hacen contrafactuales sin saberlo (como el Monsieur Jourdain de Molière hacía la prosa) se están engañando a sí mismos y a sus lectores. Es una importante exigencia metodológica el advertir lo que se está haciendo y darlo a conocer al lector. Por añadidura, el contrafactual manifiesta y abiertamente practicado se construye de manera rigurosa y se somete al escrutinio del lector, por lo que las afirmaciones basadas en él tienen mucha mayor fiabilidad que las afirmaciones hipotéticas lanzadas al desgaire y como de tapadillo. Convencer a un lector juicioso de que, de no haber sido por la Unión Soviética, el mundo occidental sería fascista, por ejemplo, debe ser una empresa muy trabajosa, que debiera requerir una muy seria investigación, y no una afirmación categórica sin la menor aportación de evidencia o razonamiento, como hace Hobsbawm.

En realidad, nada de esto es muy nuevo. Ya el filósofo Hans Vaihinger propuso una posible historia hipotética, la historia del «como si» («als ob») la llamó él, a finales del siglo XIX. La polémica se reavivó cuando varios historiadores económicos, para contrastar la aceptabilidad de ciertas afirmaciones tradicionales, recurrieron a la formulación de contrafactuales. En 1958 Alfred Conrad y John Meyer construyeron un modelo de lo que habría ocurrido con el sistema esclavista en el Sur de los Estados Unidos si la guerra de secesión norteamericana no hubiera tenido lugar. La conclusión era que la esclavitud hubiera pervivido, porque no era una institución económicamente caduca, por más que fuese moralmente condenable. Poco después, Robert Wi-

lliam Fogel, para demostrar que el ferrocarril no había tenido tanta importancia como los historiadores tradicionales le atribuían, construyó en 1964 un contrafactual acerca de cómo hubiera sido la economía norteamericana en 1890 si no hubiera habido ferrocarril, y afirmó que el empobrecimiento que hubiera resultado de la ausencia de ferrocarril no hubiera sido muy grande: la contribución del ferrocarril (lo que él llamó «el ahorro social»), por tanto, no fue tan importante, afirmaba Fogel. Pero las conclusiones no son lo que interesa aquí: la cuestión es que estas obras levantaron una gran polémica entre historiadores económicos «nuevos» (cliómetros) y «tradicionales». Éstos, encabezados por Fritz Redlich afirmaban, cómo no, que aquello «no era historia».

Victoria pírrica de los cliómetros

En ciencia las guerras no terminan con la claridad que en la vida real. No se firman armisticios ni rendiciones. Con todo, parece que sobre el terreno ganaron los cliómetros, aunque, a juzgar por lo que se sigue leyendo, la mayoría de los historiadores no se enteraron, y es seguro que en su mayor parte siguen pensando que los contrafactuales «no son historia» sin entrar en más disquisiciones y continúan practicando el contrafactual sin saberlo y metiéndoselo de matute a sus lectores. Los triunfadores no han obtenido un gran fruto de su trabajo: entre los cliómetros la licitud del contrafactual es generalmente aceptada, pero los cliómetros son sólo una fracción dentro de los historiadores económicos, que a su vez son un grupúsculo dentro de los historiadores en general. Por tanto, el contrafactual explícito sigue practicándose con cautela por una pequeñísima minoría dentro del universo de los historiadores.

Por todo lo que antecede el libro (*Historia virtual*) del joven y prolífico Niall Ferguson (que acaba de sacar además un volumen sobre la Banca Rothschild y otro sobre la segunda guerra mundial) resulta muy bienvenido en lo que tiene de intento deliberado de ruptura con las anticuadas opiniones aún prevalentes entre los historiadores acerca del deber de apegarse a «lo que realmente ocurrió» (frase que, además, tampoco refleja fielmente las

opiniones científicas de Ranke). Sin ser historia económica, *Historia virtual* es un intento de hacer historia hipotética de manera seria, científica y respetable. El libro consiste en una larga introducción del propio Ferguson, nueve ensayos independientes de diferentes autores sobre temas muy diversos, y un epílogo, también del compilador, que además es autor de uno de los ensayos y coautor de otro. Aunque se trata de una traducción del inglés, el libro español incorpora dos ensayos inéditos, uno de Santos Juliá sobre la guerra civil española y otro de Juan Carlos Torre, historiador argentino, sobre los orígenes del peronismo. Vaya por delante que el libro es muy ameno, los temas variados e instructivos (inevitablemente predominan los temas anglosajones y relacionados con las guerras mundiales, reflejando los intereses de Ferguson), y que su lectura no sólo ha instruido a quien esto escribe, sino que le ha ayudado a clarificar sus ideas sobre historia hipotética, historia contrafactual, historia virtual y otras variaciones de la rebeldía contra «lo que realmente ocurrió». Todo ello no quiere decir que yo coincida plenamente con los planteamientos de Ferguson. Decía Schumpeter de Keynes que, aunque leer sus libros no le había hecho keynesiano, sí le había hecho mejor economista; así me ocurre a mí con este libro: sin convencerme del todo la historia virtual, mi conocimiento se ha enriquecido y mis ideas se han aclarado leyendo a Ferguson y compañía.

«¿Cómo es esto? —dirá el lector—. Acaba usted de vendernos el contrafactual y ahora le hace ascas a la historia virtual, que es prácticamente lo mismo: ¿en qué quedamos?» Reconozco que puede parecer alambicado, pero no es exactamente lo mismo. El propio Ferguson hace esta distinción en su capítulo introductorio: el contrafactual económico en realidad no trata de saber qué hubiera ocurrido si las cosas hubieran ido por otro camino del que realmente siguieron (Ferguson se refiere acertadamente al hermoso cuento de Borges titulado *El jardín de los senderos que se bifurcan*), sino de medir los efectos de un acontecimiento: invento o técnica en el caso del ferrocarril, puro evento como la guerra de secesión norteamericana. Ferguson rechaza los contrafactuales económicos por razones poco convincentes: que no hay bastantes estadísticas, que son «anacrónicos». Yo creo que en realidad los rechaza porque le aburren: «prescinden de la imaginación en favor del cómputo» (pág. 27). Serán aburridos, pero son la única forma convincente de hacer historia hipotética; lo de que faltan datos lo dirá él porque sí, pero en los casos en que se han calculado contrafactuales no faltaban datos; y en cuanto a ser anacrónicos, no se sabe qué quiere decir «anacrónico» en el contexto de la historia hipotética. Tan anacrónico es suponer que no se hubiera inventado el ferrocarril como que Gran Bretaña no hubiera entrado en la primera guerra mundial, como él hace en su ensayo.

La guerra civil española

Muchos de los ensayos de *Historia virtual* no son verdaderamente hipotéticos, sino «caóticos» (expresión de Ferguson) o, mejor, anti-deterministas. El de Santos Juliá (el que más ávidamente leerán los españoles) no trata de lo que hubiera ocurrido si no hubiera habido guerra civil; más bien es un intento de demostrar que la guerra civil no era inevitable. Aquí la cuestión se acerca más al ensayo de Isaiah Berlin sobre la inevitabilidad en la historia, porque, como dice el autor anglo-estonio, negar la inevitabilidad implica afirmar la responsabilidad individual de los protagonistas de la historia. En mi opinión Berlin exagera



Viene de la página anterior

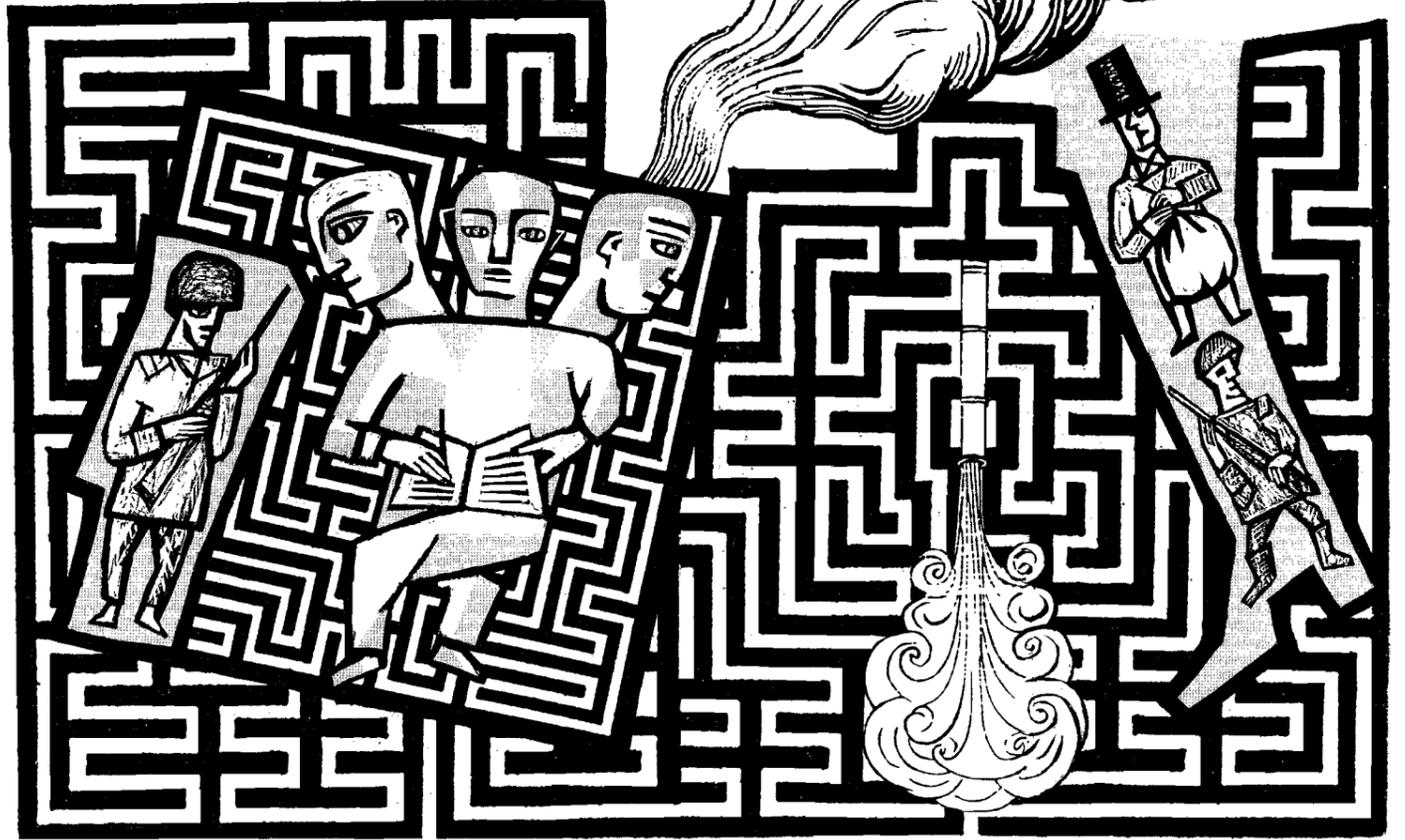


mucho la posición de los deterministas; hay pocos historiadores serios que eximan de responsabilidades individuales a los personajes históricos por razón de las fuerzas impersonales de la historia.

La cuestión es complejísima, mucho más de lo que plantea Berlín. Pero el caso es que el ensayo de Juliá es un claro ejemplo de este método: al negar la inevitabilidad de la guerra civil hace recaer la responsabilidad de la tragedia sobre los hombros de los militares rebeldes y de la extrema derecha que los azuzó. «[La] guerra civil no fue el resultado inevitable de la situación por la que atravesaba la República española en 1936, sino la consecuencia directa de un golpe de Estado militar» (pág. 200). En mi opinión, volvemos a caer en el excesivo simplismo de Berlín: no hace falta forzar tanto las cosas, y pretender que en la España de 1936 no pasaba nada, para culpar a los culpables y responsabilizar a los responsables. Es muy posible que en historia no haya nada inevitable, pero de lo que no cabe duda es de que unas cosas son más probables que otras, y que en la España de 1936 la guerra civil era mucho más probable que en la de 1999, pongamos por caso; pero esa mayor probabilidad o proclividad no exime a los que la iniciaron, al contrario. A unos conspiradores como los de 1936 en la España de hoy se les consideraría más dignos del manicomio que del presidio; precisamente porque la guerra civil estaba muy próxima en 1936 fue la responsabilidad de los alzados mayor. Pero también tienen su tanto de responsabilidad los que fomentaron la violencia desde la izquierda, ojo, contribuyendo igualmente a esa casi inevitabilidad. La culpabilidad de los conspiradores de 1936 no exime a los de 1934. Tampoco convence el intento que hace Juliá de equiparar la España de 1923 con Inglaterra o con Francia para postular una posible evolución hacia una democracia estable (pág. 188); la España de entonces se parecía política, social y económicamente a la Italia y al Portugal coetáneos, y a la de estos países se asemejó su evolución política. Con todo, el capítulo de Juliá tiene la virtud de plantear un tema apasionante con rigor y originalidad, aunque no sin afirmaciones polémicas. En España, y fuera de ella, constituirá uno de los mayores atractivos de *Historia virtual*.

Otros ensayos también tocan temas muy atractivos: uno en particular podría servirle a Hobsbawm: ¿qué hubiera ocurrido si Hitler hubiera vencido a la Unión Soviética en la segunda guerra mundial?, se pregunta Michael Burleigh, profesor de la Universidad de Gales. Pero la respuesta no es clara. En realidad, lo que trata el artículo es de probar que Hitler pudo haber conquistado la Unión Soviética. Lo que no se plantea Burleigh, y es la verdadera cuestión, es cuánto tiempo hubiera permanecido la URSS bajo el dominio alemán; también piensa Burleigh, como Hobsbawm, que la derrota de la URSS hubiera significado el triunfo del nazismo en Europa occidental; pero se pregunta, naturalmente, «cuánto hubiera durado un imperio nazi», aunque rehúye la respuesta. El ensayo, por tanto, decepciona después de despertar el interés: parece que a Burleigh el tema le viene grande.

¿Qué hubiera ocurrido si el muro de Berlín, y con él todo el gigantesco aparato del comunismo en Europa oriental, no se hubiera derrumbado en 1989?, se pregunta Mark Almond, de la Universidad de Oxford. La caída no era inevitable, nos dice. Pero reconoce que el sistema estaba tan debilitado que el propio Bush temía más que deseaba el derrumbamiento; aunque no lo dice claramente, Almond está cerca de afirmar la inevitabilidad de la caída: hubiera ocurrido más pronto o más tarde. Es difícil no coincidir con él aunque, como acertadamente señala, mientras el sistema se mantuvo en pie eran innumerables los que lo creían invulnerable, ya que



VICTORIA MARTOS

«gran parte de la élite occidental habría seguido ajena a los defectos del comunismo».

¿Fue inevitable Perón? La respuesta de Juan Carlos Torre es ambigua. La primera parte de su ensayo es excelente, y muestra que, de haber sido un poco más firmes los militares que le habían encarcelado, Perón hubiera permanecido entre rejas el 17 de octubre de 1945 y hubiera perfectamente podido ser olvidado. Sin embargo, en la segunda parte de su ensayo, que es lo más virtual (ficticio) de todo lo que ofrece el libro, Torre vuelve a presentar a Perón a unas elecciones varios años más tarde, tras un largo retiro en el campo, e incluso le permite ganarlas. ¿Quiere eso decir que le considera inevitable? Parece que sí, porque el populismo peronista tenía fuerte arraigo en los obreros argentinos, especialmente bonaerenses: había «cancha» en Argentina para el peronismo, con o sin Perón. Sin embargo, esta segunda parte del capítulo, la ficticia, es mucho menos interesante que la anterior: la realidad supera a la ficción.

Una de las virtudes de estos ensayos es que, discutiendo sobre «lo que pudo suceder» aprendemos mucho sobre «lo que ocurrió en realidad». Nos convenzan o no, los estudios de las posibilidades abiertas en cada una de las situaciones nos dan una excelente descripción de los acontecimientos tal como ocurrieron y como los vivieron sus protagonistas, porque la toma de decisiones es un continuo sopesar de probabilidades y posibilidades. Desde este punto de vista el libro es un gran éxito.

No puede, sin embargo, augurarse un gran futuro a la «historia virtual». En primer lugar, no se concibe el género más que como lo que es este libro, una colección de ensayos. Es inconcebible una «Historia virtual de la Europa medieval», por ejemplo, o del Imperio Romano (¿qué hubiera sucedido si hubieran ganado los cartagineses las guerras púnicas?). La historia hipotética o contrafactual tiene que limitarse a casos muy concretos y así puede servir, bien para llevar a cabo experimentos mentales (el experimento real está vedado en Historia), bien para combatir ciertos excesos deterministas. Esos experimentos mentales son los contrafactuales, propios especialmente de la historia económica porque tanto la teoría económica como la posibilidad

de cuantificación los facilitan extraordinariamente. El mostrar que en algunos casos ciertos acontecimientos históricos no eran inevitables es muy útil, pero no puede convertirse en un género histórico. En segundo lugar, para ser aceptada como ciencia sería la historia virtual no puede permitirse grandes derroches de «imaginación», porque eso la convertiría en un género ya muy consagrado, como es la «novela histórica», sin duda con un gran mercado, pero poco respetada en los círculos científicos y en las facultades universitarias de ciencias sociales. Dicho de otro modo: la historia virtual no puede ser muy virtual.

Un método histórico

Volvemos por tanto al punto de comienzo. La historia hipotética no sólo es aceptable, sino imprescindible; pero no es un género, sino un método histórico. Como tal, es menos nuevo de lo que parece: lo nuevo es el que se practique abiertamente y no de tapadillo, y desde este punto de vista debe agradecerse a Ferguson el haberse lanzado a la palestra con este libro que es todo un manifiesto. El peligro reside en que se exagere el alcance de esta innovación. Causa una cierta alarma la alegría con que Ferguson nos habla de una historia «caótica», como si, al negarse la inevitabilidad, todo valiera en Historia. Podríamos así preguntarnos qué hubiera pasado si Colón no hubiera descubierto América, si no hubiera tenido lugar la Revolución Francesa, o si Japón hubiese conquistado China. Indudablemente, pueden hacerse estas preguntas; pero no tienen

mucho sentido, y el tratar de darles respuesta no contribuiría a consolidar la respetabilidad de la Historia como ciencia. En Historia no hay nada inevitable, de acuerdo, pero los acontecimientos tienen una gradación de probabilidades, y lo improbable no sucede casi nunca. Precisamente por eso puede hacerse historia contrafactual. Si todos los acontecimientos fuesen igualmente probables, no podría hablarse de causas y consecuencias: la guerra civil española no hubiera sido inevitable, pero tampoco hubiera sido evitable, ya que al no tener causas no se hubiera podido poner medios que la atajaran. La Historia sería una colección de hechos inconexos e inexplicables y su estudio no tendría justificación, ya que no nos enseñaría nada. Si el determinismo total resulta inaceptable, el anti-determinismo radical nos lleva al absurdo. Frente al determinismo y al anti-determinismo en nuestra disciplina yo propondría un nuevo planteamiento: la Historia probabilística, que, dicho sea de paso, tampoco sería algo totalmente nuevo. Y junto a ésta, hay otro tipo de Historia, desde luego nada nueva, pero que puede ofrecer renovados frutos si se la enfoca como auxiliar de la Historia contrafactual: la Historia comparada. La comparación con la historia de Portugal o Italia, por ejemplo, puede complementar los experimentos contrafactuales de historia de España. Los ejemplos posibles son muy numerosos. La historia comparada con fines contrafactuales tiene ya serios y excelentes trabajos en su haber. Sería deseable que todos estos posibles enfoques nos liberasen de una vez de la tiranía de «lo que realmente ocurrió». Ranke, si viera, sería el primero en celebrarlo. □

RESUMEN

Tradicionalmente los historiadores han rechazado estudiar «lo que no ocurrió» por no ser historia. Pero ya a finales del siglo XIX se proponía analizar una hipotética historia, aquella que se ocupara de los hechos «como si» hubieran ocurrido. El historiador

económico Gabriel Tortella se interesa por un libro colectivo dirigido por Niall Ferguson, que es un intento de hacer historia hipotética de forma seria, científica y respetable, que ayuda a clarificar ideas sobre lo que es historia hipotética, contrafactual y virtual.

Niall Ferguson (dir.)

Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?

Taurus, Madrid, 1998. 458 páginas. 3.500 pesetas. ISBN: 84-306-0297-6.

Lección de política

Por Miguel Herrero R. de Miñón

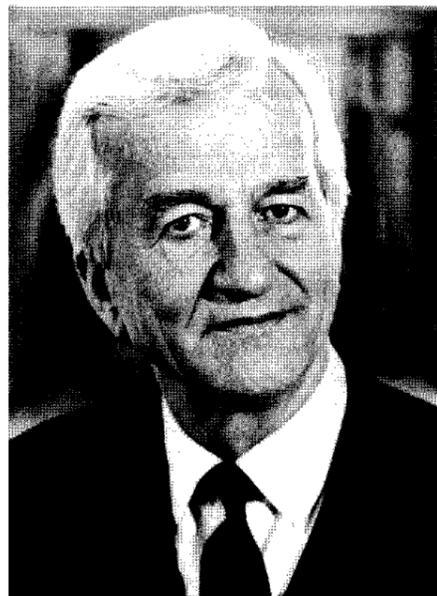
Miguel Herrero R. de Miñón (Madrid, 1940) es doctor en derecho, letrado mayor del Consejo de Estado y académico. Ponente de la Constitución, ha sido diputado en varias legislaturas y miembro de la Comisión Trilateral. Ha publicado diversos trabajos sobre Derecho Constitucional y relaciones internacionales.

En el género Memorias se da un sinnúmero de formas y aun de tipos. A mi juicio cabría situarlos entre dos máximos: uno episódico, cuyo paradigma es el «diario» y otro categorial que comenta, desde la generalidad, el acontecer del propio tiempo. Lo primero es historia historificante o análisis singularizador de lo singular; lo segundo raya en la teoría, al generalizar lo particular. Las Memorias debieran guardar el justo medio entre ambos extremos. Relatar sólo aquello que es verdaderamente relevante, eliminando lo que, aun apasionando al protagonista, carece de interés general y contar los episodios vividos tal como son vividos, esto es, con mayor o menor carga categorial según el talante del autor y, por supuesto, de su talento. De ahí que el memorialista verdaderamente profundo sea capaz de hacer auténtica fenomenología tomando de su experiencia personal conciencia de ejemplo de lo general, mientras que el megalómano relata, como experiencia personal, los episodios que no vivió, sino que se limitó a contemplar, a veces, ni siquiera como espectador de primera fila.

Las Memorias del antiguo presidente alemán Richard von Weizsäcker son un ejemplo espléndido de lo mejor de este género. El autor relata los recuerdos de su vida, que coincide con cuatro épocas fundamentales de la historia contemporánea de Alemania: Weimar, el III Reich, la construcción y desarrollo de la República Federal (de Bonn) y la reunificación. Sólo cuenta, con estilo ameno y talante generoso tan de agradecer en las autobiografías políticas, aquello en lo que directamente participó, de manera que supone en el lector un conocimiento suficiente de la historia política reciente y lo cuenta no sé si como lo vivió, pero, en todo caso, sí como lo pensó. Es decir, como visto desde el final, según es propio de la historia, cabe darle una plenitud de sentido.

El lector de la versión española encontrará una traducción literariamente pulcra y conceptualmente muy mejorable, cuyos errores deberá suplir con su cultura general (v. gr. sobre la neutralidad austríaca, página 142, a comparar con la página 173 de la edición alemana), pero que no sólo le introduce por la puerta grande en la enjundia de la historia alemana de este siglo, sino en muchas cuestiones candentes de la problemática política de nuestro tiempo. Y lo hace de la mano de un intelectual de grande talla, nunca dedicado, antes al contrario, a la teoría, pero que durante su larga vida no ha dejado de pensar con las manos y, merced a ello, ha destilado toda una doctrina del hacer político, del funcionamiento de las instituciones, incluso, del ser alemán, algo capital para el ser común de los europeos. Analizaré estos tres aspectos con la intención no de excusar, sino de incitar a la lectura de una obra apasionante, rica en ideas y datos del mayor interés político, religioso e histórico.

El político Von Weizsäcker es un prototipo de liberal conservador, tal como lo entendería W. Röpke. Se sabe un hombre-no-hecho-a-sí-mismo, comprometido con valores más allá de la oferta y la demanda, sólo a partir de los cuales defiende la igualdad, la libertad, el pluralismo y la competencia propia del mercado. Por eso se recrea, dando exacta relación de su genealogía



paterna y materna a través de varias generaciones y recordando, con nostalgia manifiesta, el Württemberg monárquico del que su abuelo fue prócer. Por eso valora especialmente su entorno familiar, intelectualmente brillante, políticamente comprometido y afectivamente cálido, del que se muestra radicalmente solidario, en especial con ocasión de la depuración política de su padre y procesamiento en Nüremberg. Y, por la misma razón, a mi entender, atiende desde la década de los cincuenta, más allá de la política Adenauer-Hallstein, a la reunificación alemana (pág. 142) y con posiciones más sociales que las propias de la derecha alemana de ayer y, más aún, de las de hoy. Weizsäcker es partidario del mercado y asume el fenómeno de la globalización, pero no acepta que el coste económico sea la deslocalización; el social, el paro masivo; y el político, la pérdida de la identidad propia (págs. 323 y 376 ss.).

Compromiso ético

Y este rechazo es más ético que político, porque es a través del compromiso moral cómo el autor llega a la vida pública primero y política después. Los juicios de Von Weizsäcker sobre el pasado político lejano no son a mi parecer lo más ilustrativo para entender su ejemplar currículum posterior. El rechazo de la megalomanía del Emperador Guillermo II que había de bloquear primero y destruir después la admirable construcción política y aun social y cultural bismarkiana es, sin duda, acertado, pero ni novedoso ni original. Las memorias de dos Cancilleres, uno del Imperio, el Príncipe Von Bellow, y otro de Weimar, Von Papen, insisten en lo mismo y sus autores no son, pre-

cisamente, ejemplares exponentes de liberalismo y, sin duda, el lector sacará una impresión excesivamente confusa del relato que el autor hace de su colaboración con la resistencia antihitleriana (pág. 64 ss.). Lo verdaderamente importante viene después.

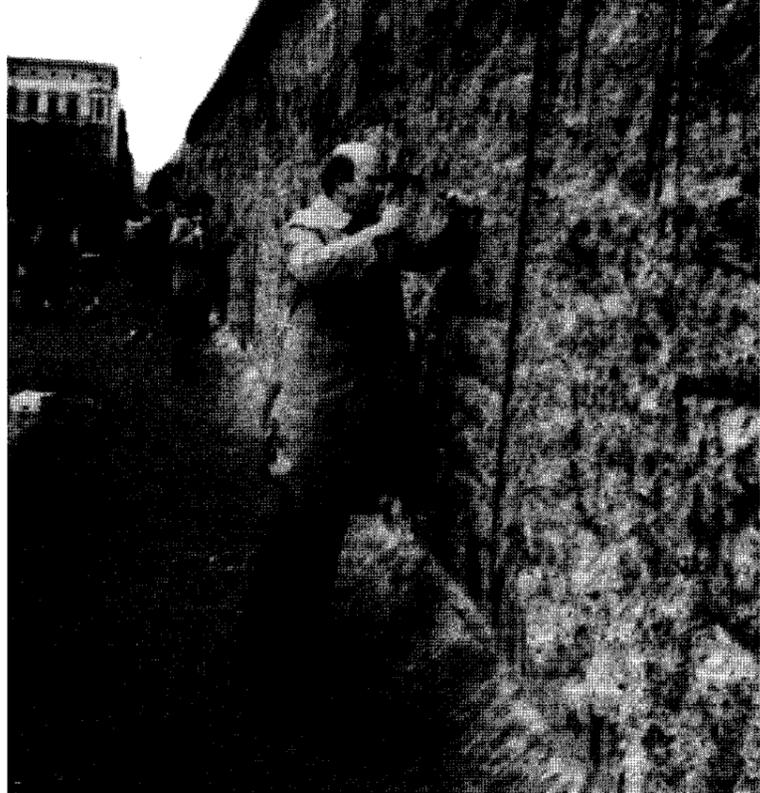
Estudiante de leyes en Gotinga, cuando esta Universidad aún guardaba las brasas de la ciencia guillermina, pero interesado en las más diversas disciplinas desde la física a la teología, intenta sin éxito, debido a causas un tanto obscuras, ingresar en la función pública y tras el matrimonio feliz con mujer y familia no menos tradicional que la propia, trabaja satisfactoriamente, largos años, en la empresa privada y se compromete intensamente en las actividades de la Iglesia Evangélica, especialmente en su vertiente ecumenista. Es con la vida hecha en lo económico, en lo afectivo y en lo social como Von Weizsäcker, a través del compromiso eclesial, deriva insensiblemente hacia lo público y de ahí a la afiliación, tras ciertas dudas reveladoras de su amplitud de miras, en la CDU bajo la égida de Kohl. Si, después, su carrera política es de todo punto partidista (encargado de programas, diputado, portavoz sectorial, alcalde-Presidente de Berlín, Presidente Federal), no se le puede calificar de político de carrera. Llegó a ser político en plena madurez, con una personalidad ya relevante como dirigente de la Iglesia Evangélica, con criterios propios a los que nunca renunció y en situación más de dar al servicio de la comunidad que de recibir de ella. De ahí su explicable preocupación por el nuevo estilo de político que la partidocracia va imponiendo, sin otro oficio ni beneficio que medrar en el seno del



El ex presidente de Alemania Richard von Weizsäcker

Manifestación en apoyo de la unidad en Leipzig, en la antigua República Democrática Alemana

Echando abajo el Muro de Berlín



Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

partido, a costa de la disciplina ciega, la capacidad de insidia y el consiguiente empobrecimiento de la vida política en su conjunto que compara con la época más honesta y también más brillante de la fundación de la República Federal.

Es al hilo de estas consideraciones como Von Weizsäcker esboza una doctrina sobre la organización de los partidos políticos (pág. 340 ss.). Parte de reconocer su condición de instrumentos absolutamente imprescindibles para el funcionamiento de la moderna democracia de masas y él mismo ha desarrollado en su seno toda su larga vida política. Pero ello no le impide ver que la mediación de tales organizaciones, necesarias a la hora de articular las opciones ciudadanas sobre la cosa pública, aumenta las tentaciones y ocasiones de corrupción y somete la ciudadanía a una peligrosa mediatización. Así, aunque sea el pueblo quien elige libremente, su elección no versa sobre los candidatos populares, sino sobre los candidatos que el propio partido designa. Weizsäcker relata sus múltiples experiencias sobre las malas consecuencias que el malthusianismo partidista puede provocar y también los efectos saludables que en la renovación de un partido puede tener el reclutamiento de candidatos y colaboradores atendiendo más a su valía que a su docilidad. Un líder capaz y seguro de sí como era el joven Kohl supo construir sobre ello su propia posición política (pág. 154), algo que, tal vez, no hizo en sus últimos años de gobernante. En todo caso los defectos del Estado de partidos que el autor subraya y deplora, poco o nada tienen que ver con los excesos de la partitocracia imperante en latitudes más meridionales y, a través de su rica experiencia personal, vemos que los partidos alemanes, y especialmente la CDU, admiten el pluralismo interno y los criterios disidentes; y su liderazgo, por fuerte que sea, y, sin duda, el de Kohl lo fue, no rehúsa conservar el equilibrio entre corrientes y personalidades diversas.

Dentro de este capítulo institucional, me parece clave la reflexión de Von

Weizsäcker sobre la Presidencia federal para comprender lo que es una Jefatura del Estado parlamentaria: sobre la dirección política propia del Gobierno, corresponde al Presidente lo que cabría denominar «dirección constitucional», que, en la experiencia alemana, supone «encarnar una posición permanente suprapartidista, ajena a la lucha cotidiana entre los distintos grupos e intereses» y, desde ahí, realizar una labor de orientación política y social a largo plazo, tanto en el interior como de cara al exterior, con plena libertad de opinión cuyo principal instrumento es el mensaje y un derecho de revisión formal y material para controlar la constitucionalidad de las leyes (págs. 159, 255 y 344). Algo a todas luces muy diferente del sillón vacío o la presidencia de las solemnidades nacionales al que algunos constitucionalistas pretenden reducir la Jefatura del Estado, irresponsable y ajena a la elección popular directa.

Un profundo patriotismo

¿Cuál es el motor último de la actividad política de Von Weizsäcker? ¿Lo que le saca de su vida profesional, le lleva a trascender las fronteras en su actividad eclesial y tiñe sus intervenciones parlamentarias, su alcaldía de Berlín y su presidencia federal de centrismo político, talante dialogal, preocupación social y aperturismo al Este cuando tal actitud era escandalosa a ojos de la mayoría y aun del liderazgo de la CDU? Algo que nunca parece explicitado en las páginas aquí reseñadas, pero que rezuma de todas ellas: un profundo patriotismo alemán. Para el autor la realidad política radical es la Nación, la solidaridad e identidad de cuyo cuerpo defiende frente a la radicalización de las posiciones políticas, la insolidaridad social o la globalización económica y cultural, cuyo pasado asume en su totalidad sin querer olvidar nada, hasta el punto de que sus experiencias más preñadas de internacionalismo se tiñen con recuerdos de soldado (pág. 282).

Unos recuerdos éstos, que afloran en toda la obra (v. gr. págs. 221 y 300) como impregnan las memorias de Churchill o de Eden. ¡Cada ciudad tiene sus guerreros; nosotros la nuestra!, cabría decir, parafraseando a Cicerón (*Pro Flacco*) y la cita no es baladí si se atiende a la intensa dedicación eclesial de Weizsäcker. Porque no cabe dudar de la sinceridad y fecundidad de su experiencia religiosa a la que tantas páginas de sus Memorias dedica. Pero en su actitud hacia la transcendencia hay mucho de lo que J. Wahl denominaba *transdescendencia* y de la misma manera que, como tan frecuente es en el pietismo, según ya señalara Cassirer, la gracia se disuelve en cultura —de ahí la relevancia de la experiencia estética— la comunidad de fieles se confunde frecuentemente con la comunidad nacional (pág. 134), incluso para quien se mueve, sin duda alguna, en la mejor tradición de la Iglesia confesante que plantó cara al totalitarismo. La actividad de Von Weizsäcker al frente del Congreso de la Iglesia Evangélica y su proyección sobre la RDD no deja dudas al respecto. El espléndido sermón que pronuncia en Berlín (pág. 300) con motivo de la reunificación, sin perjuicio de su doble sinceridad, piadosa y patriótica, hubiera sido considerado por un Durkheim redivivo, paradigma de las formas superiores de la vida religiosa.

Sincero europeísmo

Por eso el europeísmo del autor es tan sincero como matizado. Desde la CDU colaboró con la política iniciada por Adenauer y culminada por Kohl de anclar firmemente la República Federal en la Europa occidental, sin dejar de trascenderla a través de la conexión atlántica. Pero no dejó de apoyar al límite, hasta el mismo borde de la ruptura con su propio partido, la «Ostpolitik» de Brandt y Schmidt que consideraba la vía hacia la reunificación nacional, algo más importante que cualquier disciplina partidista y que toda opción ideológica (pág. 182). Después, desde la Presidencia federal, fue un valioso tejedor de lazos intra y extracomunitarios, pero sin perder jamás «el sentimiento de la propia patria», la pasión por su unidad, la soberanía recuperada y la promoción de su interés: «No hay más plano que el europeo para afirmarnos ante el mundo... ahora, igual que antes, no existe tampoco otro plano que el nacional para garantizar nuestra democracia» (pág. 373). Que este patriotismo enfáticamente nacional pueda florecer, como prueba la vida y la obra de Von Weizsäcker, en benéfico universalismo, ha sido una constante de la mejor de las dos Alemanias que distinguiera Ortega. Aquella que, sin renunciar a Kant, dio con Herder carne y sangre a sus categorías. □

RESUMEN

Herrero de Miñón se interesa por ese tipo de memorialista que es capaz de hacer auténtica fenomenología tomando de su experiencia personal conciencia de ejemplo de lo general. Y a este tipo de memorialista pertenece el que fue presidente alemán, Richard von

Weizsäcker, y cuyas memorias, que se centran en cuatro momentos decisivos de la historia de su país (Weimar, el III Reich, el desarrollo de la República federal y la reunificación), comenta a partir de su edición española, que acaba de publicarse.

Richard von Weizsäcker

Cuatro épocas. Recuerdos de un siglo de historia alemana

Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999. 395 páginas. 3.200 pesetas. ISBN: 84-8109-222-3

Fernando de los Ríos: socialismo y humanismo

Por Elías Díaz

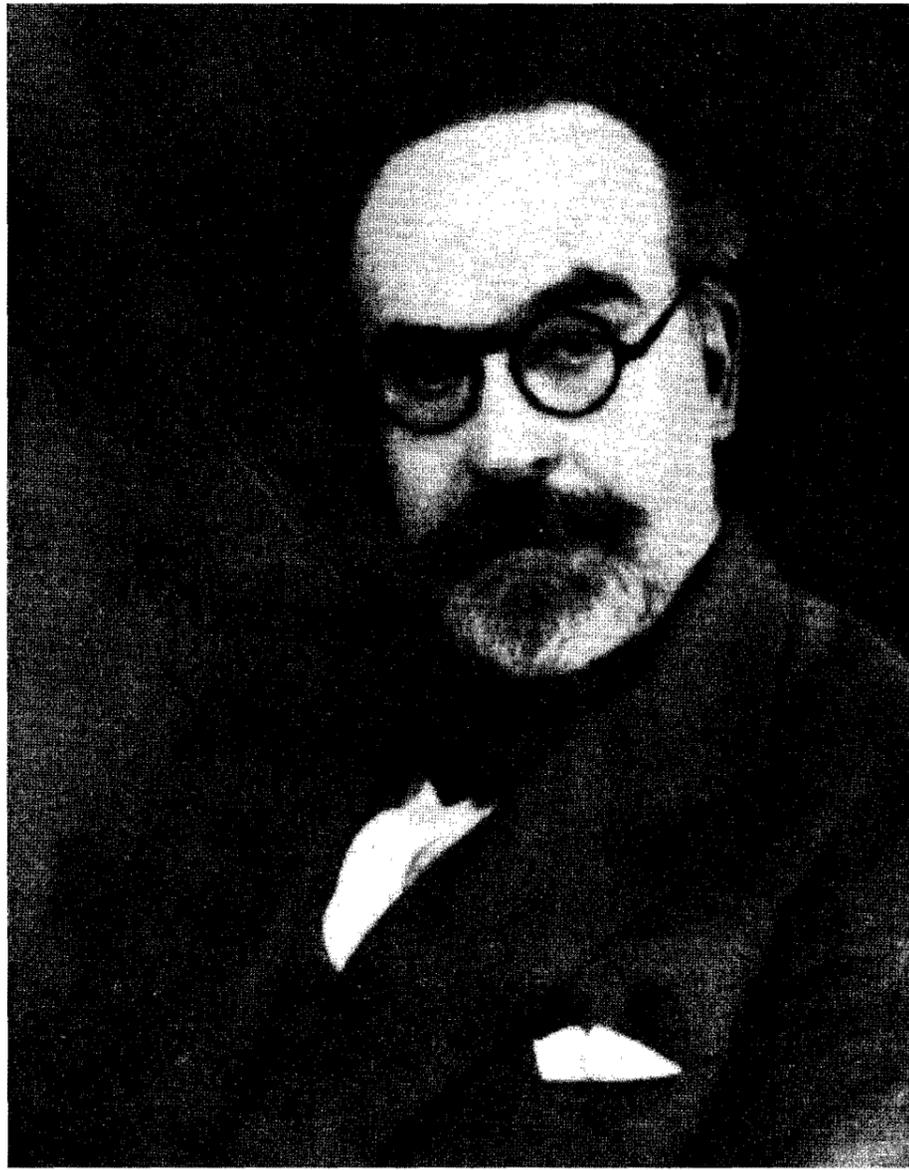
Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid y director de «Sistema», revista de filosofía y ciencias sociales. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: Estado de Derecho y sociedad democrática, La filosofía social del krausismo español, De la maldad estatal y la soberanía popular, Ética contra política: los intelectuales y el poder, Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón y Curso de Filosofía del Derecho.

Se han cumplido en este 1999, exactamente el día 31 de mayo, los cincuenta años de la muerte, en el exilio, en Nueva York, de Fernando de los Ríos Urruti, destacado intelectual y político socialista español. Nacido en Ronda (Málaga) en 1879, cursó sus estudios de Derecho y Filosofía en la Universidad de Madrid, con formación en el entorno íntimo de la «Institución Libre de Enseñanza», pensionado después para su ampliación en Alemania en las Universidades de Jena y Marburgo; catedrático de Derecho Político de la Universidad de Granada desde 1911 y de la Universidad de Madrid desde 1930. Diputado en varias legislaturas; ministro de Justicia, de Instrucción Pública y de Estado en la Segunda República y embajador de ella en Washington de 1936 a 1939. Autor, junto a otros muchos trabajos, de una obra fundamental titulada justamente *El sentido humanista del socialismo* (1926: última edición en 1976, con estudio preliminar del firmante de este comentario). Muere en 1949.

Nuevas y viejas investigaciones

Buena ocasión, dicho recuerdo conmemorativo, para dar asimismo noticia en tal marco de la edición de estos cinco volúmenes de sus *Obras Completas*. En los dos primeros se reúnen los libros publicados en vida por él y, entre ellos, el antes mencionado así como, quizás el más conocido, *Mi viaje a la Rusia soviética* (1921), y *Religión y Estado en la España del siglo XVI* (1927, después reeditado, incluyendo otros estudios suyos sobre el tema, ya en 1957). En el volumen tercero se han agrupado, bajo el rótulo de *Escritos breves*, numerosos e interesantes textos de aquél sobre, por ejemplo, la pedagogía social de Natorp, la teoría general del Estado de Jellinek, la filosofía del Derecho de Francisco Giner, la crisis actual de la democracia, «El neorromanticismo perspectivista de José Ortega y Gasset», «La visión mística de Unamuno» o, en otro orden de cuestiones, la comunidad internacional y la Sociedad de Naciones. El volumen cuarto se compone de los artículos originariamente aparecidos en la revista *España* y en los periódicos *El Sol* y *El Socialista*. Finalmente el quinto volumen se ha reservado para los escritos de la guerra civil y el exilio; también se da, no obstante, acogida en él a los estudios filosófico-políticos de diferentes épocas que, con el título conjunto *¿Adonde va el Estado?*, fueron editados, obra póstuma, por Luis Jiménez de Asúa, autor asimismo de un explicativo preface, en 1951.

Hay que agradecer a la profesora Teresa Rodríguez de Lecea, tenaz y suspicaz estudiosa de la historia de la filosofía española e iberoamericana contemporánea, que —aun con premuras diversas— haya asumido y llevado a cabo la tarea de investigación, recopilación y edición de todo este disperso y necesario material: se hace así mucho más asequible también para los no especialistas, para los ciudadanos interesados —como deberían



Fernando de los Ríos

estar— por nuestra cultura y nuestra historia. Ciertamente, como ya han apuntado otros críticos, que se tendrían que haber corregido mejor las subsistentes erratas de imprenta; cierto asimismo que pueden señalarse defectos en algunos de los criterios de edición y de ordenación adoptados; y cierto que, como por lo demás con frecuencia ocurre, estas *Obras Completas* tendrán que seguir creciendo para serlo de verdad. Así se recuerda expresamente por la también autora del válido estudio preliminar (I, XLV), quien advierte sobre la no inclusión aquí de la abundante correspondencia —algunas selecciones de ella están ya saliendo impresas— ni de otros documentos que obran en los muy ricos archivos de Fernando de los Ríos.

La investigación está, pues, abierta y exigiendo la atención hacia todos esos importantes papeles que completan, reafirman o corrigen lo ya publicado: que completen estas, desde luego, utilísimas, hoy por hoy imprescindibles, *Obras Completas*. Junto a otros, se está ya trabajando y muy bien con todos estos materiales, los ya publicados y los todavía inéditos, por el profesor Virgilio Zapatero, con muy sólida base, larga dedicación y en (auto)crítica perspectiva. Va así ya avanzando el que será pronto un nuevo, decisivo, libro, no una mera lectura y revisión de su inicial y valioso *Fernando de los Ríos: los problemas del socialismo democrático* (Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1974). Señalemos igualmente que en la específica antología de 1975, *Fernando de los Ríos. Escritos sobre democracia y socialismo*, en edición e importante estudio preliminar de aquél, figuraban ya, claro está, buen número de trabajos sobre estos temas ahora reunidos asimismo en estas

Obras Completas; e incluso pueden encontrarse allí otros textos, algunos discursos y conferencias principalmente, que no están —creo en esta última gran recopilación. Para la esperanzada nómina de estos otros destacados estudiosos e investigadores sobre la biografía y bibliografía de Fernando de los Ríos puede consultarse la amplia lista de ponentes participantes en el Congreso conmemorativo del cincuentenario de su fallecimiento, celebrado en la Universidad de Granada entre los días 12 y 16 de abril de 1999.

Habrán, ya hay, derivado de todo ello, aportaciones destacadas para un más preciso, minucioso y pormenorizado conocimiento tanto de sus trabajos teóricos, resaltando nuevas perspectivas, matices, lagunas, contradicciones, como de su dilatada actuación pública en relación con la de otros políticos y circunstancias de esos tan difíciles tiempos de la España contemporánea. Al hilo de tales investigaciones, entretejiendo —cuando resulte posible— lo nuevo y lo, digamos, menos nuevo, yo destacaré aquí brevemente, con más base tras estas *Obras Completas*, algunas líneas fundamentales que puedan ayudar mejor en el análisis crítico de la filosofía ética, jurídica y política de Fernando de los Ríos.

«Kant ¿und Marx?»: ciencia y conciencia

Muy en primer lugar, cronológico y sustantivo, el de las profundas, indelebles presencias de Francisco Giner de los Ríos y del espíritu de la «Institución» y del krausismo en toda su obra y en toda su vida. Derivan de ahí, entre otros elementos, su liberalismo

ético, liberalismo social y radical, o el alto valor atribuido a la cultura y a la educación: ciencia y conciencia como certera referencia; vinculación también, por supuesto, con el Ortega y Gasset maestro de la «generación del 14» y sus correlativas propuestas de europeización. Enseguida, enlazando con lo anterior, la influencia neokantiana alemana en su vertiente de apertura socialista: es decir, «Kant und Marx» (en el lema de «Vorländer»), una ética fundamentada en la autonomía moral, una ciencia que se reconocerá no acriticamente en el desvelamiento de las contradicciones internas del capital.

Pero la relación con Marx será en De los Ríos más bien ambigua y compleja. Por un lado, sin duda, de rechazo explícito a aquél, a su hipotético economicismo y positivismo, rechazo que se acentuará con los años y especialmente, frente al comunismo soviético, en los de residencia y exilio posbélico en los Estados Unidos de América (V, 304, 306, 311, 312); queda ahí de manifiesto, desde luego, su no marxismo e, incluso, su antimarxismo. Sin embargo, por otro lado, hay también —creo— una relación de coincidencias implícitas no reconocidas (de frustración en este sentido) con las interpretaciones éticas, dialécticas, potencialmente democráticas de la obra marxiana. En cualquier caso, él define, bien, su concepción como socialista y humanista. Recuérdese de todos modos que no han faltado tampoco, ni mucho menos (así, entre otros, en Ernst Bloch o en el filósofo italiano R. Mondolfo), las lecturas humanistas del pensamiento de Marx.

Liberalismo ético, liberalismo radical

Desde luego, lo que también es siempre explícito en su obra es —dice— el antihumanismo del sistema capitalista: véanse, a este respecto, las diferencias establecidas por él entre capitalismo ilegítimo y capitalización legítima (V, 114 y 124, entre otras). Desde este punto de vista su liberalismo radical no tiene nada que ver con el conservador neoliberalismo actual. «Capitalismo y humanitarismo —escribe aquél— son, en efecto, dos términos antitéticos, contradictorios; la oposición en ellos es esencial (...).» El antihumanismo de ese capitalismo radica «en la preeminencia de las cosas» sobre las personas; mientras éste es «la exaltación de la idea de libertad aplicada a los objetos económicos con el fin de hacer más fácil la servidumbre de los hombres, el socialismo en cambio —señala De los Ríos— representa el sometimiento de la economía a un régimen disciplinario para hacer posible un mayor enriquecimiento de la libertad de las personas». Se opone, pues, de modo explícito a «una economía de mercado que funde al hombre trabajador y a los productos económicos bajo el denominador común de mercancías». Esa libertad —repetirá contundente y constantemente De los Ríos— no es una libertad para los hombres sino sólo para las cosas (cfr. también IV, 394).

Esas duras críticas al exclusivismo de la economía de mercado provenían, no se olvide, de un socialista liberal y humanista, de un socialista reformista: así solía ser, en efecto, calificado entre nosotros junto a Besteiro, Prieto y otros por el sector considerado revolucionario de Largo Caballero, Araquistain, Álvarez del Vayo, etc.. Era en todo momento el de aquél un socialismo democrático que se entendía y se hacía coherentemente posible construido en inescindible correlación con la democracia: es decir, con los objetivos y los procedimientos de libertad que caracterizan a ésta, si bien profundizando en la igualdad para lograr hacer a aquélla más real



Viene de la página anterior



ÁLVARO SÁNCHEZ

y efectiva para todos los ciudadanos. Se ha dicho así que Fernando de los Ríos se adelantó a su tiempo, al menos en la circunstancia española de los años veinte y treinta. Cuando algunos partidos socialistas encontraban todavía fuertes resistencias, internas y externas, para liberarse con definitiva decisión del señuelo revolucionario y leninista, no faltaron gentes dentro de aquéllos —él y otros, dirigentes o no, en el socialismo español— que se manifestaron con total claridad por esas vías y metas pluralistas y democráticas.

Pasados ya aquellos lejanos malos tiempos, en los que el problema de los socialistas era la democracia, y a los que Fernando de los Ríos con inteligencia se habría adelantado, ¿estaría hoy éste, al fin, reconciliado con los socialistas de nuestros días, partidos e idearios, sin duda alguna defensores de las vías e instituciones democráticas? Me temo que no del todo. Me temo que no falten en esos u otros sectores políticos quienes de nuevo vean, otra vez, a aquél como mal sincronizado con los tiempos: ahora con el nuestro en este mítico final y comienzo de siglo, precisamente por esas sus fuertes críticas al absolutismo de la globalización y sacralización del mercado y de la competitividad individualista y economicista. ¿Habría aquél tenido razón demasiado pronto para unas cosas (el socialismo democrático) y demasiado tarde para otras (el socialismo humanista)? No lo creo yo así, ni para entonces ni para hoy: al contrario, puede que en ambas haya sido y sea, sobre todo, un avanzado y un precursor.

Libertad de las cosas (versus) libertad de las personas

Evitado el reduccionismo economicista del liberalismo conservador, el humanismo de Fernando de los Ríos será, sin duda, un humanismo de raíz (radical) profundamente liberal y democrática: lo principal, dirá siempre, es la libertad de la conciencia individual, la autonomía moral y, desde ahí, la protección de los derechos humanos, el ser humano como fin de la historia. Cabe, pues, establecer

a través de ese humanismo una muy coherente correlación de ese carácter entre su filosofía-ética, política y jurídica. Su humanismo significa no cualquier cosa, sino precisamente que los hombres, los seres humanos, son quienes hacen y crean la historia, pero también que ellos son el objetivo, la finalidad, la meta siempre abierta de aquélla. Su ética (Kant y lo mejor del neokantismo) se basa en la autonomía del sujeto individual y toma realmente al ser humano como ser de fines, no como medio ni instrumento para algo ajeno a él. En total consonancia, su filosofía política vería a la democrática como, con terminología más actual, doble participación tanto en decisiones como en resultados, es decir en libertades y derechos humanos. Y su filosofía jurídica respondería —como en su maestro Giner de los Ríos— a los mejores postulados valorativos del evolucionado iusnaturalismo racionalista recibido tardíamente en nuestro país: un «racionalismo armónico» entre razón y empiria (más iusnaturalista que krausopositivista), pero asimismo entre razón e historia, que se propone la configuración de un Derecho creador de las condiciones para la libertad y la eficaz protección de los derechos humanos. Se trata en su concepción, no lo olvidemos, del reconocimiento también de derechos sociales, económicos y de carácter cultural (derecho a la educación) que implicaban avances decisivos en la vía de la igualdad, incluyendo como precursor las referidas asimismo a género, etnias, minorías, etcétera.

Por todo ello, la organización jurídico-política de esa libertad y de esos derechos humanos no se situará ya por Fernando de los Ríos en el marco formalista e individualista del Estado que el siglo XIX ha implantado (Estado que ha cumplido también su función), sino en el marco del por él denominado «constitucionalismo social». Diferencia desde esta perspectiva el catedrático de Derecho Público tres fases sucesivas en las que se ha expresado esa organización jurídico-política de la libertad que es el constitucionalismo: en una primera, el constitucionalismo formal e individualista, que se orienta a la defensa de la libertad civil y las garantías personales;

en una segunda, el constitucionalismo liberal-democrático, en el cual la participación y la libertad política se hacen más generales; «y ahora —continúa aquél—, en una tercera etapa histórica, ante la presión social de nuevas fuerzas, ante la experiencia de siglo y medio de maquinismo capitalista y el requerimiento ideal de hombres de tendencias muy variadas, comienza a hallar realización inequívoca el constitucionalismo social, que —señala acertadamente Fernando de los Ríos, aludiendo a un punto central en su socialismo— sólo es posible negándoles a las cosas lo que es privativo de las personas: la libertad». Se trata, en definitiva, de que la libertad de las cosas no se sobreponga y anule la libertad de las personas: economía mixta con mercado y con cualitativa intervención pública, social y estatal. Planteamientos, junto a todo lo demás, que tienen mucho que ver con lo que después será, por ejemplo en nuestra Constitución, el Estado social y democrático de Derecho.

«El español, sin España»

Han pasado cincuenta años desde la muerte de Fernando de los Ríos, en el exilio, en Nueva York, ciudad en la que él fue profesor, concretamente en la «New School for Social Research», durante algún curso en ese postrero tiempo de su vida. Allí hablaba fervorosa e ineludiblemente de España, de su

historia y de su cultura, y de las relaciones con los pueblos hermanos de América Latina. Lo había hecho desde siempre y con gran altura de miras: incluso —creo— interpretando quizás con excesiva comprensión hispánica no pocas de aquellas relaciones y, más en general, hasta el sentido mismo de algunas de nuestras propuestas imperiales (véanse, por ejemplo, en estas *Obras Completas*, II, 401, 405, 454 y otras).

Sin embargo, contra esa evidencia, a lo largo de toda su vida tuvo aquél que soportar que los dogmáticos monopolizadores del sempiterno patriotismo le acusaran cerrilmente, como a tantos otros, de ser la encarnación misma de la anti-España. Y tal insidia habría incluso de incrementarse aquí ferozmente tras su desaparición, hace medio siglo, en aquellos tiempos de silencio o, peor, de mentira, de odio y de represión: expulsado a la fuerza de su país, se le acusaba cínicamente, de ser «el español, sin España». La relectura hoy de sus escritos, el conocimiento más documentado de su biografía, que no hagiografía, facilitado también por la edición de estas sus *Obras Completas*, ayudará sin duda a devolvernos con mayor veracidad una perspectiva histórica, una realidad social, en la que, en definitiva, podamos volver a tener entre nosotros a hombres como Fernando de los Ríos, un intelectual y un político necesarios asimismo para la autocrítica reconstrucción de la actual España democrática. □

RESUMEN

Coincidiendo casi con el cincuenta aniversario de su muerte en el exilio, se publican las obras completas del que fuera destacado intelectual y político socialista Fernando de los Ríos. En opinión de Elías Díaz supone el hecho una excelente ocasión para seguir avanzando en el mejor conocimiento

de su pensamiento y de su filosofía ética, política y jurídica, así como de sus actuaciones públicas en la España de su tiempo. Sus ideas, de origen krausopositivista y neokantiano, se identifican con un muy coherente y bien fundado socialismo humanista, ético y democrático.

Fernando de los Ríos

Obras Completas

Ed. de Teresa Rodríguez de Lecea, Fundación Caja Madrid/Anthropos, Barcelona, 1997. 5 volúmenes (284, 515, 472, 407 y 632 páginas). 22.995 pesetas. ISBN: 84-7658-510-1.

La problemática relación con los animales

Por Miguel Beato

Miguel Beato (Salamanca, 1939) es, desde 1977, profesor de Bioquímica en el Instituto de Química Fisiológica de la Universidad de Marburgo y fue investigador asociado en el Departamento de Bioquímica de la Universidad de Columbia en Nueva York.

Nada es más importante en un libro que su capacidad de sorprendernos, de mostrarnos aspectos de la realidad o reflexiones que aún no habían aflorado a nuestra consciencia. Y nada hay más fastidioso que un libro previsible, en el que se adivina lo que sigue con poco esfuerzo de la fantasía. La obra verdaderamente original consigue mantener nuestra atención despierta y estimular nuestra curiosidad desde un principio. Luego, si la sorpresa inicial no es puro artificio, continúa interesándonos y su lectura nos enriquece y finalmente nos transforma. El libro que me dispongo a comentar es sorprendente a varios niveles. Ya el título, *¡Vivan los animales!*, flanqueado por signos de admiración, y la foto de la cubierta nos hacen enarcar las cejas. La portada muestra una fotografía de un joven orangután que usando una liana salta de un árbol a otro con una evidente expresión de placer eufórico. Se trata de una especie de modelo positivo que puede verse como una metáfora de una actitud vital dinámica. Después sorprende, aunque sólo a los que no conocen a Jesús Mosterín, que el autor no sea un biólogo o un ecologista, sino un profesor de lógica y filosofía de la ciencia y también profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pero lo que verdaderamente es un descubrimiento es el refrescante estilo y el original contenido, que voy a tratar de resumir.

Divulgación científica de la mejor calidad

Antes de entrar en detalles conviene mencionar que, en contra de las apariencias, el libro de Jesús Mosterín no es, o no es sólo, una obra de divulgación científica. La obra integra de modo sumamente coherente múltiples niveles de análisis y modos de enfocar tanto la biología y la cultura de los animales como nuestra problemática relación con ellos, ofreciendo siempre una posición muy precisa y clara. Con una argumentación cristalina, Mosterín postula y defiende una tesis racional, objetiva y pragmática, que confiere al libro un carácter teórico y una solidez adecuados a la formación filosófica de su autor. Desde el comienzo se advierte la doble intención subyacente en todo el texto. Por una parte, es una celebración y un ensalzamiento de las maravillas que ha producido la evolución biológica, sobre todo al nivel de los animales llamados superiores, y por otra es una denuncia de los muchos errores y de los crímenes que a diario se cometen contra ellos y, en último término, contra nosotros mismos.

La obra está dividida en 19 capítulos agrupados, aunque no de modo explícito, en cuatro grandes bloques que cubren todos los aspectos relevantes del tema. Cuatro capítulos tratan de temas biológicos; seis se ocupan de etología y psicología animales; otros seis capítulos centrales se dedican a la ética de nuestra relación con los animales; y los últimos tres capítulos se ocupan de los derechos de los animales y de los problemas más urgentes relacionados con la degradación de la biosfera y su posible prevención.

Los capítulos dedicados a resumir las bases científicas de los procesos biológicos son un modelo de lo que debería ser la divulgación de la ciencia. Escritos, como por lo demás todo el resto del libro, en un lenguaje claro



JOSÉ MARÍA CLÉMEN

y sumamente llano, pasan revista a conceptos tan básicos como el origen de la vida en nuestro planeta, la aparición de las primeras células, el papel del oxígeno producido por la fotosíntesis en la crisis ecológica que llevó a la aparición de las células eucariotas (es decir, las nuestras, las que tienen un núcleo celular) y la función de la sexualidad como acelerador de la innovación y creadora de biodiversidad. Estos aspectos básicos de la biología son expuestos evitando al máximo el uso de términos técnicos y resultan así más comprensibles para el lector no especializado que los textos escritos por biólogos, los cuales a menudo no pueden evitar caer en la jerga de los especialistas. Tras esbozar una clasificación del reino animal y pasar revista a la evolución de sus diversas ramas, la parte biológica del libro concluye con una excelente introducción al funcionamiento del sistema nervioso de los craniados, y en particular del cerebro, el órgano cuya función da lugar a la característica definitoria de los animales, su «ánima». Entre craniados complejos cada animal tiene un cerebro único, una combinación singular e irreplicable de miles de millones de neuronas, una personalidad. Todo parece indicar que estos animales, y no sólo los humanos (adopto aquí la terminología del autor), procesan la información que procede del entorno de un modo parcialmente subjetivo y consciente, construyendo así una imagen subjetiva del mundo. Esta propiedad que compartimos es lo que nos permite ponernos en su lugar y entenderlos empáticamente. Son, como los llama el autor, nuestros «compañeros de viaje espacial».

Una obra de referencia para temas de ecología animal

Las reflexiones etológicas se abren con una consideración de los animales como agentes, como seres que actúan y exhiben una conducta. El análisis se centra en las ideas aristotélicas sobre el movimiento de los animales y considera el silogismo práctico de Aristóteles, que parte de un deseo y una creencia para concluir en una acción, como un instrumento útil para analizar el comportamiento animal.

Los capítulos centrales de esta parte del libro versan sobre el dolor y la muerte. Sólo los animales superiores gozan y sufren. El placer y el dolor son las dos caras de un mismo proceso y han sido seleccionados por la evolución porque cumplen una función ciberné-

tica de orientación para la acción. Así como el placer es la principal motivación positiva, el dolor tiene una función esencial como alarma prioritaria que nos ayuda a evitar peligros. El sufrimiento natural es el precio que los animales pagamos por la libertad, por la plasticidad de nuestro sistema nervioso, un mecanismo de adaptación rápida a cambios ambientales y un requisito imprescindible para la aparición de la consciencia.

No cabe hoy duda de que todos los animales superiores, y en particular los mamíferos, disponen de los mecanismos neurológicos para la recepción y la experiencia del dolor. Esto se confirma también por la generalidad de los mecanismos endógenos de analgesia, como las endorfinas y las encefalinas, que se encuentran en todos los vertebrados. Disponemos además de métodos objetivos de medida del sufrimiento subjetivo de los animales basados en permitir al animal la elección del precio a pagar (el trabajo a realizar) para la obtención de estímulos. Así, pues, y en contra de la teoría cartesiana que considera los animales como puras máquinas, sabemos hoy que compartimos con todos los vertebrados la capacidad de sufrimiento y además podemos determinarlo cuantitativamente.

Aunque las bacterias y algunos protistas son potencialmente inmortales, es decir se dividen continuamente, todos los animales mueren como consecuencia de su reproducción sexual. De hecho, en ellos sólo las células germinales de las gónadas son potencialmente inmortales, mientras que el soma debe morir para dejar el camino despejado a animales nuevos, a las nuevas combinaciones de material genético producidas por la reproducción sexual. Como el placer y el dolor, la sexualidad y la muerte son otra dicotomía vital, que ha sido seleccionada en el curso de la evolución por su capacidad de eliminar mutaciones dañinas y además generar diversidad y por tanto flexibilidad adaptativa. Esta dicotomía no carece de una cierta ironía, puesto que mientras que el soma se puede considerar como un mero vehículo para la transmisión del plasma germinal («la gallina es el instrumento de que se vale un huevo para producir otro huevo»), el éxito reproductivo del germen depende de la buena función del soma que lo vehicula. Richard Dawkins ha popularizado esta visión con su teoría del gen egoísta que resume en su famosa frase: «los organismos son meros vehículos que los genes construyen para navegar a través del tiempo».

Las células de los animales tienen un período vital limitado y mueren tras un cierto número de divisiones por apoptosis o suicidio celular programado. Pero la mayoría de los animales morimos por fallo de algún sistema vital (corazón, cerebro, etc.), antes de que nuestras células hayan alcanzado este límite. De hecho en la naturaleza libre la mayoría de los animales muere poco después de haberse reproducido sexualmente; sólo animales muy inteligentes tienen una vida postreproductiva larga y llegan a la senescencia. La observación de los elefantes ha hecho cuestionable la generalmente aceptada opinión de que sólo los humanos son conscientes de que han de morir. Éste es otro ejemplo más de cómo las cualidades tradicionalmente admitidas como específicamente humanas se van también atribuyendo a otros animales.

La parte dedicada a la cultura de los animales parte de algunas consideraciones básicas sobre la transmisión de los varios tipos de información biológica. Mientras que la información genética se transmite de modo hereditario lento y seguro con el genoma de los progenitores, la información cultural se transmite entre cerebros por medio del aprendizaje social de modo más rápido y menos estable. Naturalmente existen también formas individuales de aprendizaje, como el ensayo y error, pero son muy lentas y están llenas de riesgos. Lo que caracteriza a la cultura es la rapidez con que se transmite por aprendizaje social entre miembros de la misma especie. La forma básica del aprendizaje es la imitación de un modelo pasivo, que en animales más avanzados, y especialmente en los humanos, se extiende a la comunicación y la enseñanza, la cual es imitación de un modelo activo que premia o castiga. Pero conviene recordar que aunque los mecanismos del aprendizaje están definidos genéticamente por la estructura y el funcionamiento del cerebro, lo que hace que un cierto comportamiento sea heredado o cultural depende no de la naturaleza en sí del comportamiento, sino del modo como sea transmitido, genéticamente o culturalmente. Mientras que la unidad de transmisión de la información genética son los genes, las unidades de transmisión cultural son los memes, un término creado por Richard Dawkins para denominar rasgos o pautas culturales. Y así como la genética se ocupa de la estructura y función de los genes, existe una nueva ciencia, la memé-



Viene de la página anterior



tica, que se ocupa de la naturaleza y evolución de los memes.

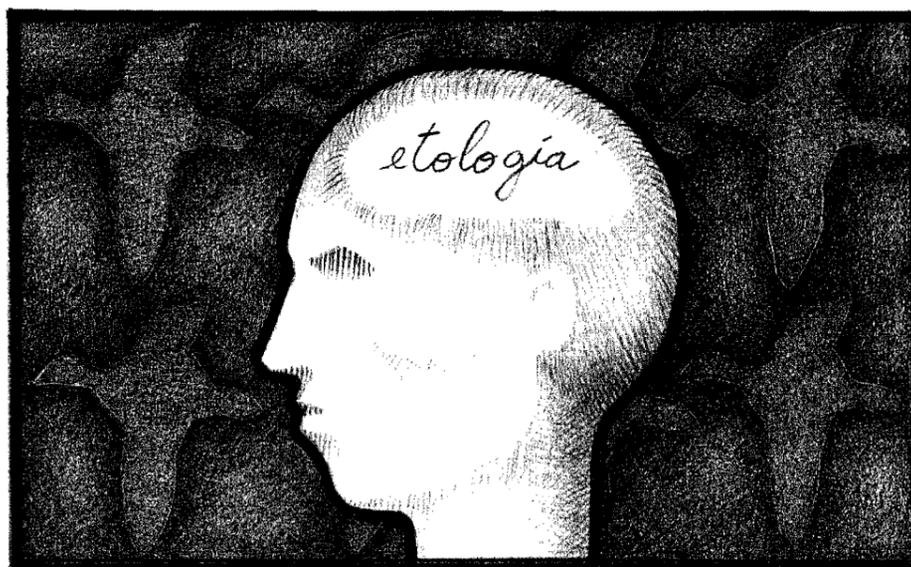
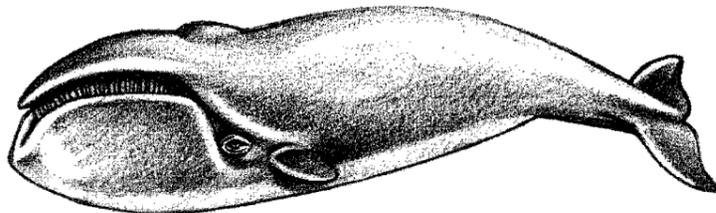
Tras establecer estas bases conceptuales, Mosterín describe una serie de comportamientos culturales basados sobre todo en el uso de herramientas y en el aprendizaje social, que se ha observado ya en invertebrados, en aves y en mamíferos no primates. Sin embargo, las observaciones más entretenidas e interesantes se centran en la cultura de los primates y en particular de los homínidos, un terreno del que el autor muestra un profundo conocimiento. A menudo la aparición de nuevos comportamientos culturales entre primates se debe a la invención por un joven miembro de un grupo, que luego es rápidamente imitada por los demás miembros y propagada también por imitación a las siguientes generaciones.

La parte dedicada a la etología se cierra con un bello capítulo sobre el largo proceso de domesticación que llevó del lobo al perro, en el que Mosterín muestra una gran empatía por estos antiquísimos amigos del hombre. Al denunciar las crueldades que aún cometemos contra los perros, este capítulo abre la parte del libro que se ocupa de la reflexión moral sobre nuestra actitud frente a los animales.

El egoísmo ilustrado pasa por la biosfera

La moral es posible porque nuestro comportamiento no está totalmente determinado por nuestros genes, sino que a menudo, confrontados con circunstancias concretas que requieren una acción, podemos elegir entre varias pautas de conducta. Nuestra decisión final depende de una reflexión sobre nuestros intereses, nuestros valores, nuestras metas y las consecuencias de nuestra conducta. Es esta reflexión, que opera ineludiblemente cuando tomamos decisiones libres, la que constituye nuestra consciencia moral. A menudo nos vemos confrontados con un dilema y nuestra decisión no es totalmente satisfactoria obligándonos a aceptar compromisos que valoren todas las consecuencias de nuestra conducta. En nuestro ámbito cultural hasta hace sólo unos 50 años los efectos de nuestra conducta sobre otros animales no humanos se ignoraban debido a un prejuicio antropocéntrico, característico del pensamiento judeocristiano e ilustrado con citas y reflexiones sobre Agustín de Hipona, Tomás de Aquino y Kant. Existen, sin embargo, numerosos ejemplos de otras culturas, como la filosofía taoísta, o el jainismo y el budismo en India, que tradicionalmente respetan a los animales y consideran el mal como el dolor infligido a cualquier criatura viviente.

Aun cuando la visión antropocéntrica ha sido superada en astronomía, cosmología y biología, aún prevalece en filosofía y ética. Sólo recientemente se ha ido abriendo paso entre nosotros una moral de la compasión por los posibles sufrimientos que nuestra conducta pueda provocar en los animales. Exponentes de esta moral son pensadores como Albert Schweitzer, Jeremy Bentham y Peter Singer, el cual defiende una moral universal que no discrimina entre el sufrimiento de animales humanos y no humanos. El respeto por los animales se encuadra a menudo dentro de un nivel ecológico más amplio de la moral, una ecoética, basada en el conocimiento y la comunión con la naturaleza. Esta moderna actitud se refleja, por ejemplo, en la hipótesis Gaia de Jim Lovelock, que considera nuestro planeta junto con su atmósfera como un organismo vivo. Surge así la consciencia de que estamos emparentados con todos los seres vivos con los que compartimos el material genético y el entorno, y que por tanto somos sólo uno de los componentes de la biota, la parte viva de la biosfera. Debido a nuestro fatal



JOSÉ MARÍA CLÉMEN

impacto sobre los equilibrios ecológicos y a nuestra gran capacidad de consciencia, dos resultados de nuestro desmesurado cerebro, nos cabe la enorme responsabilidad de ser al mismo tiempo el verdugo y la consciencia de la biosfera, a cuyo destino está inexorablemente ligado el nuestro.

El sufrimiento animal organizado

Los cuatro sólidos capítulos de denuncia tratan de nuestras crueldades con los animales en los laboratorios de investigación, en la industria alimenticia, en los espectáculos y en el deporte. No entraré aquí en detalle porque son temas que se han tratado en otras numerosas obras. Sólo quiero hacer hincapié en los aspectos más originales de la visión de Jesús Mosterín. En cuanto al uso de animales en la investigación científica su posición es de rechazo moderado, en el sentido de que sólo lo tolera respetando siempre las normas que minimizan el sufrimiento y sólo allí donde su uso sea absolutamente necesario y no sustituible por métodos menos crueles.

Aun cuando el autor no rechaza totalmente el uso de animales domesticados para la alimentación humana, ataca con firmeza los modernos e inhumanos procedimientos industriales de la ganadería y la avicultura. Esta actitud diferenciada se basa en la distinción por una parte entre la muerte natural y el biocidio, el asesinato o matanza de un animal, y por otra el sufrimiento. Mientras que producir dolor, es decir torturar, a cualquier animal es siempre un mal moral, la matanza de un animal no siempre es un mal moral, si se realiza sin dolor o para evitar dolores. Partiendo de esta posición, Mosterín no ve objeción moral de peso a la muerte artificial de animales naturalmente inviables que hemos seleccionados para sobrevivir sólo como nuestros prisioneros. Esta actitud algo problemática, contrasta con su decidida defensa del vegetarianismo, a mi modo de ver, la única posición consecuente.

La crítica de la tortura como espectáculo se centra en las corridas de toros. Los argumentos contra esta tradición cultural tan española son ampliamente conocidos y Mosterín los resume con su habitual claridad y precisión. Quizás sólo conviene resaltar que la crueldad en el trato con los animales no es peculiar de los españoles, y que en un país tan defensor de los derechos de los animales como Inglaterra, se practicaba el espectáculo de la tortura de osos y toros por perros, los famosos «bulldogs» hasta el principio de este siglo. Así, pues, se trata simplemente de un cierto desfase histórico entre las distintas naciones europeas con respecto a la evolución de la sensibilidad frente al sufrimiento de los animales en la que España va algo rezagada. En otro aspecto de esta que pudiéramos llamar edad ética, como por ejemplo la caza deportiva, también otras naciones europeas están en una fase muy primitiva de su desarrollo moral.

El ecologismo como actitud moral

El tema del derecho de los animales es tratado partiendo de una clara posición positivista: no hay más derecho que el derecho positivo, la legislación vigente, y ésta es el

producto de un acuerdo social. En la formulación de este acuerdo juega naturalmente un papel importante nuestra sensibilidad, la cual evoluciona históricamente, como lo demuestran los cambios de legislación sobre la tortura, la esclavitud o los derechos de los negros. Sin embargo, hasta muy recientemente sólo los humanos han sido considerados como sujetos del derecho, sólo ellos tenían derechos, los derechos humanos. Partiendo de la noción jurídica de la obligación en Hans Kelsen, no es problemático formular unos derechos de los animales. Por ejemplo, «en la medida en que los ganaderos suecos tengan la obligación de sacar sus vacas a pastar o a pasear, las vacas suecas tienen derecho a ser sacadas de paseo». Así en 1978 la Liga Internacional de los Derechos del Animal proclamó la Declaración Universal de los Derechos del Animal, cuyos 14 artículos fueron posteriormente aprobados por la Unesco y por la ONU. Aun cuando pasarán muchos años antes de que esta declaración sea generalmente aceptada, no parece improbable que los derechos fundamentales a la vida, la libertad y la ausencia de tortura sean pronto de validez general al menos para los homínidos no humanos (chimpancés, bonobos, gorilas y orangutanes), tal y como propuso en 1993 el Great Ape Project.

El último capítulo de acusación está dedicado a la extinción de las especies, y en él se critica sobre todo el genocidio total practicado por los humanos contra especies tales como el pingüino del Norte y la paloma viajera de Norteamérica, y la casi exterminación de los grandes felinos (leopardos, tigres, jaguares) y de las ballenas. El libro concluye con un excelente ensayo sobre la biosfera, que junto a la denuncia de los ecocidios practicados contra los arrecifes coralinos y las selvas tropicales, formula la necesidad de que el ecologismo se imponga como una actitud moral. Sólo así podrá evitarse la progresiva degradación de nuestro entorno como consecuencia de la explosión demográfica y tecnológica de los humanos. Este cáncer de la biosfera. Mosterín concluye afirmando su esperanza de que los humanos, que también son la consciencia de la biosfera, se hagan por fin solidarios con ella y con sus otros pobladores, nuestros compañeros de viaje en este azaroso planeta. De lo contrario, y desde un punto de vista biocéntrico, «lo mejor que le puede pasar a la biosfera es que desaparezca la humanidad».

En resumen, la lectura de este original libro puede recomendarse no sólo a personas con formación en biología o en etología, sino a todo ciudadano que esté interesado en los acuciantes problemas que amenazan nuestro entorno y que sienta la inquietud de reconsiderar su actitud frente a los animales. Es éste uno de los terrenos en que el nivel de desarrollo alcanzado por los diversos países europeos es muy distinto y en el que, por tanto, los caminos a recorrer hasta llegar a un común respeto por todos los seres vivos son más dispares. El libro de Jesús Mosterín representa una importante contribución en esta dirección. □

RESUMEN

El científico Miguel Beato no se sorprende de que no sea un biólogo o un ecologista, sino un profesor de lógica y filosofía de la ciencia como es Jesús Mosterín, quien haya escrito el libro comentado, que recomienda a quien se interese por los problemas de nuestro entorno y

sienta la inquietud de reconsiderar su actitud frente a los animales, compañeros de viaje, en expresión de Mosterín, del hombre en este azaroso planeta. La obra trata de los múltiples modos de enfocar la biología y cultura de los animales y la relación del hombre con ellos.

Jesús Mosterín

¡Vivan los animales!

Debate, Madrid, 1998. 391 páginas. 1.900 pesetas. ISBN: 84-8306-141-4

Un buen libro sobre el cine español

Por Luis G. Berlanga

Luis García Berlanga (Valencia, 1921) es director de cine, autor, entre otras películas, de *¡Bienvenido, mister Marshall!*, *Plácido*, *El verdugo*, *La escopeta nacional* y *La vacuilla*. Ha sido presidente de la Filmoteca Nacional, es Premio Nacional de Cinematografía 1980, Medalla de Oro de Bellas Artes 1982, y en 1989 ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Cuando Julio Pérez Perucha y Paco Llinas realizaban trabajos de investigación cinematográfica en la Filmoteca, nos veíamos todos los días y teníamos ocasión de hablar de esas cosas que a los amantes del cine nos salen de las tripas. Eran aquellos años finales de los setenta y primeros de los ochenta en los que yo era el presidente de la Filmoteca y ellos unos activos y voluntariosos historiadores que realizaban estudios que nos venían muy bien para la recuperación de nuestra memoria fílmica, una asignatura pendiente que aún no ha encontrado el modo de llevarse a buen puerto y que habrá que completar, bien mediante el procedimiento que yo propuse de que todo el mundo que tuviese debajo de la cama una lata con cualquier película (familiar, social o comercial) la depositase en la Filmoteca, o bien a través de cualquier otro sistema que se establezca. Pero sigo pensando que algo hay que hacer (si aún estamos a tiempo) para que todo lo que haya sido rodado en España, por aficionados o profesionales, tenga un archivo en el que se conserve.

Han pasado quince años desde que dejé la presidencia de la Filmoteca; en este tiempo, he visto a los amigos menos de lo que hubiese querido. Con Julio Pérez Perucha he comido en alguna ocasión, y otras veces nos hemos encontrado en algunos actos públicos relacionados con nuestra profesión. Con Llinas, creo recordar que he coincidido menos veces. Pero ni con uno ni con el otro ha disminuido el afecto que siempre les he tenido; y espero que tampoco se haya enfriado en ellos, un afecto que les llevó a prestarse a ser actores (y muy divertidos actores, por cierto) en una de mis películas, *Nacional III*.

Una antología crítica

Se ha publicado la *Antología crítica del cine español (1906-1995)* en una edición coordinada, o dirigida, por Julio Pérez Perucha y publicada conjuntamente por la editorial Cátedra y la Filmoteca Española. No tengo que decir que este encuentro con Pérez Perucha, a través de un trabajo tan metódico e importante (como suelen serlo todos los que Julio realiza) me ha sido especialmente grato porque nos hemos vuelto a citar en nuestro terreno, en este territorio de la pasión

RESUMEN

A partir de esas seis mil películas que se calcula que se han realizado en España en los cien años que tiene el cine, de esas cuatro mil de las que se tienen noticia, de esas tres mil que se conservan en mejor o peor estado, un equipo de especialistas, coordinado por



Fotograma de *El Sur* (1973), de Víctor Erice.

por el cine que a los dos nos ha movilizado y nos sigue movilizándolo. La *Antología* es un voluminoso trabajo de mil páginas en el que se hace un viaje a la historia del cine español a través de más de trescientas películas y un centenar largo de directores.

Se calcula que en cien años de cine, en España, se han realizado alrededor de seis mil películas, mudas, sonoras, en blanco y negro o en color. De ellas se tiene conocimiento de unas cuatro mil o cuatro mil quinientas, y de las conocidas, sólo se conservan unas tres mil, unas en mejor estado que otras. De este modo, una antología de trescientas películas es, si no completa, desde luego, por lo menos bastante significativa, y suficiente, a pesar de su insuficiencia, para tener una visión general del cine español y de las peripecias industriales, comerciales y artísticas por las que ha discurrecido en este siglo.

La *Antología* que ha dirigido Perucha es una amplia ventana al cine. En su origen está la Asociación Española de Historiadores del Cine, y en su realización han participado, con sus textos, una cuarentena de colaboradores que, para no olvidar a ninguno, relaciono aquí por orden alfabético, no vaya a ser que alguno pueda enfadarse y no perdonarme el olvido. Ellos son Carlos Aguilar, Carmen Arocena, Luciano Berriatúa, Joaquín Cánovas, José Luis Castro de Paz, Jostexo Cerdán, Juan Miguel Company, Alberto Elena, Félix Fanés, Luis Fernández Colorado, Carlos F. Heredero, José María Folgar, Emilio García Fernández, Palmira González, Román Gubern, J. B. Heinink, Javier Hernández, Ángel Luis Hueso, Juan Ignacio Lahoz, Carlos Losilla, Fernando Gabriel Martín, Juan Antonio Martínez Bretón, Joan Minguet, Enrique Monterde, José Manuel Palacios, Andrés Peláez, Jaime Pena, Ángel Pérez Gómez, Julio Pérez Perucha, Pablo Pérez Rubio,

Julio Pérez Perucha, ha emprendido un viaje a la historia del cine español a través de más de trescientas películas y un centenar largo de directores; uno de los cuales, Luis García Berlanga, comenta con gusto esta completa antología crítica del cine español.

Julio Pérez Perucha (ed.)

Antología crítica del cine español (1906-1995). Flor en la sombra

Cátedra/Filmoteca Española, Madrid, 1997. 985 páginas. 5.200 pesetas. ISBN: 84-376-1597-6.

(digo «y media» porque además de *¡Bienvenido, mister Marshall!*, *Plácido*, *El verdugo*, *Tamaño natural* y *La escopeta nacional*, se incluye *Esa pareja feliz*, que compartí con Juan Antonio Bardem), no tengo ninguna objeción sustancial que hacer, aunque sí muchas matizaciones, lógicas por otra parte porque, por mucho que se pretenda, nunca puede ser igual la visión de un implicado que la de un observador que, por lo general, se sitúa en ese territorio aséptico de la imparcialidad, o en ese otro menos noble del prejuicio.

¿Una segunda parte?

Tal vez sería bueno, para completar esta *Antología del cine español*, proceder a una segunda parte en la que se diera cuenta de otras trescientas películas y se completaran géneros, autores y producciones. Comprendo que es lógico poner coto a un libro cualquiera, sobre todo cuando los límites son casi ilimitados, pero aún queda mucho cine español por antologar y nadie mejor que historiadores como Julio Pérez Perucha para abordar un trabajo tan descomunal; por mi parte, le animo a ello. A él, y a las editoriales e instituciones que han de colaborar.

Una segunda parte en la que me gustaría que se hiciese hincapié en lo que para mí han sido las dos grandes etapas del cine español: la época de la República, donde la creación de tres grandes productoras dio paso a la realización de un cine estupendo en cantidad y calidad, y la época de los años cincuenta, cuando empieza la comedia española, una vez finalizada la época en la que se abusa del cine histórico y religioso. Son las edades de oro del cine en España, la primera por la influencia de CIFESA y otras productoras, y la segunda porque los alumnos de la Escuela de Cine empiezan a hacer cine, la mejor comedia española, que si bien ya se ha antologado aquí en buena parte, aún quedan otros muchos títulos por reseñar.

He dicho en otras ocasiones, y lo repito ahora, que el cine español tuvo un vigor y dinamismo maravillosos hasta que las célebres conversaciones de Salamanca se empeñaron en sacar el cine a la calle para imitar al neo-realismo italiano, desconociendo o no considerando que si en Italia se rodaba en la calle era porque los plató habían quedado destruidos después de la Segunda Guerra Mundial y no les quedaba más remedio. Pero por imitar a los italianos, se empezó a rodar fuera, y poco a poco se dismanteló la infraestructura que permitía aquellos milagros sin tener que buscar exteriores y rodar en la calle, que a mí me ha parecido siempre incómodo y, sobre todo, innecesario, cuando existían aquellos magníficos plátos.

Pero lo anterior no se refiere al libro, sino a lo que me sale de las tripas y procuro aprovechar cualquier ocasión para decirlo.

En definitiva, el libro de Perucha me parece una muy buena aportación al conocimiento del cine español. Esperaremos una segunda parte, que será también útil y beneficiosa para nuestro cine. □

En el próximo número

Artículos de Mario Camus, Miguel Artola, Javier Muguerza, José María Mato, José Antonio Campos-Ortega, Agustín García Calvo y Francisco Rico.

Miguel Porter, Esteve Rimbau, Rafael R. Tranche, Ramón Sala, Bernardo Sánchez, Agustín Sánchez Vidal, Jean-Claude Seguin, José Luis Téllez, Casimiro Torreiro, Rafael Utrera, M. Vidal Estévez, Sylvia Zierer, Imanol Zumalde y Santos Zunzunegui. A todos ellos, mis felicitaciones.

Las películas reseñadas

Cada una de las películas reseñadas en la *Antología crítica del cine español* viene acompañada de una ficha técnica y artística, en la que se incluye desde el conjunto de personas que intervinieron en su creación hasta el lugar y fecha del estreno, lo que nos permite conocer detalles hoy insignificantes tal vez (como que se produjeron un año y tardaron varios en estrenarse, por censura o por otras razones), pero entonces muy importantes. Recuerdo que mi película *El verdugo*, por ejemplo, tardó un año en estrenarse, y que *Esa pareja feliz*, que co-dirigimos Bardem y yo, se rodó en 1951 pero no se estrenó hasta dos años después.

Pero lo más importante de las referencias filmográficas de esta *Antología* es el tratamiento que se les da a cada una de ellas. Todos los textos responden, con mayor o menor exactitud, a un criterio que resulta eficaz: primero se hace un resumen del argumento de la película; después se realiza un estudio de las circunstancias en las que se desarrolló la película; y finalmente se hace una valoración del resultado final de la película y, en algunos casos, del recibimiento que tuvo por parte de la crítica especializada y del público.

Por supuesto, la ficha técnica y el resumen argumental es algo que no puede ser alterado y por lo tanto su aportación es muy importante. De las circunstancias en que se desenvolvió el rodaje, o las dificultades que tuvo una película determinada para ser finalmente un hecho visible, tampoco se puede inventar mucho, por lo que también es apreciable el esfuerzo. Y, por último, la valoración o el análisis que cada autor realiza de una película es algo totalmente subjetivo, por lo que podrían establecerse discrepancias, pero dados los conocimientos de los autores, y la distancia con que analizan las obras, pueden considerarse, al menos, como una opinión más y, sobre todo, una opinión cualificada.

De hecho, de las cinco películas y media más que se incluyen en esta *Antología*

Stanley Kubrick, un director lleno de talento

Por Mario Camus

Mario Camus (Santander, 1935), empezó en el cine como guionista de Carlos Saura (Los golfos y Llanto por un bandido) y desde 1963 ha dirigido más de veinte películas y varias series de televisión, muchas de ellas adaptaciones de novelas como La Colmena, Los santos inocentes, Fortunata y Jacinta y La ciudad de los prodigios.

El neoyorkino Stanley Kubrick dirigió películas desde 1951 hasta su muerte ocurrida en el mes de marzo de este año. Empezó a mostrar interés por el mundo de las imágenes a partir de los trece años cuando su padre le regaló una máquina de fotografías «Graflex». Al mismo tiempo, esperando encontrar algo que le estimulase la imaginación, Jacques Kubrick enseñó a su hijo a jugar al ajedrez, afición que le acompañó a lo largo de su vida. Stanley ingresó como fotógrafo en la revista «Look». Se hizo un buen jugador de ajedrez y visitó con frecuencia Washington Square, donde disfrutaba partidas rápidas con apuestas de veinticinco centavos. No tiene veintitrés años cuando dirige *Day of the fight*, su primer cortometraje. Dos años más tarde se enfrenta con la tarea de hacer una película larga. Y sólo pasan otros dos cuando entrega a «United Artists» *The Killing* (Atraco perfecto), un trabajo notable donde ya se evidencian los fundamentos de su personalidad y las líneas maestras en las que siempre se va a apoyar su minucioso trabajo. Era el comienzo de una brillante carrera. Pasado el tiempo, traslada su residencia a Inglaterra y ya nunca más se moverá de allí. Lleva a cabo trece largometrajes, historias todas ellas contadas a su modo y manera, empeños singulares que producen asombro y admiración, rompen las taquillas y le convierten en uno de los grandes directores de todos los tiempos.

Kubrick fue un hombre misterioso, excéntrico, lleno de talento y de genio. Vivió oculto, sin darse a conocer, alejado del mundo del cine y del mundo en general. Por eso, al tener noticia de esta biografía suya, escrita por John Baxter, abrimos ávidamente sus páginas tratando de descubrir todo lo que celosamente guardó aquel personaje del que únicamente conocemos las películas. El libro nos describe los primeros años y los orígenes de Kubrick. Más adelante y en torno a su



Kubrick y Sue Lyon, la protagonista de *Lolita*.



Kubrick con Kirk Douglas (vestido de militar) en una pausa del rodaje de *Senderos de gloria*.

obra, a medida que relata la génesis y el desarrollo de los proyectos, Baxter, sirviéndose de entrevistas hechas a sus colaboradores y usando información nacida en ese proceso creativo, va iluminando parcialmente aquella oscuridad que envolvió la vida de Kubrick y al hacerlo nos permite entrever atisbos de su personalidad. Por encima de todas las cualidades, la manía más significativa, la que poderosamente destaca, es, sin duda alguna, su perfeccionismo. Un perfeccionismo obsesivo, enfermizo. Cuando el trabajo llegaba a su final y la obra, siempre dotada de un elevado nivel



Kubrick en el rodaje de *La naranja mecánica*.

de exigencia, se terminaba y se entregaba, aparecía la figura gigantesca del director para elevar la apuesta y cerrar definitivamente el círculo. Basta contar la pequeña parte de una historia para explicarlo: en una insignificante ciudad norteamericana del Medio Oeste, el proyeccionista y propietario del único cine recibe una llamada de larga distancia. Un murmullo inexpresivo con acento del Bronx, llega a hacerse entender: «Soy Stanley Kubrick... su proyector número dos está desenfocado. Un ingeniero se acercará esta tarde. Mientras tanto no lo utilice...». Esa noche se proyectaba una película suya. Y, desde su casa en las cercanías de Londres, alertado contra la conocida diversidad de los proyectores y las frecuentes anomalías en sus desajustadas piezas, tomaba medidas para que su empeño llegara al público en las mejores condiciones, con la misma calidad con la que salió de sus manos. Tarea ingente, imposible. Sin embargo, Kubrick lo intentaba. ¿Disponía de una red de confidentes en el mundo entero o elegía determinados lugares para establecer una leyenda y exigir un respeto que nunca existió? ¿Quién lo sabe? Lo cierto es que esta historia no es la única que habla de ese mimo que prodigaba a sus películas hasta llegar al punto de no abandonarlas nunca, aunque pasaran años desde su nacimiento. Exigencia, perfección, gusto por el trabajo bien hecho y voluntad de llevar a cabo lo que se había propuesto, siempre en el límite de lo imposible.

Unas más y otras menos, lo cierto es que todas sus películas fueron grandes éxitos. Este dato no llamaría por sí solo la atención si no fuera porque jamás hizo concesión alguna a aquellos que financiaron sus trabajos. Llevaba a cabo su tarea usando sus métodos, sin ceder ni conceder un ápice de terreno a financieros, productores, dirigentes de estudios, asesores de financieros, estrellas, críticos

o cualquiera que se creyera capacitado para dar su opinión. En el trabajo era un duro. Solía rodearse de los mejores colaboradores, vinieran de donde viniesen y costaran lo que costasen. Nunca le concedieron vistosos y grandes premios, ni en su país ni en ningún otro, y no parece que esta circunstancia le importara gran cosa. La refitolera crítica «cahierista» no contó demasiado con él y su sucedáneo neoyorkino, Andrew Sarris, le trató despectivamente. Cuando en alguna ocasión le distinguían, se limitaba a mandar un mensaje grabado agradeciendo escuetamente el detalle. Huyó de las retóricas tan de moda, los encasillamientos, los viajes por las doradas pasarelas y los impúdicos elogios de sus radiantes colegas. Altivo, soberbio y mandón, cultivó su difícil personalidad volcándose en el trabajo y llevándolo a cabo desde una extrema concentración, encerrado en un solitario reducto donde tenía a su disposición la más sofisticada tecnología para seguir escrupulosamente el desarrollo de un mundo en el que no participaba.

No obstante, el libro de Baxter aventura muy poco. Prefiere conservar y respetar el clima de misterio y las sombras que el biografiado tuvo a bien extender a su alrededor y cualquier dato o movimiento de éste, en su totalidad provenientes del trabajo, están contrastados por diversas opiniones y parten de personas que compartieron con él los rodajes o la escritura de guiones. Así, la lectura de los hechos y logros que conformaron la vida de Kubrick va discutiendo asombrándonos, admirándonos y haciéndonos sonreír a veces. Es difícil encontrar en el mundo moderno un hombre tan alejado de lo convencional, tan hostil a las normas, tan fanático de sus hábitos. Alejado de todo, sin embargo

En este número

Artículos de	
Mario Camus	1-2
Miguel Artola	3
Javier Muguerza	4-5
José María Mato	6-7
J. A. Campos-Ortega	8-9
Agustín García Calvo	10-11
Francisco Rico	12

SUMARIO en página 2





Stanley Kubrick, un director lleno de talento

sabía con exactitud lo que el público demandaba. Y cuando entregaba sus películas no cedía en sus pretensiones. Todas son narraciones complejas, difíciles. Lejos del halago sencillo y la visión blanda, cualquiera de ellas requiere una delicada atención alejada de la habitual postura indolente de un espectador moderno fatigado por el exceso de imágenes. Y la aceptación se producía. Ése es otro de los misterios de Kubrick. Su sofisticada manera de narrar convocaba a infinidad de espectadores del mundo entero.

Salvo contadas excepciones no concedió entrevistas, ni se dejaba tomar fotografías. En el lugar donde trabajaba no se admitían visitantes. De sus películas no existían noticias.

En su juventud estaba aprendiendo a pilotar aviones. Una mañana tomó tierra después de hacer un vuelo de prácticas y se alejó del avión. Aparentemente era un día como cualquier otro. Pero figura como fecha señalada, porque en aquel instante Kubrick decidió no volver a subir a un avión nunca más.

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Y nunca más subió. Hablemos de los escenarios de sus películas. Citemos algunos: una casa en la montaña de Colorado, la isla de Parris en Carolina del Sur, centro de adiestramiento de los «marines», la ciudad de Hué en Vietnam, la Sala de la Guerra donde transcurre la acción de *Teléfono rojo...*, la localidad de Ramsdale, en New Hampshire, lugar de residencia de la señora Haze y su hija Lolita. Todos ellos fueron contruidos y recreados a unos pocos kilómetros de su casa. Y, durante los rodajes, sus cortos desplazamientos los llevaba a cabo en un coche grande cuyo conductor tenía orden de circular a escasa velocidad. Nadie penetró en su intimidad ni él explicó jamás las razones de tanta excentricidad. Pero no todo fue soledad. Por las páginas del libro de Baxter transitan nombres conocidos con los que trabajó y se relacionó: Alexander Singer, James Agee, Vladimir Nabokov, John Le Carré, el fotógrafo Weegee, Arthur C. Clarke, Anthony Burgess, James Harris, el amigo productor de su primeras películas, Gustav Hasford y los actores y técnicos que participaron en sus trabajos. Ellos han facilitado algún detalle, han recordado momentos, sensaciones o frases sueltas. En algún caso opinan sobre él. Con timidez y con datos imprecisos. De lo que dicen se desprende gran admiración por lo que aquel hombre era capaz de hacer y una imposibilidad absoluta de seguirlo o tratar de adivinar el difuso sendero que llevaba al punto final de su plan maestro, a la consecución de sus objetivos. Cada película es nueva. Cambia de género sin importarle la competencia directa de otros trabajos producidos al mismo tiempo que cuentan una historia parecida. Llegadas a la taquilla, la suya siempre supera a las demás. Lucha a distancia, siempre en solitario, contra la censura y las curiosas calificaciones norteamericanas. Es, en fin, un rebelde admirado y odiado, imitador de sí mismo y divertido en su singular comportamiento y en su indiscutible grandeza.

Nació en un hospital de Manhattan e inmediatamente fue llevado a su casa en el Bronx. Provenía de una familia judía, sastres de oficio los varones, que emigró a los Estados Unidos desde Galitzia, región que en aquel tiempo era territorio austríaco. Su padre Jacob estudió Medicina, cambió su nombre por el de Jacques y abrió una consulta como otorrino en el Bronx. Al mismo tiempo

ejercía en el Morrisania City Hospital. Stanley vino al mundo el 26 de junio de 1928. Fue un mal estudiante pero su nivel de inteligencia era muy alto. A los trece años, como está contado, su padre decide su vida regalándole una máquina fotográfica. Al mismo tiempo le enseña a jugar al ajedrez.

Es una elemental tentación establecer paralelismo entre su gran afición y su sistema de trabajo y el resultado del mismo. Se puede hablar y trasladar conceptos como la simetría, el orden, la batalla con su secuela de audiencias, riesgos y estrategias y sobre todo la previsión. Tener veinte movimientos en la memoria, escoger el más favorable y mostrar el juego con absoluta frialdad. Este término ocupa un lugar inevitable en cualquier mención al trabajo de Kubrick. Se habla de una frialdad deliberada, de una visión distanciada, ajena a lo que está ocurriendo, lejana, remota, que corresponde a la de un «voyeur» oculto que se resiste a entender los problemas del personaje y se limita a contemplarle con cierta acritud, sin conmovirse con lo que le pueda ocurrir. Curiosamente, a esta usual interpretación de algunos de los trabajos de Kubrick se opondría, cuenta el biógrafo, la elección del tema de su última película. Basada en una novela de Schnitzler titulada *Traumnovelle (Novela de un sueño)* colocó al director frente a una novedad. La titula *Eyes Wide Shut*. Digamos que esta historia de un médico vienés, su esposa y las fantasías de ambos, corresponde a un mundo intimista y habrá dado origen a una película quizá no tan perfecta como las anteriores, pero sí más humana. El tiempo completará el alcance de esta conjetura.

Esta biografía es una buena muestra del progreso de la potencia creadora de un hom-

bre. Habla entre líneas de la complejidad de una profesión invadida por los medios de comunicación, atenazada por la publicidad, rebosante de vanidades y cercada por la estupididad. En esta ciénaga supo desenvolverse Kubrick confiando en sus facultades y concentrándose ferozmente en su trabajo.

Durante años albergó el propósito de dedicar una película a la vida de Napoleón. Sin pretensiones de establecer relación alguna entre ambos personajes podemos permitirnos pensar en el poder que tuvo cada uno en su mundo y su manera de ejercerlo. También existe una coincidencia en la enorme concentración que a lo largo de su vida les mantuvo pendientes de sus particulares obsesiones, sin permitirse un mínimo descanso. En la soledad de Kubrick hay horas y horas de trabajo minucioso y eso es lo que hacía llegar al espectador a través del impecable rigor de sus películas.

Con su muerte desaparece otro de los grandes. Y el mundo del cine se queda un poco huérfano y más perdido si cabe en medio de los focos, los publicistas, los falsos profetas y las mentiras del negocio. Kubrick fue grande porque siempre luchó por hacer un cine mejor. A ello dedicó su vida. Fue único y su personalidad y rigor nunca se repetirá.

En una ocasión no pudo reprimir el impulso irresistible de contestar a un joven universitario que pretendía entrar en la profesión. Su conocida reserva se rompió. Dijo algo así: «Puedes ser un día un director tan grande como yo si opones toda tu energía hasta el límite contra cualquier intento por imponer a tu trabajo una voluntad que no sea la tuya».

Así era Kubrick. □

RESUMEN

El director Mario Camus considera que el cineasta norteamericano Stanley Kubrick, fallecido el pasado mes de marzo, fue un hombre misterioso, excéntrico, lleno de talento y de genio, que vivió alejado del mundo del cine y del mundo en general. Sólo dejó sus

películas. La coincidencia de la publicación en España de una biografía de Kubrick de la que es autor John Baxter con su desaparición le da ocasión al comentarista de adentrarse por su vida y por su obra, que se iluminan lentamente en este ensayo biográfico.

John Baxter

Stanley Kubrick

TB Editores, Madrid, 1999. 398 páginas. 3.495 pesetas. ISBN: 84-930065-4-8.

SUMARIO

	Págs.
«Stanley Kubrick, un director lleno de talento», por Mario Camus, sobre <i>Stanley Kubrick</i> , de John Baxter	1-2
«Exportar la revolución», por Miguel Artola, sobre <i>Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España 1919-1939</i> , de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo	3
«Ética, psicoanálisis y filosofía de la religión», por Javier Muguerza, sobre <i>Freud, crítico de la Ilustración</i> , de Carlos Gómez Sánchez	4-5
«La investigación en el próximo milenio», por José María Mato, sobre <i>What Remains to be Discovered: Mapping the Secrets of the Universe, the Origin of Life, and the Future of the Human Race</i> , de John Maddox	6-7
«Logros en la biología del desarrollo», por José Antonio Campos-Ortega, sobre <i>Master Control Genes in Development and Evolution: The Homeobox Story</i> , de Walter J. Gehring	8-9
«De mujeres que escriben», por Agustín García Calvo, sobre <i>Falling slowly</i> , de Anita Brookner, y <i>A hard time to be a father</i> , de Fay Weldon	10-11
«El alma de Garibay», por Francisco Rico, sobre <i>Obras completas, I: Poesía</i> , de José María Valverde	12

Exportar la revolución

Por Miguel Artola

Miguel Artola (*San Sebastián, 1923*) es *emérito de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid. Es Premio Nacional de Historia 1992, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, académico numerario de Historia y ha sido presidente del Instituto de España. Entre sus obras pueden citarse Los orígenes de la España contemporánea, Antiguo régimen y revolución liberal y La monarquía de España.*

La historia de Europa muestra una tendencia a la homologación de sus formas políticas y organización social. El absolutismo monárquico y la sociedad basada en el privilegio caracterizan el siglo XVIII, el Antiguo Régimen. La revolución liberal —régimen constitucional e igualdad de derechos— fue el patrón al que se sumaron a lo largo del siglo XIX los países continentales; y la larga confrontación entre capitalismo y socialismo se resolvió finalmente en favor de la primera de las opciones. La experiencia revolucionaria se produce en el ámbito de un Estado y se comunica a los vecinos hasta el punto en que los regímenes y las sociedades se organizan de acuerdo con principios comunes. La confrontación entre el país que vive la revolución y los que la contemplan con temor da lugar a la aparición en el primero de programas políticos antagónicos: unos consideran posible el triunfo de la revolución en un sólo país y otros concluyen que sólo su generalización puede garantizar la victoria. Los «girondinos» crearon comités de propaganda para inducir a la revolución a la opinión pública de los estados a los que podían alcanzar con los medios a su disposición, en tanto los «jacobinos» defendieron victoriosamente la revolución en Francia. Los bolcheviques se dividieron entre los partidarios de la revolución continental, «...la revolución socialista no puede alcanzar su cumplimiento dentro del marco nacional» (Trotsky), y los que defendían la construcción del «socialismo en un solo país» (Stalin).

El triunfo de una u otra opción se ve influido por la actitud de los países vecinos. Si combaten la revolución con las armas pueden provocar resultados no queridos. Los triunfos de los revolucionarios franceses permitieron la ocupación militar y la constitución por el «Directorio», entre 1796 y 1799, de cierto número de Repúblicas, que recibieron Constituciones semejantes a la francesa del 95, y los reinos bonapartistas se inspiraron en la del Consulado (1799), con sólo introducir la monarquía. La posibilidad de una extensión armada de la revolución bolchevique, detenida ante Varsovia en 1920, no se repitió hasta 25 años después en que se formaron las «repúblicas populares». En tanto Stalin llevaba a cabo la revolución en la URSS, la exportación revolucionaria estuvo a cargo de la «III Internacional», nombre que compartieron con la asociación de partidos socialistas nacionales, a pesar de que la organización de partidos comunistas, más conocida como «Comintern», era una institución soviética responsable de la acción revolucionaria internacional de 1919 al 43. El efecto de la constitución de la «Comintern» fue la aparición de pequeños partidos comunistas, salidos de las agrupaciones socialistas: la «Liga spartakista» en Alemania, el partido comunista de Francia (1920) y los de España, Italia y China (1921), que dieron consistencia a la nueva organización, a cuyas directrices sometieron su acción.

«Matroshka», la muñeca rusa que esconde otra en su interior y ésta otra más pequeña hasta el punto que la habilidad del

artesano lo permite, es la imagen que utilizan los autores para caracterizar la «III Internacional». Tras la apariencia exterior de la organización de partidos comunistas, iguales por su condición nacional, se descubre una oficina del aparato comunista de la URSS, con conexiones, que la hacen depender de las oficinas del PCUS y del Estado soviético, que aporta los servicios de seguridad y los medios económicos. En teoría, el «Congreso» es la asamblea de representantes de los distintos partidos comunistas, 52 países en el III Congreso en 1921. Procedían de éste dos tipos de oficinas: el «Secretariado político» y los territoriales, que el VI Congreso (1928) fijó en 11, mediante la agregación territorial de los partidos. La «Comisión política», una emanación del secretariado político, era el centro de decisión en tanto cada uno de los territoriales era la organización ejecutiva, que dirigía la acción de los partidos de una de las áreas. Los vínculos entre el centro y los partidos nacionales eran dobles, gracias al intercambio de delegados entre las oficinas centrales. Cada partido tenía un representante en el Secretariado, cuyo trabajo se limitaba a preparar informe tras informe y en plazos perentorios, sin contribuir a la toma de decisiones. En sentido contrario la «Comintern» mantenía un delegado, ocasionalmente varios, que asumía, en su nombre, la dirección de un partido, bajo las apariencias de una soberanía aparente en los Congresos y elecciones de cargos. En tanto los cambios de línea dependían de las decisiones de los líderes internacionales —Stepanov, Manuilsky o Togliatti—, su ejecución estuvo en manos de figuras locales, que no pudieron conservar el poder cuando se resistieron a Moscú —Bullejos—, o en las de delegados agentes extranjeros como el argentino Codovilla, dirigentes que no líderes por su extranjería. Los autores describen el carácter asimétrico del intercambio: «mientras el representante del partido en el Secretariado asumía el carácter de un escolar que ha de cumplir unos deberes precisos». El conocido como «Secretariado romano», por el origen latino de las lenguas de los partidos, estaba compuesto por un «buró» de cinco miembros con un responsable —en 1931, Stepanov—, asistido por dos agentes que comunicaban con órganos superiores —Manuilski y Vassiliev— y un pleno de 19 colaboradores. El control del partido se completaba con la convocación a Moscú, habitualmente en momentos de crisis, a la cúpula del partido para informar directamente al secretariado. Dado que las crisis requieren soluciones inmediatas, dejaba al partido sin cabeza en los momentos más difíciles.

Influencia soviética

La acción de la «Comintern» descubre el contagio de las ideas, pasiones e intereses de la influencia soviética sobre la Internacional comunista. El análisis de la experiencia revolucionaria bolchevique había llevado a confundir la importancia del «partido», que había llevado a cabo con éxito la conquista del poder, con la intervención de los «soviets», organizaciones locales controladas por los bolcheviques, cuyo congreso había servido para legitimar su poder. La exportación del supuesto modelo bolchevique, prescribió la constitución de «soviets» como instrumento de la revolución, sin tener en cuenta las posibilidades de cada país. Apenas unificados en 1921 los dos partidos fundacionales, se produjo el golpe de Primo de Rivera y la prisión de cierto número de dirigentes. El liderazgo de Maurin quedó truncado por tres años de cárcel (1924-27) y por la designación de Bullejos por parte



Un cartel de la guerra civil española.

de la «Comintern». La urgencia por contar con un partido de masas, impuesta por la voluntad revolucionaria de los promotores de una nueva república soviética, no dejaba más medio que la incorporación de o la penetración en alguna de las agrupaciones existentes —CNT, PSOE— o en sus organizaciones especializadas: sindicatos o juventudes.

El relevo de Bujarin en el X Pleno (1929) y el fin de la Dictadura marcaron un punto de inflexión. La descalificación de los partidos proletarios, acusados de «social-fascismo», estaba al servicio del crecimiento propio e impuso la táctica de «clase contra clase», en tanto Stepanov, al asumir la dirección del Secretariado romano, señaló como objetivo último el «gobierno obrero y campesino». La disolución de la CNT por la Dictadura pareció que daba una oportunidad para su reconstrucción bajo control comunista, aunque los resultados se limitaron al ingreso en 1927 de unos cuantos directivos sevillanos. En los cinco años siguientes, el dogmatismo revolucionario hizo que el Partido combatiese a la República. La falta de resultados provocó la expulsión de Bullejos y su equipo en el otoño del 32. José Díaz le sucedió en la secretaría general, sometido a la voluntad de Codovilla, delegado de la «Comintern» hasta 1937. La llegada de Hitler al poder representaba una amenaza potencial para la existencia de la URSS y la línea política que Dimitrov impuso a los partidos comunistas fue la colaboración en la lucha antifascista. Al incorporarse a las «Alianzas obreras», los comunistas participaron en la Revolución de Octubre y tras su fracaso aprovecharon los medios económicos procedentes del exterior, el «Socorro Rojo Internacional», para ayudar a las familias de los presos sin tener en cuenta su filiación, en tanto la estancia en la cárcel dio ocasión para ganarse a los

desencantados. La nueva línea política, el «Frente popular», iniciada por Thorez en Francia, suponía un desplazamiento del centro de poder, al plantearse como una unión por la base en vez de un pacto entre partidos, hasta que Togliatti impuso la aceptación de un pacto entre iguales para contener a la derecha y José Díaz expuso la nueva doctrina, con la limitación que representa la fórmula del «Bloque popular antifascista». Las ilusiones revolucionarias que encubría el Bloque fueron finalmente abandonadas para firmar el manifiesto electoral del Frente Popular, en una posición subalterna, representados por el PSOE en la mesa de discusión.

Diversidad de objetivos y políticas

El fracaso del asalto al poder en julio del 36 y la división resultante del territorio convirtieron la acción militar en guerra civil, en la que se produjo un corrimiento hacia la izquierda de los gobiernos republicanos. La participación comunista en el gobierno de Largo Caballero y en la organización de milicias —5º Regimiento—, la asistencia del comunismo internacional en hombres —Brigadas internacionales— y la del gobierno soviético en asesores y armas, proporcionó a los comunistas poder y responsabilidad, hasta colocarlos en una situación tan incómoda como difícil. La diversidad de objetivos y políticas entre los partidos que formaron el bando republicano en la guerra civil no permitió la movilización de todos los recursos bajo una dirección política, y sin ésta no cabía llegar al mando único, defendido por los comunistas. Las varias guerras que se libraron durante la guerra llevaron a los comunistas a liquidar con las armas la fuerza de la CNT para establecer la prioridad de la guerra frente a la revolución, en tanto el asesinato de Andrés Nin era el resultado de la obsesión anti-trotskista de Stalin. El mantenimiento de la guerra, cuando otros partidos habían aceptado la derrota, les valió el calificativo de «partido de la guerra», en tanto el intento de convocar elecciones generales en plena campaña levantó la sospecha de que buscaban una dictadura. Los desacuerdos y la desconfianza contribuyeron a la derrota final.

El resumen comentado que ofrecemos no puede ni pretende resumir una obra, que se distingue de otras por la abundante documentación procedente de los Archivos de la «Comintern». Su realización ha exigido a los autores repetidos desplazamientos a Moscú para consultar y negociar el acceso a los fondos, que a lo largo de estos años se han cerrado progresivamente. La aportación de nuevas fuentes es fundamental, pero lo que determina la calidad de la obra es la capacidad de los autores para ofrecer un modelo que reconstruye la complejidad del sistema, ofrece las noticias de su acción y la sitúa dentro de una época de particular relevancia de nuestro pasado. □

RESUMEN

Los partidos comunistas hasta la II Guerra Mundial, recuerda Miguel Artola, estuvieron sometidos a la dirección y al control de la «Comintern», una organización internacional mediatizada por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). El delegado de la III Internacional asumía res-

ponsabilidades que se confundían con la dirección del Partido de acuerdo con las líneas fijadas en Moscú y las interpretaciones de su agente. A partir del aparato de poder se ofrece, en este libro, una lectura de la historia del Partido Comunista de España (PCE) hasta el fin de la guerra civil.

Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo

Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España 1919-1939

Planeta, Barcelona, 1999. 532 páginas. 3.400 pesetas. ISBN: 84-08-02222-9.

Ética, psicoanálisis y filosofía de la religión

Por Javier Muguerza

Javier Muguerza (Cádiz, Málaga, 1939) es catedrático de Ética en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Entre sus últimos libros figura *Ética, disenso y derechos humanos* (En conversación con Ernesto Garzón Valdés). Es editor del volumen *Ethik aus Unbehagen* (25 Jahre ethische Diskussion in Spanien).

No hace aún un par de lustros tuve ocasión de publicar en alemán una sucinta antología de la ética española reciente en la que, como suele decirse, eran sin duda todos los autores que estaban recogidos en la misma, aun cuando, por desgracia, no pudieran estar en ella todos los que indudablemente eran. Bajo el subtítulo de *Veinticinco años de discusión ética en España*, la selección se abre con un texto de José Luis Aranguren de mediados de los sesenta y se cerraba, a lo largo de los ochenta, con otros tantos textos de Gabriel Bello, Victoria Camps, Adela Cortina, Esperanza Guisán, José Rubio Carracedo, Javier Sádaba, Fernando Savater, Carlos Thiebaut y Amelia Valcárcel, todos los cuales daban testimonio de la espléndida salud de que gozaba la filosofía moral de nuestro país por esas fechas. De que dicha salud no ha decaído darían hoy testimonio los apuros del antólogo de turno que tratase de hacer justicia, sin duplicar al menos el número de páginas de mi volumen, a las jóvenes promesas que entre nosotros prefiguran ya una nueva hornada de filósofos morales destinada en su día a recoger la antorcha de sus mayores.

Carlos Gómez Sánchez, el autor del libro que paso a comentar (*Freud, crítico de la Ilustración*), no es exactamente una promesa sino una bien madura realidad, y su trabajo se ha venido desarrollando en los últimos años en torno a tres centros principales de interés, como son, a saber, la propia ética, el psicoanálisis y la filosofía de la religión.

Los tres motivos se dan cita en esta visión suya de Freud en la que el fundador del psicoanálisis es presentado como un «crítico de la Ilustración», donde el genitivo subjetivo no dejaría de hacer de Freud el «ilustrado» que en efecto fue y el genitivo objetivo acabaría haciendo recaer la «crítica» en cuestión sobre la Ilustración misma que hubo de posibilitarla. De modo más específico, Carlos Gómez articula su interpretación de Freud precisamente a través de la crítica psicoanalítica de la religión, por un lado, y de la moral —así como la política y, generalizando, la cultura— por el otro. Mientras que el Freud crítico de la religión oficiaría como un ilustrado de la llamada «primera Ilustración», impregnada en cuanto tal del espíritu de la modernidad, el Freud crítico de la moral aparecería en cambio como un representante de lo que a su vez se ha dado en llamar la «segunda Ilustración», esto es, aquella cuya suspicacia, que permitiría a Freud alinearse en un frente común con Marx y Nietzsche, se extiende asimismo a la modernidad y hasta cabría decir que constituye un anticipo de lo que andando el tiempo vino a caracterizarse como la post-modernidad. Otra manera aproximada de expresar esto último, por la que Carlos Gómez da la sensación de inclinarse, consistiría en atribuir la crítica freudiana de la religión a la herencia positivista de la Ilustración, en tanto que la crítica freudiana de la moral tendría que ver no poco con su herencia romántica, en el bien entendido de que el Romanticismo, o por lo menos un cierto Romanticismo, no es sino la otra cara de la Ilustración o, por lo menos, de una cierta Ilustración.



STELLA WITTENBERG

Comoquiera que sea, tanto la crítica de la religión como la crítica de la moral llevadas a cabo por Freud ejemplifican, cada una a su manera, la «herida narcisista» infligida por el psicoanálisis a nuestro orgullo de especie, herida que según él se añadiría a las causadas con anterioridad por Copérnico y Darwin. Así como el heliocentrismo y el evolucionismo nos apearon de cualquier rango de privilegio en lo tocante a nuestros orígenes o nuestra ubicación en el cosmos, el psicoanálisis habría vuelto a humillarnos al remitir las manifestaciones más sublimes de la conciencia humana a los bajos fondos de nuestra vida inconsciente. Para llevar a cabo semejante hazaña, el psicoanálisis no ha precisado tanto someterse a las severas exigencias de una metodología científica estricta, si existe cosa tal en los dominios de las ciencias humanas, cuanto echar mano de una serie de recursos hermenéuticos mediante los cuales interpretar fenómenos por el estilo de nuestros sueños individuales o de esos sueños colectivos que son los mitos de nuestra cultura, dando satisfacción de esta manera a la demanda de sus contemporáneos, esto es, de seres como nosotros que, en palabras de Ricoeur, todavía no hemos acabado de hacer morir los «ídolos» y apenas hemos comenzado a entender los «símbolos».

Entre Eros y Ananké

De acuerdo con lo que antes se aventuraba, la crítica freudiana de la religión puede parecer deudora de prejuicios científicos que la achatan y la aplanan, mas sin por eso convertirla en simplista. Desde *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas* (1907) a *El porvenir de una ilusión* (1927), pasando por *Totem y tabú* (1913), Freud presta a la religión una atención sostenida, que todavía se prolonga en *El malestar en la cultura* (1930) y llega con *Moisés y la religión monoteísta* (1938) hasta el fin de sus días. En esas obras, la religión es abordada desde una doble perspectiva: la genética —como cuando se relacionan la ontogénesis

y la filogénesis de las creencias religiosas con la neurosis o los tabúes— y la funcional, como cuando se hace hincapié en las funciones que la religión desempeña en la economía psíquica de los individuos o los procesos culturales. Carlos Gómez reprocha al tratamiento freudiano del fenómeno religioso su reduccionismo, esto es, su tendencia al «no es más que», tendencia que se aprecia en la reducción de la creencia en Dios a la reproducción de representaciones infantiles de la figura paterna o, en general, en la reducción de la religión en su conjunto a la ilusión de la seguridad o del consuelo, cuando no al delirio y la alucinación onírica. Y le opone la distinción entre crítica genético-funcional y crítica sustantiva de la religión, dando a entender que la primera dejaría en todo caso intacta la cuestión de la legitimidad de la adhesión teórica o práctica a tal o cual cosmovisión de tipo religioso, como, pongamos por ejemplo, la cristiana. La observación es pertinente, pero nada nos dice, desde luego, sobre cómo sustantivamente legitimar la opción por el teísmo frente al ateísmo o la opción por el «Ama a tu prójimo como a ti mismo» frente al «Teme a tu prójimo como a ti mismo» o al «Ama a tu enemigo, pero sólo después de verlo colgar de un árbol». De ahí que personalmente encuentre más prometedora otra línea de argumentación que lleva a Carlos Gómez a insistir en la ambivalencia funcional de la religión: así como no han faltado marxistas que insistieran en que la religión admite otras funciones que las que Marx le asignó un día —la religión no sólo tendría por cometido paralizar la lucha contra la injusticia, sino podría antes bien contribuir a estimularla—, tampoco un seguidor de Freud tendría por qué limitarse a ver en ella una evasión compensatoria de la dureza de la realidad sino, por el contrario, podría interpretarla como una invitación simbólica a transformar esta última en una realidad más deseable. Lo que aún es más, Carlos Gómez se pregunta por qué Freud, tras escribir un *Más allá del principio del placer* (1920), no escribió un *Más allá del principio de realidad* que, sin negar la realidad, nos

libere de la resignación a lo supuestamente inexorable y abra un espacio entre «Eros y Ananké», entre nuestros deseos y la necesidad, que es en lo que en definitiva habría de consistir «Eleuthería», esto es, el reino de la libertad y lo posible. Pero la llave de ese reino no hay que buscarla ya en la religión sino en la ética, lo que nos lleva ahora a ocuparnos de la crítica freudiana de la moral.

¿Más allá del principio de realidad?

Como cabría haber esperado, la crítica de Freud a la moral se enmaraña hasta rozar lo inextricable, pues su protagonista es el Freud doblemente ilustrado que antes veíamos, es decir, el Freud de la primera y la segunda Ilustración, el Freud positivista y el romántico, el Freud proclive a reducir la moral a pura y simple represión y el Freud que desconfiaba a renglón seguido de una reducción de esa índole, pero sin acabar de conceder abiertamente que la moral, transida a su vez del malestar que afecta a todos los productos de la cultura, encierre en sí un auténtico potencial de emancipación. De tal Freud que a ratos bordea incluso la incoherencia, como cuando tiende a excusar cualquier género de conducta en base a los condicionamientos que la explican causalmente pero insiste al mismo tiempo en que hemos de responsabilizarnos nada menos que de lo que soñamos, se ha podido concluir que es «un Freud antinómico» en un sentido parecido a aquel en que Kant lo era. Su pensamiento, lejos de retroceder ante las aporías a que dan lugar siempre las contradicciones, prefiere hacerse cargo de la tensión irresoluble entre los elementos opuestos que las constituyen en vez de decidirse unilateralmente por uno de ellos o desvirtuar su oposición mediante el truco de una síntesis dialéctica.

Carlos Gómez es consciente de dichas dificultades y nos advierte de la complejidad



Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

de la tarea a la que se enfrenta. Para hacerlo así acude a una estrategia similar a la aplicada en su aproximación a la crítica freudiana de la religión. Como en el caso de ésta, la crítica de la moral desarrollada en obras tales como *La interpretación de los sueños* (1900), *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), *Introducción al narcisismo* (1914), *Duelo y melancolía* (1917), *El yo y el ello* (1923) o *La disolución del complejo de Edipo* (1924), además de las antes citadas *Totem y tabú* y *El malestar en la cultura*, es una crítica genético-funcional. Pero el enfoque genético y funcional de los procesos de idealización, sublimación e identificación que hunden sus raíces en los impulsos libidinales cuya satisfacción reclama el ello, o de los cometidos autoritarios, culpabilizadores y punitivos desempeñados por el superyó, no agota el ámbito de consideración posible de la moralidad. O, con otras palabras, el estudio psicológico de la génesis y las funciones de nuestros preceptos morales es cosa muy distinta del examen ético, esto es, filosófico, de los problemas de su fundamentación o su justificación.

Ello no implica en modo alguno la irrelevancia del psicoanálisis freudiano desde el punto de vista de la ética. Como alguna vez se ha señalado, Freud nos enseñó a «sospechar de nuestras virtudes» y a «ser más indulgentes con nuestros vicios», lo que supone una contribución nada desdeñable al ajuste canónico de una moralidad equilibrada. Carlos Gómez, en esta vena, valora altamente la ducha fría a la que Freud sometió a nuestras fantasías de omnipotencia, rebajando de esta manera, entre otras cosas, nuestras ínfulas morales. Son esas fantasías las que han llevado a algunos filósofos morales a describir el fenómeno cultural que conocemos como la «muerte de Dios» –y que los sociólogos acostumbran a describir, más sobriamente, como «proceso de secularización»–, a la manera de un tránsito desde la perspectiva «de potentia Dei absoluta» a la perspectiva «de potentia hominis absoluta» que consagra la «autonomía moral del individuo», tránsito que sería el que ha marcado la trayectoria de la ética moderna de Kant a Sartre y el existencialismo, sin olvidarnos, claro está, de Nietzsche. Pero, como Carlos Gómez apunta, la autonomía del sujeto moral no es autosuficiencia o autarquía, de suerte que su libertad, en cuanto diferente del mero capricho o la arbitrariedad, resulta inseparable de la perspectiva de los otros y exige al menos plantearse la cuestión de la universalizabilidad de las normas morales, tal y como lo ha subrayado con insis-

tencia el giro comunicativo de la ética contemporánea. De lo contrario, la «muerte del padre» equivaldría a la prolongación en nosotros de la «fantasía del padre omnipotente», con las fatales consecuencias que ya previera Freud para nuestra simple constitución como sujetos, no digamos como sujetos morales. Y, prosiguiendo con la cuestión de la autonomía, el apartado que en el libro que comentamos se dedica al sujeto y a la absolutización de su deseo en la propuesta de una ética del psicoanálisis por Lacan es de los que no tienen desperdicio.

Puesto que en Freud no hay rastro, al parecer, de esa clase de veleidades, la tarea de trascender la crítica de la moral y el propio psicoanálisis freudiano se erige en un desafío para la ética. Pero eso es justamente lo que entraña la idea de ir «más allá del principio de realidad», esto es, más allá del riguroso atemimiento a lo que hay en el mundo real o lo que éste es –el territorio al que Freud circunscribía con exclusividad su programa psicoanalítico– para pasar a interrogarse, como sugiere Carlos Gómez que legítimamente cabría hacer, por lo que pensamos que debiera ser ese mundo o que debiera haber en él. A estos efectos no se apoya en quienes, más o menos desde dentro del psicoanálisis, han pretendido complementarlo echándole agua al vino como Fromm o incrementando su gradación de alcohol a lo Marcuse, sino procede a contrastar su reclusión en el principio de realidad con ese feroz crítico de Freud que aparentemente fue Bloch, por más que su ferocidad no alcance a ocultar las complicidades que evidentemente le unían en tanto que hijos de un mismo espíritu del siglo. El filósofo de la utopía que era Bloch propendía a descalificar la interpretación freudiana de los sueños, en la que no veía sino una morbosa delectación en las obscuridades nocturnas de una burguesía decadente, y propugnaba en cambio la concentración de nuestra atención en los sueños diurnos de un mundo mejor, de los que habrían de alimentarse la esperanza de una transformación revolucionaria de la sociedad así como la resolución de ponerla en marcha. Carlos Gómez no comparte la descalificación blochiana del psicoanálisis, ni tampoco el frenesí del «páthos» que la anima, pero opina que ni siquiera tiempos disutópicos como los actuales tendrían por qué desalentar la ampliación de la realidad involucrada en la realización de nuestros ideales morales. La responsabilidad de esa realización no podrá recaer sino en el yo consciente –a mitad de camino entre la

amoralidad del ello y la hipermoralidad del superyó, como en efecto corresponde a la subjetividad moral–, cuya esfera de acción, en la que según Freud ha de reinar el «lógos», es también el lugar donde significativamente encuentra asiento el principio de realidad. En el esfuerzo racional por ir, desde él, más allá de él estriba, en fin, la forja de nuestro «éthos», tanto a título personal como social. Entre ética y psicoanálisis no tendría por qué haber, en consecuencia, incompatibilidad. No la hay, en efecto, por el hecho de que la ética prescriba tratar al ser humano como un fin en sí mismo, o proscriba tratarle sólo como un medio, mientras que Freud advierte que la agresividad humana nos impulsa más bien a instrumentalizar a nuestros semejantes, haciéndolos objeto de opresión política, explotación económica o abuso sexual. El «pesimismo antropológico» freudiano muy probablemente no peca sino de realista, pero la insistencia de la ética en la obligación de realizar nuestros ideales morales no la convierte en idealista, pues para nada comporta un ingenuo «optimismo» ni presupone una fe ciega en una harto improbable disposición humana a cumplir con aquella obligación. Mas si, en definitivas cuentas, el psicoanálisis tratara de cuestionar las competencias de una ética que da las del psicoanálisis por incuestionadas, podemos estar seguros de que Carlos Gómez se decantaría sin reservas por la ética.

Y tengo para mí que haría otro tanto en caso de conflicto entre ética y filosofía de la religión, el tercero de los motivos de su producción que registrábamos al comienzo. Así parece desprenderse, en cualquier caso, de su rechazo de la posición de Kolakowski cuando éste, tras asociar a Freud con la Biblia y recordarnos que «el tabú reside en el reino de lo sagrado», cuestiona la autonomía de los sujetos morales y propugna sustituirla por la heteronomía de un orden de tabúes

de inspiración religiosa, ante la que no habría en rigor otra alternativa que la del caos moral. Freud, a decir verdad, no llegó nunca tan lejos, y por más que ligara los orígenes de la religión y la moral en el drama del Edipo primordial, lo cierto es que ello no le indujo a estrechar esos lazos sino, por el contrario, a tratar de desanudarlos.

Pero retornemos, antes de concluir, a mi ya mentada antología alemana de nuestra ética reciente. Su título rezaba *Ética desde el descontento*, descontento alusivo a los tiempos sombríos de la dictadura y sus duraderos efectos, todavía perceptibles durante un buen trecho de nuestra transición a la democracia. En alemán, *Ethik aus Unbehagen*, donde «Unbehagen» podría igualmente bien, si acaso no mejor, ser traducido por «malestar», como en la traducción del título original de Freud *Das Unbehagen in der Kultur*. En nuestro caso, el malestar o el descontento eran más machadianos que freudianos y tenían que ver con la sentencia de Juan de Mairena según la cual «Del ser saben todos los seres, hombres y lagartijas; del deber ser lo que no se es, sólo tratan los hombres... Es el descontento, amigos queridos, la única base de nuestra ética». Un descontento que hubo de convertirse, por aquellos años, en el más poderoso de los acicates para el inconformismo ético, pero que alguien podría temer que se hubiera desvanecido con el paso del tiempo, trocando dicho inconformismo en adocenamiento.

Este libro de Carlos Gómez Sánchez da un buen mentís a semejante suposición, lo que no es el menor de entre sus muchos alicientes. Para resumirlos en tres palabras, se trata de un libro escrito con maestría, con hondura y, sobre todo, con voz propia. Y sólo me restaría añadir que es, a no dudarlo, uno de los mejores libros de ética publicados en nuestro país en esta década de los noventa con la que acaba el siglo y, por si fuera poco, todo un milenio. □

RESUMEN

Javier Muguerza comenta un libro sobre Freud, en el que es presentado como un «crítico de la Ilustración» y donde los tres centrales principales de interés del autor del ensayo (la ética, el psicoanálisis y la filosofía de la religión) se dan cita en esta visión que

ofrece del sabio vienés. Gómez Sánchez articula su interpretación de Freud a través de la crítica psicoanalítica de la religión, por un lado, y de la moral, por el otro, y consigue hacer un libro con maestría, hondura y, sobre todo, voz propia.

Carlos Gómez Sánchez

Freud, crítico de la Ilustración

Crítica, Barcelona, 1998. 260 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-7423-867-6.

La investigación en el próximo milenio

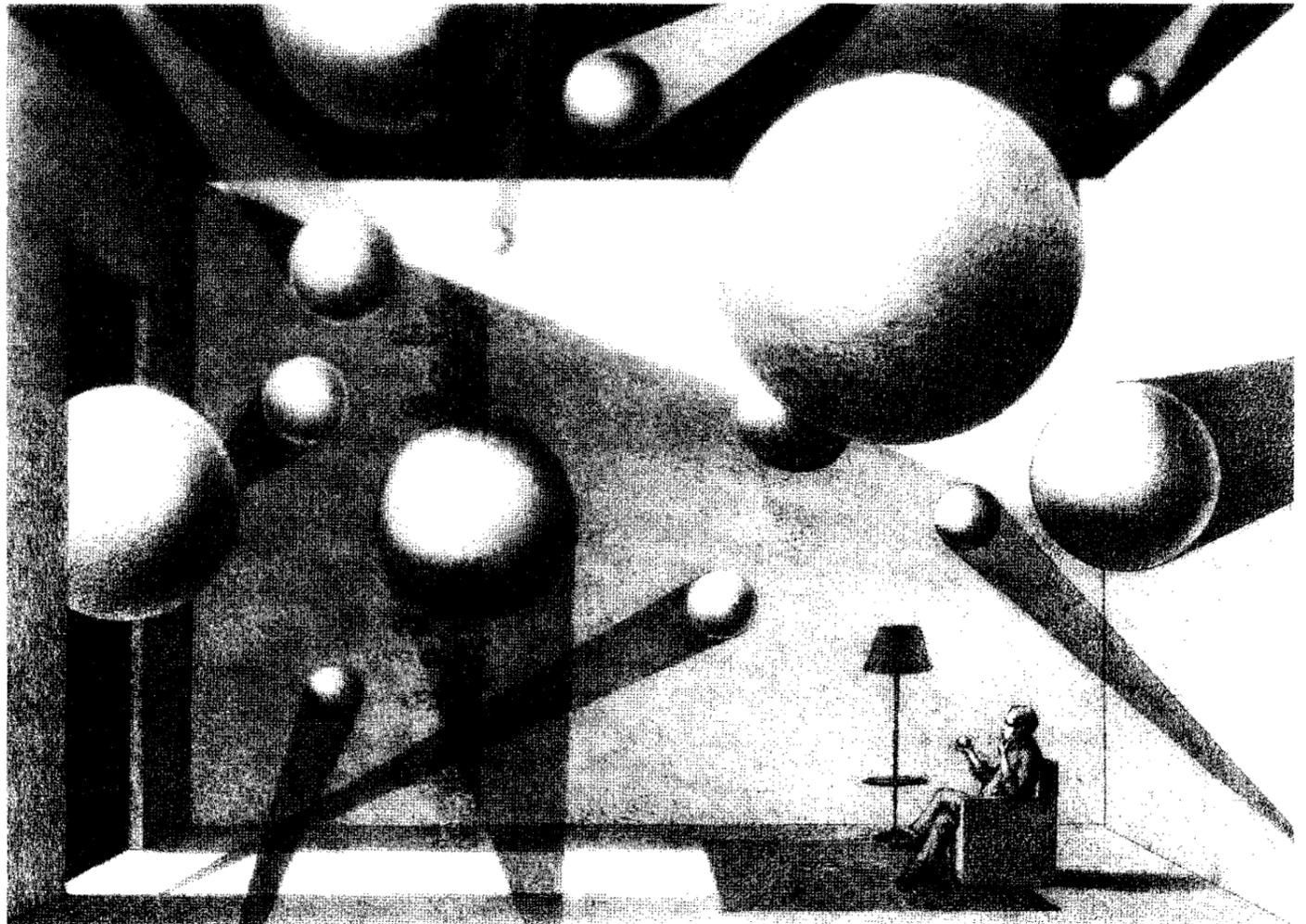
Por José María Mato

José María Mato (Madrid, 1949), bioquímico, hepatólogo, doctor por la Universidad de Leiden y por la Universidad Complutense de Madrid, ha sido Presidente del CSIC y miembro del Comité Internacional de Bioética de la UNESCO. Es profesor de investigación del CSIC, catedrático de la Universidad de Navarra, profesor honorario de la Universidad Thomas Jefferson de Filadelfia y miembro del Comité de Expertos sobre Bioética y Clonación de la Fundación de Ciencias de la Salud. Ha recibido los premios de investigación Kok (Holanda, 1977), Novo (España, 1987), Morgagni (Italia, 1988) y Lenox K. Black (Estados Unidos, 1994).

Con frecuencia se piensa que cualquier tiempo pasado fue mejor. ¿Pensamos lo mismo de la ciencia? ¿Que los mejores y más deslumbrantes descubrimientos en todas las ramas del saber se han producido ya? ¿Somos de la opinión que en el próximo milenio los investigadores se dedicarán a refinar y aplicar el conocimiento adquirido durante los últimos siglos? ¿O por el contrario pensamos que en el próximo milenio se producirán descubrimientos tan impresionantes como los que protagonizaron Galileo, Newton, Darwin, Einstein, Crick y Watson en este milenio? ¿Qué deja este milenio de más característico en el empeño y la capacidad del hombre por descubrir? ¿Qué queda por descubrir? Éstas son las preguntas que se hace John Maddox en su libro.

Como editor de la prestigiosa revista *Nature* durante 23 años, Maddox ha tenido una posición privilegiada, a través de sus conversaciones con investigadores de todo el mundo, para conocer las dudas, los sueños, las incógnitas que existen en las principales áreas del saber. Nadie puede predecir lo que se va a descubrir, ni siquiera de un año para otro. Pero sí es posible determinar, y es de lo que trata este libro, en qué áreas del saber nuestro conocimiento actual es incompleto y si estas fisuras son grandes o no. La ciencia sigue ocupándose de muchas de las preguntas que se plantearon por primera vez hace más de dos mil años. ¿Cómo se hizo el universo? ¿De qué está hecha la materia? ¿Qué es la vida? ¿Cómo se produce un pensamiento o un recuerdo? Pero la diferencia es que ahora para contestar a estas preguntas se exigen respuestas que hayan sido comprobadas experimentalmente. La comprobación de las teorías científicas mediante la experimentación rigurosa —un método iniciado por Galileo hacia 1580— es, sin duda, uno de los legados más importantes de este milenio.

La primera parte del libro de Maddox está dedicada al origen del universo y la materia. La ambición de los que tratan de comprender la estructura de la materia no es sólo conocer que está formada de quarks y leptones, sino por qué razón tienen las propiedades que se les atribuyen mediante la observación experimental. En la medida que une el origen de la materia con el del universo, esta pregunta ha estimulado enormemente a físicos de partículas y cosmólogos en los últimos ciento cincuenta años. A fin de cuentas, ¿no es una de las preguntas fundamentales de la ciencia disponer de una teoría única que dé cuenta de todos los fenómenos del mundo físico? El volumen de descubrimientos en este campo en el último siglo, dice Maddox, ha provocado el sentimiento de que el triunfo final está cerca. Y sin embargo en la descripción del mundo físico existen aún grandes huecos. El principal obstáculo es la fisura que hay entre las dos principales teorías de la física moderna: la mecánica cuántica, que describe el electromagnetismo y las fuerzas nucleares, y la relatividad general,



FUENCISA DEL AMO

la teoría de la gravitación de Einstein. Y esto implica que la ambición de explicar en una única teoría todas las fuerzas que puede haber en el universo tendrá que esperar. E incluso puede que requiera revisar la descripción actual de espacio, tiempo y materia. Otra consecuencia de este hueco en nuestro actual conocimiento del mundo físico es que no hay forma de describir en detalles los primeros instantes del origen del universo, el «Big Bang». Desde que Galileo observó con un telescopio por primera vez las lunas de Júpiter, el hombre ha utilizado la información que le llega en forma de luz o radiación desde el espacio para explicar cómo es el universo, cómo comenzó y qué posición ocupamos dentro de él. ¿Descubrirán los científicos del próximo milenio una nueva teoría que supere al «Big Bang»? ¿Sabremos cómo se produjo y qué la precedió, si es que hubo algo? Quizá no lo sepamos nunca, aunque la historia nos enseña que es imposible predecir lo que el ser humano es capaz de descubrir. Para Maddox la ciencia no tiene límites, y es sólo una cuestión de tiempo que estas grandes fisuras de nuestro saber se rellenen. En cualquier caso, y a pesar de sus limitaciones y las grandes preguntas que la teoría del «Big Bang» deja sin resolver, por primera vez en la historia de la humanidad hay ahora un modelo, apoyado en datos experimentales, de cómo se originó el universo. Y éste es otro logro impresionante del último siglo de este milenio.

El origen de la vida

La segunda parte del libro de Maddox está dedicada a la biología, al origen de la vida y al impresionante esfuerzo realizado durante las últimas décadas por describir los componentes responsables del funcionamiento de cualquier célula. El hallazgo más importante en biología de este siglo ha sido, por supuesto, la determinación, por Crick y Wat-

son en 1953, de que los genes son dobles hélices de DNA. La herencia tiene un doble aspecto: la transmisión de caracteres de una generación a la siguiente y la expresión de estos caracteres durante el proceso de diferenciación y desarrollo mediante el que un organismo se va construyendo a sí mismo. La transmisión de caracteres y su expresión fueron elegantemente unificadas al describir Crick y Watson la estructura tridimensional del DNA. Forma y función en el DNA son una misma cosa. Como consecuencia directa de la determinación de la estructura del DNA, el funcionamiento de una célula y los mecanismos de la herencia en animales y plantas se hicieron susceptibles a la experimentación. Pronto dispondremos del listado completo de los 100.000 genes humanos. ¿Pero cuándo será posible integrar este conocimiento en un modelo inteligible del comportamiento dinámico de cualquier célula? A menudo los científicos confunden descripción con comprensión. Gran parte de la moderna investigación en biología celular y molecular no es otra cosa que una descripción realizada con técnicas muy elegantes. Se han descrito decenas de genes implicados en procesos como la proliferación y diferenciación celular, o la comunicación entre unas células y otras, pero se conoce muy poco sobre cómo funcionan estos procesos. La gran ambición de los que tratan de comprender el funcionamiento de una célula no es sólo saber que durante un cierto proceso biológico están implicados ciertos genes; sino conocer por qué razón los productos de estos genes (las proteínas) tienen las propiedades que se les atribuyen, mediante la observación experimental, para controlar el desarrollo y diferenciación de un cierto órgano, la proliferación de una célula o su metabolismo, la respuesta inmune, etc. Suponemos que una proteína cambia su estructura cuando cataliza una reacción o se asocia con otra proteína. Pero no hay en la actualidad ninguna proteína sobre la que se tenga un conocimiento exacto de

su comportamiento dinámico cuando interacciona con otra proteína o un cierto ligando. Si en el futuro próximo no se desarrolla un procedimiento sistemático de resolver este problema, no podrá conseguirse una forma coherente de resolver una de las cuestiones más fundamentales de la moderna biología.

Muchas de las cuestiones en biología que hasta hace dos o tres décadas se tenían como exclusivamente de interés académico —entre otras la secuenciación del genoma humano y de microorganismos, la búsqueda de genes asociados a la enfermedad, el diseño de vectores para la terapia génica, etc.—, son ahora temas prioritarios para la industria farmacéutica. Ante esta situación se hace necesario que el sector académico reinvente su papel en la investigación biológica. Ha habido, en las últimas décadas, un excesivo interés por parte de los científicos y responsables de las instituciones académicas en buscar una rápida aplicación a sus investigaciones, aun a riesgo de abandonar su principal función: remodelar continuamente los fundamentos del conocimiento. Es necesario que la biología, las matemáticas y la física busquen lugares de encuentro desde donde desarrollar una nueva biología, cuantitativa y dinámica.

Otro de los grandes legados de este milenio es la teoría de la evolución desarrollada por Darwin en 1858. Ahora, casi un siglo y medio después de que el *Origen de las especies* apareciera publicado, está claro que la identidad de un individuo y las características de la especie a la que pertenece están determinadas en gran medida por su genoma. La cuestión de cómo la vida evolucionó se ha convertido, por lo tanto, en la pregunta de cómo los actuales genomas han adquirido sus características distintivas. Y, consecuentemente, puede investigarse la historia de la evolución estudiando y comparando los genomas de los organismos que existen en la actualidad. ¿Se podrá describir algún día en



Viene de la página anterior



detalle el curso de la evolución de la especie humana combinando la genética molecular con los estudios de paleoantropología clásica? ¿Llegaremos a saber cuáles fueron las ventajas del «Homo sapiens» sobre su coetáneo, el hombre de Neardental, para que este último desapareciera? Estas son otras de las preguntas a las que Maddox no tiene ninguna duda en dar una contestación afirmativa.

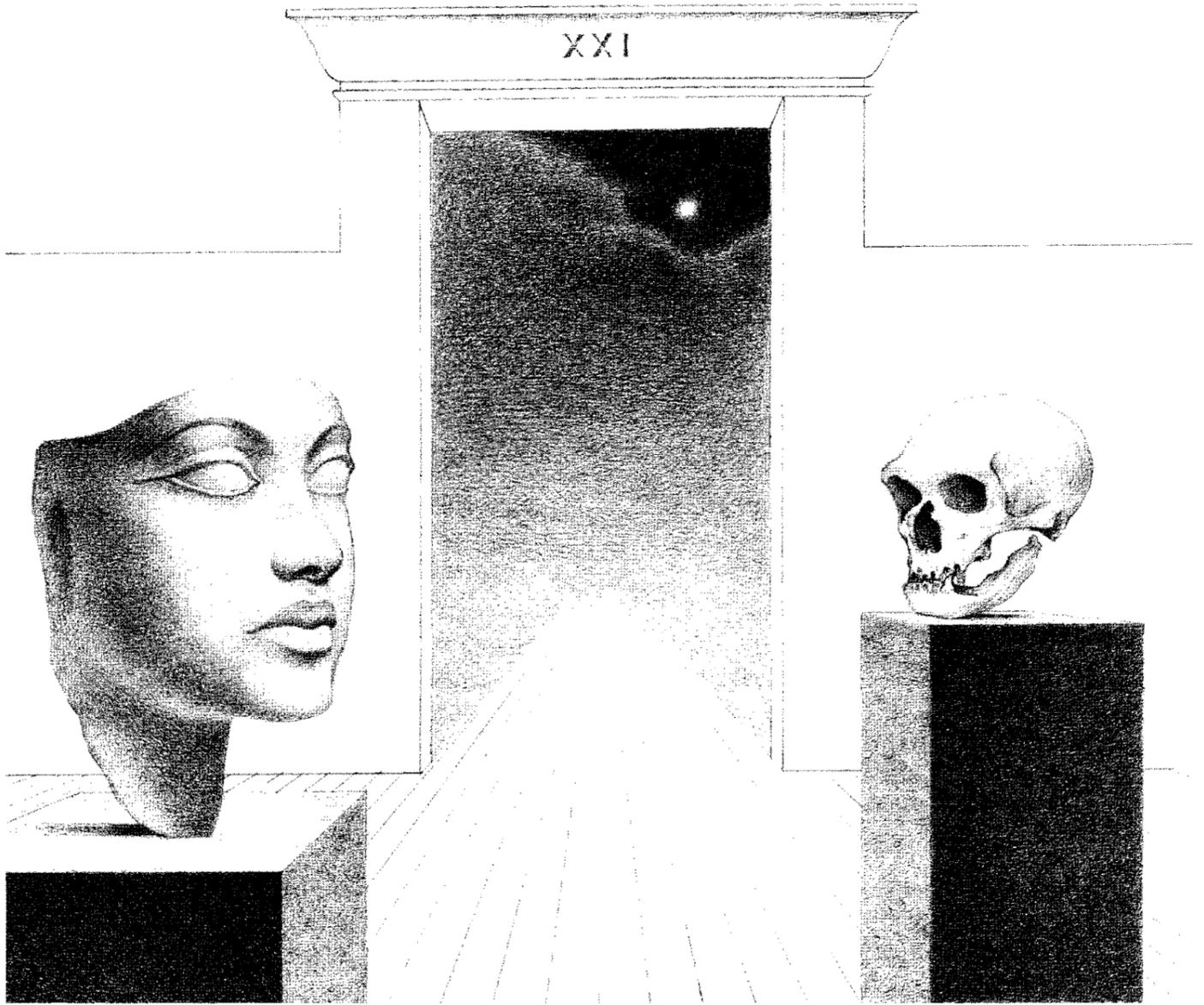
El origen de la vida en la Tierra es otro de los grandes misterios en biología. Sabemos que hace unos cuatro mil millones de años surgió la vida en la Tierra, pero desconocemos cómo ocurrió. ¿Será posible conocer cómo eran los mecanismos de replicación anteriores a la utilización del DNA (o el RNA) como material genético? ¿Cómo es la vida fuera de la Tierra, si es que existe? Quizá no lo sepamos nunca, aunque para Maddox, una vez más, no hay ninguna pregunta que la capacidad intelectual del hombre no pueda contestar, y augura que éstos serán algunos de los grandes retos científicos del próximo milenio.

Grandes preguntas en biología

Está claro que la lista de grandes preguntas en biología que no tienen actualmente contestación es enorme. Una de ellas es cómo funciona el cerebro. Desde el trabajo pionero de Cajal se ha avanzado de forma notable sobre la descripción del cerebro, pero apenas conocemos cómo funciona. No sabemos cómo se produce un pensamiento o un recuerdo, ni cómo hablamos. Para algunos científicos algunas de estas preguntas que tienen que ver con el funcionamiento del cerebro no son científicamente reducibles, pero esta misma sensación habría sido la que tendrían los coetáneos de Galileo en el siglo XVI si se hubiesen preguntado por la posibilidad de entender las bases de la herencia.

En 1936 Alan Turing, un estudiante de matemáticas en la Universidad de Cambridge, publicó un artículo en el que creaba una máquina teórica que podía encontrarse en distintos estados siguiendo una serie de reglas predeterminadas. Esta «máquina de Turing» conducía a un esquema de computación en el que está basado la estructura lógica de los ordenadores digitales actuales. El desarrollo de ordenadores electrónicos, a finales de los años 40, hizo pensar que se podrían diseñar circuitos electrónicos que simularan funciones del sistema nervioso humano, como la escritura o jugar al ajedrez, y el término Inteligencia Artificial se acuñó en 1956 para referirse a esta nueva disciplina de las matemáticas. Existen ya programas que permiten leer un texto impreso y es bien conocido que actualmente el campeón del mundo de ajedrez es una máquina, «Deep Blue-II». ¿Podrá alguna vez una máquina pensar? Después de su derrota, el campeón del mundo de ajedrez Garry Kasparov, comentó que había observado «algo de inteligencia humana» en la forma de jugar de «Deep Blue-II». Aunque el programa, para un gran maestro, se había convertido en una especie de persona, lo cierto es que no se ha aprendido casi nada sobre la capacidad cognitiva del hombre y sus métodos mediante la construcción de programas que juegan al ajedrez o traducen idiomas.

Maddox dedica otra parte de su libro a las matemáticas y cómo, principalmente desde el desarrollo del cálculo diferencial por Newton y Leibnitz, los matemáticos han convertido el cálculo en una poderosa herramienta para resolver los problemas de la física y, más recientemente, de la biología. Las matemáticas son, por su elegancia y poder de explicación, la más impresionante construcción intelectual de la mente humana.



FUENCISLA DEL AMO

¿Qué queda por hacer en matemáticas? ¿Se producirán en el próximo milenio descubrimientos en matemáticas tan impresionantes como los que protagonizaron Pitágoras, Euclides y Arquímedes hace más de 2000 años? ¿Aparecerán matemáticos en el futuro de la talla de Fermat, Descartes, Pascal, Galileo, Newton o Leibnitz? A diferencia de otras áreas del conocimiento, como la física o la biología, que tratan del mundo real y consecuentemente es más fácil saber lo que queda por descubrir (por ejemplo, cómo se originó la vida en la Tierra), las matemáticas son una construcción de la mente humana y resulta mucho más difícil enumerar lo que no sabemos. A comienzos del siglo XX el matemático Hilbert, en una conferencia que pronunció en París, enumeró los problemas que quedaban por resolver en matemáticas. Uno de ellos era el teorema de Fermat que ha sido resuelto recientemente. Otro era desarrollar un sistema formal que permitiese saber si cualquier proposición en matemáticas era verdadera o falsa. El sueño de Hilbert sólo duró tres décadas, ya que uno de los descubrimientos más importantes de los matemáticos en este siglo es que la mayoría de los problemas prácticos del mundo real no son lineales; es decir, no tienen una solución exacta. Esto tiene una desagradable consecuencia cuando se intentan explicar fenómenos naturales: es imposible estar seguro de que se han encontrado todas las soluciones posibles. Otra consecuencia de este hallazgo es que un sistema ordenado de ecuaciones puede dar soluciones que tienen un comportamiento desordenado. Este fenómeno ha recibido el nombre de teoría del caos. La teoría del caos, nos recuerda Maddox, explica cómo pequeñas perturbaciones en la atmósfera pueden crecer y ser dominantes, limitando las posibilidades de hacer predicciones meteorológicas a largo plazo; o cómo una pequeña ventaja competitiva en una determinada especie en un cierto ecosistema puede dar lugar a un rápido aumento de su población, seguido quizás de su desaparición al agotar los alimentos.

Aunque Maddox no enumera lo que queda por descubrir en matemáticas, quizá

por la fallida experiencia de Hilbert hace casi un siglo, sí deja claro que este área del saber seguirá siendo fundamental durante el próximo milenio para resolver los problemas que se planteen en física y biología y, consecuentemente, para comprender mejor el mundo.

Ficción científica

What Remains to be Discovered es un buen libro, en ocasiones espléndido, a veces muy imaginativo, de ficción científica. Pero la ficción científica, en este caso, tiene la misión de imaginarse cómo las decisiones que tomemos hoy, sobre qué preguntas en ciencia son importantes contestar, influirán en el tipo de mundo que habrá en el futuro. El mundo en el que vivimos hoy fue modelado por las decisiones del pasado. ¿Podría alguien haber anticipado que los trabajos de Avery sobre neumonía y de Hershey sobre fagos les llevaría a descubrir que el DNA es la sustancia de los genes? ¿Que la facultad de manipular y modificar el DNA iba a poner en marcha una revolución que ha cambiado para siempre la naturaleza de la biología y su papel en la sociedad? En el libro de Maddox las ideas son el mensaje. Y la idea principal es que las preguntas más importantes que quedan por contestar en matemáticas, física o biología son aquellas que, en el momento actual, no podemos ni imaginar. La aventura científica no ha terminado, ni su fin está

próximo. Si han cambiado algunas de sus reglas de juego. La importancia del conocimiento científico como motor de la economía de los países desarrollados ha hecho de la profesión científica una actividad global y enormemente competitiva, en la que cientos de investigadores en distintos países persiguen contestar las mismas preguntas. Como consecuencia, en el futuro no se producirán esas situaciones del pasado en las que un investigador era el único, el gran protagonista de un importante avance científico. El progreso científico se produce ya a pequeños saltos protagonizados por múltiples laboratorios. Además, para contestar a ciertas preguntas son necesarias grandes instalaciones (aceleradores de partículas, grandes telescopios) y en el diseño y análisis de los experimentos realizados con estos grandes equipos colaboran decenas de investigadores. Al mismo tiempo, ya no es sólo el sector académico el que lleva a cabo la investigación fundamental (básica o académica). La industria sabe muy bien que la investigación dirigida por la curiosidad del científico se encuentra en la base de la actual revolución en las comunicaciones, el transporte o la biotecnología. Consecuentemente, en el futuro incrementará su actividad investigadora en áreas fundamentales de la biología y de la física, lo que obligará a modificar de forma radical el papel de la universidad en el desarrollo de la investigación fundamental y su relación con la industria. □

RESUMEN

El libro de John Maddox, que comenta José María Mato, es una buena e imaginativa muestra de ficción científica; en este caso, la ficción tiene la misión de imaginarse cómo las decisiones que tomemos hoy sobre qué preguntas en ciencia son importantes contestar in-

fluirán en el futuro. El mundo en el que vivimos fue modelado por las decisiones del pasado. En este libro de Maddox las ideas son el mensaje y la idea principal es que las preguntas que quedan por contestar son aquellas que hoy todavía no podemos ni imaginar.

John Maddox

What Remains to be Discovered: Mapping the Secrets of the Universe, the Origin of life, and the Future of the Human Race

The Free Press, Nueva York, 1998. 434 páginas. 26 dolares. ISBN: 0-684-82292-X.

Logros en la biología del desarrollo

Por José Antonio Campos-Ortega

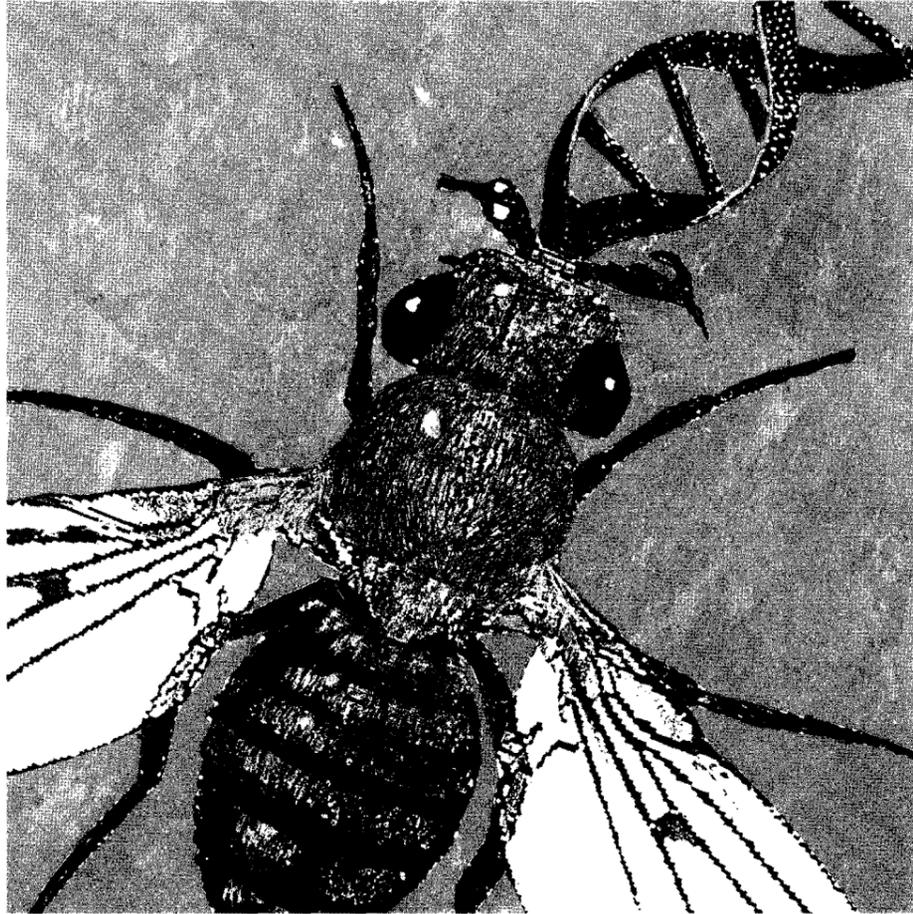
José Antonio Campos-Ortega (Valencia, 1940) es doctor en Medicina por las Universidades de Valencia y Göttingen (Alemania); ha sido Profesor Extraordinario de Neurobiología de la Universidad de Freiburg y, desde 1982, es Profesor Ordinario de Biología del Desarrollo y director del Institut für Entwicklungsbiologie de la Universidad de Colonia. Es Académico Correspondiente Extranjero de la Real Academia de Ciencias y miembro de la Academia Europaea.

El libro que comento tiene dos vertientes distintas. Por un lado, discute capítulos escogidos de la Biología del Desarrollo, es decir, de la ciencia que quiere explicar cómo se desarrolla a partir de una célula un organismo tan sumamente complejo como lo es una planta o un animal. Base del texto del presente libro son unas clases que impartió su autor, Walter Gehring, profesor del Biozentrum de la Universidad de Basilea y uno de los representantes más destacados de la disciplina, en Yale University, en New Haven, en 1993 (una costumbre ésta, la de ampliar esbozos preparados para dar clases hasta hacer de ellos un libro, antes muy extendida, que se ha ido perdiendo al tiempo que la calidad de las lecciones magistrales disminuía). Se le podría, por lo tanto, considerar como un libro de texto. Pero, por otro lado, el libro nos cuenta también con todo detalle lo que Walter Gehring cree haber contribuido personalmente a la Biología del Desarrollo. Y ello hace de un casi libro de texto una especie de autobiografía; en cualquier caso, algo que ciertamente nadie llamaría un ejercicio de humildad.

Los aspectos del desarrollo con los que el autor ha estado relacionado durante su carrera, la primera vertiente del libro, son cuestiones concretas de gran complejidad y el texto correspondiente es de difícil lectura. Pero al mismo tiempo se trata de una lectura muy interesante, ya que confronta al lector con algunos de los principios fundamentales de la regulación del desarrollo de los animales. La segunda vertiente está representada por comentarios de todo tipo que el lector encuentra en el texto salpicados entre las descripciones ontogénicas, relatados con el proverbial sentido del humor del autor, seco y directo, tan característico de muchos suizos. Al mostrarnos cómo él mismo vivió el proceso por el cual ideas son convertidas en experimentos, y en publicaciones, Gehring hace su libro interesante tanto para el público en general como para sus colegas y amigos, quienes, con toda seguridad, encontrarán en su lectura abundante motivo de sonrisa, ocasionalmente de risa abierta. Luego de haberlo leído, me he preguntado si la intención del autor de este libro al escribirlo fue realmente el difundir la intrincada Biología del Desarrollo.

Una revolución en la Biología del Desarrollo

El desarrollo es uno de los problemas más interesantes de los que la Biología tiene planteados, y ha ocupado multitud de investigadores y pensadores de todas las tendencias desde el período helenístico clásico. Si bien durante siglos su análisis progresó muy lentamente, la situación ha cambiado radicalmente en nuestros días y los últimos 30 años han contemplado una verdadera revolución en nuestra comprensión del desarrollo de plantas y animales, con claras repercusiones sobre otras ramas de la Biología e incluso sobre la Medicina misma. Uno de los factores que contribuyeron decisivamente a ello fue un cambio en la estrategia y el método científico con que abordar el problema: los investigadores se



ARTURO REQUEJO

preguntaron cuál es la contribución de los genes al desarrollo y comenzaron su disección mediante mutaciones. Ello abrió el camino hacia una explicación causal del desarrollo a nivel molecular; es decir, permitió identificar las moléculas que dirigen cada uno de los procesos de la ontogenia y esclarecer los mecanismos de su función.

Dos publicaciones sobre trabajos realizados con la mosca «Drosophila» (la mosca antonomástica de los embriólogos) son hitos que marcan el comienzo de la revolución en la Biología del Desarrollo. Edward Lewis publicó en 1978 sus resultados del estudio del grupo de genes «bithorax», y Christiane Nüsslein-Volhard y Eric Wieschaus en 1980 los suyos sobre mutantes embriogénicos. Las dos publicaciones tuvieron un extraordinario impacto sobre la comunidad científica por haber aportado la mayor parte de las bases conceptuales, y una gran parte de los materiales, que iban finalmente a permitir alcanzar el nivel de resolución molecular en el análisis del desarrollo. Muy oportunamente, las dos publicaciones vinieron a aparecer cuando las técnicas de clonaje molecular y secuenciación de ácidos nucleicos habían sido desarrolladas; el análisis a nivel molecular de los problemas puestos de manifiesto por los trabajos genéticos era, por tanto, factible.

De moscas y ratones

La transcendencia de ambas publicaciones se explica si consideramos que muchas de sus conclusiones, establecidas estudiando el desarrollo de «Drosophila», han resultado poseer validez para el desarrollo de otras especies más complejas de animales, como el ratón; lo que prácticamente corresponde a decir que esas conclusiones son válidas también para los seres humanos. Un descubrimiento completamente inesperado, que sorprendió a todos los implicados, fue el comprobar que los genes identificados en la mosca poseen homólogos en otros organismos, en los que, además, ejercen funciones similares. Las formas vegetales y animales

presentes son resultado de un proceso ininterrumpido de evolución que dura ya miles de millones de años; el grado de conservación de los mecanismos ontogénicos durante el proceso de la evolución biológica ha resultado ser muy alto. La similitud de los genes de «Drosophila» con sus homólogos del ratón ha permitido el análisis molecular de estos últimos, lo que no hubiera sido posible en muchos años de haberse carecido de las informaciones procedentes del trabajo con la mosca. Una de las muchas consecuencias de todo ello fue el explicar la patogenia de diversas malformaciones congénitas, posibilitando así su prevención y sentando las bases para su tratamiento. Por todos estos motivos estuvo plenamente justificado que los trabajos de Edward Lewis, Christiane Nüsslein-Volhard y Eric Wieschaus sobre el desarrollo de la mosca fueran galardonados en 1995 con el premio Nobel precisamente de (Fisiología y) Medicina.

Parva propria, magna; magna aliena, parva

Uno de los que contribuyeron a la historia que relatamos fue Walter Gehring, quien nos da ahora, desde la perspectiva de su propio laboratorio, su muy personal visión de cómo ha evolucionado la disciplina en esos 30 años. El pensar que lo propio es lo mejor, o lo más interesante, es probablemente una actitud muy humana y, por lo tanto, en parte excusable. Léi en alguna parte el lema con que Lope de Vega adornaba su casa madrileña, una curiosa serie de adjetivos: «parva propia, magna; magna aliena, parva». Lo que Lope de Vega refería a su casa podría Walter Gehring haber referido a su trabajo. El estilo literario científico es, o debe ser, objetivo, despersonalizado y desapasionado; el texto del presente libro tiene demasiadas frases en primera persona del singular. Un libro que leí varias veces en mis tiempos de estudiante, resultado de mi admiración por su autor, fue la autobiografía de Ramón y Cajal, a la que mis amigos y yo titulábamos, de forma poco

original, el «Mecachis, qué guapo soy». Pienso ahora que, en nuestra juvenil ligereza, fuimos muy injustos con don Santiago. En nuestro descargo puedo aducir nuestra falta de experiencia: es difícil apreciar grados de soberbia cuando se es joven.

De secuencias y claves

El desarrollo es un fenómeno que algunos han llamado histórico, con una sucesión definida de fases o etapas, cada una de las cuales requiere causas antecedentes inmediatas cuya naturaleza estamos comenzando a entender. Existen múltiples fases en el desarrollo de los organismos superiores; sus causas son extraordinariamente complejas. Teniendo en cuenta la sucesión de fases, su dependencia de las causas antecedentes y la complejidad de las mismas, no podemos menos que admirar la precisión con que el desarrollo de un animal transcurre.

No cabe duda que, dejando aparte el estilo literario (quizás debiera decir la personalidad) del autor, las contribuciones del laboratorio de Walter Gehring al esclarecimiento de algunas de las causas del desarrollo han sido de la mayor importancia. El descubrimiento en 1984 de la llamada secuencia homeótica (la «homeobox», la clave del desarrollo, en palabras de Gehring), y los estudios que siguieron sobre su estructura y función, es el mayor de los logros de su laboratorio, y de ahí el subtítulo de este libro. Si bien la importancia del descubrimiento para la comunidad científica se relativiza al considerar que, al mismo tiempo que el laboratorio de Basilea, la secuencia homeótica fue también descubierta por un joven norteamericano, Matthew Scott, en el laboratorio de Thomas Kaufman en Bloomington, Indiana, sí es cierto que Gehring y sus colaboradores contribuyeron con innumerables datos a aclarar importantes aspectos de la función de la molécula. El libro nos relata detalladamente todos estos datos (y, muy importante, nos da también muestra, en una nota al pie de la página 22, de las incisivas contribuciones de su autor a la terminología científica).

La secuencia homeótica es un fragmento de ADN de 180 nucleótidos presente en muchos genes, con una sucesión característica de nucleótidos, aunque con un cierto margen de variación que le permite considerable diversidad. Genes con secuencia homeótica codifican proteínas que son capaces de regular la actividad de baterías de genes subordinados. El mecanismo de su función es la fijación a secuencias específicas del ADN, determinando o bien la lectura de los genes correspondientes o bien la interrupción de la misma. La especificidad de la regulación está determinada por el llamado dominio homeótico de las proteínas, a saber, los 60 aminoácidos que la secuencia homeótica codifica.

El interés de los genes con «homeobox» deriva en parte de que algunos de ellos pueden mutar para causar la substitución de un órgano, o cualquier otro elemento estructural, normal, por otro órgano o estructura normal; por ejemplo, una antena es substituida por una pata, o un ojo lo es por una antena o un ala, substituciones que se dan en algunos insectos. Estas mutaciones son llamadas homeóticas y los genes correspondientes genes homeóticos; la secuencia homeótica recibió ese nombre porque fue descubierta en genes homeóticos (si bien la inmensa mayoría de genes con tal secuencia no sean genes homeóticos y, para aumentar algo más la confusión, algunos genes homeóticos no codifiquen proteínas con dominio homeótico). Las mutaciones homeóticas sugieren que un gen es capaz de dirigir el desarrollo de todo un órgano, si



Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

bien multitud de otros genes sean necesarios para realizarlo. Ello hizo suponer que algunas de las mutaciones homeóticas debían afectar a proteínas reguladoras cuya función era coordinar la actividad de muchos otros genes subordinados. Los hallazgos del laboratorio de Basilea (y de Matt Scott), por tanto, demostraban que las predicciones de los análisis genéticos eran correctas.

¿Por qué piensa Walter Gehring que la «homeobox» es la clave del desarrollo? Esto, como muchas otras cosas, es una cuestión de gusto: algunos gustan de palabras altisonantes y nuestro autor es un buen ejemplo de la especie. Genes con secuencia homeótica han sido encontrados en todas las especies de animales, y de plantas, donde han sido buscados; así, el libro nos dice que hoy se conocen 346 proteínas con dominio homeótico distintas (quizás sean ahora algunas más). Si cada una de ellas es capaz de coordinar la actividad de cientos de otros genes requeridos para hacer un órgano determinado, entender el funcionamiento de esas proteínas significa entender un caso de regulación génica diferencial y, de ahí, entender al mismo tiempo uno de los mecanismos fundamentales del desarrollo. Creo que sensatamente no se puede poner en tela de juicio la importancia que muchos de los genes con secuencia homeótica tienen para entender el desarrollo.

Sin embargo, también es cierto que cualquier animal, o planta, necesita muchos tipos de proteínas reguladoras para llevar a cabo el alto número de funciones que su desarrollo requiere; muchas proteínas reguladoras, aunque carentes de dominio homeótico, se fijan al ADN y, como aquéllas, activan o reprimen otras baterías de genes; y aun otras utilizan mecanismos distintos para la regulación. Si bien de gran importancia, el modo de regulación de las proteínas con dominio homeótico es simplemente uno de los muchos mecanismos de regulación génica. Quizás sea lo exclusivo de «la clave» lo que molesta en este caso.

De antenas, patas y genes maestros

«Antennapedia» es una de las mutaciones homeóticas de «Drosophila» más llamativas, ya que causa la sustitución de una antena, el órgano con el que los insectos perciben olores, por una pata. Las sustituciones son frecuentemente completas, de forma que cual-

quier persona sin conocimientos previos de Entomología es capaz de distinguir que lo que crece en la cabeza de esas moscas son patas. «Antennapedia» es un ejemplo de lo que Walter Gehring llama «genes maestros» («master control genes»), porque puede controlar el desarrollo de un órgano entero.

La utilización de conceptos llamativos, como el de genes maestros, tiene en principio un fin puramente didáctico, a saber, designar de forma lo más breve posible situaciones generalmente complejas de un modo que todos puedan entender sin ambigüedades. Un gen maestro es aquel que controla el desarrollo de un órgano. Antonio García-Bellido propuso en 1975 un concepto similar al de gen maestro para designar algunos de los genes homeóticos, a los que llamó «genes selectores» por considerar que su función es seleccionar entre vías de desarrollo alternativas. Algunos genes de bacterias y bacteriófagos en principio similares a los selectores habían sido llamados antes «switch genes», porque actúan como interruptores permitiendo o impidiendo la lectura de genes subordinados. Genes selectores, o genes interruptores, son denominaciones con un carácter puramente operacional. Por razones no explicadas en el libro, Gehring prefiere la denominación «genes maestros» (probablemente otra cuestión de gusto). Sin embargo, la denominación genes maestros, aunque suena muy bien (un maestro es siempre más noble que un interruptor), tiene también un carácter esencialmente unitario, puesto que en todo taller no suele haber más que un maestro. La realidad es que, en el taller del desarrollo, y tratándose de genes que controlan el desarrollo de órganos, esta situación no se da siempre, y algo más abajo veremos un ejemplo de ello. Es decir, establecer cuál de todos los que controlan el desarrollo de un órgano es el gen maestro no es tarea sencilla y conduce fácilmente a situaciones equívocas. A mi entender, cuando el valor heurístico de las etiquetas es bajo, mejor sería prescindir de ellas y llamar a las cosas por su nombre.

El libro nos relata cuán perspicaz fue su autor al intuir, primero, las bases funcionales de la transformación homeótica de «Antennapedia», y al concebir, segundo, un experimento con el que confirmar sus hipótesis. La descripción de cómo Walter Gehring «diseñó la mosca de nuevo» (sic) es sencillamente deliciosa.

El descubrimiento y caracterización de la secuencia homeótica y de las proteínas con

dominio homeótico no son los únicos logros del laboratorio de Walter Gehring. Otros logros de gran importancia han sido, por ejemplo, las esenciales contribuciones aportadas por él mismo a la invención de una técnica muy versátil, la «trampa para potenciadores» («enhancer trap»), un instrumento de la mayor utilidad para muchos otros investigadores y que continúa contribuyendo en gran manera al progreso general de la disciplina. En justicia hay que reconocer que la cosecha de éxitos del laboratorio de Basilea ha sido muy abundante y que una gran parte de ese éxito es mérito personal de Walter Gehring.

Uno de los problemas tratados por el laboratorio de Basilea es la historia de «eyeless» y el control genético del desarrollo del ojo, tratado en el último capítulo del libro. «eyeless» es, de acuerdo a Gehring, otro «gen maestro». La historia de «eyeless» es, además, interesante por manifestar las complejas relaciones entre la Biología del Desarrollo y la Evolución. La mutación «eyeless» de «Drosophila», como su nombre indica, está caracterizada fenotípicamente por la falta de ojos. Existe un gen del ratón y de la rata, «Pax-6», cuya carencia de función, la mutación «Small eyes», resulta en la falta parcial o total, según las circunstancias, del desarrollo del ojo. «eyeless» y «Pax-6» son genes homólogos, codificando ambas proteínas de dominio homeótico de gran similitud estructural. Aniridia, la falta del iris, es una malformación congénita del género humano debida a una mutación del gen «Pax-6» humano; cuando la carencia de función de este gen es completa, los ojos no se desarrollan, al igual que en el caso de «Small eyes». Todas estas coincidencias son altamente llamativas.

La «maestría» la adquirió «eyeless» cuando Gehring y sus colaboradores mostraron que la versión normal del gen es capaz

de dirigir el desarrollo del ojo de la mosca en posiciones ectópicas como, por ejemplo, en las patas. El gen homólogo del ratón, «Pax-6», también en su versión normal, introducido y expresado en la mosca, mostró la misma propiedad. Es decir, al igual que el de la mosca, el gen del ratón determina el desarrollo ectópico de un ojo en la mosca. Ojos en las patas de la mosca cuyo desarrollo había sido dirigido por un gen del ratón encontraron indefectiblemente el camino a la primera página del *New York Times* en la primavera de 1995.

Decía más arriba que el concepto de genes maestros tiene un fin didáctico. Conceptos de este tipo están hechos para ser modificados o abandonados cuando las circunstancias lo indican. «eyeless» es un ejemplo estupendo al que no aplicar el nombre de genes maestros porque las circunstancias que concurren en el caso hacen tambalear la validez del concepto: además de «eyeless», otros cuatro genes de «Drosophila» poseen también la habilidad de inducir el crecimiento ectópico de un ojo. Curioso taller éste, en el que sólo existen maestros. Dado que no es sabido si esos cinco genes están organizados jerárquicamente o, antes bien, en un circuito, o en paralelo, y, en caso de una organización jerárquica vertical, cuál de todos ellos ocupa su cumbre, hablar de «eyeless» como el «gen maestro» del desarrollo ocular puede conducir fácilmente a confusiones innecesarias. «eyeless» posee por sí mismo suficiente interés, aun cuando no se tratara más que de un peón.

Aunque el presente libro no sea ni un libro de texto ni una autobiografía, su lectura nos introduce, por un lado, en la complejidad de la regulación genética del desarrollo, y nos da, por otro, materia suficiente para reflexionar sobre los vericuetos de la psique humana. Vale su precio. □

RESUMEN

Campos-Ortega se ocupa de un libro del biólogo Walter Gehring que presenta dos vertientes distintas: por un lado, trata de aspectos concretos de la Biología del Desarrollo, esa ciencia que intenta explicar cómo se desarrolla a partir de una célula un organismo tan com-

plejo como una planta o un animal; y por otro lado, recoge con todo detalle lo que Gehring considera que ha sido su contribución personal a la Biología del Desarrollo; lo que hace, en definitiva, que sea, además, una especie de autobiografía, que no un ejercicio de humildad.

Walter J. Gehring

Master Control Genes in Development and Evolution: The Homeobox Story

Yale University Press, EE.UU., 1998. XV+236 páginas. 35 dólares. ISBN: 0-300-07409-3.

De mujeres que escriben

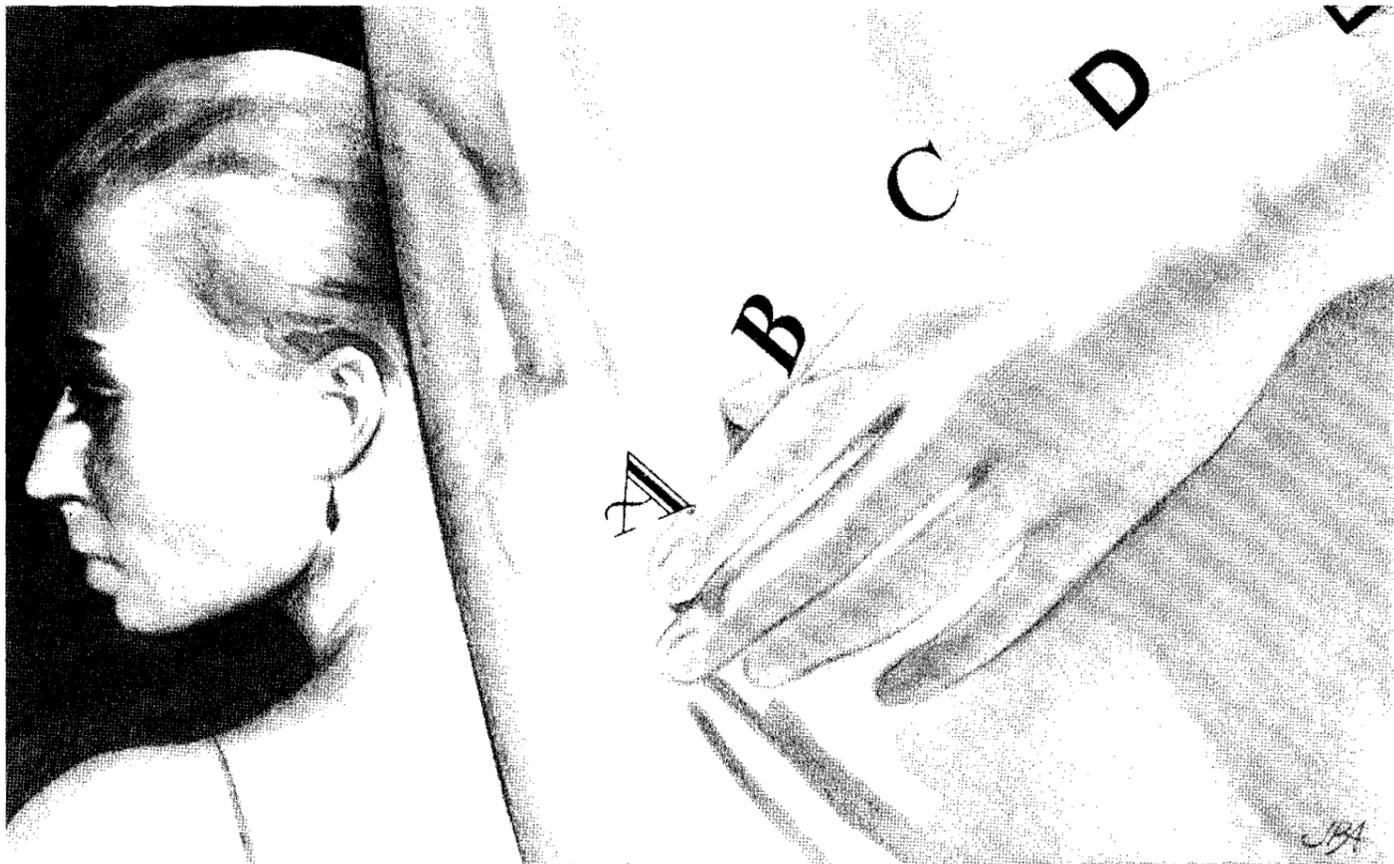
Por Agustín García Calvo

Agustín García Calvo (Zamora, 1926) ha sido catedrático de instituto y de la Universidad Complutense de Madrid. Ha escrito sobre filología, lingüística, política y poesía, que son las áreas en las que mayoritariamente se sitúa su amplia bibliografía tanto ensayística y académica como de creación. Entre otros libros, es autor de *Sermón de ser y no ser*, *Lalia*, *Del lenguaje*, *Canciones y Soliloquios*, *Contra el Tiempo y Razón común*.

Debo de estar por ahora llegando, al cabo de unos 30 años de haberme entrado esta mañana, a la milésima novela de escritoras en inglés (las más, inglesas, o irlandesas o escocesas, con unas cuantas australianas y norteamericanas; las más, de entre los tiempos de Elizabeth Bowen hasta las mucho más jóvenes que yo mismo que ahora asoman al Mercado), y, ahora que ya Iris Murdoch, a quien seguí devotamente a lo largo de sus creos que 25, ha dejado de poder ofrecernos alguna más, deseo tomar como ejemplo estas dos del año pasado para conmemorarlas a todas y darles gracias, al mismo tiempo que presento a los lectores de *SABER/Leer* mi caso de lector, aparentemente personal y raro, confiando en que, sin embargo, les aporte alguna sugerencia públicamente útil acerca de lo que hace la Literatura en este mundo.

Elijo, pues, para ello, de entre las últimas leídas, estas dos, la novela de A. Brookner y la colección de cuentos de F. Weldon, que, aparte de ser ambas de las más famosas, supongo que también en España, pueden representar casi como los dos polos opuestos, de técnica y tipo de tratamiento de la vida, entre los que mi afición suele moverse, con una gran riqueza de variedades por el medio, y dejando fuera de cuenta las pocas veces que me ha fallado el olfato ante los estantes de las librerías de viejos o de nuevos y me he llevado a casa un rollo infame (que también en inglés y de mano de mujer pululan), de esas novelas que se supone que sirven para entretener a las señoras y recién-casadas; aunque hay que decir que la equivocación no es fácil: porque la presentación misma del libro suele distinguir las clases, con mucha letra de oro en relieve y mucha facha de color para esas, discreta y elegante para las buenas —quiero decir las que yo uso—. Y díganme al paso los lectores, si puede alguno explicarme^(*) ese misterio editorial, cómo es que las cubiertas y presentación tienen que distinguir tan descaradamente la calidad del género: es un punto de importancia, donde se ve que Economía y Literatura deben de haber establecido algún curioso acuerdo por lo bajo.

Pero, volviendo a nuestras dos representantes de hoy, Fay Weldon, criada en los antipodas y luego floreciendo en Inglaterra, Escocia y por doquiera, sabe ante todo el arte de la aguda caricatura, de la gloriosa caricatura, piadosa unas veces, cruelmente regocijada otras, con que sacar a la luz los varios titeres del Régimen que padecemos, dedicada preferentemente a los figurones masculinos de la Empresa, la Administración Pública o la práctica del Amor Privado, pero sin perdonar tampoco al ridículo y desgracia de las varias figuras de mujer que les acompañan o los rempazan como Ejecutivas; frente a ella, Anita Brookner, nunca salida de Londres, salvo para estudios de su Tesis sobre Arte en París unos pocos años, es el comedimiento y la discreción misma: su arte es más que nada el de seguir, con tanta pasión como esmero, metiéndose dentro de ellos y a la vez mirándolos despiadadamente desde fuera, la vida corriente y secreta de sus personajes, con la gracia de conseguir, en cada una de sus novelas, que los devaneos de alguna (o también de alguno asimismo), más o menos solitaria, se le hagan



JUAN RAMÓN ALONSO

al lector tan interesantes y urgentes como los lances de una aventura de campeadores.

Para dar al menos una sombra de eso a los lectores, les traduzco aquí un pasaje de *Falling slowly*, que versa sobre dos hermanas, Beatrice y Miriam, unidas y separadas por largo cariño y cuidadosa inquietud de una por otra, con unas pocas figuras de hombres alrededor de ellas; he aquí, pág. 96, unas reflexiones de Miriam acerca de su restringida, pero tan rica para ella, relación amorosa con un hombre casado y exuberante:

«Lo que le hacía amar a Simon era el placer de él, su efervescencia natural. Tras una vida de satisfacciones mínimas, descubría ella, con asombro, que era posible ser confiado, estar seguro, a gusto. O, más bien, que era posible para Simon ser todo eso, estar así. Si uno vive inconsciente de fatalidad, es posible disfrutar con felices accidentes: tal era su propia situación como amante suya, y a él le sentaba perfectamente. Suponía ella que era una querida ideal, discretamente presente, con la misma discreción ausente; sabía también que la condición de una querida estaba en algún modo sujeta a deterioración, que llegaba un tiempo en que reproches habían de aírsele, o salir a flote alguna indecorosa curiosidad. La atormentaban pensamientos de lo que ella no conocía, no podía conocer: su vida aparte de ella.»

En cambio, aquí Fay Weldon nos trae a Jude (no de las más escandalosas de sus heroínas), que, habiendo ido a Helsinki a filmar *Lenin in love* como ayudante del Director Andreas, y envuelta con él en un lío amoroso de segundas (él prendado de la Gran Actriz, que al fin no acude), pero perseguida por el amor de Tony el cámara (el cuento se titula *GUP*, la Gran Paradoja Universal, «Descas lo que no puedes tener: lo que tienes, no lo deseas»), después de encontrarse con su padre, que, siendo ella pequeña, había huído con una finesa de la casa, y de haberse, con la confusa emoción del encuentro, metido en una iglesia Ortodoxa Griega con muchas candelitas, sale de allí con el talante y al tenor siguiente:

«Así que nos salimos de allí, Andreas y yo. Y él enlazó su brazo por bajo el mío, y dijo: “¿Nos volvemos al Intercontinental, tú y yo solos?”; y yo saqué de un tirón el brazo

y dije: “No, no voy. ¡Qué monstruo eres!” y me oí a mí misma decirlo, y supe que era de veras, y, allí estaba yo, desenamorada de él. Así sin más. “¿Un monstruo?”, preguntaba él, herido y confuso. Pero yo no tenía siquiera ganas de discutirlo. Seguiría con el *Lenin in love*, desde luego, porque era una profesional, pero eso era todo. Era un maniaco egocéntrico el hombre. Allí lo dejé mirándome a las espaldas, ya girándole al revés la tuerca, y me fui al Hesperia y encontré a Tony en mi cuarto y le dije que dejara de andar hurgando por allí y que, por Dios bendito, se arreglara para hacer volver con él a su mujer y niños. Si deseaba salirse del negocio, que lo hiciera con la persona adecuada. “¿Es esto lo que puede hacer el encontrar a un padre perdido tan largo tiempo?” preguntó, según se marchaba. “Y yo que me había hecho tales ilusiones...”. Y todo lo que a mí me cabía era suponer que sí, que sería eso: eso y, sencillamente, Finlandia misma. /.../ Y esa es la cosa extraña que me ocurrió en Helsinki, el pasado octubre, y cómo mi vida ha dado un cambio. Y he llamado a este cuento *Enamorándose en Helsinki*, no *Desenamorándose* porque, aunque es verdad que me desenamoré de Andreas, que me desenamoré del amor mismo (que es una verdadera plaga), de algún modo me enamoré de la vida, o de Dios, llamadlo como queráis, allí en la iglesia aquella.»

Caricaturas de mujeres y tiempos

O, si no, una de sus muchas caricaturas de las mujeres y de los tiempos, en su cuento en 50 palabras (pág. 221) *Nuevos adelantos*:

«No quiero una casa de modas: quiero un niño», sollozó la famosa, hermosa, siempre activa diseñadora Annie, 53 años. “Demasiado tarde”, gimoteó Belinda. “No puedes guardar el bollo y comértelo también”. “Sí que puedo”, dijo Annie, y se fué a Roma, donde, gracias a adelantos en tecnología ginecológica, tuvo un niño.»

O volvamos, en fin, a otra muestra de Anita Brookner, págs. 36 s., donde Miriam ha estado tratando de incitar a Beatrice a no rendirse al desánimo de la edad:

«Las mujeres declinan, Miriam. Acaban por cansarse”. “Y entonces reaccionan ante eso de algún modo. ¡Hacen ejercicio! Se compran ropa nueva...” Se quedó dándole vueltas a eso, apenas habían las palabras salido de sus labios. Había dado ella en escudriñar a las mujeres que iban en su autobús por las mañanas, echando cuentas de sus edades. Había una en particular, a la que veía cada día, acicalada, bien vestida, su talle llenito controlado mañosamente, su pelo coloreado en un agradable rubio oscuro. Llevaba faldas plisadas y chaquetas sedosas: llegó Miriam a reconocer el estampado negro y oro con la amarilla, el azul y verde con la negra. Éste le gustaba menos: parecía significar austeridad; y en día de lluvia, cuando la mujer llevaba un vulgar impermeable como de papel, azul, le retiraba su interés, sintiéndose vagamente ofendida. Tenía a la mujer situada como recepcionista en Harley Street o como dependienta de un joyero caro. Se preguntaba qué le daba a esa mujer el valor para arreglarse cada mañana, a qué o a quién iba al volver a casa al fin del día de trabajo. Imaginaba su viaje de vuelta a casa, el cabello no tan immaculado, los pies tratando de hallar alivio en los zapatos ahora ya apretados, la lucha por mantener la sonrisa, el aire de interés. La seguía, en su imaginación, hasta el final de la línea, a una calle tan tranquila y sin eventos que podía oír sus pisadas sobre la acera. Podía ser que hubiera un marido, un hijo revoltoso allí esperándola, pero pensaba que no. Imaginaba a aquella mujer abriéndose una lata de sopa, haciéndose un bocadillo, cambiándose de zapatillas y acomodándose enfrente del televisor. Puede que hubiera un momento de derrota, un encogerse de hombros dirigido a todas las recetas recortadas de los periódicos del Domingo, hasta que, pisando plano con sus zapatillas, se encaminara a su dormitorio y a la tarea de escoger los vestidos para el siguiente día.»

Y por cierto que hay sin duda, en esta serie de escritoras, una gran injusticia para con las de otras lenguas (aunque ciertamente



Viene de la página anterior



he disfrutado también, entre tanto, de unas cuantas novelas de italianas, alemanas, francesas y españolas, entre ellas algunas de muy queridas amigas que se han dedicado a ese oficio tan sabia- como honestamente), y gran injusticia también para con los hombres, de los que, sin embargo, no han dejado de llegarme algunos ejemplos del género finos y sustanciosos.

Pero, injusticias aparte, me importa más aprovechar el tanto para tratar con los lectores algunas cuestiones tocantes a las funciones del género narrativo, y de la Literatura en general, en este mundo y en sus almas más o menos descarriadas.

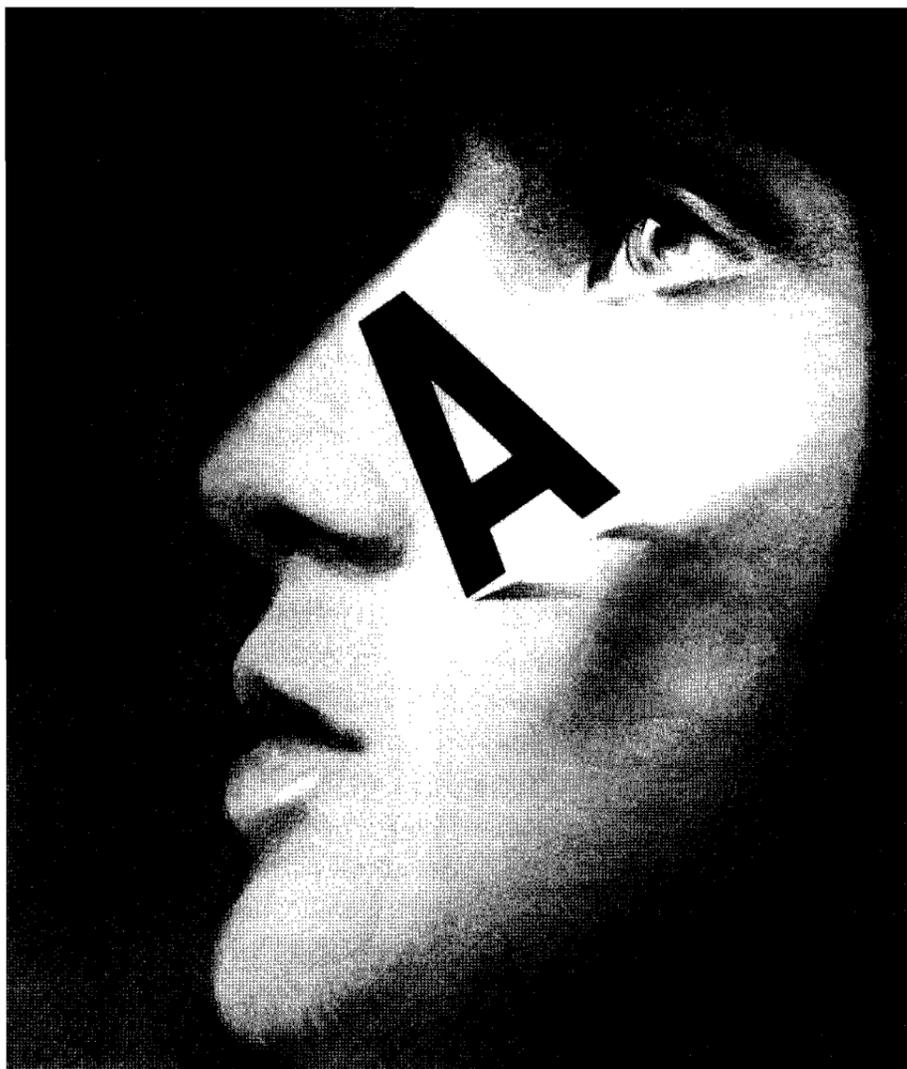
De toda la ingente producción de libros que llena el mundo, son los de ese género los únicos que propiamente y de verdad se venden, en el sentido de que van a masas de consumidores no especialmente (aunque también a masas de éstos) cultos o literatos, de manera que, si los compran y los leen, no es por motivaciones ajenas al producto mismo (por ejemplo, hacerse culto, estar al día), sino para consumirlos directamente, saciando alguna necesidad elemental. Es justamente, a buen seguro, por esa ligazón imperiosa y declarada con el Mercado, por lo que a mí mismo, como consumidor, dejó pronto de interesarme mucho el género, y, como productor, habiendo tanto jugado en casi todas las otras artes del lenguaje, apenas si escasa- y tardíamente me he dejado llevar a algunos cuentos, a dejar hablar a unos cuantos títeres que se me habían presentado, y por cierto que usando de técnicas muy poco parecidas a las de estas escritoras que como lector consumo, aunque sin duda algo me habrán enseñado en el arte de dejar hablar a los personajes con sus propias voces.

Retención ante la prosa

Ello es que mi retención ante la narrativa en prosa se debía seguramente a su enorme éxito en el Mercado, en cuanto que pensaba que la utilidad del género y lo que hacía consumirlo era su condición de entretenimiento, de medio de pasar el tiempo (aunque esa función es la que tienen también otros productos, como los noticieros diarios de sucesos reales, «las noticias que hoy se han producido», o como los comentarios de deportes y hasta de enfermedades o de cocina: en fin, casi todo lo que se vende), y reconocía en esa función la muestra más clara de servicio al Poder y la Economía, a la administración de muerte, en cuanto que matar el Tiempo es justamente la manera de asentarle en su trono y constituirlo. Y el Tiempo vacío en que la posible vida se nos cambia, ya sea en el Trabajo, ya en la Diversión, es el Dinero y el Poder mismos.

Pero, sea de esa sospecha lo que sea, sin embargo, debe de tener algún sentido y razón aquella distinción entre «novela para masas» (de mujeres también: pues, desde el momento que las mujeres se hacen también personas o sujetos o sujetas, puede igualmente hacerse masa de mujeres) y «novela buena», la distinción a la que antes aludía aprovechando la paradoja de la descarada diversidad de las cubiertas de una y otra, que anuncia a las claras la distinción de clase. Y ¿cuál puede ser el sentido que esa distinción tenga? Debe de ser que la novela vulgar se dedica sin más a la función de entretenimiento, de matar el tiempo vacío que a los sujetos del Régimen se les ha creado y de no dejarles mucho para pensar ni para sentir, mientras que la novela fina, además de hacer eso también, para las masas escogidas y de cultos, hace alguna otra cosa más.

Eso otro debe de consistir en aquello de ser «espejo de la vida», como ya los antiguos decían de la Comedia Nueva de Menandro,



JUAN RAMÓN ALONSO

que es sin duda, al mismo tiempo que feneamiento del teatro, origen principal de la Novela, del género destinado a dominar la Literatura toda. Y ya alguna vez he discurrido acerca de cómo es eso: la Novela es, en efecto, un espejo multiplicador de la Realidad, y, rodeado por todas partes de diversos ámbitos y personajes de novela, me encuentro como metido en una sala de espejos, enfrentados o sesgados unos con otros, unos fieles, otros deformadores, como en una de esas barracas que a veces montan en las ferias.

Y podrá tal vez alguien inquirir cínicamente, que para qué esa multiplicación de las realidades, que a qué más carga de realidades de ficción, como si no tuviera uno bastante con la realidad que le toca ver y padecer a uno realmente, y que, justamente en tiempos en que parece que el Comercio, la Administración y todos los Medios de Formación de Masas de Individuos, los sucesos y las noticias de los sucesos (que vienen a ser lo mismo), se afanan como nunca en abarrotarnos la vida de toda laya de realidades, qué función es ésta de una narrativa que se empeña, como espejo multiplicador, en llenarnos la vida con más y más de otras realidades.

Pero, con todo, bien puede aún defenderse la Novela sería diciendo que lo que ella hace, por medio de sus trucos aparentemente realistas, es ayudarnos a ver la vida real de uno como ficción, a descubrir, por la innumerable multiplicación de las ciudades, los ambientes, los caracteres, las pasiones y rutinas personales, que también la vida de uno estaba hecha de la misma hilaza, que no tenía más sustancia que la de uno cualquiera de los héroes o heroínas de la ficción escrita, aunque haya de transcurrir más confusa y embarullada, con menos arte, que las vidas impresas y hojeadas en las páginas de la Novela, o en el celuloide de las películas de novela, que vienen

a ser prácticamente casi todas y el cinematógrafo no más que una prolongación de la Novela en sus funciones.

Sea de eso lo que sea, ahora, en cuanto a la larga afición o manía en que me he visto liado con estas escritoras de la vida, no puedo, desde luego, dejar de reconocer que me han servido para la función primaria de entretenimiento y, siendo casi la sola literatura de leer por leer que consumo, a ratos perdidos, arrullándome hacia el sueño y los sueños el cansancio de otras obras de más vivos descubrimientos o fabricaciones de la nada, ellas me han ayudado a evadirme de las realidades, menos graciosas y más pesadas, de la vida real que me ha tocado, y supongo que ya por eso solo les debo agradecimiento. Pero hay que decir también que seguramente me han enseñado y desvelado, al mismo tiempo, algunos secretos o recovecos de la Realidad que sin ellas no habría tan ricamente percibido.

RESUMEN

Confiesa Agustín García Calvo que, en más de treinta años de cultivar esta particular afición, habrá leído unas mil novelas de escritoras en lengua inglesa, y a modo de conmemoración o reconocimiento público de tal fervor trae a estas páginas dos novelas recientes de dos escritoras inglesas muy dife-

rentes: Anita Brookner, que sabe bucear, con pasión y esmero, en las vidas corrientes y secretas de sus personajes; y Fay Weldon, que domina sobre todo el arte de la aguda caricatura, de la gloriosa carcajada, piadosa a veces, cruelmente regocijada en otras, y que aplica al mundo en que vive.

Elas, sobre todo, me han ido dando noticia de lo que pasa con las mujeres en este mundo, que era sin duda lo que más curiosidad y pasión me despertaba; y me la han ido dando por fuera y a los márgenes de las empresas más directas de penetración en la Realidad y su falsía: me la han ido dando al modo que a un niño se le cuentan cuentos para adormecerlo, pero que a la vez le van sembrando en la memoria figuras de un mundo desconocido, levantando una punta del velo de la Realidad. Me han contado, por medio de las figuras de mujeres (y también de hombres) de sus personajes, algunos secretos de mujeres, algo de lo que, aunque lo oculten ordinariamente, como sexo sometido que ellas son, pasa con ellas en este mundo de los hombres. Que alguien podría aquí decirme que, para saber de mujeres, mejor me lo enseñarían las de carne y hueso; y es cierto, sí, pero tan caro... Más indirectamente, pero con más sosiego, me lo han ido contando con sus mejores artes esta sarta de escritoras.

Y lo más notable es que eso todo que sus

cuentos me hayan ido dejando en la memoria ha sucedido sin que yo propiamente me dé cuenta: se me han ido olvidando casi todas las figuras y argumentos de sus novelas, y apenas, si alguien me examinase de Literatura, acertaría a relacionar con los nombres de las autoras correspondientes los títulos y la trama de algunos de los muchos libros, de que tanto, sin embargo, he disfrutado. En fin, me consolaré de eso recordando que alguien lo dijo ya bien dicho: «Memoria es el arte del olvido».

Algún día, con todo, tendría que hacer una lista de todos estos mil libros que se me han ido quedando por los rincones de mis viviendas, y de las seguro que más de 200 autoras (una verdadera Pléyade, desde Virginia Woolf, pasando por Jean Rhys, Rosamond Lehmann, Christina Stead y tantas otras, hasta estas dos que hoy conmemoro, y hasta las más recientes, como Esther Freud y Emma Donoghue, que estaba leyéndome por estos días), de todas las que me han ido dejando sus regalos y sus secretos entre las manos.

Por lo pronto, por si la edad y el hastío de hacer literatura de literatura no me deja cumplir con tanto, quede aquí este testimonio de agradecimiento, si es que es algo bueno esto de hurgar entre las enaguas y las confidencias de las mujeres a través del celestínaje de sus escritoras, y si los lectores de *SABER/Leer* me agradecen, a su vez, que les haya dado, con este motivo, noticias poco usadas de lo que pasa a veces entre el tráfico de este comercio de las letras. Pero también mi agradecimiento a ellas sencillamente por tanta compañía a lo largo de mis años y por que me hayan librado a ratos de la tristeza habitual de la Literatura, de la Cultura, de la Realidad. □

(*) Como en anteriores ocasiones, se respeta la grafía del autor.

Anita Brookner

Falling slowly

Viking/Penguin Group, Londres, 1998. 216 páginas. 15,99 libras. ISBN: 0-670-88191-0.

Fay Weldon

A hard time to be a father

Flamingo/Harper Collins, Londres, 1998. 262 páginas. 6,99 libras. ISBN: 0-00-655098-3.

El alma de Garibay

Por Francisco Rico

Francisco Rico (Barcelona, 1942) es catedrático de Literaturas Hispánicas Medievales en la Universidad Autónoma de Barcelona y miembro de la Real Academia Española. Ha escrito varios libros sobre literatura medieval y renacentista española e italiana. Su publicación más reciente es la nueva edición, exhaustivamente comentada, de *Don Quijote de la Mancha* (1998).

José María Valverde era tan dúctil y tolerante con los demás cuanto inflexible consigo mismo. Nunca daba una posición por adquirida, y menos por consolidada, sobre todo si el resto del mundo la veía como tal: siempre estaba dispuesto a volver a empezar, en la vida y en la obra, a condición de que la nueva etapa significara ser más fiel a su vocación y al sentido de su propia historia, en el porvenir mejor que ante el pasado.

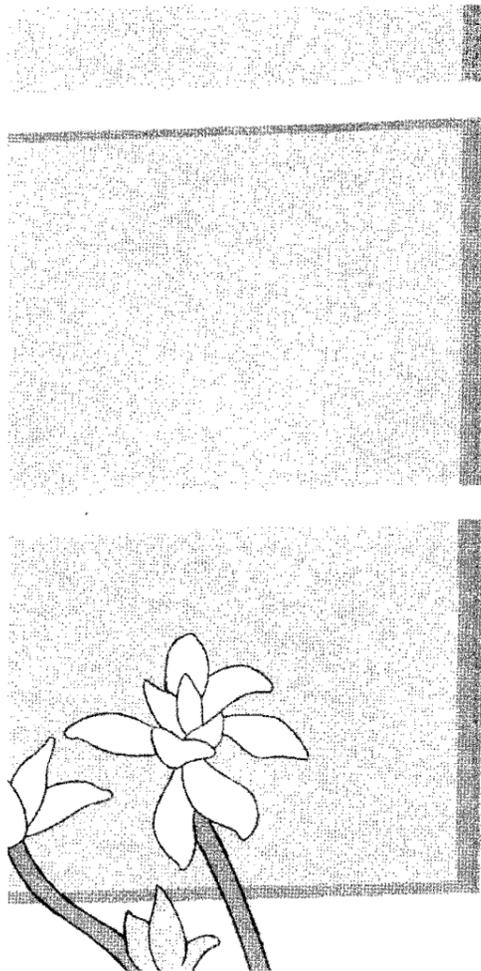
La renuncia a la cátedra de Barcelona, en solidaridad con José Luis Aranguren, es sólo la más sonada de las decisiones que tomó al arrimo de la lealtad a sí mismo por encima del juicio y del elogio ajeno. Hubo muchas otras. Cuando Dámaso Alonso lo tenía por la gran promesa de la filología, él prefirió matricularse en la especialidad de filosofía. Cuando lo aguardaban en Madrid, regresó a Barcelona. Cobró ojeriza a algunos poemas suyos convertidos en clásicos, y no pestañeó en repudiarlos. (Pienso especialmente en uno admirable, «El tonto», de *La espera*: «Tiene razón tu risa: sí, tal vez, / ocurrirá tan sólo que soy tonto, / un bienaventurado tonto de Dios...»). Incluso le disgustaba que se lo recordaran.)

De ahí que las colecciones que otros habrían titulado *Poesías completas* fueran en su caso selecciones cada vez más enjutas: de las doscientas cincuenta páginas de las *Poesías reunidas (hasta 1960)*, por ejemplo, a las doscientas de *Enseñanzas de la edad (Poesía 1945-1970)*, que sin embargo les añadían un libro que se llevaba la cuarta parte del conjunto, mientras la *Antología de sus versos* (1982), a cuya extensión nadie le había puesto tasa, se quedó en menos de un centenar.

Los deseos del poeta

Estoy convencido de que esa limpieza de cajones a menudo se pasó de severa o fue lisa y llanamente desacertada: no pocos de los textos que desechó carecen, es verdad, de la precisión de lenguaje y de pensamiento que José María buscaba en la madurez (y que a veces le imponía una dicción una pizca áspera), pero a bastantes lectores nos interesan justamente por su incertidumbre y sus rodeos, al tiempo que apreciamos (y por qué no) la mayor fluidez de su andadura.

El propósito de Valverde era «no (...) publicar nunca» unas «opera omnia» y «que



MARISOL CALÉS

se consideraran definitivas» las piezas y las versiones admitidas en las *Poesías reunidas (1945-1990)* de Lumen. No es, sin embargo, por no respetar ese designio por donde flaquea la primera entrega de sus *Obras completas*, dedicada, como era de rigor, a la *Poesía*, con un hermoso pórtico de Cintio Vitier. Un autor es libre de acotar la presencia que quiere tener en la escena literaria de su época, la voz que deja oír en el diálogo vivo de la creación. Pero no puede elegir el lugar que le tocará en la historia: Pilar y Clara Valverde harán muy bien en no autorizar que Lumen (o Tusquets o Hipérior o Visor) saque a luz otro libro que la compilación de 1990; se equivocarían, en cambio, si se opusieran a la difusión restringida, sólo para expertos y bibliotecas, de unas auténticas *Poesías completas*, como marrarían el tiro si pretendieran destruir todos los ejemplares de *Hombre de Dios* o de *Espadaña*.

No es, pues, por esa recta contravención a los deseos del poeta por donde duele que un volumen tan esperado, con tantas cosas imprescindibles, se haya resuelto en términos inadecuados. Porque si la buena intención de sus responsables no debe ponerse en duda, la tarea demandaba mayor información y, de manera aun más perentoria, mayor reflexión. Una empresa como

la inaugurada con el tomo aludido pedía antes de nada una exploración de las fuentes harto más minuciosa que la manifiesta en la «Bibliografía» de las páginas 41-54, y a falta de ese cimiento sólido la estabilidad del edificio no podría ser más precaria. El paso siguiente, que hubiera debido consistir en la fijación de unos principios eccléticos coherentes, se ha saltado diría que por entero.

No entraré en el asunto menor, o, como sea, no sustancial, de los criterios que han gobernado la agrupación de los escritos de Valverde en volúmenes y en secciones. Tampoco haré sino mencionar los que han desembocado en un enteco y caprichoso apéndice de traducciones. La objeción sería atañe al aspecto precisamente más relevante y más delicado: el texto mismo de la obra poética original.

Un texto irreal

De la mayor parte de sus libros, José María había conservado para la recopilación de 1990 sólo un cierto número de poemas, que por lo demás reimprimió con retoques y cambios de orden de diversa enjundia. Puestos a desatender su voluntad, como en una edición hecha con la quisquillosa perspectiva de la historia, era obligado desatender, siquiera parcialmente, las soluciones posibles, que según la buena filología, eran en definitiva dos: seguir uniformemente como texto básico las lecturas y la disposición de las primeras ediciones, o bien ceñirse a las últimas, pero en cualquier caso recogiendo punto por punto las divergencias entre ambas (y respecto a los otros estadios rastreables), no ya en un simple aparato crítico, sino más bien en un anexo que comprendiera cuando menos los índices o despieces de cada libro y, a la altura correspondiente, la indicación de las variantes relativas a cada poema. Tanto una como otra solución, y en particular la

segunda, habría cumplido con el requisito elemental de salvar la integridad de cada poema y de cada poemario, con la fisonomía singular con que Valverde los dio por válidos durante distintas etapas de su trayectoria, y a la vez habría permitido advertir los momentos y el sentido global de esa trayectoria.

Los cuidadores, no obstante, han escogido el único camino recusable: reproducir (hablo a grandes rasgos) el contenido y la distribución de las primeras ediciones, pero dar la lectura de las posteriores para los poemas mantenidos en ellas, insertando en nota las variantes de las primeras y con voltario proceder en cuanto a usos tipográficos y otros detalles. El resultado, en consecuencia, es un texto esencialmente falso, irreal. Quien lea aquí, pongamos, *Versos del domingo* se encontrará con un libro que jamás ha existido, porque no es el publicado en 1954 ni el que el autor nos ofrecía en 1990, sino un «tertium quid», una construcción artificial, que no tiene acomodo ni en el cielo ni en la tierra, como el alma de Garibay.

No faltará quien juzgue el reparo de poca monta. Ciertamente, a mí no me disuade de aconsejar al buen aficionado que se apresure a hacerse con el volumen en cuestión. Pero si es de poca monta no tratar los versos de un gran poeta por lo menos con la misma exigencia con que él los trataba, si lo es poner la improvisación donde debiera estar la crítica textual, yo, sinceramente, no sé qué es de veras importante en el dominio de la literatura. □

En el próximo número

Artículos de Pedro Cerezo Galán, Javier Echeverría, Victoria Camps, Francisco Rodríguez Adrados, Ramón Pascual y Rafael Argullol.

RESUMEN

José María Valverde, lo recuerda Francisco Rico, era un hombre muy exigente con su obra y no era partidario de que toda su obra poética se salvara, y así la sometió en vida a diferentes purgas. La aparición del primer tomo de las obras completas de Valverde que

incluye toda su obra poética le lleva al comentarista a lamentar que los responsables de la edición, pese a su notoria buena voluntad, hayan seguido un criterio híbrido en la fijación del texto, mezclando con poca discriminación versiones originales y revisadas.

José María Valverde

Obras completas, I: Poesía

Ed. de R. Argullol y D. Medina, Trotta, Madrid, 1998. 438 páginas. 3.000 pesetas. ISBN: 84-8164-217-7.

La renovación de la socialdemocracia

Por Victoria Camps

Victoria Camps (Barcelona, 1941) es catedrática de Filosofía moral y política en la Universidad Autónoma de Barcelona. Es autora de libros sobre ética, teoría política y filosofía del lenguaje. Ha publicado, entre otros libros, *La imaginación ética*, *Ética, retórica, política*, *Virtudes públicas*, *Paradojas del individualismo* y *El malestar de la vida pública*.

El título *La tercera vía* no es lo más afortunado del libro de Anthony Giddens. No lo es, en primer término, porque «la tercera vía» no es una expresión nueva. La misma socialdemocracia la había utilizado ya para referirse a su propuesta a favor de una economía mixta, a medio camino entre la economía liberal y el colectivismo comunista. Recuperar la imagen ahora para aludir a una vía media entre «la socialdemocracia a la antigua y el neoliberalismo», como dice el propio autor, es más de lo mismo. Y, en cierto modo, partir de una realidad inexistente. La socialdemocracia «a la antigua» es, en efecto, una idea demasiado simple para aludir a todas las socialdemocracias que son y han sido. Es más, la socialdemocracia se encuentra ya desde hace tiempo en ese término medio entre el liberalismo puro y duro y el socialismo anticapitalista. Querer centrarla aún más no es ninguna novedad. En cuanto al temido neoliberalismo, si lo entendemos como la asunción de un Estado mínimo, dicho Estado, que yo sepa, sólo existe en las tesis de Robert Nozick, por más que no falten gobiernos y partidos que quisieran hacerlo más real. Me quedo, pues, con el subtítulo del libro: «La renovación de la socialdemocracia», que apunta a un objetivo más claro e indiscutible. Sea cual sea el lugar que ocupe en el espectro político, lo cierto es que la socialdemocracia está pidiendo a gritos reformas que le sirvan para conquistar a electores más jóvenes y distintos de los de antaño y para liderar una serie de respuestas a los retos y problemas que tenemos delante.

Aunque el texto de Giddens es algo más profundo que el panfleto que, con el mismo título y casi simultáneamente, publicó Tony Blair, la intención electoralista es tan evidente en uno como en el otro. De ahí la utilización de la expresión «tercera vía»: la más oportuna para cazar al mayor número posible de electores. Se trata, en definitiva, de ir más allá de las teorías más impopulares



JUSTO BARBOZA

de la socialdemocracia y de poner, al mismo tiempo, de manifiesto las contradicciones inherentes a las políticas más derechistas. Así se construirá un «centroizquierda», con énfasis sobre todo en el carácter de centro, para no desmerecer del modelo «catch all party» que es el partido con más futuro, esto es, con más posibilidades electorales. Piensa Giddens que para instalarse sin ambigüedades en el centro, la socialdemocracia tiene que abandonar sus políticas keynesianas y colectivistas y aprestarse a encontrar una nueva identidad que le vincule al elector nuevo que necesita. Al propio tiempo, ha de huir de la incoherencia típica neoliberal entre «un fundamentalismo de mercado y el conservadurismo», que hace que las políticas neoliberales sean no intervencionistas en lo económico y altamente intervencionistas en materia de moralidad y costumbres. Entre un socialismo que no se pone al día y un liberalismo fundamentalista y conservador, hay una mayoría de votantes que opta por la abstención porque la oferta no le satisface.

Se impone un cambio radical capaz de resucitar el idealismo político, de volver a tener objetivos e indicar la forma de hacerlos realidad. La llegada de Clinton al poder, seguida de las victorias de Blair, el «olivo» italiano, Jospin y finalmente Schröder –España, como siempre, lleva el paso cambiado y Giddens ni se molesta en mencionarnos– son muestra de que la gente se ha cansado de votar a la derecha y quiere otra política.

¿Una política que trascienda la vieja distinción entre derecha e izquierda? No exactamente. Pues aunque Giddens observa –creo que con acierto– que «la gama de cuestiones que escapan a la divisoria izquierda/derecha es mayor que nunca», él mismo añadirá, citando efusivamente a Bobbio, que, en política, la polarización y la oposición son imprescindibles. Lo que no vale es agarrarse a los viejos dogmas que impiden ver los conflictos de hoy. Ni pasar por encima de la propia doctrina y tratar de superarla sin poder ofrecer nada a cambio. La propuesta de Giddens será discutible o inaceptable, tendrá los típicos detractores que abominan de los giros centristas, pero no se puede decir que no es una propuesta y un intento de darle a la socialdemocracia una identidad acorde con las circunstancias de nuestro tiempo.

Preguntémosnos, pues, en qué queda esa identidad y tratemos de ver hasta qué punto traiciona los ideales y esencias socialistas. Si no resumo mal las ideas de Giddens, éste entiende que la nueva socialdemocracia consiste en la conjunción de dos valores. Uno, y el primero, la igualdad: la justicia social de siempre. Pero no es suficiente. A la po-

lítica emancipadora característica de la izquierda habrá que añadirle lo que él llama una «política de la vida». Ello significa que la política debe ayudar a tomar las decisiones más vitales que hoy atormentan al ser humano: ¿qué hacer frente al paro?, ¿qué hacer ante el calentamiento del planeta?, ¿hay que aceptar la energía nuclear?, ¿cómo abordar los descubrimientos genéticos?, ¿y el futuro de la Unión Europea? Así, un Estado de bienestar reformado «ha de satisfacer criterios de justicia social, pero también tiene que reconocer e incorporar una elección activa de estilos de vida, integrarse en estrategias ecológicas y responder a nuevos escenarios de riesgo» (pág. 59).

Es indudable que, en los últimos años, hemos acudido a la ética como si fuera la tabla que podría salvarnos de todas las indecisiones y perplejidades en las que estamos. Y le echamos la culpa a la falta de ética de cuantos desperfectos se producen en la actuación política o en el comportamiento de los políticos. Giddens, sin embargo, matiza: nuestra época no es de decadencia moral, sino «de transición moral». Las conductas que antes estaban garantizadas por la religión, por las costumbres, por la homogeneidad de las sociedades, por la tradición o por las ideologías fuertes, hoy han dejado de tener incentivos. ¿Quién asegura la cohesión social? ¿Cómo conseguir que la gente coopere y sea solidaria con los más desfavorecidos? ¿Por qué, después de la muerte de Dios, no es posible recuperar la espiritualidad? La respuesta no tiene que ser nostálgica porque sería reaccionaria. No se trata de reclamar la vuelta a la religión ni el «back to basics» que propugna la derecha conservadora. Se trata de enfrentarse a una concepción de la responsabilidad y de la obligación no equivalente a la previsión colectiva por parte del Estado. La responsabilidad es la consecuencia de la autonomía moral, y si nos tomamos en serio la explosión de las libertades y la asumimos como un valor irrenunciable, habrá que poner en el lugar que les corresponde también a las responsabilidades. Dicho con las palabras de Giddens: la idea de la libertad como autonomía debe ir seguida de esta otra: «ningún derecho sin responsabilidad».

Es decir, la política de la tercera vía apuesta por una «Sociedad de bienestar» (como complemento –no sustitución, ¡ojo!– del «Estado de bienestar»), que ayude al individuo a situarse ante las revoluciones de nuestro tiempo –ecología, globalización, innovación técnica, nuevo sentido del trabajo– estableciendo una nueva relación entre los ciudadanos y la comunidad. El rostro más liberal de Giddens asoma cuando entiende que el, a su juicio, caduco Estado de bienestar –que identifica con la socialdemocracia a la antigua– ha incurrido en un colectivismo que en nada ha contribuido a educar a los individuos en la asunción de sus obligaciones. La falta de cohesión social, el hecho de que



En este número

Artículos de			
Victoria Camps	1-2	F. Rodríguez Adrados	6-7
Rafael Argullol	3	Ramón Pascual	8-9
Javier Echeverría	4-5	Pedro Cerezo Galán	10-11-12

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



La renovación de la socialdemocracia

el individuo se conciba a sí mismo como sujeto de derechos y no de deberes, son vistos como una consecuencia de un modelo de Estado periclitado y que necesita muchas reformas. Reformas que, en opinión de Giddens, no tienen su razón de ser tanto en la supuesta imposibilidad económica de los Estados sociales de hacer frente a las necesidades de los ciudadanos, como en la insuficiencia de una política entendida exclusivamente como el suministro y la redistribución de unos bienes básicos. Las sociedades avanzadas se encuentran hoy ante una serie de interrogantes y problemas que requieren una intervención política de otro estilo. Que requieren, sobre todo, un acercamiento entre Estado y sociedad civil.

¿Cómo acortar la distancia que separa al Estado de la sociedad, puesto que lo que se busca es un mayor protagonismo y participación de la sociedad en el bienestar colectivo? Las propuestas de Giddens no puede decirse que sean muy nuevas. Desde hace tiempo forman parte de los programas de los partidos socialistas. Si ahora resultan más convincentes y menos vacías es porque ya podemos acompañarlas de ejemplos que ilustran la viabilidad y el contenido de muchas de ellas. Así, la primera es la tan manida «democratización de la democracia», que significa «involucrar al ciudadano en decisiones complejas», o descentralizar el poder devolviéndolo a las regiones, ciudades y barrios. Una política como la anglosajona donde los comités y autoridades independientes que asesoran o ayudan a tomar decisiones políticas son moneda corriente, cuenta con ejemplos que han resultado exitosos en tal sentido. Una segunda idea a favor de la implicación de la sociedad en los problemas colectivos es la renovación de la cultura cívica. Otra expresión que hoy encontramos a cualquier propósito. Pues es cierto que la falta de civismo —evidente en fenómenos que van desde la delincuencia y las conductas agresivas y violentas al egoísmo poco cooperativo o insolidario— es un síntoma de que algo muy esencial le está faltando a la cultura democrática, algo de lo que nadie se ocupa al dejar de hacerlo la escuela y la familia, al decaer —en palabras de Giddens— las tradiciones y las costumbres. La cultura cívica es imprescindible. Es imprescindible para el buen funcionamiento de la democracia contar con una sociedad civil activa, por lo que el go-

bierno ha de tener él mismo un papel activo en su recuperación.

Y dentro del bloque de propuestas para acercar a la sociedad y al Estado le toca el turno a la familia, una institución más bien evitada hasta ahora por las políticas socialistas o de izquierdas. También la familia, cuya concepción ha cambiado y sobre cuyas formas posibles Giddens cree que es mejor no pronunciarse ni a favor ni en contra, precisa de un balance adecuado entre autonomía y responsabilidad. Balance que a su vez está pidiendo una ayuda política, pero distinta de las ayudas tradicionales como guarderías y prestaciones sociales, aunque no incompatible con ellas. Los padres deben asumir responsabilidades por sus hijos y éstos por sus padres ancianos. Y el Estado, en cualquier caso, habrá de garantizar que se asuman tales obligaciones.

¿Propuestas conservadoras porque se salen del ámbito tradicional de la izquierda? La familia, la moral, las actitudes cívicas ¿no fueron siempre tema de las políticas tradicionalistas? Depende de lo que se acabe haciendo con tales temas. Giddens trata de integrarlos en la política, lo que sin duda es nuevo para la izquierda clásica. ¿Está con ello abandonando lo esencial de la socialdemocracia por un liberalismo «tout court» o, como ha dicho, por ejemplo, Vicenç Navarro, por políticas más propias de la democracia cristiana? Tal vez sí. Tal vez tengan razón los críticos de Giddens al reprocharle su simplificación en el análisis de los errores de lo que él llama «socialdemocracia a la antigua», así como su ignorancia de que algunas de sus propuestas ya no son tan novedosas o son parte del bagaje cristianodemócrata. El colectivismo fue abandonado hace tiempo y la sustitución de los subsidios y prestaciones por políticas que obligan al ciudadano a actuar y a moverse por su cuenta se están experimentando ya para hacer frente, por ejemplo, al paro. Puede ser cierto, pues, que Giddens simplifique en exceso, al fin y al cabo su libro no llega a las doscientas páginas de letra grande. Insisto: está más cerca del manifiesto que del estudio académico. Pero hecha esta salvedad, sigo pensando que el interés del libro no está tanto en su rechazo de lo que él llama socialdemocracia a la antigua, como en la introducción de elementos nuevos en la mentalidad y en los métodos socialdemócratas. Que tales elementos tengan un regusto cris-

tiano o liberal me parece menos importante. Al fin y al cabo, el cristianismo ha inspirado también al socialismo. Por otro lado, hoy debemos reconocer que todos los partidos políticos se mueven en el seno de un liberalismo social que es una mezcla de las aportaciones de unos y otros. La ecología, el feminismo, el pacifismo, que fueron los signos de la izquierda cuando la doctrina marxista empezó a naufragar, hoy son la enseña de todos los partidos sin excepción. También la socialdemocracia hizo suya la igualdad de oportunidades en sustitución de otra idea de igualdad más radical y se apropió de un Estado de bienestar cuyos orígenes estaban bastante alejados de los ideales de la izquierda más extrema. Quizá la contraposición entre un Estado fuerte y un Estado menos grande y más modesto no sea ya la característica de una u otra opción política. Quizá lo que deba definir a una política de izquierdas, por oposición a la política de derechas, sea el encontrar políticas realmente eficaces que favorezcan a los menos favorecidos y propicien su inclusión real en la sociedad de todos. El modo de hacerlo, los caminos, es lo de menos: el caso es obtener resultados que permitan enarbolar sin vergüenza o sin cinismo la bandera de la justicia social. Cuando Giddens se interesa por la familia o la falta de civismo, cuando se pregunta por el valor que hay que dar al trabajo en nuestro mundo, cuando se preocupa por la falta de cohesión social, ¿no está abordando, en realidad, las injusticias sociales desde una perspectiva que no es la usual, pero que puede ser más operativa y satisfactoria que aquélla?

Giddens no rechaza el Estado social, pero defiende un «Estado social inversor». Esto es, un Estado que no sea tan corrector de

las desigualdades como el que tenemos, sino que sea más previsor frente a desigualdades futuras. Pues la desigualdad hoy ya no es lo que era, si pensamos sólo en las sociedades avanzadas, todo hay que decirlo. En las sociedades avanzadas, la desigualdad es «exclusión». Excluidos son los que involuntariamente quedan fuera de la normalidad establecida. Son los jubilados, los parados, los fracasados escolares, los inmigrantes, es decir, todos aquellos que no viven en la indigencia —que era la pobreza y la desigualdad de antes—, pero que sufren porque la sociedad no los incluye entre los iguales. El Estado inversor es el que es capaz de actuar y prever posibles desastres y conflictos, en lugar de esperar a que se produzcan para corregirlos. Es el que no piensa en redistribuir «tras los hechos», sino en «redistribuir posibilidades». En la línea de John Rawls —a quien, por cierto, Giddens ignora—, la igualdad de oportunidades se convierte en el principio clave de la justicia distributiva. Y es la reflexión sobre qué debe significar hoy esa igualdad lo que debería llenar de contenidos nuevos los debates de los socialdemócratas.

Las nuevas ideas que tenemos a la vista no son grandes teorías. Tampoco son propuestas antisistema. Son intentos de responder a problemas que hoy atormentan a los ciudadanos. La credibilidad de tales empeños no está tanto en los enunciados teóricos, en sí bastante pobres e inconclusos, como en la práctica que los instrumentalice. Son ideas que se verificarán por sus resultados. Giddens es aquí un asesor político y pretende ser el promotor de un debate público. De momento, hay que reconocer que lo ha conseguido. □

RESUMEN

Aunque a Victoria Camps, de entrada, no le convenza la expresión «la tercera vía», que emplea desde el título Anthony Giddens, el autor del ensayo que comenta, y que a juicio de éste sería la vía intermedia entre la socialdemocracia a la antigua y el neoliberalismo,

lo cierto es que la comentarista se detiene en lo que sugiere el subtítulo del ensayo, y que tiene más que ver con el contenido que ella prefiere destacar: la renovación de la socialdemocracia, una reforma inevitable para hacer frente a los retos y problemas políticos de hoy.

Anthony Giddens

La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia

Taurus, Madrid, 1999. 198 páginas. 1.800 pesetas. ISBN: 84-306-0347-6.

SUMARIO

	Págs.
«La renovación de la socialdemocracia», por Victoria Camps, sobre <i>La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia</i> , de Anthony Giddens	1-2
«A favor de Proteo», por Rafael Argullol, sobre <i>Re-imaginar la psicología</i> , de James Hillman	3
«Sokal: polémica entre las dos culturas», por Javier Echeverría, sobre <i>Imposturas intelectuales</i> , de Alan Sokal y Jean Bricmont, e <i>Impostures scientifiques. Les malentendus de l'affaire Sokal</i> , de Baudouin Jurdant (ed.)	4-5
«Los traductores árabes de los griegos», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>Greek thought, Arabic culture. The Graeco-Arab translation movement in Baghdad and early Abbasid Society</i> , de Dimitri Gutas	6-7
«La medida del tiempo», por Ramón Pascual, sobre <i>The Calendar</i> , de David Ewing Duncan	8-9
«El naufragio del liberalismo», por Pedro Cerezo Galán, sobre <i>Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo</i> , de Victor Ouimette	10-11-12

SABER Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

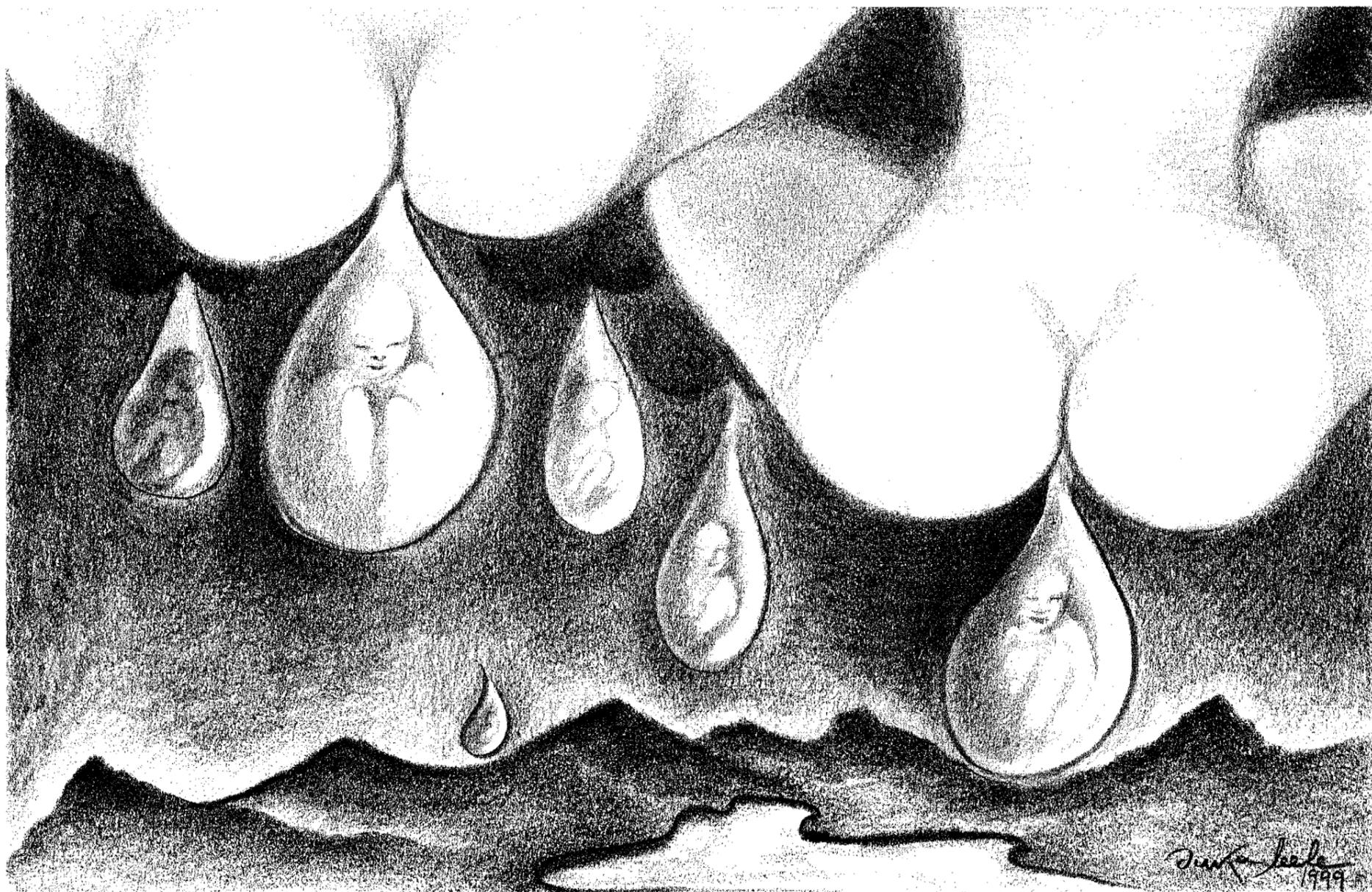
Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

A favor de Proteo

Por Rafael Argullol



OUKA LELE

Rafael Argullol (Barcelona, 1949) es escritor y catedrático de Humanidades en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Ha escrito poesía, narrativa y ensayo. Entre sus obras, cabe destacar *Duelo en el Valle de la Muerte*, *La razón del Mal* (Premio Nadal 1993), *Sabiduría de la ilusión* y *Transeuropa*.

En una carta a su hermano, de mayo de 1819, John Keats definía el mundo como «el valle donde las almas se crean»: «the vale of soul-making». Pero para el poeta la noción de «alma» apenas guardaba relación con la que empezaba a abrirse camino en la cultura europea y terminaría por ser consagrada por la psicología moderna. Más bien su «alma» entroncaba con el «ánima» del neoplatonismo renacentista y, a través de éste, con la herencia clásica.

De este modo, aunque desprovisto de la complejidad conceptual de sus contemporáneos alemanes, Keats trataba de oponerse a lo que consideraba el reduccionismo de la razón moderna. Al abordar el alma humana en términos de «ánima», y no únicamente de inteligencia, entendimiento o razón, apostaba por reanudar el aparentemente perdido diálogo entre el alma individual y el «ánima mundi», planteando, además, la cuestión de la escisión –conciencia desdichada o escindida– como el núcleo más conflictivo de la cultura posterior a Newton y Descartes.

Resulta perfectamente elocuente que Keats y su «vale of soul-making» sean la principal referencia en el arranque de *Re-imaginar la psicología*, el libro de James Hillman recién

temente traducido al español por la editorial Siruela: en parte, por las tradiciones literarias favoritas del autor; en parte, porque el Romanticismo –o, quizá mejor, cierto romanticismo– es la puerta de entrada indiscutible para toda revisión profunda de la mente contemporánea.

Si ya en otros libros el psicólogo y pensador James Hillman, uno de los más brillantes seguidores de Jung, ha dado muestras suficientes de su voluntad de someter a crítica el rumbo de la civilización occidental moderna, y lógicamente de su piedra angular, la psicología, no cabe duda de que en esta obra, quizá la más importante, el ajuste de cuentas pretende ser generalizado.

El «ánima» secuestrada

Para Hillman, como apuntaba Keats, y también William Blake, en el mundo moderno el «ánima», como territorio de pluralidad y reino de Proteo, ha sido secuestrada por una idea mutilada de alma que encuentra su certificado intelectual, social y moral en la psicología y, singularmente, en el «psicólogo». Como ya advirtió Nietzsche, al oponerse al análisis histórico de Hegel, el momento decisivo de este secuestro se localizaría en el triunfo de la Reforma protestante, y en el desplazamiento del centro de gravedad espiritual desde el sur católico-pagano al norte luterano.

Según Hillman, la psicología moderna sería la consecuencia privilegiada de este viraje, que implicaría la destrucción del legado griego, latino y renacentista –el «ánima» proteica y politeísta– y su sustitución por el monoteísmo de la razón. Destruído el «horizonte objetivo»

de los dioses, del que Shakespeare sería el último gran portavoz, se desencadena la tiranía crecientemente asfixiante del Yo: lo puramente subjetivo adquiere rango de jerarquía absoluta y el emocionalismo, a menudo con ribetes patológicos, aplasta la serenidad del saber.

Algunas de las mejores páginas del libro de James Hillman adquieren tono de protesta y reivindicación. Sus ataques a la avasalladora conceptualización de la vida y, paralelamente, su defensa del mundo del mito y de las imágenes son enormemente sugerentes. En particular cuando, en variaciones sobre Jung, Hillman propone los mitos griegos como espacios interiores con vida propia en nosotros.

Sin embargo, la perspectiva más innovadora de Hillman –coincidente, por otro lado, con aportaciones actuales desde los ángulos de la filosofía y la estética– es el retorno a una lectura del Renacimiento que tenga en cuenta lo acaecido en la psicología moderna. Marsilio Ficino, propugnado como psicólogo alternativo,

representa una enorme audacia intelectual; aunque, en no menor medida, la restitución de una importancia filosófica silenciada por la hegemonía del racionalismo. Ficino, como «psicólogo» del «ánima mundi» sería, así, el puente indiscutible entre la revisión radical del alma moderna, preconizada por Hillman, y aquella «psicología», auténticamente penetrante, encarnada en los mitos y puesta de manifiesto de manera insuperable por los grandes filósofos griegos.

Re-imaginar la psicología es un libro discutible pero extraordinariamente atractivo. Menos en el título que, si bien encierra uno de los propósitos del texto, es demasiado equívoco frente a los demás: reimaginar la psicología llevaría, creo, a dejar atrás la psicología moderna para proponer un saber nuevo que, paradójicamente, se enraizaría en la médula de las imaginaciones tradicionales. Pero, de conseguirlo, ya no sería psicología sino sabiduría. □

RESUMEN

El psicólogo James Hillman, autor del libro del que se ocupa Rafael Argullol, ha dado muestras suficientes de su voluntad de someter a crítica el rumbo de la civilización occidental moderna, y este ajuste de cuentas es más evidente en la obra comentada, muchas de cuyas páginas adquieren un tono de

protesta y reivindicación y acaban siendo una defensa del mundo del mito y de las imágenes; esto es, un rebelarse contra el imperante monoteísmo de la razón que sustituyó en su momento al «ánima» proteica y politeísta, propia del legado griego, latino y renacentista.

James Hillman

Re-imaginar la psicología

Siruela, Madrid, 1999. 492 páginas. 3.850 pesetas. ISBN: 84-7844-423-8.

Sokal: polémica entre las dos culturas

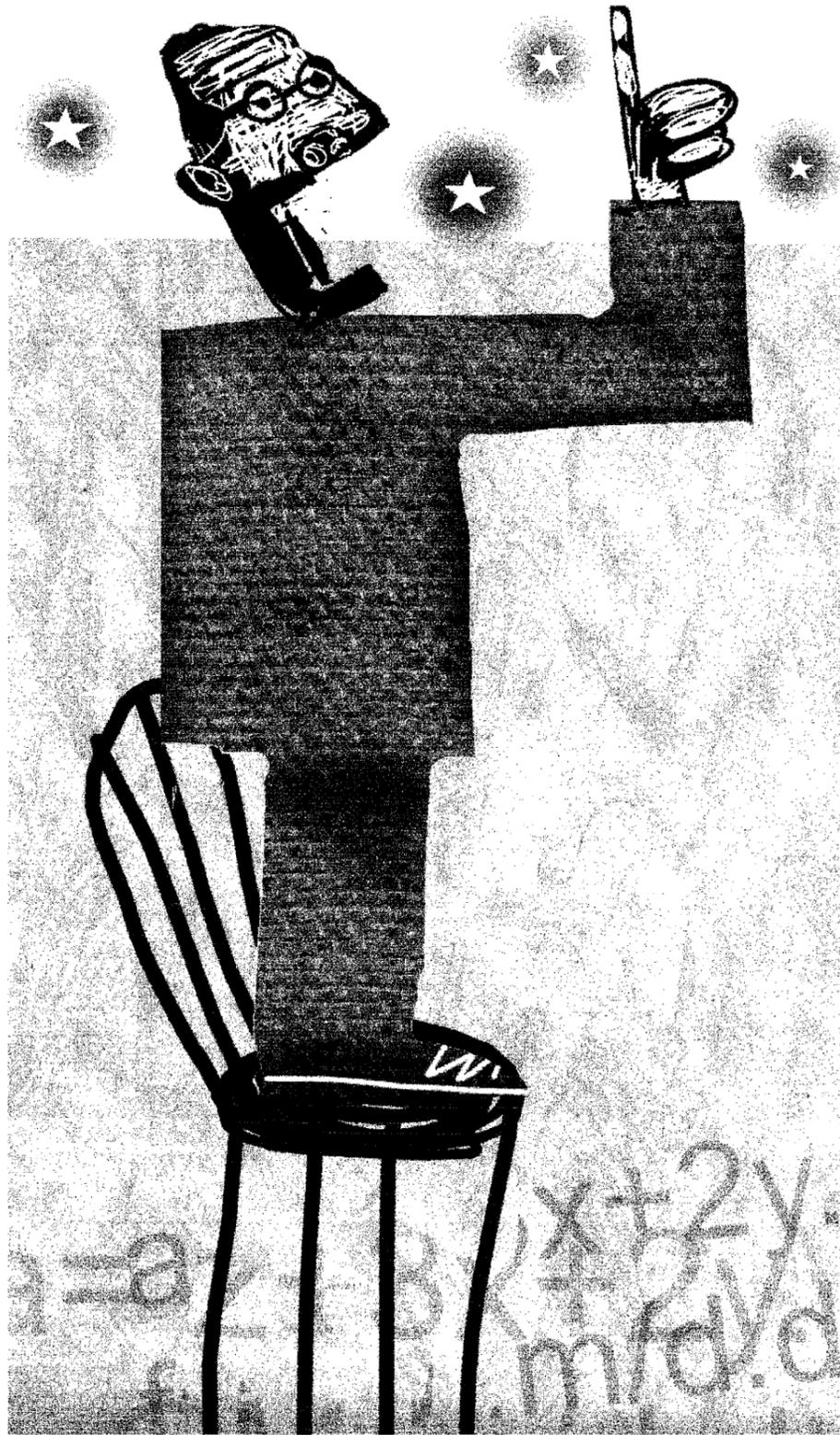
Por Javier Echeverría

Javier Echeverría (Pamplona, 1948) es profesor de Investigación en el Instituto de Filosofía del CSIC (Madrid), presidente de la Sociedad Española de Lógica, Metodología y Filosofía de la Ciencia en España y autor de *Telépolis* (1994), *Cosmopolitas domésticos* (1995), *Filosofía de la Ciencia* (1995) e *Introducción a la Metodología de la Ciencia* (1999).

Un físico teórico de prestigio, Alan Sokal (University of New York), envió en otoño de 1994 un artículo a la revista *Social Text*, una de las más leídas en el ámbito de los estudios culturales. El artículo se titulaba «Transgredir los límites: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad cuántica» y aparentaba asumir las tesis postmodernas de los editores de la revista, propugnadas en los últimos años por diversos pensadores franceses y ampliamente difundidas en numerosas universidades norteamericanas. Sokal imitaba cuidadosamente el estilo y la retórica de los autores postmodernos, citaba repetidamente a los grandes «popes» de esta corriente filosófica y parecía aportar una contribución relevante a los estudios culturales de la ciencia afirmando que una nueva teoría física, la gravitación cuántica, rompía con el concepto de objetividad científica, deconstruía las oposiciones entre humanidad y naturaleza, observado y observador, sujeto y objeto, subvertía las categorías ontológicas de la ciencia moderna (interacciones y flujos, en lugar de objetos y esencias fijas) y contribuía a construir una ciencia postmoderna liberadora, que debería posibilitar la democratización radical de todos los aspectos de la vida social, económica, política y cultural. El artículo de Sokal estaba muy bien escrito, su aparato de citas y bibliografía era impresionante y, por supuesto, fue informado favorablemente y luego publicado en *Social Text* (número 46/47, primavera/verano de 1996, pp. 217-252).

Lo notable vino luego. Nada más aparecido su artículo, Sokal publicó una nota breve en la revista *Lingua Franca* (6(4), mayo/junio de 1996, pp. 62-64), manifestando que todo era un engaño y que no existía ninguna teoría científica denominada gravitación cuántica que tuviera tan insólitas propiedades. En este segundo texto, titulado «Un físico experimenta con los estudios culturales», Sokal mostraba que su primer artículo era un conjunto de vaciedades ideológicas entreveradas con algunos errores científicos de bulto. Su propósito había sido denunciar la falta de rigor de los estudios culturales sobre la ciencia, cuyos editores de revistas estaban dispuestos a aceptar cualquier cosa, sin comprobación previa de su exactitud, con tal de que favoreciera la línea ideológica de dichas revistas. La broma resultó ser un auténtico sarcasmo, porque el número de *Social Text* en el que se publicó el artículo de Sokal era un monográfico preparado por los dos editores de la revista, Stanley Aronowitz y Andrew Ross, para rechazar las acusaciones de que los estudios culturales sobre la ciencia se caracterizan por su incompetencia científica. Incluir a un físico prestigioso que mantenía las mismas tesis que los editores era, sin duda, una buena baza. El problema fue que Sokal logró burlar todos los controles de calidad de la revista *Social Text*, pese a haber escrito a los editores, tras haber visto aprobado su artículo, pidiéndoles qué comentarios críticos habían hecho los informantes anónimos. La falta de rigor en el funcionamiento de esa revista era el principal argumento de Sokal.

Tras revelar el engaño, la polémica estaba servida. Numerosas universidades (Princeton, Duke, Michigan, New York, etc.) organizaron debates sobre el asunto Sokal. La



G. MERINO

prensa cotidiana también dedicó números monográficos al tema (*New York Review*, *Wall Street Journal*, *New York Times*, *Libération*, *Le Monde*, etc.) y numerosas páginas web en Internet mantuvieron y mantienen foros de discusión sobre el «affaire Sokal». Los dos libros que comentamos se hacen eco del artículo inicial y, sobre todo, amplían la polémica. De ahí su interés y actualidad. Pero conviene advertir que no son los únicos. Quien se interese mucho por este debate puede leer también el libro *A House Built on Sand. Exposing Postmodernist Myths about Science*, editado por Noretta Koertge (Oxford University Press, Nueva York, 1998), que incluye artículos ulteriores de Sokal, Boghossian, Kitcher, Gross, Ruse, Franklin y otros, es decir, de algunos de los principales filósofos de la ciencia en los EE.UU.

No contento con la broma pesada que les había gastado a los pensadores postmodernos, Sokal se alió con un profesor de física teórica de la Universidad de Lovaina para profundizar en su ataque contra los defen-

sores del relativismo social y cultural respecto a la ciencia. En *Impostures intellectuelles*, Sokal y Bricmont seleccionan, comentan y ridiculizan textos de relevantes pensadores franceses (Lacan, Kristeva, Irigaray, Latour, Baudrillard, Deleuze y Guattari, Lyotard, Virilio, Serres y Bergson) en los que se tratan cuestiones científicas. En el artículo de *Social Texts*, Sokal citaba algunos pasajes de estos autores. *Impostures intellectuelles* supone un estudio a fondo de los mismos, con la intención de mostrar que esos autores «abusan reiteradamente de los conceptos y de los términos que provienen de las ciencias físico-matemáticas» (p. 14). El abuso consiste en:

- 1.- Hablar mucho de teorías científicas de las que, a lo sumo, se tiene una vaga idea.
- 2.- Transferir nociones de las ciencias exactas a las ciencias humanas sin justificar la validez de ese paso.
- 3.- Exhibir una erudición superficial sin venir al caso.
- 4.- Manipular frases sin sentido y complacerse en los juegos de lenguaje.

Los textos comentados por Sokal y Bricmont muestran que, en mayor o menor grado, los pensadores antes citados han incurrido en esos abusos, llegando en algunos casos a auténticos absurdos. El propósito de Sokal y Bricmont, como queda claro al final de su libro, no es atacar la filosofía, sino un modo concreto de practicarla, harto frecuente en los autores relativistas y postmodernos. Sus tesis básicas son las siguientes:

1.- Conviene saber de lo que se habla. Para reflexionar filosóficamente sobre las ciencias conviene haber profundizado en ellas.

2.- No todo lo que es oscuro tiene que ser profundo. Ello no es privativo de las ciencias humanas, porque también sucede en física y en matemáticas.

3.- La ciencia no es un texto, el lenguaje científico no es un repertorio de metáforas que pueden usarse al antojo, las teorías científicas no son narraciones ni novelas. Esta tesis ataca uno de los postulados básicos de la postmodernidad.

4.- Las ciencias humanas no tienen por qué imitar a las ciencias exactas, tienen sus propios métodos y procedimientos.

5.- Conviene no utilizar a los científicos como argumento de autoridad para apoyar las concepciones filosóficas propias.

6.- Una cosa es ser escéptico respecto a cuestiones concretas y otra ser escéptico en general. Si se quiere hacer ciencia, hay que dejar de lado las dudas radicales sobre las posibilidades de conocer el mundo mediante la experiencia.

7.- Hay que rechazar el uso ambiguo de los términos científicos.

Imposturas científicas e intelectuales

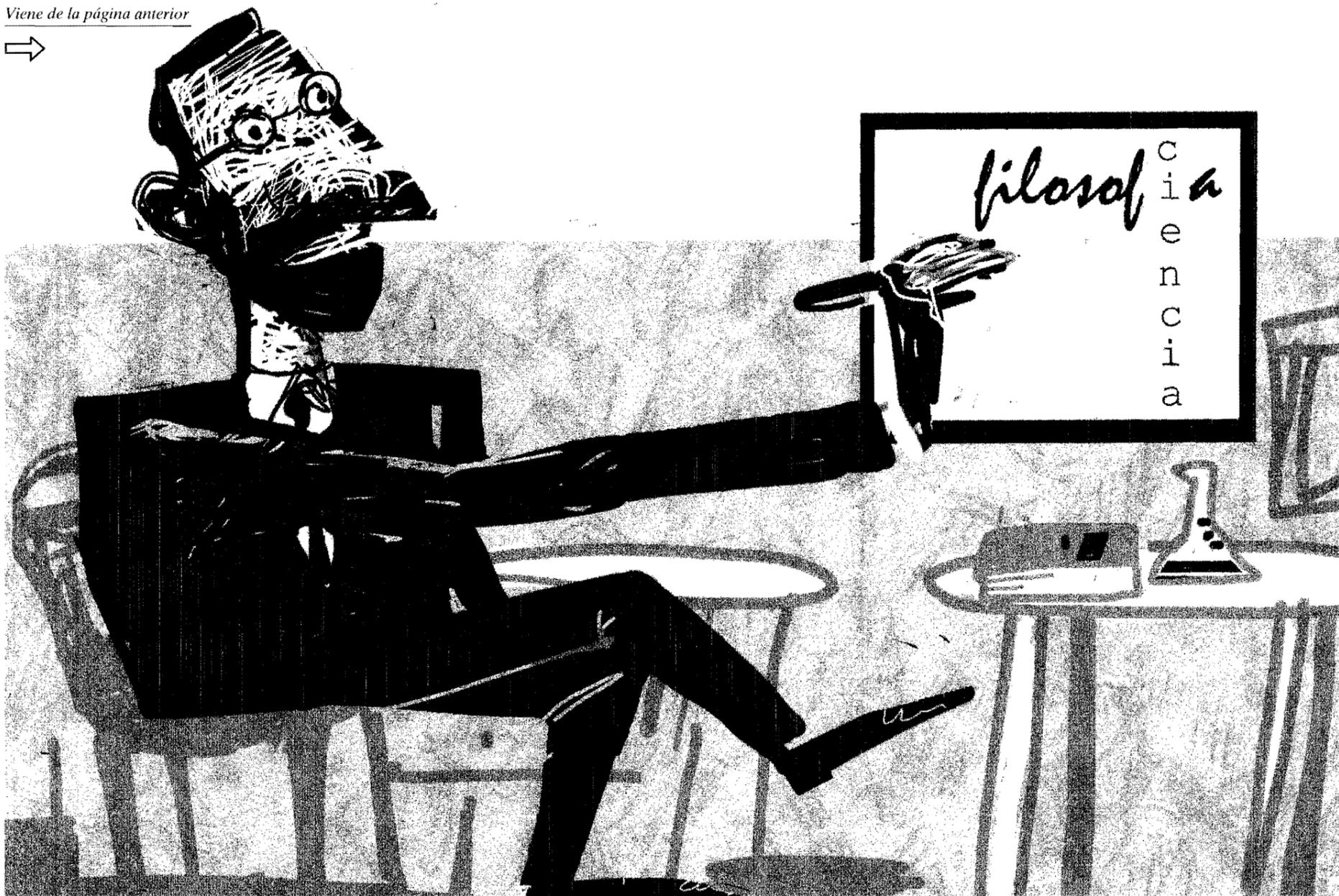
Hasta aquí, las tesis de Sokal y de Bricmont parecen perfectamente aceptables, y no sólo para los expertos en humanidades, sino también para los propios científicos. Algunos de ellos, en efecto, no se privan de utilizar términos filosóficos y éticos con algunos de los siete defectos anteriormente mencionados. Por otra parte, no cabe duda de que muchos pensadores hablan sobre la ciencia con mucha ligereza, sobre todo cuando quieren ilustrar sus propias concepciones con ejemplos extraídos del conocimiento científico.

Sin embargo, las críticas de Sokal y de Bricmont fueron más lejos y por ello la polémica suscitada por este libro está siendo tan grande o mayor que la del artículo de Sokal en *Social Text*. La obra editada por Baudouin Jurdant es un buen ejemplo de ello y por eso contraponemos las *Impostures Scientifiques* a las *Impostures Intellectuelles*, antes de comentar el «affaire Sokal» en su conjunto.

El libro de Jurdant es una recopilación de artículos (Lévy Leblond, Lynch, Gautero, Dahan, Pestre, Petitjean, Pierrsens, Traimond, Bergeron, Salanskis, Charraud, Mermin, Fixari, Fujimura, Callon, Stengers y Glykos), surgidos en cierta medida a partir de un seminario que se celebró en París en julio de 1997 sobre el asunto Sokal. El editor del volumen, Baudouin Jurdant, es profesor de Ciencias de la Información y de la Comunicación en la Universidad de París VII y por ello *Impostures scientifiques* se orienta más al efecto comunicativo del asunto Sokal, y en concreto al descrédito que haya podido producir sobre el pensamiento francés contemporáneo. Jurdant está más interesado en los problemas de divulgación científica que en el debate conceptual y metodológico suscitado por Sokal. En este sentido, la despro-



Viene de la página anterior



G. MERINO

porción entre los dos títulos es clara. Sokal ataca a filósofos prominentes, denunciando sus múltiples imposturas cuando hablan de ciencia. En la obra de Jurdant, en cambio, no se ataca a ningún científico, tan sólo a Sokal, y tampoco se denuncian imposturas de los científicos. Visiblemente, la posibilidad de vender bien en el mercado del libro a la sombra del efecto Sokal está en el origen del libro de Jurdant.

El conflicto entre la cultura francesa y la anglosajona también se muestra en varios de los artículos. En síntesis, *Impostures scientifiques* muestra la queja de que el poder cultural de nuestro tiempo, la cultura científica anglosajona, haya atacado tan enérgicamente a la cultura humanística francesa. El propósito de Sokal y Bricmont no era éste, como ambos subrayan al principio de su obra. Su objetivo era «criticar la nebulosa postmoderna» (p. 14) tal y como ésta se manifiesta en numerosas Universidades de los EE.UU. Ello es así en el caso del artículo de Sokal, en el que las críticas más acerbas se dirigen a pensadores norteamericanos. En cambio, *Impostures intellectuelles* sólo menciona autores franceses, por lo que no es extraño que haya levantado ampollas entre los intelectuales de este país.

Pese a lo hiperbólico del título, el libro editado por Jurdant incluye artículos de gran entidad, como los de Lévy Leblond, Lynch, Callon y Stengers. En medio hay una serie de textos en defensa de los pensadores atacados por Sokal, por lo general no muy afortunados. Pero al principio y al final de *Impostures scientifiques* hay artículos que merece la pena leer y comentar.

Lévy Leblond, por ejemplo, admite de entrada que hay filósofos y sociólogos que utilizan la física y la matemática de manera discutible (p. 27). Mas también subraya la inmadurez epistemológica de muchos físicos contemporáneos, poniendo como ejemplo las interpretaciones pseudo-filosóficas que algunos físicos han propuesto en relación con el principio de incertidumbre de Heisenberg. Por ello habla de las «deficiencias» (p. 32), que resultan «de la exacerbada división del trabajo que marca las prácticas científicas mo-

dernas» (ibid.). Una mejor formación filosófica, histórica y social de los científicos sería deseable a la hora de evitar estas ingenuidades y errores de bulto por parte de los científicos. Lévy Leblond concluye bíblicamente: los científicos tipo Sokal no deberían criticar la paja en ojo ajeno, sino ver la viga en el ojo propio.

Mychael Lynch, uno de los más destacados sociólogos de la ciencia, admite buena parte de los argumentos de Sokal, pero enfoca el debate en una dirección sociológica y política. Tras analizar con cierto detalle las reacciones al artículo de Sokal, rechaza la tesis de Fish de que el «affaire Sokal» suscita ante todo un problema ético y acepta que el artículo de Sokal era un texto satírico, que debía ser asumido como tal por los estudios culturales de la ciencia. Según Lynch, el sinsentido científico del artículo de Sokal, así como su eventual sinsentido literario y filosófico, supone un auténtico desafío para los estudios culturales de la ciencia, que sólo puede ser asumido si se tienen en cuenta las profundas consecuencias políticas del envite. De hecho, el desarrollo ulterior de los acontecimientos dan la razón a Lynch, porque no cabe duda de que Sokal se ha visto envuelto en numerosos debates político-científicos, sobre todo a partir de la publicación de su obra con Bricmont.

Michel Callon ha traído a colación el viejo principio de simetría formulado por David Bloor y los sociólogos del «Strong Program» de Edimburgo. De acuerdo con ese principio, las investigaciones de sociología de la ciencia deberían poder ser explicadas conforme a los mismos criterios que los sociólogos utilizan a la hora de analizar el conocimiento científico. Podríamos decir que Sokal ha añadido un carácter «experimental» a la sociología del conocimiento científico, en el que convendría insistir. ¿Qué habría sucedido en el caso de que un artículo tan bien construido desde el punto de vista técnico y retórico hubiese sido sometido a la consideración de una revista de física incluyendo algunas inexactitudes filosóficas y sociológicas flagrantes? La cuestión queda abierta, a no ser que «a posteriori» se

puedan descubrir en las hemerotecas que ya hay muchos artículos así publicados en revistas de prestigio...

Por último, Isabelle Stengers saca a colación el tema de mayor envergadura: la guerra entre las dos culturas de las que habló Snow en 1962. Para Stengers, el artículo de Sokal, aun siendo discutible, fue un acierto. En cambio, el libro publicado por él y por Bricmont es un craso error, en la medida que que suscita una cierta guerra entre las ciencias «duras» y las ciencias «blandas». El error de Sokal al atacar a los relativistas consiste, según Stengers, en identificar el término «realidad» con la expresión «realidad física». Sacando a colación el principio antrópico de la cosmología contemporánea, Stengers defiende un perspectivismo epistemológico y científico, que el reduccionismo de los físicos tiende a negar. Según ella, hablar de leyes de la naturaleza y, sobre todo, de leyes eternas o inmutables de la naturaleza, como hizo el Premio Nobel Weinberg en apoyo a Sokal, equivale a una declaración de guerra epistémica, que los físicos suscitan una y otra vez. No hay por qué exportar los modelos físicos a las demás ciencias. Las ciencias humanas y sociales tienen sus propios criterios de validación, que son heterogéneos a los de la física y las ciencias naturales. Paraphraseando a Stengers, podríamos decir que en este debate subyace la tesis reduccionista del fisicalismo de principios de siglo: todos los fenómenos son reducibles a términos físicos. O lo que es lo mismo: la primera cultura ha de ser reducida y explicada por la segunda. Stengers exagera por lo que se refiere a los textos de Sokal, pero ella está más preocupada por los efectos de dicho «affaire» entre los científicos que por la argumentación misma de Sokal.

El debate va a continuar, y no pretendemos zanjarlo aquí. Para terminar diremos únicamente que a lo largo de todo este «affaire», Sokal estará experimentando un profundo cambio. De ser un físico teórico se ha convertido en uno de los principales ideólogos de la comunidad de físicos, y por extensión de la comunidad de científicos físico-naturales. Paradójicamente para él, su trabajo será cada vez más social y cultural. No será fácil que, en ese nuevo medio, tan distinto al de la física teórica, Sokal sea capaz de concebir y practicar un segundo experimento con los estudios culturales. Ahora, el objeto experimental y de estudio es él. Veremos cuál es su trayectoria como objeto social en los próximos años. □

El debate va a continuar, y no pretendemos zanjarlo aquí. Para terminar diremos únicamente que a lo largo de todo este «affaire», Sokal estará experimentando un profundo cambio. De ser un físico teórico se ha convertido en uno de los principales ideólogos de la comunidad de físicos, y por extensión de la comunidad de científicos físico-naturales. Paradójicamente para él, su trabajo será cada vez más social y cultural. No será fácil que, en ese nuevo medio, tan distinto al de la física teórica, Sokal sea capaz de concebir y practicar un segundo experimento con los estudios culturales. Ahora, el objeto experimental y de estudio es él. Veremos cuál es su trayectoria como objeto social en los próximos años. □

RESUMEN

Cuando el prestigioso físico teórico Alan Sokal logró introducir en una conocida revista norteamericana postmoderna un texto que enunciaba una nueva teoría física (y lo hizo en un número monográfico destinado a rebatir las acusaciones de que los estudios culturales

sobre la ciencia se caracterizan por su incompetencia científica) propició una agria polémica (la nueva teoría fue un invento de Sokal) entre defensores de la cultura científica y pensadores postmodernos, de la que se hace eco Javier Echeverría.

Alan Sokal y Jean Bricmont

Impostures intellectuelles

Paidós, Barcelona, 1999. 320 páginas. 3.200 pesetas. ISBN: 84-493-0531-4.

Baudouin Jurdant (ed).

Impostures scientifiques. Les malentendus de l'affaire Sokal

Ed. la Découverte/Allige, París/Niza, 1998. 331 páginas. ISBN: 2-7071-2875-9.

Los traductores árabes de los griegos

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Es bien sabido que por dos vías entraron los textos griegos en el Occidente medieval: bien a través del latín (desde traducciones o ecos en la Antigüedad o desde Bizancio), bien a través del árabe (de donde pasaron bien al latín bien al castellano, en el siglo XIII sobre todo). Este libro estudia, profunda aunque parcialmente, no pretende otra cosa, la segunda vía. La de los traductores de Bagdad en la primera época abbasida, desde la segunda mitad del siglo VIII (califato de Al Mansur, desde 754) hasta mediados del IX (califato de Al Mamún, hasta 833).

Es importante la labor de los traductores de Bagdad, reflejada en pág. 193 ss. en una larga relación de las obras que tradujeron. Como se sabe, las más son filosóficas, técnicas y científicas: astrología, geometría, matemáticas, medicina, geografía, farmacia, veterinaria, manuales militares, música, alquimia. Y, por supuesto, filosofía. Algunas de estas obras sólo por la vía de las traducciones árabes nos han llegado.

Mucho menor fue el impacto en el mundo árabe de la gran literatura griega en poesía o prosa. En el libro se alude, de todos modos, a la literatura gnómica, las fábulas y la novela; aunque creo que en medida inferior a la justa y deseable, véase más abajo.

Por estas dos vías llegó a Occidente una parte de la tradición griega, que por lo demás permanecía parcialmente viva o, a veces, soterrada, en Bizancio donde, tras la época oscura, se reanudó la copia de manuscritos, ahora en minúscula, en torno al año 800. Y fue en nuestra Península donde, principalmente, confluyeron estas dos vías.

Ahora bien, el interés del autor de este libro, que es un arabista muy distinguido, está en algo que no es necesariamente lo más importante para nosotros, aunque importante es en todo caso: el investigar el por qué de ese movimiento de traducciones en Bagdad, un movimiento favorecido por los califas, por toda la aristocracia, por los altos funcionarios de la Corte, por musulmanes y no musulmanes, sumitas y chiitas. Un movimiento que encontró, ciertamente, algunas críticas (las de Ibn Faris, por ejemplo), pero mucha más aprobación.

Porque las cosas no suceden porque sí, son las necesidades de una sociedad las que la fuerzan a buscar una ayuda, digámoslo así, en tradiciones de tiempos pretéritos y en lenguas ajenas. Por más que tan verdad como esto es que se crearon necesidades, que las traducciones del griego estimularon de un modo incommensurable el crecimiento de la Ciencia y la Filosofía árabes, ni más ni menos que en Occidente el conocimiento directo o indirecto de los griegos (y los latinos) estimuló el crecimiento de la filosofía cristiana.

Como en tantos casos, el comienzo de una nueva literatura está en las traducciones. Con esto intento matizar una opinión en la página 137: que las traducciones vienen del movimiento filosófico, no al revés.

Hay que saber que el movimiento de traducciones al árabe (desde el griego sobre todo, también desde el pahlví y el siríaco, lenguas a las que en parte se habían traducido ya los textos griegos), fue precedido, en la época omeya, por otros movimientos que traducían obras griegas y persas. A veces, como queda indicado, son los textos siríacos y pahlvís procedentes



VICTORIA MARTOS

del griego los que fueron traducidos al árabe, bien en esta época, bien en la de los abbasidas. Y cuando textos griegos fueron traducidos directamente al árabe, las más veces fue por obra de traductores siríacos que eran cristianos, en el origen al menos: nestorianos o jacobitas o melkitas. O, también, paganos de Harran.

Del mismo modo que las traducciones del pahlví venían las más veces de persas de antigua fe zoroástrica, también originalmente, tal Al Mukaffa, traductor del *Pañcatantra*, previamente pasado al pahlví desde el sánscrito. Hay en todo el movimiento un origen extra-árabe, aunque sus representantes se hicieran formalmente musulmanes. Y el movimiento que venía de la época omeya, aunque ahora creciera.

Hay aquí un problema: con frecuencia se considera el movimiento de traductores de Bagdad como mera continuación de éste de las traducciones siríacas (y aun árabes) de época omeya. Y con mucha frecuencia existe una gran duda sobre si ciertas traducciones, de Aristóteles por ejemplo, pasaron directamente del griego al árabe o bien lo hicieron a través del siríaco.

Pues bien, la tesis fundamental de este libro es que, por importante que haya sido el papel de los traductores siríacos y otros, el movimiento de Bagdad fue infinitamente más sistemático y amplio y sólo se explica por las necesidades políticas y sociales del califato abbasida. El movimiento anterior sería puramente individualista y desorganizado.

Gutas explica esto con el mayor detalle, aportando datos poco conocidos y sumamente interesantes. Relaciona, por ejemplo, las traducciones de los *Tópicos* y la *Física* de Aristóteles con la necesidad de los teólogos árabes, en la época de Al Mahdi, el segundo califa, de armarse para las controversias con sectas disidentes como los maniqueos y otros, controversias que continúan las anteriores, en Bi-

zancio, entre calcedonios, monofisitas, nestorianos, etc.

Piensa que, en todo caso, la época omeya, centrada en Damasco y apoyada por una población en buena parte grecoparlante y cristiana, tenía necesidades diferentes: el influjo venía de la literatura bizantina contemporánea, centrada en escritos gnomológicos, teológicos y hagiográficos. En cambio, en Bagdad, a partir de Al Mamún sobre todo, hay un cambio total.

Es el momento en que hay un verdadero proselitismo islámico y un enfrentamiento radical con Bizancio. Para los defensores de esta política era Bizancio la que había roto con la antigua Ciencia griega, el Cristianismo había sido un obstáculo para acercarse a ella (pág. 84 ss.). Los más ilustrados de los escritores árabes pensaban que la verdad debía ser perseguida viniera de donde viniera, incluso de una religión politeísta (pág. 158 ss.). Y Aristóteles no era ni bizantino, ni cristiano, de ahí su excelencia (pág. 87). Hay anécdotas, incluso, de cómo algún emperador de Bizancio entregaba gustoso a los árabes la antigua Ciencia helénica que consideraba un peligro, era una especie de regalo envenenado (pág. 157).

Nuestro autor cree que ésta fue la línea principal, que la oposición a la Ciencia griega sólo se dio en circunstancias muy especiales, en que existía una gran presión externa, a saber, al final del califato y en la época ayúbida y la de los mamelucos. En general, una oposición entre razón y fe no se daba, con algunas excepciones ciertamente.

Por otra parte, las traducciones procedían de necesidades del momento, como son la astrología, enormemente ligada al gobierno del imperio (cf. pág. 108 ss.), la cosmología, la dialéctica, la geometría, la medicina. Crecieron, ciertamente, más entre los árabes que en Bizancio, a partir del estadio griego.

Todo esto y mucho más es extraordinariamente interesante. Pero yo añadiría que hay

aspectos del influjo griego -bizantino más bien- entre los árabes que no quedan bien recogidos en este cuadro. Me refiero a la literatura gnómica y la leyenda de Aristóteles y Alejandro, también la de Sócrates y Platón, que, a partir de varias fuentes, sabemos que estaban ya traducidas al siríaco y al árabe en época omeya. Ésta es la tesis de M. Grignaschi, creo que acertada. La idolización de Aristóteles (que se apareció en un sueño a Al Mamún), la cristianización de Alejandro, eran ya siríacas y árabes tempranas, si no bizantinas.

La literatura siríaca «profana» y la árabe de ella derivada eran, fundamentalmente, una literatura parenética y de gobierno que, sobre bases antiguas, había crecido en época omeya calcando, en lo fundamental, desarrollos bizantinos de época anterior. Los árabes la encontraron, sin duda, en Damasco y otros centros de cultura griega que conquistaron hacia la mitad del siglo VII (Damasco cayó el 635). Era una literatura que estaba bajo la sombra de la ética cristiana. Y que procedía, en definitiva, de Constantinopla y de todo el mundo bizantino.

No se trata de desorganización, lo que había en época omeya en círculos en definitiva cristianos, era un interés diferente, tiene razón Gutas, al que prevaleció en época abbasida. Era una continuación de la mentalidad bizantina previa a la época oscura. En época omeya continuó el cultivo y comenzaron las traducciones de esta literatura moralizante, entre cínica y cristiana, de ella proceden los modelos árabes de obras como las que Alfonso el Sabio tradujo al castellano con los títulos de *Libro de los Buenos Proverbios*, *Poridat de Poridade*, *Bocados de Oro* y *Libro de la esclava Teodor*. En la época de Abd-el-Malik, a fines del siglo VII, se había ya traducido al árabe la mayor parte de la literatura sobre Alejandro (muchas



Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

más cartas pseudoepígrafas que, por ejemplo, en el pseudo-Calístenes).

El traductor más importante de la época de Al Mamún, Hunain Ibn Isaac (un cristiano nestoriano), por poner un ejemplo, tradujo, a más de Hipócrates, Galeno, etc., literatura sapiencial, sin duda bizantina conservada en Oriente y traducida o no en época omeya, así el *Kiáb abad al-Falasifa*, traducido al castellano por Alfonso X como *Libro de los Buenos Proverbios*.

Pienso que esta parte de la labor traductora del Bagdad abbasida, la que se refirió a la literatura sapiencial, continuando la labor de la época omeya, queda en este libro un tanto desdibujada: se refiere a las gnomologías y *Vidas* de filósofos, al tema de Alejandro y a otros novelosos y didácticos, también a fábulas (Lokman) y anécdotas diversas. No es que Gutas la ignore: a él se debe un libro importante, de 1975, sobre una gnomología árabe y, por otra parte, alude rápidamente a todo esto (pág. 194 ss.) Pienso que demasiado deprisa. Es difícil, ciertamente, el tema de cómo estos originales bizantinos llegaron a Damasco y Bagdad. Pero, evidentemente llegaron.

Hay que suponer, repito, que se encontraban en la misma Damasco, en fecha anterior a la reanudación de la labor de los copistas en Constantinopla, en torno al año 800. Cuando ésta tuvo lugar, volvieron a llegar los mismos o parecidos textos, es cuando Hunain y los demás los tradujeron al árabe. Pero a veces a partir de las traducciones siríacas anteriores: previas a la llegada de los árabes o después de ella.

Las traducciones árabes llegaron luego, como he dicho, a Castilla, desde donde se propagaron a toda Europa. Es éste un tema poco estudiado, del que me ocupo actualmente, y que es extremadamente importante.

Piénsese, efectivamente, que un libro como éste destapa solamente una parte del vasto fenómeno de la propagación del helenismo a través del Islam. Habría que completarlo con esa otra difusión de la literatura gnómica y parénética que llega también a Persia: en Omar Hayyam y Hafid se encuentran ecos. Y con el

influjo sin duda oral de la erótica griega popular que en cierta medida conocemos y que los árabes encontraron en Siria, Palestina y Egipto y que influyó enormemente sobre su propia erótica, estoy convencido. La culta y la popular española, me refiero al zéjel y la muwassaha. Elvira Gangutia ha escrito sobre esto.

Por otra parte, toda esta literatura convergía en Occidente, y concretamente en España, con versiones de la misma que llegaban por vía latina: Julio Valerio, *Vidas* de Esopo y Secundo, *Disputa* de Epicteto y Adriano, obras de tema troiano, versiones varias del pseudo-Calístenes, fábulas, anécdotas, proverbios, etc. En el *Calila*, las *Mil* y *Una Noches*, en Pedro Alfonso, el Arcipreste o el Conde Lucanor esta confluencia se palpa con las manos. De esto he escrito en otros lugares.

La helenidad perdida se recobraba, desde los siglos XII y XIII, por la conjunción de estas dos vías a que hacemos referencia. Y que coincidían en una cosa: en primar los aspectos éticos, gnomológicos, fabulísticos, filosóficos, etc., es decir, la literatura sapiencial, sobre los poéticos. Esto es herencia de Bizancio.

Este magno movimiento de la conservación y redescubrimiento del modelo griego está sin recoger en una gran obra de conjunto. El libro que comento es una aportación importante aunque, como digo, con un enfoque parcial: dirigido no tanto al estudio de la conservación de ese legado como a las razones de su parcial redescubrimiento en el mundo árabe de la Bagdad abbasida. Y centrado antes que nada en la Ciencia y en la filosofía aristotélica.

Para el lector español hay que añadir algunas cosas. El papel de España, de Castilla sobre todo, en la conservación de ese legado es sumamente importante, por obra sobre todo de las traducciones del árabe al latín y al castellano en el siglo XIII (hay huellas de conocimiento de esta literatura ya desde el siglo XII). Ahora bien, la literatura árabe traducida del griego llegó a Al Andalus como un producto de importación venido de Bagdad (y del Egipto fatimida), ni más ni menos que a todo el universo árabe. No hubo escuelas de traductores

en Al Andalus. Es conocida la anécdota de cuando Abderramán III recibió un Dioscórides como obsequio del emperador de Bizancio y hubo de pedir un intérprete que, efectivamente, le fue enviado, un monje Nicolao: en Córdoba nadie sabía griego.

La rehelenización de Occidente partió de puntos muy limitados: en Europa, Irlanda, el monasterio de Saint Gall y la Italia meridional, sobre todo; en Oriente, Damasco primero, Bagdad después. Nada comparable en España. Eso sí, aquí llegaba la literatura griega de traducción, por la vía bien del latín, bien del árabe. Y se creó, por iniciativa de Alfonso X, la escuela de traductores de Toledo. Como los cristianos nestorianos y otros fueron el elemento de contacto en Oriente, aquí lo fueron los judíos. Curiosa historia.

Cuando don Emilio García Gómez publicó en 1929 una *Vida* árabe de Alejandro procedente de Al Andalus, resultó que venía de un original latino, la traducción del pseudo-Calístenes del archipresbítero Leo, del siglo X. Otros manuscritos árabes españoles que han llegado o no a nuestras bibliotecas de hoy y que, algunos de ellos, fueron traducidos al latín o castellano (o están emparentados con los que fueron traducidos), vienen de Oriente. Allí es donde griegos y árabes se encontraron. Digo esto para deshacer muchos tópicos que corren.

Y es notable el descuido con que todo esto está recogido en las historias de la literatura española. Hablan de tradición árabe, de Oriente, etc., cuando éstas no son sino vías de llegada para obras en realidad griegas o bizantinas, si se quiere, que luego fueron, eso sí, abundantemente imitadas (*Libro de los Doce Sabios*, *Castigamientos de don Sancho IV*, etc.). El influjo griego y latino en nuestra primera literatura medieval es mucho más importante de lo que se dice.

Pero con esto me estoy saliendo del tema, llevado por las derivaciones que el libro podría tener. En él, el estudio de la sociedad árabe de Bagdad, de sus problemas religiosos y políticos, de los traductores y su actividad está tratado con exhaustividad. También es importante la relación de obras traducidas, sus fechas, las de los manuscritos griegos de las mismas obras (a partir del año 800), la bibliografía moderna. Es una obra importante, que aumenta nuestra perspectiva; también en lo relativo a las traducciones del pahlví.

Que subraye el tema árabe más que el de la tradición griega, es comprensible. En todo caso, nos hace pensar sobre ésta. Y sobre aspectos de la difusión de la literatura griega en Siria que creo esenciales y habría que tratar con igual detenimiento. Aunque aquí fallan con frecuencia los datos. □

RESUMEN

Como recuerda Rodríguez Adrados, los textos griegos entraron en Occidente por dos vías: a través del latín o a través del árabe. El libro que comenta, obra de un eminente arabista, se detiene, aunque sea parcialmente, en esta segunda vía. Dimitri Gutas se esfuerza en concretar la importancia que para esa

vía de difusión del pasado griego tuvo la escuela de traductores de Bagdad. El comentarista completa ese análisis con referencias a otras vías intermedias, que contribuyeron asimismo a dar a conocer esa tradición literaria griega, tan decisiva para la cultura occidental.

Dimitri Gutas

Greek thought, Arabic culture. The Graeco-Arab translation movement in Baghdad and early Abbasid Society

Ed. Routledge, Londres/Nueva York, 1998. 248 páginas. 14,99 libras. ISBN: 0-415-06133-4.

La medida del tiempo

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector (1986-90), y es académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido director general de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-1982) y actualmente es vicepresidente de la Comisión Promotora del Laboratorio del Síncrotrón.

El libro que comentamos relata de manera detallada y amena los pasos que han llevado al establecimiento de nuestro calendario actual e incluye algunos temas relacionados no menos interesantes. Por ejemplo, la evolución de los sistemas de contaje en las distintas culturas y el proceso de sustitución de la numeración romana por los nueve dígitos de origen hindú, con el añadido del cero árabe. Las diez cifras, con la introducción de la notación posicional, entre sus muchas ventajas nos permiten escribir con sencillez algo tan complejo como el número de días que tiene un año: 365,242199 días, segundo más, segundo menos.

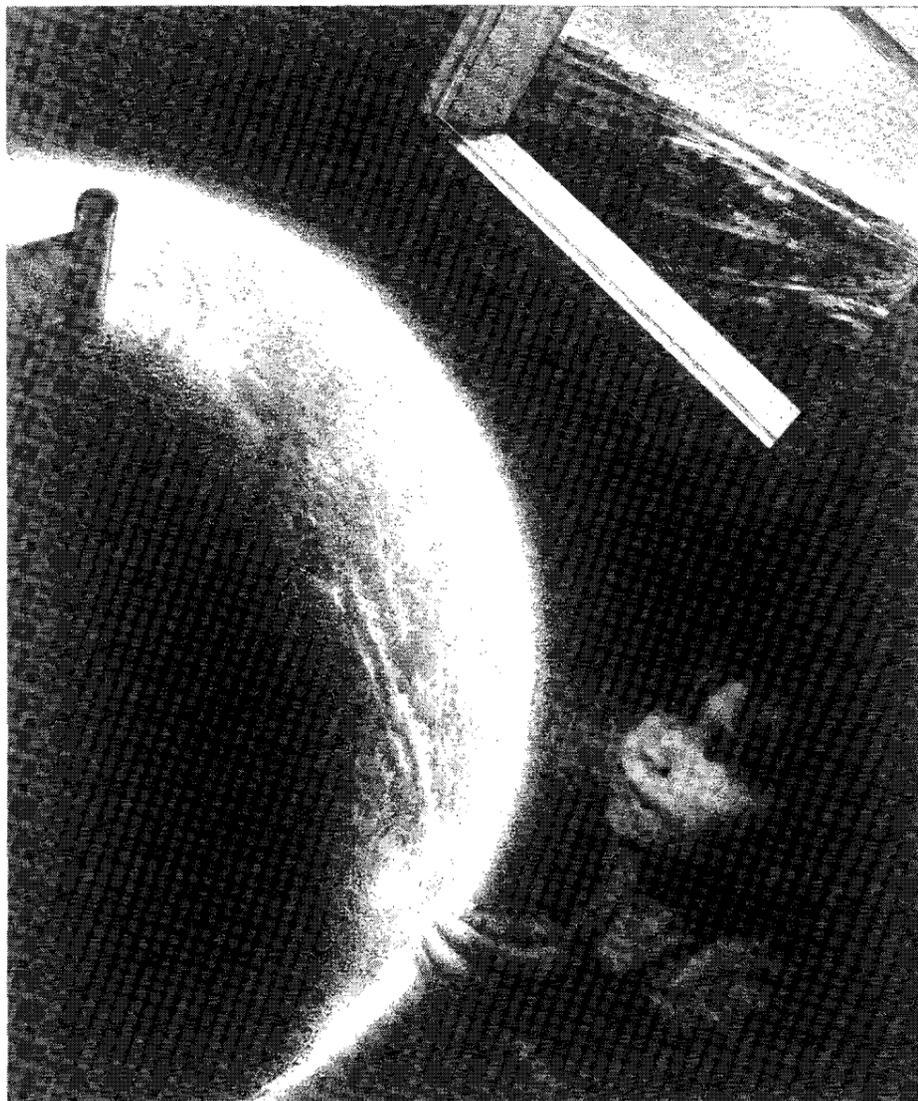
Quizá por la proximidad del cambio de milenio, el hecho es que, junto al libro que comentamos, han aparecido otros relacionados con los avatares de los calendarios a lo largo de la historia. Por ejemplo, el cuento del físico teórico Abner Shimony ilustrado por su hijo Jonathan, *Tibaldo and the Hole in the Calendar* (Copernicus, Springer-Verlag, 1998), que relata los problemas de Tibaldo quien, por haber nacido el 10 de octubre de 1570, estuvo a punto de quedarse sin su celebración de aniversario por culpa de una bula papal. También la prensa diaria se ocupa mucho del calendario por la cercanía del año 2000. Por un lado existe el interrogante de lo que sucederá en el año 2000, el famoso efecto «Year 2 Thousand» (el Y2K del mundo anglosajón), por los posibles problemas que puedan presentar los ordenadores al entender que después del año 99 viene el 00 que ellos leerán como 1900. Y por otro la polémica acerca de cuándo empieza el siglo XXI.

Las medidas

Los calendarios responden al deseo de la humanidad de disponer de una medida del paso del tiempo que permita establecer un cierto orden en la evolución de las estaciones (provocadas no por la variación de la distancia al Sol, sino por la inclinación del eje de la Tierra respecto al plano de su órbita) que tanto influían en las sociedades primitivas. Actualmente se trata más bien de disponer de un sistema de medida acorde con la precisión de la sociedad tecnológica que exige patrones globalizados.

Entre las aportaciones de la Revolución francesa no es la menor el establecimiento de unidades de medida fijas y universales, lo que Condorcet dedicó «a todos los tiempos, a todos los pueblos». Estamos tan habituados a la existencia del Sistema Métrico Decimal (aún con alguna notable excepción, que aún conduce a errores capaces de provocar la caída de la nave Mars Climate y provocar la pérdida de más de diez millardos de pesetas a la NASA), que nos cuesta imaginar cómo eran las cosas antes: cada ciudad tenía sus patrones de medida que no se usaban más allá de su limitada área de influencia. Conscientes de los problemas que se derivarían de esta situación, los revolucionarios establecieron unos patrones ligados lo más posible a lo más permanente, lo que hoy constituye parte del Sistema Internacional de unidades: el metro, el kilogramo y el segundo.

La definición del metro que recordamos los mayores era la misma que Auguste Savinien propuso a la Asamblea Constituyente el 12 de mayo de 1790. Un metro (del griego «metron», medida) obtenido de la medida de la Tierra.



RODRIGO

El 27 de octubre de 1790 la Academia de Ciencias de París estableció el Sistema Decimal y en marzo del año siguiente adoptó como base el cuadrante del meridiano de la Tierra que se obtendría midiendo con precisión el arco de meridiano entre Dunkerque y Barcelona. El metro sería la diezmilésima parte de dicho cuadrante. La medida del perímetro de la Tierra había sido ya realizada en el siglo III a. de C. por Eratóstenes, quien midió la longitud del arco de meridiano entre Alejandría y Assuán. Su resultado, de unos 250.000 estadios, se acercaba a su valor real mucho más que las medidas que se impusieron con posterioridad y que en la época de Colón eran suficientemente pequeñas como para aconsejarle emprender el viaje a las Indias por occidente. Pero los antiguos valores no tenían la precisión exigida para lo que debía ser el metro. La nueva medida del cuadrante de la Tierra fue encargada a dos astrónomos importantes: Jean-Baptiste Delambre, que empezaría las medidas por el norte, y Pierre Méchain, que comenzaría las triangulaciones por el sur. Los avatares de tal medición durante el desarrollo revolucionario y en plena guerra con España han sido descritos en un interesante relato novelado por Denis Guedj en su libro *La Mesure du Monde* (versión castellana *La medida del mundo: el meridiano*, Península, Barcelona, 1998).

El establecimiento de un patrón de masa, el kilogramo, también requirió las aportaciones de miembros de la Academia. Los conocimientos químicos de Lavoisier hubieran facilitado la labor de construir un bloque metálico de la máxima estabilidad, de no haber sido por el celo revolucionario que le llevó a la guillotina. De todas maneras los trabajos prosiguieron y en 1799, año VII de la Revolución, tuvo lugar la presentación oficial del metro y del kilogramo. La palabra gramo se tomó del griego «gramma», letra, que en su transición al latín

también significaba parte pequeña o fracción («scrupulus») y que en el bajo latín ya era una unidad de medida («escrúpulo de onza»). (Agradezco al profesor Pere Lluís Font sus aclaraciones lingüísticas.) A partir del metro y el gramo, se acordó que sus divisores se formarían con un prefijo latino («deci», «centi», «mili») y sus múltiplos con uno del griego («Deca», «Hecto», «Kilo»). Los nuevos patrones recibieron uno de los mayores impulsos en 1875 cuando 20 países, entre ellos España, firmaron la Convención del Metro.

Si bien la Asamblea Constituyente estableció la medida del espacio, la unidad de medida del tiempo, el segundo, fue establecida por la Convención. No todos estaban de acuerdo con un sistema decimal a ultranza, propugnado por Laplace, que nos hubiera conducido a una hora de 100 minutos (del latín «minutum», muy pequeño) y a un minuto de 100 «segundos minutos». La pugna llegó a una solución de compromiso: prevaleció la opinión de Condorcet de horas de sesenta minutos y minutos de sesenta segundos a cambio de una semana de diez días en el calendario de la Revolución. En el caso del tiempo no se trataba sólo de establecer la unidad sino de algo más profundo: la reforma del calendario. A propuesta del matemático Gilbert Romme, el 5 de octubre de 1793 (el 14 Vendimiario del año II) la Convención estableció el calendario republicano, el último intento de reforma del establecido en 1582 por el papa Gregorio XIII que se ha llegado a aplicar.

¿Cuál es la razón de que mientras el Sistema Métrico, u otros sistemas racionalizadores como la introducción del franco, ha mantenido su vigencia, el calendario republicano no se impuso? Probablemente, una de las razones fue que el calendario gregoriano, imperante entonces en el mundo civilizado, ya había alcanzado un grado elevado de perfección. De he-

cho, otros intentos más modernos de eliminar los «defectos» del calendario tampoco han tenido éxito. Mencionemos, por ejemplo, el Calendario Mundial o el Calendario Fijo Internacional que añadía un mes Sol. Quizá estamos tan acostumbrados a la inexorabilidad del calendario y del paso del tiempo que no apreciamos sus problemas. Por ejemplo, ¿por qué un día determinado de un mes no cae siempre en el mismo día de la semana? ¿Por qué febrero es más corto que los otros meses? ¿Por qué el año 2000 será bisiesto si los tres finales de siglo precedentes no lo fueron?

El año

Desde la antigüedad el hombre ha utilizado la periodicidad de algunos sucesos naturales para medir el paso del tiempo. El más inmediato es la sucesión de los días y las noches, el tiempo que tarda la Tierra en dar una vuelta sobre su eje, lo que llamamos día sidéreo, distinto, debido a la revolución de la Tierra en torno al Sol, del día solar medio (cuya división por 86.400 definía el segundo), que es lo que separa dos salidas sucesivas del Sol. Otros fenómenos utilizados son la revolución de la Luna en torno a la Tierra, el mes lunar, o la revolución de ésta en torno al Sol, el año sidéreo, distinto también (debido a la precisión del eje de la Tierra) del año solar (o tropical) que es lo que separa dos equinoccios de primavera sucesivos.

El problema es que el año tropical no tiene un número entero de días solares: si decidiéramos empezar a contar el tiempo el día primero del año a las cero horas, el inicio del año siguiente, cuando la Tierra hubiese completado su órbita, no serían las cero horas de un día, sino casi las 5 horas y 50 minutos debido a que, como ya hemos dicho, el año tiene 365,2422 días. La duración del ciclo lunar tampoco ayuda: la separación entre dos lunas nuevas sucesivas es de unos 29 días y medio. Las distintas culturas han intentado dar respuesta a estos problemas, con una variedad considerable de calendarios, basados en el Sol, en la Luna o en ambos. Actualmente, estos calendarios tienen un uso restringido, mientras que el calendario surgido del Imperio Romano, influido por la cultura judeocristiana a través de la Iglesia Católica, es el que se ha impuesto de manera general.

El calendario del Imperio Romano consistía en un año de 10 meses de 30 o 31 días, totalizando 304 días que eran insuficientes para cubrir toda una vuelta del Sol (ahora diríamos de la Tierra). Para compensar, al final se añadían los días necesarios para ajustarse a la duración del año astronómico. El emperador Numa Pompilio introdujo los meses de enero, dedicado a Jano, y febrero, prolongando la duración hasta los 355 días. Para completar el ajuste se establecía un ciclo de cuatro años en que se añadía un trigésimo mes de 22 o 23 días de manera arbitraria según los intereses de los dirigentes del momento. El año se iniciaba el mes dedicado a Marte; abril recibía su nombre de algunos usos rurales y mayo y junio eran dedicados a diosas romanas. Los otros meses seguían una simple ordenación numérica: Quintilis, Sextilis, September, etc. Cada mes se dividía en tres fracciones desiguales: las calendas (el día 1, que correspondía a la luna nueva); las nonas (los días 7 de marzo, mayo, julio y octubre y el 5 de los otros meses); y los idus (el día 15 de los meses de marzo, mayo, julio y octubre y el día 13 de los otros meses). Los días se contaban hacia atrás desde las tres divisiones mencionadas.

El año 45 a. de C. Julio César, aconsejado por los mejores astrólogos (hoy diríamos astrónomos) del momento, especialmente de Sosígenes de Alejandría, decidió corregir el desajuste existente y establecer un nuevo calen-



Viene de la página anterior

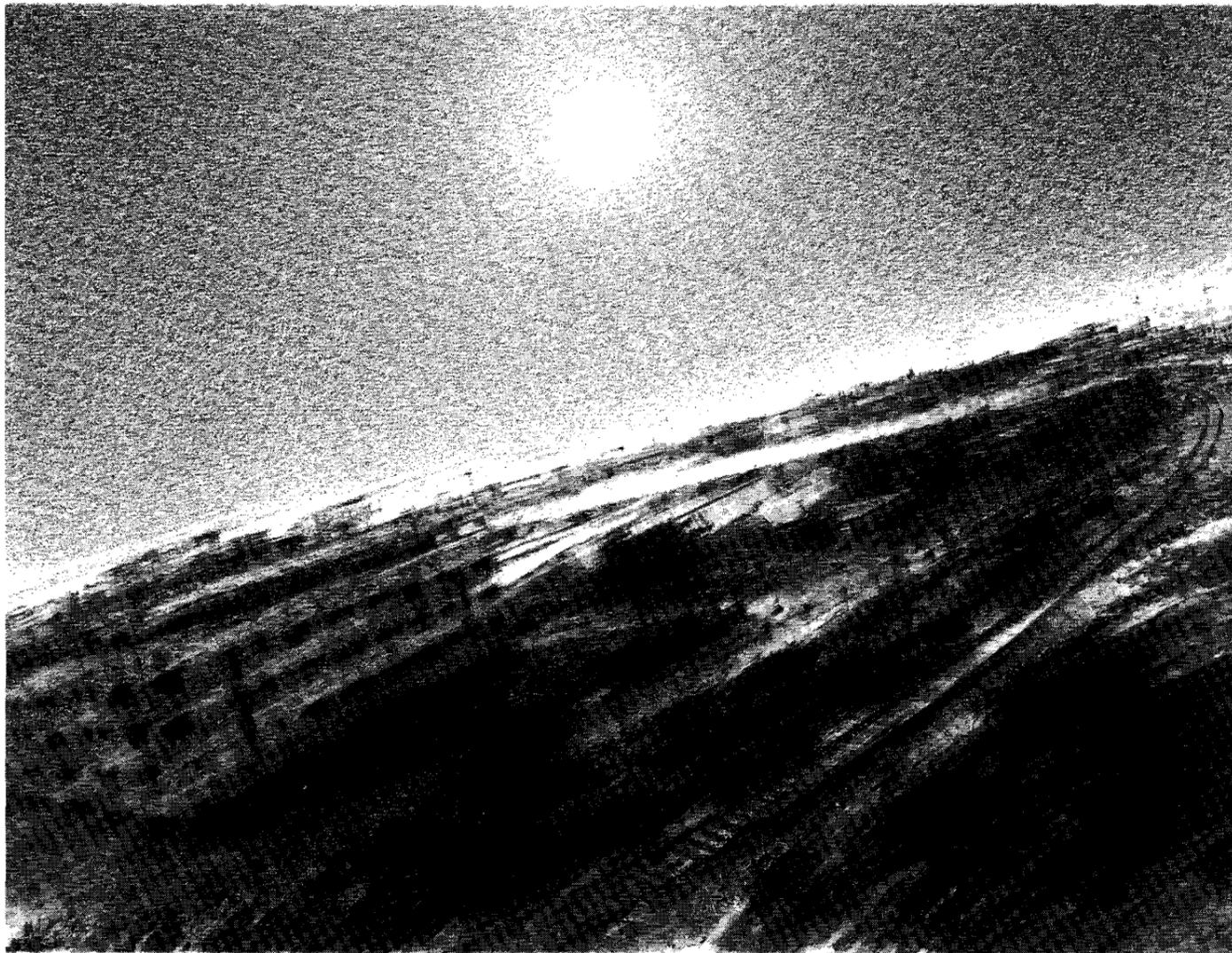


dario menos arbitrario de doce meses y de 365 días, intercalando cada cuatro años uno de 366. De esta manera la duración media del año sería de 365,25 días. La implantación de este año «juliano» fue acompañada de una inserción de tres meses, a fin de ajustar los desarreglos acumulados, en el llamado «año de la confusión». El comienzo del año se trasladó al inicio de enero y la duración de los meses quedó establecida de la siguiente manera: enero, marzo, mayo, Quintilis, septiembre y noviembre tenían 31 días; abril, junio, Sextilis y octubre 30; y febrero 29, o 30 si era bisiesto. En los años de 366 días se repetía el 23 de febrero, el «ante diem sexto Calendas Martius», por lo que se les llamó «bi-siestos». A Julio César se le dedicó el mes Quintilis, nuestro julio. El año 14 d. de C. a César Augusto también se le concedió el nombre de un mes, cambiándose el nombre de Sextilis por agosto. Como no podía ser menos que su predecesor que tenía un mes de 31 días, se decidió añadir un día a su mes, quitándosele a febrero que quedó con sus 28 (o 29) y, para que no hubiesen tres meses seguidos de 31 días, se modificaron los restantes en la forma actual.

La duración real del año astronómico (365,2422 días) era unos 664 segundos más corto que el juliano (365,25 días). Esta pequeña discrepancia se fue acumulando con el paso del tiempo hasta convertirse en unos 10 días en la época de Gregorio XIII. El hecho de que las estaciones climatológicas estuviesen 10 días retrasadas no era aún un problema muy grave. Lo que llevó al Papa a modificar el calendario no fue sólo una previsión a largo plazo, sino también los problemas que el retraso introducía en la determinación de la Pascua y de las otras fiestas móviles, determinadas por el calendario judío, basado en la Luna.

Los sucesivos planes de reforma del calendario se relatan con detalle en el libro que comentamos, incluyendo el que finalmente se impuso. Fue el de un profesor de medicina de la Universidad de Perugia, Luigi Lilio Ghiraldi, latinizado como Aloisius Lilius, de manera que, inicialmente, el nuevo calendario se conoció como «calendario liliano». Lilius propuso eliminar 10 días a fin de corregir el avance, lo que se podía hacer de una vez o eliminando los años bisiestos durante 40 años. A su muerte en 1576, su trabajo fue presentado por su hermano al Papa Gregorio XIII, un antiguo profesor de leyes de Bolonia llamado Ugo Buoncompagni, elegido Papa en 1572. En 1576, el Papa buscó la ayuda del matemático jesuita Christopher Clavius, un eminente astrónomo que da nombre al mayor cráter de la Luna, y creó una comisión para estudiar la propuesta. Ésta decidió quitar los 10 días de una vez, de manera que al jueves 4 de octubre de 1582, fiesta de San Francisco, le siguió el viernes 15 de octubre. La publicación oficial de la comisión se tituló «Kalendarium Gregorianum perpetuum» y fue acompañada de la bula «Inter gravissimas...», del 24 de febrero de 1582, que anunciaba a todos los príncipes cristianos que el nuevo sistema empezaría a aplicarse el 15 de octubre del mismo año.

A fin de evitar posteriores desfases la comisión también propuso eliminar tres días cada 4 siglos, concretamente días adicionales de los años bisiestos que coincidieran con un cambio de siglo. La norma es que son bisiestos los múltiplos de 4 que no acaben en dos ceros, excepto los que, suprimidos los dos ceros, dejen una cifra que también sea divisible por 4. De esta manera fue bisiesto el 1600; no lo fueron el 1700, el 1800 y el 1900; y lo será el 2000. Además, se decidió que el día adicional pasara al final de febrero como día 29. Con los cambios realizados, el año pasó a tener 365,2425 días, de manera que la duración del año solar (de 365,2422 días) era sólo unos 24 segundos más corto que el gregoriano, diferencia tan pequeña que garantiza su validez durante más de 3.500 años.



RODRIGO

La implantación del año gregoriano sólo se realizó de manera inmediata en los reinos católicos. Los protestantes lo aceptaron en la Dieta de Regensburg en 1700 e Inglaterra en 1752, cuando suprimió 11 días, pasando del 2 de septiembre al 14 (ya que se había acumulado un día más de retraso). Los trabajadores ingleses provocaron algunos disturbios al querer cobrar los 11 días no trabajados. El Japón lo aceptó en 1863 y Rusia en 1918 (por eso la revolución de octubre se conmemoraba en noviembre). Los griegos y los ortodoxos lo implantaron en 1924 y Turquía en 1927.

El Siglo XXI

Respecto al problema informático que va a suponer la llegada del año 2000, la bibliografía aún es más abundante, incluyendo las informaciones de distinto signo existentes en la «World Wide Web». Se ha vituperado a los informáticos por no haber previsto el hecho y haberse limitado a indicar los años mediante los dos últimos dígitos (aunque, por el momento, nadie parece prever el efecto Y10K). Pero los que empezamos a familiarizarnos con ordenadores a primeros de los años sesenta recordamos las limitadas memorias de entonces. No era como ahora que un disco duro tiene una memoria que se cuenta por millardos: entonces ahorrar dos dígitos de memoria en cada fecha tenía su importancia. En algunos sectores de los Estados Unidos existe pánico ante el efecto 2000, pero cuando uno observa las «desgracias» que podrán suceder, tiene la impresión de que ninguna va a ser excesivamente grave debido a las medidas que ya se han estado tomando y al hecho adicional de que el 1 de enero del 2000 será un sábado y tendremos dos días festivos para corregir los entuertos. En Europa, además, la introducción del euro ha obligado a muchas empresas a renovar sus par-

ques de ordenadores con lo que son de esperar unos efectos menores.

Por lo que se refiere al inicio del siglo XXI, la cosa es clara y transparente, a pesar de que en mucha prensa aparecen personas cultas pregonando lo contrario. Obviamente, la aparición del 2 en la cifra del año, va a tener lugar el 1 de enero del 2000. Posiblemente ello será la causa de una gran fiesta y el año 2000 será un continuo de eventos, al menos para los ciudadanos del mundo cuyo bienestar les permita ser conscientes de ello. La razón es que no cualquier generación de seres humanos habrá podido ver un cambio de milenio. Posiblemente no muchos tenían la cultura suficiente como para ser conscientes de ello la última vez, el año 1000. Un porcentaje apreciable de población ni tan sólo tiene ocasión de ver un cambio de siglo. Si bien el hecho no tiene la menor importancia, ya que se trata de algo puramente convencional, supongo que pocos tendrán el suficiente relativismo como para escapar a algún grado de emoción.

Pero de la misma manera que la carrera de los cien metros lisos se acaba cuando el corredor ha completado el metro que hace cien, el Siglo XX se acabará cuando haya transcu-

rrido todo el año 2000. De manera que el siglo XXI empezará de manera relativamente callada a las cero horas del 1 de enero del año 2001. Lo contrario hubiera supuesto que el primer año de nuestra Era hubiese sido el año cero, cosa tan poco natural como que el primero de los cien metros de nuestra carrera fuese el cero en vez del uno. Los números naturales, los que desde siempre han servido para contar las cosas, empiezan por el uno. De hecho, difícilmente podían los romanos utilizar el número cero, ya que no existía en su sistema de numeración. Ni podía hacerlo Dionisio el Exiguo, el implantador de la manera de contar años desde el nacimiento de Cristo, ya que cuando lo hizo, el año 532, no existía aún la idea del cero, ni tan sólo el dígito que la representa. Para Dionisio, el último de los años anteriores al nacimiento de Cristo, el 1 antes de Cristo (a. de C.), fue seguido por el año 1 después de Cristo (d. de C., o en terminología inglesa AD, del latín «Anno Domine»).

De todas maneras, al afirmar que el siglo XXI empieza el primero de enero del año 2001, no pretendo evitar que las celebraciones de la entrada del tercer milenio se celebren un año antes. □

RESUMEN

Los calendarios, comenta Ramón Pascual, surgen por el deseo del hombre de disponer de una medida del paso del tiempo que permita establecer un cierto orden en la evolución de las estaciones. El libro que comenta detalla los pasos que se han dado hasta llegar al calendario actual, en un recorrido que va desde la susti-

tución de la numeración romana por los nueve dígitos de origen hindú y el añadido del cero árabe hasta llegar a hoy mismo, en plena discusión sobre cuándo realmente acaba el siglo (para el comentarista, sin ninguna duda, el 31 de diciembre del año 2000) y qué va a pasar con el Efecto 2000 en los ordenadores.

David Ewing Duncan

The Calendar

Fourth State, Londres, 1998. XVIII+360 páginas. 12,99 libras. ISBN: 1-85702-721-3.

El naufragio del liberalismo

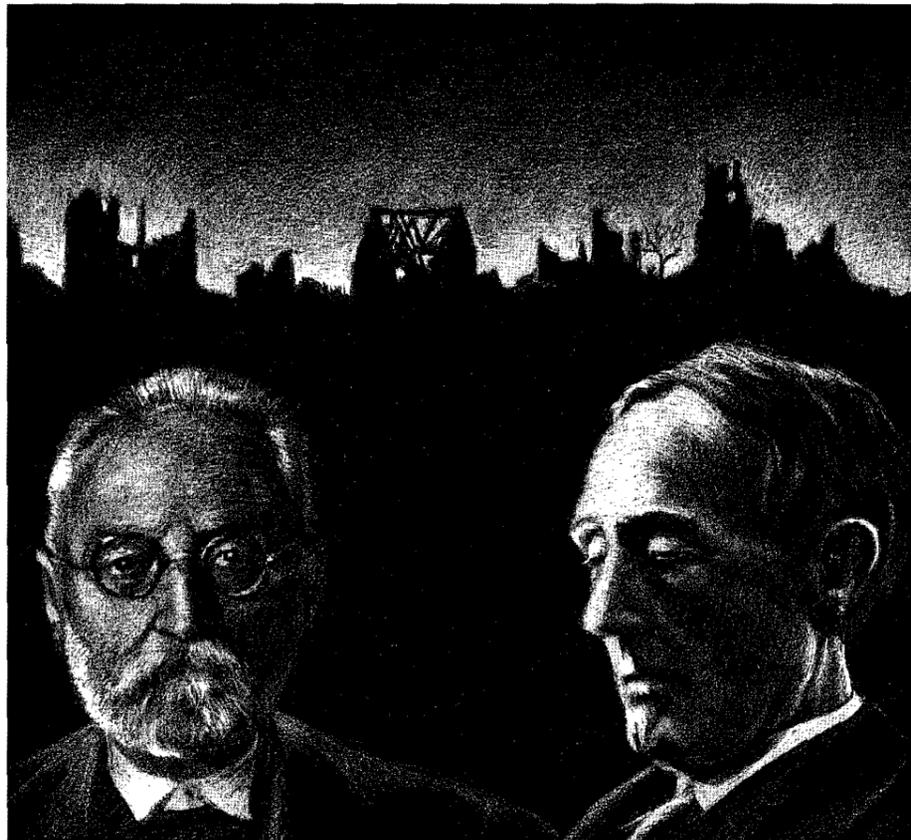
Por Pedro Cerezo Galán

Pedro Cerezo Galán (Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada y ha sido profesor en la Universidad Central de Barcelona. Es académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Entre otros libros ha escrito *Palabra en el tiempo* (Poesía y Filosofía en Antonio Machado), *La voluntad de aventura: aproximaciones críticas al pensamiento de Ortega y Gasset*, *En torno a Hegel y Las máscaras de lo trágico* (Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno).

Con tan sugestivo título, *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo* (1923-1936), ha bautizado Víctor Quimette su obra póstuma, monumental sin paliativos, que la editorial Pre-Textos presenta en dos gruesos volúmenes y con un gesto inconfundible de homenaje a uno de los más acendrados, exigentes y prestigiosos hispanistas de hoy. Hispanista de vocación, como recuerda José Luis Abellán en el prólogo, por un acrisolado amor por lo español, que sin embargo nunca le nubló su buen juicio; e hispanista de destino, porque se encontró siéndolo casi por instinto o revelación, como nos llega el amor y la amistad sin haberlos elegido. Quizá por eso uno podía sentir su hispanismo tan familiar y entrañable, tan de la propia casa, a la que se acercaba cada año desde su lejano y brumoso Canadá, en cuya Universidad de MacGill, en Montreal, ejercía su fecundo magisterio. A Víctor Quimette debemos, entre otras contribuciones, excelentes estudios sobre Ortega y Unamuno, selección y ediciones de artículos de difícil consulta como *La hora de la pluma* (*Periodismo de la Dictadura y de la República*) de Azorín, ediciones esmeradas como *La agonia del cristianismo*, y, sobre todo, el testimonio de su amor diligente por lo hispánico y su juicio, siempre ponderado y reflexivo, lleno de matices y abierto a cualquier sugerencia. Mientras me adentraba en esta su última aventura intelectual por el pensamiento español, no he podido menos de evocarlo constantemente, en diversos lugares y ocasiones, en Madrid, El Escorial o Baeza, ya sea en el aula, ya en la mesa o el paseo, con aquella presencia sobria y elegante en que estaba íntegra su persona. Su muerte prematura e inesperada nos ha conmovido doblemente, porque nos arrebató, a la vez, al gran hispanista, en plena madurez creadora, y al amigo de un conversar inacabable, en un permanente gesto de meditación.

El hilo de oro del liberalismo intelectual

En esta obra, la cosecha espléndida de sus últimas vendimias, nos ha dejado Víctor Quimette el «hilo de oro del liberalismo intelectual español», como él lo llama, el liberalismo de los intelectuales, para diferenciarlo del otro liberalismo programático de los políticos. «El liberalismo intelectual es independiente a la vez que responsable» (I, 67), expresa el compromiso intelectual público de la inteligencia española, a la vez solitaria y solidaria (tal como la definiera entre nosotros José Luis Aranguren), al margen de militancias concretas, sin más fidelidad que al pueblo español y a la realidad misma que le da que pensar. Liberalismo intelectual —de intelectuales y como precipitado intelectual—, que fue para cada uno de ellos, «impulso vital y actitud ética», esto es, más espíritu liberal que doctrina, y más experiencia y compromiso vital que declaración programática. Se trata de examinar, anticipa Quimette, «el papel moderno del intelectual en la vida política de su país, el carácter del liberalismo en el siglo XX, no como denomi-



FRANCISCO SOLÉ

nación política partidista sino como postura ética, y las empresas de un grupo, no definido científicamente, pero claramente reconocible, de hombres de conciencia en un momento de la historia española moderna». Estos hombres son los intelectuales de las generaciones del 98 y el 14, aun cuando Quimette no los aborda con esquemas generacionales, y el período histórico reseñado se extiende desde 1923 a 1936, un tiempo de profunda crisis para España, desde la Dictadura de Primo de Rivera a la II República, con su trágico desenlace en la guerra civil. Hilo de oro en una etapa conflictiva y desgarrada, y en última instancia sangrienta, en que iba por último a naufragar. Hay un gran arrojo intelectual en Quimette al afrontar tan espinoso y gigantesco tema. Teníamos algún ensayo parcial sobre el liberalismo español de esta época, entre otros el muy fino y sagaz de Juan Marichal, *El secreto de España* (*ensayos de historia intelectual y política*), que yo mismo he comentado en estas páginas, pero nos faltaba un estudio comprehensivo, histórico y hermenéutico a la vez, de esta gran cordillera de pensamiento y de actitudes liberales, que cruza dos generaciones españolas, a lo largo del primer tercio del siglo XX, tras la formidable erupción volcánica del krausismo, para hundirse o desaparecer en la tragedia de la guerra civil. Hoy que emergen con la democracia aquellas costas emergidas, envueltas en un largo silencio, es preciso ensayar la palabra justa, el juicio certero, la mirada comprensiva que logren presentarlas en toda su envergadura y dignidad. Éste es el propósito de la investigación de Víctor Quimette. Su obra es una biografía ingente, minuciosa y precisa, de la aventura intelectual y política de un grupo de intelectuales (Unamuno, Azorín, Machado, Baroja, Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala), que de un modo u otro pusieron su prestigio como escritores en la tarea de crear en España una auténtica conciencia liberal. Por supuesto que no son todos. Víctor Quimette se ha atenido exclusivamente a aquellos que deben su influencia social básicamente al prestigio de su pluma, dejando fuera a los más propiamente políticos, entre ellos a Manuel Azaña, «verdadero intelectual pero cuya obra creativa no era la verdadera ni la principal causa de su prestigio». Ya esta selección implica un grave problema metodo-

lógico, y quizá aquí resida una de las objeciones que quepa hacerle a su planteamiento. Azaña no sólo era un escritor de raza sino un intelectual prestigioso, director de la revista *España*, presidente del Ateneo, y como específicamente intelectual cabe calificar su obra ideológica y política, tan distinta de las actitudes políticas al uso. La exclusión de Azaña resta una cumbre señera en esta gigantesca cordillera liberal y, sobre todo, deja truncada la relación Unamuno, Ortega y Azaña, en cuyos vértices se condensa la historia del liberalismo español en el siglo XX. Por si fuera poco, Quimette se ha privado con ello de uno de los testimonios que mejor confirma su propia tesis.

No han sido fáciles, por otra parte, los problemas metodológicos a resolver a la hora de trazar este panorama. El mismo Quimette parece precaverse ante posibles objeciones en este punto. «El tratamiento que he empleado puede parecer poco riguroso en cuanto al método, pero el tema mismo es lo rigurosamente antimetodológico: el pensamiento liberal». No le falta razón. Cada pensador es un mundo, y adopta un compromiso singular e independiente, literalmente inclasificable. El liberalismo alcanza aquí al egotismo del propio estilo mental. Quimette prescinde, por lo demás, de cualquier esquema formal de caracterización, como el generacional, al que menciona pero no usa. Tras una abertura común sobre el intelectual en la política, Quimette se decanta por ensayos individualizados, yuxtaponidos, en los que, por lo general, se distingue una primera parte biográfica, al filo de los acontecimientos históricos más relevantes, de otra más sistemática con una sinopsis del pensamiento. Es ésta una opción metodológica irreprochable, pero tiene sus costos. Al individualizar las biografías, se debilita el perfil general del período histórico y se pierde la trama de las relaciones recíprocas entre las diversas posiciones. Y prescindiendo de la distinción generacional se encubren también, a mi juicio, ciertos rasgos que ayudarían a diferenciar el liberalismo romántico de la generación finisecular, de tendencia más libertaria, del otro liberalismo del 14, de corte más ilustrado y racionalista. Por el contrario, la opción metodológica adoptada por Quimette permite darle una mayor fuerza y unidad a ca-

da perfil biográfico, dejando al lector la tarea de los cotejos y comparaciones.

El sentido ético de este liberalismo renovado, como lo califica Pérez de Ayala, o rectificado, como preferirían decir Ortega y Unamuno, va según Quimette desde la oposición a la Dictadura al apoyo ilusionado, por regla general, a la II República, desilusionado más tarde, y desorientado y perplejo al final. La marcha no es tanto del liberalismo radical al socialismo, que sólo sería aplicable parcialmente a la juventud radical del 98 y al primer Ortega, ni tampoco del socialismo y anarquismo a un liberalismo social, como podría formalizarse la trayectoria de madurez. Por lo general, Quimette prescinde de un esquema ideológico de evolución, para atenerse más bien a la toma de posiciones con respecto a la Dictadura y la II República, como anverso y reverso, negativa y positivamente, de su actitud. Si se exceptúa a Ramiro de Maeztu, al que llama Quimette con acierto «la sombra del pensamiento liberal», éste ha sido el sentido genérico de marcha. Obviamente esta tesis no puede aplicarse por igual a cada uno de los intelectuales aquí analizados, y encaja más con la generación ilustrada del 14 que con la romántica del 98, dejando fuera la figura ejemplar de Miguel de Unamuno, que encarna mejor que nadie esta evolución. Quimette se compromete aquí con una tesis fuerte. Frente a la hermenéutica de la sospecha de los que ven en ellos, tal es el caso de Donald L. Shaw, rasgos o tendencias reaccionarias, «no sólo muy pocas sólidas intelectualmente, sino antiprogresistas por naturaleza», Quimette se inclina por una lectura de signo social positivo, puesto que trajeron a España «una renovación duradera y fértil». Claro está que el citado juicio de Shaw se refiere fundamentalmente a la generación del 98, que es atípica en muchos puntos con respecto al esquema liberal clásico, y no tanto a la del 14, pero pese a diferencias relevantes entre una y otra generación, es innegable una actitud de fondo liberal, lo que no equivale sin más a democrática, y una contribución decisiva a la renovación o rectificación, según se prefiera, del liberalismo clásico y al renacimiento cultural del país.

El intelectual y la política

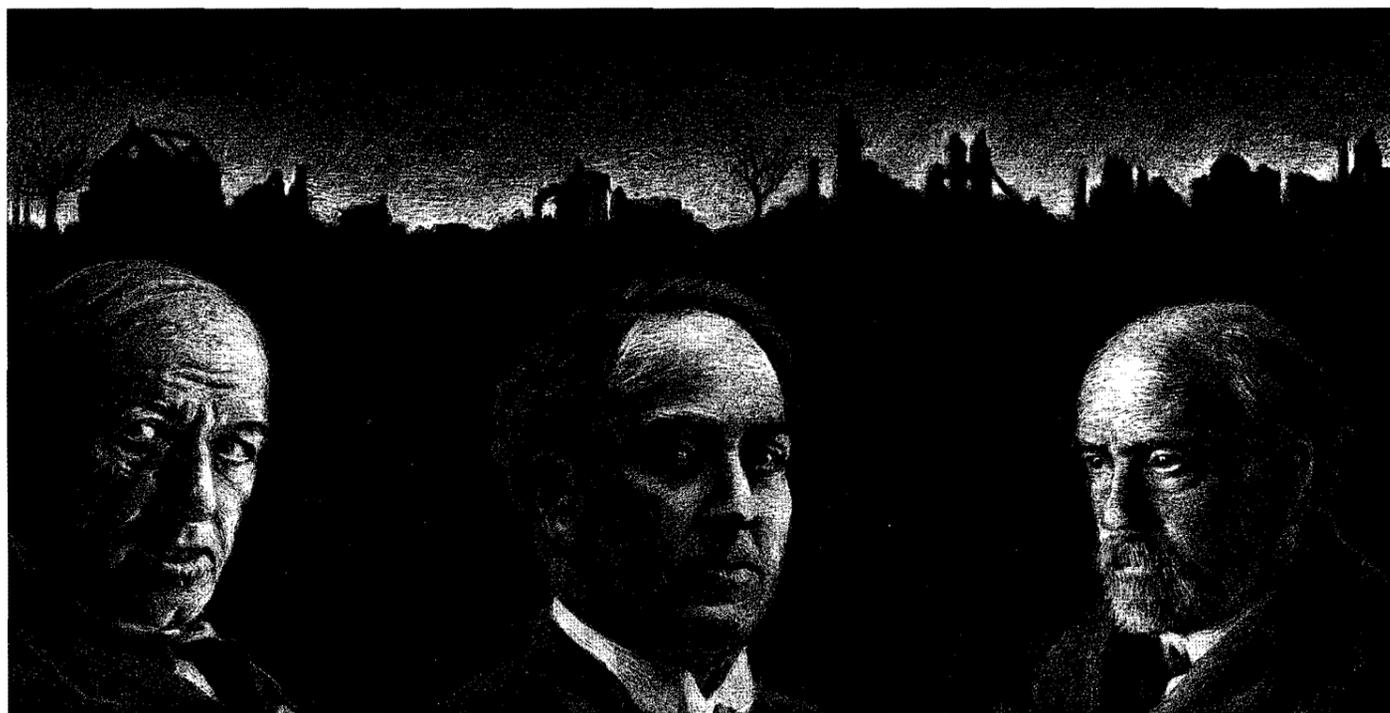
La obra se abre con un amplio y detallado informe sobre el debate acerca del intelectual en la vida política. Como ha mostrado E. Inman Fox, la marca o denominación de «intelectual» aparece en España, aledaños del 98, para indicar la pretensión de algunos escritores famosos de influir en los asuntos públicos y la influencia efectiva que comienzan a tener en la opinión pública. No es extraño que ante el creciente descrédito de los políticos, durante la Restauración, emergiera en el panorama social la figura del intelectual con un nuevo discurso crítico reflexivo y una actitud clarificadora y orientadora. «La intelectualidad —precisa Quimette— es el órgano reflexivo del cuerpo social.» El fenómeno de este nuevo «poder social» alcanzó en España, al socaire de la libertad de prensa y del auge de diarios y revistas, una dimensión extraordinaria. Y de ahí también el debate, enconado a veces, sobre la figura y la misión del intelectual. Dos son las posturas predominantes con distintas suertes y alternancias: el mito progresista, como lo ha llamado J. C. Mainer, que «inviste al escritor de opinante político, como fruto que es de una más aguda conciencia», y el mito conservador, que desestima su capacidad para emitir juicios políticos. Como era de suponer, los movimientos y formaciones obreras reclamaron para su causa la autoridad y el apoyo de los intelectuales, convencidos de que la inteligencia y los valores de libertad, emancipación y justicia

Viene de la página anterior



estaban de su parte. Y ciertamente fueron muchos los intelectuales que mostraron su proclividad al socialismo. De un modo u otro, el intelectual alcanzó un liderazgo social. La gran guerra, con su debate entre germanófilos y aliadófilos y con la permanente movilización de los intelectuales, sirvió para afianzar este liderazgo, y más tarde, la Dictadura prorroiverista con su persistente ataque cuartelero y su persecución a los intelectuales, favoreció que el grupo pudiera aparecer ante la opinión pública como una fuerza de oposición, aun cuando carente de unidad. «Se creía que los viejos partidos políticos habían sido directamente responsables del colapso del sistema anterior, y la nación nunca les perdonaría su incompetencia... ¿Por qué no permitir que tentaran su suerte los intelectuales?». Se comprende que en tales circunstancias tuviera escaso eco en España el libro de Julien Benda, *La trahison des clercs* (1927), en que alertaba a los intelectuales del peligro de enfeudamiento de la inteligencia en los asuntos políticos con pérdida de su misión investigadora y normativa. Las circunstancias por las que atravesaba España eran tan excepcionales que forzaban al compromiso práctico de la inteligencia. Se hacía, pues, inexcusable el deber social de los intelectuales, como lo llamó Sainz Rodríguez, y su participación en la vida pública, no en cuanto aspiración a constituirse en poder político, sino como un liderazgo de opinión y ejemplaridad. La reacción de Maeztu, colaborador con la Dictadura, fue virulenta. Los intelectuales, replicaba a Sainz Rodríguez, habían fallado en su misión de forjar un ideal para su pueblo y, por tanto, quedaban desautorizados para cualquier función constructiva. La postura de Maeztu fue prácticamente desencadenante del frente anti-intelectual en que van a moverse en lo sucesivo las fuerzas de la derecha, según se vayan afianzando la iniciativa y la influencia política de los intelectuales, tras la caída de la Dictadura.

A través de un análisis minucioso y preciso de ensayos y artículos, diseminados en revistas y periódicos, logra Victor Ouimette componer un cuadro vivo y completo, exhaustivo me atrevería a decir, de la controversia española en pro o en contra de la inteligencia. En todo el agrio debate estaba muy claro que la animadversión de la derecha, monárquica y católica, a los intelectuales era precisamente a causa del «liberalismo ateo», solía decirse, y de lo que creían sus consecuencias inevitables: la democracia, el socialismo y el republicanismo. Fueron acusados de «liberales, progresistas y extranjerizantes», de confabulación judeo-masónica, de vendidos al vulgo ignaro y la prepotencia de las masas, de saboteadores de la España verdadera y legítima y, por tanto, a la postre, de antiespañoles, estereotipos que volvieron a florecer más tarde, tras la guerra civil, en la retórica de la otra dictadura franquista. La cruzada anti-intelectual o antiliberal fue en aumento a medida que crecía también el abierto compromiso de los intelectuales por la República. Tanto las fuerzas de la derecha integrista (Maeztu, Pemán, Alcalá Galiano), como las abiertamente fascistas (Ledezma Ramos) llegaron a presentar un frente cerrado contra el liberalismo de los intelectuales, acusándolos de alianzas nefastas y de responsabilidad en la desorientación innatural o contranatural de España. Pero esta «traición de los intelectuales», nada tenía que ver con la «trahison des clercs» de Benda, pues estaba animada de una actitud despreciativa a toda comunidad intelectual. No obstante, el compromiso de los intelectuales por el nuevo régimen de libertades, que trajo la República, fue claro y consecuente. Compromiso fundamentalmente de legisladores en una época que tenía un valor constituyente en la vida histórica del país. Y como el apoyo, fue también la rectificación o, si se quiere, la alerta crítica, cuando creyeron que las acciones violentas y el par-



FRANCISCO SOLÉ

tidismo comenzaban a mancillar la idea de la República. Obviamente, esta crisis de actitud, como la llama Ouimette, fue explotada por la crítica antirrepublicana y contribuyó, aún más si cabe, a su denuncia de la irresponsabilidad de los intelectuales. Por vez primera se sintieron éstos atacados en un doble frente, tanto por la derecha antirrepublicana como por la izquierda republicana y socialista, que no podía o no quería entender las razones de su disintimiento. Los intelectuales aparecían así como traidores a una doble luz siniestra, traidores a las esencias de la España verdadera o a las exigencias históricas de su pueblo y, por tanto, culpables de un pecado de lesa patria. Ouimette acierta al sostener que no se trataba de un cambio ideológico de actitud, ni mucho menos de desafección, sino de la consecuencia con los propios principios liberales, que les habían llevado al apoyo a la República. La exasperación y confusión general, unidas a la conciencia de haber terminado su función legislativa, pudieron influir en la desintegración del grupo. El caso es que «a partir de 1933 —afirma Ouimette— los intelectuales ya no constituían un grupo, y tienen que ser juzgados exclusivamente como individuos». ¿Fracaso intelectual? ¿Acaso decepción ante las expectativas exageradas que suscitó su presencia en la vida pública? ¿Quizá mala conciencia de una y otra parte ante el uso crítico de una inteligencia independiente? Sobre todo esto volveré más tarde a propósito de la metáfora del «naufragio», con que Ouimette quiso titular su libro.

¿Qué liberalismo?

En una época de crisis del liberalismo, que ya se arrastraba desde el final de siglo, y ante la irrupción de las masas en la política, cabe preguntarse de qué índole era el «liberalismo intelectual» o de los intelectuales. Ouimette no responde abiertamente a esta cuestión, entre otros motivos porque no ahonda, a mi juicio, lo suficiente en el análisis de la crisis de las ideas liberales y en los diversos proyectos de renovación y rectificación. Su opción metodológica por biografías superpuestas le impide de alguna manera una visión unitaria del problema, que tiene que coagular el lector. De otra parte, los calificativos, a veces extraños, con que define el liberalismo de cada uno de los intelectuales de su estudio —eterno el de Unamuno, imperativo el de Ortega, instintivo el de Azorín, cordial el de Machado, ilusorio

el de Baroja, etc., etc.—, pudiera hacer pensar que bajo tan diversas calificaciones, se esconde un equívoco impracticable. Y, sin embargo, no es así. Con frecuencia alude Ouimette a un liberalismo de signo ético, entendiendo por ello que estaba conformado fundamentalmente por creencias morales. Como ya he señalado, antes que liberalismo de doctrina, lo era de convicción y actitud. Pese a sus diferencias de postura, todos estos intelectuales compartían una alta conciencia de la libertad del hombre como la base inexcusable de la vida social. El derecho a la crítica o libre examen, la moral de la ciencia, la primacía de la autoconciencia sobre la autoridad, la perfectibilidad de la condición humana constituían principios inexcusables de la conciencia moderna, que de un modo u otro, ya sea al modo entusiasta romántico o al modo racionalista ilustrado, están presentes en todos ellos. Unos vincularán expresamente la libertad con la conciencia de la ley, como es el caso de Unamuno, Ortega o Pérez de Ayala, con la del deber en Marañón, o con la autoafirmación instintiva en Azorín y Baroja, pero en cualquier caso la capacidad de autonomía del propio juicio, a diferencia de las creencias heredadas y convenciones impuestas, y de autarquía o capacidad de disponer de sí, frente a instancias heterónomas coercitivas, y de gobernarse por sí mismo forman parte de las creencias básicas del «liberalismo intelectual», en términos de Ouimette. Únase a ello un fuerte egotismo, que lleva a profesar a todos ellos, más si cabe a los del 98 que a los del 14, un culto a la individualidad, concebida como una obra de esfuerzo y arte, de creación del propio yo, rayana a veces en egolatría. Y, como tercera creencia básica, la creatividad del hombre en todas las esferas de su actividad —el arte, la religión, la ciencia, la ética, la política—, expresión suma de la inteligencia y la libertad, y del poder del hombre para imponerse a su medio físico y cultural, a la presión de la inercia y la costumbre, a las fuerzas oscuras de la naturaleza, la violencia y el mal. No es en todos los casos un optimismo ilustrado, pues algunos como Unamuno, Azorín o Baroja estuvieron muy tocados por el pesimismo de fin de siglo, sino una fe moral en la voluntad del hombre. Podría completarse el cuadro con su fe en la cultura, en la educación y la instrucción, esto es, en la emancipación de la inteligencia, que da a su liberalismo una clara orientación idealista y pedagógica.

En el orden social la actitud se hace más compleja. Procedían de una crítica al liberalismo abstracto e individualista mancheste-

riano del «laissez faire, laissez passer», y a diferencia del viejo liberalismo, cuidaron la sensibilidad hacia los problemas sociales y el sentido de la solidaridad. Por regla general hicieron el camino de ida del liberalismo radical al socialismo, con una vuelta casi siempre a lo que podríamos llamar liberalismo social. Y aun cuando fueron perdiendo virulencia en su postura, pues nunca creyeron en la revolución, mantuvieron una fuerte voluntad reformista, muy acorde con las nuevas exigencias sociales. Con respecto al Estado las posiciones son más fluctuantes. Desde luego entendieron que el «Kulturkampf», la lucha por una cultura laica y cívica, emancipadora, sólo podía venir del reforzamiento del papel del Estado frente a la Iglesia, pero supieron, a la vez, contrapesar éste con el reconocimiento de los derechos individuales y libertades formales, o con el énfasis en el desarrollo de fuerzas sociales de civildad. Por regla general fueron, a fuer de liberales, antimilitaristas y anticlericales, republicanos cuando fue convicta la Monarquía de corrupción y complicidad con la Dictadura. Algunos fueron siempre liberales libertarios, al modo de Baroja o Unamuno, otros liberales jacobinos como Machado y Azaña, y hasta cierto punto Pérez de Ayala, o liberales reformadores, como Ortega y Marañón, o conservadores como Azorín.

La diferencia de acentos y sensibilidades fuerza a Ouimette a ensayar una caracterización individual, acorde con el fuerte egotismo y la celosa independencia que recabaron siempre para la función intelectual. Al de Unamuno lo llama, con expresión del vasco, «el eterno liberalismo español»; lo de eterno quizá por sus hondas raíces religiosas, que arraigan en la búsqueda de la vocación personal, y lo de español tal vez por la espontaneidad con que él lo sentía fluir de una tradición popular intrahistórica, del espíritu liberal de su Bilbao y del espíritu liberal español, pues no en vano el término «liberal» lleva nombre hispano. En otros momentos lo llama fundamental o radical en el sentido de que concierne a la realización del «sí mismo». «El liberalismo —afirma Unamuno— es la fórmula suprema del alma del hombre», esto es, la definición de la actitud y vocación, más acordes con su libertad esencial. Tal como sostiene Ouimette, «una vez que se colocaba en el centro de su ideario el individuo y la lucha por alcanzar la conciencia, la plenitud y la personalidad, sólo el liberalismo religioso y político podía servir de marco





El naufragio del liberalismo

adecuado de su pensamiento». Logra darnos Ouimette una hermenéutica muy fina de los textos fundamentales de Unamuno, entrelazándolos con las circunstancias y vicisitudes biográficas de su eterna lucha por la libertad contra todo tipo de dogmatismo y fanatismo. Y destaca con acierto la influencia en su pensamiento del protestantismo liberal y la religión de la libertad, a lo Croce, fundiendo así la raíz religiosa con la social y política. De ahí la íntima vinculación entre la reforma religiosa, que propugnaba Unamuno, y la reforma liberal. Un liberalismo anterior, en el sentido de más fundamental que el socialismo y la democracia, en cuanto era propiamente su matriz. No destaca Ouimette la tensión liberalismo/libertarismo en la actitud unamuniana, quizá porque atiende sobre todo al reconocimiento del papel histórico del Estado, del estado moderno se entiende, en la promoción y salvaguarda de la libertad, pero pone límites muy severos y estrictos al estatismo, como se puso de manifiesto en sus discrepancias con Azaña, pues «el alma humana es más grande, más sagrada que el Estado y jamás debe ser sacrificada a él». En suma, Unamuno basaba su liberalismo en un sentimiento ético de la libertad, el método del libre examen, y la actitud de la lucha incesante por el triunfo de la conciencia contra el sin-sentido y el absurdo. Políticamente se plasmaba su liberalismo en la actitud de la alterutalidad, esto es, de abarcar e integrar todas las razones en juego, aun cuando Ouimette no pone demasiado énfasis en el asunto.

Liberalismo instintivo llama al de Azorín, pues su fe liberal era más bien instinto de libertad que autoposición reflexiva; pero por la misma razón podía haber dado este nombre al de Baroja, y no el de ilusorio, que hace pensar más bien en un pseudoliberalismo, aunque parece que Ouimette quiere aludir con este calificativo a insuficiente. Azorín, liberal conservador, con un sentido muy vivo de la individualidad, pudo reconvertir en parte su conservadurismo en su crítica, es verdad que tímida y a veces ambigua, a la Dictadura. Baroja, en cambio, liberal libertario, iconoclasta y antiestatalista, creyó demasiado en un despotismo ilustrado, y se cerró en cierto escepticismo ante la República. Azorín acrisoló su liberalismo en un escrupuloso respeto a la libertad de expresión; Baroja en la defensa de un pensamiento crítico y relativista, como la garantía contra el retorno de los dogmas. La actitud de Azorín fue, en el fondo, conservadora e integradora, por su «sincera convicción de que debían permanecer vivas las lecciones del pasado»; la de Baroja libertaria con su fe muy nietzscheana en la fuerza purificadora de la destrucción. «El remedio es uno: destruir, destruir siempre en la esfera del pensamiento... De ahí que su liberalismo, más que ilusorio, habría que llamarlo iconoclasta, pues Baroja subrayó que lo que más le interesaba del liberalismo era precisamente su «pars destruens», su capacidad revolucionaria frente a los viejos dogmas y convenciones. «El liberalismo es, sobre todo, crítica y acción destructora». De cordial califica Ouimette el libera-



Antonio Machado, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala (de izquierda a derecha), tras el mitin organizado por la Agrupación al Servicio de la República en Segovia el 14 de febrero de 1931.

lismo de Machado, republicano y jacobino por herencia familiar e institucionista, pero templado con un sentimiento muy vivo de solidaridad y hermandad, que no podía ocultar su raíz cristiana. Liberalismo radical, por otra parte, con un radicalismo populista, no marxista, que le llevó a la defensa de la cultura popular y a la identificación con el sentir comunitario de su pueblo. Ouimette contrasta y complementa bien el liberalismo crítico del escéptico Mairena, librepensador, y el otro liberalismo cordial del poeta Machado. Su fe humanista liberal era muy afín a la de Unamuno, porque, tal como escribió en su defensa, «¿puede haber política sin amor al pueblo? ¿Y amor al pueblo sin amor al hombre y, por ende, respeto a los valores del espíritu que son sus únicos privilegiados?». Al liberalismo de Ortega, uno de los capítulos más logrados del libro, junto con el que dedica a Unamuno, lo llama «imperativo», y destaca su deuda con Costa y Giner, y su profundo aliento reformador de actitudes e instituciones. Yo lo hubiera llamado mejor liberalismo vital en la medida en que está fundado en las premisas de su metafísica raciovitalista. Analiza bien Ouimette la crítica orteguiana al viejo liberalismo, muy proclive a complacer a las masas, la rectificación de la actitud, anarquista y en el fondo romántica, así como la proclama orteguiana del nuevo ethos liberal fundado en la autoexigencia y la excelencia, y su defensa de los derechos del individuo frente a las prerrogativas del Estado. Son muy sugestivas las páginas que dedica a comparar el retraimiento y silencio de Ortega, tras su consigna de rectificar la República, con la actitud preconizada por Lucien Benda en *La trahison des clercs*. Liberalismo inquieto el de Marañón, no se sabe bien si por sus crisis internas, sus vacilaciones, y su empresa de una rectificación del liberalismo, al modo de Ortega, que le llevó a entenderlo fundamentalmente como una cultura de los

deberes frente a la primacía de los derechos ensalzada por el viejo liberalismo. Y liberalismo de la racionalidad, consecuentemente democrático, el de Pérez de Ayala, el más afín a la cultura liberal anglosajona y más radical, si se exceptúa a Machado, en sus compromisos con la República.

Libertad, aristocracia y democracia

Quisiera aludir, por último, a otra constante, que corre trenzada, junto con el sentido ético, en el hilo de oro del liberalismo intelectual. Me refiero a su ethos aristocrático en el sentido más noble de esta palabra. Aristocracia como autoexigencia y cultivo de sí. Unamuno lo dijo por todos: «Libertad y democracia significan, pues, cultura y aristocracia. Aristocracia, sí, no rehusa el vocablo por pervertido que esté». Es constante en todos estos intelectuales, como parte fundamental de la rectificación del viejo liberalismo, su recuperación del pueblo a la par que su crítica a la masa. Eran anverso y reverso de una misma actitud. Ni siquiera Machado se libró de este desdén ante el fenómeno de la masificación que avanzaba por Europa. Lo cuantitativo inerte no podía ni debía imponerse a lo cualitativo diferencial, que estaba en la raíz misma de la cultura liberal. Claro está que cada uno puso en la repulsa del hombre-masa acentos peculiares. El aristocratismo de Unamuno tiene mucho que ver con el culto de los héroes, de raíz romántica; era, por otra parte, su reacción consabida contra todo lo carente de alma y personalidad, como le ocurre también al lírico y jacobino Machado. En Baroja cuenta, sobre todo, su repugnancia instintiva contra la estupidez y el resentimiento; en Azorín, el elegante desdén del esteta contemplativo; en Ortega, la conciencia de la distinción que otorgan el esfuerzo y la cultura. Fue Ortega el analista más agudo del hombre-masa, producto de la cultura liberal y la civilización moderna, pero carente de su espíritu. Éste sólo podía venir del cultivo de la autoexigencia y el esfuerzo creador, propios del alma noble. Trataba así de oponerse, como bien advierte Ouimette, a la perspectiva pesimista de la decadencia de Europa formulada por Spengler. Tanto Marañón como Pérez de Ayala heredarán de Ortega el antiplebeyismo y el culto de las minorías, élites o aristocracia espiritual, que era otra manera de subrayar la dimensión idealista y la vocación pedagógica de su liberalismo.

Esto explica la tensión entre liberalismo y democracia, tan fuerte en el liberalismo intelectual. En algunos como Baroja llegó a una

franca y radical desavenencia. En Unamuno, a la postulación del liberalismo como fórmula radical de la cultura, sin lo que no era posible ni «demos» ni democracia. A Ortega le llevará a la neta diferenciación entre el principio liberal, ético y jurídico, y la regla democrática de la constitución de mayorías como legitimación del sujeto del poder. El liberalismo aporta el alma con el sentido de los derechos del hombre; la democracia, su formalización pragmática y jurídica. Confundir ambas cuestiones sólo podía conducir a la hiperdemocracia, la colectivización y el estatismo. De ahí que clamara: «toda interpretación "soi-disant" democrática de un orden vital que no sea el derecho público es fatalmente plebeyismo».

¿Por qué naufragó el liberalismo intelectual? Naufragio en España en las aguas revueltas de pasiones y resentimientos, de lucha de clases, de maximalismos revolucionarios y contrarrevolucionarios, que fueron a verter en la mar amarga de la guerra civil. ¿Traicionaron los intelectuales los modos liberales en su hipercrítica a la política liberal de la Restauración, o esa crítica a lo que entendían como pseudoliberalismo formaba parte de la rectificación necesaria de un liberalismo convencional y ayuno de espíritu? Me inclino a creer lo segundo. Los intelectuales españoles ni traicionaron al liberalismo ni se traicionaron a sí mismos en la misión pedagógica y orientadora que se habían trazado. Tampoco traicionaron a la República, pues no cambiaron el credo ideológico que les llevó, por lo general, a apostar por ella. Lleva razón Ouimette: «La desintegración de la República se debía a la ausencia generalizada de un sentido de la responsabilidad entre los sectores más potentes de la sociedad española, lo que se reflejaba en la tendencia continua a echarles a los intelectuales la culpa de los muchos defectos del régimen. Nadie estaba dispuesto a aceptar la responsabilidad de sacrificarse para asegurar el éxito de la República». En estas palabras resuena el eco de severos juicios análogos, vertidos por Azaña en sus *Memorias* o en su *Velada en Benicarló*. «A pesar de la calidad de sus contribuciones —agrega Ouimette—, la visibilidad de los intelectuales hizo de ellos víctimas fáciles, y a veces casi las únicas». Naufragaron, pues, en una mar procelosa, cuyo destino se les escapaba por la radicalidad de los intereses y las pasiones en lucha. A esto es a lo que podríamos llamar una «fatum» trágico. En una época distorsionada y profundamente convulsionada por la revolución comunista, con todo su cortejo de ensueños utópicos y espejismos, y por la consiguiente reacción fascista, esto es, por los totalitarismos que explotaban demagógicamente la fe ingenua de la masas en el caudillismo político, el espíritu liberal era una levadura impotente, casi testimonial, en muchedumbres amasadas en la demagogia y el resentimiento. No. Los intelectuales no fracasaron por su falta de convicción y coraje civil, sino por exceso de pasión ambiental. Pese a todo, en aquellos momentos de irracionalismo, se esforzaron en salvar la razón. Ésta es la causa eterna del liberalismo. Quizá sea éste el mensaje que con este libro envía a los españoles de hoy un ilustre hispanista canadiense. Al menos, a la luz de esta idea consoladora, me gusta recordar hoy al buen amigo y leal compañero que fue siempre Victor Ouimette. □

RESUMEN

Pedro Cerezo Galán encuentra lógico anteponer a su comentario una breve semblanza del hispanista canadiense Victor Ouimette como pórtico al análisis de su obra póstuma: un acercamiento al liberalismo intelectual opuesto al liberalismo político o, en palabras del propio Ouimette, «el hilo de

oro del liberalismo intelectual español», que él centra en las generaciones del 98 y del 14 y en un período cultural crucial como es el que se extiende entre 1923 y 1936, época conflictiva y desgarrada que acaba con el naufragio del liberalismo intelectual en la guerra civil.

Victor Ouimette

Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo

Pre-Textos, Valencia, 1998. Vol. I, 535 páginas; vol II, 596 páginas. 6.730 pesetas. ISBN: 84-8191-176-3.

En el próximo número

Artículos de Carlos García Gual, Francisco Ayala, Xesús Alonso Montero, Gregorio Salvador, Miguel Siguan y Carlos Gancedo. ÍNDICE 1999.

Acerca de Homero y la Odisea

Por Carlos García Gual

Carlos García Gual (Palma de Mallorca, 1943) es catedrático de Filología Griega en la Universidad Complutense. Fue presidente de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada. Autor de obras como *Los orígenes de la novela*, *Mitos, viajes y héroes* e *Introducción a la mitología griega*.

Habitualmente se estudia la *Odisea* a la sombra de la *Iliada*. Parece, en efecto, que no se puede dejar de contemplar la trama odiseica sin parangonarla con la de la anterior epopeya homérica. En ese contraste resalta la superior grandeza heroica del cantar sobre la guerra de Troya, verdadero paradigma del género épico, mientras que de la *Odisea* suele destacarse la derivación del relato heroico hacia lo novelesco y la acentuada modernidad de Ulises, que se va distanciando del héroe arcaico para acercarse al protagonista más complejo de un buen libro de aventuras. A la elevada tensión trágica de la *Iliada*, con sus resonantes batallas y muertes con trasfondo fatídico se contraponen el poema del viaje y del final feliz, una trama intrigante que tiene un resabio de cuento popular, ampliada con numerosos episodios fantásticos. Siempre viene a subrayarse que la pérdida de elevación épica se compensa, en este segundo poema, con la modernidad y humanidad de esa narración donde alborea lo novelesco, en un sentido amplio.

Ulises es el más moderno de los famosos héroes griegos —no sólo en contraste con sus compañeros de la gesta troyana, sino en comparación con los de otras sagas heroicas (como Heracles, Jasón, Perseo, etc.)—. Es también el más humano, el de carácter más complejo, y el que menos recurre a medios maravillosos. Triunfa gracias a su astucia y su paciencia, habla muy bien y miente bien cuando es oportuno, y su empresa no es en extremo imposible. Su tarea heroica consiste en querer, con empeño tenaz, regresar a su casa, en Ítaca, desde las costas de la arrasada Troya. T. Adorno y M. Horkheimer, en el primer capítulo de su *Dialéctica de la Ilustración* (traducción española, Trotta, Madrid, 1995) ya glosaron este notable aspecto del personaje: Ulises es el último héroe antiguo y el primero de los modernos, un héroe del



O. PÉREZ D'ELÍAS

exilio, obstinado en volver a su casa, allende el mar y sus peligros raros.

Pero la complejidad del héroe es un rasgo que refleja la del texto mismo, la de ese refulgente poema de forma épica tradicional, hermano de la *Iliada*, que puede leerse también, sin embargo, como un apasionante libro de aventuras. Por eso, a diferencia de la *Iliada*, las traducciones en prosa no rebajan en mucho su colorido ni su fresca vivacidad (o, al menos, no lo hacen en la misma medida en que suelen desvirtuar, al no conservar el verso solemne, un gran poema épico de alto estilo y sonoro ritmo). Sea en una versión rítmica o en prosa —en castellano tenemos como ejemplos la de J. M. Pabón y la de J. L. Calvo (editadas por Gredos y Cátedra respectivamente)—, la *Odisea* es un clásico de perenne atractivo, un texto que atrapa al lector por sí mismo, por la misma fuerza de su trama y sus personajes, sin lastres arcaicos.

Como Suzanne Saïd anota, «en resumen, cada época ha construido su Homero». Aquí pretende darnos una visión de conjunto de «nuestro» Homero, tomando en cuenta los estudios más recientes sobre el poeta y su obra, para examinar desde esta perspectiva actual la trama de la *Odisea*. (La bibliografía sobre el mundo homérico es, como los helenistas saben bien, un inmenso repertorio de incesante crecimiento. Entre los autores

clásicos creo que sólo sobre Platón se publican tantísimos ensayos. La lista que S. Saïd ha recogido, y que cita con ejemplar precisión en su texto, reúne más de trescientos títulos, entre artículos y libros, y es sólo una breve muestra, muy bien seleccionada y aprovechada.) El primer mérito de su libro es, pues, esta visión actual y sintética del panorama de la literatura homérica. Recuerda muy a propósito que ya han pasado veinte años del cuidadoso ensayo de Jacqueline de Romilly, *Homère* (en la conocida colección «Que sais-je?») y algunos años más del *Companion to Homer*, editado por Wace y Stubbings en 1962. (Debemos añadir el volumen coetáneo, tan excelente, bien documentado y útil, de la *Introducción a Homero*, de F. R. Adrados, M. Fernández-Galiano, L. Gil y J. Lasso de la Vega, Madrid, Guadarrama, 1963.) Ahora contamos con nuevos textos semejantes redactados por algunos especialistas con la misma intención de ofrecer la perspectiva más reciente sobre el conjunto de temas y problemas homéricos, como son, por ejemplo, *A New Companion to Homer*, editado en Leiden en 1997, por I. Morris y B. Powell, y *Reading the Odyssey*, editado por S. Schein, Princeton, 1996. En esa línea de una perspectiva cabal y actual sobre la *Odisea* de Homero se sitúa *Homère et l'Odyssee*.

El libro está programado muy cuidadosamente, de tal forma que dedica los tres primeros capítulos a «faire le point sur les lectures actuelles d'Homère», y una segunda parte, con los siete capítulos restantes, a analizar, comentar y evaluar los logros poéticos de la *Odisea*. El poema de Odiseo, que, según S. Saïd, «ha sido siempre eclipsado por la *Iliada* en los estudios homéricos» ocupa la parte esencial y más extensa en este estudio, pero es significativo que se presente después del resumen de lo que hoy sabemos filológica e históricamente sobre Homero. Hay un claro didactismo en la insistencia de que debemos leer la *Odisea* desde esa previa comprensión de la poesía homérica, deudora

de una larga tradición oral, objeto de memorables análisis. La introducción resulta importante para darnos una perspectiva histórica.

En los tres primeros capítulos comienza por resumir la famosa cuestión homérica. Después de la larga discusión entre analíticos y unitarios, hoy volvemos a creer en Homero como el gran poeta que construyó la *Iliada* (y la *Odisea* probablemente). Los avances en los estudios sobre la oralidad de la poesía arcaica explican bien los modos de componer mediante memorización de fórmulas y temas, una técnica poética que extrema su desarrollo hasta la construcción de poemas tan monumentales como la *Iliada* y la *Odisea*. Gracias a los análisis del uso de las fórmulas, en epítetos, sentencias, expresiones y temas típicos, entendemos cómo los aedos analfabetos componían sus largos cantos de tema tradicional. Los últimos estudios han subrayado cuánto de creatividad poética hay en las repeticiones de fórmulas y en su función económica y memorística, matizando los resultados de los análisis sobre este modo de poetizar propio de la tradición anterior a la entrada en Grecia de la escritura alfabética. El capítulo segundo centra su examen en «las modificaciones de la fórmula», los límites del estilo formulario, las escenas típicas, las imágenes homéricas, para evaluar cuánto hay de tradición y cuánto de originalidad en la poesía homérica, en un excelente resumen crítico.

Trasfondo histórico

Luego, en el tercero, se analiza la relación de los poemas homéricos y la Historia. Saïd opina que «no hemos perdido la guerra de Troya», como escribió M. I. Finley en uno de sus provocativos ensayos últimos, y recoge testimonios arqueológicos a favor de ello. Es decir, piensa que podemos seguir admitiendo un trasfondo histórico en los poemas homéricos, como lo hay en muchas otras narraciones épicas. Existió ciertamente Troya, y no una sino las nueve Troyas que descubrió, hace más de un siglo, H. Schliemann, y la que asediaron y arrasaron los aqueos debió de ser la «Troya VII» a, una ciudadela no muy arrogante. Pero la poesía engrandece siempre los datos históricos que están en el origen de su canto épico, y éste es un claro ejemplo de ello. La ciudadela de «Troya VII» a era mucho más angosta que la Ilión de anchas calles y altos muros donde reinaba el buen Príamo, con su numerosa prole.

Un aedo no es un historiador «avant la lettre», sino ante todo un poeta, un bardo analfabeto y profesional de una sutil técnica, que se presenta como inspirado por la Musa, divina hija de la Memoria. Su relación con el pasado es compleja, y en sus cantos conserva recuerdos de épocas distintas: del mundo micénico, de las «edades oscuras»,

En este número

Artículos de

Carlos García Gual	1-2	Miquel Siguan	8-9
Francisco Ayala	3	Carlos Gancedo	10-11
Xesús Alonso Montero	4-5	ÍNDICE 1999	12
Gregorio Salvador	6-7		

SUMARIO en página 2





Acerca de Homero y la Odisea

de la época suya, la del «arte geométrico». De todo eso quedan huellas en sus versos. Se esfuerza en recrear un pasado glorioso sobre un repertorio poético tradicional con ese legado de fórmulas y temas y personajes prestigiosos, sin otros archivos que la tradición oral y su propia experiencia de la vida. Y el espléndido mundo de los poemas se recorta más nítido sobre lo que hoy conocemos de las épocas precedentes, gracias a la arqueología.

Los capítulos siguientes se dedican a analizar la *Odisea*. Sobre su estructura y sus juegos con la narración y el tiempo versa el cuarto. Ya T. Todorov, como aquí recuerda S. Saïd, insistió en lo complicado y refinado de su composición narrativa, bajo su apariencia de «relato primitivo». La estructura tripartita del poema muestra bien la habilidad de su autor, que va mucho más allá que en la *Iliada* en la variada evocación de escenarios y figuras. A las tres secciones generalmente reconocidas de esa hábil estructura se dedican los capítulos siguientes: «Las

aventuras de Telémaco», «Los viajes de Ulises» y «Ulises en Ítaca» (cantos XIII a XXIV). Y luego vienen los tres finales sobre «El mundo de los hombres», «El mundo de los dioses» y «La moral de la *Odisea*».

Resultaría excesivo intentar resumir los comentarios de la profesora Saïd en cada uno de ellos. Subraya la sutil unidad y la variedad del conjunto y examina las novedades que la *Odisea* introduce, en sus numerosos personajes, en sus múltiples motivos, en los toques realistas y costumbristas de sus escenas. La *Telemaquía* es como un puente entre la *Iliada* y el mundo de Ulises. En ella están Néstor, Menelao, Helena, y ahí se cuentan los episodios finales de la guerra, pues es en la *Odisea* y no en la *Iliada* donde se relata la caída de Troya. De algún modo aquélla resulta una continuación de ésta. Pero ésta no es una historia de batallas y guerreros, sino de aventuras y portentos. La ausencia de Ulises sirve para suscitar el suspense sobre el paradero del héroe, retenido por la ninfa Calipso. Desde Ogiqia hasta Feacia, el lugar de los relatos fabulosos, narrados por su parlero protagonista. Las aventuras marinas de Ulises forman el corazón odiseico, y aquí cualquiera se deja prender, como el rey Alcínoo, por el encanto de su relato, con sus figuras mágicas, surgidas de un antiguo «folktale». Luego, en la parte final, más realista, los encuentros del mendigo hasta la sangrienta escena de la matanza de los pretendientes. Cada parte tiene su propio ritmo y ambiente. Escenas típicas —como las de la acogida del huésped, bien analizadas por la autora— alternan con otras de sorprendente humanidad, como son los afectuosos diálogos entre Ulises y el fiel porquerizo Eumeo.

escrito, con mucha razón, que no hay ningún texto tan rico en motivos y figuras como esta epopeya entre el cuento maravilloso y la novela de aventuras, y estos comentarios lo ponen de relieve.

Y también son muy variados los personajes. Basta pensar en las figuras femeninas tan atractivas que desfilan en él, desde Penélope y Calipso hasta Nausícaa y Euriclea. (Sobre esas figuras hay también muchos estudios. A los aquí citados pueden añadirse otros recientes, como el de Marilyn Katz, *Penelope's Renown*, o el de Beth Cohen, *The Distaff Side. Representing the Female in Homer's Odyssey*, que insisten en el «feminismo» de la *Odisea*.)

En cuanto a los dioses, es muy notable, al compararlos con los de la *Iliada*, su mayor distanciamiento de la acción, y su mayor seriedad. Tan sólo Atenea, Zeus y Poseidón y el servicial Hermes, figuran de modo parco y puntual en el poema. Atenea es la firme protectora de Ulises y garantiza el regreso merecidamente feliz del héroe. La moralización del poema es notable: el triunfo de Ulises y el castigo de los pretendientes. Se percibe, desde el primer parlamento de Zeus en el canto I, un afán de justicia. Como contraste con la lealtad de Penélope se evoca varias veces la figura de Clitemnestra, y desde el Hades Agamenón elogia a la esposa de Ulises. El «happy end» de la *Odisea* es un final acorde con el cuento del marido ausente, pero es un final justo y de un rigor moralista.

En conjunto y en muchos detalles percibimos cómo el ambiente espiritual de la *Odisea* está distante del de la epopeya anterior, tal vez no muy lejana en el tiempo, pero sí en la representación de la realidad.

Son otros los intereses del público y los acentos del poeta. Y venimos así a plantear una vieja cuestión: ¿Fue también el mismo Homero el autor de la *Odisea*? Los «corizontes» alejandrinos lo negaban, pero el sa-gaz autor del tratado *Sobre lo sublime* sugirió que tal vez el genial Homero compuso el poema de la guerra en su juventud y el de las aventuras en su vejez. Una solución que le parece probable y satisfactoria a Suzanne Saïd. En sus últimas páginas, las de conclusiones, vuelve a subrayarnos que, aunque en algún sentido la *Odisea* se perfila como continuación y epílogo de la *Iliada*, se contrapone a la epopeya arcaica en muchos detalles y a grandes rasgos, en la figura de su héroe y en la visión renovada del mundo humano. Va más allá y anuncia otras inquietudes y logros del espíritu griego.

En el transcurso de su estudio, Saïd alude varias veces a la notoria modernidad de Ulises, y sus ecos y reflejos en la literatura occidental, si bien deja al margen el seguimiento de las futuras versiones y andanzas del héroe «polytropsos» en la larga tradición literaria posterior. (Sobre esto puede verse en el ya clásico libro de W. B. Stanford, *The Ulysses Theme*, Oxford, 1954, y en el de P. Boitani, *The Shadow of Ulysses*, Oxford, 1994.) Lo que Homère et l'*Odyssee* pretende es guiarnos en la lectura del gran poema, y lo hace, primero situándonos en la perspectiva actual de nuestro conocimiento de la poesía homérica, y luego siguiendo el texto con una magistral precisión hermenéutica y filológica. Y cumple muy claramente el objetivo propuesto. Para leer, y releer, la *Odisea* saboreando sus matices y advirtiendo sus encantos no podemos recomendar aquí y ahora un estudio más preciso y docto. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

La trama odiseica

Muchos estudiosos han analizado las aventuras marinas y sus motivos míticos, excelentes filólogos como K. Reinhardt, D. Page, G. Germain, H. Eisenberger, les han dedicado memorables páginas. Y son muchos los libros sobre la trama odiseica que podríamos citar, como el de John H. Finley, jr., *Homer's Odyssey*, Harvard, 1978, o el de U. Hölscher, *Die Odyssee: Epos zwischen Märchen und Roman*, Múnich, 1989, que subrayan sus engarces y sus resonancias. Se ha

RESUMEN

Carlos García Gual comenta el ensayo que la helenista francesa Suzanne Saïd ha dedicado a Homero como autor de la *Odisea*, en concreto, y no tanto de la *Iliada*, a cuya sombra habitualmente se suele estudiar el accidentado viaje de Ulises, eclipsando la importancia misma de

la *Odisea*. Para Saïd, aunque ésta sea continuación y epílogo de aquélla, la *Odisea* es mucho más moderna y actual, va más allá y anuncia otras inquietudes y logros del espíritu griego. Ulises es el último héroe antiguo y el primero de los modernos; de ahí su notoria vigencia.

Suzanne Saïd

Homère et l'Odyssee

Ed. Belin, París, 1998. 355 páginas. ISBN: 2-7011-2143-4.

SUMARIO

	Págs.
«Acerca de Homero y la "Odisea"», por Carlos García Gual, sobre <i>Homère et l'Odyssee</i> , de Suzanne Saïd	1-2
«De un siglo para otro», por Francisco Ayala, sobre <i>El arte de callar</i> , del Abate Dinouart	3
«Memorias elegíacas de Otero Pedrayo», por Xesús Alonso Montero, sobre <i>O libro dos amigos</i> , de Ramón Otero Pedrayo	4-5
«Bellísimas columnas», por Gregorio Salvador, sobre <i>Vuelta de hoja</i> , de Manuel Alcántara	6-7
«La continuidad del euskera», por Miquel Siguan, sobre <i>Segundo mapa sociolingüístico</i> , de autores varios	8-9
«Entre cristales», por Carlos Gancedo, sobre <i>Dorothy Hodgkin. A Life</i> , de Georgina Ferry	10-11

ÍNDICE 1999

12

De un siglo para otro

Por Francisco Ayala

Francisco Ayala (Granada, 1906) es autor de una considerable obra como narrador y ensayista. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica, Premio Nacional de Literatura, Premio Príncipe de Asturias y Premio Cervantes. Entre sus libros destacan *Los usurpadores*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos*.

Un cierto relato —no tan imaginario éste— que últimamente he agregado a mis escritos de ficción bajo el título de *El filósofo y un pirata: cruce de miradas*, al principio se titulaba *De un siglo para otro*, con referencia tácita al tránsito del XVIII al XIX en Francia; y ahora quiero encabezar estas líneas con el título entonces desechado, quizá porque recientes lecturas, o quien sabe qué asociaciones mentales, han llevado con frecuencia mi imaginación a aquellos finales del XVIII. Estamos en vísperas de otro paso de un siglo a otro, y algunas gentes, discutiendo acerca de la fecha en que deberá considerarse iniciado el nuevo milenio, se refuerzan en estos días por aclarar que el Tiempo es un continuo y que el acontecer histórico no se ajusta exactamente a las secciones que el calendario marca; pero, con eso y todo, no es menos cierto que la cronología, aunque no pase de ser un dispositivo humano, rige nuestras vidas; y que siendo los siglos una invención nuestra, dentro de ellos vivimos, aceptando sin dificultad esa convención como tantas otras.

A propósito del XVIII francés: por ministerio de mano amiga ha llegado a las mías un curioso librito, *El arte de callar*, del Abate Dinouart, escritor de quien yo hasta la fecha no tenía la menor noticia, y supongo que a la inmensa mayoría de mis lectores les ocurrirá lo mismo. Admiro y respeto mucho la erudición, por lo mismo que carezco de ella, y no tengo empacho en confesar esta ignorancia mía. Pues bien, a través de la presentación hecha por Jean-Jacques Courtine y Claudine Haroche, procedente de una edición francesa de 1988 y traducida por Mauro Armiño, me entero de que el autor fue uno de esos abates galantes, escritores prolíficos (ya en 1749 había publicado un folleto anónimo sobre *Le triomphe du sexe*), más bien tachado en su tiempo de plagiarlo que reputado de original. Este pequeño volumen, que nos llega ahora en una exquisita edición con cierto pretencioso arcaísmo tipográfico, apareció por primera vez en París el año 1771 como *L'Art de se taire, principalement en matière de religion*, y reduce aquí este epígrafe para proclamar de manera escueta y un tanto intimidatoria las virtudes de *El arte de callar*. Al recibir de mano amiga el presente de esa implícita llamada al silencio, de esa especie de discreta intimación, me he preguntado cuál podría ser el mensaje personal del precioso regalo. Pues tampoco la persona que me lo hacía es especialmente dada a la erudición, ni una apasionada del siglo XVIII francés. ¿Entonces?

Leído en fin el primoroso pseudo «bouquin», vengo a caer en la cuenta. Contiene párrafos que, sacados fuera del contexto histórico, pueden aplicarse perfectamente al panorama cultural español de este momento. Reproduciré alguno de ellos. Así, en la sección titulada: *Se escribe sobre cosas inútiles*, leemos: «Hay hombres que escriben por escribir, como los hay que hablan por hablar. No hay ingenio ni propósito, ni en las palabras de unos ni en los libros de los otros: los leemos y no comprendemos nada. Estos autores no se entienden ni ellos mis-



FUENCISLA DEL AMO

mos. Entonces, ¿por qué escriben? Y así, por la mala elección de las materias, o por una forma de escribir que nada significa, el mundo se llena de libros estériles e infructuosos». Y más adelante, con referencia a quienes los escriben, añade: «Son autores, diréis; han escrito un libro. Decid más bien que han estropeado papel, además de haber perdido su tiempo creyendo que escribían un libro. No son, todo lo más, otra cosa que lo que eran, por no decir algo más crítico. Y tal es la condición de los hacedores de novelas, de anécdotas, de cuentos, de poesías festivas, o más bien licenciosas, etc. [...] La extraña enfermedad de escribir o de leer lo que se escribe, que nos atormenta desde hace tiempo, sigue agravándose cada día».

Desde su cubierta misma, la obrita del abate Dinouart es una perentoria exhortación al silencio, sobre todo a la abstención de incurrir en una grafomanía no inofensiva, sino destinada a la imprenta. Y bien puedo sospechar que quien me la ha regalado quiere hacerme con ella un guiño de complicidad divertida, apuntando a la disparatada inflación de la industria editorial que en nuestros días desforesta, insaciable, la selva, y acondiciona con ello a tantos ávidos lectores para habitarla como idóneo espacio.

Ahora bien, ese buen abate de Amiens, ¿no incurre acaso él mismo en aquello que critica? Su prédica ¿acaso no se limita a repetir lo muy sabido, lo que antes y mejor que él dejaron dicho los retóricos de la Antigüedad? Por supuesto, las páginas de *El arte de callar* no consisten tan sólo en esa diatriba de la que he extractado antes algunas muestras, tratan también de otros varios temas afines, y, desde luego, los presentadores del libro ofrecen al lector una amplia glosa de su contenido que, sin que estorbe en él un visible y prolijo esfuerzo de sistematización, es lo bastante variado y ameno para hacer agradable —y también a ratos útil, ¿por qué no?— su lectura. «*El arte de callar* —dicen esos presentadores— es un paradójico arte de hablar, invita a “gobernar” o “contener la lengua” [...] para incitar mejor a la “tacita significatio” de la elocuencia muda, la del cuerpo y del rostro», pues el silencio (el «elocuente silencio») es un componente fundamental de la oratoria. Tomado en su

conjunto, este «arte de callar» del Abate Dinouart constituye un tratado sobre retórica muy digno de estima, que niega de entrada la precipitada impresión mía de ser un mero alegato contra la garrulería literaria.

En verdad, el título original de la edición francesa aclaraba ya que ese singular «arte» debe aplicarse «principalmente en materia de religión»; y en efecto, pronto descubriremos en el texto que nuestro abate galante (si mi propósito aquí fuera el de estudiar su personalidad, y no simplemente el de llamar la atención sobre una novedad editorial en las columnas de «SABER/Leer», me hubiese aplicado por lo pronto a investigar su *Triomphe du sexe*); si lo que me interesara aquí fuese —digo— examinar la figura del autor del tratado, pronto hubiéramos podido comprobar que, lejos de ser un heredero en su siglo de los «libertinos» del anterior (cuyo prototipo literario sería el *Don Juan* de Molière y a cuya estirpe pertenecen los filósofos de la Ilustración), era más bien un devoto y muy conservador partidario, si no de aplicar los rigores cruentos de la Ilustración, sí al menos de oponer trabas legales y sanciones penales contra los excesos de los escritores públicos, haciéndoles de este modo callar por la fuerza. Véase, a manera de ejemplo, la tirada siguiente: «Por un decreto del Consejo privado de Luis XIII del 14 de julio de 1633, las obras de Guillaume de Saint-Amour fueron suprimidas, con prohibición, so pena de la vida, a todos los impresores y libreros de exponerlas a la venta y propalarlas. [...] En efecto, ¿en qué Estado se toleraría que los en-

venadores atentasen públicamente contra la vida de los ciudadanos? ¿Y por qué habría de pretenderse que la religión y las costumbres sean menos preciosas que la vida y el cuerpo a los ojos de los soberanos que aman la religión?» (pág. 106). Es una cita, y bien explícita al respecto, entre otras muchas posibles.

Reflexiones sensatas

Esto aparte, el libro, que si no propiamente misceláneo resulta en su brevedad muy variado, está lleno de observaciones y de reflexiones sabrosas, o cuando menos sensatas, dentro siempre del saber tradicional, acerca de la conducta discreta o apropiada a las circunstancias, sobre todo relativas a la expresión, no sólo oral, sino también corporal. El capítulo sobre «Diferentes especies de silencio», escrito, como toda la primera parte del tratado, dentro de una deliberada sistematización, permite leer con agrado intelectual, y con una mirada oblicua hacia los grandes moralistas franceses del siglo XVII, e incluso hacia las sutiles y muy reiteradas invocaciones a la discreción de nuestro jesuita Balmes, que tanto predicamento tuviera en la Europa de su tiempo y después.

En suma, bienvenida sea esta vieja, pero no caduca, admonición contra excesos en los que, con pretexto o con la sincera intención de combatirlos, el vetusto escritor incurre, mientras que yo, por mi parte, en alguna medida les estoy dando pábulo. □

RESUMEN

A Francisco Ayala la lectura de un pequeño libro de un abate francés ilustrado, del que nada sabía, sobre «el arte de callar» le da ocasión de encontrar, en ese desconocido texto, que se acaba de publicar en español, curiosos y jugosos paralelismos con la vida

literaria española, aunque el escrito del Abate Dinouart, más allá de ser, en su opinión, un mero alegato contra la garrulería literaria, sea también un tratado sobre retórica, muy digno de estima, y como tal lo considera en su comentario.

Abate Dinouart

El arte de callar

Siruella, Madrid, 1999. 128 páginas. 1.250 pesetas. ISBN: 84-7844-449-1.

Memorias elegíacas de Otero Pedrayo

Por Xesús Alonso Montero

Xesús Alonso Montero (Vigo, 1928), catedrático de Literatura Gallega en la Universidad de Santiago de Compostela y miembro numerario de la Real Academia Gallega, es autor, entre otros muchos libros, de *Realismo y conciencia crítica en la literatura gallega*, *Rosalía de Castro, Informe(s) sobre a lingua galega*, *Biografía intelectual de Luis Seoane*, *Os poetas galegos e Franco* y *Os poetas con Federico García Lorca e coa España republicana*.

Releo con emoción un libro que me acompaña —que me da compañía— desde hace muchos años, y sé de algunos lectores gallegos que retornan a sus páginas, de vez en cuando, como si de un devocionario se tratase. Me refiero a *O libro dos amigos*, de don Ramón Otero Pedrayo. Este «liber amicorum», esencial en su género, ha tenido, extrañamente, muy poca fortuna editorial, tan poca que, publicado por primera vez en 1953, se reedita cuarenta y cinco años después. Estoy convencido de que van a ser muchos los lectores que acudan a sus páginas merced a esta reedición.

Don Ramón Otero Pedrayo, grande, siempre, en todos los géneros de la prosa gallega, publicó *O libro dos amigos*, en 1953, fuera de Galicia: en Buenos Aires. Hace meses, la Editorial Galaxia (Vigo) nos ofrecía la segunda edición, prologada con erudición y tino por Marcos Valcárcel, historiador orensano que conoce muy bien el ámbito cultural, las inquietudes y la obra de este gran maestro de las Letras Gallegas (Ourense, 1888-1976). Lefda la documentada introducción, yo vuelvo a mi viejo ejemplar, humilde y sobrio, que a tantos no privilegiados he prestado y en cuyas páginas abundan los subrayados admirativos, no siempre míos.

Era un tiempo de miseria

Lo era, en efecto, para las Letras Gallegas, tanto que, durante tres lustros (1936-1951), casi no existen libros en idioma gallego. En ese año, el 1951, publica sus primeros escasos títulos Galaxia, la primera editorial de posguerra con una concepción ambiciosa

al servicio del libro en lengua gallega, que era, en lo esencial, un servicio en favor de la causa del idioma gallego como idioma literario y de cultura. Derrotados en 1936 los republicanos y los autonomistas gallegos, los guardianes de la concepción franquista de la cultura española no toleraban que un grupo de vencidos —en este caso, los hombres de la Editorial Galaxia— mostrase, «urbi et orbi», que en «dialeto gallego» podían formularse enunciados que fuesen más allá de lo rural, lo folclórico y ciertos arpegios líricos. De 1951 son los primeros números de la Colección Grial, en cuyas páginas —muchas en castellano—, si bien es cierto que no hay contenidos antifranquistas, Ramón Piñeiro —el cerebro y el gran estratega de Galaxia— publica un ensayo filosófico en lengua gallega pródigo en citas de importantes pensadores alemanes. Advertida la «intención», el gran Guardián de la Ortodoxia Unitaria, el falangista Juan Aparicio, publica una carta abierta al Ministro Secretario General del Movimiento, con perlas como éstas: «En Galicia, algún pedantón traduce la filosofía alemana con ritmo de gaita [...] Querido Raimundo, habría que someterles a una cura psicoanalítica o traerles a Madrid, para que tonifiquen su sistema moral...» (*Pueblo*, Madrid, 21-6-1951). Semanas después, la Colección Grial es prohibida. Acababa de salir el número tres, en el que yo, joven estudiante de Filología Románica en Madrid, publicaba mi primer artículo: «A lingua galega desde Curros».

En estos días —1951— Otero Pedrayo finalizaba *O libro dos amigos*, volumen que la Editorial Galaxia —de cuyo consejo de administración era presidente— no publicó. El riesgo era doble: no sólo estaba en gallego (sin ser un libro folclórico), sino que contenía capítulos protagonizados por políticos y escritores fusilados o asesinados en el trágico verano de 1936.

Exilio interior y exilio exterior

El libro de don Ramón lo publica, en Buenos Aires, el Centro Gallego. La edición de este volumen, como otros de Ediciones Galicia de esta institución, «estuvo al cuidado de L(uis) S(eoane)», artista plástico y escritor, uno de los grandes intelectuales del exilio ga-

llego. Fue también editor de libros gallegos, consciente, en los primeros años de la posguerra, de que con esa actividad estaba continuando, en la diáspora, el discurso literario en lengua gallega, discurso, en lo esencial, interrumpido, dentro de Galicia, en 1936. En esos primeros años, los galleguistas de Galicia vivían en un auténtico exilio exterior y, si escribían, lo hacían en castellano sobre temas nunca conflictivos. En Ourense, don Ramón Otero Pedrayo, privado de su cátedra de Geografía e Historia entre 1937 y 1948, compone 39 retratos de otros tantos amigos fallecidos, 39 necrologías excelsas en cualquier literatura.

A don Ramón, que vive, con su país, años amargos, le duelen, especialmente, las muertes de los amigos, trátese de profesores suyos (Antonio Garbín, Marcelo Macías, Eduardo Moreno López...), de colegas (Antonio Losada Diéguez, Primitivo Rodríguez Sanjurjo...), de jóvenes investigadores (Xurxo Lourenzo), de poetas gallegos (Manuel Lugo Freire, Noriega Varela, Eladio Rodríguez González...), de grandes conversadores («o señor Bieito»), de abnegados médicos rurales (Gumersindo Parada), o de personas sin titulación académica (desde Ramón San Martín, famoso tresillista madrileño, a Ignacio Hermilla, «el cachicán y amigo de la casa»).

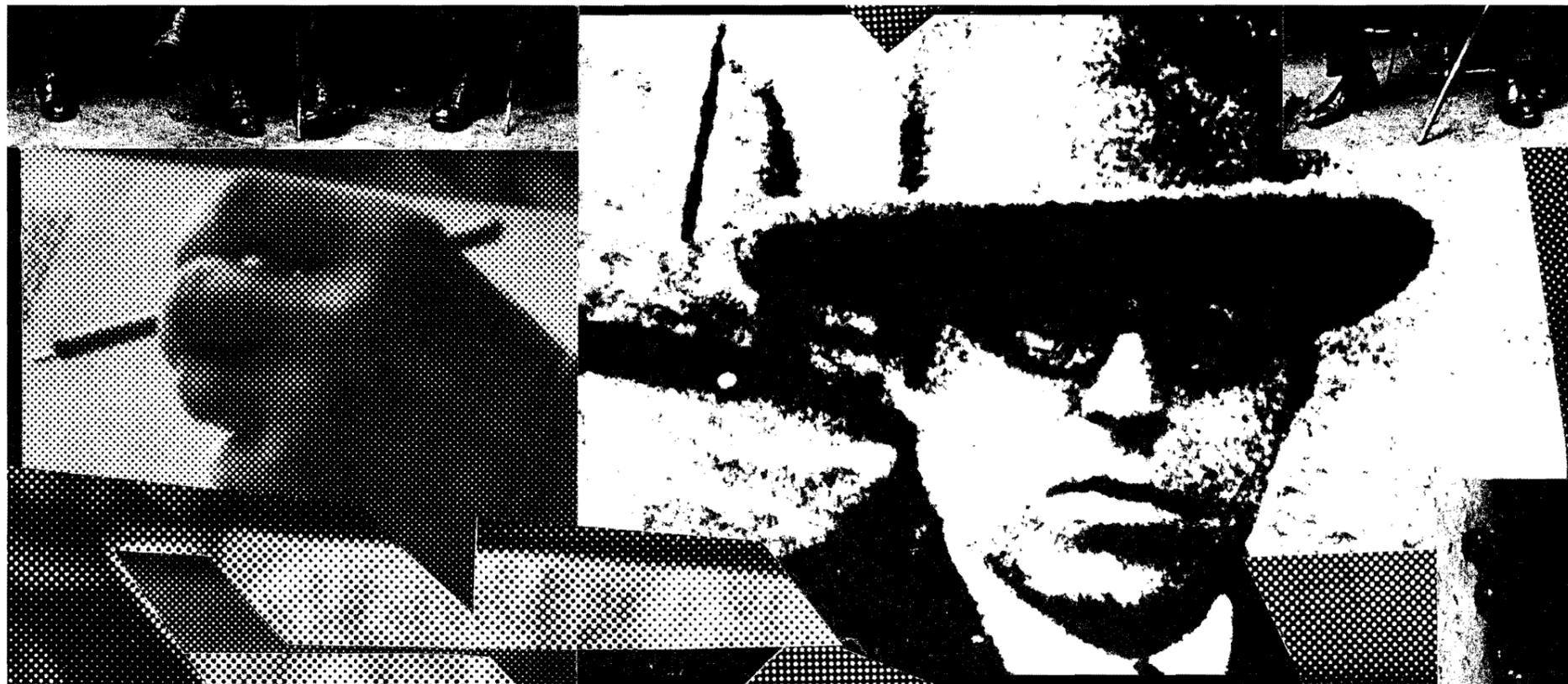
Son bastantes las semblanzas en las que la persona evocada no está vinculada a sucesos políticos, esos sucesos que la prudencia aconsejaría omitir, pero hay retratos de personas en cuyas biografías lo político —no grato al franquismo— es notorio y muy difícilmente eludible. Pienso, por ejemplo, en Manuel Portela Valladares, que ocupó puestos relevantes en la política de la II República, y en Antón Vilar Ponte, diputado por La Coruña en la coalición del Frente Popular, fallecido pocos días antes de tomar posesión de su escaño parlamentario. Aunque las semblanzas de Otero Pedrayo no privilegian las facetas políticas de los retratados, no omite estos rasgos cuando los considera esenciales para la caracterización del amigo desaparecido. El retrato del ilustre diputado coruñés finaliza con estas notas: «... todo el liberalismo generoso de La Coruña vivía en el espíritu de Antón Vilar. Pero supo darle a su liberalismo el sentido gallego del programa de las Irmandades da Fala. En ellas fue Antón "petrucio" y ma-

estro». (Este y los restantes textos que cite son traducción mía; a veces entrecorrimo alguna palabra que considero oportuno no traducir.) Palabras como éstas —de tan pocas aristas, por otra parte— no eran publicables en España en los primeros años del franquismo. Pero hay en el libro de don Ramón semblanzas más problemáticas, más peligrosas desde el mismo título: los capítulos, que son seis, dedicados a antifascistas fusilados o «paseados» después del 18 de julio de 1936.

No es, sin embargo, un libro de denuncia —aunque sea inevitable en ciertas páginas—, es un libro de homenaje a sus amigos y, más que de homenaje, un libro «de consolatione». Hablando de su admirado profesor Marcelo Macías escribe: «La honra y la melancólica alegría de haber escrito la "Vida" de don Marcelo me consuela de muchas amarguras». Ya en el prólogo se define en este sentido: «Convoco aquí nombres con sed de consuelo y compañía. Que Dios les premie la caridad que me hacen en mi soledad». El *Libro dos amigos* es, también, el libro de los amigos muertos por el hierro airado, razón por la cual este volumen, pensado y escrito en el exilio interior, sólo se podía publicar en el exilio exterior. El lugar de la diáspora elegido fue Buenos Aires, ciudad con cientos de miles de gallegos, no pocos —dentro o fuera de las muchas instituciones gallegas— decididamente antifranquistas. Ése era el lugar para que ciertas páginas del volumen encontrasen, cuanto antes, lectores agradecidos. Desde allí, por vías clandestinas, algunos ejemplares llegaron a Galicia. Yo adquirí uno —en el mismo 1953— por 22 pesetas, muchas, entonces, para mí, muy pocas para el libro.

Los amigos asesinados

De los seis, cinco son gallegos: el jurista y galleguista Arturo Noguero (paseado en los primeros días del Alzamiento); Alexandre Bóveda, economista y secretario de organización del Partido Galleguista (fusilado el 17 de agosto de 1936); Ánxel Casal, editor y alcalde de Santiago («paseado» dos días después); Roberto Blanco Torres, periodista y poeta, fervoroso republicano («paseado» el



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

2 de octubre), y el periodista galleguista Víctor Casas (fusilado el 12 de noviembre). Al evocar las últimas horas de Bóveda, católico de raíz, afirma que «no le tembló el pulso en la última carta y traspuesto se levantó antes de morir del tribunal de la Penitencia». Del editor Ánxel Casal refiere que «jamás salió de [su] imprenta una página baja, ruin o interesada». Al finalizar la semblanza de Víctor Casas, lo que se apodera del cronista es la imagen del «pobre amigo severo y digno delante de la muerte!». Pensando en el final de Blanco Torres, «paseado» cerca de la frontera portuguesa, escribe: «He contemplado después con amor, respeto y saudades aquel horizonte. Parece —era Roberto un amigo— doloroso de la sorpresa de un alma optimista ante la crueldad de los hombres».

También figura en este martirologio otro gran amigo de Otero Pedrayo, el catalán Manuel Carrasco i Formiguera, católico y conservador —como don Ramón—, fusilado en Burgos el 9 de abril de 1938. La justicia de Franco fue implacable, incluso con hombres cuyo programa —en el decir de Otero Pedrayo— era «criar hijos, producir riqueza, para levantar nuevos montes, coronas de santuarios y llevar a las muchedumbres obreras la religiosa validez de los trabajos y de las horas...».

No concibe don Ramón estos seis capítulos como un libro político y, menos, de denuncia, si bien esas páginas, aunque el autor no se lo proponga, denuncian. Era inevitable. En cualquier caso, don Ramón mide mucho sus palabras, tanto que en ningún momento habla de asesinato, ni siquiera de fusilamiento. Porque el libro, aun publicado fuera, podía acarrear problemas —más problemas— a alguien que, durante once años (1937-1948), estuvo desposeído de su cátedra de profesor de Instituto. El Instituto orensano que hoy lleva su nombre, el Instituto donde fue alumno y catedrático, es, en algunas semblanzas, «mi inolvidable Instituto». Así adjetivaba aquel escritor desposeído, en esas fechas, de su profesión.

Cauteloso y metafórico está nuestro cronista cuando, al hacer la «laudatio» del doctor Arturo López Trasancos, respecto de su actitud en los días difíciles de la Guerra Civil, escribe de este modo: «En días de “tormenta” (mío el entrecorrellado) se mantuvo sereno,

en su puesto, y fueron su mano y su consejo ayuda y seguridad para sus amigos». En otro capítulo, utiliza una formulación que no lo compromete políticamente (una excelente formulación): «Eran duros los tiempos. Cayeron destrozadas [...] muchas brillantes galerías de amistad [...], cruzaron alambres espinosos las relaciones de hombre a hombre [...], se acostumbraron los rostros a llevar careta, a ponérsela y quitársela, y en los silencios latían, como en hoguera mortecina, las sospechas y el miedo».

El verbo tantas veces omitido —asesinar— aparece, por lo menos, una vez, en la semblanza del periodista, profesor y militante católico Francisco Martínez García: «Fue cruel su muerte, fue corona de un vivir. Lo asesinaron... [con] refinamiento de fríos salvajes en Tarancón, el pueblo de su esposa». El asesinato, en esta ocasión, fue en la zona «roja».

Ni el verbo —asesinar— ni el sustantivo —asesinato— aparecen en ninguno de los seis capítulos citados, ni siquiera en el dedicado a Roberto Blanco Torres («“vir” de entera honra y conciencia»), idealista que pertenecía a esa clase de hombres que «no dudaban de la bondad de la naturaleza humana», tanto que «en el calabozo, muy cerca de la muerte, esperaba una chispa de generosidad» («un faiscar xeneroso»). Pues bien, algún tiempo después, leyendo en la *Historia de la literatura gallega* (1951), de Benito Varela Jácome, el apartado referido a Blanco Torres, tacha seis palabras («muerto en Entrimo (Orense) en 1936») y anota, al margen, de su puño y letra: «asesinado cerca de Herdadiña en la guerra del 36». Esta anotación manuscrita, que el lector Ramón Otero Pedrayo estampó en su ejemplar de la *Literatura gallega* de Varela Jácome, obra hoy en la Biblioteca Penzol (Vigo). Ese «asesinado» —tégase muy en cuenta— no tenía, en su día, un destino público como lo tuvieron las páginas de *O libro dos amigos*. Había que ser muy cautelosos al referirse a las víctimas cuando los verdugos eran franquistas.

Y Castelao

El *Libro*, que se abre con la semblanza de Eduardo Moreno López, profesor de Otero Pedrayo en el Instituto de Orense, se cie-

rra con un capítulo, de los más extensos, dedicado a su fraterno amigo Castelao, muerto en el exilio (Buenos Aires) el 7 de enero de 1950. Es el amigo que arranca de la pluma de don Ramón hermosas confidencias: «Castelao y yo reposábamos el uno en el otro con la entera confianza de los niños. Muchas veces entre nosotros un religioso silencio nos unía más de lo que las mejores palabras». Cuando él falleció —reflexiona el cronista— «un hondo silencio de orfandad se hizo en la Galicia de esta y de la otra orilla del mar». No había sucedido nada igual —añade— «desde la muerte de Rosalía». Al final estampa un lugar, Trasalba, y una fecha, 1952.

En Trasalba, a pocos kilómetros de Orense, vivía su anciana madre, doña Eladia Pedrayo, viuda desde 1904 del doctor Enrique Otero Sotelo, el padre de nuestro escritor, padre añorado en algunas páginas de este «*liber amicorum*». Ya en el prólogo nos anuncia que él será «el primero de todos, pues jamás se ausentó de esta casa». Ya aquí, aclara respecto de quien murió víctima de una enfermedad del corazón: «Su voz alegre, un poco entristecida por la conciencia de la dolencia que anida en el pecho, hace un instante resonó en el fondo de la sala». En las páginas dedicadas a Castelao, una especie de capítulo epilógico, precisa refiriéndose al libro: «Termino de escribirlo en la misma casa de Trasalba donde, al comienzo, invocaba la sombra y la amistad de mi padre». Y de nuevo manifiesta que, mientras Dios le «guarde el consuelo de reposar en el recuerdo de los amigos», será «melancólicamente dichoso, como al escribir las cuartillas de este libro mío».

RESUMEN

Con motivo de esta segunda edición, hecha a los 45 años de la primera, Alonso Montero reflexiona sobre el valor literario y moral de las 39 prosas elegíacas que componen esta obra de Otero Pedrayo. De este libro, escrito en las coordenadas del exilio interior y publicado en Buenos Aires, el comentarista se in-

El libro fue escrito entre el 1 de octubre de 1945 (fecha del prólogo) y 1952 (fecha del capítulo «Castelao»). No sabemos si hay retratos escritos a pie de obra, es decir, inmediatamente después del fallecimiento de la persona retratada. En cualquier caso, el capítulo protagonizado por Castelao, el último, fue escrito, por lo menos, un año después. ¿Fue incapaz, don Ramón, de hacerlo un año antes, calientes aún las cenizas del camarada fraterno muerto en el exilio?

En su documentada introducción, Marcos Valcárcel exhuma una declaración de Otero Pedrayo, de 1961, en la que confiesa la intención de publicar «el segundo tomo de *O libro dos amigos*, proyecto —añade el prologuista— que nunca verá la luz». En cualquier caso, conviene saber algo que el propio Marcos Valcárcel examina con detalle: el nulo eco del libro en su momento, incluso entre los «colectivos culturales de la emigración», para los cuales el contenido de ciertos capítulos, lejos de ser un obstáculo, tendría que ser un motivo más de interés. Ahora, cuarenta y cinco años después, se reedita este libro singular que es un título esencial en la casi oceánica bibliografía de su autor. También constituye una página excelsa en la historia de su género: el de la prosa elegíaca.

¡Lástima que la presente edición no se beneficie de la consulta del manuscrito autógrafa de la obra, hoy en poder de doña María Elvira Fernández, viuda de Luis Seoane, quien, en 1953, cuidó la primera edición! Una muy atenta lectura del manuscrito subsanaría no pocos errores lingüísticos presentes en estas dos ediciones. □

Ramón Otero Pedrayo

O libro dos amigos

Ed. de Marcos Valcárcel, Galaxia, Vigo, 1998. 235 páginas. 2.590 pesetas. ISBN: 84-8288-132-9.

Bellísimas columnas

Por Gregorio Salvador

Gregorio Salvador (Cúllar-Baza, Granada, 1927), filólogo, es miembro de número de la Real Academia Española y catedrático jubilado de la Universidad Complutense. Ha publicado, entre otras obras, *Semántica y lexicografía del español*, *Estudios dialectológicos*, *Lengua Española y lenguas de España*, *Política lingüística y sentido común* y *Un mundo con libros*. También un volumen de relatos: *Casualidades*.

El columnismo periodístico ha ido adquiriendo, en los últimos tiempos, un elevado pulso literario, un virtuosismo ejemplar. No hago relación de nombres porque están en el ánimo de todos y porque cada cual tendrá sus preferencias, pero son bastantes los columnistas que logran cada día, en un espacio medido, ni línea más ni línea menos, trascender la actualidad en un brillante ejercicio literario en el que no se sabe qué admirar más: si la agudeza o el ingenio, si el razonamiento o el arte, si el sentimiento o la ironía. La columna diaria se ha convertido en un estricto y esplendoroso género literario en el que muchos periodistas acaban confirmando su condición esencial de escritores y algunos escritores hallan, finalmente, una mágica ventana desde la que contemplar el mundo y ofrecernos luego, a través de su mirada singular y de su arte indiscutido, su juicio, su crítica o su apostilla a las cosas que pasan. El trasiego, cada vez más frecuente, de la literatura al periodismo y del periodismo a la literatura está resultando, a mi parecer, muy beneficioso para ambas actividades y, de un modo general, para la calidad y la claridad de la lengua escrita.

Uno de esos escritores que digo —inicialmente poeta y poeta siempre— es Manuel Alcántara. No leo cada día su columna porque no la publica en ninguno de los dos diarios que compro de modo habitual: él escribe para el Grupo Correo, lo que quiere decir que su columna tiene más presencia en provincias que en Madrid, y eso que nos perdemos los habitantes de la Villa y Corte. Cuando vuelvo a mi tierra granadina o viajo a otras regiones o en mis veraneos murcianos, sí que busco inmediatamente, en el periódico local, el ángulo de la última página donde sé que voy a poder leer las apenas cincuenta y cinco líneas de ese observador extraordinario. Su sección se acoge al título genérico de «Vuelta de hoja», el mismo con el que Taller de Editores ha publicado una selección de sus columnas, cien exactamente, cuando se calcula que lleva publicadas, entre columnas y artículos, unas dieciséis mil colaboraciones periodísticas. Magistral siempre, inigualable en la distancia corta, en las más o menos trescientas cincuenta palabras con que fija la actualidad de cada víspera para sus lectores del día siguiente. Y como las personas de mi alrededor saben de mi preferencia, obligadamente discontinua, por las columnas de Manuel Alcántara, nada más ponerse el libro a la venta alguien se apresura a regalármelo.

Un gozo su lectura, en la que tengo que frenarme a veces, que señalar la página y hacer otras cosas o descansar un rato, saboreando mentalmente lo leído. Porque cada columna es un prodigio estilístico y tan gustosa su lectura, que suscita de inmediato el deseo de seguir, de saborear la siguiente. A mí, que también soy aficionado al chocolate, estos libros se me antojan claramente comparables con una



ANTONIO LANCHO

caja de bombones: uno se los comería todos, en cuanto la abre, pero hay que saberlos dosificar, espaciarlos, no atracarse, procurar que cundan, aguardar cada pieza con el paladar expectante y prolongar al máximo ese deleite. Así he leído este volumen y, una vez concluido, lo he vuelto a leer, más demoradamente todavía, con renovado gusto, apreciando matices, advirtiendo bellezas expresivas que había devorado antes sin la necesaria atención. Si el placer de los bombones es más intenso aún si se comparten, si se degustan en compañía, hasta en ello se le parecen libros así: tras leer una columna, se siente a veces el irreprimible deseo de ir a compartirla con alguien capaz de valorarla y leerla en voz alta. No basta con la lectura íntima y recogida, se hace apremiante comentar el acierto de estilo, el juego de palabras, la frase ingeniosa, la sentencia lapidaria. Y ese impulso, ese deseo de comunicación, de coparticipación, es el que me ha llevado a escribir aquí sobre este libro.

De hecho la columna periodística, tan circunstancial, tan aparentemente prosaica, es si bien se mira un género casi lírico, más afín al soneto que al ensayo, más deudor de la poética que de la retórica. He dicho soneto: rigurosa medida, concatenación, artificio. Esa es la primera comparación que a uno se le ocurre, y en algunas de Alcántara casi se percibe, al fondo de su prosa, el juego rítmico de los dos cuartetos y los dos tercetos, pero hay otras suyas que recuerdan, quizá más cabalmente, la esbeltez de la décima. En cualquier caso, estrofas estrictas, inalterables en su estructura formal, donde la materia lingüística no puede extenderse más allá de unos límites y se vuelve sobre sí misma, se expande hacia dentro, podríamos decir, generando conexiones insospechadas, ensanchando su significación.

El columnista, como el poeta lírico, no nos va a contar nunca nada nuevo, nos va a hablar siempre de algo consabido. El poeta, de un sentimiento universal, que todos alguna vez hemos experimentado, y lo va a hacer como si nadie nunca antes lo hubiera expresado y su arte consiste en hacérselo ver así a nosotros. El columnista se centrará en alguna noticia que publicó la víspera el mismo diario y su arte va a consistir en dejárnosla ver a la luz de su entendimiento y que ese entendimiento lo sintamos como nuestro.

Las cien columnas del libro de Alcántara abarcan un periodo que va desde junio de 1989 a noviembre de 1997, ocho años



Manuel Alcántara.

CORTESÍA Taller de Editores

y medio en total, historia reciente que todos hemos vivido, sucesos que inmediatamente rememoramos y que se nos iluminan ahora en el recuerdo desde esa prosa insuperable que nos los actualiza: el entierro de Jomeini, disturbios en la Argentina, la inauguración de un McDonald's en Moscú, la guerra de Irak, la firmeza de la peseta, el fin del «apartheid», las estrellas fugaces de agosto, las tribus urbanas, la prohibición de fumar, las comilonas navideñas, la contaminación, sequías e inundaciones, la legalización de la eutanasia en Holanda, el trasplante de hígado de un mandril, la expansión del fax, el sacerdocio femenino en la Iglesia Anglicana, una pastoral del Obispo de Vic, la muerte de un mendigo en el Retiro, las escuchas telefónicas, las luchas entre los hutus y los tutsis, financieros en la cárcel, la importación norteamericana del jamón de Jabugo, las vacaciones de los presidentes, el naufragio de una patera, la liberalización de los servicios funerarios, los viajes de Semana Santa, los teléfonos móviles, las muertes próximas de Lady Di y de la Madre Teresa de Calcuta y muchas otras cosas más.

Comentaré una de las últimas, de fines de mayo del noventa y siete, «El saludo» (págs. 201-2), y reproduciré algunos de sus párrafos para ilustrar lo que digo. La buena nueva se sintetiza en el primero: «No se pueden ver ni en pintura, pero se han visto en la Moncloa. El presidente Aznar y el ex presidente González, ¿quién iba a decirlo?, tienen una cosa en común: los dos creen que su interlocutor es detestable». La noticia, naturalmente, había sido ilustrada: «A pesar de eso, han hecho de tripas corazón, ya que saben que en política es más importante un estómago apto para digerirlo todo que una buena viscera cardíaca, y se han saludado. La fotografía recoge el desagradable encuentro. Ya que nunca podrán estrechar lazos, se estrechan vigorosamente las manos. Y sonríen». Eludo la descripción de las sonrisas, que viene a continuación y algunos otros detalles, aunque comprendo que en las columnas, como en los poemas —y sigue el paralelismo— las citas fragmentarias, si no se completan luego con una lectura íntegra, dejan más bien una visión empobrecida de lo que pueda ser el texto total, porque el valor, tanto de las unas como de los otros, radica precisamente en que no sobre ni falte nada. «El presidente le ha pedido al jefe de la oposición que ejerza su labor constructivamente, lo que demuestra que todavía queda alguien que distingue entre crítica constructiva y crítica negativa, o sea, que ignora que la crítica es simplemente eso: crítica». Exposición, nudo y desenlace o principio, meollo y fin. Así acaba «El saludo»: «La terrible reunión duró tres horas, que no se pasaron en un vuelo. [...] Tres condenadas horas disimulando sentimientos, eludiendo enzarzarse en el conocido tema de la crispación política. Tres horas arrojando con buenos modales las mutuas malas intenciones y acordándose de Maastricht por no acordarse de sus respectivas madres. Se asegura que ni siquiera aludieron a Jordi Pujol, el dueño del mando a distancia. Han quedado en verse otra vez».

El que yo haya elegido esta columna del encuentro de nuestros dos líderes acaso dé la impresión, a quien no haya frecuentado la lectura de Alcántara, de que se trata de un columnista político, y me parece obligado deshacer el posible equívoco. Si a buena parte de los columnistas



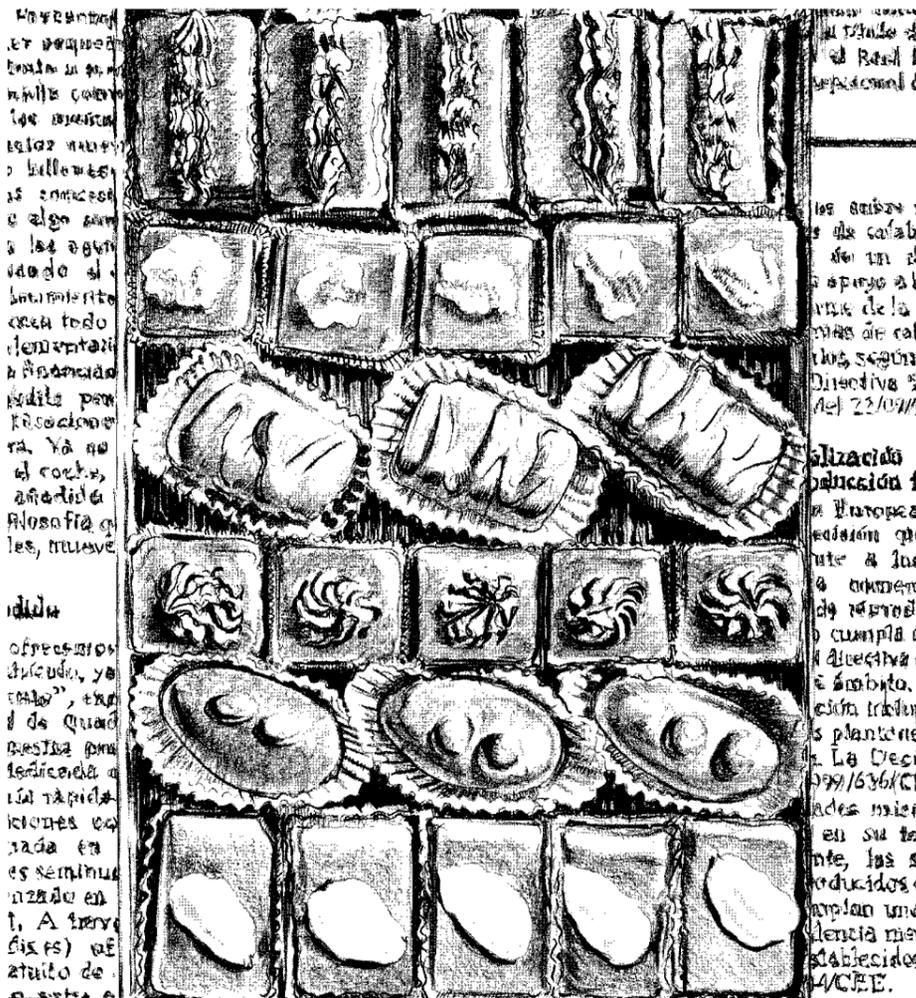
Viene de la página anterior



habituales de nuestra prensa se les adivina fácilmente la filiación, porque entran al trazo ideológico siempre que pueden y dan preferencia al suceso político sobre cualquier otro tema de actualidad, no así nuestro autor, que prefiere otra clase de asuntos y que pone siempre una cierta distancia, por elevación, sobre los hechos que comenta y sólo toma partido cuando no hay más remedio que tomarlo, porque hay cosas sobre las que no cabe entretenerse en la duda. Y, ante vicios habituales en la vida política, puede despacharse con un demolidor sarcasmo; así, en un momento preelectoral escribe: «Es pronto para el intercambio abierto de dicterios que aumenten el inacabable libro de la infamia y todavía nadie ha acusado a otro candidato de que su mujer, aprovechándose de que regenta una casa de prostitución, vende géneros de punto de contrabando» (pág. 33). Y otra ocasión semejante la refleja con ironía: «En los carteles van a poner unos nombres que no los veremos ni ver y otros que ya están bastante vistos. [...] Van a ser dos meses terribles donde el arte de prometer va a subirse por las paredes. Ya andan desasosegados los inventores de frases sintéticas y persuasivas» (pág. 25).

Y con ese motivo, en esa misma columna titulada «Vallas», se plantea una vieja cuestión: «Algunos dicen que una imagen vale más que mil palabras. Pero, ¿mil palabras de quién?, ¿del señor Manuante o de Shakespeare?, ¿de don Abel Matutes o de Quevedo?, ¿de quién son las mil palabras que valen menos que una sola imagen?, vamos a entendernos, por favor. Explíquennos los que saben de cantidades heterogéneas por qué mil palabras de San Juan de la Cruz tienen menos valor que cualquier otro tesoro» (pág. 26). Yo me atrevo a completar ese texto afirmando que en ningún caso las alrededor de trescientas cincuenta palabras que componen cada una de estas cien columnas pueden ser sustituidas, con ventaja, por una imagen. Dicen que el movimiento se demuestra andando; el valor de las mil palabras —o de las trescientas cincuenta— escribiendo como Alcántara; diecisiete le bastan, por ejemplo, para sintetizar tantos y tantos millares de imágenes de Ava Gardner como hemos contemplado tantos y tantos millones de personas, durante tantos años ya, desde la penumbra de los cines: «No es que fuera bella: era la belleza. Entre palmera y pantera, mixta de fruta y estatua» (pág. 37). Su capacidad para ahondar con palabras en imágenes habituales o para enriquecerlas con otras imágenes, las literarias, es asombrosa: el ayatollah Jomeini «tenía el entrecejo tallado por la certidumbre y mucha tela en el turbante, tanta que no podía penetrar en su cabeza ninguna idea nueva, ni salir ninguna antigua» (pág. 39); el presidente argentino Carlos Menem «con su pinta de bandolero antiguo y de reventa de localidades reciente» (pág. 16).

Establecer semejanzas inauditas es tarea esencialmente literaria. Alcántara las engarza, con sabor de greguerías, al paso de su prosa y con absoluta naturalidad: «Las jirafas amorosas, siempre en pareja, como excavadoras diseñadas por el Greco» (pág. 49); «unas cuantas frutas confitadas, de esas que son como una vidriera de catedral que se hubiese hecho añicos» (pág. 64); los «surfistas» «están en la cresta de la ola y dejan fugitivos autógrafos de espuma sobre las páginas azules del mar» (pág. 106); en las viejas tiendas de ultramarinos, «bacalao colgado del techo que venían a ser como el estandarte de una momia» (pág. 112). O esta terrible y



ANTONIO LANCHO

dolorosa imagen: «Las pateras son la Sexta Flota de la miseria» (pág. 197).

Henchir una frase trivial

Creo que casi todas las figuras literarias, de dicción o de pensamiento, inventariadas por las antiguas o por las modernas poéticas y retóricas, desde la paronomasia a la hipálage, desde el quiasmo a la metalepsis, desde la anáfora a la hipérbole, pueden rastrearse en la prosa de Alcántara y descubrirse, quizá, otras no clasificadas. Su pericia para henchir de contenido cualquier frase trivial, con una mínima variación sobre lo esperado, es tan ilimitada como asombrosa: «Como se sabe, los enemigos del alma son mundo, demonio y carne de hamburguesa» (pág. 31); consigue hasta cargar de dramatismo y de conciencia histórica una simple preposición, ese mecanismo lingüístico que, según solemos decir los lingüistas, sólo posee significado gramatical; ocurre en «La plaza partida», que es la de Tienanmen cuando la matanza: «Los expertos en conflictos temen que éste desemboque en una tragedia con precedentes» (pág. 20). Estas columnas son una invitación al análisis estilístico y para eso está la crítica universitaria. Yo lo señalo, sin entrar en ello, porque mi propósito, desde aquí, es convidar simplemente al gustoso y seguro placer de su lectura.

Delicias del estilo

Variado placer como el de paladear aquella caja de bombones que antes dije. Si allí los podíamos hallar de chocolate negro o de chocolate con leche, de licor o de crema, rellenos o macizos, con envoltorio o sin él, en estas columnas, si nos atenemos a la intención y no únicamente a las deli-

cias del estilo, hallaremos no sólo diseños estróficos y abundancia de figuras literarias, sino también muestras de todos los subgéneros poéticos, desde la elegía a la sátira, desde la oda al madrigal, desde el epitalmio al epigrama, desde la balada a la canción. Durante esos ocho años y medio de los que son crónica hubo de todo: muertes de personajes, bodas sonadas, desaparición de viejas costumbres, inventos, sucesos esperpénticos, acontecimientos trágicos, reconciliaciones y guerras. Se nos ofrecen así estas columnas como unos singulares anales de historia compartida, como unas memorias de nuestro propio estar en el mundo, como un inventario de los hechos, pequeños y grandes, que han ido ambientando nuestro vivir. Algunos de esos hechos nos afectarían más que otros; nos sentiríamos, pues, según las ocasiones, más o menos identificados con la perspectiva del autor, participaremos en mayor o menor medida de sus regocijos o de sus pesares o de sus nostalgias, pero en cualquier caso, cada columna o nos despierta y reproduce una emoción que ya en su día sentimos, o nos alumbra, desde la impecable maestría comunicativa de su texto, alguna otra que no llegamos a sentir. Yo me reconozco, por ejemplo, totalmente expresado en su elegía a Simenon: «El mundo vale un poco menos

porque ha muerto en Suiza un jubilado que fumaba en una pipa de caña larga. El mundo ha perdido algo de su valor porque lo ha abandonado un creador de mundos, un aventurero estático, un narrador de historias llamado Georges Simenon» (pág. 27). Y lamento desde la prosa de Alcántara, como nunca hubiera podido imaginar, otra muerte, la de Camarón de la Isla: «No hace falta ser un entendido para entender que en una voz se agrupan quejas tirantes, presidios, ímpetus y desolaciones: alguien se está doliendo por todos, bajo el aguacero de una guitarra. Alguien canta por no llorar [...]. Camarón vivió mucho, lo suficiente para cavarse su propio monumento. Además estuvo siempre en un grito. Ahora sí que la Isla se queda sola» (págs. 81-2). Porque en la vida de los lectores conscientes existen claramente dos dimensiones, la del vivir y la del leer, que es otra forma, más ajustada y luminosa, de vivir; nuestra realidad se compone de dos ingredientes, el mundo al que alcanzan, en cada momento, nuestros sentidos, o que llevamos en el recuerdo, y los mundos que los libros nos ofrecen. «Uno es de Málaga —dice Alcántara—, pero también es de todos los sitios donde ha estado. Incluso de algunos que sólo conoce en los atlas donde un río es como un cabello azul y una cordillera como una oruga ocre» (pág. 16).

Un género en sí mismo

«Alcántara es un género en sí mismo y un psiquiatra de su tiempo», dice José Luis Garcí, que lo prologa, y añade: «Leyendo su prosa, que ya nace atravesada por una flecha de poesía, [...] adviertes que el arte no es un oficio, sino la forma con que se ejerce ese oficio». Así es exactamente. El medio es el mensaje, que se proclama como principio esencial en la poética contemporánea. El arte es, esencialmente, transmisión de belleza y la belleza artística no depende tanto de la belleza natural de lo que se representa o se comunica como del medio, el modo o la forma en que se hace. Es una verdad bien conocida, pero que no deja de sorprendernos cada vez que ocurre, como en estas bellísimas columnas de Manuel Alcántara, que ha venido a ejercer su verdadero oficio de poeta, de prodigioso artista de la lengua, en la prensa escrita de cada mañana. Un volumen como el que estamos comentando nos viene a recordar que entre tantos textos efímeros de nuestros diarios cotidianos hay columnas perdurables que se pueden alzar airosas a las páginas de un libro y convertirse para nosotros, pasado un tiempo, en un nutrido regalo de recuerdos y de reflexiones, de juicios y de imágenes, de afirmaciones y melancolías. Las cien columnas reunidas nos confirman a quienes ya lo suponíamos, y desde luego se lo demuestran a quien no lo supiera, que Manuel Alcántara es uno de los grandes del género, acaso el mayor, y que bien mirado lo que cada día escribe no tiene vuelta de hoja. □

RESUMEN

La edición de cien columnas periodísticas de entre las muchas publicadas por Manuel Alcántara lleva a Gregorio Salvador a reflexionar acerca de este género periodístico, de su auge, de su habitual calidad y de sus peculiaridades. Establece un paralelismo evi-

dente con la poesía; de ahí que un poeta como Alcántara haya encontrado en ese género un ámbito preciso para su cotidiana maestría literaria; en columnas que recogidas en libro se convierten en una especie de memorias de un tiempo compartido.

Manuel Alcántara

Vuelta de hoja

Taller de Editores, Madrid, 1998. 214 páginas. 1.875 pesetas. ISBN: 84-95082-01-2.

La continuidad del euskera

Por Miquel Siguan

Miquel Siguan (Barcelona, 1918), psicólogo y psicolingüista, es catedrático emérito de la Universidad de Barcelona y miembro de la Academia Europea. Autor, entre otras obras, de España plurilingüe, La Europa de las lenguas y La escuela y los emigrantes. Ha asesorado la encuesta del CIS sobre conocimiento y uso de las lenguas (1993, 1998).

Cuando, a mediados del siglo XIX, el príncipe Luis Bonaparte inició el estudio científico de la lengua vasca, a pesar de su entusiasmo por la lengua decidió que estaba en regresión y que pasados cincuenta años habría desaparecido. Han pasado muchos más desde entonces y el euskera, la lengua vasca, no sólo no ha desaparecido sino que es objeto de una activa política de promoción por parte del Gobierno del País Vasco. Varias publicaciones recientes, una de ellas con el mismo título que este comentario, nos informan de que esta política está empezando a dar frutos y que no sólo aumenta el conocimiento de la lengua sino que parece aumentar también su uso e incluso su transmisión familiar. Ello merece algún comentario. En un mundo en el que la globalización tiende a arrinconar las lenguas menores, y en el límite a eliminarlas, los ejemplos de lenguas que se recuperan son bien escasos y entre ellos el euskera constituye un caso singular.

Por supuesto, la recuperación tiene una motivación política. Desde sus comienzos, a finales del siglo pasado, el nacionalismo vasco situó la lengua como un elemento fundamental de su identidad. Sin embargo, antes de la guerra civil no parece que se hiciera ningún esfuerzo importante para difundir su enseñanza. Había para ello una razón de peso y era su gran variedad dialectal, que hacía difícil

encontrar formas comunes aceptadas. El gran impulso ocurrió años después, en plena dictadura franquista, y no creo equivocado decir que el ejemplo de lo ocurrido en Irlanda jugó un papel capital. El nacionalismo irlandés siempre había sido un punto de referencia clave para el vasco y el advertir que Irlanda, después de haber conseguido la independencia, estaba en camino de perder su lengua actuó como un detonante que llevó a colocar la recuperación de la lengua en el primer plano de la reivindicación nacionalista. En poco tiempo, y gracias en primer lugar a la tarea de Michelena, se alcanzó un acuerdo sobre un euskera unificado –euskera batua– que a pesar de ciertas resistencias, especialmente por hablantes vizcainos, parece hoy plenamente aceptado. Y con la codificación, la modernización del vocabulario para la que el propio Michelena puso las bases. Simultáneamente con este esfuerzo se inició una red de ikastolas, escuelas en lengua vasca, sostenidas por contribuciones populares y en las que una parte de los alumnos eran de familias de lengua castellana que querían que sus hijos adquiriesen el euskera desde la infancia, red que con el tiempo ha llegado a absorber a un diez por cien de la población escolar vasca. Paralelamente se creó una red no menos tupida de centros para la enseñanza de la lengua a adultos.

La Constitución y el Estatuto de Autonomía significaron la implantación de un Gobierno propio, también de orientación nacionalista, al que le comitió la tarea, nada fácil, de combinar esta iniciativa, popular y a menudo radical, con el sistema de enseñanza general y establecer una normativa con varios modelos de escuelas según la presencia de la lengua. Y asumir el empeño de introducir el euskera en la Universidad. Todo lo cual implica una voluntad política decidida, pero que no puede ocultar el hecho de que el número

y la proporción de hablantes de euskera en el conjunto de la población de la Comunidad Vasca es reducido, mucho más reducido que el de hablantes de catalán en Cataluña o que el de hablantes de gallego en Galicia. Y más reducido todavía en Navarra y en el País Vasco Francés. Y con la dificultad suplementaria de que, mientras la distancia lingüística entre el catalán o el gallego y el castellano es muy pequeña y basta un poco de tiempo y de buena voluntad para alcanzar al menos una comprensión pasiva, la distancia entre el euskera y el castellano es máxima y la adquisición de una lengua desde la otra requiere un esfuerzo importante y prolongado durante bastante tiempo.

Censos y encuestas

Hasta hace pocos años el número y la proporción de hablantes de las lenguas distintas del castellano en España era materia de pura especulación, sin ninguna base fiable. En la actualidad la situación ha cambiado completamente. En las seis Comunidades Autónomas en cuyos Estatutos de Autonomía figura la mención de una lengua propia con algún tipo de cooficialidad con el castellano, los censos y padrones de población se acompañan con censos lingüísticos referidos a las competencias lingüísticas de la población. Y como las preguntas en los censos han de ser forzosamente pocas y poco detalladas para conocer los usos y las actitudes de la población se recurre a encuestas más o menos amplias y más o menos representativas que en general se refieren a una sola Comunidad Autónoma y cuyos resultados son por ello difícilmente comparables. La excepción la constituye la encuesta del CIS de 1992, y repetida en 1997, que me encargué de proyectar, dirigida al conjunto de las seis Comunidades.

Toda esta actividad ha producido un número relativamente importante de publicaciones de las que voy a referirme a tres que informan sobre el euskera.

El *Segundo mapa sociolingüístico* recoge la evolución ocurrida entre 1981 y 1991 a partir de los datos de los censos. *Conocimiento y uso de las lenguas* (Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1998) presenta los resultados conseguidos en la segunda encuesta del CIS sobre el tema. Y *La continuidad del euskera* (Gobierno Vasco, Gobierno de Navarra, Institut Cultural Basque, 1998) recoge y analiza los resultados de una encuesta en el conjunto de Euskal Herria, o conjunto de los territorios de lengua vasca: País Vasco, Navarra y País Vasco Francés.

Del conocimiento al uso

Según el padrón de 1991 el conocimiento de la lengua vasca en la Comunidad vasca es el siguiente:

Euskaldunes: capaces de hablar en euskera, 26,4. Bilingües pasivos: hablan en castellano pero entienden el euskera, 16,2. Erdaldunes: hablan en castellano y no entienden el euskera, 57,4.

La encuesta del CIS, aunque dirigida sólo a una muestra de la población, ofrece unos resultados parecidos. Pero además permite comparar el conocimiento del euskera con el de las lenguas en otras Comunidades Autónomas:

Competencias lingüísticas en la lengua de la Comunidad:

Cataluña: habla, 79,1; sólo entiende, 18,3; no entiende, 2,7; ns/nc 0,0 (N, 1.006).

Valencia: habla, 55,6; sólo entiende, 33,6; no entiende, 10,8; ns/nc 0,0 (N, 771).

I. Baleares: habla, 71,7; sólo entiende, 20,7; no entiende, 7,6; ns/nc 0,0 (N, 473).

Galicia: habla, 89,2; sólo entiende, 9,7; no entiende, 1,2; ns/nc 0,0 (N, 679).

P. Vasco: habla, 28,6; sólo entiende, 14,7; no entiende, 56,6; ns/nc 0,2 (N, 613).

Navarra: habla, 15,6; sólo entiende, 7,1; no entiende, 77,3; ns/nc 0,0 (N, 449).

No sólo la proporción de los que hablan euskera es pequeña, sino que además está muy desigualmente distribuida según los lugares. El mapa analiza con mucho detalle este tema así como las relaciones entre nivel de instrucción o nivel social. Pero lo que aquí nos interesa es la evolución en el conocimiento.

A lo largo de diez años el número de los capaces de hablar en euskera ha pasado de representar el 22% de la población al 26,4%, y el de los que sólo lo entienden del 12,2% al 16,2%, aumento directamente atribuible a la presencia de la lengua en la enseñanza; y la demostración es fácil de hacer. Si en el censo del 91 las competencias lingüísticas se ponen en relación con la edad de los sujetos se advierte una curva, los mínimos de conocimiento del euskera se dan entre los de 65 y 30 años. Entre los menores de 30 años los más jóvenes presentan competencias tanto más altas cuanto más jóvenes,

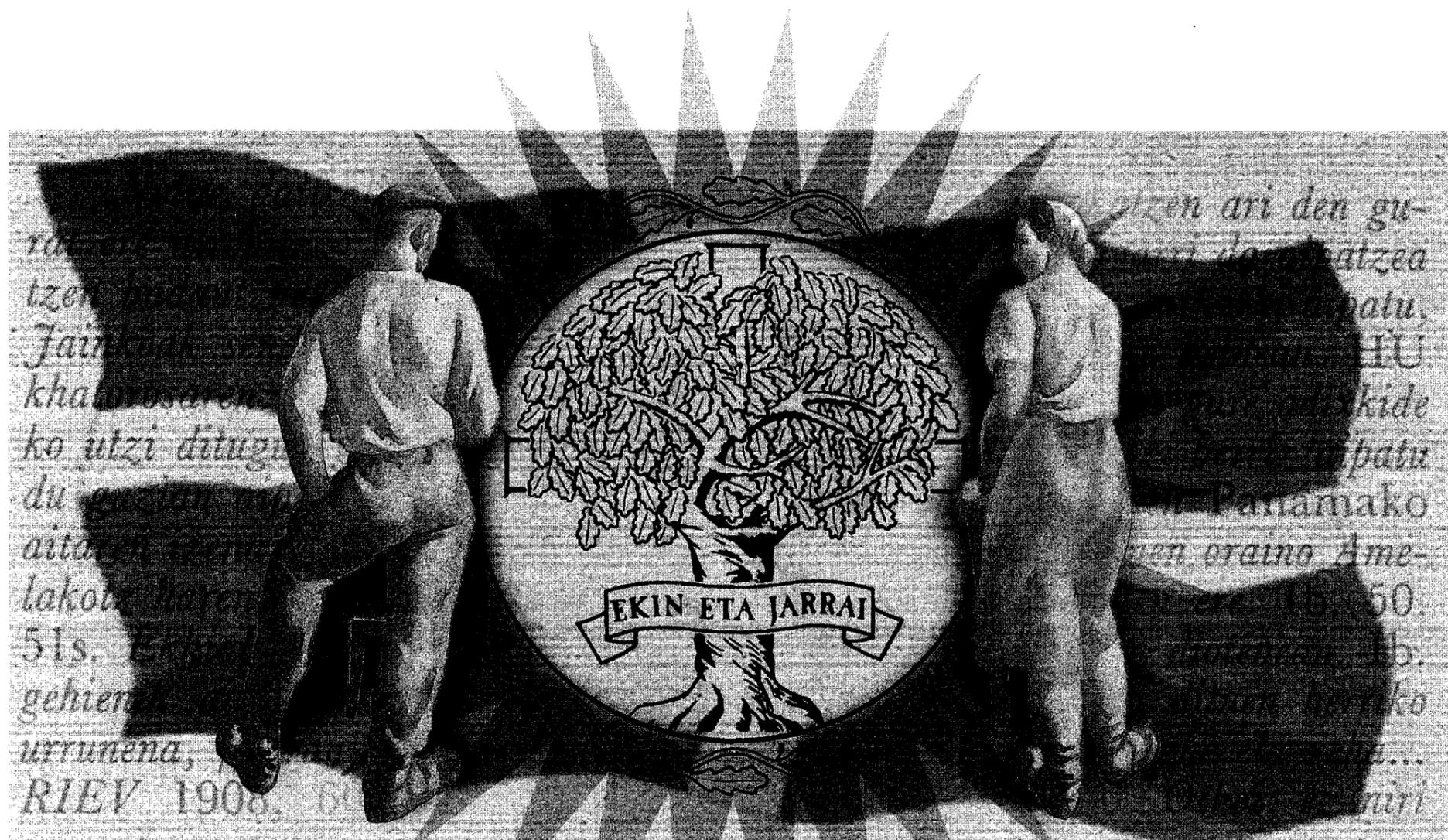
Pero una cosa es el conocimiento y otra cosa el uso. ¿Hasta qué punto este aumento del conocimiento se traduce en un aumento de su uso?

Para evaluar el uso el censo del País Vasco pregunta a los censados por su lengua materna, primera lengua aprendida en el hogar, por la lengua que usan actualmente en la familia y por la lengua que utilizan en la relación con los amigos. Los datos estadísticos sobre el uso familiar resultan poco significativos, pues incluso si los más jóvenes conocen más euskera los usos familiares están condicionados por el conjunto de sus miembros, de modo que los redactores del estudio consi-



ÁLVARO SÁNCHEZ

Viene de la página anterior



ALVARO SÁNCHEZ

deran que será cuando los jóvenes actuales formen a su vez familias cuando se podrá advertir un cambio. Más significativo es el dato sobre la lengua hablada con los amigos, porque aquí sí que se pueden clasificar las respuestas por la edad de los sujetos. Y efectivamente se advierte que entre los más jóvenes aumenta la proporción de los que dicen hablar con sus amigos en euskera lo que constituye un signo inequívoco de recuperación del uso de la lengua.

La lengua principal o habitual

Curiosamente la encuesta del CIS ofrece datos más precisos en este sentido. Como hemos visto, la estadística en el País Vasco llama euskaldunes a todos los capaces de hablar en vasco. De modo parecido en Cataluña los censos lingüísticos inquieran sólo las competencias y consideran catalanoparlantes a todos los que dicen ser capaces de hablar en esta lengua comprobando que su número aumenta de año en año. Al proyectar la encuesta del CIS introduje una distinción basada en preguntar a los encuestados que conocen las dos lenguas cuál consideraban que era su lengua principal o habitual. Las respuestas permiten clasificar a los encuestados en varias categorías, los que se declaran hablantes de la lengua de la Comunidad, los que se declaran en primer lugar castellano hablantes aunque dominen también la lengua de la Comunidad, los que se declaran castellano hablantes y no hablan la lengua de la Comunidad aunque algunos la entiendan y los que se declaran plenamente bilingües e incapaces de decidir cuál es su lengua principal.

A primera vista esta distinción rebaja la importancia de estas lenguas. A la vez que se constata que un 80% de los habitantes de Cataluña son capaces de hablar en catalán, hay que añadir que sólo un 41% dicen tener el catalán como lengua principal y que un 16% se declaran plenamente bilingües. Y a la vez que se constata que un 28% de los habitantes del País Vasco son euskaldunes, en el sentido de ser capaces de hablar en euskera, se debe añ-

dir que sólo un 11% lo consideran su lengua principal o habitual.

Esta distinción resulta menos optimista, pero tiene un valor explicativo muy superior; buena parte de las preferencias de uso y de las opiniones sobre el uso de las lenguas se explican fácilmente en función de esta distinción. Y sirve, además, para aclarar lo que realmente está ocurriendo con el uso de las lenguas.

En el País Vasco, y en Cataluña todavía con más intensidad, el número y la proporción de los monolingües castellanos está disminuyendo y su frecuencia es inversamente proporcional a la edad. En Galicia esta disminución es menos evidente porque desde siempre la proporción de monolingües castellanos era pequeña. Y en Baleares y en Valencia el progreso en este sentido es todavía menor. Pero incluso en el País Vasco y en Cataluña lo que se produce en primer lugar es un aumento de los que consideran que tienen como lengua principal el castellano y que dominan también la otra lengua. El aumento en el conocimiento no implica necesariamente un cambio de lengua principal o habitual y dado que simultáneamente está aumentando el número de los que se consideran plenamente bilingües puede ocurrir, como ocurre en Cataluña, que la proporción de los que consideran que el catalán es su lengua principal sea menor entre los jóvenes que entre los mayores. Lo cual, y éste es el dato que quiero destacar, según la encuesta del CIS no ocurre en el País Vasco, que es la única Comunidad Autónoma donde entre los jóvenes son más frecuentes los que consideran que la lengua de la Comunidad es su lengua principal; y no entre los mayores.

Lengua Principal en el País Vasco en función de la edad («castellano I» significa los que dicen tener el castellano como lengua principal aunque son también capaces de hablar en euskera; y «castellano II» los que tienen el castellano como lengua principal y no son capaces de hablar en euskera aunque algunos lo entienden):

Euskera: 18-34 años, 14%; 35-54 años, 10%; + de 55 años, 11%.

Bilingües: 18-34 años, 6%; 35-54 años, 5%; + de 55 años, 3%.

Castellano I: 18-34 años, 24%; 35-54 años, 6%; + de 55 años, 4%.

Castellano II: 18-34 años, 56%; 35-54 años, 78%; + de 55 años, 82%.

Por importante que sea este dato para el tema que nos ocupa no lo es menos el de la transmisión familiar. ¿Aumenta o disminuye la proporción de los que en su casa adquieren el euskera como primera lengua? Me excuso de aportar los detalles, pero tanto el «Mapa sociolingüístico» como la encuesta del CIS parecen indicar que algo de esto ocurre en el País Vasco y en Cataluña y sólo en estos dos lugares. Aunque la interpretación podría ser distinta en los dos casos. En Cataluña donde por la generalidad del conocimiento de las dos lenguas abundan los matrimonios bilingües ello podría indicar una tendencia a que estos matrimonios adopten en mayor proporción que antes el catalán como primera lengua. Pero en el País Vasco, donde no ocurre esta generalidad, la única explicación posible es que hay parejas que no tuvieron el euskera como primera lengua y que ahora lo hablan en primer lugar con sus hijos. O sea que algunos, pocos o muchos, efectivamente han cambiado de lengua principal.

Todo lo comentado hasta aquí se refiere a la Comunidad Autónoma Vasca. La encues-

ta en que se ha basado *La continuidad del euskera* se ha aplicado también en Navarra, donde se advierte un progreso pero menor, y en el País Vasco Francés donde la situación es regresiva sin paliativos. De manera que el peso de la recuperación corresponde al País Vasco autónomo y a sus instituciones.

Para ser realistas conviene que recordemos que el monolingüismo euskera, que hace dos generaciones era frecuente en zonas rurales, ha desaparecido totalmente. El monolingüismo en euskera como objetivo ha pasado a ser una utopía e incluso el bilingüismo generalizado dista de estar próximo. Como acabamos de ver incluso entre los jóvenes el 80% tiene el castellano o español como su lengua principal o habitual. El avance aunque indiscutible es lento y en el futuro encontrará nuevas dificultades. Como en toda Europa la presión por aprender lenguas extranjeras es cada vez más fuerte y aunque en principio la adquisición temprana del euskera no tiene que interferir con estos aprendizajes, sino más bien lo contrario, en la práctica obligan a aumentar el esfuerzo educativo. Y, como en toda Europa, el crecimiento biológico en el País Vasco es muy bajo, casi nulo, y como todas las regiones desarrolladas de Europa, tarde o temprano atraerá una inmigración extranjera, en buena parte extraeuropea, que planteará nuevos retos a la expansión de la lengua. Pero a cada día le basta su afán. ||

RESUMEN

El sociolingüista Miquel Siguan detecta que, pese al diagnóstico del príncipe Luis Bonaparte que, a mediados del siglo XIX, supuso que el euskera, la lengua vasca, desaparecería en unos años, no sólo no lo ha hecho, sino que está aumentando el conocimiento, el uso e incluso su transmisión fami-

liar. A ello se refiere, a la sorprendente conservación de una lengua menor frente a la globalización que tiende a arrinconarlas, y lo hace comentando varias obras recientes sobre el euskera y sobre la activa política de promoción del mismo por parte del Gobierno Vasco.

Autores varios

Segundo mapa sociolingüístico

Servicio de Publicaciones del Gobierno Vasco, Vitoria/Gasteiz, 1997-1999. 3 volúmenes. 308+1 disquete, 638 y 190 páginas. ISBN: 84-457-1268.

Entre cristales

Por Carlos Gancedo

Carlos Gancedo (Madrid, 1940) es profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, adscrito al Instituto de Investigaciones Biomédicas. Se ha dedicado a la investigación sobre la bioquímica y la genética de levaduras, habiendo publicado varios trabajos originales sobre este tema.

El Diccionario de la Lengua, dice: «Cristal. (del latín "cristallus", y éste del griego κρυσταλλος) m. "Mineral". Cualquier cuerpo sólido que naturalmente tiene forma poliédrica más o menos regular; como sales, piedras, metales y otros». Una niña de diez años contempla en su clase de química un experimento en el que se forman cristales de alumbre y el espectáculo la fascina. Escribió bastantes años más tarde: «I was captured for life by chemistry and crystals». Esta niña era Dorothy Crowfoot Hodgkin, y ya adulta pasará su vida profesional entre cristales. Probablemente si se pregunta a un estudiante de biología molecular si le suena ese nombre, la respuesta será negativa. Seguramente ignorará que ha sido la única mujer británica que ha conseguido el Premio Nobel, y una de las pocas que lo han conseguido en el mundo, y que un trabajo suyo se considera como el iniciador de un nuevo campo de estudio: la cristalografía de proteínas.

Dorothy Crowfoot Hodgkin fue una mujer excepcional en una época, no muy lejana, en la que ser mujer significaba una barrera difícilmente franqueable en algunas profesiones. Baste decir que en Oxford, donde estudió, se votó en 1927 una norma para que no aumentase el número de estudiantes femeninos; que el Alembic Club, una sociedad de químicos del mismo lugar, no aceptó mujeres entre los asistentes a sus reuniones hasta 1950; o que Rosalind Franklin, figura clave en la investigación sobre la estructura del DNA, no estaba autorizada —por ser mujer— a comer en el Senior Common Room del King's College en Londres. ¡Escribimos de principios de los años cincuenta!

El pasado año ha aparecido la primera biografía escrita sobre esta mujer, no sólo gran científica, sino también persona preocupada por la política, por la cooperación internacional y por la paz. La autora de la biografía, G. Ferry, especializada en periodismo científico, ha recibido varios premios por su labor y colabora en *New Scientist*, *Science Now* y *Oxford Today*. A raíz de una entrevista que para *Oxford Today* hizo a Dorothy poco antes de la muerte de ésta, estableció relación con la familia Hodgkin, que le encargó revisar unas notas preparadas por Dorothy sobre su vida. Este trabajo dio origen a la biografía en cuestión. La autora ha tenido acceso a la abundante documentación familiar y ha podido entrevistar a numerosos colegas, colaboradores y amigos de la biografiada. Estamos, pues, ante un trabajo que intenta seguir la trayectoria vital de una persona y reconstruir un ambiente científico y social, relativamente cercano en el tiempo, pero desaparecido con las transformaciones causadas, tanto en la ciencia como en la sociedad, por los acontecimientos ocurridos desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Escribir una biografía tiene sus peligros. El autor mantiene una relación especial con el biografiado: por una parte tiene que convertirlo en algo interesante para el lector y para él mismo, mientras que por otra tiene que diseccionarlo y analizar críticamente sus acciones. Del equilibrio en esa tensión depende el éxito del trabajo. Quizá en la presente biografía, aunque bien escrita, no se siente bastante esa tensión. Hay aspectos de los que el lector desearía más información; mientras que en ocasiones aparece material

de poca relevancia, o poco comprensible para lectores externos a ciertos círculos. A pesar de que la autora sea una especialista en periodismo científico, hay una parte en el libro que tal vez no esté a una buena altura; aquella que trata de dar al lector unas ideas sobre los fundamentos científicos del campo en el que trabajó la biografiada. Esa parte, ciertamente no fácil de escribir, es poco informativa y resulta tediosa. No tiene comparación con el tratamiento presentado sobre ese mismo asunto en el libro *The eighth day of Creation* escrito hace casi veinte años por H. Freeland Judson (en «SABER/Leer», n.º 105, mayo 1997). En este último, se explican los fundamentos de la cristalografía de macromoléculas a un nivel de alta divulgación, accesible a una persona con conocimientos básicos de física. A pesar de estas máculas, el libro es interesante y permite al lector formarse una opinión sobre la manera de hacer ciencia de alta calidad, sobre la influencia del entorno en la formación y desarrollo de una persona y sobre el efecto de distintos aspectos de la personalidad del individuo sobre su carrera profesional y su trayectoria vital.

A continuación voy a considerar con un cierto detalle algunos de esos puntos que me han parecido particularmente relevantes por distintas razones. Y un punto importante va a ser el entorno, comenzando por el familiar. El padre de Dorothy, un enamorado del cercano Oriente que ingresó en la Administración británica y trabajó en Egipto y en el entonces Sudán anglo-egipcio no parece haber tenido una gran influencia en el desarrollo de su hija. En cambio, la figura de la madre aparece en el libro como muy importante en la vida de su hija. Aunque ella no pudo ir a la Universidad debido a las convenciones sociales de la época, se preocupó de organizar en su casa una educación especial para sus hijas: una educación que trataba de desarrollar el entendimiento de forma que el saber más fuese agradable y deseable; un tipo de educación lejano de la memorización indiscriminada de fechas, accidentes orográficos u otros detalles repetidos al pie de la letra. Sabía que esa enseñanza no enseña; como escribe Montaigne: «saber de coro no es saber, es conservar lo que se confió a la custodia de la memoria». Aparte de su preocupación por la enseñanza, Molly Crowfoot —que así se llamaba la madre de Dorothy— tenía preocupaciones sociales y consideraba la política como una actividad importante que afecta a todos, y hablaba de ella con sus hijas. A los quince años, Dorothy, que pasaba el invierno en casa de otra persona, le escribe en una carta: «Mrs Pagan [la dueña de la casa] no habla de política durante la cena como tú hacías». Esta exposición a la política no le abandonará ya en su vida. De su madre, Dorothy recoge la idea de que el individuo tiene que hacer algo por la mejora de la humanidad.

Después de la educación en su casa, Dorothy pasa al instituto, en el que la química era una prerrogativa de los chicos. A pesar de ello, logra asistir con una compañera a esas clases. Y es en una de ellas donde, como mencionamos en el inicio del artículo, queda prendada de la química. Logra montar un pequeño laboratorio en el ático de su casa y el droguero le vende todo lo que desea; en aquel entonces no había normas sobre lo que podía comprar o no un niño de diez años en una droguería. Su pasión por la química la absorbe; «una vez sangré mucho por la nariz y pensé que era una pena que esa sangre tan buena se perdiese, así que la recogí en un tubo de ensayo y la utilicé para hacer hemato porfirina», relató en otra ocasión.

De nuevo, la madre; compra dos libritos con el texto de dos conferencias para niños pronunciadas en la Royal Institution por sir William Bragg en 1923 y 1925: *On the Nature of Things* (¿un guiño al *De rerum natura* de

Lucrecio?) y *Old Trades and New Knowledge*. En uno de ellos hay una frase que —según cuenta más tarde ella misma— fascinó a Dorothy: «La naturaleza de los rayos X ha proporcionado una herramienta con la que mirar en profundidad la estructura de los cuerpos sólidos y observar en detalle el diseño de su composición». Parece como si en su desarrollo intelectual se le fuesen anunciando los materiales de su futura vida científica. Se interesa por la química de los seres vivos y un pariente lejano le recomienda un libro de bioquímica en el que lee: «No podemos comenzar nuestro estudio de los cambios químicos que suceden en un organismo vivo de una forma más adecuada que estudiando las propiedades y el comportamiento de las sustancias más características e importantes que forman parte de todas las células y tejidos; es decir las proteínas». Es como otra premonición: cristales, rayos X, proteínas. Hace tres años se publicó en Alemania un libro titulado *Mujeres y hombres con éxito: Una investigación sobre su vida y dinámica familiar*, en el que se estudian aspectos de la vida de una serie de personas de ambos sexos que han triunfado en su vida profesional. En él se escribe que parece como si en esos casos, los progenitores, pero particularmente las madres, hubiesen dado a sus hijos una especie de «encargo, de misión de éxito». En el caso de Dorothy parece que de alguna manera fue así.

El otro entorno importante fue el encontrado en Cambridge después de finalizar sus estudios en Oxford. Oxford era casi patrimonio de hombres; en química había tres mujeres entre sesenta estudiantes. La química tenía bastante materia memorística, y no se intentaba relacionar la parte experimental con una teoría que explicase los fenómenos observados. Dorothy no oyó mención de los cristales; los cristales se estudiaban en mineralogía. Al tener que hacer un trabajo para el curso de química (BA Honours) un profesor le sugirió que lo hiciese sobre cristalografía de rayos X; el departamento de Mineralogía había adquirido un tubo de rayos X y una cámara fotográfica y le dejaría usar esas partes del equipo. A pesar de que las matemáticas implicadas la asustan un poco, acepta la sugerencia. Y durante ese tiempo comienza a preocuparse por su futuro profesional; ¿podrá utilizar esas técnicas con compuestos orgánicos? Un familiar le informa de los trabajos que en ese ámbito se llevan a cabo en Cambridge en los laboratorios de Bragg y Bernal y le proporciona una entrevista con éste.

El nombre de Desmond J. Bernal aparece mencionado en numerosas ocasiones por importantes científicos como figura inspiradora. Ya en sus tiempos de estudiante le apodaron «Sabio» por su capacidad de desarrollar ideas originales sobre diversos asuntos. Su profundidad de pensamiento y la vastedad de sus conocimientos se mantuvieron a lo largo de su vida y para sus amigos y colaboradores siguió siendo «Sabio» hasta su muerte. Así, «Dear Sage», «querido Sabio», era el comienzo de muchas cartas a él dirigidas. Bernal no sólo era un brillante científico, era también una persona políticamente comprometida. Socialista convencido, se adhirió al Partido Comunista en 1923 y viajó por primera vez a la Unión Soviética en 1931. Pensaba que la ciencia mejoraría la humanidad y que sólo un estado socialista tendría suficiente poder para poner en práctica una política inspirada por la ciencia. Escribía rápido y con fluidez, fuese para un trabajo sobre cristalografía o para un periódico político como el *Daily Worker*.

Cuando Dorothy llegó a su laboratorio, Bernal formaba parte de un grupo de científicos de izquierda que debatían profundamente ciencia, arte y política. Cerca de ese

laboratorio estaba el de sir F. G. Hopkins que, aunque no tan politizado, recibía el apodo de «Pequeño Moscú», ya que albergaba a conocidos izquierdistas, entre ellos Haldane y Needham y después acogió a refugiados judíos que llegarían a ser famosos como Hans Krebs o Ernst Chain. Krebs escribió a poco de llegar como refugiado a Cambridge: «Lo que me llamó la atención, por contraste con lo que pasaba en Alemania, era la fuerte conciencia social de Hopkins y su escuela, sus profundas preocupaciones por los asuntos del mundo en toda su extensión». No deja de sorprender la desaparición de la escena actual de ese tipo de científicos serios —o sea, con producción científica importante— interesados en la política de una forma activa, incidiendo con sus opiniones sobre la vida pública. Pauling luchando contra la proliferación nuclear, Monod buscando acomodo para científicos huidos de Hungría, o interviniendo en Mayo del 68, ¿son los últimos ejemplares? Queda el viejo Halvorson, viajando recientemente desde EE.UU. a Cuba a pesar de la prohibición de su gobierno y manifestando públicamente su rechazo a las presiones políticas y comerciales contra este país. ¿Qué ha sucedido? ¿De verdad estamos ante el crepúsculo de las ideologías y el fin de la historia? ¿Importa solamente el próximo «grant» y no importa el cómo ayudar a otros colegas, o a otras personas en lugares con problemas?

Como suele suceder a quien pasa por un laboratorio importante, dirigido por una persona creativa y entusiasta, Dorothy quedó marcada por su estancia en el laboratorio de Bernal. Su estancia en ese laboratorio le abrió nuevas perspectivas y de una forma u otra condicionó el desarrollo de su carrera científica. Dorothy inició allí el estudio que culminaría años más tarde con la elucidación de la estructura tridimensional del colesterol, en su día la molécula orgánica más compleja para la que se tuvo esa información. Pero el trabajo que la da a conocer en el mundo de la cristalografía, surge de un encadenamiento de casualidades que, obviamente, sólo podían ser aprovechadas por mentes preparadas. El olvido de una solución de una proteína en una nevera de un laboratorio durante unas vacaciones, una visita de un científico británico a ese laboratorio y una conversación sobre los cristales formados por la proteína, hicieron que le llegaran a Bernal unos cristales de aquella proteína, la pepsina. En aquella época (1938) las proteínas eran consideradas muy importantes —siguen siéndolo, aunque ahora las haya eclipsado el DNA—, pero nadie sabía su composición exacta ni cómo se organizaban en el espacio. ¿Tenían una composición fija? ¿Se organizaban tridimensionalmente de una sola manera, o de varias? Bernal era el líder de las discusiones sobre el tema, a pesar de que trabajaba poco en el laboratorio. Bernal recibe los cristales de pepsina y con Dorothy los somete a la acción de los rayos X; descubren que cuando pierden agua no dan imágenes de difracción, pero que si la conservan producen unas imágenes reproducibles. Esas imágenes eran la primera demostración clara de que las proteínas tenían una estructura bien determinada. El artículo publicado fue trascendental y la mayoría de los cristalógrafos de proteínas lo consideran como la partida de nacimiento de su campo. La frase final implicaba una dirección para el futuro: «Ahora que hemos conseguido que una proteína produzca fotografías de rayos X, tenemos una manera de someter a prueba nuestras ideas, y después de examinar la estructura de todas las proteínas cristalizadas, llegar a conclusiones mucho más detalladas sobre su estructura que las que se han podido obtener por los métodos físicos o químicos disponibles». Como todos los ar-



Viene de la página anterior



tículos importantes no se quedaba en los resultados, abría nuevas perspectivas. Recuerdese el «no ha escapado a nuestra atención que el apareamiento específico [de las bases] que hemos postulado, sugiere inmediatamente un posible mecanismo de copia del material genético» del famoso artículo de Watson y Crick de 1953 donde proponían la estructura de doble hélice para el DNA.

De los numerosos trabajos de Dorothy sobre moléculas orgánicas —entre ellos la determinación de la estructura tridimensional de la vitamina B₁₂ y de la penicilina— me gustaría tomar su trabajo sobre la estructura tridimensional de la insulina como «trabajo representativo», ya que permite ver diversas facetas de la actividad científica.

El trabajo sobre la insulina lo empieza con unos cristales que le regalan, a poco de volver a Oxford como investigadora independiente. Sin embargo éstos eran demasiado pequeños para someterlos a los rayos X, lo cual obligó a una recristalización. La proteína recristalizada produjo una imagen de difracción muy bella, pero de repente le entró la duda de si la imagen no estaría producida por alguna impureza. Un análisis químico mostró que se trataba de una proteína. Bernal le aconseja la rápida publicación de una nota con ese resultado, lo cual hace. Pero de nuevo la angustia, ¿y si la proteína fuese una contaminación y no insulina?: «Estoy muy angustiada con la "insulina"... Debía haber esperado para la publicación a hacer pruebas biológicas. Me estaría bien empleado si todo estuviese equivocado», escribe a Bernal. Dos semanas de tensa espera hasta obtener la confirmación de que su preparación era efectivamente insulina. Se siente en este momento el profundo desasosiego del investigador ante la posibilidad de haber publicado precipitadamente algo que parece muy interesante, pero que resulta erróneo al no haber realizado los controles necesarios. Y es que, en contra de una opinión muy extendida, la ciencia es una actividad apasionada.

Aquel artículo, el primero publicado como autora independiente, atrajo la atención de figuras importantes del establecimiento científico. Bernal le sugiere algunos procedimientos para atacar la elucidación de la estructura tridimensional de la insulina, pero la tarea parece demasiado ardua. Sin embargo queda en su mente como un reto, y a principios de los cincuenta vuelve su atención a esa proteína. Y es que en ese momento estaban sucediendo varias cosas que podían ser importantes para la solución del problema. Una de ellas era que Fred Sanger tenía muy avanzada la secuenciación de la proteína; otra, que Max Perutz había desarrollado un método que permitía obtener datos importantes sobre la estructura, utilizando moléculas de proteína modificadas por la inclusión de un átomo pesado. Ese método, que Dorothy había usado en trabajos con moléculas pequeñas, estaba entre los que Bernal le había sugerido para atacar la estructura tridimensional de la insulina. Usando ese método, Perutz y su colega Kendrew consiguieron establecer la estructura de la hemoglobina y

la de la mioglobina, proteínas ambas más complicadas que la insulina. Dorothy celebró el triunfo de sus amigos, pero se sintió profundamente defraudada por no haber sido la primera en dilucidar la estructura de una proteína. Un amigo cuenta que fue la única vez que la vio presa de una gran emoción surgida de algo desagradable.

La molécula de insulina a pesar de ser más pequeña que la hemoglobina y que la mioglobina, presentaba problemas particulares en su cristalización. Fue la compañía danesa Novo la que le proporcionó a Dorothy cristales perfectos de hasta un milímetro de longitud que fueron importantes para la solución del problema. Y en ese momento entra en escena un elemento nuevo: las computadoras. Aunque lentas en sus cálculos en comparación con las actuales, permitieron tratar de una forma diferente los datos obtenidos. El personal del equipo de Dorothy aumentó también y todo ello condujo al establecimiento de la estructura tridimensional de la insulina en 1969, casi treinta años después de la primera publicación de Dorothy sobre esa proteína. La estructura se publicó en el centenario de la revista *Nature* y el número de personas en la lista de autores y de agradecimientos era tan numeroso, que alguien que estaba en esa lista escribió que «cualquiera que haya estornudado o tosido cerca de la insulina estaba entre los autores o en los agradecimientos». Esta cantidad de personas indica dos cosas: una, que el problema era de tal magnitud que había necesitado el esfuerzo de un equipo numeroso; la otra, que Dorothy era generosa con sus colaboradores. Este último punto se ve confirmado por la carta que escribió al *New York Times* que presentó el resultado como el trabajo de Crowfoot Hodgkin: «Tengo cerca de 60 años y bastante fama; en los últimos años me ha sido muy difícil llevar a cabo los procesos esenciales para analizar la estructura de cristales, procesos que han cambiado mucho desde que yo empecé a trabajar en ellos. Este tipo de trabajo necesita diversos tipos de conocimientos; necesita mucho tiempo, cuidado e inteligencia y ha sido una gran suerte encontrar a jóvenes capaces, deseosos de dedicar años de sus vidas a la solución de problemas tan fascinantes como la resolución de la estructura de la insulina. Mi contribución a esta investigación ha sido básicamente el discutir resultados y buscar financiación para comprar aparatos y que todos pudiesen trabajar. Sólo en una semana gloriosa, el mes de julio pasado, pude volver a ocuparme de la investigación y ayudar a construir el modelo». Rasgos característicos de la buena ciencia moderna: grupos de un cierto tamaño, con saberes variados y participación de jóvenes dedicados. ¿Cómo podrán ser competitivos grupitos de un investigador y quizá uno o dos becarios; y cómo se podrá atraer a jóvenes valiosos sin unas perspectivas razonables de futuro? Jóvenes que no aparecen en la televisión abriendo los brazos y gesticulando pidiendo aplausos cuando consiguen un resultado interesante, pero que hacen más por el país y su futuro que las estrellas que

numerosos medios de comunicación proponen como ideales.

El trabajo sobre la insulina proporcionó a Dorothy inesperadamente una larga relación con China. Sus ideas políticas y su prestigio científico, hicieron que estuviese en la delegación de la Asociación de Amistad Sino-Británica que asistió a los actos conmemorativos del décimo aniversario de la proclamación de la República Popular China. Era la época del «Gran salto adelante», que había paralizado casi toda la actividad científica, excepto la de unos grupos que en Pekín y Shanghai habían logrado el apoyo necesario para sintetizar la insulina por métodos químicos. Dorothy no entró entonces en contacto directo con esos grupos, pero no olvidó esa investigación. A mediados de los sesenta los grupos chinos, otro alemán y otro norteamericano, habían logrado la síntesis de la insulina. No sabemos qué pensaría Dorothy de la prohibición a los científicos chinos de publicar en revistas occidentales, ni de la mezcla de propaganda y ciencia en el artículo aparecido sobre la síntesis de la insulina en *Scientia sinica*, cuyas primeras frases transcribo a continuación: «La primera síntesis total de una proteína ha sido llevada a cabo con éxito en la República Popular China. Llevando en alto la bandera roja del pensamiento del Presidente Mao Tse-Tung y mostrando la superioridad del sistema socialista, hemos logrado, bajo la correcta dirección de nuestro Partido la síntesis total de la insulina bovina... A lo largo de las varias etapas de la investigación, hemos seguido muy de cerca las enseñanzas del Presidente Mao Tse-Tung, eliminando supersticiones, analizando contradicciones, dando valor a la práctica y realizando frecuentemente balances de nuestras experiencias». Dorothy animó a los investigadores chinos a que cristalizaran la insulina sintética para determinar su estructura y en 1966 intentó traer a algún científico de allí a una reunión sobre el tema en Gran Bretaña pagando su viaje de su bolsillo, pero haciéndolo aparecer como subvencionado por la Chemical Society. Debíó de ser un golpe muy duro para su idealismo la respuesta de la Academia de Ciencias China: «En este momento se lleva a cabo vigorosamente en nuestro país la gran revolución proletaria y lograremos mejores resultados en nuestra tarea tomando parte activa en esa revolución cultural. Por tanto ningún científico comprometido tendrá tiempo libre para asistir a reuniones en su país». A pesar de todo, el grupo de la insulina se salvó del desmembramiento general en esa época. Uno de sus jefes cree que eso fue debido a que el gobierno necesitaba que hubiese algún programa básico en marcha para poder decir que se estimulaba la ciencia básica, y el de la insulina era casi el único proyecto que se estaba llevando a cabo con cierta intensidad. En medio de condiciones adversas, los grupos chinos lograron establecer la estructura tridimensional de la insulina dos años después que el grupo de Dorothy. Cuando la política se hizo algo más flexible, Dorothy logró que China ingresase en la Unión Internacional de Cristalografía y que sus especialistas se incorporasen al ámbito internacional, algo que nunca se olvidó por parte del gobierno chino. No existen notas sobre lo que Dorothy pudo pensar sobre la suerte que corrieron numerosos científicos e intelectuales durante esos años.

Su actividad en favor del entendimiento internacional culminó siendo presidenta de las Conferencias Pugwash, inspiradas inicialmente por Einstein, Joliot-Curie y Bertrand Russell en un momento en que el peligro de una guerra nuclear era muy real. Hasta el final de su vida mantuvo su preocupación social. Elegida «chancellor» de la Universidad de Bristol, utilizó su posición para protestar

contra los recortes en la financiación de la ciencia y contra el cambio del sistema de becas por el de préstamos para los estudiantes decidido por un gobierno conservador, presidido por una antigua estudiante suya.

Para tener otra visión de su personalidad son interesantes las observaciones de algunos colaboradores. Dorothy tenía un estilo particular de llevar su laboratorio. Cuenta su primer doctorando: «La idea de Dorothy sobre cómo familiarizar a un estudiante bisoño en investigación con las complejidades del tema era llevarle al fondo e invitarle a sumergirse sin pensar en preguntarle si sabía nadar. [Cuando llegué] me prestó un libro sobre el microscopio de polarización y una separata del artículo de Bernal de 1926 sobre la interpretación de las fotografías de rotación. Me dio también un tubo con cristales de dicetopiperazina [que iba ser el tema de mi tesis] y me dejó». Otro estudiante dice: «Nunca daba indicaciones; lo más que decía era: ¿No cree que sería interesante hacer esto o lo otro? O ¿No sería bonito si pudiese hacer esto o aquello?». Esta falta de órdenes daba resultados, y gente que trabajó en su laboratorio opina que nunca trabajó tanto como entonces. Una colaboradora añade que «si se esperaba de uno que tenía que hacer algo, había que hacerlo, no existía otra alternativa».

En cuanto a la administración, parece que era algo caótica. Tom Blundell —que fue post-doctoral en su laboratorio— refiere que Dorothy había perfeccionado el arte de «no hacer nada administrativo». Esto le causó algún problema con entidades financiadoras. La correspondencia sobre estos asuntos le irritaba; sobre todo porque a veces la inflexibilidad de la administración conducía a situaciones en las que había que pagar a personas con dinero destinado a adquirir o mantener aparatos; pero eso estaba prohibido. El mismo Blundell cuenta la anécdota de que al decirle a Dorothy que carecía de seguro médico, ella le contestó: «Tom, a su edad yo no tenía seguro; es joven y sano no tiene por qué preocuparse». Después se enteró de que si hubiese tenido un seguro, la administración se hubiese dado cuenta de que él no era un aparato, y se habría quedado sin sueldo. Dorothy nunca consideró que una mesa bien ordenada tuviese nada que ver con la ciencia. Después de todo, decía, la mesa de Rutherford estaba mucho peor que la mía.

La elucidación de las estructuras de las proteínas ha entrado actualmente en una nueva fase. Se pueden encontrar atajos al largo camino de la purificación, cristalización y análisis por rayos X, aunque en definitiva sólo ese largo camino dará la respuesta inequívoca a un problema estructural. Sin embargo la disponibilidad de buenas bases de datos en las que se encuentran las estructuras de numerosas proteínas conocidas permite a los bioinformáticos especializados predecir estructuras de proteínas a partir de la secuencia de sus aminoácidos componentes. Se ha avanzado mucho en el conocimiento de las estructuras de las biomoléculas; tanto, que parte del desarrollo futuro de la biología estará determinado —en parte ya lo está— por ese avance. Pero no hay que olvidar sobre qué está construido ese desarrollo; por eso es conveniente y formativo considerar el trabajo inicial que ha permitido llegar a donde estamos. El estudio de las biografías de nuestros predecesores nos ayuda en esa tarea. □

En el próximo número

Artículos de José-Carlos Mainer, Román Gubern, Ignacio Sotelo, Javier Tusell, Manuel García Doncel y José Jiménez.

RESUMEN

Carlos Gancedo comenta la biografía de una científica inglesa, Dorothy Crowfoot Hodgkin, la única mujer británica que ha conseguido el Premio Nobel, y uno de cuyos trabajos es iniciador de un nuevo campo de estudio: la cristalografía de proteínas. Aquella mujer que a los diez años queda fascinada, en

clase de química, por un experimento con el que se forman cristales de alumbre, vivirá toda su vida profesional entre cristales, aunque esa vida no sea fácil en un mundo tan cerrado para las mujeres como era el mundo universitario y científico de la Inglaterra de las primeras décadas de este siglo.

Georgina Ferry

Dorothy Hodgkin. *A Life*

Granta Books, Londres, 1998. 422 páginas. 22 libras. ISBN: 1-86207-1675.

AGRICULTURA

CERDÁ OLMEDO, Enrique
«*Todavía hay una revolución en marcha*», sobre *La tercera revolución verde. Plantas con luz propia*, de Francisco García Olmedo. N° 123. Marzo. Págs. 10-11.

ARTE

BOZAL, Valeriano
«*Un debate sobre arte contemporáneo*», sobre *La responsabilidad del artista*, de Jean Clair. N° 121. Enero. Págs. 6-7.
VAQUERO TURCIOS, Joaquín
«*Salir del infierno*», sobre *L'art et la folie*, de Sophie de Sivry y Philippe de Meyer. N° 126. Junio-julio. Págs. 3-4-5.

BIOLOGÍA

CAMPOS-ORTEGA, José Antonio
«*Logros en la biología del desarrollo*», sobre *Master Control Genes in Development and Evolution: The Homeobox Story*, de Walter J. Gehring. N° 128. Octubre. Págs. 8-9.

CIENCIA

BEATO, Miguel
«*La problemática relación con los animales*», sobre *¡Vivan los animales!*, de Jesús Mosterín. N° 127. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.
GANCEDO, Carlos
«*Entre cristales*», sobre *Dorothy Hodgkin. A Life*, de Georgina Ferry. N° 130. Diciembre. Págs. 10-11.
GARCÍA OLMEDO, Francisco
«*La gallina de los huevos de oro*», sobre *Agricultura sostenible*, de R. M. Jiménez Díaz y J. Lamo de Espinosa (coords.). N° 122. Febrero. Pág. 12.
MATO, José María
«*La investigación en el próximo milenio*», sobre *What Remains to be Discovered: Mapping the Secrets of the Universe, the Origin of life, and the Future of the Human Race*, de John Maddox. N° 128. Octubre. Págs. 6-7.
PERUCHO, Manuel
«*La poesía de la ciencia*», sobre *Unweaving the Rainbow: Science, Delusion and the Appetite for Wonder*, de Richard Dawkins. N° 126. Junio-julio. Págs. 10-11.
SÁNCHEZ DEL RÍO, Carlos
«*La ciencia del siglo XX*», sobre *Science in the Twentieth Century*, de John Krige y Dominique Pestre (eds.). N° 121. Enero. Págs. 10-11.
SÁNCHEZ RON, José Manuel
«*Encuentro entre la historia y la ciencia*», sobre *Armas, gérmenes y acero*, de Jared Diamond. N° 121. Enero. Págs. 8-9.

CINE

BARDEM, Juan Antonio
«*800 películas con imaginación*», sobre *Video Hound's. Independent Film Guide*, de Monica Sullivan. N° 123. Marzo. Pág. 12.
CAMUS, Mario
«*Stanley Kubrick, un director lleno de talento*», sobre *Stanley Kubrick*, de John Baxter. N° 128. Octubre. Págs. 1-2.
GARCÍA BERLANGA, Luis
«*Un buen libro sobre el cine español*», sobre *Antología crítica del cine español (1906-1995). Flor en la sombra*, de Julio Pérez Perucha (ed.). N° 127. Agosto-septiembre. Pág. 12.
GUBERN, Román
«*Franco, sujeto y objeto de cine*», sobre *Le franquisme et son image. Cinéma et propagande*, de Nancy Berthier. N° 125. Mayo. Pág. 12.

CULTURA

ARACIL, Alfredo
«*Laberintos: mitos y símbolos*», sobre *El libro de los laberintos*, de Paolo Santarcangeli. N° 123. Marzo. Págs. 6-7.
CEREZO GALÁN, Pedro
«*El naufragio del liberalismo*», sobre *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*, de Victor Ouimette. N° 129. Noviembre. Págs. 10-11-12.
ECHEVERRÍA, Javier
«*Sokal: polémica entre las dos culturas*», sobre *Imposturas intelectuales*, de Alan Sokal y Jean Bricmont, e *Impostures scientifiques. Les malentendus de Paffaire Sokal*, de Baudouin Jurdant (ed.). N° 129. Noviembre. Págs. 4-5.

ECONOMÍA

VELARDE FUERTES, Juan
«*Libros para la nueva Europa*», sobre *Una reflexión sobre Europa para los españoles de la última generación*, de Gonzalo Anes; *El Tratado de Amsterdam de la Unión Europea*, de Marcelino Oreja (dir.) y F. Fonseca Morillo (coord.); *Unión monetaria y euro: la recta final*, de Ramón Tamames; y *La guía del euro*, de Emilio Ontiveros y Francisco J. Valero (dirs.). N° 124. Abril. Págs. 10-11-12.

EDUCACIÓN

VILLANUEVA, Darío
«*Humanidades y Sociedad*», sobre *Las Humanidades en la era tecnológica*, de Ciriaco Morón Arroyo. N° 125. Mayo. Págs. 4-5.

FILOLOGÍA

LÓPEZ ESTRADA, Francisco
«*La aventura americana de la lengua española*», sobre *La aventura del español en América*, de Humberto López Morales. N° 123. Marzo. Págs. 1-2.

LORENZO, Emilio
«*El nuevo Moliner*», sobre *Diccionario de uso del español*, de María Moliner. N° 124. Abril. Págs. 1-2.

FILOSOFÍA

MUGUERZA, Javier
«*Ética, psicoanálisis y filosofía de la religión*», sobre *Freud, crítico de la Ilustración*, de Carlos Gómez Sánchez. N° 128. Octubre. Págs. 4-5.

FÍSICA

PASCUAL, Ramón
«*La medida del tiempo*», sobre *The Calendar*, de David Ewing Duncan. N° 129. Noviembre. Págs. 8-9.

GEOGRAFÍA

LÓPEZ GÓMEZ, Antonio
«*Cavanilles, dos siglos después*», sobre *Las Observaciones de Cavanilles. Doscientos años después*, de autores varios. N° 121. Enero. Págs. 1-2-3.

HISTORIA

ARTOLA, Miguel
«*Exportar la revolución*», sobre *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España 1919-1939*, de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo. N° 128. Octubre. Pág. 3.
BADIA I MARGARIT, Antoni
«*Cataluña vista desde fuera*», sobre *La Catalogne e Histoire de la Catalogne*, de Michel y Marie Claire Zimmermann. N° 122. Febrero. Pág. 3.
BENITO RUANO, Eloy
«*Netanyahu, historiador de España*», sobre *Toward the Inquisition. Essays on Jewish and converso history in late medieval Spain*, de Benzion Netanyahu. N° 122. Febrero. Págs. 4-5.
DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio
«*Sevilla en los inicios de la modernidad*», sobre *Sevilla y sus mercaderes a fines de la Edad Media*, de Enrique Otte. N° 124. Abril. Pág. 4.
FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel
«*Singularidades en la monarquía de Felipe II*», sobre *Historia de Felipe II, rey de España*, de Luis Cabrera de Córdoba. N° 126. Junio-julio. Págs. 1-2.
FRAILE, Medardo
«*Historia a la carta*», sobre *Rivers of blood, rivers of gold*, de Mark Cocker. N° 124. Abril. Pág. 3.
MAINER, José-Carlos
«*Otro modo de contar la historia*», sobre *In 1926. Living in the Edge of Time*, de Hans Ulrich Gumbrecht. N° 125. Mayo. Págs. 1-2.
PALACIO ATARD, Vicente
«*La diplomacia española del siglo XVIII*», sobre *Les diplomates espagnols du XVIII^e siècle. Introduction et répertoire biographique (1700-1808)*, de Didier Ozanam. N° 125. Mayo. Pág. 3.
RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
«*Hispania en el fin del mundo*», sobre *Testimonia Hispaniae Antiqua. II A. La Peninsula Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platon. Inscriptiones Graecae Antiquissimae Iberiae*, de J. Mangas y D. Plácido (eds.). N° 122. Febrero. Págs. 1-2.
SERNA, Alfonso de la
«*Suecia, lejana y próxima*», sobre *España y Suecia en la época del Barroco (1600-1660)*, de Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis Pi Corrales (dirs.). N° 126. Junio-julio. Págs. 6-7.
TORTELLA, Gabriel
«*Historia-Ficción: alternativas e hipótesis*», sobre *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*, de Niall Ferguson (dir.). N° 127. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.

LINGÜÍSTICA

SIGUAN, Miquel
«*El alemán y el lenguaje de la ciencia*», sobre *Ist Deutsch noch internationale Wissenschaftssprache?*, de Ulrich Ammon. N° 122. Febrero. Págs. 10-11.
«*La continuidad del euskera*», sobre *Segundo mapa sociolingüístico*, de autores varios. N° 130. Diciembre. Págs. 8-9.

LITERATURA

ALONSO MONTERO, Xesús
«*Memorias elegíacas de Otero Pedrayo*», sobre *O libro dos amigos*, de Ramón Otero Pedrayo. N° 130. Diciembre. Pág. 3.
ALVAR, Manuel
«*El linaje de la novela*», sobre *El águila y la serpiente*, de Pío Caro Baroja. N° 122. Febrero. Págs. 6-7.
AMO, Álvaro del
«*El mal ejemplo del ruiseñor*», sobre *Not About Nightingales*, de Tennessee Williams. N° 127. Agosto-septiembre. Pág. 3.
CARNERO, Guillermo
«*Entre dos generaciones luminosas*», sobre *Poesías completas*, de José Moreno Villa. N° 123. Marzo. Págs. 4-5.
GARCÍA CALVO, Agustín
«*De mujeres que escriben*», sobre *Falling slowly*, de Anita Brookner, y *A hard time to be a father*, de Fay Weldon. N° 128. Octubre. Págs. 10-11.
GARCÍA GUAL, Carlos
«*Acerca de Homero y la Odisea*», sobre *Homère et l'Odyssée*, de Suzanne Saïd. N° 130. Diciembre. Págs. 1-2.
GARCÍA-SABELL, Domingo
«*Un relato aleccionador*», sobre *El hereje*, de Miguel Delibes. N° 121. Enero. Pág. 12.
MARTÍNEZ CACHERO, José María
«*Antonio Pereira o el placer de contar*», sobre *Me gusta contar*, de Antonio Pereira. N° 127. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.
RICO, Francisco
«*El alma de Garibay*», sobre *Obras Completas, I: Poesía*, de José María Valverde. N° 128. Octubre. Pág. 12.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
«*Los traductores árabes de los griegos*», sobre *Greek thought, Arabic culture. The graeco-Arab translation movement in Baghdad and early Abbasid Society*, de Dimitri Gutas. N° 129. Noviembre. Págs. 6-7.

VILLANUEVA, Darío
«*La realidad de la ficción*», sobre *Teorías de la ficción literaria*, de Antonio Garrido Domínguez (comp.). N° 121. Enero. Págs. 4-5.
ZAMORA VICENTE, Alonso
«*Ernesto Bark vuelve a la brega*», sobre *Ernesto Bark. Un propagandista de la modernidad (1858-1924)*, de Dolores Soriano Mollá. N° 125. Mayo. Págs. 6-7.

MATEMÁTICAS

GUZMÁN, Miguel de
«*Una atalaya de observación*», sobre *Mathematics without borders. A History of the International Mathematical Union*, de Olli Lehto. N° 126. Junio-julio. Pág. 12.

MEDICINA

LÓPEZ PIÑERO, José María
«*Medicina e historia en Laín Entralgo*», sobre *La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico*, de Pedro Laín Entralgo. N° 124. Abril. Págs. 6-7.
MARTÍNEZ-A., Carlos
«*Frustraciones y salud ante el tercer milenio*», sobre *21st Century Miracle Medicine: RoboSurgery, Wonder Cures and the Quest for Immortality*, de Alexandra Wycke, y *The Limits of Medicine: How Science Shapes our Hope for the Cure*, de Edward S. Golub. N° 124. Abril. Págs. 8-9.
VILARDELL, Francisco
«*Práctica diaria de la medicina*», sobre *Evidence-based Medicine. A Framework for Clinical Practice*, de Daniel J. Friedland (ed.). N° 125. Mayo. Págs. 10-11.

MÚSICA

BARCE, Ramón
«*Reflexiones tardías sobre Hanns Eisler*», sobre *Eisler. Eine Biographie in Texten, Bildern und Dokumenten*, de Jürgen Schebera. N° 125. Mayo. Págs. 8-9.

PENSAMIENTO

PINILLOS, José Luis
«*Al trasluz de la utopía*», sobre *Reinassance Utopias and the Problem of History*, de Marina Leslie. N° 124. Abril. Pág. 5.
SOTELO, Ignacio
«*La memoria y la esperanza*», sobre *Memoria de Occidente. Actua- lidad de pensadores judíos olvidados*, de Reyes Matc. N° 123. Marzo. Págs. 8-9.

PERIODISMO

SALVADOR, Gregorio
«*Bellísimas columnas*», sobre *Vuelta de hoja*, de Manuel Alcántara. N° 130. Diciembre. Págs. 6-7.

POLÍTICA

CAMPS, Victoria
«*La renovación de la socialdemocracia*», sobre *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, de Anthony Giddens. N° 129. Noviembre. Págs. 1-2.
DÍAZ, Elías
«*Fernando de los Ríos: socialismo y humanismo*», sobre *Obras Completas*, de Fernando de los Ríos. N° 127. Agosto-septiembre. Págs. 7-8.
HERRERO Y R. DE MIÑÓN, Miguel
«*Lección de política*», sobre *Cuatro épocas. Recuerdos de un siglo de historia alemana*, de Richard von Weizsäcker. N° 127. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.
LÓPEZ PINTOR, Rafael
«*Puentes para el desarrollo democrático global*», sobre *Administration and Cost of Elections. ACE Project*, de autores varios; *Voter Turnout from 1945 to 1997: a Global Report on Political Participation*, de autores varios; y *The International IDEA Handbook of Electoral System Design*, de Andrew Reynolds y Ben Reilly. N° 126. Junio-julio. Págs. 8-9.

PSICOLOGÍA

ARGULLOL, Rafael
«*A favor de Proteo*», sobre *Re-imaginar la psicología*, de James Hillman. N° 129. Noviembre. Pág. 3.

RETÓRICA

AYALA, Francisco
«*De un siglo para otro*», sobre *El arte de callar*, del Abate Dinouart. N° 130. Diciembre. Pág. 3.

SOCIEDAD

VERDÚ, Vicente
«*La devastación de la anorexia*», sobre *Wasted*, de Marya Hornbacher. N° 123. Marzo. Pág. 3.

TEOLOGÍA

GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario
«*Extrañeza y extrañeza del cristianismo*», sobre *El problema de ser cristiano*, de Pedro Laín Entralgo. N° 122. Febrero. Págs. 8-9.